R. L. BRUCKBERGER, O. P.

LA HISTORIA DE JESUCRISTO

Prefacio de SU EMINENCIA EL CARDENAL TISSERANT de la Academia Francesa

Traducción de la segunda edición francesa aumentada con notas al final del texto, por JOSÉ Mª VALVERDE

EDICIONES OMEGA, S. A. Casanova, 220 - Barcelona II

TABLA DE CONTENIDOS

PREFACIO 3
ÍNDICE DE MATERIAS 5
NOTA PRELIMINAR 7
PRIMERA PARTE 9
EL HIJO DEL HOMBRE 10
LA PROFECÍA CONSIDERADA COMO TRAGEDIA 16
LOS MILAGROS O EL SELLO DEL REY 23
SEGUNDA PARTE 34
LA ANUNCIACIÓN 34
LA VISITACIÓN 40
NAVIDAD 44
LA CIRCUNCISIÓN 50
LA PRESENTACIÓN EN EL TEMPLO 54
EL PECADO ORIGINAL 58
SÚBDITO DE LA LEY 67
EL PRECURSOR 71
LA TEOFANÍA DEL JORDÁN 77
EL DUELO CON SATANÁS 81
EL REINO DE DIOS 98
LA IGLESIA EN CIERNES 107
EL CUERPO Y LAS ÁGUILAS 129
EL CONFLICTO 151
EL APOCALIPSIS CRISTIANO 169
TERCERA PARTE 183
LA HORA DE CRISTO HA LLEGADO 183
EL DOMINGO DE RAMOS 194
EL JUEVES SANTO 199
EL VIERNES SANTO 213
EL SÁBADO SANTO 283
CUARTA PARTE 292
LA RESURRECCIÓN 293
LA ASCENSIÓN 336

PREFACIO

Santo Tomás de Aquino, queriendo determinar a qué institutos religiosos hay que preferir, concede la palma a los que unen la enseñanza a la contemplación: Mains est contemplata aliis tradere, quam solum contemplari. Tal es el propósito de los Frailes Predicadores y el del R. P. Bruckberger.

Ha leído y releído los Evangelios; ha meditado todos sus capítulos, sin desdeñar tampoco las demás partes de la Biblia. Ha practicado el ministerio apostólico y ha adquirido un conocimiento vivo de la mentalidad de nuestros contemporáneos. Para éstos es para quienes ha escrito.

La Historia de Jesucristo no es el comentario de una sinopsis cuyo primer cuidado fuera colocar cada detalle de los Evangelios en un orden cronológico sabiamente estructurado. El R. P. Bruckberger ha elegido lo que le ha parecido más importante, lo que mejor permite comprender la significación de ese hecho, único e increíble, de la vida de un Dios hecho hombre. La Encarnación es un misterio; pero la vida terrena de Jesús, Dios encarnado, pertenece a la historia. La han contado cuatro escritores, dos de los cuales han vivido en la intimidad de Aquel de quien hablan, mientras que los otros dos relatan lo que han sabido de oídas, Marcos y Lucas, el primero más espontáneo en la reproducción de los detalles oídos, el segundo escribiendo con cuidado de historiador, declarado desde el preámbulo de su evangelio.

El papa Pío XI proclamó, con su acostumbrado vigor, que los cristianos somos espiritualmente los herederos del pueblo hebreo. El R. P. Bruckberger no ha temido escribir que el cristianismo es más judío que el judaísmo moderno, pues ha guardado, en Jesús, "de una manera sacramental y real", el sacerdocio, la profecía, el mesianismo personal, el Apocalipsis, la Promesa.

Jesús ha sido víctima de los fariseos, cuyo legalismo había criticado a menudo. Pero tras la ruina de Jerusalén en el año 70, los fariseos aseguraron la supervivencia del pueblo judío, procurando a los Dispersos una doctrina oficial. El templo de Jerusalén no volvió a levantarse y las reuniones semanales en las sinagogas no recuerdan en nada el culto cotidiano de antaño.

La continuidad del pensamiento religioso del Antiguo Testamento ha quedado asegurada por la Iglesia cristiana. Pero primero hizo falta que Jesús destruyera en los que le rodeaban el mito de un Mesías liberador, que pondría fin a la ocupación romana. Esta idea estaba tan poderosamente enraizada entre sus compatriotas que, en la misma mañana de la Ascensión, los apóstoles preguntaron a su divino Maestro si no iba a "restablecer el reino de Israel".

La Iglesia primitiva hubo de liberarse después de las pretensiones de los que querían imponer a los neófitos venidos del paganismo las observancias rituales de los libros de la Ley. El R P. Bruckberger ha establecido muy bien la ruptura entre el judaísmo tradicional de los contemporáneos de Nuestro Señor y el judaísmo posterior, cuya doctrina unitaria y prácticas legales inspiraron al autor del Corán.

Varias veces, en el curso de su exposición, alude a acontecimientos de que hemos sido testigos para hacernos comprender mejor los episodios relatados por los evangelistas; por ejemplo, cuando recuerda con emoción la movilización de 1914, que dio lugar a que los franceses abandonaran al momento sus familias, sus casas y sus campos para responder a la llamada de la patria, justificando la inesperada decisión de los hijos del Zebedeo al dejar a su padre y sus redes para seguir a Jesús.

Otro ejemplo es el de la situación de Francia en el curso de la segunda guerra mundial, y de la obligada colaboración del gobierno con los poderes ocupantes. Nos ayuda a comprender la psicología del pueblo judío y de su minoría dirigente durante los últimos días de la vida terrenal de Jesús, cuya muerte estuvo condicionada por el inevitable conflicto entre el realismo político del Sanedrín y la esperanza que animaba al pueblo.

La mitad del volumen del R. P. Bruckberger está consagrado a las jornadas decisivas de la Semana Santa, que igual merecía llamarse la "Semana terrible", porque en ella hubo un vuelco total, desde el triunfo del domingo de Ramos a la tragedia de la Pasión. El programa de esos capítulos se propone en términos que conviene citar: "Diré que quiso libremente morir de mala muerte; diré por qué quiso morir así. Diré que quisieron matarle, que por fin le mataron; diré que quisieron que muriera con la muerte de los esclavos rebeldes, con la muerte de los blasfemos. Diré por qué le quisieron matar así. Diré cómo se produjo todo eso, y que, en el punto en que estaban las cosas entre sus adversarios y él, era difícil que fuera de otro modo."

Al comienzo de su capítulo sobre el Jueves Santo, el R. P. Bruckberger recuerda las palabras de san Juan diciendo que Jesús debía morir por su nación, pero también para llevar a la unidad a los hijos de Dios que están dispersos. La última Cena es la base del ecumenismo. Al final del banquete ritual de la Pascua judía fue cuando Jesús dio a los suyos, con solemnidad única, el precepto de la caridad mutua, que ha de caracterizarles a través de los siglos. Jesús, nacido bajo la Ley, quiso obedecer a la Ley hasta el fin. En los momentos más penosos del proceso que le hicieron los jefes de su pueblo, nunca habló contra las autoridades legítimas.

Cuando se trata de Herodes, a quien no se dignó responder Jesús, aunque había hablado con todos, pobres y ricos, pescadores del lago y pecadoras públicas, se da una advertencia a aquellas contemporáneos nuestros que caen en la frivolidad, “ceguera de alma” sordera de corazón", para quienes no hay más calamidad que el aburrimiento.

Los hombres de nuestro tiempo son como los paganos del tiempo de san Pablo: "desprovisto de esperanza en un mundo sin Dios". Para dar un sentido a su vida, haría falta que consintieran en volver a ocupar el lugar que les corresponde en un mundo donde nada se justifica, sino en Dios, que volvieran a aprender a adorarle y a darle gracias por toda lo que existe.

El R. P. Bruckberger quiere anunciar y al mismo tiempo explicar a nuestros contemporáneos, en su propio lenguaje, la buena noticia, tan extraordinaria, de Jesús crucificado. Deseo que muchos tomen su libro en la mano, por estar persuadido de que en él hallarán provecho, creyentes o incrédulos, con tal que vayan de buena fe.

EUGÈNE, cardenal TISSERANT,

de la Academia Francesa

París, 21 de marzo de 1965.

ÍNDICE DE MATERIAS

PREFACIO

NOTA PRELIMINAR

Primera parte LA PERSONALIDAD DE JESUCRISTO

El hijo del hombre

La profecía considerada como tragedia

Los milagros o el Sello del Rey

Segunda parte LA VIDA DE JESUCRISTO

La Anunciación

La Visitación

Navidad

La Circuncisión

La Presentación en el Templo

El pecado original

Súbdito de la Ley

El Precursor

La teofanía del Jordán

El duelo con Satanás

El Reino de Dios

La Iglesia en ciernes

El Cuerpo y las Águilas

El conflicto

El Apocalipsis cristiano

Tercera parte LA PASIÓN DE JESUCRISTO

La hora de Cristo ha llegado

El domingo de Ramos

El Jueves santo

El Viernes santo

El Sábado santo

Cuarta parte LA GLORIA DE JESUCRISTO
XXIV. La Resurrección
XXV. La Ascensión

ANOTACIONES, PUESTAS A PUNTO, ARREPENTIMIENTOS

NOTA PRELIMINAR

Es imposible escribir el tipo de libro que presento al público sin plantearse cien veces de modo incómodo el problema de las traducciones de la Biblia, y sin resolverlo personalmente de alguna manera más o menos justificada. En realidad, ninguna traducción puede ser plenamente satisfactoria. Para no citar más que un solo ejemplo —cuya importancia se echará de ver en el curso de este libro— el hebreo no tiene más que una sola palabra para designar la simiente de las plantas, la esperma de los animales machos, la raza, la posteridad, la descendencia, etc. Se cierran muchas perspectivas al elegir cada vez una traducción que sólo puede ser fragmentaria. La Vulgata está más cerca del original al traducir casi siempre semen.

He utilizado sobre toda la *Bible de Jérusalem*, la *Bible de la Pleïade*, y para los Evangelios, la admirable Sinopsis de Lavergne1. Pero constantemente he vuelto al latín de la Vulgata, y —con ayuda de especialistas—al griego o al hebreo del original. A veces me he permitido —señalándolo— parafrasear el texto para ilustrar mi intención, iluminándolo bajo un cierto ángulo. Muchas veces habría querido que ese texto venerable diera la impresión de ser leído por primera vez.

Este libro, propiamente hablando, no es un libro de exégesis. No es que yo no dé la mayor importancia a la exégesis, y en especial a las cuestiones de fecha y autenticidad; muy al contrario. Por ejemplo, conozco los problemas que se plantean a propósito de la composición del Evangelio de Mateo o de la "Epístola a los Hebreos". Pero cuando digo "el Evangelio de Mateo" o atribuyo pura y simplemente a san Pablo la "Epístola a los Hebreos", hablo un lenguaje cómodo que, por lo demás, es el lenguaje de toda el mundo.

---

1 En la versión española presente, aun manteniendo la proximidad necesaria a las citas tal como las hace el autor, me he basado, por lo que toca a los textos neotestamentarios, en especial los evangélicos, en mi propia traducción, el " Nuevo Testamento", Ediciones Cristiandad Madrid 1966, si bien en algunos casos he estimado conveniente dar preferencia a los trozos consagrados en el uso litúrgico por el "Leccionario" oficial del Episcopado español, incluso indicándolo así al margen cuando parecía necesario. Por lo que toca al Antiguo Testamento, he procurado traducir a través de la Vulgata latina, texto básico para el autor, si bien en algunas citas extensas de los Salmos y en las citas de los Doce Profetas Menores he empleado las traducciones del P. Luis Alonso Schokel (la de los Salmos, de próxima aparición, y la de los Doce Profetas Menores recientemente aparecida en Ediciones Cristiandad, Madrid, en la misma serie bíblica donde figura mi mencionada traducción del Nuevo Testamento). (N. del T.)

Por lo que toca a esa heroína del Evangelio, María Magdalena, sé también que los exégetas han preferido cortarla en tres trozos. En este punto, no estoy de acuerdo con la mayor parte de los exégetas modernos: en otro lugar me he explicado sobre ello. Pero tampoco creo que sean infalibles los exégetas, aun tomados en corporación: ya lo vemos desde hace ciento cincuenta años, y se verá aún más, por poco que se multipliquen descubrimientos como el de los “Manuscritos del mar Muerto”.

Éste es el libro de toda mi vida: lo he preparado desde siempre. Lo dedico a mis maestros vivos o muertos, a los que me han dado alguna comprensión del Reino de Dios y me han enseñado a hablar de él de una determinada manera.

Cito a mis buenos maestros en el orden en que los he conocido y en que han tenido influencia sobre mí; el cardenal Saliège, Georges Bernanos, el P. Lacomme, Jacques Maritain, el P. M.-J. Lagrange, el P. Louis-Bertrand Gillon. Alcánceles a todos el homenaje de este libro.

Al escribir este libro he pensado constantemente en la juventud del mundo. Entre ella deseo sobre toda tener lectores. He pensado en los cristianos, para que estén orgullosos de tener a Jesucristo por Señor. Pero también he pensado en los incrédulos: habría querido hacerles dudar de su duda.

R.-L. BRUCKBERGER

New York City, 14 de noviembre de 1964.

PRIMERA PARTE

PERSONALIDAD DE JESUCRISTO

I

EL HIJO DEL HOMBRE

1 La historia de un hombre es la inscripción de su personalidad en su tiempo, y el desciframiento de esa inscripción. La mayor parte de los hombres apenas tienen una historia; dejan en la arena la huella ligera de un insecto. Pero algunos llegan más hondo, alcanzan la roca, la rompen, la excavan, la modelan, y su surco permanece indeleble.

Está la historia de Napoleón. Poseemos también el Memorial de Napoleón. Si uno se interesa por él, no podría desdeñar el punto de vista de Napoleón sobre él mismo y sobre su vida. Jesucristo no nos dejó memorias, pero los Evangelios nos refieren bastante de sus hechos, gestos y palabras, para que podamos hacernos una idea de su punto de vista personal sobre él mismo.

Nos sorprende una primera particularidad. A lo largo de los Evangelios, una interrogación llega constantemente hacia Jesús, como la pleamar contra una escollera. "¿Quién eres? ¿Quién dices que eres? ¿Eres el que tiene que venir, o hemos de esperar a otro? Explícate sobre ti mismo." Amigos, enemigos, todos, un día u otro, le plantean la pregunta, y a veces él mismo se la planteaba a los demás: "¿Quién crees que soy yo?" Ni a Sócrates, ni a Alejandro, ni a Napoleón se les preguntaba quiénes eran: se creía saberlo, y se sabía en efecto.

Parece que Jesús se complacía en provocar y mantener a su alrededor esa atmósfera de interrogación sobre su origen y su verdadera misión. Sus respuestas no siempre eran netas, a veces eludía la pregunta, pero lo hacía todo para que volviera la pregunta. A veces respondía en enigmas y en parábolas; eso también es típico de él.

Un día, dio una respuesta asombrosa: "Yo *existo* desde antes que naciera Abraham" (Jn 8,58). Palabras sin comparación ninguna en boca de ningún otro hombre, palabras imposibles de inventar si no las hubiera dicho quien tenía derecho a decirlas. Palabras en que la eternidad irrumpe de improviso en el tiempo. Un evangelista impostor que hubiera querido engrandecer a su héroe hasta las dimensiones de la eternidad, hubiera hecho concordar los tiempos y hubiera escrito: "Yo *existía* desde antes que naciera Abraham". La tranquila afirmación de ese presente solemne, anterior a Abraham, *yo existo* es de una autoridad que deja sin aliento.

O bien habría que pensar que Jesús estaba loco, y esas palabras sólo se dijeron por

azar; ¡hipótesis insostenible! Todas las acciones, todas las palabras de Jesús son de un hombre absolutamente dueño de sí y de perfecta lucidez. Pero entonces este testimonio decisivo de Jesús sobre sí mismo: "*Yo existo* desde antes que naciera Abraham" queda como una barrera infranqueable. ¡Ahí está, pues, el punto de vista de Jesús sobre él mismo! Sin explicar esa afirmación que desemboca en la eternidad, da, de golpe, las dimensiones del héroe de los Evangelios.

Pero para otros, para quienes no sean cristianos, esta pretensión es un escándalo insuperable. Sólo olvidando tales palabras puede el incrédulo, desde su punto de vista, intentar explicar quién fue ese hombre, Jesús. Pero ha perdido la clave, toda explicación se desmorona en incoherencia, y el Evangelio se pone a hormiguear de contradicciones. Sin embargo, el historiador naturalista se encarniza, compara los documentos, critica, distingue lo que considera auténtico y lo que considera apócrifo. Por un arrastre fatal, cada vez da más parte a lo apócrifo, hasta acabar por preguntarse si Jesús ha existido siquiera. "*Yo existo* desde antes que naciera Abraham". Más vale hacer como si no existiera esa declaración abrumadora. El historiador naturalista está obligado a pasarla en silencio, a omitirla, pues no podría darle un sentido. En efecto, escapa a toda explicación naturalista, más fantástica que todos los milagros, comprendido el de la Resurrección.

"*Yo existo* desde antes que naciera Abraham." Ese presente que rompe la frase, ese presente solo que no concuerda más que con su sujeto, debió evocar en sus oyentes las famosas palabras en que el mismo Dios se definió fuera del tiempo: "Yo soy el Yo-Soy", el que existo. Igualmente, cuando san Juan, en su vejez, vuelve con la memoria a lo que ha visto y oído, toma su punto de partida fuera del tiempo, con toda naturalidad: "En el principio —dice— existía la Palabra, y la Palabra estaba en Dios, y Dios era la Palabra... Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos visto su gloria".

"*En el principio...*" Deliberadamente, Juan abre la historia de Jesucristo con la misma expresión que abre toda la historia del mundo, de la humanidad y de la salvación de esta humanidad en este mundo, tal como la describe el libro del Génesis, el primero de todo el Antiguo Testamento. Admiremos este relato: en un caso como en el otro, se trata de un comienzo absoluto en el tiempo, pero ese comienzo está adosado a la eternidad anterior de Dios:

"En el principio creó Dios el cielo y la tierra..."

"En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba en Dios, y Dios era la Palabra..."

En el principio, Dios, Dios solo: él es quien ha creado el mundo, quien ha hecho de él un lugar habitable, y quien crea la familia humana para habitarlo, en efecto. Es también Dios quien se hace carne, y quien viene a habitar este mundo, entre nosotros, como uno de nosotros, miembro también de esta familia humana.

Los descubrimientos científicos sobre la inmensidad del espacio, los orígenes de la vida y del hombre, no comprometen el relato del Génesis, como tampoco los descubrimientos arqueológicos o históricos podrían trastornar la sencilla declaración de Juan. El relato del Génesis sobre la creación del mundo y la declaración de Juan sobre la Encarnación se mueven en otro plano muy diverso: el de una revelación por Dios de hechos no comprobables naturalmente, pero que obligan a Dios mismo en su relación con el tiempo y la humanidad.

Muchos dicen que tal revelación no existe. Aquí no tengo el propósito de convencerles

sobre ese punto. Sólo trato de definir en qué tradición y en qué contexto surgió ese hombre llamado Jesús.

Lo que todos pueden observar, es la prodigiosa coherencia de esa revelación extendida a través de milenios. Juan Evangelista continúa al redactor del Génesis con la misma naturalidad con que el mismo escritor pasa de un capítulo a otro en el mismo libro. Desde Abraham y Moisés, y sin duda desde antes (pues también fuera del pueblo judío se encuentran huellas de una revelación primitiva muy emparentada con el relato del Génesis), esa revelación progresó, se precisó, se hizo cada vez más urgente y completa, a través de decenas y decenas de generaciones, a través de las emigraciones, las guerras, los exilios, en el sopor de la prosperidad y bajo los golpes de la desgracia. Se comprende un poco la continuidad de la tradición católica, celosamente guardada por una autoridad doctrinal y un magisterio extremadamente vigilantes, pero los azares que Dios asumió con el pueblo judío superan a toda imaginación. La gloria de ese pueblo será para siempre haber llevado fielmente esa revelación durante milenios.

Bajo el Antiguo Testamento no hay ninguna continuidad jurídica para conservar y enriquecer la revelación: la tradición sacerdotal no se identifica con la transmisión profética.

Cada profeta es directamente investido por Dios, obedece a un impulso que no ha buscado ni merecido. En la mayor parte de los casos, se muere de miedo de tener que llevar tan grave mensaje. Sin embargo transmite su mensaje, y, casi siempre, la aventura justifica sus terrores acabando muy mal para él. Es perseguido, aprisionado, torturado, desterrado o incluso muerto. Pero el mismo pueblo que le ha perseguido o dejado perseguir, conserva preciosamente y transmite su mensaje. Cada profeta es un comienzo. A su muerte, no hay garantía humana de que la revelación no haya muerto con él. Se comprende y se admira la angustia de ese pueblo de Israel cuando pasaba una generación sin mensaje profético: “En aquel tiempo, no había profeta en Israel...” Y luego, de repente, todo vuelve a arrancar: En aquel tiempo, se levantó un profeta en medio de su pueblo...”

Todos esos profetas, grandes y pequeños, pastores o príncipes, jóvenes o viejos, iletrados o sabios, dispersados al azar de los siglos, vuelven a tomar el mismo mensaje, lo enriquecen, lo precisan. A veces parecen incluso contradecirse. Pero, por una adivinación sublime, el pueblo de Israel lo retiene todo, en una fidelidad oscura, tierna y feroz, concediendo confianza a un acontecimiento lejano que les dará la razón a todos, y que resolverá divinamente las aparentes contradicciones. La historia de esa revelación, desde un punto de vista sencillamente humano, es una epopeya grandiosa: ¿Cómo podría explicar jamás esa epopeya el historiador naturalista? Si esa continuidad profética era resultado de un cálculo racional, ¿por qué incluía contradicciones aparentes? Si era efecto de la emoción religiosa individual, no tendría ninguna coherencia, no tendría continuidad.

Cualquiera que fuera el destino desgraciado que a menudo Israel daba a sus profetas, los profetas hubieran sido imposibles sin el pueblo de Israel. Los profetas eran los elegidos de Dios, pero pertenecían al pueblo de Israel, y a ese pueblo es al que confiaban su mensaje, y ese pueblo es el que se cuidaba de él. Israel, pueblo todo él profético, hasta el punto de que san Pablo pudo decir que toda lo que le había pasado, le había pasado en parábolas. Hasta la muerte de Cristo, su historia es la historia misma de la economía de la salvación de los hombres. Israel fue el recipiente precioso que contuvo la esperanza de toda la raza humana. Visiblemente, tal destino, la continuidad, la constancia en ese destino, extendido a lo largo de milenios, desbordan la historia natural para emerger en un plano en que la humanidad se supera a sí misma en una vocación.

El fruto de esta vocación y de esta fidelidad milenaria debía ser una persona excepcional, a la vez el elegido de Dios y el elegido de este pueblo. Toda la historia del Israel antiguo no es sino la espera de ese ser excepcional que expresaría en sí la predilección que Dios tenía hacia su pueblo, así como el apego y la gratitud que Israel tenía hacia su Dios. A través de los siglos, millones de israelitas vivieron y murieron en esa espera y en esa esperanza. A través de siglos y siglos, millones de israelitas nutrieron en su corazón el violento deseo de contemplar el rostro del que había de venir. Muchos vertieron su sangre en afirmación de esa esperanza. Los profetas precisaban por adelantado los rasgos de ese glorioso retoño de Israel y los judíos piadosos se repetían todos los días los versículos que se referían a la figura del que llamaban el Mesías, el Cristo, es decir, el Ungido del Señor.

Ya es una cosa extraña que un hombre se vea llevado a hablar de sí mismo en tercera persona. Eso sólo les parece natural a los niños, o para expresar una alto misión, que supera al individuo mismo que está a su cargo. Luis XIV pudo decir "el Rey" hablando de sí mismo, pero en este caso no hay identidad entre la persona y la función. La pertenencia de la una a la otra es contingente y puede romperse, al menos por la muerte. Cesar, en sus Memorias, al hablar de sí mismo dice simplemente "Cesar".

El caso de Jesús es diferente. Esencialmente único. Hablando de él en tercera persona, no utiliza jamás su nombre propio, no dice "Jesús", como Cesar dice "Cesar". Tampoco utiliza el título de una función social o política: no tenía ninguna función oficial en la sociedad de entonces. Utiliza una designación que nos sorprende por su significado universal de apariencia, y su saber poético. Esta designación podría convenir a cualquiera de nosotros, y sin embargo tiene una irradiación sagrada, no sólo porque él la ha confiscado, sino también porque se baña en una vaguedad fabulosa. Jesús decía de sí mismo: "el Hijo del Hombre".

A primera vista, lo notable en tal apelación, es la solidaridad que confiesa, de ese hombre que era Jesús, con toda la raza humana, ya que tal calificación es tan universal como el género humano entero. Esa denominación podría pertenecer a cualquiera de nosotros, pero Jesús la ha hecho suya hasta el punto de que nadie después de él ha pensado siquiera en apropiársela. Por lo demás, no satisfaría la ambición de ningún hombre, porque precisamente no tiene nada de distintivo, no añade nada a la calidad de hombre. Sin embargo, es un gran atrevimiento, hablando de sí mismo, no subrayar más que esa cualidad. Ser hombre, plenamente hombre, no dejar de estar a la altura de esa cualidad, pero tampoco exagerarlo, es algo que debemos hacer todos en toda circunstancia, feliz o infeliz. ¿Quién puede lisonjearse de conseguirlo? La ambición de Jesús, si hubo alguna que nos revelara esa denominación, fue ser hombre, sencilla y plenamente, y colocarse así, en el centro de la historia humana, como un modelo realizado de humanidad.

El extraño título de "Hijo del Hombre" expresa sin duda todo eso. Históricamente, y en el medio en que lo utilizaba Jesús, era infinitamente más preciso y se insertaba en un lugar exacto en la gran tradición mesiánica de Israel. Para los oyentes de Jesús, este título era extremadamente evocador, extraído de una profecía muy célebre hecha cinco siglos antes por uno de los mayores profetas de Israel, en tiempos del gran apuro del pueblo elegido en el cautiverio de Babilonia. En efecto, leemos en el Libro de Daniel: "Miré en una visión de la noche, y he aquí que había como un Hijo de hombre que venía con las nubes del cielo y que se acercó hasta el Anciano de los días, y le presentaron ante sus ojos. Y éste le dio el poder y el honor y el Reino. Y todos los pueblos, todas las tribus y todas las lenguas le servirán. Su poder es un poder eterno, no cesará; su reino no acabará".

El estilo del Apocalipsis judío, utilizado aquí por Daniel, quizá nos parezca extraño: era tradicional, casi convencional, incluyendo significados muy precisos, tan precisos como nuestros términos actuales de física o de electrónica. El "Anciano de los días" era Dios mismo, considerado como creador del tiempo, y anterior a toda sucesión. Ese ser fabuloso que es "como un Hijo de hombre", es también un ser de origen celeste, que viene con las nubes del cielo.

Recibe directamente de Dios el Reino sobre toda la humanidad, sus razas, sus lenguas: por derecho natural, es Rey de todas las razas, de todas las políticas, de todas las culturas, de todas las civilizaciones. La potencia de ese Hijo del hombre es eterna como Aquel que la da.

Se mide mejor el carácter audaz de esta denominación de “Hijo del Hombre", que Jesús toma directamente de Daniel para designarse a sí mismo, y que a su vez explica y enriquece, al suprimir, como veremos, toda ambigüedad sobre la reivindicación que implica

Los judíos que rodean a Jesús no se engañan al reconocer en ese título de Hijo del Hombre la más alta pretensión posible, blasfematoria a ojos de algunos: la de una igualdad con Dios mismo en la eternidad, en la potencia celeste y terrestre, en el Reino universal e incorruptible, y en el Juicio que implica tal potencia. En realidad, ese título de "Hijo del hombre" confiscado por Jesús, si se mide con el peso de la profecía de Daniel, está tan cargado de autoridad como la extraordinaria declaración: "Yo existo desde antes que naciera Abraham".

Se ve mejor cómo la manera de empezar Juan su Evangelio, tomando apoyo fuera del tiempo y en Dios mismo, no es del toda una Interpretación personal, un agrandamiento intencional de su héroe. Es el punto de vista de Jesús sobre sí mismo. Esta conciencia que tenía Jesús de dominar el tiempo, de ser el igual de Dios, de estar revestido por él de un poder universal y de un juicio incorruptible sobre toda la raza humana, la hallamos expresada a todo lo largo de los Evangelios. En ellos, es impresionante hasta la parábola, por el clamoroso contraste con la aventura histórica y temporal de Jesús que, desde un punto de vista político, por ejemplo, es una aventura banal y muy mediocre. Sin embargo, esa pretensión extraordinaria de Jesús sobre sí mismo es lo que da a los Evangelios su luz propia, fuera de la cual se borran en la incoherencia y en la noche.

Por extraño que nos pueda parecer esa pretensión por parte de un hombre, una vez establecida y proclamada, no puede ser sino verdadero o falsa; no hay término medio. Si es falsa, es que Jesús se engañó sobre sí mismo o nos engañó. En el caso de Jesús, la mentira parece insostenible: se creía seguramente lo que decía ser. Sólo le quedan al historiador dos hipótesis: o bien Jesús se engañó, víctima él mismo del fanatismo religioso y mesiánico de su raza, o bien hay que tomar buenamente las cosas como se presentan y aceptar el punto de vista de Jesús sobre sí mismo. Mi propósito es probar, en cuanto me sea posible, la credibilidad de esta segunda hipótesis.

La dificultad comienza ahí ¿ Cómo hacer la historia de un hombre que pretende eliminar el tiempo? Si la historia es la xxxxxx de su personalidad en su tiempo, ¿qué será la historia de una personalidad que abraza el tiempo entero, porque es anterior a él y lo crea? Para que esa historia sea verdadera, hará falta que, de cierta manera, abrace todo el tiempo. La primera confirmación de que el punto de vista de Jesús sobre sí mismo es sin duda verdadero, es que, en efecto, es imposible escribir su historia sin dominar el desarrollo entero del tiempo.

Así, desde el primer paso que arriesgamos en esa historia de Jesucristo, se encuentra

que es la noción misma de historia lo que estamos obligados a flexibilizar y ensanchar singularmente, hasta hacerle significar una relación posible y preciso con la eternidad. La relación de Jesús con su tiempo es esencialmente ambivalente: como heredero del Anciano de los días, domina el tiempo y por consiguiente su tiempo. Como hombre verdadero, pertenece a su tiempo. Claro que, en lo concreto de los acontecimientos, nada queda tan resuelto. Muchas veces las palabras y los gestos de Jesús nos parecen ambiguos y ano rotos, como esa frase "Yo existo desde antes que naciera Abraham", que rompe la concordancia de los tiempos. Esa ambigüedad, esa ruptura aparente quizá no son más que el efecto de una clarividencia sobrehumana, inexpresable en nuestro lenguaje humano, esencialmente medida por el tiempo. La personalidad de Jesús atraviesa la eternidad y el tiempo, como un palo metido en el agua atraviesa dos medios ópticos.

Veremos cómo este fenómeno de refracción, una vez se ha observado, ilumina los Evangelios y ayuda a comprenderlos.

II

LA PROFECÍA CONSIDERADA COMO TRAGEDIA

Mateo escribía su Evangelio hacia el año 44, es decir, una docena de años después de la muerte de Jesús. Escribía sobre los lugares del acontecimiento, en medio de testigos que habrían podido contradecirle fácilmente. Escribía en arameo, lengua común del país. Judío, escribía para los judíos. No es extraño que le preocupara particularmente probar la mesianidad de Jesús y el cumplimiento de las profecías en él y por él.

Comienza su Evangelio por una genealogía de Jesús. Esa genealogía, típicamente semita, está compuesto de una manera a la vez extraño y conmovedora, extraño a causa de su perfección geométrica de pieza organizadora; conmovedora por toda lo que evoca de aventura humana. Visiblemente, Mateo no ha querido ser exhaustivo, sino perfecto. Se ha contentarlo con puntos elegidos. Cada generación está calculada en cuarenta años, cifra perfecta. Desde Jesús, subiendo al cautiverio de Babilonia, cuenta catorce generaciones, cifra dos veces perfecta. Desde el cautiverio de Babilonia, subiendo hasta David, catorce generaciones. Desde David a Abraham, catorce generaciones. La genealogía se detiene allí. Catorce, pues, se repite tres veces, siendo también tres una cifra perfecta. Toda esa genealogía, por tanto, da la impresión de perfección y cumplimiento, y esa es la impresión que quería crear Mateo con esa sorprendente puesta en escena de una genealogía.

Pero lo que nos conmueve no es esa bella arquitectura, un poco artificial, sino la manera como la ha roto Mateo intencionadamente, al introducir, en esa largo serie de nombres masculinos, cinco nombres de mujeres, cuando en el país semita la mujer no contaba en las genealogías. Esas cinco mujeres son: Thamar, nuera de Judá, hijo de Jacob, que se prostituyó con él; Rahab, una prostituta de Jericó, que traicionó a la ciudad; Ruth, una pagana que se ofreció a Booz y se hizo ser tomada en matrimonio por él; la mujer adúltera de Urías, ese capitán de David a quien el mismo rey hizo cobardemente perecer después de haberle quitado su mujer. Y, finalmente, María, madre de Jesús.

El incesto, la prostitución mezclada con la traición, el adulterio mezclado con el asesinato de un fiel servidor: sobre ese estercolero se yergue la flor deslumbrante de pureza, la Virgen María, de quien debía nacer Jesucristo. Desde la primera página de su Evangelio, Mateo, el publicano arrepentido, pone su mirada tranquila y lúcida de contable en la basura humana. Este es el linaje de Jesucristo. El contraste entre la perfección aritmética de la

genealogía y los fallos morales a que se alude expresamente, es uno de los afectos más sorprendentes de todas las literaturas. Evidentemente, al final está la Virgen María, y su esposo José. Pero igual que el matador en la plaza se sujeta a un estrecho terreno del que no saldrá, Jesús no ha ensanchado mucho a su alrededor el círculo de la pureza. Es de nuestra raza. Su compasión por los pecadores es un sentimiento de familia. También ahí captamos a lo vivo la veracidad de los Evangelistas; una genealogía inventada habría sido diferente.

Muy a menudo, la insulsa apologética moderna sólo nos muestra a Jesús entre María y José: en suma, una joven familia muy simpática, como la que el cine y la televisión nos ofrecen en cliché sentimental de millones de ejemplares. Estémosle agradecidos al apóstol Mateo de que, ya en la primera página de su Evangelio, nos sitúe a Jesús sobre un fresco de antepasados dignos del Bosco o del Rouault más crueles. "Y la Palabra se hizo carne", dijo Juan; por perfectamente purificada que estuviera en el cuerpo precioso de la Virgen María, aquí está, pues, esa carne que ha tomado la Palabra, una carne con la experiencia milenaria del triste y violento pecado.

Es notable que Mateo divida su genealogía en tres partes que marcan las grandes etapas de la Promesa mesiánica y de la Alianza de Dios con su pueblo: Abraham, a quien se hizo esa Promesa por primera vez; David, a quien se confirmó solemnemente esa Promesa, y de cuya dinastía debía nacer el Mesías; el tiempo del cautiverio de Babilonia, durante el cual esa Promesa mesiánica se precisó definitivamente en el mensaje del gran profeta Daniel sobre el Hijo del hombre: en última lugar, Jesús, en quien se realizó la Promesa.

No se puede caracterizar mejor la religión de Abraham sino diciendo que era a la vez carnal y mística: profundamente carnal, pues era esencialmente racista, como la misma Promesa: profundamente mística, porque estaba sometida por completo a los impulsos directos de Dios, únicamente apoyada, como la Promesa, en la Palabra solemne de Dios. Abraham fue el primero en recibir la Promesa que, durante milenios, había de animar la esperanza mesiánica del pueblo que saldría de él. Él creyó en esa Promesa, la recibió y la guardó sin reticencia y hasta el heroísmo más sublime. Él creyó, y su santidad eterna es haber creído, y por esa es llamado justamente "el Padre de los creyentes'. Dios le dijo una noche: "Mira el cielo y cuenta las estrellas, si puedes; así será con tu semilla." Y también: "Todas las naciones de la tierra serán benditas en ti."

Tu semilla, tu semilla, tu semilla... esta palabra se repite en las frases de Dios, no sólo a Abraham, sino toda a lo largo del Antiguo Testamento. *La semilla* de Abraham sería a través de los siglos el vehículo de la Promesa infalible de Dios. A través de las generaciones, el deseo profético de esa raza tendía hacia el cuerpo de Cristo, igual que el deseo eucarístico de la Iglesia tiende hoy a ese mismo cuerpo. El cuerpo precioso de Cristo era por adelantado el bien común de ese pueblo, como es hoy el bien común de la Iglesia. Ahí estamos bien lejos de la terrible sentimentalidad moderna, para la cual la transmisión de la vida ha perdido su carácter sagrado.

Sin que nos sea lícito desear la catástrofe, la ciencia moderna nos permite, por desgracia, hacer hipótesis aterradoras, nada quiméricas, Esta sería un buen tema de película o de teatro: A consecuencia de un cataclismo atómico mundial, toda la raza humana queda herida de esterilidad, a excepción de una pareja, una sola, perdida en un lejano desierto. De repente, la herencia, la propiedad, la civilización, todos esos bienes por los que somos tan capaces de matar o de morir, ya no tendrían ningún sentido, o sólo lo tendrían en relación con esa única pareja.

¿Qué precio tendrían, a ojos de todos, la simiente de ese hombre y las entrañas de esa mujer? Esa simiente llevaría el porvenir entero de la raza: esas entrañas serían su única cuna. ¡Cómo se encarnizarían las propagandas los fanatismos, las tentaciones, sobre esa joven pareja, para sobrevivirse! Sin duda acabarían matándoles para obligarles a entrar en nuestras quimeras, y sería el fin del mundo, un fin muy posible cuando se sabe lo que son los hombres.

Para Abraham, la Promesa hecha por Dios a su simiente era de precio más alto que toda la raza humana y su porvenir. Tenía razón: era una salvación muy superior a la del mundo la que esa semilla contenía ya. Tal hipótesis nos hace comprender mejor el racismo religioso del Antiguo Testamento, y también esa bendición en el umbral del Nuevo: "Bendito el fruto de *tu vientre".* Tu simiente, *tu vientre;* a través de milenios, la fe de la Virgen María responde como un eco a la fe de Abraham. Una hija de su simiente es mayor que él: ella es la que contiene a su seno la antigua Promesa realizada. Cierto que en su nombre personal, pero también en nombre de toda su raza y en el nombre mismo de Abraham, esa hija de Israel responde humildemente al ángel: "Hágase en mí según tu Palabra".

Abraham no podía dudar de que el mismo Dios se hubiera comprometido. En una escena que prefigura el anuncio del nacimiento de Juan Bautista, Dios había prometido a Abraham, ya casi centenario, que engendraría un hijo en Sara, su esposa, también muy anciana. Lo que no era posible a la naturaleza, era posible para Dios, y nació Isaac de ese milagro. Ese mesianismo judío es un fenómeno histórico y sociológico tan único, tan extraordinario, tan constante a lo largo de milenios, que también constituye una especie de milagro, más impresionante, si bien se mira, que la concepción y el nacimiento de Isaac.

Dios no podía dudar tampoco de la fidelidad de Abraham. En una escena que prefigura el holocausto de Jesucristo sobre el calvario a la voluntad de su Padre, y en una obediencia sublime pero aterradora, Abraham resolvió inmolar al adolescente Isaac, el hijo de la Promesa y del milagro, y sólo le retuvo el ángel del Señor cuando ya tenía levantado el cuchillo sobre su hijo. Como se ve, la representación profética iba ahí mucho más allá de la profecía de las palabras: en esa montaña desconocida, Abraham e Isaac profetizaban la Pasión de Cristo. Esa escena se vivió y se contó dos milenios antes de la muerte de Cristo; ¿cómo no quedar impresionado ante tal correspondencia, que muestra en actuación al Señor mismo del tiempo?

Sería demasiado largo seguir una a una todas las profecías que, en el curso de la historia, fueron a confirmar la Promesa de Dios a Abraham. Baste decir que, dos generaciones después de él, la Promesa se preciso en la bendición que Jacob pronuncia sobre Judá. Esta vez se trata de una persona, de un jefe que cumplirá la Promesa: "El cetro no saldrá de Judá, ni el jefe de su posteridad, hasta que venga Aquel que debe ser enviado: y Ese será la espera de las naciones

Notemos también los términos en que la Promesa se pasa sobre David por el oráculo del profeta Natán: "Cuando tus días estén cumplidos y duermas con tus padres, suscitaré tu simiente detrás de ti, la simiente de tus entrañas, y afirmaré tu Reino... Y tu Casa será fiel, y tu Reino persistirá hasta la eternidad ante tu rostro y tu trono permanecerá firme para siempre".

Los caracteres esenciales de la Promesa mesiánica ya están revelados. Se trata de una bendición especialísima de Dios sobre la raza misma de Abraham, su *simiente.* Esta bendición se preciso ante toda para la descendencia de Judá, y luego para la dinastía de David. El que cumple la Promesa plenamente ha de ser una persona individual**,** el que "ha de ser enviado", "la espera de las naciones", y poseerá el cetro y el Reino. Este Reino tiene un carácter universal: todas las naciones de la tierra serán benditas en la simiente de Abraham. Ese Reino

tiene igualmente un carácter de eternidad: no tendrá fin. De siglo en siglo, una multitud de profecías vendrán a rellenar ese cañamazo, algunas impresionantes por su precisión, como las relativas a la pasión del Servidor de Dios.

Sin embargo, lo más impresionante es que el pueblo judío, en su conjunto y de siglo en siglo, fue fiel a la Promesa mesiánica, y no dudó de la Palabra de Dios, como tampoco Abraham. Claro que no todos lo entendían bien, y a veces se mezclaba con la esperanza un apetito furioso de triunfo y de venganza. Pero, en definitiva, ese pueblo obstinado transportó la Promesa de época en época hasta su sublime consumación.

La Iglesia da una importancia particular a las profecías del Antiguo Testamento, tomándolas, con razón, como uno de los argumentos principales en favor de la divinidad del Cristo que las cumple. Por otra parte, el racionalismo moderno se ha encarnizado particularmente queriendo destruir su valor probatorio. Según su método, trata de aislar cada profecía, restableciéndola explica en su contexto histórico, donde, a la luz de la crítica, cree disolverla o por lo menos embotarla. Eso es siempre un trabajo penoso, a menudo decepcionante, a veces irrisorio, porque ciertas profecías, ano manipuladas en todos los sentidos, siguen siendo agudas y tajantes.

Al querer seguir a los racionalistas paso a paso en su terreno, ha ocurrido también que los exégetas cristianos se dejaran arrastrar a la fragmentación, y que, queriendo probar demasiado 0 probar lo superfluo, no probaran nada mas que su bueno voluntad a toda prueba. Ocurre a veces que se produce una atmósfera difícil con los pesados razonamientos sobre la credibilidad, es decir sobre toda aquello que puede justificar la fe frente a las exigencias de la razón. El argumento de credibilidad sacado de las profecías es muy fuerte, pero, para percibir toda su fuerza, es preciso saber en qué perspectiva se sitúa su credibilidad. Con demasiada frecuencia se ha querido exigir a las profecías una exactitud material respecto al acontecimiento, casi un rigor matemático. Pero la dialéctica de las profecías es por completo superior al orden material; más bien se le encontrarían analogías en el orden artístico del poema y en especial en la tragedia.

En efecto, en la gran tragedia clásica es donde se encuentra la misma dialéctica de lo indirecto, ese equilibrio de la palabra y del acontecimiento que parece evitar el destino y que lo fija irrevocablemente, esa lucidez a largo distancia que carga el menor gesto, la menor palabra, de una significación augural, oscura y angustiosa; significación que no se comprende al momento, pero que se siente en un halo de inquietudes, absolutamente necesaria sin embargo, que sólo revelará plenamente el desenlace, justificándolo también.

Esquilo, Sófocles, Shakespeare, Racine, dominan su espacio y su tiempo teatrales, y, para la bueno marcha de la tragedia, es preciso que el autor domine el espacio y el tiempo teatrales, que los tome en una visión sencilla y concentrada en un punto inmóvil y central, desde donde lo gobierna toda hacia su objetivo. Desde ese punto inmóvil y superior emanan las diversas peripecias, estrictamente economizadas en un orden admirable, y que traen al fin el infalible desenlace. ¿Por qué se hablaría de conflicto entre la libertad del héroe y la presciencia del autor? Si hay conflicto, ese conflicto es esencial a la tragedia. Lo que es bello, lo que nos conmueve, lo que es verdadero de esta credibilidad teatral propia de la tragedia, es precisamente que Macbeth sea libre, que quiera y no quiera matar al rey, que incluso quiera escapar siempre, pero que se vea siempre llevado por una mano infalible a elegir libremente su destino inevitable.

Se dice que toda la literatura hebraica es inferior a la griega porque no tiene tragedias,

que no tiene más que profecías, que más bien se clasificarían en el género lírico. Es que no se sabe leer a los Profetas, y no se sitúa uno en el punto adecuado para juzgarlos. Aquí el autor no es tanto Ezequiel, Isaías, David o Moisés, cuanto Dios. La tragedia extiende sus actos a lo largo de milenios; en realidad, todavía no ha terminado. El espacio y el tiempo teatrales de esa tragedia son el tiempo y el espacio reales. El primer ciclo de la tragedia comienza con el tiempo y en la creación del mundo, y termina con Cristo. Hay un segundo ciclo que vivimos, que comienza en Cristo y que terminará con el mundo, el juicio final y el mismo tiempo.

Del primer ciclo es del que hablo aquí por el momento. Los protagonistas de este ciclo son Dios y su pueblo: "tu simiente, tu simiente". Dios es al mismo tiempo autor y héroe. No es tan excepcional que un autor se ponga el mismo en escena. Pero ahora que conocemos el desenlace de ese primer ciclo—y ese desenlace no es sino la vida y muerte de Jesús—la historia del pueblo judío y las profecías adquieren una unidad y un relieve impresionantes. Pero entonces, fragmentar esa historia y esas profecías, criticar cada trozo por separado rebosando insertarlo en el gran movimiento trágico que lo arrastra toda junto hacia el desenlace, es tan absurdo como querer juzgar una escena de *Phèdre* o de *Othello* fuera de su equilibrio propio con el desenlace de la pieza a que pertenece.

En ese avance constante de la profecía judía es cómo hay que leer el Antiguo Testamento; entonces resulta deslumbrante de arte y de contención. Ya no se le reprocha no ser bastante explícita. Al contrario, se admiran sus pudores, sus bruscos golpes de escena, preparados, sin embargo, desde muy lejos, y luego, otra vez, su lenguaje indirecto, sus pantomimas, sus juegos de espejos, sus parábolas cuyo alcance fatal es imposible no percibir. Entonces todas las objeciones racionalistas, de repente, parece que no vienen a cuento. Son exigencias de un academicismo de cromo.

Por allí volvemos al sentido central de esta historia. El conflicto del tiempo y de -la eternidad es el conflicto propio de la tragedia. Le da su trama, que se llama el destino. Es un conflicto esencialmente poético, propio de toda creación, incluida la divina. El escritor trágico crea su tiempo y su espacio propios, pero toma su punto de apoyo y de partido por encima de ese tiempo y de ese espacio: en el principio, está el poeta. El mismo desenlace debe regresar al punto de partido y superar en lo universal, es decir, en una eternidad de teatro, el espacio y el tiempo que han llenado la escena.

"En el principio, creó Dios el cielo y la tierra..."

"En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba en Dios, y Dios era la Palabra..."

Así la critica racionalista de las profecías cae por tierra necesariamente, porque rehúsa verlas en esa tercera dimensión del tiempo trágico, la única que les da su tensión y su intención, y fuera de la cual no son más que una insensatez.

Todo aquel que conoce las cosas del teatro sabe que la primera regla de un verdadero desenlace, verdadero con perfecta credibilidad teatral, es sorprender al espectador con lo que espera, con lo que se le ha hecho esperar. Ahí toda está en la manera, en el estilo del desenlace; esa manera era lo que resultaba imposible de prever, es el golpe de genio que calma de asombro una vez que se ha realizado. Para los cristianos, la Encarnación redentora, el Dios del Sinaí encarnado y muriendo en la cruz con un gran grito, es el desenlace de toda el Antiguo Testamento. San Pablo nos dice que ese desenlace es un escándalo para los judíos: ¿qué quiere decir? Que sorprendió al pueblo judío con lo que esperaba, lo que no hacía más que esperar, lo que se le había hecho esperar. Por mucha desgracia que sean ese escándalo y

esa sorpresa, también en cierto sentido constituyen un signo de la perfección de la tragedia.

La exigencia esencial del teatro es precisamente la credibilidad, y sobre todo, la credibilidad del desenlace. Pero esa credibilidad del desenlace va enlazada necesariamente con toda lo que la precede desde que se levanta el telón. Se comprende así ese apego de la Iglesia a los profetas, a todos los profetas, ano los más lejanos, ano los menores; la Iglesia tiene evidentemente el punto de vista del autor, y ha entrada en sus intenciones y en sus intransigencias. "¿Qué es lo que falta en mi última acto?", preguntaba un autor. Un crítico le respondió: "Su primer acto". Pero también se puede decir que si el último acto es bueno, lo es desde la primera réplica del primer acto.

Así la credibilidad de una tragedia es a la vez interna y total. Comienza al levantarse el telón y se consuma en el desenlace, pero mientras tanto, progreso con cada palabra, con cada gesto, pues toda el valor de cada palabra y' de cada gesto, es orientarse y gravitar con todo su peso hacia el desenlace. Pero toda tragedia tiene su credibilidad propia: nunca hay en el teatro situaciones perfectamente idénticas, ano cuando lo parezcan. Para juzgar la credibilidad de una obra, no hay que salir de esa obra.

Finalmente, la regla de oro de la tragedia es que el desenlace debe *justificar* toda lo que lo precede preparándolo: se justifica él mismo en todos los personajes, regulando definitivamente la suerte de cada cual. Esa justificación debe ser perfecta, en el plano mismo del teatro, o bien la tragedia está fallida. La *justificación,* esa es la palabra clave de la tragedia. No cabría decirlo mejor; San Pablo la vio tan bien que justifica a Abraham con el mismo desenlace que puede justificarnos a todos nosotros.

Los espíritus vulgares se imaginan que en el universo espiritual, y en especial, en el universo de lo sagrado, no hay ningún rigor, ninguna estructura, ninguna jerarquía, ningún matiz preciso, y que toda esa es un vasto reino de sombras y de fantasmas indistintos. Por esa les cuesta tanto creer que la teología es una ciencia, como lo es, sin embargo, y muy rigurosa. Conozco bastante a los teólogos para saber que abrigan habitualmente los mismos prejuicios hacia la poesía y el arte en general. Creen que ese dominio es el del sueño, inconsistente como éste. Ahora bien, como dice Cocteau, el poeta no sueña, sino que cuenta. Mi analogía entre el progreso de la profecía y el progreso de la tragedia no convencerá a los teólogos, pero la creo verdadera, a condición de hacerse del poema trágico la idea rigurosa y preciso que corresponde a su verdadero naturaleza.

Dicho eso, una comparación no es una razón, lo sé como cualquiera. Aquí no se trata de una prueba por nueve. Todo mi camino, por el contrario, tiende a probar que la credibilidad de las profecías es de orden diverso que la de la prueba por nueve. No puedo *probarles* que *Hamlet* es una gran tragedia, si ustedes rehúsan absolutamente admitirlo. Ni siquiera puedo probar la credibilidad teatral de *Hamlet:* se prueba por sí misma en escena, igual que el movimiento se demuestra andando. La credibilidad de una pieza de teatro es un fluido que desborda las candilejas: si no hay nada que las desborde, es que no hay fluido ni credibilidad. Esta credibilidad teatral se prueba en la medida en que el espectador encuentre, no que el espectáculo es creíble, sino que él cree en él, por las buenas. Pero sin embargo es justa decir que la credibilidad teatral existe en la tragedia misma; no es el espectador quien crea la credibilidad, está ahí, opresiva de verdad bajo los *sunlights* que iluminan la escena, pero sólo es verdaderamente eficaz en la medida en que el espectador se ponga a temblar por Hamlet, se indigne y sufra por él.

Es cierto que el trabajo crítico, exegético, textual, contextual, es lo más útil que hay

para comprender la Biblia, pero falta hacer una puesta en escena de las profecías, que, por lo demás, realiza la liturgia, ordenándolas todas hacia su desenlace. En tal puesta en escena es como dan todo su esplendor.

Finalmente, la tragedia no sería nada sin la emoción contagiosa que produce. Los griegos pensaban que las dos emociones propias de la tragedia eran el terror y la compasión. Los profetas añadían a esa la esperanza. No tenían la misma concepción del destino que los griegos. Desde ese punto de vista, es interesante comparar a los griegos con Shakespeare: Shakespeare es cristiano, porque sus desenlaces nunca son por completo desesperados. Cada vez, se percibe que toda volverá a empezar con buen pie. En Shakespeare, el destino es más amplio que en Sófocles. Por los márgenes, se introduce la esperanza.

Ese ensanchamiento del destino se hizo al otro lado del mar, cuando, bajo los robles de Mambré, Dios hablaba a Abraham como un amigo habla a su amigo, y sobre toda en esa escena extraordinaria en que, su duda por primera vez, el hombre experimentó el poder que tiene sobre el corazón de Dios, cuando Abraham suplicaba a Dios que dejara a salvo a las ciudades malditas: "Y si encuentras cincuenta justos en la ciudad, ¿destruirás al inocente con el impío? ¿Y si sólo hay cuarenta y cinco? ¿Y si sólo cuarenta... ?" Y así hasta los diez que no se encontraron. Edipo, en cambio, no discute con los oráculos, pero Dios se plegaba cada vez por el ruego de Abraham. El destino ya no es ciego y vacío, expresándose por oráculos oscuras e irrevocables. No, el destino es Dios. En el principio creó el cielo y la tierra para que el hombre fuera su dueño; cuenta las estrellas del cielo y sondea las entrañas y los corazones. Verdad es que castiga, y duramente, pero siempre en justicia y con discernimiento. Pero también ama y se deja conmover por los ruegos y las lágrimas. Poco a poco los profetas revelarán aún mejor su amor en poemas que están en el fondo de la oración de la Iglesia.

Así se desarrolla a lo largo de milenios la tragedia clásica de la antigua profecía. Es esencialmente una proclamación de esperanza cuya puesta en escena está asegurada por el mismo Dios. Cierto es que no falta en ella el trueno ni el rayo. Pero domina la esperanza. Y toda converge hacia esa subida dramática, inaudita, en que el mismo autor de la tragedia, que es a la vez Dios y el destino, muere en la montaña entre el cielo y la tierra. Así se consuma la tragedia que provocará eternamente la compasión, pues la caridad cristiana se apoya principalmente en el Cristo en la cruz; tiene esencialmente esos caracteres de temor reverencial, de compasión y de esperanza que son los elementos de la emoción trágica.

El Creador del cielo y de la tierra, el Señor del tiempo, une en sí mismo el tiempo a la eternidad; un día entre los días, cuando la tragedia está madura, se inmola en su propia grandeza, en testimonio eterno de su amor. Se traspasa el corazón del Hijo del Hombre y en él leemos nuestro destino.

III

LOS MILAGROS O EL SELLO DEL REY

3 “Dios sensible al corazón” escribe Pascal. Eso es verdad en Jesucristo, en quien nuestro corazón siente la divinidad más que en ningún otro hombre. Pero no se trata solamente de nuestro corazón. El obstáculo en que tropieza el hombre moderno, al franquear el umbral de la historia de Jesucristo, no viene del corazón, sino del espíritu. Ese Dios aún sensible al corazón parece alejarse cada vez más de la inteligencia moderna, que ya no le percibe.

No siempre fue así. Muchos judíos, contemporáneos de Jesucristo, comprendieron sin duda muy bien el argumento de divinidad que constituían a su favor los milagros y la realización de profecías: se les rebeló el corazón ante la sola idea de que Dios pudiera mancharse encarnándose, sufriendo y muriendo. A nosotros, por el contrario, eso es lo que más nos conmovería.

Después, hubo herejes que negaron la realidad de la naturaleza humana de Cristo, pretendiendo que su cuerpo era sólo una apariencia paradójica y sensible, que velaba una naturaleza impasible y gloriosa. A nosotros, la propensión natural de nuestro espíritu nos inclina a negar lo invisible y a no reconocer en Jesucristo más que a un hombre igual que los demás.

Es probable que en las épocas llamadas "teológicas", para emplear la jerga positivista, los milagros, los ángeles y los demonios, lo maravilloso, lejos de contrariar a la credibilidad de tal historia, fueran argumentos sólidos a su favor. Ahí precisamente está lo que más nos molesta.

Pero ya durante su vida mortal, Jesús no dejó de escandalizar. Escandalizó porque bebía vino, hablaba con las mujeres, comía con los pecadores, curaba los días festivos, hacía milagros o no los hacía. Luego, nunca ha dejado de haber escándalo en torno al relato de su vida. Ha escandalizado que hubiera sido demasiado hombre o demasiado Dios, que hubiera sufrido y hubiera muerto, o bien que hubiera resucitado, que sus gestos y su apariencia fueran demasiado naturales o bien demasiado sobrenaturales. Pero el escándalo que nos es propio se refiere sobre toda a los milagros, que, en lugar de edificarnos, más bien nos cohíben. Mientras que tradicionalmente son considerados como una prueba de la divinidad de Cristo, nosotros veríamos en ellos la prueba de que la Iglesia se ha contaminado de lo maravilloso, y, en nuestro espíritu, desplazan toda esa historia dándole las proporciones imprecisas de una

fábula. Lo que debería sujetarnos, nos hace soltarnos: no nos creemos obligados a creer íntegramente en los Evangelios, a causa de los milagros. En todo caso, aquellos de nosotros que creemos en la historicidad de los Evangelios, creemos a pesar de los milagros, y los que no creen, muchas veces es a causa de los milagros. ¿Se ha podrido nuestra tabla de salvación?

Como hoy día se puede hacer de todo con el Evangelio sin riesgo de ir a la cárcel, se puede escribir la vida de Jesús como lo hizo Renan, eliminando de ella toda lo milagroso. Así se confiesa que los Evangelios no son íntegramente dignos de fe. También se pueden interpretar simbólicamente los milagros, convertirlos en el reflejo irreal de una imaginación popular singularmente crédula, una transposición más o menos poética de hechos muy diferentes en su realidad de los que se nos cuentan. Una vez más, eso es confesar que es nulo el valor de historicidad estricta de los Evangelios. Malestar intelectual entre los creyentes, escándalo intelectual insuperable entre los incrédulos, los milagros del Evangelio plantean una cuestión que no puede eludirse en el umbral de este libro que quiere ser honrado.

4 En su discurso en Estocolmo, agradeciendo el Premio Nobel de Literatura, Saint-John Perse situó la poesía en relación con la ciencia moderna. Cito aquí ese discurso que, en tal circunstancia, en tal lugar y ante tal asamblea, expresa, en términos de perfección insuperable y de rigurosa precisión indiscutible, una breve geografía del conocimiento, ahora admitida universalmente, al menos por los que saben de qué se trata, pero profundamente revolucionaria en relación con lo que se consideraba definitivamente adquirido hace cien años, precisamente en tiempos de Renan.

"Cuando se mide el drama de la ciencia moderna que descubre hasta en el absoluto matemático sus *límites racionales;* cuando se ve, en física, dos grandes doctrinas dominantes plantear la una *un principio general de relatividad,* la otra *un principio cuántico de indeterminación y de incertidumbre, que limita definitivamente la propia exactitud de las medidas físicas;* cuando se ha oído al mayor innovador científico de este siglo, iniciador de la cosmología moderna, responsable de la más vasta síntesis intelectual en términos de ecuaciones, *invocar la intuición en auxilio de la razón y* proclamar que la “imaginación es el verdadero terreno de germinación científica”, llegando incluso a reclamar para el sabio el beneficio de una verdadera "visión artística" ¿no se *tiene derecho a considerar el instrumento poético tan legítimo como el instrumento lógico?"*

Querría que se hiciera aprender de memoria este texto a los niños de las escuelas, en vez de cargarles de las bobadas positivistas que todavía llenan nuestros manuales escolares.

En efecto, no se puede proclamar más solemnemente la quiebra del positivismo. Los postulados positivistas de la ciencia del siglo pasado, en que se apoyaban de modo tan firme, tan sólido, tan insolente, hombres brillantes como Taine, Renan y Michelet, todo eso se ha derrumbado. Al final de sus investigaciones, los matemáticos y los sabios descubren hoy, no ya certidumbre y determinismo, sino cada vez más misterio e indeterminismo, y algo como el rostro enigmático de una Libertad. Desde hace cien años, y en el orden intelectual, hay un vuelco prodigioso.

En el mismo discurso, el mismo poeta denuncia a la filosofía moderna por haber abandonado el umbral metafísico. De ese abandono estamos todos enfermos. Mientras que la ciencia moderna, para unirse cada vez más estrechamente a la realidad, se iniciaba en la humildad y en el misterio, la filosofía se enorgullecía de volver la espalda a la realidad, y se

hundía en un narcisismo que no es sino una esclerosis chispeante del espíritu. Nada más lamentable que eso a que solemos dar el nombre de filosofía.

Pero en esa filosofía moderna se han formado nuestros espíritus y han tomado sus costumbres; esa filosofía segura, demasiado segura de sí misma y de sus falsas claridades, imperiosa y despreciadora de lo real, propiamente paranoica, ebria de determinismo, y que sigue dictando aún nuestras reacciones ante la solo palabra "milagro". La ciencia moderna, en cambio, se ha vuelto demasiado humilde y cumple demasiado bien su oficio para atreverse a dictar ostracismos.

En mi niñez, aprendí en los bancos del catecismo que el mundo se acabaría un día. Esta proposición me la enseñaban como un dogma, y sobre la autoridad de los Evangelios y de la Iglesia. El positivismo se reía de ese dogma como de todos los demás. Pues bien, después de la bomba de Hiroshima, ya no se ríe en absoluto. Se ha tragado sus sarcasmos. El fin del mundo ha bajado del cielo de los dogmas a la tierra firme de la posibilidad, donde adquiere una verosimilitud terrible, y su descanso ha hecho mucho ruido. Que tal verdad, tenida tanto tiempo solamente en manos de la revelación divina, adquiera de repente el carácter de una amenaza científicamente inmediata, constituye un hecho intelectual de abrumadora grandeza. No veo que mucha gente se haya dado cuenta de ello. Evidentemente, para los creyentes, la profecía evangélica no tenía necesidad de esa ilustración científica, pero para los creyentes que tengan dos dedos de frente, esa ilustración terrible de Hiroshima debería por lo menos liberarles de sus complejos de inferioridad. Su fe estaba segura de lo que no se atrevían a mirar la ciencia ni la filosofía del siglo XIX. Era mi curita de pueblo, que me enseñaba el catecismo, el que estaba al día —¡y qué día!—, y no la Sorbona. Eran la ciencia y la filosofía de ese tiempo las que se equivocaban, no él.

En el siglo XIX, el conocimiento científico se sabía limitado de hecho y por el momento. Pero tenía una confianza absoluta en su derecho totalitario sobre lo real, en sus métodos, en sus posibilidades ilimitadas. Se pensaba comúnmente que, con el tiempo, la conquista de la naturaleza emprendida en el siglo XVI podría concluirse y se llegaría a eliminar el misterio. Hoy, y eso es lo que subraya Saint John Perse, la ciencia se sabe incierta, limitada, eficaz ciertamente, pero evasiva, y el hombre se sabe introducido en este mundo como “un ciego de nacimiento”, sigue diciendo Saint-John Perse. La ciencia sabe ya que nunca lo dirá todo porque nunca lo sabrá todo, que nunca arrancará su secreto más profundo a "la noche original" y que es quimérico querer fijar fronteras estables a un universo en expansión.

¿Y si la noche original estuviera habitada? Cuando se reivindica para el sabio la intuición "en auxilio de la razón" y una verdadera visión artística, se mete uno por un camino en que las palabras *oración y gracia* recobran un sentido que, por lo demás, no es necesariamente sagrado. Cierto que es vano esperar que el instrumento científico pueda probar jamás la existencia de Dios; la deserción de la filosofía, alejada del umbral metafísico, es ahí irremediable. Pero al menos ya no es quimérico creer que "el libre pensamiento" de que hablaba Claude Bernard, hijo de la duda metódica y del método experimental, a fuerza de ir, no ya de certidumbre en certidumbre, sino de interrogación en interrogación, pueda, sin renegar, arrodillarse como un mendigo en el umbral de la noche original. Entonces, sin renunciar a su tarea de hombre en pie y en marcha entre las tinieblas, en sus momentos de reposo y de contemplación, en sus momentos más fecundos, el sabio podrá invocar sin ruborizarse esas altas complicidades cuyo nombre ignora, y que conceden la luz.

Abdicando de su reivindicación de dueña absoluta de lo real, la ciencia deja un lugar a

otro señorío, un señorío cuyo dominio absoluto es el ser, en su intimidad más auténtica, reino del misterio y de la noche original. En otros términos, un universo de pensamiento que no deje lugar a la poesía tampoco deja lugar a la religión. Pero en cambio —y ahí me interesa la declaración de Saint-John Perse—, si se deja la puerta entreabierta a la poesía, ya no se la puede cerrar a la religión. Y desafío a cualquier hombre inteligente y de buena fe a que me contradiga. Entonces, la enorme hinchazón filosófica del positivismo está definitivamente desinflada.

Una vez más, no digo que la ciencia moderna administre ninguna prueba de la existencia de un mundo sobrenatural; eso está definitivamente fuera de todo alcance científico. No digo tampoco que poca ciencia aleje de Dios y mucha ciencia lleve a él. No es la ciencia lo que lleva a Dios. A condición de no desertar del umbral metafísico, la filosofía lleva a Él, y creo incluso que la filosofía moderna lo sabe, y que sólo ha desertado del umbral metafísico para no encontrarse de repente ante esa Presencia. Pero con esa deserción, reniega de sí misma. Por otro camino, la pureza de corazón lleva también a Dios. Digo que nada, en la ciencia moderna, nos impide creer en Dios, pero que es absolutamente cierto que una filosofía determinista, que acepta como postulado la racionalidad absoluta del universo, resulta absolutamente incompatible con la visión científica moderna del universo. Se ha conminado mucho a la religión a que se inclinara ante la ciencia, y no lo ha hecho; Hiroshima y una concepción científica no determinista del universo le han dado la razón por no haberlo hecho. ¿Por qué la filosofía oficial de nuestra extraña época no se vería conminada a revisar sus dogmas e inclinarse, no ante la ciencia, sino ante la prueba resplandeciente de sus errores pasados? Puesto que en definitiva, hay que revisar todas las costumbres de espíritu que hemos tomado de esa filosofía, ya no es seguramente en su nombre como podemos admitir o rechazar nada, ya no tiene el poder. Entonces, tampoco en su nombre es como podemos negar la posibilidad del milagro.

¿Con qué derecho hoy, en este fin del siglo XX, un poeta, un sabio, un filósofo, negaría la existencia de esa “noche original” de que hablaba Saint-John Perse? Por el contrario, es honor de la inteligencia humana preguntarse sobre ese tema. Y si esa noche original estuviera verdaderamente habitada, ¿con qué derecho rebosaríamos al Señor de esa noche el poder de salir de la noche y de revelarse? Si tiene deseo de revelarse a los hombres, debe hacerlo a su manera, quizá enigmática e indirecta, pero sin equívoco, de una manera señorial.

Cierto que me guardaré de utilizar el discurso de Saint-John Perse en Estocolmo como una profesión de fe religiosa; es todo lo contrario, porque sugiere que la poesía podría muy bien tomar el relevo de la religión, de las "mitologías", como dice con desprecio. Mitología, sí, la religión sólo es eso, si la “noche original” sólo está habitada por el hombre, ese "ciego de nacimiento". Únicamente haré observar a Saint-John Perse que, si está para siempre solo en la noche, nunca encontrará más que tinieblas.

Personalmente, creo que el hombre, al menos en el orden natural, no está ciego en absoluto, sino que está en la noche. Y que la iluminación del poeta, así como la inspiración del sabio, son dones del "Padre de las luces,', aunque no se hayan reconocido como tales. La poesía no es ni la religión, ni su relevo; creo, sin embargo, que no hay poesía autentica sin un don superior, y creo también que no hay religión auténtica sin poesía. Dios es poeta, lo cual no es sino otro modo de decir que es creador.

Eso es lo que afirma la *Epístola a los Hebreos* en su famoso prólogo, en que la aparición de Jesucristo en esta tierra se presenta como el término, el cumplimiento de un largo

poema, en que la Palabra original, que lo ha creado todo, se vuelve a hallar bajo una última expresión de sí misma, personal, completa y viviente, humana, a nuestro alcance: "En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas: ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, a quien ha hecho heredero de todo, por el cual ha creado los siglos; que, siendo esplendor de su gloria y figura de su sustancia, lo lleva todo por la palabra de su poder, purificando los pecados, y está sentado a la derecha de la Grandeza, en lo más alto'.

Jesús es la perfecta metáfora de Dios.

* * *

5 Sin embargo es cierto que nosotros los modernos preferiríamos que Cristo no hubiera utilizado los milagros para hacerse creer. ¿Cómo resistir a las palabras de un hombre que resucita los muertos? Eso tiene algo de violación de las conciencias; se ve ahí un *chantage* indigno de Dios, y también indigno de la criatura racional y libre. Pues bien, tratemos de ver más de cerca lo que fueron los milagros de Cristo. Se les puede clasificar en tres categorías.

La primera categoría puede representarse con la resurrección del hijo de la viuda de Naín. “El mes siguiente, iba Jesús a una ciudad llamada Naín, e iban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, le dio lástima, y le dijo: —No llores—. Se acercó al ataúd (los que lo llevaban se pararon), y dijo: —¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!—. El muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre. Todos sobrecogidos, daban gloria a Dios diciendo: —Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo—.” (Lc, 7,11 ss)

Todos nosotros, en circunstancias semejantes, hemos percibido cruelmente nuestra impotencia. Más aún: todos nosotros hemos deseado algún día, en lo secreto del corazón, tener poder para cambiar una suerte cruel, devolver un hijo a su madre, detener el sufrimiento de un inocente, disponer, clandestinamente y durante un breve minuto, del don de los milagros, para reparar una injusticia del destino demasiado clamorosa. Todos nosotros sabemos que en ciertas circunstancias decir a otro "no llores" y no poder acompañar ese consejo con un milagro, es una impostura, y por eso ciertas desgracias sólo producen silencio.

Jesús podía decir “no llores” y acompañar con un milagro su orden. Habiendo pedido a esa mujer que no llorara, y, por otra parte, pudiendo hacer el milagro, si no lo hubiera hecho, se habría deshonrado. Es decir, no es este género de milagros, de pura misericordia, los que reprocharíamos a Cristo, más bien se los envidiaríamos. Son preciosos, pues revelan en Cristo, además de su poder sobrenatural sobre la vida y la muerte y la naturaleza, una ternura de piedad que hace de él un ser humano muy cercano a nosotros. Las mismas emociones que nos agitan le agitan a él también. En muchas ocasiones de su vida, parece que ese hombre tan heroico, tan lanzado hacia su objetivo, no hubiera podido resistir sin embargo a la compasión.

Una segunda categoría está representada por la curación de un paralítico. "Y al entrar otra vez en Cafarnaum, días después, se supo que estaba en una casa. Y se reunieron muchos, de tal modo que ya no había sitio ni delante de la puerta, y él les anunciaba la Palabra. Y vinieron a traerle un paralítico llevándole entre cuatro, y, al no poder presentárselo, por la mucha gente, levantaron el tejado, por donde estaba él, y haciendo un agujero, bajaron la

camilla en que estaba acostado el paralítico. Jesús, al ver la fe que tenían, dijo al paralítico —hijo, se te perdonan tus pecados—. Había allí sentados algunos sabios, y reflexionaron para sus adentros: —¿Por qué habla éste así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar los pecados, sino solamente Dios?— En ese mismo instante, Jesús, conociendo en su espíritu que reflexionaban entre sí de ese modo, les dijo: —¿Por qué discurrís eso en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “Se te perdonan tus pecados”, o decirle: “Levántate, toma tu camilla y vete andando”? Pues para que veáis que el Hijo del Hombre tiene poder para perdonar pecados en la tierra... —dice al paralítico—: —A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa—. Y se levantó y tomando enseguida la camilla se marchó a la vista de todos, de modo que todos se admiraron y daban gloria a Dios diciendo: —Nunca hemos visto tal cosa—." (Mc. 2,1 ss)

Si se cree que sólo se trataba del milagro, no es verdad que los judíos nunca hubieran visto tal cosa. Habían visto muchos milagros en su historia. Pero todo lo que rodea este milagro es lo que no tiene par. Este relato es lo que mejor representa un método, propio de Jesús, que él utiliza constantemente, y que es más importante que el milagro.

He aquí la estructura de ese método:

—hacen una pregunta a Jesús,

—en su plano propio, él responde alusivamente, haciendo otra pregunta,

—crea así un *suspense*,

—finalmente, en un movimiento hacia delante, reúne las dos preguntas, la que le han hecho y la que ha hecho él, y responde al mismo tiempo a las dos preguntas en los dos planos a la vez, pero haciéndolo estallar todo, de tan cargada como está su respuesta definitiva de revelaciones asombrosas.

Aquí le presentan un paralítico, evidentemente para que le devuelva el movimiento. La pregunta de la asistencia, muda pero clara, es: "¿Curará? ¿No curará?". Jesús deja en el aire esa interrogación, solamente perdona sus pecados al enfermo, cosa que nadie le ha pedido. Así provoca en la concurrencia una nueva interrogación, también muda, pero más importante que la primera: "Siendo Dios el único que puede perdonar los pecados, ¿con qué autoridad pretende éste perdonar los pecados?"

Jesús comprende muy bien toda la extensión de la puesta en juego. No retrocede, sino que, por el contrario, avanza atrevidamente hasta el límite extremo del desafío, que hace retroceder aún más. De nuevo pregunta: "¿Qué es más fácil: perdonar los pecados o curar a un paralítico?" Igual que cuando había dicho a la viuda de Naín "no llores", se obliga solemnemente al milagro. En efecto, el milagro cerrará la demostración de una manera irrefutable. Ha curado a un hombre, pero sobre todo ha demostrado que tenía el poder de perdonar los pecados.

Pero en su respuesta, Jesús lleva el desafío aún más lejos: hasta reivindicar para sí mismo la igualdad con Dios, con el "Anciano de los días". Según los dos Evangelios de Marcos y Lucas, en efecto, ahí es donde, por primera vez, Jesús se atribuye el título de “Hijo del Hombre” cuyas prodigiosas prerrogativas hemos visto. Personalmente, en efecto, creo que fue en esa circunstancia precisa cuando Jesús tomó solemnemente por primera vez ese título, afirmando así su naturaleza divina. Por eso, más aún que por el milagro, los judíos se sintieron

llenos de estupefacción.

Esta segunda serie de milagros es muy importante para nuestra enseñanza: proyectan una claridad decisiva sobre la personalidad misma de Jesús que reivindica para él las prerrogativas divinas, la omnipotencia sobrenatural de Dios, el poder directo de desligar las almas igual que los cuerpos. En segundo lugar, proyectan una claridad no menos decisiva sobre la misión misma de Jesús.

Jesús no vino en primer lugar para curar los cuerpos, sino para liberar las almas, para perdonar los pecados. Nosotros, por naturaleza, somos muy sensibles a los males que afligen nuestros cuerpos, el sufrimiento, la enfermedad, la muerte. Jesús trata de convencernos de que hay un mal más grave, y es el pecado que aflige al alma, la hiere y la mata. Sobre todo para curar ese mal del alma es para lo que vino entre nosotros, menos para los justos que para los pecadores. Su poder está siempre abierto, disponible, dispuesto, si es para curar las almas. Curar el cuerpo nunca será sino secundario, y no siempre es oportuno, en el mismo plano en que se sitúa Jesús. Pero siempre es oportuno, necesario, urgente y posible que el alma sea liberada de sus pecados, y que reconozca, con la fuente de su perdón, la fuente de su vida.

Finalmente, hay una serie de milagros contra los cuales se rebelan fácilmente nuestros espíritus modernos, porque tienen el aire de haber sido hechos sólo para el aturdimiento del espectador. Este género de milagros nos choca sobre todo por cierto aire, que fácilmente les atribuimos, de charlatanismo. Entre ellos, el más famoso sin duda es el de la Transfiguración. ¿Para qué sirven esos milagros, pues? Para nada, aparentemente. A menos que no estén profundamente entretejidos en la trama misma de la aventura temporal de Jesús y que no sean muy necesarios para la revelación del sentido mismo de esa aventura en todas sus dimensiones.

Es lo que pienso yo. Verdad es que la aventura temporal de Jesús tiene un sentido no sólo humano, sino cósmico. Se puede no comprenderla (¿quién puede jactarse de comprenderla completamente?), pero al menos adivinar y respetar todas las dimensiones, con tal de que no se la limite por adelantado a las fronteras del tiempo. El que dijo con la mayor naturalidad: "Yo existo desde antes que naciera Abraham", podía y debía hacer cosas que sólo tienen sentido supratemporal, es decir, profético.

Cristo realiza las profecías muy conscientemente, y la mayor parte de las veces es el único que lo sabe. También hace profecías. En cada instante, su presente se inserta fácilmente en una trama ya dibujada, o dibuja una trama para un acontecimiento aún por venir. Y la realidad, una vez sobrevenida, siempre es sorprendente, como la flor abierta siempre es sorprendente en relación con el capullo que, sin embargo, era su promesa y su profecía. Pero Jesús dispone con la misma facilidad de su porvenir, y a veces lo prefigura. Sólo con posterioridad se puede establecer la relación y admirar una vez más la realización perfecta de una figuración enigmática.

Nosotros progresamos en nuestras vidas como hormigas, en horizontes estrechamente limitados por la vida cotidiana, sus deberes, sus trabajos, sus placeres, sus penas, su organización a menudo tan vana como meticulosa. Es muy raro que tengamos una visión de conjunto de nuestro pasado y que imaginemos nuestro porvenir. Además ¿qué podemos sobre nuestro propio destino? Nuestro pasado está colmado de "habría podido, habría debido": estas palabras, que en efecto son temibles, no tienen ningún sentido aplicadas a Jesús, privilegio inmenso entre todos los hombres. Se puede estar seguro de que ese hombre nunca se dijo a sí mismo, ni aun a propósito de Judas, ni aun a propósito de Jerusalén, la ciudad santa que tanto

amó, "habría podido, habría debido"; no, lo que debía hacer, siempre pudo hacerlo y lo hizo siempre. Lo que dice, siempre a su manera y haciendo una pregunta: "¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?" no tiene otro sentido.

La misma libertad soberana respecto al porvenir. Cuando lo prefigura, es sin temor de verse desmentido por los acontecimientos. Solamente dice a aquellos testarudos que eran sus apóstoles y que un día habían de ser sus testigos: Acordaos bien de lo que acabáis de ver. No habléis de ello todavía, sino cuando se realice el acontecimiento correspondiente, que entonces eso sea para vosotros la prueba de que yo sabía por adelantado lo que iba a pasar, que lo quería así y que siempre he dominado los acontecimientos.

Entonces, ¿por qué escandalizarnos de los milagros de Jesús, aun los más soberbios, los más gratuitos? Como todos los demás hechos y gestos de Jesús, como todas sus palabras, están lanzados en el gran movimiento de su vida, que va de la eternidad a la eternidad, hacia el cumplimiento integral de su destino, flotilla alegre que baja por el curso de un gran río, hacia su desembocadura, y que nada detendrá. Por otra parte, ¿por qué dar a los milagros de Jesús mayor importancia de la que él mismo les daba? En su pensamiento, en sus palabras y en su acción, están siempre firmemente subordinados a una significación más alta. Como dice santo Tomás de Aquino, son el sello del Rey que marca con el signo de la omnipotencia el mensaje soberano. A veces ocurre que los sellos del Rey caen en manos de coleccionistas que los admiran por sí mismos, pero no es ese su destino primario, el único que cuenta a sus ojos: el verdadero destino del sello del Rey es ser roto para que podamos leer el mensaje autentizado por tan augusto diploma.

Los milagros no son más que un signo del poder de Jesucristo. Este poder, él se pasó todo el tiempo diciéndonos que estaba por completo movilizado al servicio de la salvación espiritual y la resurrección espiritual de los hombres. Los milagros sólo serían equívocos si no fueran símbolos; entonces solamente querrían decir: "Que me sigan los que amen el poder". Al contrario, quieren decir: "Los que quieran su salvación *espiritual*—por lo demás, salvación espiritual del cuerpo como del alma—vengan a mí; tengo poder para salvarles de la única manera como me he comprometido a hacerlo: con una salvación espiritual".

Pascal subraya un hecho evidente cuando se relee el Evangelio. Subraya ante todo la necesidad de los milagros en lo que concierne a Jesús: "No se habría pecado no creyendo a Jesucristo sin los milagros", y cita *Juan 15, 24.* Pero subordina los milagros al cumplimiento de las profecías. Los milagros de Jesús, pues, eran importantes sobre todos los contemporáneos de Jesús: para nosotros, el milagro de los milagros, plenamente suficiente, es el cumplimiento de las profecías en Jesús. "Jesucristo hizo milagros, y los apóstoles después, y los primeros santos en gran numero; porque, no estando todavía cumplidas las profecías, y cumpliéndose mediante ellos, nada más que los milagros servían de testimonio. Se había predicho que el Mesías convertiría a las naciones. ¿Cómo se habría cumplido esa profecía, sin la conversión de las naciones? ¿Y cómo se habrían convertido las naciones al Mesías, no viendo ese último efecto de las profecías que le prueban? Antes, pues, de que hubiera muerto, resucitado y convertido a las naciones, no estaba todo cumplido, y así hicieron falta milagros durante todo ese tiempo. Ahora ya no hacen falta contra los judíos, pues las profecías cumplidas son un milagro subsistente."

Es impresionante comprobar que la enseñanza oficial de la Iglesia sigue este modo de ver y refiere principalmente los milagros al origen divino de la religión cristiana. No es que los milagros no sean ya posibles hoy, sino que no tenemos la misma necesidad de ellos. Se cuenta que el rey san Luis fue informado de que se producía un milagro en la capilla de su

palacio. No acudió diciendo que no tenía ninguna necesidad de milagro para creer en la presencia corporal de Cristo en la eucaristía. Cierto que los milagros son siempre posibles, y se siguen produciendo acá y allá, y la Iglesia los exige para canonizar a los santos. No tienen nada de asombroso; lo que es asombroso, es la total obediencia de un hombre a Dios, y, recíprocamente, la obediencia de Dios a un hombre. En ese sentido, Simone Weil tiene razón en hallar milagrosos tres pasos dados por un santo, estén dados por el agua o por tierra firme.

* * *

6 Todas estas reflexiones no desarraigarán la prevención del hombre moderno contra el milagro. Sólo creo que la raíz de esa prevención no está en la razón ni en los progresos de la ciencia, como se cree comúnmente.

La verdad es que nosotros los modernos amamos el orden, lo amamos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas; lo amamos por encima de todo, lo idolatramos. No queremos que se trastorne el orden ni por un mensaje del Rey de los reyes. Y nuestra concepción del orden es lo más mezquino que hay, lo más avaro, más coriáceo, más materialista y más estúpido. En todos los dominios, aun el del espíritu, lo que veneramos es el orden policiaco, el orden totalitario, el orden de un mecanismo preciso y riguroso, como el de un reloj: tic tac, tic tac, tic tac, por los siglos de los siglos.

Ese rigor y esa monotonía nos tranquilizan: no hay sorpresa posible, no hay misterio. Odiamos por instinto todo lo que venga a interrumpir esa monotonía, a romper ese rigor; todo lo que escape al ritmo inflexible regulado de una vez para todas. La conquista de la naturaleza, cuyo sueño persigue febrilmente el hombre desde el Renacimiento, no era concebida hasta ahora sino como la invasión, a paso acompasado, de las fuerzas de la inteligencia, es decir, del orden, en el dominio del caos y del absurdo, obligado a retroceder siempre. Y todo era caos mientras la inteligencia humana no hubiera tomado posesión efectivamente de ello por la ciencia. En cuanto una nueva región del caos quedaba liberada por la ciencia, reinaba en ella el orden y la inteligencia humana aseguraba una policía perfecta, nada se escapaba ya, tic tac, tic tac, todo estaba en orden.

En semejante concepción del orden universal, adquirido y aún por venir, no hay el menor lugar para el milagro. El milagro es un escándalo, un atentado contra la seguridad interior del orden universal y de la conciencia de cada cual, una indecencia intolerable, un absurdo fantasmal, contra el cual conviene movilizar todas las fuerzas del orden, todos los recursos de la inteligencia, frente a ese retorno ofensivo del caos.

El mismo milagro es una impiedad. Pues, en fin, en esa concepción mecanicista del universo, todavía cabe imaginar un lugar para Dios, el de Gran Relojero, según la expresión de Voltaire. Pero ¿cómo concebir que el propio Gran Relojero suspenda el tic tac fundamental, y trastorne así voluntariamente la buena marcha de su obra maestra, la mecánica universal? En un universo mecanicista, el milagro no puede ser por parte de Dios sino una señal de chochez. Eso es lo que me contaron durante toda mi juventud

Esta concepción de un orden meticuloso y totalitario del universo está profundamente enraizada en el espíritu moderno. Es sustancialmente la misma en Descartes, en Newton, en Voltaire, en monsieur Thiers al hacer fusilar en masa a los obreros parisienses, en Lenin y en Hitler. En tal concepción, nada es tan abominable como la anarquía que pretende escapar al orden ciego, mecánico, infalible y seguro.

Como todo va unido, esa concepción no triunfaba en política sino porque se pretendía "científica". La ciencia estaba encargada de poner orden en el universo, era una gendarmería sagrada, responsable del orden cósmico. En esas condiciones, el taumaturgo es el anarquista por excelencia, el enemigo número uno, que lo vuelve a poner todo en cuestión, que no puede tener derecho de ciudadanía en la armonía universal, desterrado por derecho, como el poeta, pero infinitamente más peligroso que el poeta, porque el poeta lanza al orden mecanicista un desafío de palabras con el que siempre cabe arreglárselas, mientras que el taumaturgo es un poeta en actos, que pretende rehacer a su guisa y en un plano imprevisto lo que ya está irremediablemente establecido. El taumaturgo se pone él mismo y definitivamente fuera de la ley para que ésta le aplaste.

El fondo que resiste en nosotros al milagro es el mismo que resiste a la poesía, una pereza ontológica cómplice de todos los hábitos, de todos los conformismos, de todos los tic tacs ciegos, un fariseísmo de las pretendidas leyes científicas, tan feroz, tan puritano, tan limitado como el fariseísmo de los Doctores que, en nombre de la Ley, aplastó antaño al Señor.

Ahora bien, este fariseísmo científico, defensor de un determinismo totalitario y de la rigidez de las leyes científicas, es lo que ya resulta insostenible. El golpe que no sólo le ha herido de muerte, sino que le ha deshonrado intelectualmente, no le ha venido de la teología—ya he dicho que los teólogos no conocen a sus aliados y no gustan de la poesía—; el golpe decisivo, la estocada, se la ha dado el propio conocimiento científico, que ha sacudido el yugo del determinismo, al mismo tiempo que adquiría conciencia cada vez más aguda de sus límites y del misterio en que permanece sumergida.

A medida que progresaba, no sólo en tanto que conocimiento, sino también en su eficacia propia de dominación de la naturaleza, la ciencia se hacía humilde y abdicaba de toda tiranía fuera de su orden y aun dentro de su orden. En el tiempo de la relatividad, del universo curvo y en plena expansión, la ciencia no se atreve a decirse infalible y totalitaria en lo real. Ha aprendido a callarse sobre lo que ignora, lo que está fuera de su alcance. Se guardará muy bien de exiliar al poeta, pero al propio taumaturgo ya no es ridículo, ya no está fuera de unas posibilidades cuyas fronteras no se osan fijar. Ya no se trata en absoluto de un Gran Relojero, pues el ritmo del mundo no es en absoluto un tic tac. Lo que Dios tiene que decir sobre sí mismo toma una nueva resonancia: que es libertad, que es sabiduría por encima de la nuestra, que es amor, y que la oración de un niñito de corazón poro puede levantar las montañas y desarraigar los mundos. Mientras que hace cincuenta años era de buen tono reírse de tales afirmaciones, hoy día no hay sabio digno de ese nombre que no diga: ¿Por qué no?

En las perspectivas abiertas ahora por la investigación científica, más bien lo que se vuelve flotante es el límite entre el milagro y el hecho natural. La bomba atómica hubiera sido milagro para Newton, pero para muchos sabios actuales, surge la duda de si muchos milagros de Cristo no son fenómenos naturales. El poder físico del alma sobre los elementos quizá es más extenso, por naturaleza, de lo que imaginábamos. La curación de un paralítico ya no es tan evidentemente milagrosa como se creía antaño. Que la ciencia reconozca amplias zonas de misterio no quiere decir que todos los misterios tengan un carácter estrictamente sobrenatural y divino. Pero la Iglesia nunca ha dicho lo contrario.

El hecho de que cada vez esté más indecisa la frontera entre lo que es seguramente fenómeno natural y lo que puede ser milagro, sólo tiene una importancia secundaria en nuestro tema, al menos en mi opinión. Lo importante es que Jesucristo sea verdaderamente un taumaturgo, y bastaría para ello que uno solo de sus actos hubiera sido milagroso, por

ejemplo, la resurrección de Lázaro, el volver a llamar a la vida a un hombre muerto hacía cuatro días y ya en estado de carroña. Sin hablar de su propia resurrección.

Pero eso tampoco es lo más importante. Lo más importante es que todos los milagros de Cristo tienen un sentido preciso, impuesto por él mismo, sentido de revelación sobre su persona, su doctrina, su misión, más a menudo también, sentido profético por referencia a un acontecimiento por venir, que el milagro prefigura más o menos claramente, pero que, una vez producido el acontecimiento, aparece en un esplendor fulgurante. En Jesús, el taumaturgo es idéntico al profeta.

Lo que es impresionante, es la manera que tiene Jesús de actuar como señor de la naturaleza, del mundo visible y del mundo invisible, y su soberanía es aún más inteligente que libre. Utiliza a su gusto la naturaleza: sus gestos o sus actos, milagrosos o no, son metáforas que sugieren un desarrollo ulterior. En Jesús, el taumaturgo es idéntico al poeta.

Tanto y más que cualquier poeta, rompe las costumbres los conformismos, lo hace aun más en actos que en palabras. Desplaza los horizontes o los confunde a su gusto. Superpone los órdenes, no se deja encerrar por ninguno. Es libre, y esa libertad soberana es el milagro de los milagros. Nada anarquista, sin embargo, pues es para afirmar su orden propio, el de la caridad, para lo que tanto gusta de transgredir todos los órdenes inferiores. Constantemente escapa a todo determinismo y a toda ley, imprevisible y supremamente inteligente, sin cesar asombroso. Es la antítesis de un orden mecánico, libre como su Espíritu, que viene de no se sabe dónde y sopla donde quiere, cerniéndose sobre el caos, y el caos se ilumina y se organiza como un árbol en la neblina de la mañana.

Se comprende muy bien que los representantes del orden establecido, de la ley inflexible, del tic tac determinista, le hayan odiado, le hayan derribado, le hayan pisoteado. Y el tercer día, resucitó como había dicho. Él es quien tiene la última palabra. Pero esa última palabra, la pronuncia tan bajo, como verdadero poeta, que sólo la oye quien tenga buenos oídos para oír

SEGUNDA PARTE

LA VIDA DE JESUCRISTO

IV

LA ANUNCIACIÓN

7 En la primavera de 1959, China invadía militarmente el Tíbet. El príncipe de este país huía. Tras las agitaciones y protestas de costumbre, todo acababa en artículos de periódico. La revista americana *Time* publicaba un extraordinario relato sobre la vida y las aventuras del Dalai Lama, príncipe religioso y político del Tíbet. Ese Dalai Lama vive aún, refugiado en India, y en el momento en que escribo apenas tiene treinta años. Sus orígenes, pues, no se sumergen en la noche de los tiempos

El comienzo de su vida estuvo adornado por fenómenos extraños, digamos preternaturales si no milagrosos, como oráculos, visiones, adivinaciones. Por supuesto, el prudente y concienzudo periodista se guarda muy bien de comprometerse sobre la veracidad de los hechos que relata. Incluso, a mi juicio un poco precipitadamente, pronuncia la palabra "leyenda" aplicada a hechos cuyos testigos no han muerto todavía. Pero en todo su relato, hay al menos un hecho históricamente incontestable, y es el viaje de cuatro años y la búsqueda, por los Sabios del Tíbet, en una tierra lejana, de un niño que no conocían pero que debía ser a la vez su dios y su rey.

El periodista de *Time* no relaciona ese hecho histórico con otro, de hace dos mil años, que nos cuentan los Evangelios, dándonoslo como histórico, y es el viaje de los Reyes Magos venidos de Oriente a Judea para adorar a un niño a quien buscaban por unos signos. Renan pensaba que el viaje de los Reyes Magos era una fábula. El tipo de organización social que rigió el Tíbet hasta la invasión comunista sólo era posible todavía en el siglo XX por el aislamiento de ese territorio. Ese aislamiento ha sido violado para siempre. Hay que anotar la fecha: dentro de doscientos años, la historia de nuestro contemporáneo el Dalai Lama será tan difícil de concebir y de comprender, en las circunstancias de la sociedad del momento, como lo era para Renan la historia de los Reyes Magos.

Ahí es a donde quería yo ir. ¿Con qué derecho atribuiríamos más honradez y veracidad a un periodista de *Time* que a los cuatro Evangelios? Nuestra experiencia nos limita. Ahora bien, no hay sabiduría, ni aun verdadero conocimiento, sin una cierta reserva, sin una humildad cierta. Sabemos muchas cosas; no lo sabemos todo. Siguen siendo posibles muchas cosas que no imaginamos, por la pobre razón de que no las hemos visto nunca.

No nos apresuremos, pues, a pronunciar las palabras “fábula” y “leyenda” para calificar los extraordinarios y milagrosos fenómenos que rodearon la aparición de Jesucristo en este mundo. Dejemos al menos la puerta entreabierta. Si Jesús es Dios, nada más normal sino que su encarnación estuviera rodeada de milagros para autentizar ese origen divino. Si no es Dios, evidentemente no hay ninguna razón para que su nacimiento no fuera tan prosaico como el de cualquiera de nosotros, por más que un nacimiento nunca sea del todo prosaico.

Por lo demás, en lo que se llama “el Evangelio de la Infancia”, nos gusta reconocer la poesía: la saboreamos, y la fiesta de Navidad es la más popular de nuestras fiestas. Lo que nos cuesta algo admitir es la veracidad del relato. Mientras que si ese niño, nacido en Belén hace dos mil años en un establo, es verdaderamente el Mesías que predecían los profetas, la poesía del relato, por el contrario, es para mí un signo de su veracidad.

Es entonces el desenlace de esa larga espera profética, que se confunde con la historia del pueblo hebreo; es la eclosión de esa flor terminal, cuyo largo poema extendido sobre milenios no era más que la raíz, el tallo y el retoño. Todo el tallo, toda la raíz, estaban hechos para sostener esa flor, y su eclosión es un fenómeno poético más esplendoroso que todo lo que le ha precedido, que toda su preparación, tan profundamente poética ella misma. ¿Qué hay más milagroso en el mundo que esta espera profética, sino su cumplimiento? De la profecía a la realización se descubre una consistencia de estilo que revela la mano del Único Autor. Permanecemos en el interior de un dinamismo, el del milagro, el de la profecía, que ha tratado de mostrar que es análogo al dinamismo del poema. Es el poema de Dios, el poema de su revelación y de la salvación que aporta el mundo.

Tomás de Aquino, el austero santo Tomás, el maestro incomparable en divinidad, explica en el prólogo a su Summa, que, dado que Dios quería hacerse comprender por los hombres, debía emplear metáforas, no sólo en sus palabras sino en sus acciones. Si es verdad que Dios es poeta, se puede convenir en que sus medios de expresión son infinitamente más extensos, más numerosos, más particulares, que los de cualquier otro poeta del mundo. ¿Por qué no los iba a emplear en su variedad y su plenitud, en el mismo momento en que decide descender y habitar entre los hombres como uno de ellos? Rimbaud dice: "Ese señor **no** sabe lo que hace: *es* un ángel". A lo que responde el funcionario del registro civil: "No hay ángeles. Si los hubiera, yo sería el primero en estar informado, y podría darle a usted documentación completa sobre ellos".

* * *

8 Cuando el Hijo de Dios se encarna, el cielo y la tierra se agitan, los ángeles van y vienen como en el sueño de Jacob, una estrella nueva aparece en el cielo y se mueve silenciosamente de oriente a occidente, unos hombres la siguen todas las noches a través de los desiertos, el ángel Gabriel aparece en el Templo de Jerusalén junto al altar de los sacrificios y reaparece en una pobre casa de Galilea.

Una muchacha va por los caminos hacia las **montañas** de Judea, a visitar a una prima suya que, a pesar de su vejez, va a tener un hijo. La joven, también ella encinta milagrosamente, parirá lejos de su casa en un establo de Belén, ciudad de los reyes, dando a luz un hijo que es Dios en persona. Unos ángeles avisan a los pastores de los alrededores, que se ponen en marcha hacia el establo para adorar al recién nacido. Los ángeles cantan en el cielo.

Los tres Reyes Magos y sus sensacionales caravanas atraviesan Jerusalén, y hacen una

visita de cortesía al rey Herodes, que consulta a los Doctores de la Ley. Los Doctores de la Ley, por su parte, firmes en su ciencia y con un dedo en sus libros, permanecen sentados en sus alfombras, pero dan la respuesta adecuada. Entonces los Reyes Magos se vuelven a poner en camino hacia Belén, depositan sus fastuosos presentes a los pies del Niño, tienen unos sueños y se vuelven por otros caminos que los que habían traído.

El Niño es llevado a Jerusalén, al Templo, donde es reconocido proféticamente por dos ancianos. Herodes, que tampoco se ha movido, animado de un odio repentino, envía soldados a matar a todos los niños de poca edad, en Belén y en los alrededores. Los soldados matan, pero el Niño que buscan ya se ha escapado, llevado al destierro por sus padres hacia el lejano Egipto.

Muere Herodes, cargado de crímenes. El Niño y sus padres vuelven a Nazaret, en Galilea, y, aparte de un viaje a Jerusalén, cuando Jesús tenía doce años, en que sus padres le pierden en el Templo durante tres días, todo vuelve a la tranquilidad, en la monotonía de una existencia sin relieve. Los ángeles permanecen en el cielo. Los pastores siguen guardando sus rebaños, Nazaret es una aldea apacible, lejos de las grandes rutas. José, María y su hijo forman una familia que no se distingue en nada de las otras.

Todo ese movimiento, esa agitación, todo lo que ocurrió, maravilloso o terrible, se aleja en el tiempo, como se borra el recuerdo de un sueño, hasta el punto de que cabe preguntarse si verdaderamente pasó algo. Muere José. Sólo María guarda en su corazón todas esas cosas preguntándose sobre el porvenir. Pues la calma, la oscuridad que vienen luego son tan prodigiosas como la agitación de antes.

La agitación fue signo de la grandeza de ese nacimiento, pero quizá su lección es la tranquilidad posterior.

* * *

9 El escenario en que comienza esta historia es muy significativo: es el Templo de Jerusalén.

Los judíos contemporáneos nuestros —me refiero a los judíos ortodoxos y piadosos; los demás no tienen gran cosa que decir en una historia como esta—, no parecen echar de menos el Templo de Jerusalén ni querer reedificarlo. Ya no tienen sacerdocio ni sacrificios: la misma Promesa está, si no olvidada, al menos interpretada de manera vaga y simbólica. Entre los judíos avanzados, ¿quién espera todavía un Mesías personal? La religión judía está actualmente toda ella centrada en la Thora, las Escrituras. Me parece que es un empobrecimiento considerable de la antigua religión de Israel. El templo de Jerusalén era el centro de gravitación de esa religión, era su signo sensible, como el sacramento monumental de la Presencia especial de Dios en medio de su pueblo elegido y bienamado.

Los templos griegos, con sus columnas, son como bosquecillos de mármol, en que los griegos buscaban a sus divinidades ilusorias, tan bellas y encantadoras como evasivas. La multiplicidad de los templos en las colinas y a la orilla del mar es un reflejo del politeísmo. Los judíos, en cambio, no tenían más que un Templo, en la Acrópolis de Sión. Este Templo no pretendía reemplazar árboles sagrados, sino una tienda de nómada en el desierto. Pero una tienda de nómada no es una tienda de explorador: es una vivienda móvil, a veces enorme, a veces fastuosa, que alberga a toda una familia.

Durante la larga estancia de su pueblo en el desierto, tras la salida de Egipto, Dios había compartido los acampamientos de su pueblo, sus idas y venidas al azar de los pastos, sus guerras con aire de razzias, siempre dispuesto, como su pueblo, a recoger los bagajes y huir ante un enemigo demasiado poderoso, a desaparecer sin dejar detrás de él más huellas que las de los camellos y los asnos, pronto borradas por el viento y la arena. Dios, pues, había tomado las costumbres nómadas de su pueblo, y no las ha perdido nunca, y su Espíritu sigue siendo como el viento, que nadie sabe de dónde viene ni a dónde va. En los desiertos, Dios había vivido bajo la tienda, bajo su Tabernáculo, y muchas veces, en la noche, una columna de fuego encima de esa tienda entre tantas otras marcaba a los ojos de todos la gloria de su Presencia tranquilizadora y terrible.

Una vez instalado su Pueblo en la Tierra prometida, Dios se había seguido contentando aún durante mucho tiempo con una tienda, cerca del palacio del rey y de las casas de los hombres. Sólo como de mala gana había dejado su tienda por el Templo suntuoso que construyó Salomón. Por bello que fuera el Templo, no era en realidad más que una tienda de cedro y de piedra.

Hay así una íntima correspondencia entre el comienzo del Evangelio de Lucas situado en el Templo de Jerusalén y el Prólogo de Juan que, al enunciar el misterio de la Encarnación, declara: "Y la Palabra se hizo carne, y *acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria* propia del Hijo único del Padre". En el espíritu del Evangelista, es muy cierto que se trata de esa misma gloria que los hebreos vieron en el desierto, dominando otra tienda, la del Tabernáculo, bajo la forma de una columna de fuego.

Es posible que, a los ojos de un lector apresurado, este juego de equivalencias simbólicas parezca frívolo o incluso “traído por los pelos”. Ruego al lector que no se apresure. En literatura, no tengo ningún respeto por la oscuridad y las complicaciones forzadas. Por el contrario, hago inmensos esfuerzos por ser accesible. Pero el tema es difícil y a veces la complicación está en la realidad. ¿Qué puedo hacerle? Este libro se escribe, y supongo que se lee, sólo para comprender mejor el punto de vista de Jesús sobre sí mismo. Ahora bien, ese juego de equivalencias lo ha hecho el mismo Cristo. Para él, la gloria misma de Dios que acompañó al pueblo de Israel a lo largo de su historia, que empezó por descansar sobre la tienda sagrada del Tabernáculo en el desierto, transmigró al Templo de Jerusalén para residir al fin definitivamente en su precioso cuerpo, nacido de la Virgen María.

La escena ocurre precisamente en el Templo, y Jesús acaba de expulsar a los vendedores. "Los judíos le replicaron: —¿Qué señal nos muestras para hacer esto?—Jesús contestó: —Destruid este templo, y en tres días le levantaré—. Y los judíos dijeron: —En cuarenta y seis años se construyó este templo, ¿y tú lo levantarás en tres días?— Pero Él hablaba del templo de su cuerpo. Y luego, cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron los discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que dijo Jesús."

Tal era, pues, el testimonio de Jesús sobre sí mismo: Dios ha pasado del Templo de Jerusalén a la humanidad de Jesús, como antaño había pasado del Tabernáculo al Templo de Salomón. Una vez más, el Evangelio sólo se comprende bien en el interior y a la luz de la tradición de Israel. Aún más fuerte, nuestra religión cristiana, centrada toda ella en torno a nuestros tabernáculos en la adoración del cuerpo eucarístico de Jesús, en su Presencia real en el sacramento, se une en continuidad perfecta y sin ruptura a la devoción de esos nómadas hebreos en el desierto, cuando, al regreso de la caza o de la guerra, llegaban al campamento y veían desde lejos, en el ocaso, con exultación de orgullo, la columna de fuego que se ponía

sobre la tienda de su Dios, entre las tiendas de su pueblo. Los judíos ya no tienen Templo, pero el cuerpo eucarístico de Cristo es el Templo de Jerusalén ya indestructible entre nosotros.

Había, pues, un sacerdote llamado Zacarías, que esa tarde tenía que ofrecer el incienso en el Templo de Jerusalén. Estaba solo en el santuario, pero “toda la muchedumbre del pueblo se quedaba rezando fuera”. De repente, Zacarías "se estremeció": había un ángel a la derecha del altar del incienso. Era el ángel Gabriel y tenía un mensaje que darle. Zacarías era viejo y su mujer también de edad avanzada.

El ángel prometía que en su vejez tendrían un hijo varón. Ese niño debería llamarse Juan y “marcharía ante Dios con el espíritu y el poder de Elías”, el mayor profeta de Israel, aquel de quien se esperaba que regresara antes mismo de la llegada del Mesías, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto. Sería un milagro renovador de la concepción de Isaac, hijo del viejo Abraham y de la vieja Sara.

Zacarías dudó de las palabras del ángel. El Nuevo Testamento se abre con ese viejo sacerdote que empieza por tener miedo, que luego duda del mensaje divino y de su propia felicidad, y a quien el ángel, irritado, inflige la mudez. Cuando Zacarías salió del santuario, ya no podía hablar. Ante esa señal, el pueblo comprendió que había tenido una visión. Ahora bien, se realizó lo que había dicho el ángel: poco después, la vieja Isabel quedó encinta, y, por el exceso de su alegría, permaneció encerrada en su casa. Así fue concebido el último Profeta de Israel, Juan, más tarde nombrado el Bautista y el Precursor.

El pueblo, es decir, los asistentes, los vecinos, los ociosos, los que no se puede impedir que estén ahí, que hablen, que aconsejen, que comenten los acontecimientos, y que a lo largo de toda la historia de Jesús desempeñan el papel del coro en la tragedia antigua, el pueblo, pues, “guardaba esto en su corazón, diciendo: —¿Qué va a ser entonces este niño?—”

Cuando Isabel estaba en el sexto mes, "el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José de la estirpe de David; la virgen se llamaba María". Era pariente de la vieja Isabel. El ángel, entrando ante ella, dijo: "—Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo", "bendita entre todas las mujeres—." El ángel anunció después a María que concebiría un hijo que se llamaría Jesús. En la tradición profética de Israel, nada más explícito ni más evocador que el mensaje del ángel sobre ese niño que vendría: "El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob por la eternidad, y su reino no tendrá fin.” Sería Rey, Sacerdote y Juez del clan de Israel. Tal reino, todos los israelitas piadosos lo esperaban como el del Mesías. El ángel, pues, anunciaba a María que sería la madre del Mesías.

Pero ni por esa eminente dignidad María hubiera sacrificado su virginidad, y lo deja entender claramente. No es que tuviera un miedo enfermizo de los hombres; estaba prometida a José, y su propósito de virginidad sólo puede entenderse en homenaje de religión a Dios, vinculado por parte de José al mismo voto de virginidad. Las promesas del ángel, como el voto de virginidad de María, desbordan entonces inmensamente la estricta concepción tradicional mesiánica. Por lo demás, siempre pasa eso con las promesas divinas: la realización colma hasta el extremo y desborda la Promesa.

María, pues, guardaría su virginidad, no "conocería" hombre, pues el niño que nacería de ella no sería de semilla viril, sino del Espíritu Santo, es decir, directamente de Dios. “Por eso, dice el ángel, será llamado Hijo de Dios” en sentido fuerte: tendrá el título, el nombre, el derecho, la naturaleza y la personalidad de Hijo de Dios. Bastaba a María ser hija de David

para llegar a ser la madre del Mesías, pero le hacia falta permanecer virgen para llegar a ser la madre de Dios. Ella era "de la semilla de Abraham", y por ella el Cristo sería realmente hijo de Abraham y de David, pero ese niño que nacería de ella sería inmediatamente de la semilla de Dios. En el seno de una virgen, la Promesa milenaria de Dios a la raza elegida quedaría superabundantemente cumplida: el Mesías que esperaba esa raza sería, a la vez y muy realmente, hijo de David e Hijo de Dios.

V

LA VISITACIÓN

10 El ángel también había dado a María la noticia de la próxima maternidad de Isabel, su pariente, pues, había añadido, "ante Dios no es imposible nada". En su salutación a María, Isabel repite la salutación del ángel y la completa: "Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre." Toda la antigua Alianza, toda la historia de la Promesa, se contienen en las palabras de Dios a Abraham y las palabras de Isabel a la Virgen María.

La promesa de Dios a Abraham era ambivalente. (Gen. 12 a 18) Por una parte, establecía su alianza con Abraham y su descendencia, su raza, su simiente, a la que daría la Tierra Prometida y que llegaría a ser una gran nación; por otra parte, todas las naciones de la tierra eran benditas en Abraham. Es evidente que la primera parte de la promesa es racista y se limita a la descendencia de Abraham según la carne. Pero la segunda parte de la Promesa ya no es racista, porque presagia, a partir de Abraham, una bendición a todas las naciones de la tierra sin distinción. Desde san Pablo, los cristianos reivindican altamente su parte en esa bendición. En efecto, esa bendición sólo puede significar una extensión espiritual de la Promesa.

La maternidad de María cumple la primera parte de la Promesa: en su fruto se consuma la Alianza según la carne entre Dios y su pueblo. Pero esta maternidad cumple aún más la segunda parte de la Promesa: en su fruto son benditas todas las razas, todas las tribus, todas las naciones. Es eso lo que sugiere la vieja Isabel cuando dice: "Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre"

Inmediatamente, María entra en la misma perspectiva. Responde con el *Magnificat* que se remonta explícitamente a Abraham y al origen de la Promesa: "...Desde ahora me llamarán feliz todas las generaciones porque el Poderoso ha hecho por mí cosas milagrosas. Santo es su nombre... Socorrió a su siervo Israel, acordándose de su misericordia, según dijo a nuestros padres; a Abraham y a su semilla por la eternidad". ¡Qué momento en el tiempo aquel en que, durante nueve meses, el cuerpo de una virgen, hija de Abraham, contuvo con el mismo estremecimiento la antigua alianza y la antigua bendición realizadas, el cuerpo carnal y lo que los cristianos llaman "el cuerpo místico" de Cristo! Pues ese cuerpo místico de Cristo no es otra cosa que la bendición de Abraham ofrecida a todas las naciones. Durante nueve meses, María fue el punto de convergencia y de realización de todas las promesas y de todas las profecías pasadas, y de todas las bendiciones pasadas o futuras.

Desde Abraham hasta la Virgen María y hasta todas las generaciones que la llaman o la llamarán bienaventurada, es la misma religión la que se extiende y se desarrolla, por lo que el Papa Pío XI dijo de nosotros los cristianos—y lo dijo en el momento en que hacía falta—: "Somos espiritualmente semitas,'. Los cristianos somos hijos de Abraham según el espíritu y la bendición, como María fue su hija según la carne igual que según la bendición.

La aventura temporal ha comenzado, la historia de Jesucristo está puesta en marcha. Lo que esta historia tiene de original es que no consiste sólo en la continuación de una raza; eso no tiene nada de original; es que representa el logro y la perpetuación de una promesa y de una bendición milenarias que se remontan hasta Abraham y hasta Dios mismo. En este momento estamos en la superficie del enlace del tiempo con la eternidad, en el punto de refracción del palo que entra en el agua.

Como ya he subrayado, siempre que se trata de la historia de Jesucristo, se da ese fenómeno de refracción. Esta historia no comienza nunca en absoluto allí donde la captamos; ya ha comenzado en la eternidad, y no vemos bien la dirección anterior, y a primera vista puede parecer que hay desviación y ruptura. El conflicto religioso de los cristianos y los judíos se refiere únicamente a la interpretación de ese fenómeno de refracción.

¿En qué momento Napoleón empezó a ser Napoleón? Sin duda desde el seno de su madre. No iba precedido por nada que le concerniera personalmente. Pero Jesucristo iba precedido por dos mil años de una promesa renovada sin cesar y que le concernía a él. Iba precedido por él mismo en la eternidad donde existe personalmente como Hijo Único de Dios. Entra en el tiempo permaneciendo en la eternidad como un palo, se sumerge en el agua sin quedar completamente sumergido en ella.

En el momento en que Napoleón está todavía en el seno de su madre Letizia, no tiene pasado y nadie prevé su fabuloso destino. Su madre sólo tiene esperanzas y ambiciones, pero ninguna promesa. Si la felicitan, las felicitaciones quedan tan vagas como las esperanzas y las ambiciones maternales. El oscuro comienzo de todo ser humano tiene el sabor embriagador de la aventura, pero nadie sabe por adelantado lo esencial de la aventura. Aunque se trate de un hijo de rey, el porvenir sólo se supone.

Aquí, todo es diferente. Estas dos mujeres, la vieja Isabel y la joven María, ya saben lo esencial de la aventura. Saben, desde el comienzo, que la aventura que empieza es una prolongación de la eternidad, de la Promesa milenaria y de la Profecía. Saben también quiénes son esos gérmenes de hombres que llevan en su seno, y que lo que son ya es más grande que lo que harán. Isabel exclama: "¿Cómo se me concede que venga a mí la madre de mi Señor? Porque, mira, en cuanto llegó el son de tu saludo a mis oídos, el niño saltó de alegría en mi vientre”. Sí, saben lo esencial.

Isabel sabe que el fruto de sus entrañas tiene el estremecimiento de los profetas, y que su joven prima lleva en su seno “al Señor”, el Yahvé de sus padres, el mismo Dios del Sinaí que aparecía entre el rayo y la llama. El fruto de las entrañas de María ya es Rey, es el Señor. Su consagración y su unción fueron la unción misma del Espíritu Santo en el momento de su concepción humana y carnal. Aquí es donde, por primera vez, la antigua Alianza representada por la vieja Isabel y su hijo, saluda con exultante cortesía y con absoluta reverencia a la nueva Alianza de Dios con su pueblo y se inclina ante el cumplimiento de su propia Promesa.

Hay que retener otros muchos aspectos. Todo el comienzo de la aventura temporal de Jesús tiene el aire de una conspiración. Se hace una selección rigurosa de las personas más

diversas, a quienes se confía el secreto: un viejo sacerdote y su vieja esposa, una muchacha. Pronto el círculo se amplía a José, el esposo de María; luego, cuando el nacimiento de Jesús, a los pastores, a los Reyes Magos, a dos ancianos en el Templo, y luego, cada vez más lejos, hasta nosotros y todos los que quieran iniciarse en esa conspiración, participar en esa misteriosa aventura, y, una vez iniciados, quieran vivir y morir en esa conspiración, participar en esa misteriosa aventura que los judíos llamaban, siempre en el estilo de la conspiración política: la instauración, la llegada y el establecimiento del Reino de Dios.

Pues bien, esas dos mujeres sabían en ese momento, y eran las únicas que lo sabían, que en ellas y por ellas había empezado el Reino de Dios. Por eso su júbilo, a la altura del acontecimiento, supera infinitamente todos los entusiasmos de las madres de los futuros emperadores. Cuando el Sha de Irán tiene un hijo, todo el imperio se alegra. Pero aquí todo el Reino de Dios exulta aun antes del nacimiento del heredero. Ese Reino es un reloj de arena al que se acaba de dar la vuelta. La ampolla superior es infinita como el cielo y la eternidad, la Virgen María es el estrecho canal por donde empieza el Reino de Dios, como una arena fina, a filtrar eternidad en el tiempo, cubriendo poco a poco todas las playas de los siglos por venir. La salutación de Isabel y el *Magnificat* de María son los primeros ecos cristalinos que da el Reino de Dios al caer del cielo a la tierra: "Padre nuestro que estás en los cielos, venga a nosotros tu reino...,' Y luego, cuando el reloj de arena se vuelca y el reino acaba por llegar: “Mi alma engrandece el Señor, y mi espíritu se ha alegrado por Dios mi salvador".

Así, cuando se escruta con detalle los relatos de la historia de Jesucristo, comparando no sólo un Evangelio con los otros tres, sino los cuatro Evangelios con toda la historia de Israel, hay tal pulular de correspondencias, tan justas, con tal precisión orgánica y tan encajadas, que es imposible imaginar que hayan nacido del genio poético de los Evangelistas. Esas correspondencias estaban forzosamente en los mismos hechos contados por los Evangelistas: ellos no las han introducido, y, si se quiere uno remontar a la fuente de todas esas relaciones, al centro luminoso donde deben reunirse para ser todas inteligibles, es preciso remontarse al genio poético de Dios mismo, pues él es el único que domina a la vez el desarrollo del tiempo, el universo de la naturaleza y el universo de los espíritus. Él es el único que puede ejecutar todas esas correspondencias en el enorme teclado de la historia, como un poeta encaja las analogías en el interior del mismo poema.

Hay, pues, una credibilidad independiente, añadida a todas las demás, que se desprende del simple relato de los Evangelios leídos en continuidad con el Antiguo Testamento. A esa particular credibilidad me apego yo, porque da su sentido plenario a esa historia singular que es la historia de Jesucristo. Lo que me parece prodigioso y único en esta historia es, en cada momento, la completa identificación de lo concreto y lo espiritual, en contra de la extravagante crítica literaria actual que opone lo concreto y lo espiritual, lo dramático y lo místico, lo interior y lo espectacular. ¿Qué más concreto y más espiritual, qué más dramático y más místico, qué más espectacular y más interior a la vez, que el sacrificio de un Dios hecho hombre, clavado en una cruz en lo alto de una montaña, entre el cielo y la tierra? Es el origen de nuestra religión cristiana, pero la religión hebrea estaba ahí también.

En la historia de Jesucristo, pues, el acontecimiento concreto es lo poético, antes incluso, no sólo de toda interpretación, sino antes de toda narración. El fruto milagroso que palpita en las entrañas de una virgen, es ya quien cumple una Promesa hecha por Dios, dos mil años antes. No somos nosotros, ni tampoco el Evangelista, quienes establecemos la relación: esa relación existe en el desarrollo milenario de hechos que sólo adquieren sentido con esa relación, exactamente igual que se dice: "lo prometido, lo debido, lo cumplido". Cuando lo prometido, así debido, se realiza por fin, entonces brota, desde la Promesa a su

cumplimiento, un orden especial, particularmente luminoso, que es el orden mismo del honor. Si en *su Magnificat* la Virgen María recuerda la Promesa y glorifica al Señor por su cumplimiento, lo que ella proclama es eso: el Dios de Israel es un Dios de honor.

Cuando san Juan, en el prólogo a su Evangelio, nos afirma que el Hijo Único de Dios es su Palabra, su Verbo, y que esa Palabra se hizo carne para levantar su tienda y acampar entre nosotros, se une al *Magnificat.* Dándonos a su Hijo, Dios nos ha dado su palabra de honor, el cumplimiento de una antigua esperanza y el arranque de una esperanza nueva.

El Verbo, pues, está entre nosotros, como uno de nosotros; ya es del mismo bando que nosotros, de la misma caravana, de la misma tribu errante, del mismo clan nómada, pues está bien claro que somos nómadas y errantes. "No estamos en el mundo", dijo Rimbaud, como san Pablo había dicho: "No tenemos aquí abajo morada permanente".

Pero si el Verbo está con nosotros, no importa cómo, está a título del honor. Su honor es el nuestro, pero nuestro honor es suyo. Es la fuente de grandes querellas. Podemos traicionarle y eso nos ocurre a menudo, pero en Él no hay traición, sino seguramente celos. Es el Dios-Héroe de que había hablado Isaías. De hecho, revela y asume a la vez el honor de la naturaleza humana. No es poca cosa ser hombre, no es despreciable, puesto que Dios a aceptado llegar a serlo, y cada uno de nosotros, por su propia humanidad, es compañero de ese Dios.

VI

NAVIDAD

11 Hay silencios musicales.

Cuando la liturgia pone en escena el nacimiento de Jesucristo, utiliza un poema de la Escritura que subraya un silencio así.

Cuando todas las cosas estaban en paz

Y guardaban un silencio armonioso,

Cuando la noche estaba en medio de su camino
Tu Palabra omnipotente bajó del cielo

Dejando el trono de majestad.

Antes del desencadenamiento de la sinfonía liberadora, hay ese silencio plenario y esa quietud nocturna.

Cuando se acude al contexto de que se ha sacado ese poema, se observa que se trata ante todo de la noche trágica en que el ángel exterminador hirió de muerte a todos los primogénitos de Egipto, hombres y animales, dejando a salvo sólo a Israel: castigo terrible que doblegó el odio de Faraón y permitió a Israel salir de ese campo de concentración.

La liturgia cristiana considera que Faraón era la figura de otra potencia enemiga, temible esta vez para toda la humanidad; que el cautiverio de Egipto era una figura de la prisión del pecado, pero Sin embargo, la liturgia mantiene toda la imaginería de guerra y liberación, dándole otro sentido que el sentido histórico primario, y aplicándola directamente a la Encarnación del Verbo, sostenida en esto por el texto mismo de *la Sabiduría,* que identifica al ángel exterminador y liberador con la Palabra misma de Dios.

La continuación del poema es muy significativa y da a la fiesta de Navidad una resonancia bélica:

Guerrero despiadado, tu Palabra cayó sobre una tierra destinada a la exterminación,

Llevando por aguda espada tu decreto irrevocable,

Se detuvo y llenó de muerte el universo,

Tocaba el cielo y pisaba la tierra.

La liturgia cristiana llega hasta el fin de este texto, es decir, toma las palabras fuertes en su sentido absoluto y pleno. Puesto que el texto personifica la Palabra de Dios, no cabe imaginar que esa Palabra omnipotente se personifique mejor ni más enteramente que con ese niño, hijo de María, que es Dios en persona, y que pisa por primera vez la tierra sin dejar de tomar el cielo. Pero al mismo tiempo, el contexto histórico de este nacimiento se invierte en relación con el de la evasión de Israel fuera de Egipto. En esta noche de la primera Navidad, ya no hay en el cielo más que una tropa de ángeles que cantan la gloria de Dios y prometen, no ya la muerte y la exterminación, sino la paz en la tierra a todos los hombres de buena voluntad.

El primer contexto histórico no queda con eso enteramente eliminado. La paz de Navidad es una paz victoriosa. Es la seguridad de que el enemigo de los hombres y de Dios, el Faraón pensativo que reina sobre el imperio de las tinieblas, será liquidado, y que los días de su reino están contados. Este niñito, acostarlo en un pesebre, es un guerrero ya victorioso que llevará a su colmo la gloria de Dios, que extenderá su dominio más lejos que los reyes, más allá de la exterminación y la muerte, hasta una nueva creación del universo.

Para preservar a tus hijos de todo mal, La creación entera, obediente a tus órdenes, Se reconstituyó de nuevo en su naturaleza.

San Pablo volvió a tomar la misma concepción grandiosa de una liberación en Jesucristo, no sólo de la humanidad, sino del universo entero:

"La creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios; ella fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso: también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo."

Hay que tomar estos textos al pie de la letra: llevan consigo su luz y nuestra esperanza. La falta de los cristianos mediocres es no tener bastante esperanza. Hijos de Dios por Jesucristo, somos solidarios del universo y lo arrastramos a la misma salvación. Pero no me hago ninguna ilusión: sé muy bien cómo pueden comprender tal esperanza la mayor parte de los cristianos de mi tiempo. No es del todo culpa suya. El espíritu del cristianismo es un espíritu de conquista y de victoria y hace trescientos años que los cristianos se excusan de existir y están a la defensiva. Solidarios del universo, como el poeta se siente solidario del universo, de las flores, de los animales salvajes, de los árboles, de las montañas, del amanecer, de la lluvia y del rayo, solidarios del universo por el nacimiento, por la muerte y por la resurrección de Jesucristo, eso es lo que quiere decir la palabra catolicismo, pero sólo los poetas pueden sentir tal solidaridad, que, en efecto, es de naturaleza poética. Y ¿cuántos cristianos modernos no pondrían una cuenta bancaria por encima de la poesía y de tal solidaridad'?

Ciertamente, creo que la sagrada Escritura considerada como poema es más profundamente verdadera, y, en un sentido muy fuerte, más obligatoria que cuando se

considera solamente como Ley, pero ¿cuántos cristianos se toman la molestia de considerar la sagrada Escritura? Sin embargo, ella da forma y expresión a nuestra fe y a nuestra esperanza. Nos da una comprensión del universo mismo que ninguna ciencia podrá dar nunca. Cuando las nubes esconden al enemigo el campamento de Israel, cuando el mar Rojo se abre para dejar paso al pueblo elegido, cuando la naturaleza entera protege a los amigos de Dios y les obedece, entonces es cuando está en su verdad profunda. El milagro es lo que está en el orden, porque está en el orden de Dios.

Haciéndose Hijo del hombre, la Palabra todopoderosa de Dios somete a toda la naturaleza sensible a la obediencia de los hombres de buena voluntad; protege a todos los hombres de buena voluntad bajo la nube de su Presencia luminosa: todos los hombres de buena voluntad pueden ya atravesar a pie enjuto el mar Rojo del pecado del sufrimiento y de la muerte. Así pues, vale la pena de que ese nacimiento se celebre con cantos. La bendición prometida a Abraham no se limita ya a su raza: se extiende al infinito en el espacio y el tiempo, donde quiera que haya un hombre de buena voluntad.

* * *

12 Hubo, pues, ese silencio nocturno, y luego ese acontecimiento carnal y espiritual a la vez, del nacimiento del Hijo del hombre, que ponía un término de plenitud y de cumplimiento, no sólo a la gestación de una mujer entre las mujeres, sino a la espera milenaria de Israel. Es un acontecimiento esencialmente poético y que canta por sí solo. La Palabra de Dios toma un cuerpo singular destinado a la gloria y a la incorruptibilidad. Es, en realidad, el acontecimiento más esencial y completamente poético que haya tenido lugar en toda la historia del mundo. En ese niño recién nacido, el Antiguo Testamento se extasía y se consuma en una sola Palabra, la más concreta, más viva y más definida que haya habido, con resonancia infinita.

En ese niño, también queda liberado todo el universo. Es verdad que en el principio existía la Palabra, pero también está ya en el fin último de todas las cosas. El universo entero no tiene otro destino concebible que ser expresado finalmente en él, pues, según las admirables palabras de Valéry a Bergson, 'el porvenir es causa del pasado", si no, la profecía y la poesía misma no tendrían ya ningún sentido.

Aquí, en ese establo de Belén, es donde empieza el desacuerdo entre judíos y cristianos. Hay muchas maneras de valorar y sopesar este desacuerdo. Personalmente, me parece que entre una interpretación judía de las Escrituras y una interpretación auténticamente cristiana de las mismas Escrituras, hay todo el abismo de diferencia que existe entre la prosa y la poesía.

Es significativo que los judíos llamen a los libros santos —suyos y nuestros—la Ley, por excelencia. Una ley está escrita en un lenguaje práctico, es decir, abstracto, que busca el camino más corto, con términos intercambiables; es prosa, que sólo se puede leer con la dicción de la prosa, "sin verse obligados a llevar la voz al canto”, según lo que dice también Paul Valéry. La lectura cristiana de las mismas Escrituras obliga a la voz al canto. Pero el poeta es aún más riguroso y preciso que el jurista: danza en vez de caminar. La inteligencia poética es más comprensiva, la inteligencia jurídica permanece en la superficie de la realidad y la sustituye con un sueño coherente.

La ley pone orden en las cosas y en las acciones humanas, regula, dirige, determina, limita, opone, concluye y pronuncia respecto a lo que ya existe sin ella y antes de ella. Pero no

produce las cosas ni las acciones humanas. La poesía hace y produce, según leyes muy estrictas, pero una arte poética, por si sola, nunca ha hecho un poema. No negamos el carácter legislativo, necesario y obligatorio de las Escrituras; por el contrario, pensamos que su necesidad obligatoria va más lejos y más hondo de lo que creen los propios judíos, pero siempre pondremos el poema por encima del Arte poética. Creemos que el ritmo de Dios en su revelación es el ritmo del canto, y que la Ley sólo estaba hecha para regular ese canto hasta su obra maestra expresiva, Jesucristo.

* * *

El propio Cristo habló del misterio del nacimiento humano. Es significativo que hablara de ello en el discurso solemne que tuvo la víspera de su muerte, como si, para él, la concepción y la muerte tuvieran el mismo sentido, el de un acto de excarcelación, un ensanchamiento, el paso de un ser ya vivo pero atado a las tinieblas al ensanchamiento de su propia vida en la luz. "La mujer cuando va a dar a luz siente tristeza, porque ha llegado su hora; pero en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre.”

Los cristianos creemos que nuestra vida temporal es una gestación de nuestra eternidad y que la muerte es el nacimiento a la vida eterna. Creemos también que no hay posibilidad de aborto, que el fruto de nuestra vida no puede dejar de llegar a un buen término; que, si perdemos nuestra vida de aquí abajo, también podemos perder nuestra muerte, es decir, nuestro propio nacimiento a la vida eterna.

Hablo de inmortalidad individual; no hablo sólo de la inmortalidad del alma. La inmortalidad del alma es una noción filosófica. En la perspectiva cristiana, uno no se imagina la inmortalidad sin que vaya unido el cuerpo: "Creo en la resurrección de la carne”, lo que llama san Pablo "la redención de nuestro cuerpo”. Por eso también el sufrimiento y la muerte corporales, en el cristianismo, están tan íntimamente unidos a nuestra participación, en Cristo, de la naturaleza divina: *consortes divinae naturae.*

Un nacimiento es una evasión del seno materno. Pero para ese Hijo del hombre que es Jesús, y que va a nacer en Belén, ciudad de los reyes, de una virgen hija de David, su nacimiento temporal plantea más cuestiones de las que resuelve. Como todo destino humano, el de Jesús está hecho de umbrales decisivos que hay que franquear. Para todo hombre, existen el umbral del nacimiento y el umbral de la muerte. El carácter excepcional del destino de Cristo es que también tiene un umbral antes del nacimiento y un umbral después de la muerte, que ya ha franqueado.

Para un hombre ordinario, la concepción no puede ser considerada como umbral, si no es abusivamente. Pero la nada no existe, no se pasa de la nada al ser, se comienza a existir absolutamente. Para Jesús, lo anterior a su existencia temporal no es la nada, la no-existencia, sino su existencia de persona divina en la eternidad. Para él, la concepción es un umbral, el paso a la existencia temporal en el seno de una mujer. Su nacimiento es un nuevo umbral, desde el oscuro seno materno de la Virgen María, a la existencia solar. Su muerte es un nuevo umbral, por lo demás misterioso, pues su cadáver de hombre muerto nunca cesó de estar unido hipostáticamente a la Persona divina: ese cadáver era ese alguien. Hay, finalmente, para Jesucristo otro umbral, el de la resurrección corporal; es el primero en haberlo franqueado, pero la puerta, para todos nosotros, ha quedado abierta detrás de él.

De umbral en umbral, el destino de Cristo va así, pues, de la eternidad a la eternidad.

Eso es lo que dice él mismo a Nicodemo: "Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre [que está en el cielo]." Palabras extrañas, si se piensa que quien así hablaba era un hombre entre los hombres, sentado ante otro hombre, una noche entre las noches, bajo el cielo oscuro de Galilea. Hay que creer que ese Hijo del hombre estaba a la vez en la tierra y en el cielo, y que si su destino va desde la eternidad a la eternidad, sin embargo, nunca se ha desprendido de la eternidad, y está contenido en ella como una esfera en otra mayor. Al encarnarse, al hacerse hombre, Jesús no se ha sumergido en el tiempo: ha aspirado el tiempo en su eternidad.

Precisamente, por su emergencia en la eternidad, la vida temporal de Cristo es muy diferente de la vida humana ordinaria, y aún más diferente de la vida de un animal. Al pasar por el nacimiento y la muerte, el animal va de la nada a la nada. Al pasar por el nacimiento y la muerte, el hombre va de la nada a la eternidad. Al pasar por el nacimiento y la muerte, Jesús va de la eternidad a la eternidad. Cada una de las grandes vicisitudes del destino temporal de Jesús, lo que llamo yo sus diferentes umbrales, tiene una equivalencia de analogía con todas las demás. San Pablo, predicando ante los judíos, dice: "Os damos la buena noticia: la promesa dada a nuestros padres, Dios la ha cumplido a favor de nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús. Como está escrito en el Salmo segundo: Tú eres Hijo mío, hoy te he engendrado". Uno esperaría que se hiciera esa cita a propósito del nacimiento de Cristo en Belén, o incluso a propósito de la generación eterna del Verbo. No, san Pablo la aplica directamente a la resurrección de Cristo, al último umbral de ese destino al paso de la muerte temporal a la vida eterna y gloriosa.

Y es cierto que, en la tradición cristiana, entre esos diferentes umbrales de la aventura temporal de Cristo, —y aun con su generación eterna—, hay analogías, como si fueran símbolos unos de otros. Por eso la liturgia de Navidad celebra al mismo tiempo el nacimiento eterno de Cristo en el seno del Padre, el nacimiento temporal de Cristo saliendo del seno de la Virgen María, y el nacimiento espiritual de Cristo en el seno del alma agraciada por el Espíritu Santo. Pero la analogía siempre está centrada en la filiación de Cristo por referencia a Dios, filiación única, plena e integra desde la partida y desde toda eternidad. Pero filiación que se manifiesta gradualmente en el tiempo, y que alcanza el pleno esplendor de su revelación, con la Resurrección y la Ascensión en que Jesús rescata el mundo visible, en que es consagrado solemnemente Señor de la eternidad.

Jesucristo es la misma juventud perpetuamente naciente y renovada. En él la eternidad absorbe no sólo los años sino el tiempo entero. Cada acontecimiento de su vida tiene el carácter nuevo, inesperado, del rayo que surge del cielo y desaparece en un instante. Para todo hombre, el nacimiento natural es el término de una maduración de nueve meses, es un fruto que se desprende normalmente del árbol. El nacimiento de Jesús también es eso, pero es ante todo la aparición, en nuestro mundo oscurecido y miserable, de la dulzura y la sonrisa de Dios: *Apparait Benignitas...* “Nos han aparecido la dulzura y la humanidad de Dios, Salvador nuestro...” La muerte de todo hombre llega por accidente o por agotamiento de la vida corporal. La muerte de Jesús es un accidente violento que pone término a su vida temporal, pero también es un ofertorio en que, a la vez sacerdote y víctima, Jesús se inmola libremente a la voluntad de su Padre en expiación por nuestros pecados. Nacido de una mujer, tiene la debilidad y la vulnerabilidad humanas; nacido de Dios, se resucita a sí mismo y recobra por derecho su lugar a la derecha de su Padre. Pero la conquista esta vez, no sólo como Persona divina, sino como un hombre entre los hombres. Y eso es un prodigioso vuelco de las cosas. Para nosotros, si Jesucristo no fuera Dios, no podría curar ni salvar nuestra naturaleza humana, y si no fuera hombre, no podría servirnos de ejemplo. Es una obra maestra de condescendencia y misericordia.

* * *

14 Cuando san León, papa, quiere exponer a sus fieles la significación de Navidad, lo hace con una amonestación apremiante que, por desgracia, no ha perdido nada de su actualidad: *Agnosce, o Christiane, dignitatem tuam...* "Reconoce, cristiano, tu dignidad. Te has hecho partícipe de la naturaleza divina. No vayas, con tu conducta, a recaer al nivel de tu antigua perdición."

Ahora que el optimismo de los humanistas y de la filosofía ilustrada se ha hundido en el ridículo y el horror bajo el golpe de la experiencia de dos guerras mundiales, en que la naturaleza del hombre se ha mostrado más inquietante de lo que se hubiera imaginado, asistimos a una amplia empresa de difamación de la humanidad y en especial de la imagen de Dios en el hombre. Desde hace una treintena de años, la literatura, el cine, e incluso la filosofía, sin hablar de las doctrinas políticas y económicas tratan de convencernos de que, salidos de la nada, volvemos a la nada tras una carrera fugitiva en que nuestros motivos de acción más elevados apenas superan el nivel de los apetitos y de los instintos más elementales: casi diríamos, de los tropismos. Si el hombre es eso verdaderamente, ¿para qué el hombre? Y diré muy seriamente que es injuriar a los animales más nobles, como los gatos y los caballos, ponerle en el mismo género que ellos.

Que los cristianos que se dejan arrastrar por la moda sacudan su inteligencia, tengan el valor de juzgar y vuelvan a hallar altivez para despreciar imágenes tan falsas y degradantes de la naturaleza humana. Y que la luz de Navidad, levantándose sobre nuestra noche, haga huir asustados todos los bichos.

VII

LA CIRCUNCISIÓN

15 No son los judíos quienes inventaron la circuncisión, pero hay que reconocer que le dieron en su religión y en su vida social un lugar tan eminente que, en nuestro lenguaje moderno, el término de "circunciso" es prácticamente sinónimo de judío, con un matiz peyorativo, por otra parte, que ya veremos si está justificado. Los judíos, con todo, no modificaron la significación general del rito de la circuncisión, que, en una sociedad primitiva, manifiesta la pertenencia al clan. En la sociedad primitiva, en que el clan *(genos)* era a la vez la realidad religiosa y social, suprema, fuera de la cual nadie tenía derecho a nacer, vivir y morir, el clan reconocía oficialmente con la circuncisión a un varón de su linaje, y tomaba posesión de él.

Desde Aristóteles a los etnólogos contemporáneos, se ha estudiado mucho esta estructura social primitiva que es el clan, anterior y aun opuesta a la estructura de la ciudad. Aristóteles juzgaba que el clan era una estructura social inferior y bárbara; para él, sólo la ciudad albergaba entre sus murallas la razón, la civilización y las leyes. Hoy asistimos en el mundo entero a la liquidación, que parece definitiva, de la estructura social del clan, en el Yemen, por ejemplo, en el Tíbet, en África. El clan ya no es más que el residuo de una evolución social e histórica que parece irreversible.

No obstante, para quienes lo estudian, el clan siempre ha sido una estructura social fascinante, aunque bárbara, pues el clan es esencialmente racista; la fuente de su orden no es la razón humana o la ley, sino sólo la voluntad del jefe de la raza. El objetivo del clan es principalmente biológico; es la supervivencia de la raza, su arraigo, su despliegue. Para describirlo y simbolizarlo, vienen naturalmente al espíritu las imágenes elementales de la vida, imágenes vegetales, un árbol con sus raíces profundas en la tierra y sus múltiples ramas extendidas en el cielo, pero todas unidas a un tronco único.

A mi juicio, el clan no sólo es racista, sino que también es esencialmente místico en sentido de que toda su actividad y toda su vida se vinculan a una fuente divinizada y adorada. En el clan no hay distinción clara entre la religión, la disciplina familiar, el honor colectivo, la gloria del nombre, la solidaridad de la sangre, el interés biológico de la raza, la propiedad colectiva del suelo, del rebaño o de la tienda. Se adora el origen del clan, es decir, el antepasado fuente de la raza. El patriarca, mientras vive, o a falta de él, el hijo mayor, es a la vez sacerdote, jefe de guerra, rey y juez.

Todos los valores del clan, religión, honor, bienes terrestres, protección de las armas, se transmiten por la generación con la continuidad racial. En el interior de esa sociedad elemental en que todo queda imbricado, la tumba del antepasado, la simiente de cada hombre, el seno materno de cada mujer, tienen un carácter a la vez equivalente y sagrado: son la raíz, el grano y el suelo del árbol soberbio del clan.

En tal contexto, la circuncisión que marca el sexo del recién nacido en señal de pertenencia al clan y de incorporación solemne a su religión, a su honor, a su nombre, a su tradición, a su historia, y a sus esperanzas, no tiene nada de vulgar. Nuestras sociedades modernas, a la vez puritanas y obsesionadas de erotismo, son las que ya no tienen ninguna comprensión profunda ni respeto por las realidades sexuales y la santidad del acto de la generación.

Sociedad bárbara, dice Aristóteles, porque no está regida por las leyes, sino por la voluntad de uno solo, que, siendo hombre, no es forzosamente razonable. Lo que Aristóteles no preveía era que Dios mismo se hiciera jefe del clan. Entonces esa sociedad primitiva y bárbara, aun siguiendo tal como es, asumida por Dios en su peculiar plano, propiamente sobrenatural, emerge muy por encima de todos los clanes, de todas las ciudades humanas y de todas las civilizaciones, porque la justicia de Dios suple toda ley, aun la más justa, y su sabiduría suple toda civilización, aun la más refinada. Eso es exactamente lo que pasó aquí. Esto es lo que dijo Dios a Abraham, jefe y fundador del clan hebreo: “Estableceré mi Alianza entre tú y yo, y tu raza después de ti, de generación en generación, una alianza perpetua, para ser tu Dios y el de tu raza después de ti”.

Esa alianza llega a la sustitución. Dios se hace jefe de ese clan, su verdadero patriarca, su antecesor confesado y adorado; su voluntad santa es la única ley de supervivencia de ese clan, y la obediencia a ese jefe es la única ley de honor de ese clan. Tal voluntad de Dios, tal obediencia al verdadero Dios, se convierten en el interés supremo del clan, al que tiene que sacrificarlo todo; se convierten en su bien común, su protección, su defensa, en lo que le mantiene unido como pueblo de Dios. Dios dijo "de generación en generación": y, en efecto, por la generación se transmiten, con la vida, todos los bienes materiales y espirituales, la religión y el honor del clan. La pertenencia al clan es aquí, al mismo tiempo que racista, pura, simple y verdaderamente mística, porque el patriarca supremo del clan es el verdadero Dios.

En realidad, la pertenencia a Dios a través del clan de Abraham es mucho más auténtica y profunda de lo que uno se imagina. Parece que es la simiente de Abraham lo que transporta la Palabra de Dios, su Promesa, su vocación, su llamada, de generación en generación, de suerte que esa Palabra es engendradora del clan, igual, o más bien al mismo tiempo, que el acto de generación. Se ve cómo la Encarnación de la Palabra de Dios, sin socorro de ningún progenitor masculino, sino directamente por el Espíritu Santo, en las entrañas de una hija de Israel, está en la línea de fundación de ese clan. La Palabra transportada por ese río se detiene un día y eleva su tienda en la ribera. Desde entonces, si había un varón de Israel y del clan de Abraham que debiera hacerse circuncidar, era Jesús, más que ningún otro. Nadie mejor que él, que era la Palabra en persona, pertenecía a ese clan.

En todos los clanes, había identidad entre la religión y el honor de la raza; Cristo es a la vez el honor la religión de su raza, lo es sustancialmente. Cada clan marchaba con su Dios. Pero antes de Abraham, ningún clan había pretendido que su dios fuera el único y verdadero Dios, creador del cielo y de la tierra y de toda la raza humana, y que todos los demás dioses, los de los demás clanes, fueran falsos dioses, dioses ciegos, dioses sordos e impotentes, dioses muertos, dioses de impostura.

Querría hacer aquí una pregunta a los judíos ortodoxos: como vosotros, creo que el Dios del clan de Abraham es el único Dios verdadero y que no hay más Dios que él. ¿No es verosímil que, en un momento dado de la historia humana, el carácter materialmente racista de esa religión, la vuestra, debiera estallar, o más bien trasladarse al plano espiritual? Esa transposición a un plano universal, por lo demás, está conforme con la bendición derramada sobre Abraham, pues todas las naciones habían de ser benditas en él. La Palabra de Dios es simiente de salvación para todos los hombres de todas las razas. Es verdad que vuestra raza ha conservado por sí sola esa palabra de salvación durante milenios. Y la sigue conservando, pero esta vez para el mundo entero, porque Jesucristo es esa Palabra encarnada, y a la vez sigue siendo de vuestra raza y de vuestro clan por su cuerpo, que los cristianos adoramos en la Eucaristía.

No hay ninguna duda de que, tras la solemne alianza con Dios, la tribu de Abraham siguió siendo un clan, con la significación primitiva y bárbara que el *genos* tiene para Aristóteles. Pero, en la jerarquía de los valores objetivos y concretos, es infinitamente más digno y honorable pertenecer al clan del verdadero Dios que a la ciudad de Solón. Abraham había abdicado directamente entre las manos de Dios todas las prerrogativas del jefe de clan, y en especial la suprema prerrogativa que es el derecho de vida y muerte y gracia sobre todos los miembros de su clan. Tal es el sentido del famoso sacrificio de Abraham, al menos su sentido literal e inmediato.

Que Israel siempre siguiera siendo un clan, es evidente por la constante referencia hecha en su historia al Dios de los patriarcas, al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Que yo recuerde, a pesar del lugar eminente de Moisés como profeta y como legislador, nunca se dice en la Biblia "Dios de Moisés". En cuanto legislador, Moisés, como Solón, ya está en una ciudad, pero los fundadores del clan son y siguen siéndolo los patriarcas. Cuando Israel invoca al Dios de los patriarcas, va más allá de la ciudad y de su ley, invoca su más profunda pertenencia y su más alto honor, su honor anterior y primero de ser el clan de Dios. Y eso lo era aun antes de que se escribiera una sola línea de la Thora. Por eso me parece que centrar toda la religión de Israel en la Thora es un empobrecimiento de la antigua religión de Israel.

El cristianismo ha retenido de Israel ese aspecto de un rito bárbaro y auténtico, en que el único Dios verdadero es a la vez patriarca, rey, sacerdote y juez del clan. Creo que se puede decir que, del judaísmo al cristianismo, se cambia de ciudad y de ley, pero no se cambia de clan.

Se me perdonará si subrayo fuertemente el carácter tribal, bárbaro y primitivo de la religión judeocristiana. Hay que pensar en tantos libros de apologética que, por el contrario, ponen en evidencia el carácter moral, civilizador, legislativo, administrativo, humanitario, democrático y aun socialista o socializante del cristianismo. Cierto que reconozco el valor de civilización del cristianismo, pero a veces no está mal mostrar su rostro nocturno un poco amedrentador. Pues, en definitiva, desde el sacrificio de Abraham en la montaña hasta el sacrificio de la Cruz y hasta el Juicio Final, esta religión no parece ser constantemente tranquilizadora y sedante.

No se me diga que ese aspecto tribal y primitivo no es de actualidad; que, por lo demás, hace mucho que la humanidad civilizada ha superado el estadio del clan; quiero distinguir. Admito que nuestras sociedades modernas ya no tienen la estructura social del clan. Sin embargo, hemos visto con nuestros ojos los estragos que todavía puede hacer el racismo en virtud de una mística de clan. La imagen patriarcal del Padre todavía es capaz de impresionar a los pueblos; lo vemos muy bien. Pero, más que de la sociedad, se trata de la

estructura íntima del hombre. No creo que la invención artística auténtica y la poesía, tengan otra fuente en el hombre que aquella en que antaño se alimentaba la mística del clan. Y estoy seguro de que, para que la vida espiritual y religiosa del hombre se expansione e incluso se defina, necesita sentirse apuntalada por todas partes por la estricta jerarquía y el código trágico del clan. Las grandes órdenes religiosas, con la importancia mística del patriarca en cada una de las antiguas órdenes, han guardado la estructura del clan.

En nota marginal a mi tema, me parece notable que los métodos del psicoanálisis apelen a tantas nociones e imágenes-fuerzas que pertenecen al universo del clan. También encuentro notable que sea un médico judío quien haya puesto a punto esos métodos, y quien los haya descubierto. Su tradición nacional le había iniciado por naturaleza en las más profundas realidades del clan. Sé muy bien lo que el psicoanálisis toca de más profundo e inalienable en el hombre, y me gustaría que un psicoanalista que también fuera etnólogo trazara el paralelo entre las realidades del clan y las descubiertas por el psicoanálisis. Sé también que a ciertos pobres hombres fatigados por el absurdo de las ciudades modernas, aislados y desplazados en esas ciudades, que se pasan la vida buscando un padre, y que incluso intentan hallarlo a veces a través del suicidio, hay que darles de Dios una imagen diversa de la de un superjefe de policía que hace reglamentos y mantiene el orden público; una imagen diversa de la de un Presidente de consejo de administración que distribuye dividendos; una imagen diversa de la de un gran compadre, bobo a fuerza de ser nuestro cómplice, al que se le puede decir todo, tras haberse permitido hacer no importa qué y no importa cómo.

El Evangelista Lucas nos dice, pues, que, según la tradición de Israel, el Niño fue circuncidado ocho días después de su nacimiento, y que se le dio el nombre indicado por el ángel, Jesús. Así, el hijo de María entró oficialmente en el clan de los patriarcas, el clan de Abraham, de Isaac y de Jacob, el clan del Dios de Israel. Así quiso asumir todas las responsabilidades del clan, su honor, sus tradiciones, su historia, su religión, su Dios único y celoso, y aquello sobre lo que estaba fundado el clan de Abraham, la alianza con ese Dios. Jesús quiso aceptar también plenamente a su raza, y, lo que no es menos importante, ser aceptado por ella, decirse y ser reconocido hijo de Abraham.

En ese día de su circuncisión, según los hombres, Jesús no era sino un judío más. Pero ese judío, entre todos los hijos de Abraham, tendría la pretensión de llevar más allá que todos los demás la vocación de su pueblo, hasta realizar plenamente en sí mismo la alianza de Dios con su pueblo. Reivindicaría para él las prerrogativas supremas del jefe de clan, el derecho de vida y muerte llevado mucho más lejos que nunca antes de él, porque él resucitaría los muertos; el derecho de gracia como nadie lo había ejercido jamás, y la suprema judicatura.

Con la circuncisión, Jesús comienza históricamente su vida terrestre en el interior de un clan oriental. Es un compromiso definitivo en ese clan el que toma posesión del niño, asumiendo ese nuevo destino en la continuidad de su raza y de su honor. Ese acto solemne de iniciación en el clan de Abraham, plantea una cuestión sobre toda la vida, la muerte y la actividad de Jesús. Esa vida, esa muerte, esa actividad, pertenecen ante todo al clan. Jesús, ¿fue apóstata de su clan? ¿Le fue fiel? Si le fue fiel, ¿en qué sentido? Si no traicionó, ¿en qué sentido sirvió a su honor y mantuvo su solidaridad? ¿Cómo llegó a ser jefe de ese clan, el Dios-Héroe de que hablaba Isaías?

VIII

LA PRESENTACIÓN EN EL TEMPLO

16 *“Todos los machos me pertenecen.”*

Tómese esta frase como juego de sociedad, entre personas instruidas, planteando así los términos de la cuestión: “Esta frase está contenida en un libro célebre: ¿por qué personaje ha sido pronunciada y en qué sentido?” Por supuesto, siempre podrá haber un erudito en la concurrencia que inmediatamente lance la referencia adecuada, pero es poco probable; no es esa una de las frases de la Biblia que se citan a cada momento. ¿Entonces?

Entonces, la primera idea que vendrá al ánimo es el autor de tal reivindicación de propiedad, a la vez limitada, precisa y universal, es un ganadero que habla de sus sementales, y con no poco orgullo. Quizá alguno imaginará que Hitler, en la cima de su locura racista, pudo decir eso de los muchachos alemanes, y quizá lo dijo en efecto, ¿por qué no? Una imaginación un poco cínica puede atribuir esa frase a una gran hetaira: se ve fácilmente a una Aspasia, una Friné en la Atenas antigua, una Cleopatra en el Egipto de los Ptolomeos, una Catalina II de Rusia, haciendo tal declaración de poder seguro y apetito insaciable. Pues bien, no, esa frase es Dios quien la ha pronunciado, y se encuentra en la Ley de Moisés, la famosa Thora, dictada por Yahvé al legislador del pueblo judío.

"Cuando Yahvé te lleve al país de los cananeos, como os lo ha jurado a ti y a tus, padres, y te lo entregue, cederás a Yahvé todos los primogénitos y todos los primerizos de tus ganados: *los machos pertenecen a Yahvé. Al* primer nacido de asno, lo *rescatarás* con una oveja; si no *lo rescatas, le romperás la nuca. Y* a todos tus hijos primogénitos, los *rescatarás* con dinero. Cuando tu hijo te pregunte el día de mañana ¿qué significa esto? Le responderás: el Señor nos sacó con brazo fuerte de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud. Porque como Faraón se obstinaba en no dejarnos marchar, Yahvé hizo morir a todos los primogénitos del país de Egipto, los de los hombres y los del ganado. Por eso *sacrifico* a Yahvé a todo primogénito macho, por eso *rescato* a todo primogénito de mis hijos.”

Magnífico texto, de una claridad y de una ferocidad soberbias, el más revelador que se pueda imaginar de la verdad religiosa de Israel, clan de Dios. El nacimiento de todo israelita es asimilado a la salida de Egipto; el seno materno, a una casa de servidumbre de que hay que ser liberado por la fuerza de Dios. Todo hombre nace esclavo y ha de ser rescatado, pues ahí está la significación primaria de la palabra "rescate", *redención:* pagar para dar la libertad a alguien que no se pertenece, que pertenece a otro.

Ya estamos en el corazón del Antiguo Testamento, y es para estremecerse. Tenemos ante nosotros lo que san Pablo llama "los elementos del mundo": se puede intentar combinarlos entre sí de mil maneras, y no saldrá de ellos otra cosa que servidumbre. Pues releamos atentamente ese texto del *Éxodo.* Para el hombre, saliendo de una servidumbre, sólo se trata de caer en otra. El pueblo de Israel no deja la esclavitud de Faraón sino para caer bajo la esclavitud de la Ley; san Pablo dirá "la maldición de la Ley”; el hombre sólo queda liberado del seno materno para caer en la obligación de ser rescatado. Y si tiene necesidad de ser rescatado, es que es esclavo.

"Los machos pertenecen a Yahvé." No se puede decir en términos más claros la pertenencia de esta raza a Dios. Dios se ha reservado para el solo toda la simiente de Israel, la atesora, la confisca, no admite que se le escape una gota de esta simiente. Cuando el Antiguo Testamento habla de los celos de Dios, se ve muy bien que hay que entenderlo en un sentido elemental, de verdaderos celos, sexuales y criminales. No interpreto, es así. He aquí el origen.

Cierto es que los profetas, más tarde, y el Nuevo Testamento, trasladarán el racismo divino al plano espiritual, pero aun en ese plano espiritual, nunca atenuarán los ardientes celos de Dios, sus alardes sangrientos de inmolación, de rescate, de holocausto, y, según el titulo sorprendente de Céline, de "muerte a crédito”. La revolución del cristianismo no se hará derribando todo ese aparato, eliminándolo, sino dándole un nuevo sentido desde el interior, por maduración forzada, por maravillosa eclosión, por el solo hecho de la Presencia de Jesucristo en el interior de ese sistema biológico y sagrado.

La ley afirma el derecho que Dios ejerce sin restricción del jefe de clan, derecho de vida y muerte sobre todos los miembros del clan. "Me perteneces, luego debes morir, luego muere.” La lógica llevaría a la exterminación total del clan, para probar su pertenencia a Yahvé, y los perseguidores del pueblo judío han reconocido en él esa disposición sagrada a la exterminación. Es innoble que se hayan aprovechado de ella.

Sin embargo, para que subsista el clan, Dios acepta —como ya lo ha hecho para el sacrificio de Abraham— una *sustitución provisional* de una hostia por otra. Así el primer nacido de una asna puede ser "rescatado” por una cabeza de ganado menos preciosa. Pero si la Ley admite una atenuación, no admite excepción: "Si no le rescatas, le romperás la nuca”.

El primogénito de la mujer también tiene necesidad de ser "rescatado” por una *sustitución provisional. So*breentendido: si no se le rescataba, también habría que romperle la nuca. Naciendo merecemos la muerte, viviendo estamos en un aplazamiento de la muerte. Pero en el interior del clan de Yahvé, la muerte tiene otro sentido que el de una disolución biológica: es el pago de la deuda que tiene todo hombre hacia Yahvé. En la medida en que se vive, sólo se vive por gracia, y esta gracia, sólo puede ser resultado de un rescate, de una redención.

He aquí el contexto en que hay que leer el relato de san Lucas, que habla así de María y José: "Y cuando llegó el tiempo de su purificación, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarlo al Señor (de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: "Todo primogénito varón será consagrado al Señor") y para entregar la oblación (como dice la ley del Señor: “un par de tórtolas o dos pichones"). Para que comprendamos bien, Lucas, en pocas líneas, hace tres referencias explícitas a la Ley de Moisés. La Ley de Moisés codifica las reglas del clan de Yahvé, pero también es la ley de una ciudad y de un pueblo. Está claro que el Cristo ha querido pertenecer tanto a la ciudad como al clan; se sabía Hijo Único de Dios e hijo de Abraham, y ha querido ser además hermano y conciudadano de todos los

israelitas.

Con la purificación legal de su madre y su propia presentación oficial en el Templo de Jerusalén, para ser allí "rescatado" mediante un par de tórtolas, el Niño Jesús entra decididamente en ese ciclo de pertenencia oficial a Dios, de redención y de gracia, cuyo héroe llegaría a ser él, de que no saldría, que renovaría desde dentro, y en que haría entrar detrás de él a la humanidad entera para el tiempo y para la eternidad.

Ser hombre, es merecer la muerte, y en definitiva es morir un día. Antes, es haber empezado por ser culpable con todos los demás, ser luego castigados juntos, o, eventualmente, ser rescatados uno por otro. Lo poco que se nos deje vivir, es por rescate y por gracia, "a crédito", a condición de que otro ser vivo muera en mi lugar. En definitiva, hay que morir, no tanto porque el hombre es un ser corruptible, cuanto porque pertenece a Dios, y, para pagar esa pertenencia, no hay otra cosa adecuada sino la muerte. "Si no le rescatas, rómpele la nuca."

La base de todo es la culpabilidad ante Dios. En el fondo, la muerte es para el hombre tal injusticia que no puede imaginar morir sin ser culpable; por el pecado entró la muerte en el mundo, y el pecado mancha el origen mismo de la vida. Esta vida-para-morir es una vida culpable desde el arranque: el pecado, aunque no se haya cometido personalmente—¿cómo lo habría cometido un recién nacido?— se contrae de modo universal y personal. Ser hombre es haber nacido pecador. ¿Cómo eliminar la muerte sino eliminando el pecado? ¿Cómo eliminar el pecado sino por un rescate, una redención, pero más profunda y más eficaz que la del Antiguo Testamento y la Ley, que sólo era una sustitución, y aun eso provisional?

Al entrar en el Templo de Jerusalén para ser ofrecido a Dios, el Niño Jesús acepta en bloque todo ese universo en su implacable lógica, todo ese universo, salvo su elemento de base, el pecado. Es el único inocente entre los primogénitos de mujer: entra en el Templo como vencedor porque está exento de toda mancha, y, a partir de su inocencia, vencerá a la muerte y dará a la redención y al rescate un sentido plenario de inocencia recobrada. Todo está ahí. La inocencia de ese niño cumple la Ley cumpliendo totalmente ese rescate del hombre que se esforzaba en hacer sin poderlo lograr. La Ley definía perfectamente la condición del hombre, le explicaba claramente que en el arranque era el esclavo del pecado y de la muerte. Pero reconocía su propia incapacidad para liberar al hombre de esa doble esclavitud.

El cristianismo admitirá íntegramente esa concepción de la condición del hombre, pero afirmará que Jesús, con su victoria sobre el pecado y la muerte, ha librado al hombre del pecado y de la muerte. Pero cuando se lee a san Pablo, se ve cómo, antes de ser cristiano, es judío, al proclamar al "mundo entero reconocido culpable ante Dios". (Rom. 3,19) San Pablo es tan profundamente judío porque la concepción cristiana del universo empieza por ser judía, no sólo por el azar del nacimiento de Cristo—y ya sabemos que no es un azar—sino por una comprensión de la vida y de la muerte, del pecado y de la necesidad del rescate, que es absolutamente común a judíos y cristianos. Tener eso en común es tener muchas cosas en común. "Dios ha encerrado a todos los hombres en la desobediencia para hacer misericordia a todos". (Rom 11,32) "Es preciso que Dios resulte veraz, y todo hombre mentiroso". Y aun: "Nuestra injusticia demuestra la justicia de Dios". (Rom. 3,4-5)

Ese universo extraño y violento, de raza y de sangre, de pecado y de bendición, de nucas rotas y de redención, de culpabilidad y de gracia; ese universo elemental, que puede parecernos un enredo feroz porque somos complicados y vanidosos y perdemos de vista

fácilmente las realidades de base, es el universo que Jesucristo pretendió coronar, explicar, justificar, como la flor corona, ensancha, explica y justifica al tallo que la sostiene. "Entonces, por la fe (en Cristo) ¿privamos de su valor a la Ley? Cierto que no: *al contrario, se lo conferimos."* Sólo el régimen de la fe en Cristo permite a la Ley alcanzar el objetivo que se ha propuesto siempre, a saber, la justicia y la santidad del hombre.

Pero si la fe confiere a la Ley su valor definitivo, reconozcamos que, para un cristiano, el estudio de la Ley es un medio esencial de entrar en la comprensión de la fe. Los cristianos dicen que no pueden comprender muy bien la Ley, sin considerar la finalidad que le da un sentido, el Cristo que es la flor de esa raíz. Se les puede replicar que no se comprende muy bien la flor si no se conoce la raíz. Ambas proceden de la misma botánica.

Sin embargo, cuando el Niño Jesús, llevado por su madre, entraba por primera vez en el Templo de Jerusalén, esos pasos, a los ojos de Dios y de sus ángeles, eran la revelación de un extraordinario pleonasmo. La Presencia de Dios en el Templo prolongaba la Presencia de Dios bajo la tienda en el desierto en medio de su pueblo. Pero el Niño Jesús era esa misma presencia de Dios bajo la tienda de la humanidad en medio de su pueblo. Un anciano se aproximó, le reconoció y su alegría estalló en un poema. Los orígenes terrestres de Jesucristo quedaron así adornados de los cantos de la tierra y del cielo. Se es muy poeta a su alrededor.

Giotto ha representado admirablemente ese encuentro del anciano Simeón y del niño Jesús; es inolvidable el intercambio de las dos miradas. Este es el poema de Simeón, dirigido a Dios como una oración para llamar a la muerte.

Ahora, Señor, según tu promesa,

puedes dejar a tu siervo irse en paz;

porque mis ojos han visto a tu Salvador,

a quien has presentado ante todos los pueblos:

luz para alumbrar a las naciones,

y gloria de tu pueblo, Israel. (Lc. 2.29-32)

IX

EL PECADO ORIGINAL

17 Con la iluminación del capítulo precedente, será sin duda más fácil al lector comprender la significación del tremendo dogma del pecado original.

Ojalá todas las ortodoxias confesaran y definieran sus dogmas. La filosofía, la ciencia moderna, la historia, para no hablar de la política y de la economía, están atestadas de ortodoxias que nunca dicen sus nombres, que nunca se confiesan como tales, y de dogmas que nunca se definen.

No hay, nunca ha habido, nunca habrá "libre pensamiento", quiero decir, pensamiento humano sin creencia, pensamiento humano totalmente liberado de todo dogma. Un pensamiento humano sólo se puede llamar libre en relación a tales o cuales dogmas; Pero entonces mi pensamiento libre vale tanto como el vuestro, yo soy vuestro libre pensador como vosotros sois los míos. Ahora sentémonos a charlar tranquilamente, con la amistad que hay entre teólogos. ¿Estáis bien seguros de no haber condenado nunca a Galileo?

Cuando reflexionamos sobre el lugar de la creencia en nuestra vida, la vemos mezclada con todos nuestros pasos, desde los más humildes hasta los más altos. Cuando atravesamos una calle con disco verde, el coche que llega a nuestra derecha debe detenerse porque la luz para él es roja: *creemos* que se detendrá y arriesgamos nuestra vida sobre esa creencia, pues, en definitiva, no lo *sabemos.* Me dirán que esa creencia es muy razonable; en eso estamos; el honor del pensamiento humano no es eliminar toda creencia, sino no conceder su creencia más que cuando es razonable darla.

Ahí interviene un tipo muy diverso de credibilidad que aquel de que hablé a propósito de la tragedia. El teólogo no puede dar la fe, pero tiene el deber de probar que el dato revelado y el dogma que apoya no son absurdos, y pueden ser creídos sin deshonor por la razón humana; No están ni pueden estar en contradicción con la ciencia, con la filosofía, con las evidencias naturales de la razón. Por supuesto, a condición de que sean evidencias y no otros dogmas camuflados.

Pues la verdad es una y no puede ser más que una, no uniforme sin embargo, pues hay una escala de los valores de verdad y los medios de alcanzar la verdad. Ningún microscopio ha descubierto a Dios ni la inmortalidad del alma, pero tampoco ha descubierto ningún microscopio el genio de Einstein, que sin embargo existía.

Siendo Dios el creador de la naturaleza igual que el revelador de los misterios, no puede contradecirse él mismo, y revelar en el plano del misterio una verdad que la naturaleza contradiría. Eso no es posible y no ocurre, con tal de que por una parte la afirmación natural esté bien probada y sea segura, y que, por su lado, el teólogo se mantenga en los estrictos límites del dogma y no haga decir a la Revelación lo que no dice.

Este acuerdo entre las verdades aseguradas de la Revelación y las evidencias de la razón puede ser sólo negativo, y no hay cosa más vana que buscar en el plano de la ciencia una confirmación positiva al dogma: no hace ninguna falta. Pero tenemos absoluta necesidad de saber si lo que creemos por fe divina no es absurdo. La fe no debe romper la unidad del espíritu, sino al contrario, ensanchar infinitamente el campo de la inteligencia. El teólogo no da la fe, pero está obligado a probar la credibilidad del dogma y de la Revelación. Esa credibilidad debe ser objetiva, accesible al sabio y al filósofo, aun no creyentes, accesible al espíritu leal que reflexiona, de tal suerte que un no-creyente así esté obligado por lo menos a decir: "No lo creo, pero es posible y no es absurdo creerlo". El honor de la razón está a salvo si se cree.

Cierto que conviene distinguir cuidadosamente lo que sólo es hipótesis y lo que es ciencia establecida e irrefutable. ¿Hay en el dominio científico, hoy día, muchas certidumbres establecidas, irrefutables, de las que se esté absolutamente seguro de que mañana no quedarán puestas en cuestión por una nueva hipótesis? Conviene distinguir aún mejor el plano de la explicación científica, que es esencialmente una descripción de fenómenos, y el plano de las causalidades de ser y de razón suficiente, que es el plano de la filosofía. Hay otro plano que distinguir, que es el de la Revelación y de la teología, en que el espíritu progresa apoyándose, no ya sobre la evidencia, sino sobre la autoridad, y en primer lugar sobre la autoridad de Dios revelador. La teología no es la única que se basa en la autoridad y el testimonio: el dominio entero de la historia tiene esos mismos fundamentos. La teología tiene el privilegio de que su testigo número uno es Dios, que no puede engañarse ni engañarnos.

Pero por encima de todo conviene quizá no dejarse intimidar por medios de publicidad masiva, que envían a todos los turistas de la inteligencia al mismo tiempo a los mismos lugares. Ni la teología, ni la filosofía, ni la ciencia experimental, ni aun las hipótesis científicas deberían ser asunto de publicidad, de moda, de turismo, sino, cada cual en su plano, asunto de verdad. Ahora bien, la verdad surge de un juicio de espíritu, cuyo honor digo yo que es no dejarse intimidar. Sabemos muy bien que rara vez es así, y que si se suprimieran de golpe de las librerías todos los libros escritos en obediencia a la moda, a la publicidad y al turismo intelectual, los estantes se vaciarían en proporciones aterradoras y los editores se arruinarían.

En su enseñanza, la Iglesia no da ninguna importancia a las publicidades turísticas, y cuando todo el mundo se encuentra en el mismo lugar, tiene más bien tendencia a retirarse al desierto para hacer oración. El turismo, la moda, la publicidad están enteramente sumergidas en el tiempo, y no tienen otra verdad que la de una sucesión y un cambio pero, en la fuente de su enseñanza, la Iglesia transciende el tiempo. Porque pretende la verdad, incluso en las humildes verdades de que no se encarga directamente, la Iglesia se preocupa inquebrantablemente de las distinciones del saber y de los diferentes órdenes de certidumbre. Rehúsa dejarse intimidar y vestirse a la última moda.

En los complejos problemas planteados por la ciencia moderna a propósito de los orígenes del hombre y de la vida, la Iglesia se apoya firmemente en la transcendencia del dato revelado sobre ese mismo tema, y pretende elevadamente que esa revelación no puede

contradecir en nada a las certidumbres establecidas por la ciencia, a condición de que estén establecidas, en efecto, que no sean simplemente modas, u ortodoxias que no dicen sus nombres, que no dan sus pruebas, dogmas enmascarados y por lo demás transitorios. La Iglesia sólo es responsable de su propia ortodoxia, de sus propios dogmas, y sólo tiene que rendir cuentas a la verdad.

* * *

18 Si se puede reprochar a los naturalistas no tener en cuenta la dimensión temporal en su crítica de las profecías, se puede formular el reproche inverso contra ellos cuando se trata de los orígenes de la vida y del hombre. La hipótesis evolucionista les sirve aquí para eludir toda objeción hecha a su dogma. Este dogma consiste en negar la originalidad cualitativa de la vida y del alma humana en relación con la materia bruta. Como este dogma es un poco difícil de sostener contra tantas evidencias contrarias, entonces se extiende la dificultad a lo largo de miles de siglos, según la famosa regla de Descartes de que hace falta "dividir cada dificultad en tantas partes como se pueda y como haga falta para resolverla mejor". Lo malo es que ciertas dificultades no se dejan dividir.

Suponiendo que la hipótesis evolucionista sea verdadera, lo cual todavía no está demostrado, hay en toda evolución natural una medida de hecho, una detención en diversas direcciones, que sólo pueden estar impuestas por una causa exterior a la serie. El naturalista no puede responder en absoluto a la pregunta: si la cresa puede llegar a ser un elefante, ¿por qué haberse detenido en tan buen camino? En toda la serie cresa-elefante, no hay ninguna razón para detenerse en elefante. En una pieza de Ionesco, no se detendría seguramente ahí.

Pero las dos mayores contrariedades para los teólogos del dogma naturalista son la aparición de la vida y, en el interior de la serie animal, la aparición del hombre. Son dos saltos cualitativos que impresionan. Aunque se pretenda extender el asunto durante millones de siglos, la aparición de la vida y la aparición del hombre siguen siendo del orden de la causalidad, mientras que una continuidad temporal, por larga que se la conciba, sigue siendo del orden de la cantidad, y por tanto no puede ser una causa suficiente de una brusca aparición cualitativa nueva. Esas dos apariciones requieren necesariamente una causa transcendente a la cantidad y al tiempo. No hay medida común entre lo que había antes, aunque ese *antes* date de millones de siglos, y lo que hay después, aunque ese *después* sea de hace un milésimo de segundo. En esos millones de siglos sobre los que se extiende la evolución del mundo, ha habido al menos dos momentos privilegiados, gracias a la intervención de una causa transcendente al tiempo y a la duración y que ha introducido en el mundo, creándolos directamente, primero la vida, y luego el hombre. Tal es el único medio de explicar razonablemente esos dos saltos cualitativos.

La hipótesis evolucionista no molesta en absoluto a la Iglesia. La Iglesia sólo se preocupa por la verdad. Mientras sean sólo hipótesis, es indiferente al evolucionismo o al fijismo, lo mismo que, en el plano político, permanece indiferente al régimen monárquico o al régimen republicano, con tal que uno y otro observen la justicia. El evolucionismo, igual que el fijismo, puede acomodarse muy bien a la revelación contenida en el Génesis y a la enseñanza de la Iglesia. En el evolucionismo, se encuentra incluso una armonía particular en esa conducta de Dios que, como todo artista, se complace, con manchas progresivas y sucesivas, en preparar la aparición de un plano superior. También en la creación artística es donde encontramos la mejor analogía para la creación divina.

Henri Poincaré dijo: "Los poetas nos superan. El azar de una rima hace salir un

sistema de la sombra”. Cocteau, al citar esas palabras, añade: "En efecto, buscando en tierra una piedra que se parezca a otra, aunque no se le parezca, hay peligro de descubrir un tesoro”. Nuestros naturalistas, inclinados sobre sus piedras, las han contado por tantos y tantos miles de millones, que, cuando por fin encuentran el tesoro, están demasiado fatigados y no lo reconocen como tesoro. "Ya lo esperábamos —dicen—, vean cómo toda la serie anterior de guijarros preparaba ese descubrimiento”, y rehúsan asombrarse por el maravilloso acontecimiento de todo "un sistema que sale de la sombra”.

Incluso rehúsan verlo como salto cualitativo. Como los doctores de la Ley condenaron al Mesías al que, sin embargo, esperaban hacía siglos, porque no quisieron admitir a Jesús en su cualidad diferente e imprevisible, nuestros naturalistas matarían al hombre y la vida antes que aceptar el milagro de su diferencia, ese tesoro. Si la humanidad ha de perecer un día, provocando en su catástrofe la destrucción de la vida, como ya tiene el poder de hacer, se deberá a esa estúpida terquedad naturalista. Para proteger al hombre y la vida, hay que empezar por reconocer y respetar su eminente dignidad. Lenin ya preguntaba: "Libertad, ¿para qué?” No es quimérico creer que un día se haga la pregunta: "La vida, ¿para qué?”

Cierto que no negamos que, en la viejísima historia del universo, pueda haber una promesa anterior, un antiguo testamento de la vida y del hombre, pero no dejaremos, en nombre de la ley superada, matar la promesa una vez que se ha cumplido de modo superior. Entonces, sí, no quedarían más que piedras.

A todo esto le falta poesía, lamentablemente, es decir, inteligencia verdadera de la creación. Admitiendo Que la hipótesis evolucionista sea la verdadera, ¿cómo quedar insensible a esa epopeya, el río de la evolución del mundo que repite sus rimas, que se parecen aun no pareciéndose en absoluto, y eso a lo largo de millones de siglos? Luego, de repente, en dos momentos únicos, cuando la atención se ha adormecido por la monotonía del poema interminable, en dos instantes rápidos como parpadeos, el azar de una rima hace volver a salir solemnemente de la sombra una aventura enteramente nueva. Para el sabio, no es, en efecto, más que el azar de una rima en los miles de millones del largo poema: la causalidad proporcionada a ese salto cualitativo está fuera del alcance de la ciencia, completamente fuera de los fenómenos objeto de la ciencia. Al menos, siquiera en cuanto sabio, debe reconocer la majestad de ese sistema milagroso que sale de la sombra ante sus ojos, y reconocer también que la naturaleza de ese fenómeno asombroso, así como su causa, se le escapan enteramente.

Hay una tercera ruptura poética en la creación, y es la encarnación del Verbo. La aparición de la vida es una ascensión definitiva en relación a la criatura inanimada. La aparición del hombre es una ascensión definitiva respecto al animal. La encarnación del Verbo es una ascensión definitiva de la naturaleza humana a la personalidad divina. Estas tres rupturas poéticas son ascendentes la una respecto a la otra, pero las tres presentan ese carácter de salto cualitativo, de paso brusco y definitivo a un orden superior, y, cualesquiera que sean las preparaciones anteriores, de acontecimiento total, irreductible a todo lo que ha precedido o preparado, de despegue y vuelo hacia una aventura de estilo absolutamente nuevo. Lo que lo motiva no explica el poema; el poema es bello en sí, completo, milagroso, total en sí, en su despegue sobre la tierra y las contingencias en que quizá está prendido el mismo poeta.

Igualmente, nada de lo que la ha precedido explica la Encarnación. Se justifica en sí, ella misma es la fuente de toda justificación. Sin embargo, ha estado motivada, y la Escritura como el Símbolo de Nicea, nos dicen el motivo: "Por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo". La salvación de la raza humana, pues, es el motivo propio de la Encarnación: luego esa raza humana estaba en peligro de perderse.

* * *

19 "Mi alma ha nacido con una llaga”, dijo Lamennais. Es verdad en todos nosotros, y el psicoanálisis lo sabe muy bien, tratando de discernir el mal, sin poder adivinar su naturaleza.

El mal está incluso más extendido que una llaga del alma: es toda la naturaleza humana, cuerpo y alma, la que está concebida y nace infectada. Un rabino citado por la *Mischna* ha expresado perfectamente la situación del hombre: "Aprende de dónde vienes, a dónde vas y ante quién debes dar cuentas. ¿De dónde vienes? De una gota pútrida ¿A dónde vas? A un lugar de polvo y gusanera. ¿Ante quién darás tus cuentas? Ante el Rey de los reyes de todos los reyes, el Santo, bendito sea." Extraño pueblo, extraña religión, para la cual la simiente del hombre es una gota pútrida, capaz, sin embargo, de transportar la Promesa de Dios. Todo va junto. Si no se toma más que un lado de las cosas, se cae en el orgullo o la abyección. La literatura moderna dice que venimos de una gota pútrida y que vamos al polvo y la gusanera. Pero ha olvidado el tribunal de Dios y la Promesa que están en el otro platillo de la balanza.

Tras haber hablado de la Promesa transportada por la semilla de Abraham, debo hablar del pecado original transportado por la semilla de Adán. Es un dogma, que debo exponer brevemente, pues es menos grosero de lo que Hugo fingía creer al escribir:

Y ya todo está fundado en el equilibrio

de un robo de manzana con el asesinato de Dios.

Es un dogma, es decir, una verdad no evidente por sí misma, aunque se puedan percibir sus efectos, pero directamente indemostrable, que nos es revelada por Dios y enseñada por la Iglesia. Añadamos que, de todos los dogmas, es quizá el más discutido, el más impopular para la mentalidad moderna. Es importante saber si lo que se le oponen son evidencias que, en efecto, le contradicen, o si no son más que otros dogmas enmascarados éstos, sin autoridad científica o de otro tipo, pero no por ello menos estrictos y feroces, hasta la inquisición.

Llamo dogma enmascarado, por ejemplo, la creencia en el progreso fatal de la humanidad, siendo forzosamente peor que la muestra la humanidad que nos precede, y mejor la sucesiva. Si ese dogma es falso es inútil extenderlo a lo largo de milenios. Bien entendido, no se trata de negar el progreso material: ya se sabe que tenemos neveras, televisión, bomba atómica y penicilina, que la generación precedente no tenía. Pero, ante todo, el progreso material es ambiguo. Además, se trata de saber si los hombres son mejores hoy que ayer. Los contemporáneos de Hitler y de los campos de concentración quizá tengan derecho a dudarlo. Pero es evidente que, frente al dogma del progreso moral necesario e indefinido de la humanidad, el dogma cristiano del pecado original pierde su sentido.

El mal es un hecho; el mal físico evidente, mal moral, desorden en lo voluntario mismo, que afecta a la cualidad de la persona espiritual que es su autor, también es un hecho. Todo el mundo sufre y muere. Todo el mundo sufre la fascinación del mal por el mal. El hombre tiene en sí algo descompuesto que ha de ponerse a punto sin cesar. La naturaleza no está sujeta al hombre por derecho; éste debe conquistarla, y actualmente no le va nada mal en esa conquista. Pero no le sirve de mucho esa conquista mientras que la unidad espiritual del hombre esté en peligro en cada hombre. La sensibilidad no obedece fácilmente a las potencias

superiores. El espíritu y la voluntad no siempre van de acuerdo. Finalmente, al hombre entero le resulta difícil someterse a su destino. No hay nada de misterioso en ello: son observaciones que hacemos todos los días en nosotros y alrededor de nosotros. Tampoco es ahí donde reside el dogma del pecado original. Es la causa de ese desorden universal.

La exposición del dogma es sencilla: toda la raza humana, actualmente viva e históricamente conocida, desciende de una primera pareja, llamada en la Biblia Adán y Eva, nombres por lo demás comunes. Esos dos primeros seres, en cuanto hombre y mujer, fueron creados directamente por Dios. Fueron creados en un estado no sólo de inocencia sino incluso de gracia propiamente sobrenatural, enriquecidos con asombrosos privilegios, como la inmortalidad corporal y otros muchos.

Esa primera pareja pecó, es decir, desobedeció gravemente a Dios. Por ese pecado, Adán y Eva perdieron de golpe todo lo que tenían por don sobrenatural de Dios, no sólo el estado de gracia, incompatible con el pecado, sino la inmortalidad corporal y todos los privilegios inherentes a su primer estado. Ahí está propiamente el misterio: arrastraron en su caída, y de cierta manera en su pecado, a toda raza humana. Después de ellos, nacemos contaminados: la naturaleza humana, no queda destruida, sino deteriorada, la voluntariedad esencial de esa naturaleza es pecaminosa en su arranque por un pecado de origen, no cometido personalmente, pero contraído personalmente. Esa contaminación se hace por el solo hecho de la generación: "Tu simiente, tu simiente." Tal es el dogma, basado en el relato del *Génesis y* que retiene lo esencial de ese relato, todo su valor de enseñanza histórica, moral y religiosa.

Aunque sepamos muy bien que todo hombre es pecador y que tiene todo el aire de haber heredado pecado con la naturaleza humana, este dogma es chocante. Si toda nuestra experiencia nos prueba que todos los hombres son mortales y que llevamos en nosotros la angustia de la muerte cercana, ¿cómo imaginar que habríamos podido nacer todos inmortales? Nuestro sentido de la justicia se rebela ante la idea de que compartamos un pecado que no hemos cometido. Se rebela más aún ante la idea de que los niños sean culpables de un pecado que, evidentemente, no han cometido de modo personal, pero que, sin embargo, han contraído de modo personal. Este dogma del pecado original es difícil de admitir porque no hay analogía que darle: envuelve hechos históricos que sólo conocemos por revelación, hechos que siguen siendo incomprobables para siempre.

Así, aunque la ciencia se orientara definitivamente hacia una hipótesis poligénica en cuanto al origen del hombre, no veo que tal hipótesis pudiera contradecir el hecho de la primera pareja humana creada por Dios, eso querría decir solamente que la subida animal hacia la hominización se habría hecho en varios lugares a la vez, pero que sólo logró ir a parar al salto cualitativo del animal al hombre una única vez y en un único lugar. Hubiera podido ser de otro modo, pero este hecho, testimoniado sólo por la autoridad de Dios revelante, queda asegurado.

El dogma del pecado original está en la base del cristianismo. Bernanos pensaba y repetía a menudo que ese dogma es tan importante para la vida cristiana como la simple creencia en Dios, sin la cual no hay religión posible. Por otra parte, el dogma del pecado original está en la base de la Encarnación redentora, está en la base de todo el heroísmo cristiano. Si es verdad que nacemos pecadores, con una naturaleza oscurecida y herida, pero no completamente perdida, la tarea de la salvación ha de reanudarse desde el principio en cada generación, en cada individuo. Nada está nunca definitivamente adquirido, nadie debe ser definitivamente abandonado, la ley de cada hombre es el heroísmo. Cada hombre, en el

arranque, es el capitán de un barco en perdición, y que, sin embargo, debe llevar a buen puerto. Para cada hombre, la elección inevitable es naufragar en cuerpo y bienes, 0 luchar contra la tempestad y salvar el barco.

Nada más peligroso, ninguna mentira más cobarde que persuadir a los hombres, por el contrario, de que están presos en un engranaje de progreso fatal. Se rompe en ellos el resorte del heroísmo. Y además no es verdad, lo sabemos muy bien; sabemos que todo está siempre por empezar otra vez, porque todo lo humano está siempre amenazado: ser hombre, plenamente hombre, es obra de toda una vida, es algo que se merece, se hace un poco cada día, se construye piedra a piedra, desde los cimientos a la cima. Con cada hombre, se reanuda la tragedia entera desde el levantarse el telón hasta la caída del telón del último acto. Tomamos la naturaleza humana esencialmente en el estado de caída en que la dejó Adán, y cada cual de nosotros debe elevarla al estado de gloria a donde la elevó Cristo.

Si uno se sitúa francamente en ese punto, manteniéndose en él con los ojos bien abiertos, podrá comprender por qué el Verbo se hizo carne, por qué decidió habitar entre nosotros. Es que la tarea de cada hombre está tan por encima de las fuerzas de nuestra naturaleza herida, que ningún hombre dará cima a esa tarea si no le ayuda poderosamente el mismo Dios, desde el exterior y el interior; Dios mismo, que dio ejemplo y que, para mostrar que se ayuntaba con nosotros en esa tarea precisa de restaurar la naturaleza humana y exaltarla en la gloria, empezó por revestirse de esa naturaleza humana, protegiéndola con el escudo de su poder y elevándola por encima de los cielos, hasta el trono de Dios.

Pues igual que, por su extraño título de "Hijo del hombre”, Jesucristo afirmaba a la vez su solidaridad con la raza humana entera y reivindicaba una dominación personal sobre el tiempo, así proclamó su poder personal de perdonar los pecados, incluido, por supuesto el pecado original. Pero no podía perdonar los pecados más que porque estaba encima del tiempo y del hombre. No sólo antes que existiese Abraham, sino antes que existiera Adán, existe él. Por eso con cada hombre puede reanudarlo todo desde el origen, y ningún barco llega a buen puerto sin que él sea su piloto.

Cada hombre, con sus medios propios y la gracia de Jesús, está puesto y lo estará, entre un paraíso perdido para siempre y un paraíso en esperanza. Esta gracia de Jesús, pueda rehusarla, pero se le ofrece. Pueden pasar los milenios: no han cambiado ni cambiarán nada en esta inquebrantable condición del hombre sobre la tierra. Es una condición de heroísmo, porque es una condición de todo-o-nada para cada hombre en particular; ¿y qué todo?, el paraíso; ¿y qué nada?, la condenación. Esta condición forma la dignidad del hombre, su destino trágico. Nadie cambiara nada en esa situación; cada cual la salva entera o la pierde entera.

También sobre ese hecho se basa la fraternidad humana más profunda. Y, ante todo, la fraternidad de todos los hombres con el segundo Adán, Jesucristo. El Concilio de Trento insistió mucho en que, por profundamente herida que estuviera por el pecado original, la naturaleza humana permanecía sustancialmente intacta, capaz de bien, y libre. En su esencia, esa naturaleza humana es la misma en cada hombre. Tal como era en su esencia antes de la caída de Adán, tal ha permanecido después de su caída, sólo que disminuida y como amortiguada. La naturaleza humana en Adán en el paraíso terrestre, la naturaleza humana en cada uno de nosotros, la naturaleza humana en Cristo, la naturaleza humana en un hombre condenado en el infierno, la naturaleza humana en un santo del paraíso, sigue siendo esencialmente la misma. Adán no ha dejado de ser hombre después de su pecado. Cristo, siendo Dios, no deja de ser hombre.

Los primeros hombres quizá se parecían a los monos, ¿por qué no? No es lisonjero desde el punto de vista de los cánones de la alta costura, pero la naturaleza humana no es asunto de moda. Esos primeros hombres llevaban en sí la chispa de la razón: en sus actos y por el discernimiento del bien y del mal, unían el tiempo y la eternidad, asumían enteramente la responsabilidad de su destino, esencialmente diferentes en eso del animal más evolucionado. A su manera y según sus luces, hubieron de afrontar en su conciencia el mismo destino que el nuestro. Así, también de esos primeros hombres que quizá parecían monos, Jesús aceptó ser hermano. Aceptó ser hermano de Hitler. Aceptó ser mi hermano, pues, como me decía un día Bernanos, "el buen Dios que me soporta, prueba así que lo soporta todo”.

Y el último hombre, en el fin de los tiempos, se encontrará también en la misma situación esencial

Aunque quimérica, porque la hipótesis no se realizó, el otro lado del dogma es fascinante: el caso en que Adán no hubiera pecado. Entonces hubiera transmitido todas las maravillas de su situación por la propia generación, "tu simiente, tu simiente,'. Es preciso que haya en la generación humana una potencia inmensa para que fuera capaz de transportar la gracia misma de Dios, la inmortalidad, como transportó la Promesa de Dios hecha a Abraham.

Como todos los primitivos que tienen un sentido profundo de la riqueza de la vida, Abraham no debió sorprenderse de que una Promesa de Dios quedara vinculada a la simiente de un hombre, lo que le sorprendió fue la elección de Dios sobre él. Nosotros hemos perdido ese orden de conocimientos. En nuestras civilizaciones, lo sagrado está sumergido por las observaciones fenomenológicas de la ciencia. La afirmación del dogma del pecado original, y la obstinación con que lo defiende la Iglesia, nos sacan de ese estrecho circulo de la observación científica, bastante pobre en suma, para llamar nuestra atención hacia secretos más oscuros, no mensurables, menos definibles, pero que sentimos muy bien que tocan lo sagrado, un dominio más profundo y más real que el descubierto por nuestros poderosos microscopios.

Abordamos aquí una isla misteriosa que no está dibujada en ningún mapa. Está situada más allá de lo jurídico y de lo científico, en esa coyuntura en que la naturaleza sensible participa directamente de la causalidad de Dios y articula la materia misma a la eternidad. De esa raíz brotan la sacramentalidad, la poesía, la metáfora, la parábola. Todo lo que crece de esa raíz en el mundo es superior al orden científico, como todos los juguetes de un gran almacén para Navidad no valen la sonrisa maravillada del niño que los codicia a través del escaparate.

En esa profunda coyuntura está herida la naturaleza humana; ahí renquea. Lo saben los poetas que abordan los juegos más inocentes con la más increíble melancolía. ¿Cómo consolarse del paraíso perdido? Ocurre también que esa herida se revela súbitamente al primero Que llega, en la voluptuosidad por ejemplo, cuando se apercibe de que no desea tanto saciarse cuanto percibir la decepción que hay en su fondo. La ley del pecado original es dura. Todos los hijos de los hombres nacen para la pena, para la muerte, y para el pecado, que es la muerte del alma. Podemos intentar distraernos; el mal está en nosotros. La valentía está en situarlo donde está. Los hombres pierden mucho tiempo en lamentarse de la suerte, mientras llevan en sí la desgracia.

El hombre lleva también en sí su esperanza. Es verdad que tampoco puede escapar solo y por sus propias fuerzas a su caída nativa; este es un escándalo para los espíritus modernos tan orgullosos de sus conocimientos y de su fuerza. Nosotros creemos siempre que

todo es reparable y el orden se rehace por sí mismo. Pero el pecado empieza por ser una ruptura del vínculo que unía a la criatura con su Dios. No es el hombre quien puede reparar ese vínculo: va a la deriva. Ese vínculo sólo se puede reparar por el lado de Dios y ya lo ha hecho, y muy bien, la Encarnación redentora.

Por eso, cuando el evangelista Lucas da a su vez una genealogía de Jesús, sube más arriba de Abraham, hasta Adán, que, como dice él, fue "hijo de Dios". Tras una expresión así está toda esa historia del *Génesis,* en que se nos cuenta la creación del primer hombre y de la primera mujer, y su caída, cuyo castigo llevamos todos.

Así marca Lucas la solidaridad de Jesucristo, no sólo con el pueblo de la Promesa y de los profetas, sino con toda la raza humana, desde el primer hombre al último. En la cumbre de la escala, Adán, “que fue hijo de Dios”; en la base de la genealogía, el Cristo que da a esa cualidad de hijo de Dios un sentido nuevo, único e imprevisto. A propósito de Adán, Lucas insiste en su cualidad original de hijo de Dios, como, durante toda su vida mortal, Jesús insistirá en su propia cualidad de "Hijo del hombre,'. Es hermoso observar esta reversibilidad de los vocablos. En ese cambio reside toda la esperanza de la humanidad.

X

SÚBDITO DE LA LEY

20 Toda la finalidad de la Ley mosaica es el rescate del pecado, y de su consecuencia, la muerte. La práctica de esta Ley, aun la más estricta, nunca logra esa finalidad. Sólo Cristo cumple perfectamente la finalidad de la Ley; él es por excelencia el "rescatador", el Redentor, el Liberador, el que rescata a los esclavos de una vez para todas. El efecto de ese rescate es que los hombres dejan de ser esclavos como eran, sujetos al pecado o a la misma Ley, para quedar definitivamente emancipados, pero no para ser entregados completamente a sí mismos, con lo que estarían más perdidos que nunca, sino haciéndose hijos y por consiguiente herederos de Dios. Por supuesto, hay que definir lo que es esa esclavitud, esa emancipación o redención, esa filiación, esa herencia. A eso voy.

¿Cómo pudo Jesucristo realizar este rescate de la raza humana, si su condición original y natural es la de ser hijo de Dios? Encarnándose. "Él, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera..."(Flp. 2,6-7); salvo por lo que toca al pecado. Según san Pablo, hay un doble término en esa encarnación: por una parte, el Hijo Único de Dios se ha hecho muy realmente hijo de una mujer, por otra parte, se ha sometido voluntariamente a la Ley mosaica. Si todos los predicadores insisten con razón en la condición verdaderamente humana de Cristo, hijo de María, generalmente omiten hablar de su condición de súbdito de la Ley mosaica. Ahora bien, este segundo término de la encarnación me parece igualmente esencial y querría analizarlo.

La traducción de la Vulgata es aquí tan fuerte que parece intencionada: *Misit Deus Filium suum, factum ex muliere, factum sub Lege, ut eos qui sub Lege erant redimeret,* "Dios envió a su Hijo, hecho de mujer, hecho bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley", (Gal. 4,4-5) para conferirnos la adopción filial. San Pablo se expresa en términos muy fuertes, empleando la terminología de la fabricación, casi como si se dijera que el Hermes de Olimpia ha sido hecho por el cincel de Praxiteles, hecho según los cánones de la belleza clásica griega, de la que así ha llegado a ser la obra maestra. Igualmente, Jesucristo, además de ser el hijo de María, de quien ha salido, también es la obra maestra de la Ley mosaica, de la que fue súbdito perfecto.

Para comprender bien la génesis y el pleno ensanchamiento de Cristo, conviene saber lo que fue esa mujer de que nació, pero también esa Ley cuya obra maestra fue, porque empezó por ser su súbdito perfecto. Pues Jesucristo fue un súbdito ejemplar de la Ley

mosaica, de lo que los judíos llaman todavía la Thora. Cierto es que las relaciones de ese súbdito con la Ley fueron únicas, excepcionales, como su misma personalidad y por ello merecen aún más definirse.

Entre todos los Evangelistas, el que me parece que marca con más insistencia la sujeción de Cristo a la Ley es, paradójicamente, el único de ellos que no era judío, Lucas, que siendo griego, escribía en Grecia, para los griegos, poco tiempo antes de la ruina de Jerusalén. Se dice de su Evangelio que es por excelencia el Evangelio de la Virgen María, por lo atento que estuvo a anotar lo concerniente a la madre de Jesús. Pero, sin duda por las mismas razones, también se aplicó a anotar la obediencia de Jesús a la Ley mosaica, hasta el punto de que se puede decir que el Evangelio de san Lucas es el de la sujeción de Jesús a la santa Thora. Lucas conoció sin duda a la madre de Jesús, pero también fue el discípulo de san Pablo, el fariseo, que le transmitió su regia comprensión de la Ley mosaica.

Ya en sus primeras líneas, Lucas, al hablar de los padres de Juan Bautista, dice: "Los dos eran justos ante Dios, siguiendo sin falta todos los mandamientos y leyes del Señor."(1,6) Por supuesto que tan piadosos israelitas circuncidaron a su hijo según la Ley. Acabamos de ver que lo mismo ocurrió con Jesús. Fue igualmente ofrecido al Templo y su madre fue "purificada". Es Lucas quien anota que "cuando lo cumplieron todo según la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a Nazaret, la ciudad donde vivían."(2,39) También en Lucas, leemos que, como los más devotos de los judíos, los "padres" de Jesús iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Justamente en el curso de una de esas peregrinaciones, cuando "subieron a la fiesta, según costumbre, terminados los días"(2,40-52), perdieron las huellas del Niño, y le volvieron a hallar en el Templo, sentado entre los Doctores de la Ley, oyéndoles y preguntándoles. He ahí un escolar de doce años muy apasionado. ¿Cuál es el objeto de sus preguntas, de su estudio, de su atención, de su pasión? La santa Thora de Israel. Lucas nos dice también que todos los que estaban presentes se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas.

Evidentemente, hubo un Blaise Pascal. Pero no deja de ser raro que un niño de doce años tenga tal ardor en el estudio que se escape para quedarse en la escuela. La verdad es que ese niño ha mamado el amor a la Ley con la leche maternal, que se ha criado en la estricta observancia y en el profundo respeto a la Ley de Moisés, que él mismo ha observado la Ley con fidelidad, y que tenía pasión por ella, como el niño Blaise Pascal por la geometría. No es raro que un niño de esa edad sueñe con ser Alejandro o Napoleón; son sueños toscos al alcance del primero que llega, en cuanto sueños, pero nada más privilegiado, nada más bello, nada más sagrado que la pasión del conocimiento, a la edad de los juegos y de las confituras.

En Israel es menos raro que en otras partes: es el pueblo del Libro. Esa raza, a la que dicen tan ávida de los bienes de la tierra, tiene el gusto y la pasión del conocimiento. Se han visto muchas familias judías, emigradas de los peores ghettos de Europa oriental, apenas instaladas en Estados Unidos, pero aún miserables, sucias, viviendo como mendigos, ya desde la primera generación, privarse de todo y ahorrar cinco *pennies* diarios para pagar los estudios del muchacho más dotado de la familia, para que pueda entrar en Yale o en Columbia. Lo encuentro muy hermoso. No se ve el mismo celo y el mismo respeto por el saber entre las demás minorías americanas, en un país tan vasto, tan libre y tan variado, que todo el mundo forma parte de una minoría, por algún título.

Imagino así a la Santa Virgen, joven madre judía, pobre y ahorradora, dura en el trabajo, aplicada a observar la Ley, privándose de todo para que su hijo pueda estudiar, ejerciendo a la vez el oficio de carpintero que era el oficio de José. Por lo demás, era una

tradición entre los Doctores de la Ley seguir ejerciendo un oficio manual. San Pablo, fariseo, Doctor de la Ley, ciudadano romano, en una época en que ese título representaba la aristocracia del imperio, también tenía un oficio manual, que era coser tiendas. Es una broma grosera fingir creer que el tejedor Pablo o el carpintero Jesús eran proletarios a la manera de los obreros de una cinta de montaje en una gran fábrica de hace treinta años. La predicación del Evangelio no siempre escapa a la demagogia política.

Cuando insisto en la sujeción de Jesús a la Thora, hablo por el momento sobre todo de su infancia y de su adolescencia. Esta sujeción leal me parece evidente. Falta saber si, en el curso de su vida pública, en su enseñanza y en su conducta, Jesús ha respetado y retenido esa sujeción. Normalmente se piensa y se dice lo contrario. Vale la pena mirarlo más de cerca, pero es un campo tan vasto que no se puede trabajar en un solo capítulo. A lo largo de todo este libro tendré ocasión de volver sobre ello.

Es seguro que Jesús murió víctima de una inquisición, como Juana de Arco. Tuvo contra él a la mayoría—no la totalidad—de los escribas, de los fariseos, de los doctores de la Ley, de los grandes sacerdotes, de la minoría intelectual y teológica de su nación —como Juana de Arco—. Pero ¿por qué, exactamente, sus enemigos se opusieron a él, por qué se coaligaron contra él? ¿Es porque rechazaba la Ley que ellos tenían la misión de defender; Eso sería demasiado sencillo. Más bien creo que Jesús y ellos se opusieron porque tenían interpretaciones inconciliables de la Ley. Si esta última hipótesis es verdadera, tal divergencia supone, en Jesús como en sus adversarios, la proclamación de análoga devoción hacia la Ley. En suma, Jesús no habría querido abolir la Ley, sino dar una lección a los doctores de la Ley, probarles que la manera que él tenía de interpretarla era la verdadera, y la de ellos era falsa. De ahí, una querella de teólogos, la más feroz e implacable de las querellas. Jesús, pues, no habría sido condenado como impío y rebelde, sino ante todo como hereje, igual que Juana de Arco.

La posición de san Pablo debe ser idéntica sobre este punto a la de Jesús. Ahora bien, él no discute la validez de la Ley de Moisés y del Antiguo Testamento; afirma que hay que saber leerlas con los ojos del corazón iluminados, y que la mayor parte de los judíos contemporáneos tienen ante sus ojos un velo que les impide leer. "Sí —dice—, hasta ese día, al leer a Moisés está puesto un velo sobre su corazón. Al convertirse al Señor, cae ese velo."(2Cor. 3,15) Se guarda muy bien de decir que ya no sirva para nada leer a Moisés.

No pretendo minimizar el conflicto religioso entre judíos y cristianos, pero tampoco quiero exagerarlo: querría situarlo exactamente y definir sus límites. Cristo ha reconocido como sagrados los Libros de los Judíos, los cita a menudo dándoles toda su autoridad de Palabra revelada, pero siempre ha pretendido saber leer esos libros e interpretarlos exactamente, y mejor que sus doctores. En esa discusión su autoridad era tanto más grande por haber estudiado la Ley, por haberla observado desde siempre, y ser, como Zacarías e Isabel, "justo ante Dios, siguiendo sin falta todos los mandamientos y leyes del Señor".

¿Y de qué modo Cristo fue súbdito de la Ley? No cabe imaginar ni un momento que le diera sólo una obediencia servil. Tampoco se puede imaginar que sólo se sujetara a la Ley por hipocresía. Entonces hay que elegir: si Cristo quiso ser súbdito de la Ley, es porque la respetó, la amó, empezó por comprenderla soberanamente, pues sabía que estaba hecha para él. Es también lo que dice san Pablo: "La finalidad de la Ley es Cristo, para la justificación de todo creyente". (Rom. 10,4) Entonces ¿cómo osaríamos los cristianos despreciar lo que tanto amó Cristo?

Los católicos siempre han meditado con afecto sobre el papel de la Virgen María junto a Jesús, ella ha sido el medio de la Encarnación del Verbo. Pero la Ley también tuvo un papel esencial junto a Jesús; fue por excelencia el instrumento de su obediencia a Dios. Los teólogos católicos reprochan a los teólogos protestantes no dar a la Madre de Dios el lugar que se le debe, y me parece fundado ese reproche. Pues, en definitiva, Jesús no es hijo del azar, y no es igual que sea el hijo de tal mujer en vez de serlo de otra.

Pero se puede reprochar a todos los teólogos cristianos modernos, católicos o protestantes, que no den a la Ley el lugar que se le debe. Tampoco es un azar que Jesús haya nacido como "súbdito de la Ley,', que haya vivido a su manera de acuerdo con esa Ley, que haya muerto, de modo aún más asombroso, de acuerdo con lo que llama san Pablo "la maldición de la Ley", y que haya resucitado cumpliendo las Escrituras.

En el fondo, la Ley tuvo cerca de Jesús el papel que el ángel de la Anunciación tuvo cerca de la Virgen María. María respondió al mensaje de Gabriel: "Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra", siendo la palabra del ángel la forma de la obediencia de María al Señor. Frente a la Ley, a su mensaje, Jesús se hizo el Servidor de Yahvé, y por su obediencia a la Ley reivindicó principalmente y realizó la denominación mesiánica de "Servidor de Yahvé”. En toda su vida y al morir, no hizo otra cosa que la voluntad de su Padre, pero esta voluntad la quiso cumplir según la Palabra viva de la Ley.

Quiso realizar todas las profecías, quiso encerrarse en la Ley como en una prisión para tomar sobre sí toda la maldición de la Ley debida al pecado, para librar a los hombres a la vez del pecado y de la maldición de la Ley. Efectuó, no ya en figura y por sustitución, sino en realidad y de una vez para todas, el rescate de su pueblo y de todas las naciones. Después de él, ¿para qué seguir inmolando tórtolas y ovejas? Él fue por excelencia la simiente de Abraham ("todos los machos pertenecen a Yahvé”), a quien se habían prometido todas las bendiciones más allá de las esclavitudes y la "maldición" de la Ley. Como dirá Juan Bautista, el último profeta de Israel, es para siempre el Cordero de Dios, que rescata de una vez para todas el pecado del mundo.

"Cristo nos ha rescatado de esta maldición de la Ley, hecho él mismo maldición por nosotros, pues está escrito: "Maldito el que cuelga del palo", para que también pase a los paganos, en Cristo, la bendición de Abraham, y que, por la fe, recibamos el Espíritu de la Promesa.” (Gál. 3,13-14)

Tendré ocasión de volver sobre este texto de san Pablo. Para acabar este capítulo, lo dejo a la meditación del lector, como un grito suspenso en la noche límpida.

XI

EL PRECURSOR

21 "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas!"

Esas terribles palabras las pronunció Cristo, lanzando sobre su generación toda la sangre inocente vertida, desde la de Abel hasta la de Zacarías, "a quien asesinasteis entre el santuario y el altar". Ese presente y ese *vosotros* sobre un hombre asesinado siglos antes, hacen estremecer. Es mucha sangre inocente, es un fardo pesado de llevar.

Pueblo que mata a los profetas... ¿Y qué pueblo no mata a sus profetas? Los ingleses nunca habrían podido quemar a Juana de Arco si no se la hubieran entregado unos franceses. En aquella circunstancia, los ingleses que la quemaron fueron menos viles que los franceses que la entregaron y la juzgaron y la condenaron. Juana de Arco fue condenada por un obispo francés, asistida por jueces que eran todos franceses. Esa muchacha que no tenía veinte años cuando murió, debía llevar en su corazón cierta imagen de Francia, por la que murió, y no era seguramente la misma imagen que se formaban de Francia el obispo Cauchon (que luego fue obispo de Lisieux en cuya catedral está enterrado, no lejos de la tumba de otra santa), los buenos canónigos de Rouen, y los buenos dominicos de París, sus jueces. Pues todos esos jueces eran tan buenas personas como cabe serlo, y ninguno de ellos luego se ha considerado deshonrado por haber condenado a Juana de Arco. El deshonor lanzado sobre ellos sólo llegó mucho más tarde y a título póstumo, como la gloria para Juana de Arco.

No hay nación, nunca ha habido nación en el mundo que no fuera capaz de matar a sus profetas, y que no haya acabado por matarlos. Las naciones asesinarían al viento y al fuego, por su inclinación a odiar lo puro.

Dejemos esto. Quiero decir sólo que si Cristo tenía derecho a reprochar a Jerusalén que -mataba a los profetas, ¿con qué derecho haríamos nosotros a Jerusalén ese mismo reproche? Lo extraordinario no es que Jerusalén matara a sus profetas; el milagro es que Israel, a lo largo de su historia, tuviera tantos profetas, hasta el punto de que se ha podido decir del profetismo que era una "institución" en Israel, casi como la vida monástica en la cristiandad.

En su introducción general a los Libros proféticos, la *Bible de Jérusalem* anota: "La idea fundamental que se desprende de la complejidad de los hechos referentes al profetismo parece ser ésta: el profeta es un hombre que tiene una experiencia inmediata de Dios, que ha recibido la revelación de su santidad y de sus voluntades, que juzga el presente y ve el

porvenir a la luz de Dios, y que está enviado por Dios para recordar a los hombres sus exigencias, y llevarlos otra vez al camino de su obediencia y de su amor. Comprendido así, el profetismo es un fenómeno propio de Israel, uno de los modos de la Providencia divina en la conducción del pueblo elegido.”

He dicho que el milagro está en que Israel tuviera tantos profetas, tantos portadores de la Palabra de Dios. Estos profetas son también nuestros profetas, pues la verdadera religión no tiene límites en el tiempo: va desde la creación del hombre hasta su juicio al fin del mundo. Durante milenios, Israel ha sido el único que llevaba el peso de la Palabra de Dios, es decir, de la revelación explícita y auténtica. Que los profetas fueran perseguidos, es cierto, porque la Palabra de Dios trastorna los planes demasiado humanos, los intereses humanos, y, por lo que toca a Israel, estorbaba con demasiada frecuencia la política de dirigentes de vista corta.

Lo admirable es que los profetas tuvieran sobre el pueblo tal ascendiente que los reyes hicieran todo lo posible por obtener de un profeta declaraciones que les fueran favorables. El profeta rehusaba plegar SU mensaje a la política del príncipe. Como el príncipe era más fuerte, a veces ocurría que el profeta acababa por morir. Juan Bautista no escaparía a la regla general: no fue el pueblo quien le mató, sino que fue asesinado por la cobardía de un príncipe, el resentimiento de una reina y el capricho de una bella bailarina.

Entre todos los profetas, a éste se le llama el precursor, el que va por delante, el mensajero que corre ante el rey a quien se espera, y que, llegado ante el pueblo, abre la boca y grita: “¡Ahí está!" Los judíos ortodoxos, incluso los de hoy, no pueden dejar de reconocer como suyo a Juan Bautista. El último de los profetas, el mayor, según decía Jesús, fue profeta de Israel de manera tan ejemplar, tan excesiva, tan expresiva, que parece estar puesto ahí, en el umbral del Evangelio, como una estampa popular de la profecía.

Elegido, llamado, seleccionado y purificado entre todos desde el seno de su madre, y estremecido de alegría por esa vocación, desde el seno de su madre. Muy joven, se retira al desierto para imitar en su vida misma la larga peregrinación de su pueblo en torno al monte Sinaí y para merecer la familiaridad de Dios. Se separa de todos y de todo para afirmar su vocación excepcional. Como un oso, se alimenta de miel silvestre y de langostas. Va vestido de pelo de camello. Y luego, de repente, abriendo su gran boca, se pone a gritar en el desierto, y su voz sacude a todo Israel, resuena en todos los corazones, provocando en ellos un eco familiar. ¡Qué personaje desconcertante! Y qué sorpresa la nuestra si de repente le viéramos aparecer en el púlpito de una de nuestras catedrales...

Es de creer que los israelitas también quedaron sorprendidos. Lucas escribe: "Todos discurrían en sus corazones sobre Juan, si sería él mismo el Cristo". ¡Admirable espera, admirable interrogación! ¿Qué corazón cristiano no se conmovería? No creamos que nuestros pueblos modernos sean incapaces de tal espera mesiánica, lo que pasa es que no saben dónde colocarla. Entre las dos guerras, y aun durante la guerra, millones de obreros comunistas franceses, alemanes, españoles, italianos, serbios, y tantos otros, miraron de lejos a Rusia como a su patria de corazón, más noble y más elevada que su verdadera patria terrestre; más digna a sus ojos de su devoción. Sin duda se equivocaban, pero ¿por qué sus patrias naturales no les ofrecían lo que tenían que ir a buscar en otra parte? Por mi parte, me siento muy en armonía con todo ese pueblo de Israel de hace veinte siglos, que estaba en la espera y que se preguntaba sobre Juan Bautista si no sería el Cristo.

Lejos de insinuar que Jesucristo llegó a un medio que le fuera hostil desde el comienzo e impermeable a la verdadera esperanza mesiánica, las afirmaciones de Lucas hacen creer más

bien que llegó a un medio excepcionalmente bien preparado para recibirle. Desde el exilio y los últimos profetas, la religión de Israel se había refinado singularmente, purificándose de muchas esperanzas demasiado terrenales, profundizada en el amor de Yahvé. Era la religión del verdadero Dios, un Dios de justicia y que lo exigía todo, un Dios de amor también, pero con un amor celoso, y también un Dios santo, "el rey de los espantos”. Este último aspecto siempre dará a la verdadera religión un sabor bárbaro, en el sentido etimológico y primario del término: Dios es completamente diverso de nosotros y no habla nuestra lengua como la hablamos nosotros.

Esa era la verdadera religión, en que Dios era honrado y amado como tres veces santo, reinando sobre los querubines de fuego que no osaban mirarle a la cara. A ese Dios verdadero y santo no le estaba bien ningún alimento terrestre, sino sólo el homenaje de holocausto de un corazón puro, de la pobreza espiritual, y de la esperanza inflexible en el Reino. Esta adoración temblorosa y apasionada se unía muy bien con el culto a la palabra de Dios, en que estaba suspendida la misma existencia del pueblo elegido, pues si había nacido de esa Palabra, ¿cómo no sobreviviría con ella? Esa Palabra, al mismo tiempo que fuente de vida era Presencia inefable (la *Shekinah*= la Presencia bajo la tienda), inestable como la de un nómada, tranquilizadora como la de un jefe de banda en medio de su clan.

Muchas veces se ha señalado fuertemente la diferencia y aun la oposición entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. No estoy seguro de que existiera tal oposición en el espíritu de los Evangelistas. Incluso me inclino a creer que, por conscientes que fueran del carácter excepcional de su testimonio, se insertan naturalmente en la tradición de Israel que se cumplía maravillosamente en Jesús. El parentesco de estilo es tan evidente, entre los Evangelios y el Antiguo Testamento, que seguramente es voluntario.

Tras la corta introducción que se llama "el Evangelio de la Infancia", Lucas empieza así solemnemente el relato de la vida pública de Cristo: "En el año quince del reinado del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, y Herodes virrey de Galilea, y su hermano Felipe virrey de Iturea y Traconítida, y Lisanio virrey de Abilene, bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, vino la Palabra de Dios sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto". (Lc. 3,1-2) Ahora bien, así es exactamente como, desde hacía siglos, empezaban la mayor parte de los libros proféticos de Israel: con un recuerdo del contexto histórico y de los príncipes reinantes, con una determinación de la fecha en relación con la historia oficial, y con la afirmación clara de que se trataba de la Palabra de Dios, dirigida a tal hombre en particular, hijo de Fulano. Entre otros muchos ejemplos posibles, he aquí éste, que es corto: "Palabra del Señor que recibió Miqueas el Morastita durante los reinados de Yotam, Ajaz y Ezequías, en Judá".

Sólo en apariencia escapa el Evangelio de Juan a la regla de estilo tradicional. Como su Evangelio comienza, no con Juan, que sólo es un profeta, sino con Jesucristo, y ya no se trata sólo de la Palabra de Yahvé dirigida a un hombre, sino de esa Palabra misma encarnada, sería indigno de ella situarla en el contexto de los poderosos de este mundo, y la única referencia válida aquí es la de la coexistencia de la Palabra eterna con Yahvé-Dios, y también con la creación del mundo y del hombre, que se hace precisamente por medio de esta Palabra.

En esta tradición del estilo profético, así se podría traducir el prólogo del Evangelio de San Juan: "En el principio existía la palabra, y la Palabra estaba con Yahvé, y Yahvé era la Palabra... Y la Palabra se ha hecho carne, y ha acampado entre nosotros, y nosotros hemos visto su gloria, gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad". Es posible que al traducir *logos* por *verbo,* que es un término técnico, en vez de por *palabra,* como en las

demás profecías, sacrificáramos la continuidad del sentido tradicional a un purismo gramatical. Queríamos poner la palabra en el mismo género que “hijo”, cuando en Dios no hay género; miserias del lenguaje humano.

En resumen, Juan Bautista se nos presenta auténticamente como un profeta del Antiguo Testamento. El propio Evangelio se introduce como la profecía de las profecías, en que la Palabra ya no tiene necesidad del intermediario que es el profeta, porque ha decidido levantar su tienda y acampar entre nosotros. La Carta a los Hebreos no se expresará de otro modo: "En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los profetas; ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, reflejo de su gloria, impronta de su ser".

En la economía de la salvación, coexistente con la historia de la humanidad, Juan Bautista, pues, tiene una gran importancia: es el último eslabón de la antigua profecía, enlazando con el cumplimiento de todas las profecías. El que todos los demás anunciaron y apercibieron de lejos, en las bromas del porvenir, él lo señaló con el dedo en la luz de su propio día.

Convenía que fuera delegado un profeta para hacer resonar el eco de la Palabra al fin sustancialmente presente. Juan está allí, ante Cristo, como un violín que se afina con el primer violín. Nada puede impedirle vibrar ante esta Presencia. A todo el pueblo en expectación, que ha reconocido en Juan a un profeta —pues también el pueblo está armonizado con sus profetas—, responde: "Yo os bautizo con agua, pero viene el que es más poderoso que yo, al que yo no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias; éste os bautizará con el Espíritu Santo y el fuego. Ya tiene en su mano el bieldo y va a limpiar su era, y a juntar el trigo en su granero, mientras que la paja la echará al fuego que no se consume."(Lc. 3,16-17) Siglos antes, Jeremías habla dicho: “¿Qué tienen de común la paja y el trigo? Mi Palabra, ¿no quema como el fuego?”

Esta es La imagen que el profeta infalible nos da del Salvador del mundo. Un rudo campesino en su era, con el bieldo en la mano, haciendo un montón a un lado y quemando luego la paja y el tamo. No es una imagen sentimental; prefiero atenerme a ella mejor que a las imágenes azucaradas de Saint-Sulpice y de tantos manuales llamados de devoción. Y por lo demás, tiemblo de no ser yo mismo más que paja.

Juan bautizaba en el agua del Jordán al borde del desierto. Sin duda no había inventado él ese rito. La pureza del agua siempre ha fascinado al hombre, no sólo por la virtud que tiene de apagar la sed, sino también porque lava lo sucio. Para un profeta de Israel, la inmersión del cuerpo en el agua podía evocar todavía el paso del mar Rojo, cuando Dios salvó a su pueblo del furor del Faraón. Un Profeta vivía en el pasado tanto como en el porvenir: los altos hechos de Dios realizados antaño eran: una garantía de protección en el porvenir. En la diversidad de la historia, Dios guarda siempre su estilo propio, de intervención fuerte y con el brazo extendido, a condición de que el pueblo sea obediente y fiel, y que devuelva a Dios amor por amor. Sólo que aquí no se trata ya de Faraón. Veremos de qué se trata.

El bautismo era una pantomima sagrada, o si se quiere una parábola en acción, que significaba la pertenencia del bautizado al destino histórico de su pueblo, su conversión interior para hacerse digno de las teofanías, es decir, de las revelaciones de Dios. Así es como el paso del mar Rojo precedió a la revelación en el Sinaí. La historia de los profetas está llena de esos "mimos", como la escena del emigrante en Ezequiel: ante los ojos de todos, el profeta hace su hatillo, abre un agujero en la pared de su casa y huye de noche al campo, para

significar a todos que el mismo Israel sería vencido, reducido a huir y deportado el destierro. Lo mismo, Yahvé había dado a Juan la orden de bautizar; había de ser además para él el medio de reconocer al que, mayor que él, bautizaría con el Espíritu Santo.

“Y yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar con agua, me dijo: Aquel sobre quien veas el Espíritu bajar y quedarse encima de él, es el que bautiza con el Espíritu Santo.” Así, el bautismo de Juan era también profético de ese segundo bautismo, cuando el Espíritu Santo se derramaría como el agua. Hay también ahí, sin duda, una evocación del relato de la creación en el Génesis, cuando "el Espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas,'. Y también cuando "Yahvé-Dios modeló al hombre con barro del suelo y le sopló en las narices un aliento de vida”, un aliento, es decir, su soplo, su Espíritu, porque espíritu quiere decir soplo. Es una nueva creación total del hombre, lo que producirá ese segundo bautismo en el Espíritu Santo, como la primera insuflación del Espíritu de Dios había creado el hombre a imagen de Dios. "Y el hombre se hizo así ser viviente", añade el *Génesis.* También es ese el efecto del segundo bautismo en el Espíritu Santo: insufla en el hombre una vida nueva, sobrenatural, la vida misma de Dios.

Bien entendido, ese bautismo de Juan iba acompañado de predicación. El rito puramente mágico no entra en la tradición de Israel, al menos en ese estadio evolucionado de la religión hebrea. El gesto debe ir acompañado de una verdadera disposición del corazón. ¿Qué decía, pues? Afirmaba, ante todo, su misión divina, el carácter de su misión se situaba en la continuación del linaje de los grandes profetas de Israel, y se aplicaba a sí mismo las palabras de Isaías: "Yo soy la voz del que clama en el desierto. Allanad el camino del Señor, enderezad sus senderos. Todo valle será rellenado y toda montaña o colina será alisada; lo que es tortuoso, se hará recto, y las asperezas se harán caminos llanos y todos verán al Salvador de Dios". (Is. 40,3-5) Era evidentemente la esperanza más alta y más constante de Israel la que Juan evocaba y cuyo próximo cumplimiento predecía.

Juan, pues, había causado a su alrededor el trastorno propio de los profetas; todo el mundo iba a verle y a escucharle, pueblo y jefes del pueblo. Él tenía unas palabras adecuadas para cada cual. Desde ese momento, entra en conflicto violento con dos castas de dirigentes a quienes volveremos a hallar fieles a sí mismos en el curso de la vida de Jesús. Mateo escribe: "Al ver que venían al bautismo muchos fariseos y saduceos, les dijo: —¡Raza de víboras! ¿Quién os ha enseñado a huir de la ira que se acerca? Dad, entonces, fruto digno de conversión. Y no penséis decir entre vosotros: "Tenemos por padre a Abraham". Pues os digo que Dios es capaz de hacer salir de estas piedras hijos para Abraham. El hacha ya está puesta junto a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y echado al fuego. Un día de sudor bajo el sol, de mucho trabajo, de distinción definitiva de bien y de mal, de buenos árboles y malos árboles, de grano de paja, de fuego por un lado, de granero y bodegas llenas por otro lado, esta es la imagen que el Evangelio nos da de la venida del Mesías, representado él mismo como un campesino en su era, o como un leñador en el bosque con su tacha.

Ya he insistido bastante en el carácter racista de la religión de Israel, y no tengo el deber de insistir más en este último texto. En la época del Bautista, los profetas ya habían señalado, hacia mucho, que la pertenencia a la raza no bastaba para ser digno del linaje de Abraham. Israel también estaba mezclado de trigo y paja, de frutos buenos y malos, y había que añadir a la raza física lo que los profetas llamaban la circuncisión del corazón, una fe y una pureza dignas del gran patriarca.

Habían llegado a decir que la salvación de Dios estaba reservada a un "resto", a

algunos salvados, no tanto de la desgracia y del apuro, cuanto de la perdición moral y la infidelidad. Con Juan Bautista, el carácter positivamente racista de la religión de Israel acaba de estallar porque Dios, con piedras, puede hacer hijos a Abraham. Cristo volverá a tomar esta afirmación y san Pablo definirá la noción de un "Israel de Dios”, de una familia de Abraham puramente espiritual, cuya propagación se hace por la fe. Sobre ese punto capital, entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, desde los antiguos profetas hasta Juan Bautista y luego hasta Cristo y san Pablo, no hay ruptura y oposición, sino continuidad, progreso y cumplimiento. Pues, en fin, ¿qué quería decir Isaías cuando escribía que *toda carne* sería capaz de contemplar la gloria de Dios, sino que un día la vocación propia de Israel se extendería a la humanidad entera, y quizá también que la gloria de Dios se encarnaría para ser visible a simple vista?

Desde los comienzos, la Iglesia católica ha reivindicado ser ese “resto”, ese rebaño de salvados de que hablaban los profetas, que nunca han doblado la rodilla ante Baal, pero que pueden pertenecer a toda tribu, a toda lengua, a toda nación bajo el cielo. Por supuesto, eso ha de entenderse también espiritualmente. Sería recaer, no al nivel de los profetas, sino muy por debajo del Antiguo Testamento, al nivel de tosquedad más bajo en la interpretación de las Promesas, el creer que basta estar bautizado y pertenecer corporalmente a la santa Iglesia para merecer de derecho la salvación. Seria un "racismo” del rito, peor que cualquier otro racismo. Este racismo del rito ha existido y existe: es él quien ha hecho tantos *pogroms.* Hitler y Eichmann estaban bautizados. El bautismo de Cristo no es un seguro automático contra el bieldo y el hacha; entre los cristianos también hay paja y árboles estériles condenados al fuego. Entre los cristianos también hay fariseos y saduceos que tratan de escapar de la ira que viene. La raza de las víboras es universal: ¿quién puede jactarse de no tener en las venas una gota de esa sangre?

XII

LA TEOFANÍA DEL JORDÁN

22 El Evangelio cuenta que Jesús llegó de Nazaret al lugar donde bautizaba Juan, y que esperó su turno, perdido en la multitud de los peregrinos. Cuando por fin abordó a Juan, éste tuvo la sensación de la eminente dignidad de Aquel que se presentaba, y se resistió, pero Jesús respondió: "Deja ahora, conviene llevar a cabo toda justificación". (Mt. 3,15) Ahí está, según los Sinópticos, la primera palabra de Cristo, en el comienzo de lo que se llama su vida pública. Se dirige al último profeta de Israel, y sorprende por su carácter abrupto.

Es una frase de mando: Jesús obliga a Juan a bautizarle. También es una frase de obediencia: Cristo se sabe y se quiere en una tradición. No sólo sigue a los demás peregrinos junto a Juan, sino que dirige sus pasos por los pasos de todo un pueblo. Por la "representación" de este bautismo, quiere haber atravesado con todo su pueblo el mar Rojo; no empieza su ministerio con una ruptura, sino con una continuidad; se quiere solidario de todo su pueblo, de toda su historia, de su peregrinación, de su oración, de su penitencia, a pesar de su inocencia personal. Pertenece a ese pueblo, ama esa pertenencia, la proclama en el arranque. Éste es el verdadero prólogo de su acción pública, en el interior de esa pertenencia es como cumplirá toda justificación.

Pero, como comprendieron los primeros cristianos, el propio bautismo de Cristo es una “pantomima” de todo su destino, de toda su historia, a la vez elocuente, sugestiva y elíptica. Por la Encarnación, Jesús ha bajado a la humanidad; por su muerte, ha bajado a los Infiernos, donde ha vencido al Diablo y a la muerte; por su resurrección, vuelve a subir triunfante a la luz; por su ascensión, sube al cielo otra vez. Es el mismo movimiento de descenso y vuelta a subir lo que expresa el bautismo, y en el fondo de las aguas aplasta al dragón, es decir, el Diablo, cuya morada es el mar. Algunos pintores comprendieron así el bautismo de Cristo; cuando vuelve a salir del agua, con una bandera en la mano como un jefe de guerra, avanza con el mismo paso victorioso que cuando saldrá vivo del sepulcro.

Pero las palabras de Jesús a Juan tienen otro sentido, más personal entre los dos hombres. Podría ser el comienzo de una historia de “vendetta”, y ¿quién sabe si no hay un poco de eso? Al fondo de ese diálogo, está un tercer personaje, que por lo demás hará una estrepitosa entrada en escena: en efecto, es el Diablo. Los Sinópticos son terminantes: en primer lugar, Jesús habla al profeta, y después la primera persona con quien entabla conversación es el Diablo. El diálogo con Juan toma con eso un sentido muy fuerte; es, en una

conspiración, el encuentro de dos conjurados. Entonces las palabras de Jesús a Juan quieren decir: "¡Basta ya! ¿Estás preparado? Ya es hora de acabar con el adversario, es hora de que se haga justicia, y de que la hagamos nosotros”. Es el momento decisivo de la conspiración, el momento en que toma la dignidad de la realización; el acto siguiente es el atentado contra el príncipe.

Es menos raro de lo que se creería que unos conspiradores pidan al cielo la investidura para su acción y el testimonio resplandeciente de la legitimidad de su empresa. Lo que es raro es que el cielo lo conceda. "Cuando Jesús —dice Lucas—después de ser bautizado, estaba en oración, se abrió el cielo y descendió sobre él el Espíritu Santo en forma corporal como una paloma, mientras salía una voz del cielo: —Tú eres mi Hijo querido, en ti me he complacido—.

La historia de Israel está llena de teofanías, es decir, de revelaciones resplandecientes de Dios. Habitualmente, tienen un carácter solemne, para confirmar un acto divino no menos solemne, investidura, vocación, promesa, promulgación de la Ley, dedicación del Templo, o sencillamente declaración de amor de Dios para uno de sus profetas. Entre todas éstas, hay dos muy excepcionales cuyo relato en la Biblia recomiendo al lector que lea. Se trata de la aparición personal de Dios a los dos mayores profetas, Moisés y Elías.

Es interesante ver las diferencias entre estas dos teofanías y la teofanía de Jesús. Una diferencia que salta a los ojos es que, en el caso de los dos profetas, la teofanía tiene lugar al término de una estancia en el desierto y de un ayuno de cuarenta días. No es su recompensa. Para Moisés, la voz de Dios afirma la justicia y la misericordia de Yahvé; para Elías, afirma además la solicitud de Yahvé por el "resto": "Dejaré a salvo en Israel a siete mil, todas las rodillas que no se han doblado ante Baal y todos los labios que no le han besado". Las dos revelaciones del Horeb tienen lugar en un desencadenamiento de los elementos

Aquí, ya no hay llama devoradora coronando la montaña, no hay huracán ni temblor de tierra, y, si hubo una brisa ligera, era la que inclinaba las cañas del borde del río. La escena es apacible. No se trata ni de justicia ni de misericordia hacia el pueblo, sino únicamente de amor y de complacencia excepcional hacia uno solo, pero excepcional. Desde ese momento se afirma el estilo del destino humano de Cristo, que san Pablo ha definido tan bien: la obediencia y la exaltación, el descenso y la vuelta a subir. Son verdaderamente los dos polos de ese destino. Jesús empieza por obedecer a la tradición profética de su pueblo, y, en recompensa a esa obediencia, Dios se revela más completamente de lo que nunca había hecho, le da el nombre por encima de todo nombre, el de Hijo bien amado, de Hijo por excelencia, como lo era en efecto.

No era una novedad en Israel que Dios fuera padre. Desde hacía mucho, Israel había tenido la revelación y la experiencia de esa paternidad. Igualmente, Israel se había acostumbrado a hablar del Espíritu de Dios. La denominación “Hijo de Dios” se empleaba a menudo para indicar una predestinación especial, o simplemente un rango más elevado en la jerarquía de las criaturas. La revelación especial de la teofanía del Jordán reside en la fuerza y la precisión de las palabras, su aceptación personal, y el vínculo de simultaneidad entre la voz del Padre, la presencia del Hijo y la aparición del Espíritu Santo. Ahí está la primera manifestación por completo explícita de la Santa Trinidad de las Personas en una única sustancia divina. El Padre habla en el cielo desgarrado, el Hijo emerge de las aguas rezando, el Espíritu que les une se cierne sobre él, bajo la forma pacífica de una paloma.

Dios llama directamente y en segunda persona de singular a su “Hijo bien amado” en

quien tiene su complacencia. Esto profundiza y singulariza la noción de paternidad divina y le confiere una transcendencia personal que no tenía hasta ahí. Pues, en fin, en tanto que Dios es considerado Padre de su pueblo o de ese resto que le es fiel, no se trata, entre Dios y los hombres, más que de una relación exterior a Dios, una de esas múltiples relaciones, por privilegiada que sea, que pueden existir entre creador y criatura.

Pero sí existe un ser único, que es por excelencia el Hijo bien amado, que moviliza para él el amor entero de Dios, siendo él mismo y todo entero digno de ese amor; Si entre el Padre y él existe una complacencia recíproca y total, perfectamente satisfactoria por ambas partes, entonces esa relación de Padre a Hijo y de Hijo a Padre es única también, coexistente con Dios, coextensiva con Dios, o bien la complacencia no sería enteramente satisfactoria. Yendo hasta el extremo de esta revelación, hay que inclinarse a decir lo que decimos los cristianos: el Padre es Dios, el Hijo es Dios, la complacencia que les une en un solo Espíritu Santo es también Dios. Estando la diversidad únicamente en las relaciones entre estas tres Personas, la sustancia divina les es común.

Pero eso quiere decir también que, para ser Padre, plenamente Padre, para verter su generosidad paternal y recibir a cambio un afecto filial entero, un amor filial irreprochable, Dios no tiene necesidad de los hombres. En contra de lo que creen los judíos y los musulmanes, con el hecho del dogma de la Trinidad de las Personas en Dios, la transcendencia de Dios está mejor asegurada por ser total, plena y entera en sí misma. Aun para ser Padre, Dios no tiene ni ha tenido ni tendrá nunca necesidad de los hombres. Eso no quita nada a la realidad maravillosa de la paternidad divina de Dios sobre su criatura, pero eso confiere a tal paternidad sobre la criatura el carácter, que le conviene tan perfectamente, de una gratuidad total, de la contingencia, de un don unilateral, de una generosidad graciosa. Ante ciertos excesos sentimentales, no está mal subrayar que la Única Paternidad de Dios sobre su Hijo Único basta para colmarle de una alegría eterna.

A partir de esa teofanía inaugural del Jordán, la revelación de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo se precisará y se ampliará en Jesús. Será nueva, ciertamente, pero permanecerá siempre en la línea recta de las revelaciones anteriores y de la profecía antigua, como la flor que se abre permanece en la línea recta del tallo y de la raíz que la sostienen; ello los expresa claramente.

Era corriente en la Antigüedad que los reyes se pretendieran de origen divino. La Iglesia ha reconocido en la teofanía del Jordán una consagración real. Por eso en su liturgia conmemora ese acontecimiento al mismo tiempo que la Epifanía y que el milagro de las bodas de Caná. Por primera vez, en los comienzos de su infancia, reyes de la tierra habían reconocido a Jesús por su rey; esta vez recibía la consagración desde lo alto, la unción misma del Espíritu Santo. Y luego su primer milagro, cuando cambió el agua en vino, figura de la sangre, al mismo tiempo que revelaba su poder, significaba que su bautismo sería el bautismo en su sangre, que consagraría las bodas liberadoras de la humanidad con su redentor.

Eso es lo que expresa, de manera infinitamente poética, una antífona del breviario dominicano para la fiesta de Epifanía, que indica al mismo tiempo qué estilo podría tomar en el cine una “Vida de Jesús” inspirada directamente en la liturgia: “Hoy la Iglesia está unida a su Esposo del cielo porque Cristo la ha lavado de sus crímenes en el Jordán. Con las manos llenas de regalos, los Magos corren a las bodas reales. Y todos los comensales saborean el agua transformada en vino. ¡Aleluya!”

XIII

EL DUELO CON SATANÁS

23 El Espíritu Santo había venido sobre Jesús bajo forma de una paloma inofensiva que no expresaba allí más que la paz de Dios consigo mismo. Sin embargo, era el mismo Espíritu que antaño impulsaba a los Jueces a la batalla por la defensa y la liberación de su pueblo: "El Espíritu de Yahvé vino sobre él, y se puso en campaña..." "El Espíritu de Yahvé revistió a Gedeón (como de una armadura), y tocó el cuerno..." "El Espíritu de Yahvé cayó sobre él, y se fue a la batalla..." Lo mismo ocurrió aquí con Jesús. Mateo escribe: "Entonces Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu, a ser tentado por el Diablo" (Mt. 4,1). Los Sinópticos nos han dejado el relato de la fase decisiva de ese singular combate.

Nuestros contemporáneos no creen en el Diablo. Las cartománticas y los que hacen horóscopos tienen mucha más clientela que los exorcistas. A decir verdad, no estoy seguro de que ni los cristianos crean en el Diablo y el Infierno, sobre todo si tienen algún título o sufren por no tenerlo. Seguramente, no está de moda creer en el Diablo, ni siquiera en serio. Entonces, aun en muchos sermones, se diría que los pasajes del Evangelio sobre ese tema son considerados como extrapolaciones poéticas, cuyo simbolismo, por lo demás, se explica mal. Debe ser una de esas bromas pesadas que los judíos han gastado a los cristianos, el residuo de una cosmogonía infantil.

Tratando de imaginarme al lector que lea este libro, me pregunto hasta qué punto, llegado a este capítulo, no me tomará por un imbécil o bien no pensará que le tomo por un imbécil, al quererle hacer tragar el Diablo y el Infierno. No quiero hacerle tragar nada, en absoluto, ni por sorpresa, ni por fuerza. Mi objetivo de escritor es doble. Ante todo, explicar al lector lo que es el catolicismo, lo más sencillamente posible y tal como me lo han enseñado y lo entiendo yo. Después, decir al lector por qué creo en él. Con el corolario sobreentendido: así es, tómelo o déjelo, pero sepa por lo menos lo que toma o lo que deja.

Me viene a la memoria la agonía de Paul Valéry. Unas horas antes de morir, recibió la visita del profesor Mondor, que era su amigo y su médico. Valéry, siempre muy consciente y dueño de sí, había tenido la víspera un momento muy malo, y se lo dijo al médico, "Ayer creí que iba a terminar, y tuve miedo...”. Mondor, con un cinismo de matasanos que encuentro de un gusto discutible, a la cabecera de un moribundo, aun agnóstico, aún ateo, le responde: "¿Por qué miedo? Ya sabe muy bien que no hay nada más allá..." Y Valéry: “Tengo miedo de los quince primeros días después...”, como diciendo: "Si me dejaran siquiera quince días para orientarme en ese extraño mundo a donde voy, soy bastante inteligente como para encontrar

allí el camino de la Academia" Y como Mondor tratara de tranquilizarle, si cabe decir tal cosa, Valéry añadió con una sonrisa: "Tengo miedo del Diablo y de su tenedor..."

Esa historia me la contó un gran amigo de Valéry y de Mondor, el día después del entierro de Valéry. Sé que esta historia es verdadera y no creo deformarla contándola; por lo demás, ha debido contarse en otro lugar. No obstante, me parecería despreciable utilizarla como argumento en ningún sentido. No prueba nada, sino que aun para una inteligencia que se ha pasado la vida eliminando el misterio de su campo de visión, la muerte, concretamente presente y personalmente amenazadora, sigue siendo un misterio que no se deja disolver. Los mismos animales tienen angustia de la muerte; un académico no está dispensado de esa angustia. Que el pudor de Valéry lo expresara con esa imagen infantil que subía de las profundidades de su niñez, "el Diablo con su tenedor", me conmueve más que ningún razonamiento filosófico, más que ninguna frase dramática y soberbia de acuerdo con toda su obra.

Claro que no se trata del tenedor. Pero para un espíritu tan lúcido como Valéry, la muerte, su muerte, al alcance de la mano, plantea una cuestión infinitamente más vasta que la del mal físico de que se ocupa el médico. Para Paul Valéry moribundo, la muerte de Paul Valéry hecha ineluctable, es un escándalo del espíritu que compromete su propia responsabilidad. "¿Cómo me las he arreglado para llegar ahí?" A esa pregunta única y personal, la tradición judeocristiana responde: la muerte entró en el mundo por el pecado. Y el pecado entró en el mundo por el Diablo, que convirtió al hombre en su cómplice. Nadie es tan inocente que no merezca la muerte por ser pecador. Esta respuesta supera singularmente un análisis clínico.

La experiencia efectiva de la muerte es lo que nos falta para dar un juicio sobre muchas cosas a las que da proporción y una luz muy diferente de la de nuestras costumbres. La muerte también es poética y hace emerger de la sombra todo un nuevo sistema de relaciones. En su lecho de muerte, Luis XIV, al ver a los cortesanos abandonarle, tuvo estas admirables palabras: "Cuando yo era rey..." Los moribundos, por grandes que sean, ya no interesan a nadie, ya no cuentan. Nadie tendría la idea de fundar un periódico para los moribundos, una academia para los moribundos. Los moribundos no son electores interesantes, y, aun desde el punto de vista de la amistad, son unos informales. ¿Cómo negar que hay una maldición sobre la muerte? Si alguna vez el hombre ha necesitado un abogado y un defensor para justificarse, incluso a sus propios ojos, es en el momento de morir.

Los muertos, los verdaderos muertos, enterrados, ya son otra cosa. Hay una propaganda, un comercio con los muertos. A veces son de importancia decisiva en las cosas de este mundo. Suprimid los muertos, todos los muertos, de la memoria y de la imaginación de los hombres, y la sociedad se volverá loca. Los muertos, ¡qué publicidad!, y a veces, ¡qué negocio! ¡Cómo florecéis, viudas!

No todas las religiones, pero en todo caso la religión cristiana sí se interesa por los moribundos; incluso hace profesión de ser una escuela de saber morir, y enseña a los hombres y a los niños a juzgarlo todo bajo la luz de la muerte. Es una empresa extraordinaria.

* * *

24 Personalmente, creo en el Diablo y el Infierno; creo por el testimonio de la Escritura que habla de ellos claramente: sé que no es idiota creer y no tengo ningún complejo de inferioridad sobre ese punto. Pero escribir un libro sobre Cristo haciendo como si

el Diablo no existiera me parece tan vano y poco honrado como escribir la vida de Napoleón sin tratar nunca de guerras, del bloqueo continental, de Inglaterra y de “todos los reyes sacando las espadas a la vez”.

La existencia y la naturaleza del Diablo están vinculadas a la existencia del mal en el mundo, menos, por lo demás, del mal físico, que se explica suficientemente por la corruptibilidad del ser material, que del mal moral, la corrupción, el extravío y la perversión de la voluntad que, en lugar de querer lo que sabe que está bien, elige deliberadamente su contrario, el mal.

Los antiguos persas estaban tan impresionados, tan escandalizados con la existencia y el poder del mal en el mundo, que habían imaginado que el universo estaba gobernado por dos Dioses, de potencia casi igual, el Dios del bien y el Dios del mal, que se disputaban el imperio del mundo con suerte alternativa. Tal concepción se transmitió al maniqueísmo y sobrevive, no en el plano mítico o metafísico, donde es evidentemente insostenible, sino en el plano real, en el puritanismo. Hay una seguridad intelectual, una comodidad del alma que se convence a sí misma de que está enteramente del lado bueno, de que la causa que defiende es pura, de que el adversario o incluso el competidor es totalmente malo, irrecuperable, que su rendición sin condiciones coincide con el triunfo del Dios absoluto. Tal concepción contamina todos los medios, se encuentra entre los intelectuales, aun racionalistas, aun materialistas, entre hombres políticos, entre eclesiásticos, entre hombres de negocios, entre militares: es una lepra del alma, es espantosa, es la extinción del juicio moral. El poetita Evtuchenko, a quien tanta publicidad se ha hecho, escribía estas palabras tremendas: "Para mí, el mundo entero está compuesto de dos naciones solamente: la de los hombres buenos y la de los hombres malos. Yo soy patriota de la nación internacional de los hombres buenos." ¡Evidentemente! Esta máxima está a la altura de ese poeta: es idiota.

La unidad absoluta de Dios, su cualidad de Creador y de Señor absoluto del universo y de la historia, estaban demasiado en el centro de la religión de Israel para que los judíos reconocieran un principio del mal independiente que disfrutara de una casi-igualdad con Dios. Nadie puede ser el rival de Dios. Pero reconocen, sin embargo, no un principio del mal, sino una jerarquía en el mal, y un jefe de esta jerarquía. Un solo Dios creador, un solo universo dominio suyo, pero en el seno de ese universo, una rebelión de la criatura libre que lleva su sublevación hasta negar el dominio y el imperio de Dios. Y esa rebelión lo aprovecha todo.

El universo es un campo de batalla; cada uno de nosotros es un campo de batalla en que se afrontan el bien y el mal, todo, el espíritu, el corazón, el cuerpo, todo es campo de batalla, todo en mí y todo alrededor de mí; los demás hombres y los bienes de este mundo. Todo puede servir de arma en uno u otro campo, todo puede traicionar. Es una batalla tan entremezclada que resulta volátil; ningún terreno de este mundo está definitivamente conquistado para un bando o para el otro; no importa qué y no importa quién, pueden cambiar de bando en cualquier momento. Los campos sólo quedarán separados y zanjados en el más allá, y del más allá no tenemos experiencia. Por malo que sea un hombre, nadie tiene el derecho de decir que esté perdido para el bien sin remedio.

El gran privilegio de los judíos es la gran claridad de su juicio moral. Sabían muy bien lo que estaba mal. Estaba mal todo lo que se oponía a la voluntad de Dios; el mal era una rebelión de la criatura contra su Señor, rebelión que no podía comprometer las bases del imperio de Dios sobre el universo ni su triunfo final, pero rebelión de todos modos, y que hacía a Dios una lucha universal, áspera, inteligente, obstinada, a veces con las apariencias de autoridad legítima y de victoria. En esa rebelión, los hombres servían más bien de peonaje y

de infantería; los grandes señores estaban en otra parte, eran criaturas espirituales, negras, soberbias, perdidas. El jefe de ese orgulloso ejército tenía varios nombres: Satanás, Belcebú, Belial, a veces Lucifer, el portador de luz.

La manifestación más espectacular y más perniciosa de ese dominio de Satanás sobre el mundo, los judíos la vieron en la idolatría. ¿Cómo expresar su rebelión contra un soberano legítimo mejor que tomando otro soberano? Para colmo, qué ofensa tan injuriosa adorar, en lugar del verdadero Dios, no ya siquiera un ser espiritual y elevado, sino un reptil, o peor aún, una imagen de madera, o un poste clavado en tierra. Estamos tan profundamente vacíos de necesidad religiosa que nos cuesta imaginarnos el culto apasionado que, durante milenios, la humanidad ha rendido a los ídolos, hasta inmolar a sus hijos e hijas en hecatombes a los Molocs, a los Baalim, a las Astartés. Esa degradante idolatría fue de tal peso social que ni aun los mayores espíritus de Grecia se atrevieron nunca a romper públicamente con ella. Antes de morir, Sócrates finge deber un gallo a Esculapio. Ni Platón, ni Aristóteles, que sin duda vieron lo ridículo de las divinidades nacionales, se atrevieron nunca a denunciar su impostura, y aun quizá peor, quizá no sintieron nunca la necesidad de ello, considerando tal vez que, para el vulgo, más valía una falsa religión que nada de religión en absoluto. San Pablo pensaba que fueron "inexcusables". En la idolatría, el hombre se rebaja al nivel de lo que adora. En ese sentido, se tiene la sensación de que, detrás de toda idolatría, actúa y maniobra un espíritu superior y maligno que ha consagrado a Dios un odio pensativo, que ha consagrado al hombre el más duro desprecio, y que se alegra de todo lo que puede deshonrar a Dios en el hombre. Un rey está deshonrado cuando deja deshonrar sus estandartes. Ahora bien, la más alta dignidad del hombre es haber sido creado a imagen de Dios, ser el espejo y el estandarte de Dios en la naturaleza material. En algún sitio hay un espectador que se ríe y aplaude cada vez que la imagen de Dios es deshonrada y se inclina libremente y se prosterna ante una imagen de piedra o de madera, o ante un poste clavado en tierra, dando a ese objeto el homenaje que sólo se debe a Dios.

Si se cree en Dios, la idolatría es demasiado absurda, demasiado irracional, para que no se tenga la idea de que, en tal empresa, el hombre es un juguete en manos más expertas. Es la marioneta grotesca de una payasada sacrílega, cuyo director de escena está detrás del telón. Pero ese director de escena existe: sin él, no habría espectáculo. Tras la idolatría que llenaba el mundo de entonces, es ese director de escena, ese animador de las marionetas humanas, el que los profetas de Israel denunciaron y desenmascararon con peligro propio.

Nos creemos demasiado evolucionados, demasiado racionales, demasiado ilustrados, demasiado instruidos y conscientes de la jerarquía de los valores, demasiado astutos, para ser idólatras. Afirmamos no adorar a nadie ni a nada. Por el contrario, pienso que la puesta en escena ha cambiado de decoración, pero que continúa la payasada sacrílega. La empresa de deshonrar a la humanidad, y en especial la imagen de Dios en el hombre, nunca se ha impulsado con tanta insolencia. No somos nosotros quienes tenemos derecho a reprochar a la Antigüedad las hecatombes inútiles y monstruosas: ¿A qué Moloc, a qué Astarté, a qué Baal hemos inmolado todas esas juventudes desde comienzos del siglo? ¿Quizá a nada? En ese caso somos aún más estúpidos, y sin duda aún mejor manejados que los que doblaban la rodilla ante un Baal de madera, que al menos tenía el mérito de existir.

Un proceso como el de Eichmann deja un extraño malestar. Ese funcionario exacto y meticuloso, buen padre de familia, que se descubrió al enviar un ramo de flores a su mujer en el aniversario de su boda, ese coronel disciplinado, nada "soldado perdido", que fue ejecutor de la matanza de millones de seres humanos, hombres, mujeres, niños, y aún más, de su perdición y de su degradación, da la impresión de no ser más que un prestador de nombre, el

intermediario casi irresponsable de una malicia sobrenatural que superaba infinitamente su mediocre capacidad, y, que superaba también a los furores de sus jefes, los Himmler, los Goering, los Hitler. Eichmann no era más que el sacristán del Infierno.

Pero el gran sacerdote de ese culto atroz que se ha celebrado tantos años en los campos de concentración nazis, el que olía con deleite el humo de los holocaustos científicos como un incienso de grato olor, ese gran sacerdote, nunca ha comparecido ante un tribunal humano. Los desgraciados judíos que fueron sus víctimas elegidas podían leer su nombre en sus libros santos: toda la historia de su pueblo es la historia de una guerra con Satanás.

No digo que Eichmann sea una prueba irrefutable de la existencia del Diablo, pero sé muy bien que su mediocre personalidad está en infinita desproporción con la fastuosa puesta en escena de atrocidades de que él fue instrumento, si no lúcido, al menos dócil. Y si se reconoce esa desproporción, querría que se me explicara. Hay ahí un vacío extraño que me hace pensar en un proverbio griego: a veces el Diablo se rompe la pezuña y se puede ver que renquea siguiendo sus huellas en la nieve.

* * *

El Padre Lagrange escribe: "La psicología de Satanás es corta". Es limitada, pero no corta. Hay todo un universo que se le escapa, el de la gracia, y creo que es el del honor. A veces se le da con la puerta en las narices: no puede violar el secreto de los corazones. Pero, en miles de millones de hombres, ¿cuántos tienen su secreto? Desde luego que muchos ocultan cosas, pero hay muy pocas de esas cosas que ocultar con avaricia que no se puedan adivinar fácilmente, a poco que se preste atención, y el Diablo es un observador atento: tiene odio, pero no pasiones. Conoce a fondo lo que hoy se llama la psicología de las masas, los cálculos de probabilidad, las ciencias sociales, el arte de las "public relations" y el de la publicidad. Conoce todos los resortes del hombre medio. Ocurre sólo que el hombre medio no parece que le interese, al menos tomado aisladamente. Como para los grandes capitanes, para el Diablo el hombre medio es sólo una unidad en el rebaño. En cambio, le gusta medirse con situaciones y seres de excepción.

Satanás siempre se ha interesado mucho por Israel. Durante milenios, fue el único pueblo en el mundo en que la idolatría nunca pudo triunfar del todo. Israel era la cabeza de puente que el Diablo no pudo conquistar nunca del todo, la playa mística en que debía desembarcar un día el Héroe de Dios, y desde donde empezaría la liberación de la tierra. En esa playa, Satanás lo sabía, era donde amanecería una mañana para él "el día más largo del año". Se comprende que la vigilara. Lucas dice que el pueblo entero estaba esperando. Satanás también esperaba. Flotaba en el aire el perfume del gran suceso inminente, los efluvios del desembarco liberador.

La teofanía del Jordán era como la señal, el primer cohete en el cielo que marca la hora H y que lo desencadena todo. Cierto que Jesús era un hombre excepcional; todavía hacía falta intentar examinar más de cerca la cualidad de ese recién llegado, ante quien se había inclinado Juan y sobre el cual se había desgarrado el cielo. La larga historia de Israel había visto otras muchas teofanías otros muchos "hijos de Dios": toda elección divina para la profecía o la realeza confería el titulo de "hijo de Dios", que no tenía, pues, nada de único en el lenguaje de Israel. Esta vez, sin embargo, Dios había hablado del "Hijo amado" en quien se había complacido enteramente. Convenía rondar a ese personaje, y, a ser posible, hacerle caer en una trampa en que quedaría preso y vencido. Debía ocurrir algunas veces, entonces como hoy, que un elegido de Dios traicionara a su vocación y cayera bajo el imperio del Diablo.

Salomón, el rey sabio por excelencia, que había edificado el Templo, que había visto con sus ojos la gloria de Yahvé invadir el santuario, al fin de su vida había cedido a la idolatría.

Jesús, pues, se había refugiado en el desierto, sin duda en una gruta cerca de una fuente, y no tenía más compañía que la de los animales salvajes. Durante cuarenta días y cuarenta noches, se abstuvo de todo alimento. A esa privación voluntaria, hay que añadir los rigores de una estancia caliente de día y gélida de noche.

Hay que decir que tal hazaña física no nos impresiona hoy más que medianamente: hemos visto huellas del hambre más sensacionales. Por lo demás, está probado que un hombre que se abstiene de comer voluntariamente y para hacer la prueba de que pone su causa por encima de su vida, soporta infinitamente mejor el hambre que quien la sufre sólo por necesidad o por fuerza. El largo ayuno de Cristo debía tener otro objetivo que una hazaña o que una huella del hambre; ese hombre extraordinario no es en absoluto un hombre de *records.* Pienso que Cristo rezaba y que estaba tan absorbido en su oración que ni siquiera se dio cuenta quizá de su ayuno.

Pero al cabo de cuarenta días, tuvo hambre, sintió la necesidad elemental, brutal, de comer y llenarse el vientre. El que una voz del cielo había designado como "el Hijo bien amado" era también un hombre como nosotros, dotado de una naturaleza humana completa, a la vez animal y racional, pues el hambre es un apetito animal que tenemos en común con todos los animales. Ella es la que hace salir al lobo del bosque. Ella es la que hace lobo al lobo; el hombre digno de tal nombre domina su hambre, pero también puede volverse lobo.

Así pues, Jesús tuvo hambre, y ese es el momento que eligió el Diablo para dar el combate decisivo. Es principio constante en los asuntos de este mundo esperar a que el adversario esté apremiado por el hambre, por la pobreza, por la necesidad, para obligarle a ponerse de rodillas y aceptar una ley que quizá es injusta. Es un sistema abominable. Muchas perdiciones de hombre y mujeres tienen su origen en ese *chantage*: "Si no quieres morir de hambre, haz lo que te mando hacer". Ahí el hombre es lobo para el hombre.

Es un sistema tan degradante que está hasta por debajo del Diablo.

El Diablo no se rebajó hasta tal *chantage.* Al ver que Cristo tenía un hambre de lobo, no le llevó alimento proponiéndole el trato: "Si quieres comer, obedéceme."

Así, la tentación de Jesús en el desierto es tan notable por lo que no es como por lo que es. El Diablo no ofrece a Cristo alimento, ni bebida, ni dinero, ni mujeres. Estamos, pues, muy lejos de las "Tentaciones de San Antonio" imaginadas por los literatos, y tan vulgares, en definitiva; tales tentaciones proceden más de la debilidad animal del hombre que de la malicia del Diablo. Pueden llevar a mucha gente al infierno, pero imagino que el Diablo mira con cierto disgusto entrar en su casa ese rebaño innumerable. El Diablo es un puritano, es un refinado. Estoy seguro de que el Anticristo se le parecerá en ese punto: la corte de tal Príncipe será "virtuosa" en el sentido vulgar y corriente de la palabra; allí las mujeres harán punto para sus "obras de caridad", y los hombres beberán leche y no tendrán amantes. Las verdaderas complicidades con el Diablo en persona no están en el plano de los pecados ordinarios.

* * *

25 "Tú eres mi Hijo amado." Esas palabras caídas del cielo, en el momento de la teofanía del Jordán, fueron oídas también por el Diablo. Tomará esas palabras

de Dios como premisa de su razonamiento. Las dos primeras tentaciones empiezan con esas palabras: "Si eres el hijo de Dios..." "Puesto que eres el hijo de Dios..." La seguridad solemne que ha recibido Cristo se convierte en el punto de apoyo de la tentación: el Diablo sabe que podemos desviar hacia el mal el don mismo de Dios.

"Si eres Hijo de Dios, di a esas piedras que se hagan pan." La primera parte de la frase es irrefutable: el papel de un hijo de Dios es dar órdenes a la naturaleza. Dios ha creado al hombre a su imagen como hijo suyo para que domine a la naturaleza. La tentación diabólica, pues, no reside ahí. Se ilumina singularmente por la respuesta dada por Cristo: "Está escrito: No sólo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Estas palabras pueden considerarse como la carta de una economía política cristiana.

Sería demasiado sumario pensar que Cristo nos manda elegir entre el pan y la palabra de Dios. Como es imposible al hombre elegir contra su pan cotidiano, sería una bonita excusa para abandonar la palabra divina. Cristo sabe muy bien que, para vivir, el hombre tiene necesidad de pan, y que, si no tiene pan, muere. Sabe muy bien que, en un hombre hambriento, lo que muere ante todo es el espíritu, es decir, lo que puede recibir la palabra de Dios. El hambre no es buena cosa ni para la dignidad del hombre ni para el Reino de Dios; sin pan cotidiano no es posible nada, ni aun el cristianismo, y por eso pedimos nuestro pan cotidiano en el *Padrenuestro.* La economía política es necesaria.

Pero no basta. El cuerpo tiene necesidad de pan, el alma tiene necesidad de otro alimento. ¿Cuál? Cristo lo dirá más tarde: "Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre". Por el momento dice lo que viene a ser igual: "Todo lo que sale de la boca de Dios".

¿Qué sale de la boca de Dios? Un grito, una llamada, un nombre, una palabra, de que se vive. Toda la historia de Israel resuena con esas llamadas: "Yahvé llegó y llamó como las otras veces: ¡Samuel, Samuel! Y Samuel respondió: Habla, Yahvé, que tu servidor escucha". Feliz aquel que, después de oír tal llamada, se levanta y dice: "Aquí estoy, Señor, para hacer vuestra voluntad." Hay una palabra magnífica para designar la llamada de Dios; es, por excelencia, "la vocación".

El hombre tiene hambre de pan, es algo físico, natural, es normal, es legítimo, y los que se consagran a saciar esa hambre hacen bien. Pero el hambre más profunda del hombre es de una vocación. Saberse llamado por su nombre, tener la valentía de responder a esa llamada, atarse toda una vida y hasta el último aliento a la tarea para la que se ha sido llamado, esa es una vida digna del hombre, porque responde plenamente a la llamada de Dios, y es como un eco prolongado de esa llamada. Tal es el sentido de esta primera tentación: se refiere esencialmente a la vocación de Cristo, para hacerla olvidar, para apartarle de ella.

Cristo responde sencillamente que no ha venido para cambiar las piedras en pan, sino para hacer la voluntad de su Padre, para responder a su vocación. La fuerza inicial de Cristo frente a Satanás es definir perfectamente su vocación y atenerse a ella.

Igual pasa con todo hombre. Cierto que hay que comer, pero desgraciado del hombre que no sabe por qué está en esta tierra, y nunca se ha oído llamar a una tarea mayor que él, el que no tiene vocación: ese está en la soledad. Más desgraciados aún los que, habiéndose oído llamar por su nombre, no escuchan, no responden, olvidan y se duermen. Desgraciado el que prefiere los alimentos terrestres inmediatos a ese grito suspendido en el cielo y salido de la boca de Dios.

Es grave injusticia contra los hombres de buena voluntad dejar creer que no hay vocación más que en el orden eclesiástico y religioso. Hay en el mundo una jerarquía de vocaciones. La dignidad suprema de cada una de ellas es ser una llamada de Dios. Todo hombre es llamado a la unión con Dios. Dicho eso, la vocación a lo sagrado, al servicio inmediato de Dios, es la más alta. Pero hay vocaciones temporales más humildes que también proceden de la Providencia divina y que no exigen menor heroísmo. He visto a escritores morir sobre la página medio escrita, compositores morir sobre el pentagrama inacabado, médicos morir a la cabecera de sus enfermos, para no hablar de los soldados que son verdaderos soldados por vocación. No es la disciplina la que hace al soldado, esa es una concepción grosera, y además reciente, sino la obediencia a una vocación. Sólo fuera de ella se es un soldado perdido.

No hay mayores desgarros para un hombre que los procedentes de su vocación. La vocación de un hombre es el mismo instrumento de su crucifixión. *Verbum Crucis.* Para mí, es un signo de la verdad universal del cristianismo, el hecho de que toda vocación auténtica, aun la de un incrédulo, aun la de quien no quiere plantearse el problema religioso, acaba en conflicto y en crucifixión, en descuartizamiento.

Igual pasa con las naciones. Quizá no todas, pero algunas tienen muy evidentemente una vocación. En realidad, sólo merecen plenamente el nombre de patrias si alcanzan una vocación universal. Eso le pasa a Israel: es evidente en toda su historia. La vocación de un pueblo es lo que se puede llamar su alma. Juana de Arco encarnó el alma de Francia, su vocación. Un hombre de Estado como Abraham Lincoln da la sensación de lo que es el alma y la vocación de la nación americana. Y nadie me hará creer nunca que si la santa Rusia se ha hecho comunista ha sido por convicción de la justeza "científica" de la economía marxista; estoy seguro de que ha sido por una conversión de toda ella al ideal místico y casi religioso de las Revoluciones. Pues las vocaciones también pueden extraviarse; ese extravío, ese delirio místico son mil veces más bellos y sin duda mil veces más fecundos que la calma avara de las naciones prudentes.

La legitimidad del jefe de una nación sólo puede estar en haber reconocido la vocación de la nación y llevarla hacia su cumplimiento. Entonces, es vergonzoso que hombres de Estado hablen de su pueblo como un granjero habla de su ganado más bajo: "Con tal que crezca, con tal que engorde, con tal que le aproveche, con tal que aumente de peso”. Aún es más triste oír a toda la nación aclamar ese lenguaje como el único que le convenga; tal nación está reducida por sus dueños a la condición animal, y que se glorifique de ello: "Con tal que crezca, con tal que aproveche, con tal que engorde, con tal que aumente de peso”. Tal nación reniega de su vocación y su honor; ya no es una patria y merece reventar.

A eso el hombre de Estado puede responder que él no se ocupa más que de la digestión de la nación, dejando a otros el cuidado de su alma. En ese caso, honremos a ese hombre de Estado como al mejor de los boyeros, pero no merece otro homenaje ni otra fidelidad. Es un modo de ver profundo, en el *Apocalipsis,* como ha subrayado Simone Weil, comparar a los imperios con horribles monstruos que suben del mar. Verdad es que es preciso que las naciones coman, y la economía política es una carrera honrosa y necesaria, como el oficio de nodriza, pero la preocupación exclusiva por la economía y la prosperidad material es uno de los medios más seguros para que un pueblo pierda su honor, abdique su vocación y pierda su alma.

La primera tentación del Diablo sufrida por Cristo es de actualidad candente en permanencia

* * *

26 Entonces el Diablo tomó a Cristo y le transportó al pináculo del Templo, el punto más elevado de las fortificaciones de Jerusalén, que dominaba el lecho del Cedrón, a pico y desde unos ciento ochenta metros. El diablo también hace milagros. Aparecer bajo forma corporal, transportar una carga por los aires hasta la cima de una torre, es para él juego fácil. Sin embargo, este episodio queda como uno de los más extraños de la aventura terrestre de Jesús.

En otro tiempo, su madre le fajó y le acunó, como el niñito que era; después, unos hombres pondrán la mano en él y el verdugo extenderá sus miembros en la cruz; esta vez es Satanás quien le agarra en un rapto sacrílego, le levanta y se lleva por los aires, teniéndole aferrado en un terrible abrazo. Esta posesión física del Santo, Satanás debió llevarla tan lejos como le estuvo permitido, hasta las potencias inferiores del alma. Pienso que los santos que fueron más acosados por el demonio, como el Cura de Ars, quien, por la noche, a veces sentía una mano acariciarle suavemente la cara, debieron recibir gran fuerza de la consideración de ese suceso de la vida de Cristo. Si él se dejó sujetar así tan de cerca, ¿por qué no ellos?

La segunda tentación comienza como la primera: "Si eres Hijo de Dios..." El Diablo añade: "Tírate abajo desde aquí al precipicio. ¿Cómo te pasaría nada malo? ¿No está escrito que Dios dará órdenes a sus ángeles para que te lleven en sus manos, no sea que tu pie tropiece en una piedra?"

Aquí arriesgo una hipótesis exegética. Los ángeles, en la cosmología judía, tienen una importancia muy grande, y lo mismo entre otros pueblos, y Aristóteles pensaba que las esferas del universo estaban gobernadas por "sustancias separadas" de toda materia. Son teorías "científicas" que hoy nos hacen sonreír. Sin embargo, no está dicho que algún día no vuelvan a ponerse de moda, lo cual no querrá decir que sean más "verdaderas" o más "falsas" por ello. Se puede imaginar muy bien que un gran sabio, impresionado al ver cómo la ciencia se orienta cada vez más hacia el indeterminismo, edifique una teoría que incorpore seres de naturaleza espiritual y libre a la maquinaria del universo. Esa teoría no seria absurda, por la excelente razón de que, en el estado presente de la ciencia, ninguna teoría es absurda.

Valéry escribe a propósito de Pascal: "El progreso de los conocimientos (no dice la verdad) en ese orden, las grandes novedades que se han producido, el número de hechos, la extrañeza y debilidad de las teorías, Y, singularmente la dependencia cada vez más sensible de los fenómenos respecto a los medios de observación, comprometen a los modernos a *suspender todo juicio sobre la naturaleza de las cosas"* Extraña ciencia, cuyo estado más avanzado consiste en dejar en suspenso el juicio sobre la naturaleza de las cosas, es decir, sobre la verdad. La relatividad ha ganado la partida científica; entonces, se puede hablar de eficacia, pero ¿cómo se podría hablar de verdad absoluta y definitiva en las ciencias? Entonces ¿con qué derecho levantamos las cejas y sonreímos con aire superior ante las teorías científicas de los antiguos? Son tan buenas como las nuestras, ni más ni menos.

Simone Weil, "crecida en el serrallo", se ha planteado lúcidamente la cuestión de la verdad y de la ciencia moderna, y habla muy bien de ella al final de su libro *El arrai*go. "Se dirá —dice ella— que la fecundidad de una teoría es un criterio objetivo. Pero ese criterio sólo vale entre las que se han admitido... Si la gente no se hubiera apasionado por la teoría de los quanta cuando la lanzó Planck por primera vez, y eso aunque fuera absurda, o quizá porque lo era, pues se sentía fatiga de la razón, entonces nunca se habría sabido que era fecunda... Así hay un proceso darwiniano en la ciencia. Las teorías crecen como al azar, y hay

una supervivencia de las más aptas. Tal ciencia puede ser una forma del impulso vital, pero no una forma de búsqueda de la verdad."

Seria conocer poco a Simone Weil creer que se va a detener en tan buen camino. "El mismo gran público no puede ignorar, y no ignora, que la ciencia, como todo producto de una opinión colectiva, está sometida a la moda. Los sabios hablan a ese público bastante a menudo de teorías pasadas de moda. Sería un escándalo que estuviéramos tan embrutecidos como para no sentir ningún escándalo. ¿Cómo se puede tener un respeto religioso a una cosa sometida a la moda?" Nos aproximamos al corazón del tema, pues se trata de religión y de su relación con la ciencia. Si se piensa que Simone Weil, después de Valéry, no es suficiente autoridad en la materia, puedo citar a Einstein, que escribía al final de su vida: "Me es difícil comprender cómo, especialmente en las épocas de transición o incertidumbre, la moda desempeña en la ciencia un papel apenas inferior al que desempeña en el vestido de las mujeres. El hombre, verdaderamente, es un animal muy sensible a la sugestión en todas las cosas".

En esas condiciones, se ve qué ridículo es conceder a la ciencia un prestigio de verdad, que, por lo demás, ha cesado de reivindicar, y qué ridículo es hablar de conflicto posible entre la ciencia y la religión en el plano de la verdad. Si hay conflicto entre ellas, no es ahí donde se sitúa. En la hipótesis exegética que enunciaba un poco antes, la segunda tentación de Cristo situaría ese conflicto. El Diablo pide a Cristo, ya que es Hijo de Dios, que haga sus pruebas desde el punto de vista científico y se incline ante el prestigio de la ciencia de su tiempo. Sin olvidar que, como la moda, la ciencia es siempre de su tiempo.

Si, en el contexto histórico de la época, la angeología tenía el alcance de una teoría científica explicativa del universo, la apelación a los ángeles sugerida por el Diablo quizá tenga la misma significación que si el Diablo dijera hoy: "Puesto que eres el hijo de Dios, conoces muy bien evidentemente la teoría de los quanta, las últimas hipótesis sobre la evolución de la naturaleza, del cosmos, de la humanidad, los procedimientos de fisión del átomo, todo el arsenal científico más moderno, eres completamente de tu tiempo, y no dudo que seas capaz de ir, antes que nadie, a los planetas más lejanos. Pues bien, ¡ve!". En efecto, ¿cuál fue la proposición del Diablo a Jesús? Tirarse al fondo desde el Hieron, y, gracias a los ángeles, llegar sano y salvo. Sin recurrir a los ángeles, sino con un paracaídas, cualquier deportista lo haría hoy sin darle importancia. Pero no se trata tanto de los ángeles y del paracaídas cuanto de vencer la gravedad, lo que es el gran triunfo de la ciencia moderna. Los viajes interplanetarios, ya posibles, son una victoria total sobre la gravitación.

¿Cuál es el objetivo de la ciencia moderna? Menos la búsqueda de la verdad que el imperio sobre la Naturaleza, *Imperium Naturae.* Ese imperio, parece que ya está al alcance de nuestra mano. La tentación, ahí también, no está en el objeto que se ofrece: así como no hay mal en desear el pan cotidiano, tampoco hay mal para el hombre en querer dominar la naturaleza. En su calidad de imagen de Dios, este imperio le es debido. Pero hay un gran desorden y mucho mal en no querer de la ciencia más que el poder que confiere, en no reconocer que la soberanía sobre la naturaleza se le debe al hombre sólo porque él es a imagen de Dios, en no reconocer que la misma naturaleza lleva el vestigio de Dios. En una doble obediencia, del hombre a Dios y de la naturaleza a Dios, en el maridaje de estas dos obediencias, es como la ciencia puede hallar su legitimidad, su dignidad última, porque entonces se pondrá en la verdad una verdad práctica de conformidad al designio de Dios cuando creó el universo, y al hombre en el seno de este universo para que lo dominara.

Y Simone Weil concluye soberbiamente, a su manera: "¿Cómo tendría por objeto el pensamiento humano otra cosa que el pensamiento?... El sabio tiene por finalidad la unión de

su espíritu con la sabiduría misteriosa eternamente inscrita en el universo. Entonces, ¿cómo habría oposición o incluso separación entre el espíritu de la ciencia y el de la religión? La investigación científica no es más que una forma de la contemplación religiosa". La fórmula, sin duda, está endurecida y es inhábil. Pero Simone Weil recuerda con razón que, en Grecia antigua, toda adquisición de conocimiento tenía el carácter de un don místico y sagrado.

Sabemos todos que la humanidad vive al borde de la catástrofe nuclear, y que una acción descuidada podría precipitarla en ella. Esa eventualidad es tan enorme que preferimos no pensar en ella para vivir, pero sabemos muy bien que es lo más real que hay. Supongamos, pues, que un día entre los días, todas las bombas A y todas las bombas H sean utilizadas en una conflagración universal. Importaría muy poco saber quién, qué nación, qué jefe de Estado ha acabado por tomar esa terrible responsabilidad. Tal desencadenamiento científico equivaldría al casi-suicidio de la humanidad. Quizá sólo sobrevivirían unos cuantos salvados, "un resto", según la expresión de los profetas que volvería a tomar una siniestra actualidad, no sólo para un pueblo, sino para el género humano entero.

Suponiendo que sobrevivieran algunos sabios atómicos, imagino muy bien que se les considerara solidariamente como responsables de la espantosa desgracia sobrevenida a los hombres, que se les persiguiera, ahorcara o quemara vivos, como se quemaba a los brujos en la Edad Media. Imagino muy bien que todo lo que subsistiera de equipo técnico sería destruido como maléfico; que todo lo que fuera investigación científica sería castigado con la muerte. Aterrorizada por ese inmenso cataclismo, la humanidad se apartaría de la ciencia con horror, y expulsaría de su seno como maldito al miserable que osara entrar otra vez por ese camino.

Esos hombres nuevos, esos salvados, harían mal, me dirán ustedes, y me lo probarán con una distinción irrefutable entre la propia ciencia y el uso que se haga de ella. Admitiendo, pues, que la humanidad haga un uso detestable de la ciencia hasta provocar la catástrofe nuclear, eso no prueba nada contra la ciencia.

Pues bien, sí, sí prueba, y prueba precisamente lo que aquí tratamos. La ciencia ha llegado a ser un mastodonte peligroso, imbécil, es decir, sin juicio verdadero, irresponsable, pero desdichadamente omnipotente, capaz de aplastar bajo sus pies al hombre y a todos los hombres bajo sus pies, es el monstruo de la "Minotauromaquia", de Picasso. Es urgente domesticar a ese mastodonte, hay que reducirle absolutamente y muy deprisa, sino a la impotencia, al menos a la obediencia. En vez de eso, somos nosotros quienes obedecemos y nos inclinamos ante él, más aún, abdicamos de todo juicio ante él, nos prosternamos ante él, se lo sometemos todo, nuestra seguridad material y nuestra dignidad espiritual, le idolatramos, en realidad, y esto es abominable. La ciencia es nuestro Moloc, nuestro Baal, nuestra Astarté; le damos todo lo que exige, incluida nuestra alma. Ya no esperamos de Dios la salvación, sino de ella; nos sentimos impotentes y humildes ante ella solamente, abdicamos de todo a sus pies, no hay nada tan precioso que no se lo demos en holocausto.

Simone Weil escribe, en un tono que recuerda a los profetas de su raza: "Sufrimos realmente de la enfermedad de idolatría: es tan profunda que quita a los cristianos la capacidad de testimonio de la verdad. Ningún diálogo de sordos se acerca en fuerza cómica al debate entre el espíritu moderno y la Iglesia. Los incrédulos eligen pruebas manifiestas de la fe para hacer de ellas argumentos contra la fe cristiana, en nombre del espíritu científico. Los cristianos no se dan cuenta jamás de ello, y se esfuerzan débilmente, con mala conciencia, y con lamentable falta de probidad intelectual, por negar esas verdades. Su ceguera es el castigo del crimen de idolatría".

Se me dirá que es demasiado severa. ¡No! El cientificismo más grosero, más pasado y más retardatario, todavía hace estragos en la enseñanza más corriente de nuestra religión. En la granja vecina al lugar donde acabo este libro, hay una niña que va al catecismo. Cuando su madre le dijo que yo estaba escribiendo un capítulo sobre el Diablo, exclamó: "¿El Diablo? ¡Pero si ayer el señor cura nos dijo que no existe!..." Esta niña es sincera, y de una edad en que no se miente sobre tal tema. Estoy seguro de que ese buen vicario está intoxicado por teorías pseudo-científicas; bueno o no, ese sacerdote sacrifica con ligereza la autoridad del Evangelio a la autoridad de... En realidad, ¿a qué autoridad? Es probable que ni él mismo sepa nada. ¿Cómo podría probar la ciencia si el Diablo existe o no existe, cuando se abstiene de todo juicio sobre la naturaleza misma de las cosas que estudia?

¡No importa! Cuando los sabios han abandonado el determinismo y consideran cada vez más la investigación científica como un virtuosismo artístico que como la búsqueda de una verdad inmutable, nada impedirá a los piadosos bobos extasiarse siempre ante los sincretismos científico-religiosos que surgen acá y allá tras el lanzamiento de toda nueva teoría, como los caracoles después de la lluvia, cuando ya es evidente que no puede haber conflicto entre la religión y la ciencia, porque la religión sólo se ocupa de Dios, que es el bien y la verdad inmutables, de su revelación y de la salvación espiritual que aporta al hombre, y la ciencia, como Pilatos, se burla de la verdad y se burla aún más de salvar nada.

O más bien, sí, hay un conflicto inevitable cuando la ciencia reivindica un respeto indiscutible y propiamente idólatra. Ya sería hora de decirle que extrapola, que exagera, que exaspera, que está a nuestro servicio y no nosotros al de ella, y que, aunque sea tan grande como Goliat, no le reconocemos ningún derecho a hacerse adorar.

Ya sería hora de que los teólogos se repusieran de la condena de Galileo. De acuerdo que hicieron mal. Ahí se metieron en algo que no les correspondía. Pero que salgan de una vez para todas de esa historia de Galileo que tan desgraciado complejo les da ante la ciencia, y que nos vuelvan a hablar de la gran doctrina de la subalternación de las ciencias y de los grados jerarquizados del saber, que permite plegar toda sabiduría y todo conocimiento a la obediencia de Cristo.

Ahí, en esa gran doctrina, heredada de los griegos y de santo Tomás, está la salvación de la inteligencia y la esperanza de domesticar por fin al mastodonte que nos tiene esclavizados.

Reflexionando sobre ello, sería muy extraño que ese pecado de idolatría, que ha tenido subyugados a los pueblos durante milenios, hubiera desaparecido de repente y por encanto del mundo llamado civilizado. Creo que este se ha forjado otros ídolos, pues es evidente que nosotros somos igual de débiles, igual de crédulos, iguales de dispuestos que nuestros antepasados a alistarnos en cultos que nos imponen y a doblar la rodilla ante los Baalim. En cuanto a los holocaustos de jóvenes hechos a los Molocs, pienso que nuestra generación debería tener el pudor de no insistir en ese signo evidente de barbarie.

Cuando se lee a los profetas, y se mide su violencia de lenguaje, la brutalidad de su contradicción a las debilidades de sus contemporáneos, uno piensa que la idolatría es un pecado delicioso, de dulzura y de intimidad tranquilizadora. ¿Qué trueno hace falta para despertar a los hombres de tal pecado?

Cierto que nosotros estamos conmovidos por las dimensiones materiales de las realizaciones científicas: los viajes astronáuticos, la bomba atómica, la bomba de hidrógeno

abruman nuestra imaginación. Generalmente, somos incapaces de comprender cómo es posible todo eso, pero creemos a ojos cerrados y por el testimonio de tales realizaciones sublimes, todo lo que nos dicen los sabios en su lenguaje mágico y autoritario, y aun lo que nos dicen sobre eso las revistas apenas mejor informadas que nosotros. Las realizaciones están ahí, ante nuestros ojos, y eso es lo único que cuenta para nosotros.

Pero también cuenta la comodidad blanda, y en algunos aspectos maravillosa, de que nos rodea la ciencia. Nos imaginamos con terror qué sería de nosotros sin nuestros autos, nuestra electricidad, nuestros aviones, nuestras neveras, nuestras aspiradoras, nuestras radios, nuestras televisiones, nuestras máquinas, nuestros sintéticos, nuestros somníferos, nuestros tranquilizantes. ¿Qué necesidad tenemos todavía de un Padre que esté en el Cielo cuando nuestros satélites artificiales conquistan el espacio?

¿Qué necesidad tenemos de Providencia, cuando la comodidad moderna nos cobija maternalmente? Estamos en el interior de este universo científico como un niño aún en el seno de su madre, que se imaginara que el universo se limita de una vez para todas a los cálidos flancos maternales y que, sobre todo, no quisiera salir nunca de allí. Es un universo oscuro, de infinita dulzura y comodidad. Lo que el Diablo prometía a Cristo, creemos haberlo obtenido: tan dulcemente somos llevados, en manos tan seguras, para que nuestro pie no tropiece en una piedra.

* * *

27 La tercera fase del duelo con Satanás es la más instructiva y la más inquietante. Se trata de una fantasmagoría que debió ser de una suntuosidad como para cortar el aliento. "El Diablo le lleva a una montaña altísima, y, enseñándole todos los reinos del mundo y su gloria, le dice: —Todo esto te daré todo este poder y la gloria de estos reinos, porque me ha sido dada, y yo se la doy a quien quiero; entonces, si te arrodillas delante de mí, será tuyo todo".

El director de escena ha salido de entre bastidores, se hace reconocer como quien lleva el juego, reivindica su condición de autor, y está dispuesto a tomar a Cristo como protagonista y héroe del drama que se desarrolla en todas las escenas del mundo, con una sola condición, esta vez muy clara: ser adorado y reconocido como Dios. Es una inversión prodigiosa de los papeles y las situaciones, el Diablo no se siente cohibido, está seguro de sí, muy seguro, y desea ser adorado. El sentido idolátrico de esta tentación ya no es una hipótesis exegética: resplandece en el texto mismo. El Evangelio nos dice que el dominio político es el terreno más propicio para la idolatría.

Después de la personalidad de los actores, lo más singular que hay en todo este diálogo, es la tranquila afirmación del Diablo de que todo el poder de todos los reinos de la tierra y toda su gloria le pertenecen por derecho; le han sido dados y él dispone de ellos a favor de quien quiere. Se afirma como la fuente de toda legitimidad política, y a tal título, reivindica la divinidad y los honores debidos a la divinidad. De creerle, todo el orden político le pertenecería, toda organización política sería mala porque, en contradicción con la soberanía de Dios, el Estado sería el Infierno, sirviendo al Estado se serviría al Diablo y toda obediencia a la autoridad política sería idolátrica. Evidentemente, el Diablo es un mentiroso...

La tentación del Diablo se presenta bajo forma de chalaneo: yo te doy lo que me pertenece, el poder político y la gloria que lleva consigo, y tú me das lo que te pertenece el homenaje de adoración de la criatura libre. La respuesta de Cristo es sorprendente por todo lo

que deja en suspenso; está lejos de ser adecuada a la proposición del Diablo. Cristo no entra en el trato, ni siquiera dice que es "demasiado caro"; dice simplemente que no puede hacer el intercambio, pues ese homenaje de adoración de la criatura libre, que reclama el Diablo, sólo se puede dar a Dios. Jesús le dice: "Déjame, Satanás". Está escrito: "Al Señor tu Dios adorarás, y a Él solo darás culto". En cuanto a lo demás, todos los reinos de la tierra, su poder y su gloria Cristo rehúsa interesarse; ni siquiera discutirá el precio, ni siquiera se rebaja a probar al Diablo que miente al pretender tener a su disposición ese dominio. En realidad, ¿miente? Y si miente, ¿en qué medida? Debo decirlo, las dos primeras tentaciones —cambiar las piedras en pan, tirarse desde lo alto de una torre sin hacerse daño— tomadas en sentido literal, no resultan muy serias a los ojos de un hombre de hoy; hemos hecho cosas mejores en la transformación de la materia y en la conquista de la gravitación. A menos que no se dé a esas dos tentaciones una interpretación más profunda que su apariencia, como he intentado hacerlo.

Pero la tercera tentación, y en los términos en que fue ofrecida, conserva aún una actualidad impresionante. Todos los reinos de la tierra, todo su poder, toda su gloria, hoy como entonces y como dentro de mil años, es una gran tentación, al alcance además del primero que llega. Cualquier niño de doce años, con un poco de imaginación, sueña ser algún día Alejandro y Napoleón. La excusa del niño de doce años es que no sabe con qué reniegos de conciencia hay que pagar habitualmente la gloria de ser Alejandro o Napoleón. Pero renegar de la conciencia para obtener el poder y la gloria sigue estando al alcance del hombre más mediocre: Ubu es un personaje común2, y Hitler también era un personaje mediocre que llevó al crimen la lógica de unas ideas muy primarias, que no eran estrictamente suyas; al contrario, las ideas de Hitler corrían por las calles. Pero él las llevó al extremo.

Como dice también Simone Weil, la mayor parte de los hombres, exceptuados los santos, se imaginan de buena fe que, si obtuvieran el poder, ya poseen por sí mismos bastante justicia como para hacer el mejor uso de ese poder, para sí y para el mundo entero. El hombre más mediocre es muy capaz de decirse que si pudiera mandar en el tiempo, nunca haría más que buen tiempo. Tentación terrible: Cristo, que tenía en sí toda la justicia, para él y para el mundo entero, la rechaza. Ha rehusado el imperio del mundo, al serle ofrecido por esas manos. ¿Cuántos hombres son capaces de resistir a tal oferta?

Jefferson, el autor de la *Declaración de Independencia,* que me parece el documento político más perfecto, mas completo, más equilibrado del mundo; Jefferson, que llegó a ser presidente de Estados Unidos, escribía: "Hay tres tipos de sociedades: las que no tienen gobierno, como nuestros indios; aquellas en que la voluntad de cada cual tiene una justa influencia en el gobierno, y las regidas por la fuerza. Es cuestión que mi espíritu no ha puesto en claro si la primera situación no será la mejor". Y para explicarse bien, añadía en otro punto: "Si ocurre alguna vez que el pueblo se vuelva desatento a los asuntos públicos, vosotros y yo, y el Congreso, y las asambleas, jueces y gobernadores, nos volveremos lobos todos. Parece que esa es *la ley general de nuestra naturaleza,* a pesar de excepciones individuales".

El campo de la política, es decir, del gobierno de los hombres por otros hombres, el orden establecido en el rebaño humano por pastores que tampoco son más que hombres, ese vasto campo, no pertenece por derecho al Diablo; de acuerdo; como todo lo que existe, pertenece por derecho a Dios. Pero parece que está particularmente abierto a las influencias

---

2 Alusión al protagonista de la farsa *Ubu rey*, de Alfred Jarry (1873-1907), tiranuelo grotesco y desaforado. (*N. del T.)*

corruptoras del que las Escrituras llaman a veces "el Príncipe de este mundo". Ese es por excelencia el dominio del engaño, de la restricción mental, de la propaganda, de la fuerza. No hay bajeza de las que se suelen atribuir a los lacayos en las comedias, no hay bribonada, que un político no sea capaz de hacer, aun el más alto de los políticos. Cuando el éxito corona sus despreciables esfuerzos, ya no habla de ellos como lacayo, Sino como señor, exigiéndonos a todos un respeto cercano a la adoración.

Los hombres de mi generación, que tenemos cerca de la edad del siglo, hemos visto demasiadas guerras fratricidas, demasiadas paces podridas, demasiados tratados monstruosos, demasiados perjurios evidentes, demasiadas victorias manchadas, demasiadas derrotas igualmente impuras y deshonrosas, demasiadas promesas vanas, demasiados salvadores y demasiados traidores para que tengamos derecho aún a hacernos alguna ilusión. Los ingleses tienen un axioma admirable: "El poder corrompe; el poder absoluto corrompe absolutamente". En política, la sabiduría quizás está en cambiar a menudo de dueños, para limitar por lo menos en el tiempo su corrupción. En efecto, ¿qué son las rapiñas, las violencias, los asesinatos que sobrevienen en la marcha ordinaria de las cosas, en comparación con los crímenes en masa y los inmensos bandidajes perpetrados por los Estados, y ello sin recurso posible, sin juicio, sin castigo, y habitualmente entre la indiferencia del mundo entero?

Una palabra cubre todas esas injusticias acumuladas, una de las palabras más despreciables de todo el vocabulario humano: la razón de Estado. Esta palabra no cubre nada confesable, sino el interés del Estado, ese monstruo frío, unido a la fuerza, es decir, al poder de encarcelar o matar, es decir, al poder de hacerse obedecer universalmente. Se dice a veces también “el interés superior del Estado” ¿superior a qué? Si se quiere decir superior al interés material e individual, es verdad, hay que saber morir por la comunidad. Pero casi siempre, eso Quiere decir que el Estado no tiene ninguna cuenta que dar a nadie, ni aun a Dios, que dispone del ciudadano entero, y aun de su alma, que su interés es superior a la justicia y que por lo demás basa su derecho en el hecho de que es el más fuerte. A Clemenceau se debe la fórmula perfecta de esa ignominia, que habría podido servir de divisa a todos los dictadores que hemos conocido, sin excepción: "Hay que dar al Cesar lo que es de Cesar... y todo es de Cesar". Lo más fuerte es que Clemenceau pasa por campeón de la democracia. En este siglo, verdaderamente, no nos falta por ver nada.

Nadie mejor que un cristiano hubiera debido estar preparado para afrontar este siglo de violencia y de mentira. Los cristianos estaban advertidos, no sólo por sus Libros santos, sino más recientemente por un documento extraordinario, que pasa por retrógrado y reaccionario, pero en el que veo —porque lo he leído atentamente— una carta de la libertad humana en el siglo XX, por supuesto a condición de que hubiera sido leído y comprendido a tiempo, y sobre todo obedecido por los cristianos. Es el *Syllabus*, que ya tiene cien años: lo que se creyó retrógrado no era más que profético. Se sabe que el *Syllabus* era un catálogo de proposiciones juzgadas peligrosas para la fe de los fieles y para la supervivencia de la sociedad humana y, a tal título, altamente condenadas como falsas y perniciosas. He aquí algunas cuyas meditaciones históricas pido al lector que medite:

"El Estado, siendo la fuente y el origen de todos los derechos, es titular de un derecho que no consiente ningún límite" (proposición 39, condenada).

"Una injusticia coronada de éxito no agravia a la santidad del derecho" (Proposición 61, condenada).

"No hay que reprobar, sino que hay que creer permitidas y juzgar dignas de las más

altas alabanzas la violación del más santo de los juramentos, o no importa qué acciones criminales e injuriosas, con tal que se cometan por amor a la patria" (Proposición 64, condenada).

Si el *Syllabus* hubiera sido comprendido y obedecido plenamente por los cristianos europeos, Europa sin duda se hubiera ahorrado a Hitler y los fascismos, Rusia se hubiera ahorrado a Lenin y Stalin, Francia se hubiera ahorrado algunas experiencias más mediocres pero no menos deshonestas, y no veo absolutamente que perdería con ello la libertad del hombre. Pero esta generación de cristianos en Europa es una colección de fardos que se han dejado cargar en cualquier barco para cualquier destino. En todas las aventuras políticas de la Europa contemporánea, los cristianos han servido de poso, eso es todo. Y en lugar de tener vergüenza de sí mismos, llevan la necedad hasta tener vergüenza del *Syllabus.*

En toda la historia política del mundo, aun la del Occidente "cristiano", se tiene la impresión de que, cuando se trata del Estado, los triunfos de la justicia son casi accidentes, anomalías. Los cristianos, más que otros, deberían ser sensibles a la tiranía de la razón de Estado, no sólo porque deberían estar más atentos a la justicia que otros, sino también porque su fundador, Jesucristo, y tantos de sus mártires, hasta los más recientes, fueron condenados por razón de Estado, por jueces ni mejores ni peores que tantos otros, bajo leyes ni mejores ni peores que las nuestras. La razón de Estado no admite ser discutida, es una fórmula idolátrica por excelencia: se pone en el lugar de Dios y pretende ser adorada.

Pero la verdad verdadera, bajo todas las apariencias, es ésta, y la tercera tentación de Cristo nos da su revelación: por grande que sea un jefe de Estado, no es él quien hace la historia, o más bien, no la hace sino en obediencia inmediata a otro: o Dios ha hecho pasar la justicia y el honor incluso por delante del interés de Estado, o el Diablo pretende poner el Estado por encima de toda justicia y de toda moralidad. Los hombres de Estado "realistas" son también marionetas manipuladas. Por trágico que sea su destino, no deja de tener un carácter bufo. Al fin de la guerra, era impresionante ver en el cine cómo Hitler y Mussolini habían tomado, incluso físicamente, ese aspecto grotesco de marionetas dislocadas.

Es imposible que haya una *entente* absolutamente *cordial*, sin reticencias y sin reservas, entre el Estado y los cristianos. Por cuanto los cristianos son cristianos, les es imposible tomar en serio el Estado y su razón. El Israel antiguo ya era un "pueblo de sacerdotes", los cristianos, en la medida en que son fieles a su vocación, son además un pueblo de reyes y un pueblo de jueces. Imágenes de Dios como todos los hombres, están por ello encima del orden entero de la naturaleza, encima del orden social. Rescatados por la sangre de Jesucristo, participan por el bautismo en su naturaleza divina, y también en su sacerdocio, en su realeza, en su judicatura. ¿Qué son todos los reinos de la tierra, su poder y su gloria, al lado de tal dignidad sobrenatural? Por su dignidad más íntima, todo cristiano está por encima del Estado, y le juzga. En todo hombre y en todo cristiano hay una parte inalienable de sí mismo que sólo proviene de Dios, y esa parte infinitamente preciosa es ingobernable, a no ser por Dios.

Entonces, añade el Evangelio, el Diablo, habiendo agotado toda tentación, dejó a Cristo, y los ángeles, acercándose a éste le sirvieron.

Es una magnífica imagen, para cerrar este interminable capítulo, la de ese hombre extenuado por el ayuno y el combate, que se acerca a esa inmensa mesa, cubierta de vinos y platos deliciosos, puesta en pleno desierto y servida por los ángeles.

XIV

EL REINO DE DIOS

28 Cuando se pretende escribir la historia de Jesucristo, hacer obra de historiador sobre ese hombre, la honestidad está en no añadir nada, en no cortar nada de lo esencial, en separar lo esencial de lo accidental, y dar al conjunto una iluminación que, aunque varíe de un escritor a otro, no traicione al tema.

Por mi parte, veo esta historia como un "cantar de gesta": todo está en ella, la grandeza épica del héroe, los combates singulares, la guerra, el amor, la sangre, la traición, la gloria, el cielo que se abre y toma partido en la lucha, el infierno que se estremece, se moviliza y se lamenta. Se me dirá que así abandono explícitamente mi propósito histórico; que, en el "cantar de gesta", la interpretación poética suele devorar la historia y la verdad. Yo responderé que aquí el tema es tan grande, la historia es tan vasta, englobando realmente el cielo y la tierra, y los infiernos, que la verdad, la verdad desnuda, es épica, propiamente sobrenatural. Las dimensiones de este personaje, Jesucristo, son, con todo y objetivamente, diversas de las de los héroes de Balzac y de Proust. No lo puedo remediar. Lamento, para servir a mi tema, no tener el talento de Balzac o de Proust, pero por lo menos me guardaré de disminuir mi tema a mis dimensiones personales.

Cristo vuelve del desierto, ahora las cosas están claras. El enemigo está perfectamente definido. Como más adelante un joven será armado caballero, el cielo se ha abierto encima de Jesucristo y ha recibido la investidura de hijo de Dios. En el desierto, luego ha hecho sus primeras armas. Ya está la guerra declarada entre Cristo y Satanás, y durará hasta el fin del mundo. Ahora es la llamada a las armas, para la reconquista del reino, se piensa en el Cid Campeador.

Marcos es quien mejor ha expresado el encadenamiento y la rapidez de esas peripecias. El primer capítulo de su Evangelio tiene la frialdad, la brevedad, el rigor oficial de un comunicado de guerra: "En esos días ocurrió que salió de Galilea Jesús de Nazaret, y fue bautizado por Juan en el Jordán. Y apenas salía del agua, vio que se abrían los cielos y bajaba a él el Espíritu como una paloma; y salió una voz de los cielos: —Tú eres mi Hijo Querido, en quien me he complacido—. Luego el Espíritu le impulsó al desierto; estuvo en el desierto cuarenta días, tentado por Satanás, y andaba entre las fieras, y los ángeles le servían. Después que Juan fue entregado, Jesús marchó a Galilea, a predicar la Buena Noticia de Dios, y decía: —Se ha cumplido el tiempo y se acerca el Reino de Dios: convertios y creed en la Buena Noticia—".

Yo he visto eso con mis propios ojos, muy niño, el 2 de agosto de 1914, en un día radiante. La campana tocaba a rebato en todo el país llamando a los hombres a la guerra. Vi a los hombres, en el campo de Auvernia, dejar allí sus bueyes, sus carros, sus horcas en los campos, y correr a responder a esa llamada que llenaba el cielo. Lo vi; tenía siete años, y no lo olvidaré. Cuando Jesús apareció en las orillas del mar de Tiberíades, eso es exactamente lo que pasó. Su voz tocaba a rebato.

Marcos prosigue: "Al costear el lago de Galilea, vio a Simón y Andrés, echando redes al mar, pues eran pescadores. Y les dijo Jesús: —Venid detrás de mí, y os haré que lleguéis a ser pescadores de hombres—. Ellos, en seguida, dejaron las redes y le siguieron. Y un poco más allá vio a Santiago, el de Zebedeo, y a Juan su hermano, también en su barca, arreglando las redes. Entonces les llamó, y ellos se fueron detrás de él, dejando a su padre Zebedeo en la barca con los pescadores a jornal".

Cierto que la guerra ya no se lleva, el lenguaje de guerra ya no está de moda. La guerra ya no tiene encajes, ya no es un deporte, ni siquiera es una defensa: es un suicidio colectivo. Los medios de la guerra han devorado a la guerra y la rumian en su vientre monstruoso. Respetemos esa inquietante rumia. Claro que el plano en que se ponía Cristo era muy diverso del de nuestras guerras carnales, pero, en definitiva, se trataba de guerra, y de una guerra capaz de provocar el entusiasmo de todo un pueblo. Entonces ¿cómo se quiere que se explique lo que pasó si no hablo de lo que vi en 1914, o de lo que nos cuentan los cronistas de la Revolución francesa, o bien de los primeros capítulos de *Lo que el viento se llevó,* que nos dan el ambiente del Sur en los primeros días de la guerra de Sucesión, o bien del admirable *guerra y paz* de Tolstoi?

La costumbre es lo que nos pierde. La revelación angélica debería darnos almas de fuego y la costumbre nos crea almas de autómatas. Las palabras de la religión están gastadas como cantos rodados, ya no hacen mella, no hieren, resbalan sobre el agua. Cuando Marcos escribe que Jesús "predicaba la Buena Noticia del Reino de Dios", me cuesta creer que su palabra resonará como el toque de rebato. Yo siempre me he dormido en el sermón; nunca al toque de rebato. Imagino muy bien el inmenso movimiento de jóvenes hacia las fronteras, al canto de la *Marsellesa,* cuando se proclamó a la patria en peligro. Imagino mal o nada que, cuando Cristo decía: "—Se ha cumplido el tiempo y se acerca el Reino de Dios—", en el contexto social de la época, esas palabras conmovían violentamente los corazones, tanto como la "patria en peligro" en la Francia del Año N. Y sin embargo eso es exactamente lo que pasó.

Se me dirá que la predicación de Jesús no dejó en la historia los rastros de esas grandes movilizaciones que evoco. Ante todo, eso no es enteramente justo, puesto que la religión cristiana ha acabado por tomar las dimensiones de la historia mayor. Pero ahí estamos en su comienzo. Galilea era un país muy pequeño que no interesaba apenas a la gran historia. Jesús, por lo demás, desde el comienzo de su ministerio, se negó a toda acción política, y más aún militar: en ese plano, su empresa fue una tempestad en un vaso de agua, y, finalmente, un fracaso completo. Pero hay algo más que ese plano, y el propio pueblo de Israel estaba habituado a considerar las cosas desde un poco más alto.

* * *

29 ¿Cuál era la naturaleza de ese Reino de Dios cuya proximidad proclamaba Jesús, y para el cual comenzaba a reclutar una banda de hombres fieles, su banda? Ahí es, sobre todo, donde la lectura y la meditación del Antiguo Testamento iluminan el Nuevo. En realidad, no se puede comprender el uno fuera del otro. Toda la historia de Israel es el intento, con suerte diversa pero en una resolución constante, de establecer en tierra el Reino de Dios. No hay oración más absoluta y típicamente judía que la segunda petición del Padrenuestro: *Adveniat Regnum tuum!* ¡Venga a nosotros tu reino! Cuando la pronunciamos, quedamos profundamente incorporados a todo el pueblo cristiano, pasado, presente y futuro, pero también a todo el pueblo de Israel desde Abraham. "¡Dios! ¿A qué esperas? ¡Que llegue tu Reino, por fin...!"

Este Reino de Dios no estaba en el aire. Había habido conatos terrestres, comienzos de realización. Habían sido los grandes días de Israel, el Reino de David y de Salomón había sido verdaderamente el Reino de Dios, porque los reyes no habían sido más que los lugartenientes de Dios, y el gobierno del rey sólo era verdaderamente legítimo en la medida en que se ejercía en los límites y las directivas de la voluntad de Dios. Pero los reyes de Israel, incluso Salomón, muchas veces habían traicionado a Dios y a su misión, el Reino se había desgarrado, destruido, dispersado. Los judíos veían en la ruina y la humillación de su nación el efecto de un castigo divino merecido por sus pecados, pero, pese a todo, aun dentro de ese castigo, sentían sobre ellos la solicitud de Dios soberanamente fiel a sus promesas. Eran y seguían siendo para siempre el pueblo elegido, el pueblo seleccionado entre todos, al que Dios había dado su Palabra, y con el que había hecho una alianza indestructible. Esperaban de esa alianza divina la liberación de su pueblo, la restauración del Reino de Dios en que estarían en su casa.

Ellos esperaron esa liberación y esa restauración como la resistencia europea a los nazis esperaba el avance de las tropas rusas o el desembarco de las tropas aliadas en nuestras costas. Sabíamos que Inglaterra, y luego Rusia, y luego América, estaban en guerra con nuestros enemigos; la radio de Londres nos lo repetía todas las noches. Recuérdenlo los que vivieron esa época negra, y los que no la vivieron traten de imaginar esa mezcla explosiva de angustia y de esperanza que precedió a la liberación del país.

Los judíos también sabían que Dios, su Dios, estaba en guerra a su lado contra el mismo enemigo, y creyeron y esperaron en Dios, mucho más que nosotros, desde el fondo de nuestras prisiones, esperamos en Inglaterra, en Rusia, en América. Tenían también su B.B.C. para mantenerles y reanimarles en esa esperanza; eran sus libros santos y sus profetas. ¡Qué gran nación religiosa, toda ella suspendida en torno a esa Palabra, como nosotros, exactamente como nosotros, cuando, silenciosos e inclinados sobre nuestros receptores en sordina, con las ventanas bien cerradas, escuchábamos, a través de las interferencias, la voz que nos llegaba desde el otro lado de los mares: "Aquí Londres, ¡Honor y Patria! ¡Los franceses hablan a los franceses!" Los judíos escuchaban a sus profetas: "¡Carro de Israel y sus jinetes! ¡Aquí, Dios, vuestro Dios, es quien os habla!" Nunca tan alta y noble esperanza ha elevado a una nación terrestre...

En toda la historia de la humanidad, nunca ha habido gran descubrimiento sin una esperanza antecedente. Pero también es muy raro que se descubra exactamente lo que se esperaba. A veces el descubrimiento es decepcionador; a veces ocurre que supera infinitamente a la esperanza. Cristóbal Colón, ¿qué buscaba? Convencido de que la tierra era redonda, buscaba por el Oeste una ruta hacia las Indias, y descubrió América: el descubrimiento superó a la esperanza. Entra en el estilo de Dios hacerse esperar, desear violentamente, pero su descubrimiento supera por fuerza la esperanza y el deseo. Los judíos,

pues, esperaban el Reino de Dios.

Y de repente, como, después de tantas semanas en el mar, el vigía de la *Santa María* gritó de súbito "¡Tierra!" Así tras de tantos siglos de espera escrutando el horizonte de la historia, Jesús llega y dice: "El Reino de Dios está ahí, cerca de vosotros, en vosotros, ¡en medio de vosotros! ¡En pie! ¿Cuántos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros, y murieron sin verlo? La reina de Saba llegó desde los confines del mundo para escuchar la sabiduría de Salomón; aquí, en medio de vosotros, hay uno mayor que Salomón".

No se puede hablar de Reino de Dios sin definir de cierta manera al soberano de ese Reino, es decir, Dios, el Dios de Israel en relación con su pueblo. Cada judío sabía que su Dios era el único Dios, que todos los demás eran ídolos, que ese Dios era el creador del cielo y de la tierra, que su Reino, por derecho, no tenía más fronteras que las de la tierra y el cielo, que era el único, el Santo, el Transcendente, o el Totalmente—Otro, que era el Señor de la vida y de la muerte, de la existencia y de la nada, que contaba las estrellas del cielo y que escrutaba las entrañas y los corazones.

He hablado de los conatos terrestres de ese Reino, de sus realizaciones históricas incompletas. Esas realizaciones habían comenzado con guerras espantosas, cuando Yahvé dio a su pueblo la tierra de Canaán, guerras cuyo relato nos espanta y nos subleva. Esa primera conquista se había hecho con un terror racista absoluto. La ciudad de Jericó, a las puertas del Desierto, había sido anatematizada: "Se aplicó el anatema a todo lo que había en la ciudad: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, hasta los bueyes, rebaños, asnos, todo fue pasado a filo de espada". Toda la historia primitiva de Israel está llena de hechos semejantes. Un gran profeta como Elías, tan profundamente en intimidad con Dios, degolló con su mano a cuatrocientos cincuenta profetas de Baal en el torrente al pie del Carmelo. El Dios de Israel aplicó, más que cualquier otro, la ley de guerra de esa época terrible: ¡Ay de los vencidos!

Nosotros no nos reconocemos en esas costumbres salvajes, pero hay mucha hipocresía en nuestra indignación. Nuestras guerras ¿son mejores que esas viejas guerras; matan menos, torturan menos, traicionan menos la dignidad humana, mienten menos? En realidad, en el caso particular, el escándalo no está tanto en esa crueldad cuanto en el hecho de que Dios mismo ordenara esas matanzas y velara para castigar con severidad extremada a los que no cumplían sus órdenes. Nuestra querida Simone Weil nunca se pudo hacer a la idea. A decir verdad, yo tampoco. Es muy posible que los judíos, contemporáneos de Cristo, tampoco se hicieran a la idea. Pues el comportamiento de Dios, las reglas de su Reino, habían cambiado mucho entre la época de Josué y la época de Jesucristo.

No obstante, sea cual sea la barbarie de esos anatemas, tienen un fundamento inconmoviblemente verdadero: la majestad devoradora de Dios, su santidad, su pureza absoluta, es el fuego; es preciso que queme y consuma; su honor es incompatible con toda idolatría, le es imposible compartir su soberanía, su majestad es incomunicable. Tales verdades no han cambiado ni pueden cambiar. Mientras haya una chispa de verdadera religión en este mundo, de culto al verdadero Dios, habrá anatemas.

El maniqueísmo es una doctrina infantil que hemos superado mucho, en realidad, la hemos superado tanto que hemos caído en el exceso simétrico. Evidentemente, sabemos que Dios no es a la vez el principio causal del bien y del mal, pero, en definitiva, aunque no sea el principio del mal, al menos lo soporta; si no capitula con él, al menos cierra los ojos. Por otra parte, ¿el mal es tan malo? El error, la injusticia, la malicia, ciertamente, todo eso existe, pero su evaluación depende mucho del punto de vista en que se sitúe uno. Entonces, desde el punto

de vista del buen Dios, que se confunde con el de Sirio, todo eso no tiene tanta importancia. Dios ¿no es nuestro padre, que es como decir un buen papá? Cristo ¿no es nuestro hermano mayor, que es como decir, sino un cómplice, al menos un compañero complaciente? Entonces ¿cómo no pensar que todo no se arreglará bien entre nosotros? Falta muy poco, en nuestras mentalidades religiosas bastardeadas, para que el problema del mal no se resuelva con el axioma infinitamente tranquilizador de que los trapos sucios se lavan en casa.

¿Qué irían a hacer ahí los anatemas? Esta religión cobarde y demagógica no puede ser la verdadera religión. Es aún más ofensiva para Dios que el maniqueísmo, que le daba un dios rival. Prácticamente, se hace cargar a Dios con la responsabilidad del mal como del bien, en una confusión sentimental tan borrosa como un agua de fregar. Hay ahí una forma de idolatría de las más groseras: el hombre acaba por amarse demasiado a sí mismo, acaba por creer que Dios mismo debe estar infaliblemente seducido por la cualidad o el estilo de lo que él hace, que no puede dejar de estar muy bien, ya que es él, el hombre, quien lo hace. Un minuto de reflexión basta para deshinchar esa superchería.

Ya sé que se me acusará de tener de Dios una concepción a lo Antiguo Testamento, de poner el acento en "el Rey de los espantos", de que habla el libro de Job. Es verdad; estoy de acuerdo, pero también creo que esa concepción pasó al Nuevo Testamento porque es verdadera. Es san Pablo quien dice que Dios es un fuego devorador y que es espantoso caer en manos del Dios vivo. En una visión, Cristo dijo a santa Catalina de Siena: "Yo soy el que soy, y tú eres la que no eres". Y un exegeta moderno, el P. Louis Bouyer, nos recuerda oportunamente "la constante fundamental de toda religión digna de ese nombre. Es, ante todo, el sentido de una soberanía absoluta de Dios sobre el hombre, que hace de éste como una nada ante él... Démonos cuenta bien de que, si se borra ese sentimiento, el Dios justo ya sólo será una figura, velando mal un simple moralismo a—religioso, y el Dios de amor, un ídolo en que el hombre sólo se amará a sí mismo y su mundo propio". Y añade: "Un Dios en que uno no se interesa por él mismo, sino sólo por sus dones, vuelve a bajar automáticamente al nivel de los Baalím cananeos".

La idolatría ¿es menos idolatría si su ídolo está en nuestro interior, en nuestro viciado juicio sobre los valores, en nuestro egoísmo sentimental, en nuestra megalomanía? Ya no es una Jericó terrestre con sus murallas, sus almenas, y sus puertas, sobre la que hay que lanzar el anatema, es la fortaleza intima de nuestra idolatría la que hay que derribar, quemar, arrasar, esterilizar con sal, para que podamos esperar que se establezca en nosotros ese Reino de Dios cuya llegada anunciaba Jesús. Estemos seguros de ello; Dios siempre está dispuesto a perdonar los pecados: nos ha dado la seguridad definitiva de ello en Jesús, pero, igual que en la época de Josué, sigue estando celoso de su única gloria y le horroriza la idolatría. Vale bien la pena escrutar nuestro corazón y examinar la cualidad de nuestra religión personal.

* * *

30 La imagen que se nos suele presentar de los judíos contemporáneos de Jesús es extravagante, e incluso incoherente. Nos lo pintan como un pueblo grosero, fanáticamente apegados a los bienes de la tierra, a un ideal político y militar quimérico, sedientos de venganza y de sangre de sus enemigos, hipócritas, falsos en su religión como en sus relaciones humanas, sin ninguna comprensión de lo que les rodeaba, materialistas y sin

embargo capaces de sacrificarse en masa por las tradiciones de su nación, como lo mostraron sin ambigüedad con la elocuencia de la sangre vertida. Uno se pregunta cómo, en tal medio, pudieron nacer y vivir figuras tan nobles como María, la madre de Jesús, el mismo Jesús, Juan Bautista, san Pablo e incluso un Gamaliel. En realidad, el cuadro es demasiado uniforme, demasiado sumario, demasiado completamente negro para ser verdadero. La verdad humana, aun la de las naciones, más bien está mezclada de bien y de mal.

La verdad de la historia sobre el pueblo judío contemporáneo de Jesús es que, en conjunto, era un pueblo inteligente, que mantenía relaciones comerciales y culturales con todas las grandes ciudades de la cuenca mediterránea muy crítico pero muy abierto también al hervor de las diversas civilizaciones; Que había perdido, como todos los pueblos mediterráneos, su independencia política en beneficio de Roma, sin duda lamentándola un poco más que los demás, orgulloso de su tradición nacional y de su glorioso pasado militar, y sintiendo vivamente la humillación de someterse a una nación grosera y que no lo valía, pero sabiendo sin duda, después del exilio y del breve intermedio de los Macabeos, que su independencia política era irrecuperable, a la vez que protegiendo celosamente su fe monoteísta en medio de un mundo idólatra, su Templo, su culto y su esperanza en Yahvé.

Cierto que esa esperanza en Yahvé siempre se refería a la restauración del Reino de Israel, considerado como el propio Reino de Dios. Pero ¿cuál sería esa restauración? Si en su origen el Reino de Yahvé había seguido la imagen de los reinos de la tierra, con sus fronteras y su territorio, un ejército y su jefe, impuestos, el Templo de Dios y el palacio del rey su lugarteniente, en la época de Jesús todo eso ya no era más que esplendores pasados, quizá esplendores caídos en la misma alma de los israelitas, y cuya esperanza se había abandonado sin duda, al menos entre los judíos más piadosos. Desde hacía siglos, los profetas se habían dedicado a poner a Israel en guardia contra esperanzas demasiado groseras y todas de una pieza.

Una cosa permanecía segura: la restauración del Reino se inauguraría con un juicio solemne, el gran día de Yahvé, en que los buenos serían separados de los malos, y en que Dios sabría reconocer muy bien a los suyos. Amós, que vivía en el siglo VIII antes de Jesucristo, ya había dicho que, en la conducta de Dios, gracia y castigo eran complementarios.

¡Ay de los que ansían el día del Señor!:

¿De qué os servirá el día del Señor?

Es día tenebroso y no de luz.

Como cuando huye uno del león, y topa con el oso; o entra en casa, apoya la mano en la pared, y la muerde la culebra.

Es difícil pensar que el piadoso israelita que leyera ese texto se imaginaría que la llegada del Reino de Dios sería un día de felicidad para todos. Y en los profetas, hay otros muchos textos igualmente ambiguos... En realidad, aun en el interior de Israel, ese advenimiento debía ser triunfo para unos, los que hubieran guardado su fe y su esperanza en Yahvé y le hubieran servido con corazón puro; catástrofe para los infieles y los impuros. Por lo demás, ese mismo triunfo del israelita fiel no está forzosamente exento de pruebas, de sufrimientos y de tribulaciones. Desde el Libro de Job, se sabía muy bien que los amigos de Dios son sometidos a prueba por el Diablo. En el fondo, los judíos sabían muy bien—y un libro como *El último justo* prueba que no lo han olvidado nunca—que el triunfo de los

triunfos no estaba en conquistar los bienes de la tierra, sino en guardar la amistad de Dios. La idea que un israelita, acostumbrado a la lectura de profetas, se hacía del advenimiento del Reino de Dios era la de un acercamiento amoroso y terrible de Dios, santo entre los santos, puro entre los puros, fiel entre los fieles, a través de una prueba decisiva semejante al fuego, y en que por fin el Espíritu de Dios lo sería todo en todos.

Si, entre los mejores israelitas, los más religiosos, la noción del Reino de Dios había evolucionado desde un imperio puramente temporal hasta una soberanía principalmente espiritual de Dios sobre los corazones, la misma concepción del instaurador y del jefe de ese Reino había evolucionado paralelamente. La imagen del Mesías, general afortunado, se había enriquecido con aspectos mucho más desconcertantes, y en apariencia contradictorios. El Mesías sería Señor, pero también seria Servidor, el Servidor de Yahvé por excelencia, que sufriría como tantos profetas habían sufrido antes de él, y cuyas llagas nos curarían. De un corazón de piedra, podría hacer un corazón de carne. Vendría, con toda dulzura, a reunir a su pueblo.

El reciente y maravilloso descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto nos prueba hasta qué punto se habían comprendido esas enseñanzas. El desciframiento completo de esos manuscritos nos enseñará muchas cosas sorprendentes, que tenemos afán de saber. El retrato del Maestro de doctrina perseguido y sufriendo prueba hasta qué punto las almas más fervientes de Israel estaban dispuestas a recibir una enseñanza y un ejemplo que iban a ser precisamente los de Jesús.

Uno no puede menos de imaginar cuál hubiera sido el destino de Israel si la secta mística de los esenios hubiera superado en influencia a la secta jurídica de los fariseos. ¿Y cuál hubiera sido el destino de Francia si, en el siglo XIV, el espíritu de Juana de Arco hubiera dominado al espíritu de los juristas de Felipe el Hermoso, que engendraron ese monstruo, el Estado moderno?

Sin embargo, no se había abandonado nada de la historia de Israel y de sus profecías. Se sabía muy bien que Dios no miente y que es fiel en sus promesas, que el Mesías sería a la vez humillado y glorificado; servidor y jefe de guerra. Pero todo judío devoto sabía que la guerra de las guerras es la que se hace contra Satán, que toda dominación extranjera, la de Asiria, y ahora la de Roma, era sólo la imagen y la manifestación de la dominación universal del Diablo sobre el mundo de que es príncipe. Lo que los judíos esperaban ante todo de su Mesías era una victoria decisiva sobre Satán. Todo lo demás vendría luego, pero el advenimiento del Reino de Dios sólo podría empezar por ahí. Por eso el relato de la tentación de Cristo en los Sinópticos tiene una significación propiamente augural.

Es notable que la tradición judeocristiana haya marcado tan fuertemente nuestros espíritus, que es imposible explicar profundamente nuestra civilización, hasta en sus aberraciones, sin aludir a esa tradición. Por ejemplo, me parece imposible comprender la realidad casi mística de la Revolución francesa o de las revoluciones comunistas, sin enlazarla con lo que los judíos llamaban Apocalipsis.

Ya se sabe que la palabra griega "Apocalipsis" se traduce por "revelación", revelación de un misterio escondido en Dios, pero esta revelación lleva consigo una fuerza tan explosiva de madurez, de conflicto y de explosión, que Apocalipsis también podría traducirse por "revolución". Cuando se piensa en la carga de esperanza contenida en esa extraña expresión de las Internacionales, "la Gran Noche", hay que pensar en lo que las, profecías apocalípticas llamaban "el Gran Día de Yahvé". Por Apocalipsis, los judíos, en efecto, entendían el fin de

un mundo, de una época de un ciclo, y al mismo tiempo, el advenimiento doloroso de un orden, de un mundo, de una época, de un ciclo enteramente nuevo. Era un vuelco violento y guerrero del reino del Diablo y la instalación triunfal del reino de Dios. Los misioneros cristianos perdieron siglos intentando convertir a China; el Apocalipsis comunista la ha conquistado en unos años. Eso prueba quizá que el Apocalipsis judeocristiano, aun desviado y transpuesto al orden natural, no ha perdido nada de su virulencia revolucionaria, pero, al mismo tiempo, que los misioneros cristianos ya no comprendían el Apocalipsis. Si no, quizá hubieran sido ellos los que hubieran convertido a los chinos. Hay que rehacerlo todo.

No lo puedo remediar; nadie lo puede remediar: la religión cristiana es esencialmente guerrera y revolucionaria, que es lo mismo. La revolución, como la guerra, es un arte sencillo, y todo él de ejecución. La predicación de Jesús, es decir, el anuncio por él del advenimiento del Reino de Dios, fue también de un arte sencillo y todo de ejecución. Todo su ministerio público es llevado como una campaña de gran capitán, o mejor, como una actividad de resistencia y revolucionaria, una de esas empresas tan modernas de que hablaba Valéry, "de unos pocos hombres elegidos, actuando en equipos, que producen en unos instantes, a una hora y en un lugar imprevisto, acontecimientos aplastantes". Los exorcismos de Cristo, sus milagros, sus revelaciones, sus declaraciones, aun sus apariciones y desapariciones, suelen tener ese carácter súbito de acontecimientos fulminantes, que abruman al adversario, le dejan inerme, y llevan consigo la alegría de una liberación.

Si el Reino cuya llegada anunciaba Jesús hubiera sido de orden puramente temporal, entonces la empresa habría fracasado; Jesús no consiguió el trono y perdió la vida en la aventura. Pero toda su acción y todas sus palabras tendían a despojar a la esperanza de Israel de toda carga terrestre, y a transferir la conquista del Reino más allá del mundo y de la muerte, con una victoria, no contra ejércitos terrestres, ni aun contra los romanos, sino contra los demonios y su jefe, Satanás. El alcance de la acción de Jesús y de sus palabras es definitivamente más largo que el de sus conquistadores. Su estrategia y su táctica, aunque no fueran muy diferentes en el estilo, tienen un objetivo muy diverso. Es verdad que la acción guerrera de Cristo es esencialmente subversiva; atraviesa las fronteras como por encanto, y actúa desde el interior para derribar las fortalezas. Sin embargo, no pretende ejercerse completamente fuera del tiempo, sino que acribilla el tiempo y la historia con agujeros que descubren perspectivas infinitas hacia la eternidad.

Durante la vida presente, nos pasa como a unos peces metidos en una red aún sumergida por completo en el mar, en el momento en que los pescadores empiezan a arrastrar la red fuera del agua. Los peces todavía están en el mar, pero capturados en un movimiento que acabará sin falta por sacarlos de él. La literatura moderna tiene, con gran viveza, la sensación de esa captura y de esa red que nos aprisiona; sólo rehúsa sentir ese lento movimiento que nos arrastra a todos juntos hacia las playas de luz, o, si lo siente, lo siente como un "viaje al fin de la noche". Es lo que Juan llama preferir las tinieblas a la luz. Comprendo muy bien que los peces sientan angustia de tener que salir definitivamente del agua. Salir del agua representa para ellos la muerte absoluta. Entonces prefieren todavía la angustia de la red en el mar, a la angustia de la luz y de una liberación para ellos ilusoria.

Pero el Evangelio nos afirma que, a través de la muerte y de la angustia de la luz, nos espera una nueva vida, divina y también más humana. "En efecto, igual que todos mueren en Adán, todos revivirán también el Cristo... Luego será el fin, cuando entregue la realeza a Dios Padre, tras haber destruido todo principado, dominación y potestad, pues es preciso que reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos bajo sus pies... Y cuando todas las cosas le estén sometidas, entonces el mismo Hijo se someterá a Aquel que se lo ha sometido todo, para que

Dios esté todo en todos."

XV

LA IGLESIA EN CIERNES

31 Ahora seria el lugar para hacer una larga pausa en esta historia y explicar al lector lo que fue la enseñanza de Jesús. Diría el contenido de esa enseñanza, su esencial novedad dentro de una tradición, no renegada, sino consumada; diría el estilo de esa enseñanza y hablaría de ese género literario llamado parábola. Tal explicación tomaría enseguida tales proporciones que se convertiría en un libro dentro de mi libro. El ritmo que trato de mantener aquí quedaría definitivamente roto.

Aunque no haya nadie en el mundo que se haya identificado con su enseñanza más que Jesús, sigue siendo cierto que la historia de Jesucristo y su doctrina son dos cosas que el espíritu puede distinguir perfectamente. Para mantener el equilibrio y el movimiento del presente libro, me veo obligado a dejar fuera de sus fronteras la exposición de la enseñanza de Jesús, sin perjuicio de volver más adelante sobre ella, en un segundo libro que titularé *La doctrina de Jesucristo. Si* no se puede llevar todo en un viaje, hay que hacer dos viajes. Así pues, aquí me limitaré a evocar de la enseñanza de Jesucristo sólo lo que me parezca indispensable para la comprensión de la historia de Jesucristo, es decir, me esforzaré en el presente libro por no salir de mi tema presente.

Mateo, escribiendo ante todo para los judíos, escribió el Evangelio que es por excelencia el del "Reino de Dios". Edificó la estructura de su relato en torno a esa noción tradicional en su nación. Quiso probar que Jesús personificaba y colmaba la esperanza de su nación. Su Evangelio es como un rostro vuelto hacia el pasado, no en busca del tiempo perdido, sino con la tranquila confianza de que el tiempo pasado se vuelve a hallar entero en su cumplimiento perfecto, de que el pasado ha hecho lo suyo, que era dar a luz el presente de que estaba preñado. Este Evangelio es el grito de alegría de la liberación.

Lucas, griego que escribe para los gentiles, tiene el rostro vuelto hacia el porvenir. Cierto que habla del Reino de Dios, porque es historiador, y Cristo hablaba de él, pero —sin que se pronuncie nunca la palabra—su Evangelio es por excelencia el de la Iglesia. Su Evangelio es sin duda el de arquitectura más complicada, más armoniosa, más sólida y más significativa Se parece a la arquitectura de una catedral gótica. Todo está en su sitio en Lucas; el menor detalle, la menor palabra, se han sopesado como oro fino; cada elemento tiende y se incorpora orgánicamente al conjunto.

* * *

32 Se sabe que los Sinópticos tienen un orden más geográfico que cronológico: cuentan ante todo lo que pasó en Galilea, donde Jesús empezó su ministerio, y luego todo lo que pasó en Judea, donde lo terminó. En realidad, si, mucho más tarde, no hubiera intervenido Juan para precisar la cronología y las idas y venidas, podríamos creer que la vida pública del Señor no duró un año, y que, en el curso de su ministerio, Jesús sólo subió a Jerusalén una vez, para morir allí.

Pero aunque, siguiendo la regla de los tres Sinópticos, Lucas cuenta los hechos de una manera tan elíptica, los elige y los coloca cuidadosamente, los construye de manera muy sabia, quiero decir, muy artística, con vistas a producir cierto efecto muy puro, hasta el punto de que el desarrollo de los hechos más indiscutibles y más reales a voces se dobla, por su arreglo minucioso y voluntario, de una significación parabólica suplementaria. La continuación de mi relato me dará ocasión para explicarme más claramente.

Hemos visto que Juan comenzó expresamente su Evangelio con las mismas palabras que comienzan el libro del Génesis, y toda la Biblia: "En el principio..." Por análogo mimetismo, que creo también muy consciente al comenzar el relato de la vida pública de Cristo, Lucas cuenta cómo fue expulsado de Nazaret. El recuerdo, aquí, es el de la vocación de Abraham, que sirve de telón de fondo.

"Yahvé dijo a Abraham: —Sal de tu país, de tu patria, de la casa de tu padre, hacia el país que te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré y aumentaré tu nombre. Tú serás bendición, bendeciré a los que te bendigan, y maldeciré al que te maldiga. En ti serán benditas todas las familias de la tierra—. Abraham se fue, pues, como se lo había dicho Yahvé..."

Volvamos a Lucas. Tras el bautismo en que se proclamó solemnemente la vocación de Jesús, tras la tentación en el desierto, donde se confirmó solemnemente en un combate singular y brutal, Jesús vuelve a su pequeña ciudad, donde había crecido, donde le conocían desde siempre, donde viven su madre y todos sus parientes. Y es expulsado brutalmente de allí. En realidad, Lucas encaja en una visita lo que parecen ser tres visitas a Nazaret. Lo que él quiere mostrar—y allí está el sentido parabólico de su relato, es que, una vez que Jesús había recibido una vocación de Dios absolutamente auténtica, le hacía falta, como a Abraham, romper con su clan natural. Aquí está su relato. Es un díptico: Jesús comunica a los suyos su vocación, y, en la segunda parte, es expulsado del clan.

"Fue a Nazaret, donde se había criado, entró, siguiendo su costumbre, el día de sábado, en la sinagoga, y se levantó a hacer la lectura. Le dieron el libro del profeta Isaías, y, abriendo el rollo, encontró el lugar donde está escrito:

El Espíritu del Señor está sobre mí,

porque me ungió para dar la Buena Noticia a los pobres.

Me envió a anunciar a los prisioneros la liberación,

y a los ciegos, que verían otra vez;

a llevar la libertad a los oprimidos,

a anunciar el año de gracia del Señor.

Y enrollando el libro, lo devolvió al ayudante y se sentó. En la sinagoga, todos los ojos estaban fijos en él. Y él se puso a explicarles: —Hoy se ha cumplido esta escritura ante vuestros oídos—. Y todos dieron testimonio de él y quedaron admirados de las palabras de gracia que salían de su boca."

Así pues, la primera reacción no era mala. Pero, tras ese primer movimiento de admiración, el espíritu de familia y de campanario vuelve a prevalecer enseguida; un espíritu blasfemador de todo lo que le supera. "Este muchacho es uno de nosotros: ¿cómo puede ser alguien?" Lucas continúa:

"Y decían: —¿No es este el hijo de José?—. Él les dijo: —Seguramente me diréis aquel refrán: "Médico, cúrate a ti mismo". Todo lo que hemos oído que ocurrió en Cafarnaum, hazlo también en tu tierra—. Y dijo: —Os doy mi palabra de que ningún profeta es grato en su patria. Os digo la verdad: muchas viudas había en Israel, en tiempos de Elías, cuando el cielo se cerró sin llover tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en todo el país, y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a Sarepta de Sidonia, a una mujer viuda. Y muchos leprosos había en Israel cuando Eliseo el profeta, y ninguno de ellos se curó sino Naamán el Sirio—. Todos los que le oían en la sinagoga se llenaron de rabia, y, levantándose, le echaron fuera del pueblo, y le llevaron hacia un precipicio del cerro sobre el cual estaba construido el pueblo, para tirarle abajo. Pero él pasó por en medio de ellos y se marchó."

¡No importa! Jesús ha cumplido su deber, también con su pueblo: incluso ha comenzado por él. Ha tenido ese candor. Comentando a Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí...", debió contar la teofanía del Jordán, en que el Espíritu se puso sobre él en forma corporal de paloma. A los suyos, a sus vecinos, a sus primos, a sus compañeros de infancia es a quienes ha empezado por explicar la "Buena Noticia dada a los pobres", su evangelio de perdón, de liberación y de misericordia. Ellos no han querido saber nada.

Igual que las madres ven siempre a sus niños muy pequeños, los compañeros de infancia se juzgan entre sí según su mediocridad común. ¿Qué era para ellos Jesús? El hijo del humilde carpintero José, y, como para Renan, no era más que eso. El universo de las apariencias sociales estaba para ellos tan cerrado sobre sí mismo, tan coherente, tan consistente, que ¿cómo iban a ir más allá? Sí que habían oído hablar de los primeros milagros realizados por Jesús en Cafarnaum, y se reían mucho de ellos tomando el té con menta o cualquier bebida que les sirviera de aperitivo. Hoy *se ejecuta* a los profetas en las *cocktail-parties.* Entonces conminaban a Jesús a que hiciera ante ellos algún prodigio que tampoco les habría convencido.

Cierto que debemos respeto y gratitud a nuestros orígenes. Lo que se reprocha a la familia, al clan, a la patria, no es que existan; lo que se les reprocha es su carácter cerrado y totalitario. Existen, pero quieren ser lo único que exista, y que no exista nada fuera de ellos. Eso es alusivo: por eso, situándose enseguida en el punto de vista irrefutable de Dios, que hace llover y salir el sol sobre malos y buenos, Jesús recuerda a sus compatriotas que, para Dios, una viuda pagana de Sidón puede valer por todas las viudas de Israel, y un leproso pagano de Siria puede merecer curarse antes que todos los leprosos de Israel.

Nadie es profeta en su país, se le hizo ver muy bien. Todos aquellos, los compañeros de infancia, los primos, la parentela, la vecindad, llenos de furor porque se les afirmara en la cara que podía existir algo más que ellos, se lanzaron sobre Jesús, le arrastraron a la fuerza a la montaña escarpada de fuera de la ciudad y trataron de precipitarle... No se hacen preguntas, no tienen complejo de inferioridad; para ellos el instinto domina a todo, lo justifica todo, incluido el asesinato. Esa escena de violencia extremada, en el comienzo de su ministerio, es una prefiguración de lo que pasará cuando, al final, Jesús sea llevado fuera de Jerusalén para ser muerto. Ante esa noticia, la patria chica debió festejarlo.

Paseándome por las avenidas del cementerio del PèreLachaise en París, para rezar sobre las tumbas de algunos escritores que admiro, y aun sobre las de otros que admiro menos, me sorprendía, no tanto esa reunión silenciosa de hombres célebres, cuanto las inscripciones en lo alto de monumentos de piedra feos y absurdos: "Familia... Familia..." La familia es una enterradora: en el cementerio triunfa y proclama bien alto su victoria. Allí recupera a todos los suyos, a los hijos avaros como a los pródigos, y los pone definitivamente en orden, sujetándolos bien sin soltarlos: ¡descansen en paz! Más aún que el comienzo, la familia es el fin de los fines.

Así, como Abraham y por la misma razón, a causa de su vocación, Jesús inaugura su vida pública rompiendo con su clan de origen. "Sal de tu país, de tu parentela, de la casa de tu padre; sal, te lo digo, sal..." Ahora ya, más pobre que los pájaros del cielo que tienen sus nidos, más despojado que las fieras salvajes, que tienen sus madrigueras, el Hijo del Hombre ni siquiera poseerá una piedra en que apoyar la cabeza. Cuando afirmaba eso, como siempre, decía la verdad: la piedra en que descansará en su tumba se la habrá prestado otro.

En esa tumba no se inscribirá el nombre de ninguna familia. Jesús no será sepultado en Belén, donde nació, ni en Nazaret donde creció, sino en Jerusalén, que es el centro del mundo.

Así es como se afirmó la vocación de Jesucristo. Como Abraham había llevado a su sobrino detrás de sí, Jesús se llevó consigo a dos primos y, claro está, a su madre, en su aventura. Pero la puerta de Nazaret se había vuelto a cerrar definitivamente detrás de él: nunca volverá a poner los pies allí. Hay lugares a los que no hay que volver jamás.

* * *

33 Emancipado Jesús de los suyos y despejado el terreno, igual que Abraham habla inaugurado un nuevo clan, Jesús se preocupa enseguida de fundar su Iglesia.

Lucas compone su Evangelio como quien carga un barco. Ha recogido todos los hechos que ha podido, los ha sopesado, verificado, criticado; como para el Arca de Noé, sólo embarca una pareja de cada especie, y los que conserva, los carga en su Evangelio con vistas a un equilibrio final, que, una vez que se percibe, es realmente impresionante. Podría ser sistemático. Pero el toque de Lucas es tan ligero, y el emplazamiento de cada cosa es tan juicioso, que uno acaba por dejarse llevar en el ritmo de su movimiento.

En el relato del ministerio en Galilea, Lucas acaba por darnos un cuadro completo, de pintura delicada y sugestiva, de la primitiva Iglesia y de su jefe. Pues la Iglesia empezó con toda naturalidad en torno a Jesús, por su autoridad. Lucas tiene igual cuidado de marcar el

carácter tradicional de esa institución aparecida en el interior de la continuidad espiritual y carnal de Israel, su novedad y su carácter universal, su jerarquía, su función, la solidez de sus pruebas y su finalidad. Pero Lucas es poeta y, por lo regular, prefiere sugerir a declarar. Avanza por esta historia como quien anda por las aguas. Eso lo noto muy bien, al tratar de seguirle con mis gruesos zuecos.

Dejando aparte el desgraciado episodio de Nazaret, que, por lo demás, no resulta sino demasiado humano cuando se sabe lo que son las parentelas, el ministerio de Jesús en Galilea parece haber sido un triunfo. Es cierto que Jesús hacía muchos milagros. Pero es conmovedor observar que lo que parece haber impresionado más a las multitudes, es la extraordinaria autoridad de ese hombre. De esa autoridad nació la Iglesia, es decir, la reunión en torno a Jesucristo de los hombres de buena voluntad. "Y se admiraban de su enseñanza, porque su palabra era con autoridad." Tenía tal poder que la atracción que ejercía con su palabra, sus hechos y sus gestos, estaba mezclada de terror. "A todos les entró gran terror, y lo hablaban unos con otros: —¡Qué palabra esta, que manda con autoridad y poder a los espíritus inmundos, y salen!—. Y se extendió su fama por todos los lugares de la comarca."

No menos celosamente velaba por su libertad. De repente, desaparecía, se escapaba a la soledad para rezar largamente. Su Iglesia también está fundada en la oración. Las multitudes le buscaban. Cuando le habían encontrado, le escuchaban ávidamente, nunca fatigadas, nunca decepcionadas. Querían retenerle. Pero él sólo obedecía a su vocación. "—También debo dar a las demás ciudades la Buena Noticia del Reino de Dios, porque para eso he sido enviado—." Todo le salía bien, esa fue la edad de oro de su ministerio, su campaña napoleónica de Italia. Había en el aire el gozo de las primaveras y la alegría de los desposorios. En esa felicidad nació la primitiva Iglesia. Esa atmósfera de regocijo es la que Juan quiso describir a su manera, contando el gozoso milagro del agua cambiada en vino en las bodas de Caná.

No se puede pensar sin gratitud en esas multitudes judías, mezcladas con muchos paganos, por lo demás, en aquel país: las primeras que admiraron a Jesús, que le amaron, que le siguieron, olvidando el comer, el beber, la fatiga, y que le apretaron por todas partes para tocar la orla de su traje: "Porque salía de él una fuerza que les curaba a todos". Esas multitudes ingenuas eran tan apremiantes que un día él hubo de subir en una barca para tomar alguna distancia y hablarles, Precisamente en esa circunstancia tuvo lugar un milagro que, en el relato de Lucas, prefigura la esencia de la Iglesia de Jesucristo. "Y ocurrió que la gente se agolpó a su alrededor a oír la palabra de Dios, cuando él estaba junto al lago de Genezareth, y vio dos barcas junto a la orilla; los pescadores habían bajado de ellas para lavar las redes. Subió a una de las barcas, que era de Simón, y le pidió que se apartara un poco de la orilla y desde la barca, sentado, enseñaba a la gente. Cuando dejó de hablar, dijo a Simón: —Entra hacia lo hondo, y echad vuestras redes para pescar—. Simón contestó: —Maestro, después de fatigarnos toda la noche, no hemos pescado nada; pero, sobre tu palabra, echaré las redes—. Y, al hacerlo así, pescaron gran abundancia de peces, tanto, que se les rompían las redes. Hicieron señales a sus compañeros de la otra barca para que vinieran a ayudarles. Y vinieron y llenaron las dos barcas hasta que se hundían. Al verlo, Simón Pedro se arrojó ante las rodillas de Jesús, diciendo: —Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador—... Y Jesús dijo a Simón: —No temas: desde ahora, capturarás hombres—.

Al contar este milagro, Lucas busca un efecto preciso. Claro que no ignora que Simón Pedro no estaba solo, pero encuadra sobre él. Lo que le interesa es el milagro mismo y su simbolismo revelador de la misión de Pedro, subrayado por el propio Jesús: "Capturarás hombres". Pero lo que interesa sobre todo a Lucas es el primer plano que maneja tan bien,

haciendo abstracción de todo el resto; Jesús, de pie en la barca llena de peces hasta hundirse, y Pedro ante él, de rodillas, confesando que es pecador. En el Evangelio, es la primera confesión de Pedro; hay otras.

Claro, como soy católico, adivino una pre-investidura del primer Papa en el modo como Lucas cuenta la escena. Los no católicos no me seguirán hasta ahí. No pueden. Lo que es terriblemente irritante, cuando leemos hoy día el Evangelio, es que las posiciones de cada lector estén tan solidificadas que todo sea materia de controversia, controversia, por lo demás, por completo platónica... Es una guerra de trincheras, inmovilizada para siglos, con simbólicos intercambios de cañonazos por encima de la cabeza de los combatientes que juegan a las cartas, pues no tienen otra cosa que hacer. ¡Ah, si esa guerra de repente se volviera un dialogo de sorpresas y de movimiento...! No importa: este libro no es un libro de controversia, o al menos, no querría que lo fuese. Pero, teniendo alguna experiencia del cine, sé lo que es un encuadre, y sé que, en una película bien hecha, un primer plano siempre quiere decir algo preciso, porque siempre marca una intención creciente y persistente del autor.

A mí me parece que Lucas quiso darnos su primera imagen simbólica de la naturaleza esencial de la Iglesia: una barca en el mar y bajo el cielo, no una embarcación de recreo para dorarse al sol o hacer esquí acuático, sino una verdadera barca de pescador, capaz de resistir en todos los tiempos y en todas las latitudes. Esta barca está llena de peces. Jesús está de pie en esa barca, Pedro está arrodillado ante él, y, por primera vez en el Evangelio, llama a Jesús "Señor". Toda la noche, Pedro ha echado las redes sin pescar nada, pero ahora, sólo por la palabra de Jesús, ha vuelto a echar la red con el milagroso resultado que ya se sabe.

Siempre hay que echar la red una vez más de lo que se había creído necesario.

* * *

34 Hasta aquí, ¿qué ha hecho Jesús?

Ha actuado exactamente como un gran estratega o un gran político, que tiene una gran ambición, y que toma los medios concretos para llegar a sus fines. Ha roto con la parentela, que le habría sofocado. Ha atraído sobre sí una atención aguda e interrogante. Ha confirmado su autoridad con milagros. Se ha situado como el enemigo victorioso del mal físico, la enfermedad y el sufrimiento, y del mal moral, el pecado. Así se ha asegurado el apoyo y el entusiasmo popular. Se ha presentado como revolucionario, dando de la Ley una interpretación personal, que le pone por encima de la Ley y de sus intérpretes oficiales. Ha afirmado su legitimidad única y suprema, poniendo en cuestión la de los demás. Se ha organizado un grupo propio, jerarquizado: en el centro doce apóstoles, y, en el centro del centro, Simón Pedro. Ha definido su programa en un gran discurso, "el Sermón de la Montaña".

Eso no ha ocurrido sin oposición, oposición que, además, parece cultivar, para crear a su alrededor lo que hoy llamaríamos un *suspense* creciente. Ahora, se le ve dar dos nuevos golpes resonantes que manifiestan su prodigioso poder y que renuevan el entusiasmo popular: una curación a distancia y una resurrección de entre los muertos. Hay ahí, en momentos, en lugares imprevistos, acontecimientos abrumadores, que tienen el carácter de una estrategia

altamente imaginativa y de una eficacia infalible.

Todo eso, sin embargo, no es más que la corteza de la acción de Jesucristo; el núcleo sigue siendo más difícil de percibir.

En una época dada, en un cierto lugar, hay palabras que provocan la unanimidad, no se sabe nunca muy bien por qué. Hoy, en el Este, la palabra "socialismo" constituye la unanimidad. En el Oeste, las palabras "expansión" o "libertades democráticas" constituyen la unanimidad. En el tercer mundo, la palabra "independencia", la palabra "neutralismo", están a punto de constituir la unanimidad. En Israel, en tiempo de Jesús, las palabras "Reino de Dios" constituían la unanimidad. Como siempre, la dificultad estaba en lo que cubrían esas palabras.

Sobre este último punto, Jesús avanza suavemente, con toques delicados y sucesivos, absolutamente sin maneras aplastantes. Hay incluso un contraste evidente entre la estrategia audaz de su acción y la prudente revelación de su mensaje y de su personalidad... casi prudente, en fin, si se considera lo enorme de sus reivindicaciones: ser el señor del Sabbat, estar por encima de la Ley, perdonar los pecados, dejarse llamar Señor, título hasta entonces reservado a Yahvé, llamarse a sí mismo "el Hijo del hombre", con todas las implicaciones celestes y apocalípticas que implicaban esas palabras... Los enemigos que ya tenía Jesús debieron tomarlo por un megalómano, pero no era sino modesto en relación con sus ulteriores exigencias.

Al curar al criado de un centurión, Jesús expresó claramente su admiración hacia un pagano: "—Os digo que ni en Israel he encontrado semejante fe—". Así señalaba que la puerta del Reino era la fe, y que esta puerta estaría abierta a todos sin distinción, judíos y paganos. Aquí es donde se puede observar cuán profundamente Lucas es discípulo de san Pablo. Los capítulos que siguen, en el Evangelio de Lucas, están perfectamente resumidos en estas líneas a los corintios:

Los judíos piden milagros,

los griegos buscan sabiduría;

nosotros, en cambio, predicamos a Cristo crucificado,

escándalo para los judíos,

locura para los gentiles,

pero para los llamados judíos o griegos, Cristo,

poder de Dios y sabiduría de Dios.

Pues lo que hay de loco en Dios es más sabio que los hombres,

y lo que hay de débil en Dios es más fuerte que los hombres.

Digo que este famoso texto de san Pablo es un paralelo del desarrollo del Evangelio de Lucas a partir de ese momento de su relato. Este texto de san Pablo nos da la verdadera clave del desarrollo y de la sabia construcción de Lucas. Volvemos a hallar en Lucas el mismo

equilibrio de ideas y de palabras, *milagros—escándalo, sabiduría—locura,* y, en el centro de gravitación de ese equilibrio, la persona de *Cristo crucificado,* resolviendo en sí misma las antinomias: en san Pablo, "el Cristo, virtud y sabiduría de Dios"; en Lucas, "el Cristo de Dios". El texto de san Pablo es el cañamazo del relato de Lucas: le da su arquitectura y su plena inteligibilidad.

"Los judíos piden milagros". No—hay sombra de reproche en esas palabras de san Pablo. Los milagros habían de ser el signo por excelencia que autentificaría la misión del Mesías. Todos los judíos atentos a su tradición habrían podido decir a Cristo lo que le dijo Nicodemo en una conversación nocturna. "Nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él" Estaba convenido desde siempre que el Mesías haría muchos milagros y que ése era para los judíos el medio de reconocerle como enviado por Dios. Los judíos habrían faltado a su deber de depositarios de las promesas y de los designios de Dios si no hubieran pedido milagros al Mesías. Jesús no tomó a mal esa petición: respondió con sobreabundancia: "Las obras... que hago... dan testimonio de que el Padre me ha enviado". Y luego: "Si no hubiera hecho entre ellos las obras que no ha hecho ningún otro, no tendrían pecado".

Los judíos, pues, tenían perfecta razón en exigir milagros a Cristo. Juan Bautista, que representa muy evidentemente y con ostentación la tradición de Israel, la profecía de Israel, la exigencia de Israel, debía entrar por fuerza en ese juego. Lucas cuenta: "Juan, llamando a dos de sus discípulos, les envió ante el Señor, a decir: —¿Eres tú el que tiene que venir, o esperamos a otro?—. Al presentarse ante él, los hombres dijeron: —Juan el Bautista nos ha mandado a verte para decir: "¿Eres tú el que tiene que venir o esperamos a otro?"—. "En ese momento, él curó a muchos de enfermedades, llagas y espíritus inmundos, y a muchos ciegos les concedió la gracia de ver. Entonces les contestó: —Id a anunciar a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los tullidos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les da la Buena Noticia. Y *feliz el que no se escandaliza de mí."*

Muchos se han roto la cabeza para explicar este mensaje de Juan. Si Juan había reconocido a Jesús en el Jordán, si le había designado como "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo"; ¿por qué ahora hace a Jesús una pregunta que expresa la incertidumbre? Me parece claro que Juan creyó en Jesús, que creyó con fe profética y teologal, pero ¿por qué la fe de Juan iba a ser de naturaleza y costumbres diferentes que nuestra fe? Bernanos decía: "¿La fe? Es veinticuatro horas de dudas, menos un minuto de esperanza". Y bien sabe Dios si Bernanos tenía fe... Por lo demás, la fe puede tener un estilo diferente en cada cual. Para mí, la fe sería más bien veinticuatro horas de certidumbre, menos un minuto de desesperación ardiente. Por lo que toca a Juan, pienso que, en su prisión y antes de morir, quería poner a sus discípulos en situación de juzgar por sí mismos y según la exigencia judía, según la tradición y la ortodoxia judías, de la mesianidad de Jesús.

Así es como Jesús comprende el mensaje de Juan. Es notable que, a ese mensaje, no responda inmediata ni directamente. Comienza por deslumbrar a los dos mensajeros con un fuego de artificio de milagros: los judíos exigen milagros, pues bien, ahí llovían. Luego Jesús cita un texto mesiánico de Isaías que atribuye precisamente al Mesías el don de los milagros. Jesús hace incluso un montaje de varios textos. Pero el capítulo XXXV de Isaías a que se refiere sobre todo es un salmo típicamente mesiánico y escatológico. Finalmente, tras esa brillante tirada de milagros y de citas mesiánicas, Jesús concluye con una solemne bienaventuranza: "Feliz el que no se escandaliza de mí". La oposición *milagros—escándalo,* subrayada aquí por Lucas, no es, pues, de san Pablo; es del mismo Jesús.

Cuando partieron los dos mensajeros, Jesús insistió en la personalidad de Juan, definiendo su lugar en la economía de la salvación. "Os digo que entre los nacidos de mujer nadie es mayor que Juan Pero el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él." Hasta Juan, estaban la Ley y los profetas; después, se proclama el Reino de Dios, y todos quieren entrar a la fuerza La línea que san Pablo reanudará con tanta elocuencia, continúa definiéndose: milagros, virtud o fuerza.

No se puede subrayar con bastante fuerza la insistencia de Cristo en vincularse, él mismo y su misión y su actividad, con ese último eslabón de la tradición de Israel, Juan Bautista. "De ése es de quien ha escrito: Mira que mando a mi mensajero ante ti, para que prepare el camino por delante de ti." Al vincularse solemnemente a Juan, Jesús asume toda la tradición de Israel, acepta responder a la exigencia de esa tradición: los indios exigen milagros. Se dice comúnmente que Jesús rechazó a Israel y que Israel le rechazó. Esa visión tan sencilla puede ser cómoda, pero yo la creo completamente falsa. Es cierto que hubo conflicto, conflicto a muerte, entre Jesús y la minoría intelectual de su nación, los fariseos y también los saduceos; sobre eso insistiré, pero, en tiempo de Jesús, ¿acaso esa minoría intelectual representaba a toda la nación? ¿La representaba de modo auténtico? Juan el Bautista, ¿no era un representante más típico, más auténtico, más completo, de su nación, de la vocación de esa nación y de su tradición más viva?

Lo que creo yo es que, en esa nación, esencialmente religiosa y cuyos problemas nacionales concernían todos a lo sagrado, Juan y su bautismo, teniendo como telón de fondo sin duda a los esenios, provocaron un corte en la nación, como el *affaire* Dreyfus en Francia a fines del siglo pasado, como la derrota y el régimen de Vichy en Francia durante la última guerra. Jesús dice: "Toda la gente que le oyó (a Juan), hasta los publicanos, dio gloria a Dios, bautizándose con el bautismo de Juan. Pero los fariseos y los sabios de la Ley rechazaron para ellos la voluntad de Dios, sin ser bautizados por él".

Y para hacerse entender mejor, Jesús dice en una parábola lo que reprocha a los hombres de ley: son *refinados,* es decir, gente que, a la larga, se ha endurecido el corazón contra aquello mismo que más debería tocarles. Desgraciados de ellos, pues ni la Musa de la Comedia ni la Musa de la Tragedia pueden tenderles una mano auxiliadora; Están igualmente perdidos para la risa como para las lágrimas, están perdidos para la humanidad, y, si están perdidos para la humanidad, ¿qué se quiere que haga con ellos Dios? "Se parecen a los niños que se sientan en la plaza y se gritan unos a otros eso que dice:

Hemos tocado la flauta y no habéis bailado; hemos cantado a muerto y no habéis llorado."

El bautismo de Juan era un signo con el que se reconocían los que estaban a favor de la tradición mística, profética y apocalíptica de Israel. Los que lo recibieron dieron la razón a Yahvé. El Evangelio toma partido netamente por ellos. La exploración del enorme montón de los manuscritos del mar Muerto probablemente nos dará sorpresas admirables. En la tradición de Israel, ¿por qué se iba a elegir forzosamente a favor de los fariseos y en contra de los esenios?

* * *

35 "Los griegos buscan la sabiduría." Como acaba de decir que los discípulos de Juan han dado la razón a Yahvé, Jesús dice ahora, y con segura solemnidad: "La Sabiduría ha sido justificada por todos sus hijos". Y para ilustrar estas palabras de Cristo, Lucas cuenta a continuación una de las más bellas escenas del Evangelio, la historia de la pecadora arrepentida y perdonada, que una tradición venerable y muy verosímil identifica con María Magdalena. A esa tradición me uno.

Su lugar en el Evangelio de Lucas convierte a María Magdalena en la contraposición exacta de Juan Bautista: como Juan representa la búsqueda griega de la Sabiduría3. Los arquitectos de la Edad Media reconocieron perfectamente el estrecho vínculo entre los dos personajes. El nártex de la basílica de Vézelay está dedicado a san Juan Bautista, que lo domina admirablemente, pero la propia basílica está dedicada a María Magdalena.

Tiberíades era una ciudad cosmopolita y muy helenizada; la corte de Herodes, tetrarca de Galilea, copiaba la corte de los emperadores y los príncipes griegos, en una época en que la moda y el snobismo eran propios de la cultura griega. María Magdalena, a los ojos de los judíos pecadora en la ciudad", era pagana de costumbres, si no de nacionalidad, y en ese sentido debía dar horror a los fariseos. Jesús, sin embargo, la recibe, se deja tocar por ella y se deja aun más conmover por sus lágrimas de arrepentimiento y de violento amor de adoración. Rompe un ánfora de perfumes preciosos y la vierte a los pies del Señor en supremo homenaje silencioso. En el curso de ese modesto banquete, es, más que Diótima en el *Banquete* de Platón, la hija de la Sabiduría, la que reconoce en Jesús a la misma Sabiduría encarnada, como Juan Bautista ha reconocido en él al Mesías taumaturgo, que recibió la unción del Espíritu Santo y la investidura de Hijo de Dios.

Y Jesús concluye esta escena admirable diciendo al dueño de la casa, que era fariseo: "Se le han perdonado sus pecados, aunque sean muchos, porque tiene mucho amor". Como dice aquí Ronald Knox, cuyos comentarios a los Evangelios son tan modestos, tan preciosos, tan profundamente inteligentes, el amor de Magdalena no es todavía ahí un amor de gratitud; Es un amor anterior al perdón, es un amor violento como una gran hambre o una gran sed;(Lc. 7,37-50) esa mujer está invadida de una necesidad de pureza y de perdón, hasta morir, y, con impulso infalible, reconoce en Jesús, con la misma claridad que Juan Bautista, "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo", y que la purificará. Ahí hay una eclosión imprevista de la Sabiduría griega, que nunca ha concebido la idea misma del pecado.

María Magdalena, con las manos siempre llenas de perfume, recorre el Evangelio con paso alerta, y, con toda la gloria de una belleza regia, va de banquetes en jardines, buscando la Sabiduría, el amor y el gozo. Como antaño con los Reyes Magos, con ella es toda la gentilidad, todo el mundo pagano, quien se prosterna a los pies de Jesús y le proclama Señor de Sabiduría, como Juan le ha proclamado Mesías. El paralelismo de san Pablo y de Lucas, expresado plenamente en esos dos asombrosos personajes, encuentra al fin su centro de gravedad, y es Jesús: "Los judíos quieren milagros, los griegos buscan la sabiduría, nosotros, en cambio, predicamos un Cristo crucificado..."

---

3 Sobre esta identificación de María Magdalena con el espíritu de la Sabiduría griega, véase al final la objeci6n de Maritain y la respuesta del autor. (N. *del T.)*

La noción y la palabra de Sabiduría, sin embargo, no eran nuevas en el propio Israel. Pero su introducción era relativamente reciente, contemporánea de la realeza, cuando Israel, ya establecido como clan, había llegado a ser además una ciudad. La patria de la Sabiduría no es el clan; es la ciudad. La "Sabiduría" de Israel empezó por ser una colección de proverbios empíricos, un poco rastreros, en el sentido en que se habla de la "sabiduría de las naciones". Pero la inquietud especulativa y la preocupación religiosa de ese pueblo no podían quedarse ahí. Los reyes de la tierra—y especialmente, Salomón, rey judío, eran renombrados por su sabiduría, y los judíos no tardaron en preguntarse si Dios, su Dios, también tenía una Sabiduría, y cuáles podían ser las relaciones de Dios con su Sabiduría.

También estuvo la influencia inevitable del helenismo. La más alta civilización humana estaba conquistando el mundo, no tanto por las armas cuanto por la tranquila irradiación de la inteligencia y del arte. Se definía por una búsqueda de la Sabiduría y una familiaridad con ella: la palabra "filosofía" no quiere decir otra cosa. Los judíos soñaron una Sabiduría de su Dios por encima de la de Sócrates o Platón, como el cielo está por encima de la tierra. Se prohibían todas las artes plásticas por miedo a la idolatría. La Sabiduría de su Dios llegó a ser el arte mismo de su Dios, que desde el comienzo estaba en sus consejos para crear y organizar el universo. Dios había creado el mundo con su Palabra; también la había creado por su Sabiduría: los judíos identificaron la Sabiduría con la Palabra de su Dios.

El Señor me estableció al principio de sus tareas,

Al comienzo de sus obras antiquísimas.

En un tiempo remotísimo fui formada,

Antes de comenzar la tierra.

Antes de los abismos fui engendrada,

Antes de los manantiales de las aguas.

Todavía no estaban aplomados los montes,

Antes de las montañas fui engendrada.

No había hecho aún la tierra y la hierba,

Ni los primeros terrones del orbe.

Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo;

Cuando trazaba la bóveda sobre la faz del abismo;

Cuando sujetaba el cielo en la altura,

Y fijaba las fuentes abismales.

Cuando ponía un límite al mar:

Y las aguas no traspasan su mandato;

Cuando asentaba los cimientos de la tierra,

Yo estaba junto a él, como aprendiz,

Yo era su encanto cotidiano,

Todo el tiempo jugaba en su presencia:

Jugaba con la bola de la tierra,

Gozaba con los hijos de los hombres.

En otro lugar, la Sabiduría es explícitamente descrita como "salida de la boca del Altísimo". Una cosa me impresiona particularmente en este último contexto, y es que la Sabiduría es comparada a uno de esos perfumes litúrgicos, difundidos bajo la Tienda que protegía la presencia del Dios de Israel. Cuando Lucas escribe que "la Sabiduría ha sido justificada por todos sus hijos", se ve cómo el homenaje silencioso pero perfumado de María Magdalena tenía quizá un alcance de adoración que no se puede comprender bien más que si se dirigía a una presencia que era el centro milenario de culto en Israel. María Magdalena, como

Juan Bautista, fue directamente a lo que había de esencial en Jesús, al misterio flameante de su Encarnación, redentora de todos sus pecados.

¿Qué mejor homenaje rendido a la Sabiduría que seguir sus enseñanzas, poniéndose "a sus pies"? La *Bible de Jérusalem* señala con razón que ponerse a los pies de un sabio, es explícitamente hacerse y proclamarse discípulo suyo. San Pablo dirá más tarde que "se ha formado a los pies de Gamaliel". No cabe dejar de notar que, en el relato de la pecadora perdonada, y con riesgo de recargar su estilo, pero con la voluntad decidida de subrayar una situación, Lucas menciona siete veces los pies de Cristo, para señalar que esa mujer se ha hecho la discípula por excelencia de la Sabiduría divina, lo que repetirá una vez más a propósito de María en Betania, que, "sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra". Los Evangelistas son escritores precisos.

36 Ahora Lucas va a desarrollar el tema *Sabiduría—Palabra—de—Dios,* como ha desarrollado el tema *Milagros.* Escribe de Jesús: "Y sucedió después que fue de camino, a través de pueblos y aldeas, dando la Buena Noticia del Reino de Dios, y con Él iban los Doce, y algunas mujeres que se habían curado de espíritus inmundos y enfermedades: María la que llamaban la Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, la mujer de Juza, intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que les ayudaban con sus bienes".

Doce hombres, los apóstoles, más bien sencillos y pobres; entre ellos, sin embargo, un agente del fisco, cuando tales hombres eran particularmente despreciados entre los judíos y tenidos por pecadores. Algunas mujeres, más bien ricas y afortunadas, ciertamente elegantes y bellas, habituadas a la corte de los reyes, y, en primer lugar, María Magdalena. La caravana debía producir un efecto bastante curioso. ¿Qué le importa a Cristo? Él había elegido a sus compañeros de camino, no por su fortuna, aun cuando la tuvieran, no por su belleza ni por su elegancia, aun cuando alguna de las mujeres de su comitiva fuera soberbia, no por su

inteligencia ni por su habilidad, ni aun por su reputación, ya que la reputación de Mateo y de María Magdalena estaba perdida, sino por su receptividad de discípulos, su docilidad, es decir, por su fe en el, su amor por él, su aptitud para ser discípulos de la Sabiduría y servidores de la Palabra.

Jesús propone entonces una serie de parábolas. La parábola era un género literario muy honrado entre los semitas. En mi libro *La doctrina de Jesucristo* me propongo estudiar ese género literario a causa de su excepcional importancia en el Evangelio. A Jesús le gustaba mucho sumergir su revelación en el enigma de la parábola.

No obstante, Lucas presenta aquí una parábola que no dejaré pasar, porque, como ha notado Ronald Knox, expone en términos velados el programa de Jesús para una Iglesia universal; a tal título, tiene valor de acción histórica como de enseñanza. Jesús expone ahí su concepción central de la Palabra—Sabiduría de Dios. Esta palabra quizá va aún más lejos de lo que se imagina comúnmente. He aquí, pues, esa famosa parábola:

"Salió el sembrador a sembrar su semilla. Al sembrarla, algo cayó al borde del camino, lo pisaron, y los pájaros del cielo se lo comieron. Otro poco cayó en terreno pedregoso, y al brotar se secó por falta de humedad. Otro poco cayó entre zarzas, y las zarzas, creciendo al mismo tiempo, lo ahogaron. El resto cayó en tierra buena, y al crecer dio fruto al ciento por uno.

"...El sentido de la parábola es éste: La semilla es la Palabra de Dios. Los del borde del camino son los que escuchan, pero luego viene el diablo y se lleva la Palabra de sus corazones, para que no crean y no se salven. Los del terreno pedregoso son los que, al escucharla, reciben la Palabra con alegría, pero no tienen raíz; son los que por el momento creen, pero en el momento de la prueba fallan. Lo que cayó entre zarzas son los que escuchan, pero con los afanes y riquezas y placeres de la vida, se van ahogando y no maduran. Lo de la tierra buena son los que, con un corazón noble y bueno, escuchan la Palabra, la guardan y perseveran hasta dar fruto."

La explicación que el propio Jesús ha dado de esta parábola está bastante clara. No obstante, si es lícito meditar y buscar todas sus implicaciones, sorprende la clave de la parábola: la *semilla,* es la Palabra de Dios. Se piensa en el pacto de la antigua Alianza, en que Dios insiste tanto en la *semilla* de Abraham. En las primeras palabras de la propia parábola, la solemnidad de la repetición nos advierte la eminente dignidad del personaje puesto en escena: "Salió el *sembrador* a *sembrar su semilla."* Se trata *del* sembrador, no de un sembrador, es el sembrador por antonomasia, es decir, de Dios mismo, porque la semilla es la Palabra de Dios, es decir, el mismo Cristo.

Todavía estamos en uno de esos puntos de confluencia en que estalla la estrategia de Jesucristo, reveladora de él mismo. Ha sugerido que él es el Templo, es decir, la Presencia divina en medio de su pueblo; ha sugerido que es la Sabiduría y la Palabra de Dios; Ha tomado el título apocalíptico de Hijo del hombre; ahora sugiere que es *la Semilla* por excelencia, semilla de Dios, pero también semilla de Abraham, a quien se hicieron las promesas y sobre la que se estableció la Alianza. Él, siempre él, en el extremo de todos los caminos de la exigencia de Israel, pero también de los hombres que buscan.

Con la parábola del sembrador, Lucas da de la Iglesia una imagen simétrica a la que ha dado al contar la pesca milagrosa. A un lado, el mar, y Jesús de pie, en una barca llena de peces; al otro, la tierra, una tierra sin fronteras, y el sembrador que la recorre a grandes

zancadas y que, con prodigalidad loca, lanza a manos llenas su simiente. Es el carácter indefinido lo que Jesús quiso subrayar en los primeros esbozos que dio de su Iglesia.

El evangelista Mateo, en otra parábola, reveló aún mejor la nota universal, católica y propiamente épica de la nueva Iglesia. Se trata de la parábola del campo sembrado a la vez de buen grano y de cizaña; cuando explica esta parábola, Cristo lo hace en una especie de poema de fabulosa envergadura:

El que siembra la buena semilla, es el Hijo del hombre:

el campo, el mundo;

la buena semilla, son los hijos del Reino;

la cizaña son los hijos del Malo,

y el enemigo que la siembra, es el diablo;

la cosecha es el fin del tiempo,

y los cosechadores, los ángeles.

Se nos corta el aliento, pero eso dice muy bien lo que quiere decir. Ahí están las verdaderas dimensiones de nuestra religión y de la Iglesia de Cristo, coextensivas con el universo, con todo el desarrollo del tiempo, y con la eternidad. Quien lo vea con menos grandeza no está en buena disposición para ser cristiano.

Se puede notar la diferencia de interpretación entre esta parábola y la del sembrador. Aquí, el Sembrador es el Hijo del hombre, y la semilla son los hijos del Reino. Pero lo idéntico en ambos casos son las perspectivas universales: El campo, es el mundo; la cosecha es el fin del tiempo. Por lo demás, tales parábolas siempre tienen una significación polivalente. Una interpretación no excluye a la otra, sino que, por el contrario, la incluye. ¿Qué dice, por lo demás, Juan el evangelista? "El Hijo de Dios ha venido para destruir las obras del Diablo. Quien ha nacido de Dios, ya no peca, porque la *Semilla de Dios* permanece en él, y no puede pecar porque ha nacido de Dios.

Y ¿de cuándo data esta visión religiosa del mundo? San Pablo la hace remontar explícitamente a Abraham. "No por medio de la Ley, sino por medio de la justificación de la fe, se le hizo a Abraham y a su *semilla* la promesa de ser herederos del mundo." Verdaderamente, desde el *Génesis* hasta las últimas epístolas de san Juan, y en toda la Sagrada Escritura, no hay nada tan consistente en su significación, tan rico en analogías, y tan pleno de virtualidades inteligibles como la noción y la palabra misma de *Semilla.*

Cuando san Pablo afirma que el mundo entero, el tiempo y la eternidad, están en la herencia de Abraham, no innova nada; está en la pura tradición judía. La *Mekilta* escribe: "Y así ves que Abraham nuestro padre, por el solo mérito de la fe que tuvo en Yahvé, heredó de este mundo y del otro, como se ha dicho; y creyó en Yahvé y Yahvé se lo contó como justificación." Por la fe y por la justificación que produce podemos reivindicar el universo y la eternidad. La tierra prometida de Canaán no era nunca más que una etapa, una prenda, un trampolín, con vistas a una extensión universal en el espacio y en el tiempo de la bendición de

Abraham que había de extenderse infaliblemente a todas las naciones.

* * *

37 También en el famoso pasaje de la Primera a los Corintios, en que judíos y griegos se reconcilian en el Cristo crucificado, san Pablo concluye: "Cuidad de vuestra vocación". La vocación no es más que el destino de la Palabra de Dios sobre tal o cual hombre. Lucas refiere aquí un consejo de Cristo que dice lo mismo: "Mirad entonces cómo escucháis".

Luego, al seguir desarrollando la línea Palabra—Sabiduría, Lucas presenta un episodio que es la conclusión remota del escándalo de Nazaret. "Se presentaron entonces a verle su madre y sus hermanos, y no podían llegar hasta él por la multitud. Y le avisaron: —Tu madre y tus hermanos están fuera queriendo verte—. Pero él les replicó: —Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la cumplen". Marcos dice: "El que haga la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre".

Así continúa la persecución familiar, la más obstinada de las persecuciones. Lucas, que es un escritor púdico, no se ha atrevido a decirnos explícitamente que el apóstol Mateo había sido publicano, ni que María Magdalena había sido "pecadora en la ciudad"; no quiere marcar con trazo demasiado duro esta escena. Juan nos dice: "Ni sus hermanos mismos creían en él". Y Marcos, que no se anda con rodeos, escribe crudamente: "Los suyos salieron a llevársele, porque decían: —Está fuera de sí—". ¡Encantadora familia! Lo que quería la familia de Jesús para él, era peor que la cruz: era la celda de castigo. Después de todo, esa familia era como muchas otras, ni mejor ni peor. Pero, de todos modos, es de significación sorprendente que fuera la parentela más próxima de Jesús la que se atreviera a decir de Jesús que "estaba fuera de sí"; Él, que era la Sabiduría en persona. Al menos, continúa el balanceo: Milagros y Escándalo, Palabra—Sabiduría y Locura.

Y María, la madre de Jesús, ¿por qué estaba entre esa gente? Como todas las buenas madres en los conflictos de ese género, servía de rehén' inauguraba sus funciones de mediadora y de abogada, en una atroz querella familiar en que estaban comprometidos el honor y la misión de su hijo. Es de notar que, en el momento del proceso y de la ejecución de Jesús, salvo su madre y una hermana de su madre, toda esa ruidosa parentela había desaparecido. Debían estar en sus casas, moviendo la cabeza gravemente, comunicándose la certeza de haber tenido razón y diciéndose que así es como tenía que acabar. Así son las familias.

A los intentos de su parentela, Jesús da una respuesta liberadora, negando para siempre toda legitimidad a la tiranía familiar. No se reconoce otra familia ni otra parentela que los que escuchan la palabra de Dios, los que ponen en práctica y cumplen la voluntad de Dios. Está muy lejos de rechazar a su madre: proclama que la grandeza de esa mujer no fue tanto el hecho carnal de haberle traído al mundo cuanto su obediencia espiritual a la Palabra de Dios, desde su respuesta al ángel: "Hágase en mí según tu palabra", hasta el consentimiento doloroso al pie de la Cruz.

El pensamiento de Lucas sobre este tema está muy claro. Ha conocido a la Virgen

María, ha obtenido de ella muchas informaciones. Ella era para él el vaso precioso en que se había encarnado la Palabra de Dios, el "Trono de la Sabiduría", como dicen las letanías. También es Lucas quien señala este rasgo en la historia de Jesucristo: "Mientras Jesús hablaba ala gente, una mujer entre la multitud levantó la voz diciendo: —¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!—. Jesús le responde, y, como a propósito de Juan Bautista y de la exigencia judía de los milagros, proclamó esta bienaventuranza: "Felices los que no se escandalicen de mí", aquí, a propósito de su madre, concluye siguiendo la línea de la búsqueda de la Sabiduría—Palabra: "—Mejor: ¡Felices los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen!—."

Se me acusará de nutrir sentimientos antinaturales contra la familia y la patria chica, y aun quizá contra la grande. Trato simplemente de leer en el Evangelio lo que en él está escrito. Jesús, por lo demás, no condena ni a la familia ni a la patria: ¿cómo se va a condenar el aire que se respira? Jesús nos explica que hay que desconfiar, de todos modos, de esas realidades sociales cuya propensión natural es la ferocidad y la falta de inteligencia. Hemos de desconfiar de los imperialismos biológicos y de los instintos gregarios, del instinto posesivo y de las idolatrías patrióticas. Una madre, una familia, una patria sólo son profundamente respetables en cuanto que también escuchan la Palabra de Dios, hacen la voluntad de Dios y respetan las vocaciones. Toda la grandilocuencia biológica que rodea esas realidades naturales no ha de impresionar a un cristiano.

* * *

38 El relato de Lucas continúa; no lo seguiré con detalle sino que trazaré sólo su perfil cimero. Paso varios episodios, uno de los cuales es especialmente importante—y sobre el cual volveré—: la multiplicación de los panes. Llego enseguida a una escena famosa, la llamada de la confesión de san Pedro. Lucas la cuenta así "Y ocurrió, cuando se había apartado a rezar, que preguntó a los discípulos que estaban con él: —¿Quién dice la gente que soy yo?—. Ellos contestaron: —Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; otros, un profeta de los antiguos que ha resucitado—. Y él les dijo: —Pero vosotros, ¿Quién decís que soy yo?—. Pedro contestó: —El Cristo de Dios—."

"Los judíos exigen milagros. Los griegos buscan la Sabiduría. Nosotros, en cambio, predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, pero para los llamados... el Cristo... (fuerza) de Dios (y Sabiduría) de Dios." Este texto que sirve de diagrama arquitectónico a este capítulo es como un tablero en que se desarrolla toda esa sección del relato de Lucas. Los personajes principales de la Iglesia primitiva ocupan cada cual su casilla en una relación precisa y singular con Jesucristo. Cierto que no se trata más que de un tablero simbólico, y la función de cada personaje solamente está acentuada; en la realidad, no es excluyente el ser a la vez ministro de la exigencia judía y servidor de la Palabra. No obstante, el juego de composición literaria de Lucas me parece que se ilumina mucho si se lee sobre tal tablero.

Juan Bautista ocupa la casilla de la exigencia judía. María Magdalena ocupa la casilla simétrica de la búsqueda griega. María, madre de Jesús, ocupa por excelencia la casilla de los servidores de la Palabra. Pedro tiene una casilla especial: es él el primero que llama a Cristo "Señor" y que le reconoce solemnemente como "Cristo de Dios".

Pero san Pablo no dice solamente "Cristo": dice "Cristo crucificado".

Es notable que, en el relato de Lucas, la confesión de san Pedro vaya seguida inmediatamente por la predicción, por Jesús, de su Pasión, y por su primera declaración sobre la cruz como único medio de llegar a ser discípulo suyo. Lucas y san Pablo están muy de acuerdo sobre la estructura de la Iglesia y los pilares de esta Iglesia.

Jesús añadió: "—Es preciso que el Hijo del hombre padezca mucho, y sea entregado por los ancianos y los sacerdotes y los sabios, y resucite en el tercer día—. Luego dijo a todos: —El que quiera venir detrás de mí, niéguese a sí mismo y cargue con su cruz todos los días, y sígame. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá, mientras que quien pierda su vida por mi causa, la salvará. ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, perdiéndose en cambio a sí mismo o destruyéndose? Si alguno se avergüenza de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga con su gloria y la de su Padre, y los ángeles santos. Es verdad que Dios ha puesto al universo en la herencia de Abraham y de su semilla, pero la condición para reivindicar ese patrimonio es haber sabido «'guardar su alma, su vida".

La estrategia de Cristo, en la revelación salvadora que nos hace de sí mismo y de su Iglesia, es decir, de la reunión de la humanidad a su alrededor, le vuelve siempre a llevar suavemente al punto de convergencia de todas las perspectivas. Pero no está ahí de cualquier manera, está en cuanto crucificado. Un gran pintor, para definir el centro de composición de un cuadro que emprende, comienza por trazar en el lienzo blanco una cruz, que no está por fuerza en el centro de la tela. Estúdiense de cerca los grabados de Goya, y se verá cómo ese centro de composición puede desplazarse respecto al centro geométrico del borde, desplazarse a veces hasta quedar fuera del grabado.

Es eso exactamente. El hombre nace en el centro geométrico de un cierto marco familiar, moral, social, nacional. En el arranque, todo está en su sitio; no se le pide verdaderamente más que dejarse vivir y morir, según el sentido predeterminado que sólo puede ser el buen sentido, en el lugar geométrico de un marco seguro. En el arranque, ¡qué claro está todo, con una claridad abrumadora! Luego una mano invisible dibuja en algún sitio una crucecita, muy lejos de ese centro natural, y poco a poco todo se reorganiza según una gravitación universal hacia esa crucecita. Es decir, que, para empezar, todo se desorganiza respecto a lo que estaba tan maravillosamente arreglado.

En este punto, Lucas no se muerde la lengua: "Quien, para venir a mí, no desdeñe a su padre y a su madre y a su mujer y sus hijos y sus hermanos y hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío. Quien no tome su cruz para venir detrás de mí, no puede ser discípulo mío." Se pretende explicarnos que el cristianismo es una fuerza de conservación social, es decir, por esencia, una fuerza de inercia. Leo y releo el Evangelio. Me parece sobre todo que la fidelidad verdadera a una vocación cristiana debe manifestarse ahí con la asolación. Claro que el contexto familiar aquí tiene una significación más extensa que el peso del círculo social inmediato. El tierno enemigo del hombre está sobre todo en el hombre. San Juan de la Cruz lo comprendió y explicó perfectamente.

Sólo las grandes vocaciones artísticas ofrecen alguna analogía—simple analogía, claro está—con una vocación cristiana. Se preguntaba a William Faulkner cuál era la ley suprema en arte y respondió así: *Kill your darlings!* “¡Matad a vuestros predilectos!”. Todos los verdaderos artistas comprenderán muy bien lo que quería decir Faulkner, y que no era en absoluto una broma. Las palabras de Cristo tampoco son una broma ni una exageración verbal.

He ahí bien definidas, en el texto de san Pablo, todas las partes integrantes de la Iglesia. En el relato de Lucas, cada una de las partes integrantes lleva un nombre querido a la devoción de los cristianos. Se puede seguir siendo hombre con un brazo 0 un ojo menos, pero para ser un hombre perfecto, vale más tener los dos brazos y los dos ojos. Lo mismo, yo no digo que no se pueda seguir siendo cristiano si se descuida a tal o cual de las personalidades del Evangelio que gravitan en torno a la personalidad transcendente de Cristo. Pero creo que, para la plena comprensión de la acción de Jesucristo y de su Iglesia naciente, conviene poner alrededor de él a cada cual en su sitio, a Juan Bautista, María Magdalena, Pedro, y la Cruz, tal como los hallamos en el Evangelio. Todos forman alrededor de Jesús una constelación armoniosa en que cada cual tiene su peso y su función. Y todos juntos alrededor del Señor, son esencialmente el núcleo de la primitiva Iglesia.

La Cruz, en un punto cualquiera pero definido por Dios: ese es el principio imaginativo y creador de un destino humano, principio que empieza por desorganizar todo lo demás. Lo he visto raras veces, pero lo he visto: Simone Weil me dio esa impresión con intensidad renovadora. Esa discípula preferida de Alain el racionalista, esa profesora de la cartesiana Universidad francesa, no tenía más que dejarse vivir, verdaderamente. ¿Qué iba a hacer en la guerra de España, y en las filas republicanas? ¿Qué iba a hacer en las fábricas, trabajando en cadenas de montaje? ¿Qué iba a hacer como obrera agrícola en las granjas del Sur de Francia? ¿Qué iba a hacer en Londres en 1942? Trastornó su vida y su muerte, en relación con un centro magnético que la atraía irresistiblemente, y que era esa crucecita dibujada, antes que ella naciera, en el lienzo bien blanco y bien tenso de una buena familia burguesa y de la venerable Universidad francesa. El resultado es muy singular.

¿Y Tolstoi? Por un lado, se puede muy bien admirar al novelista de *Ana Karenina* y de *guerra y paz;* por otra parte, se puede muy bien rechazar la exégesis de los Evangelios propuesta por Tolstoi, y que, en efecto, me parece un poco corta; Pero ¿quién no habría de amar al gran anciano glorioso que se escapó una noche de su casa como un ladrón y agonizó en la sala de espera de la estación de Astapovo? Nos dicen que, cuando salió de su casa, no sabía dónde iba. No importa, otro lo sabía por él y él obedecía.

En este punto del Evangelio hay una de esas anomalías que, para mí, son signos de veracidad histórica. Cosas que no se inventan. Cristo habla de la cruz para sus discípulos: todavía no habla explícitamente de ella para él mismo. Prevé, en términos generales, su pasión, la traición, su muerte y su resurrección, pero sin hablar del instrumento preciso de su muerte. "—Vosotros meteos bien en los oídos estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres—." Lucas añade, patéticamente: "Pero ellos no entendieron estas palabras, que les quedaron veladas, de modo que no las comprendían y les daba miedo preguntarle sobre esas palabras." ¡Buena gente! Todos estamos ahí. Hay signos precursores, erguidos y presentes en medio de nuestras vidas, pero velados de negro; hacemos como si no los observáramos, y, sobre todo, sobre todo, que nadie levante el velo...

Sin embargo, es curioso que, en ese momento de su vida, Cristo hable tan claramente de la cruz para sus discípulos y no hable de ella para él. ¿Se parecería a esos rayos de la guerra que gritan a sus hombres "¡adelante!" quedándose prudentemente en la trinchera de partida? Los acontecimientos mostraron muy bien la realidad. Jesucristo abre todos los caminos, incluido el camino de la cruz. Pero predecir el suplicio de la cruz a sus discípulos es lo contrario de la demagogia. Es como si un jefe de hoy prometiera a sus partidarios la guillotina, o la silla eléctrica, o la horca, según los países. Hacía falta que los oyentes de Cristo tuvieran un alma muy grande para seguirle, aunque fuera un trecho.

Por parte de Cristo, siempre es la misma la estrategia.

Pero ¿qué estrategia? No una estrategia moderna que se confunde cada vez más con los medios materiales de la guerra. Ni siquiera una estrategia a lo Moltke, que no es más que un ' sistema de recursos", sino una estrategia a la antigua, la que reinó sobre los campos de batalla desde Alejandro hasta Napoleón y que prácticamente se confunde con la personalidad del capitán: el plan, es el jefe.

El plan de Jesucristo sobre el destino del mundo, sobre el destino de cada cual de nosotros, es él mismo, Jesucristo, crucificado, él, siempre él, nada más que él, erguido en la confluencia de todas las líneas de fuerza. Sin embargo, se cuida de situarse más allá del mundo: tal es también la significación de la cruz: "Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí". Hablaba yo de una cruz en el lienzo blanco. En realidad, como para algunos cuadros extraordinarios, hay que buscar su centro de composición en el exterior del lienzo. Y la sabiduría humana se queda corta cuando busca el secreto del hombre y del universo en el interior del universo.

"Es gloria de Dios velar su palabra; es gloria de los reyes desvelar su sentido." La inteligencia moderna ha cortado el cordón umbilical que la unía a los designios divinos, ha renegado deliberadamente de toda función real y de toda ambición de verdadera Sabiduría. Desde Descartes, la filosofía se ha encarnizado buscando la clave del universo en el interior del universo; ahora la filosofía sabe que el universo no entrega su secreto, quizá porque no tiene secreto, y no propone más que charadas. El hombre y el universo se han vuelto definitivamente opacos, el universo es un discurso sin orden ni consecución, el hombre es un enigma para sí mismo. Pues bien, yo prefiero esa capitulación sin condiciones al absurdo antes que la falsa claridad, la falsa perspectiva, el cobarde optimismo de la "filosofía de las luces". El próximo paso de la filosofía debería ser una rebelión contra su propia derrota, un sobresalto de heroísmo contra su presente humillación.

Cierto que el cristianismo no lo explica todo, y la Iglesia de Jesucristo no es una máquina electrónica que dé en unos segundos las fórmulas completas del hombre y del universo. El Hijo del hombre no se comparó a un matemático, ni tampoco a un ingeniero, ni a un experto en contabilidad cuyo balance sea infalible; Se comparó a un campesino salido a sembrar su grano. La cosecha no es para mañana. El cristianismo es la religión de la espera, de la paciencia, de la esperanza, de un riesgo tomado y mantenido voluntariamente, de la constancia a través de las intemperies. La Iglesia es la casa del labrador que ha sembrado y que espera, casa de inquietud y de confianza antes de la cosecha. Esta espera será tan larga como la historia por la sencilla razón de que "la cosecha es el fin del tiempo".

Todavía no es ocasión de explicar todo el valor de redención del hombre y del universo contenido en la cruz. Sólo por ella llegamos a ser herederos del mundo, y el mundo es para nosotros una casa hecha para nosotros, no una jaula, no una prisión, no un desierto, sino nuestra casa, nuestro hogar. El Cristo crucificado está en el foco de convergencia de todas las líneas componentes del pasado, y también está en el foco de convergencia de todas las trayectorias que se hunden en el porvenir. Sabemos que juzgará al mundo y que entonces su Cruz brillará en el cielo. Le adoraremos, no por habernos dado la razón, sino por habernos salvado.

* * *

39 Antes de terminar esta sección de su Evangelio, Lucas cuenta un fenómeno extraño y fantástico, exactamente enmarcado por las dos primeras predicciones de Jesús referentes a su Pasión. Es el acontecimiento de la Transfiguración lo que da así a la Cruz su fondo de gloria.

"Tomando a Pedro y a Juan y a Santiago, subió al monte a rezar. Y ocurrió que, cuando rezaba, su cara cambió de aspecto y sus ropas resplandecieron de blancas. Y se vieron dos hombres conversando con él, que eran Moisés y Elías, aparecidos en gloria, y que le hablaban de su partida, que se iba a cumplir en Jerusalén. Pedro y los que iban con él estaban cargados de sueño, pero, manteniéndose despiertos, vieron su gloria, con los dos hombres que estaban a su lado. Y cuando estos se alejaban de él, Pedro dijo a Jesús:

—Maestro, bueno es que nos estemos aquí, y haremos tres pabellones, uno para ti, otro para Moisés, y otro para Elías—. (No sabía lo que decía). Mientras hablaba así, se formó una nube que les cubrió con su sombra, y se aterraron al entrar en la nube. Y salió de la nube una voz que decía: —Este es mi Hijo elegido: escuchadle—. Y después de surgir la voz, Jesús se encontró solo."

La puesta en escena de esta teofanía es tradicional. Evoca las teofanías más solemnes de Israel, las del Horeb. Por su esplendor, aumenta la teofanía del Jordán. La gloria de Jesús es aquí de un deslumbramiento insostenible: está revestido personalmente de la divinidad. Para afirmar que la presencia de Dios que, hasta allí, había acompañado al pueblo de Israel bajo la tienda del Tabernáculo o bajo el Templo de Jerusalén, se ha trasladado definitivamente a Jesús, la antigua nube terrible que envolvía esa Presencia desciende majestuosamente sobre la montaña. La presencia deferente de Moisés y de Elías manifiesta la continuidad en los designios de Dios y la reverencia de la Antigua Alianza hacia la Nueva. Jesús, Moisés, Elías, los tres son contemporáneos en el plano de Dios. Es uno de esos momentos privilegiados en que se percibe el tiempo bebiendo eternidad en su fuente, como un niño aferrado al seno de su madre. El mandato solemne que cierra esta teofanía, *Escuchadle*, repercute de época en época, y es el mandato que funda la Iglesia para siempre. Es tan absoluto, entero, supremo, que todo lo que venga luego le hará eco; está tan por encima del tiempo, que todo lo que pasó antes parece ser también un eco de ese mandato.

En efecto, está escrito en la Ley de Moisés: "Yahvé, tu Dios, suscitará para ti, de en medio de ti, de entre tus hermanos, un profeta como yo: *A él escucharéis.* Eso es todo lo que has pedido a Yahvé, tu Dios, en Horeb, en el día de la Asamblea, diciendo: —No empezaré a oír otra vez la voz de Yahvé, mi Dios; ya no veré más ese gran fuego, y así no moriré—. Entonces Yahvé me dijo: —Han dicho bien lo que han dicho. Suscitaré de en medio de sus hermanos un profeta como tú, y pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande. Y al hombre que no escuche mis palabras, las que pronuncie en mi nombre, le pediré cuentas."

Los judíos hacían proceder de ese diálogo entre Dios y Moisés la institución del profetismo, la definición misma del papel del profeta: pronunciar en el nombre de Dios las mismas palabras que Dios pone en su boca. Pero Jesús es la Palabra misma de Dios, y consuma y acaba en él toda profecía. Desde ahora, toda la religión es escucharle y poner en práctica lo que dice.

San Juan de la cruz ha explicado muy bien la función de clave de bóveda de la

revelación que cumple esta escena de la Transfiguración. Soporta y completa toda la arquitectura profética del Antiguo Testamento. Con ella, el edificio de la revelación divina queda concluido. No hay más que ponerle la cruz encima. Muestra cómo bajo la antigua Ley, era conveniente, lícito y deseable para los profetas y los sacerdotes interrogar a Dios sobre el Mesías que vendría, y que era el objetivo y la finalidad de esa Ley. Y Dios respondía por fragmentos, en cuanto era necesario a cada etapa de esa larga peregrinación en el tiempo y a la interrogación que fue la historia del pueblo elegido. Ese pueblo preguntaba a Dios sobre la esperanza que había recibido de él. Y Dios tenía que responder, para mantener esa esperanza. Pero desde la teofanía de la Transfiguración sobre el monte Tabor, Dios, habiéndolo dicho todo en su Hijo, queda ya "como mudo".

A todas las solicitaciones a salir del silencio con revelaciones particulares, Dios podría replicar: "Puesto que te he dicho ya todas las cosas en mi Palabra que es mi Hijo, no tengo más palabra que pueda ahora responderte nada ni revelarte más que eso. Fija los ojos en él solo, pues en él lo he dicho todo, lo he revelado todo, y encontrarás en él más aún de lo que deseas y preguntas... Si fijas los ojos en él, lo encontrarás todo, pues él es toda mi palabra y mi respuesta. Él es toda mi visión y toda mi revelación; todo os ha sido dicho ya, respondido, manifestado y revelado, cuando os le he dado por hermano, compañero y maestro, como rescate y recompensa.

"Desde el día en que bajé sobre él con mi espíritu en el monte Tabor diciendo: "Este es mi Hijo amado en quien me he complacido: *Escuchadle"*, he dejado todas esas antiguas formas de enseñanzas y respuestas, y se lo he dado todo a él. *Escuchadle*, porque no tengo más que revelar, ni más que manifestar. Si he hablado antes, era para prometer a Cristo; y si me preguntaban, eran preguntas que iban todas a la pregunta y a la esperanza de Cristo, en quien se hallaría todo, como ahora lo declara la doctrina de los evangelios y de los apóstoles."

En el desarrollo de Lucas, se ve muy bien cómo la Transfiguración es el broche precioso que cierra en la Persona de Jesús la búsqueda de la Sabiduría y la exigencia de los milagros.

Los judíos exigen milagros: aquí hay uno en la pura tradición de las teofanías de Israel, y que tiene por testigos a los dos mayores profetas de Israel, Moisés y Elías. Es el milagro por excelencia, el signo de los signos, la presencia misma de su Dios bajo la nube espantosa y sagrada. Lo mismo que después de Jesús ya no hay necesidad de revelación particular, después de él los milagros ya no tendrán la misma importancia. Hasta él, su función principal era hacernos esperar y hacernos reconocer al Mesías, pero ya está ahí él, milagro subsistente de la presencia de Dios entre nosotros.

Los griegos buscaban la Sabiduría; que ya no busquen más. Ahí está: es la Palabra misma de Dios, sembrada en tierra. La Sabiduría de las sabidurías está en escuchar esa Palabra y ponerla en práctica.

En ese momento, el último de los profetas de Israel, Juan Bautista, ha muerto. Con él, la profecía ha callado ante la Palabra.

* * *

40 He ahí, pues, la Iglesia de Jesús.

"Él es nuestra paz, él que hizo de los dos un solo pueblo, destruyendo la barrera que los separaba, eliminando el odio en su carne, esa Ley de los preceptos con sus ordenamientos, para crear en su Persona los dos en su solo hombre nuevo, hacer la paz y reconciliarles con Dios, los dos en un solo Cuerpo por la Cruz. En su Persona, mató el odio. Entonces vino a proclamar la paz, paz para vosotros que estabais lejos, y paz para los que estaban cerca. Por él, en efecto, los dos en un solo Espíritu, tenemos acceso al Padre. Así pues, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino que sois compatriotas de los santos y de la familia de Dios, edificando sobre el cimiento de los apóstoles y de los profetas, y con el mismo Jesucristo por clave de bóveda, en quien toda construcción crece ajustándose como Templo santo en el Señor; en quien también vosotros os integráis a la edificación para ser morada de Dios en el Espíritu."

Hay que leer, sobre este texto de san Pablo, el comentario de santo Tomás de Aquino, donde explica que la asamblea de los fieles, si se la considera de manera vertical por referencia al patriarca fuente de vida, que es Dios, resulta verdaderamente una "casa, *(domas)*, una familia: pero si la considera de manera horizontal en las relaciones de los diversos miembros entre sí, es entonces la ciudad de los santos. Los actos de pertenencia a esa ciudad son los actos de la fe, de la esperanza y de la caridad.

Jesús es el rey elegido de esta ciudad de los santos, igual que es naturalmente el jefe del "clan", de la familia de Dios.

XVI

EL CUERPO Y LAS ÁGUILAS

41 Al seguir el relato de Lucas, he omitido voluntariamente un acontecimiento que, sin embargo, tiene una gran importancia en la historia de Jesucristo. Precisamente por esa importancia me reservaba volver sobre él largamente. Ese acontecimiento es un milagro, una multiplicación de panes, pero la significación que le dio Jesús, con una insistencia y una ostentación sorprendentes, lo convierte en la línea cimera de la aventura humana de Jesús: hasta entonces, una vertiente en cuesta arriba; desde entonces, una vertiente en cuesta: abajo. Aquí seguiré el relato de Juan; tiene esa sequedad que me gusta de los atestados de un secretario judicial.

"Después, Jesús se marchó a la otra parte del lago de Galilea (o de Tiberíades). Le seguía mucha gente, por que habían visto los signos que hacia con los enfermos. Subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos. Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos.

"Jesús entonces levantó los ojos, y al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe: —¿Con qué compraremos panes para que coman éstos? (Lo decía para tantearle, pues bien sabía él lo que iba a hacer). Felipe le contesto: —Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo.— Uno* de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice: —Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces: pero ¿qué es eso para tantos?—. Jesús dijo: —Decid a la gente que se siente en el suelo.— Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; solo los hombres eran unos cinco mil. ,

"Jesús tomo los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados; lo mismo del pescado, todo lo que quisieron. Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: —Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se desperdicie. Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido. La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía: —Este sí que es el profeta que tenía que venir al mundo —. Jesús entonces, sabiendo que iban a llevársele para proclamarle rey, se retiró otra vez a la montaña, él solo."

¿Qué necesidad de comentario sobre un relato de tal precisión? Es un milagro evidente, un milagro de misericordia, ciertamente, porque toda esa gente tenía mucha hambre. Hay que notar, sin embargo, que Cristo convierte ese humilde festín en una liturgia por el rito

de la bendición y de la acción de gracias referidos por los cuatro Evangelios. Con esta ocasión, Juan incluso utiliza por primera vez la palabra "eucaristía".

Considerado estrictamente en cuanto hombre, Jesús tenía sin duda un gran genio, elocuencia, estilo audaz de acción, pero no sentido común. Me pregunto: ¿qué hombre político no envidiaría esa facilidad asombrosa para conquistar multitudes? Pero ¿qué hombre político, habiendo acumulado esos éxitos de prestigio, tendría tan poco sentido como para desperdiciar de un solo golpe el beneficio, y como por gusto? Según todas las apariencias, y según el juicio de este mundo, la familia de Jesús —que, como todas las familias, tenía buen sentido para dar y tomar— no andaba desencaminada al considerarle fuera de juicio.

Pero como me es imposible compartir esta opinión familiar, me digo que la acción de Jesús, por desconcertante que fuera, iba a un objetivo digno de él, y que el desarrollo e esa acción no hacía más que expresar una intención secreta pero constante hacia ese objetivo. Esta intención es la que me interesa y la que ha de reconciliar las aparentes contradicciones. A esa búsqueda de un sentido más profundo que el "buen sentido" es a lo que nos invita el mismo Jesús cuando afirma: "Felices los que no se escandalicen de mí". En lo que concierne a Jesús, el buen sentido fabrica escándalos en cadena.

Podemos comenzar por definir la trayectoria abstracta de la acción de Jesús. Hemos visto lo que paso en Nazaret. Empezó por entusiasmar a su aldea, y eligió el momento de su más alta popularidad para echarlo a perder todo, aparentemente. Sin duda es que no daba mucho valor a cierta popularidad. En la sinagoga de Nazaret, proclama cuatro verdades, que chocan con tal violencia que sus partidarios de la víspera están dispuestos a asesinarle. Eso paso así en Nazaret, eso pasará ahora ahí, en el más amplio escenario de la orilla del lago; eso se repetirá, exactamente igual, el año siguiente en Jerusalén. Y esa vez irá de veras: morirá. ¿Cuál es, pues, la intención profunda de un estilo de acción que sigue siendo siempre tan desconcertante?

¿Qué pasa aquí? Visiblemente, el entusiasmo popular que rodea a Jesús está en su cumbre. A millares, la gente se desplaza de la ciudad al desierto, no solo para verle, tocarle, oírle, y luego volver a casa, sino para seguir viéndole, para seguir tocándole, p ara escucharle hasta perder el aliento, sencillamente para estar con él, al parecer sin ninguna intención de volver a casa. Ha desarraigado a una población entera que le sigue, como un enjambre de abejas pegado a la reina. Él se siente molesto, se escapa, y le buscan, le encuentran, le espían, le vigilan, le piden cuentas de sus desapariciones: "—Rabbí, ¿cuándo has venido aquí?—" Es una pregunta de enamorados, de enamorados celosos. Es hermoso ese apego apasionado de todos aquellos judíos hacia Nuestro Señor Jesucristo; ¿seriamos capaces de él nosotros? En resumen, es uno de esos raros momentos en la historia en que el jefe y el pueblo se han soldado inexorablemente, y no forman más que una sola cosa. No se sabe ya si el pueblo le obedece, o sí él obedece al pueblo.

Jesús justifica ese apego apasionado con un milagro sensacional: con cinco panes y dos peces, hace un festín para cinco mil personas. Es concreto, es espectacular, todos aquellos pobres se llenan la tripa; maravilloso regalo, que no disminuye en absoluto la sinceridad de sus sentimientos. Pues lo que conmueve es que no habían ido para comer, sino para escuchar a Jesucristo; quieren hacerle rey, pero no le confunden con una cantina de beneficencia.

He dicho que en Jesús el taumaturgo es idéntico al profeta. Está claro que ese es el caso. Ha hecho ese milagro resplandeciente sobre todo porque quería decir algo, y algo importante. El milagro no es mas que un prologo ara aguzar el apetito del espíritu, colmando

hambre del cuerpo, para suscitar la interrogación que es el hambre del alma.

No es tan fácil saber lo que Hace meses que, a orillas del lago, a esas gentes sencillas y que le quieren, les predica la proximidad del Reino de Dios, y confirma su mesianidad con milagros, y se llama él mismo el Hijo del hombre y se deja llamar "hijo de David": esa buena gente creía sencillamente que era pretendiente al trono de Israel. Entonces quieren apoderarse de él para hacerle rey. Es la cosa más amable que puede haber, y sin duda es algo extremadamente sincero, pero imperioso. Como la familia de Jesús, creyéndole fuera de su juicio, quería apoderarse de él, éstos, juzgándole bien digno de reinar, quieren también poner las manos sobre él. ¿Que les pasa a todos que siempre quieren apropiárselo, esclavizarle, encadenarle a sus pasiones? Y sin embargo, no están enteramente equivocados: la salvación en efecto, esta en retener a Jesús y no separarse nunca de él.

Entonces, Jesús huye. Juan dice que se retiro solo a la montaña, él solo. Luego, en plena noche, se reunió con sus apóstoles, caminando sobre las aguas.

* * *

42 Y al día siguiente, Jesús, como por gusto, derriba de un soplo, igual que un castillo de naipes, el soberbio frágil edificio del entusiasmo popular. Eso ocurrió en la fresca sombra de la sinagoga de Cafarnaum. No hay, ni ha habido nunca un jefe político que actúe así. Cuando uno tiene en la mano el delirio de as multitudes, se lo guarda para sí. Con una eficacia sin duda jamás alcanzada, Jesús provoca ese delirio con su elocuencia y sus milagros fabulosos. Mantiene ese delirio, lo hace subir como quien bate una crema, hasta su paroxismo. Y luego lo deshincha de repente con un discurso abrumador. Actuará exactamente igual en el domingo de Ramos.

Vengamos a los hechos: ¿qué dijo Jesús para provocar un desastre tan deliberado, pues no fueron sus enemigos quienes hicieron huir a los suyos, sino que fue él? Dijo que era el "Pan de vida". ¿Qué quiere decir? Ese lenguaje alegórico de los judíos, no solo nos desconcierta, sino que lo encontramos frío. ¿Cómo semejantes palabras pudieron provocar ese inmenso reflujo e alejamiento de Jesús? Hasta el punto de que ese hombre que, aún ayer, se escapaba a la montaña huyendo de los que querían hacerle rey, hoy se hallará abandonado y casi solo. Jesús, pues, afirmaba que era «el Pan de vida"; ¿Había para provocar tan violenta discrepancia? Imaginemos hoy un ministro en el seno del parlamento, un profesor en una cátedra de universidad, un jefe revolucionario en un mitin popular, afirmando que él es el pan de vida: la concurrencia, todo lo más, se quedara desconcertada y la conclusión será que ese hombre esta mansamente loco y que lo que ha dicho no quiere decir nada.

Como todas las palabras más decisivas de Jesús, si esta no se pone en su contexto, en su tradición, en su orden de explicación, resulta casi ininteligible. Leída en la traducción y a flor de libro, fuera del aura histórica y mística del pueblo de Israel, se marchita, ya no tiene sal ni sabor. Al desarraigar así los textos se les traslada a esa atmósfera de celofán y de nevera del tono beato y el estilo de sacristía. No obstante, ahí en especial, y en esa situación, cuando se lee de cerca el Evangelio, no hay más remedio que ver que el discurso de Jesús hizo el efecto de una bomba incendiaria lanzada en medio de todos. Solo de escucharle, la gente ardía de rabia, y quizá de disgusto. Era preciso que eso fuera importante.

Jesús comienza con un reproche, lo cual es un buen modo de aferrar al auditorio. Juzga a sus partidarios, juzga su propio éxito, no se deja convencer, ni aquello se le sube a la cabeza. Les dice, en sustancia, algo que debía ser tan crudo como esto: "Sé por que me seguís: no es por los milagros que hago, sino porque os he llenado la tripa. Por haberos saciado, pobre gente, olvidáis vuestra vocación. ¿Y cual es vuestra vocación? Los judíos estáis ahí para exigir milagros, examinarlos, registrarlos: ese es vuestro oficio, vuestro destino en el plan de Dios; ese es el medio que tenéis de reconocer al Mesías. El milagro de la multiplicación de los panes es deslumbrante en cuanto milagro, en cuanto signo mesiánico; y solo habéis conservado de él la comilona gratuita. ¿Qué necesitáis entonces?"

La estrategia de Jesús es siempre la misma. Centra en sí la atención, se convierte en la clave de bóveda de toda explicación. Habiendo afirmado la importancia mesiánica del milagro, declara que Moisés mismo era un taumaturgo menos grande que él. Y, como se trata de alimento y de panes, declara que él mismo es el más alto alimento del hombre, su pan más precioso, el más sustancial.

En la discusión, tal como la cuenta Juan, esta claro que el auditorio estaba dividido y que habla varias corrientes contradictorias, al menos al comienzo. En el fuego de la discusión, algunos interlocutores llegan a algo muy cercano a una blasfemia: minimizan el milagro que han visto con sus ojos, y que ayer mismo les había exaltado de entusiasmo.

"Pues ¿qué signo haces tú para que veamos y creamos en ti? ¿Qué obras haces? Nuestros padres comieron el mana en el desierto, según esta escrito."

En las relaciones humanas, nada más tremendo que minimizar la ofrenda de aquel en cuya mano hemos comido cuando teníamos hambre. ¿Quién de nosotros seria capaz de tal olvido?

Jesús contraataca de frente. Dice claramente que el milagro del mana no era mas que un pálido anuncio de su milagro y su obra propia. "No os dio Moisés el pan venido del cielo, sino que es mi Padre el que os da el pan venido del cielo, el verdadero... Vuestros padres comieron en el desierto el mana, y murieron... Yo soy el pan vivo, bajado del cielo, el que coma de este pan, vivirá eternamente... El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mi no tendrá sed nunca... Pues tal es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el Ultimo día."

Sin seguir el orden de Juan, he presentado un montón de declaraciones sorprendentes, en que Jesús afirma su origen celeste y propiamente divino, su valor nutricio para los que tienen fe en él, su poder sobre la vida y sobre el último ala en que se consumará el tiempo, su poder de resucitar los muertos.

La táctica de Jesús, igualmente, es siempre la misma, es una táctica muy eficaz de ofensiva y movimiento, muy conocida por los autores dramáticos. Se sujeta con fuerza el conflicto en un terreno limitado. Cuando el adversario responde, el conflicto ya se ha extendido a un nivel superior y a un área más extensa. Y así sucesivamente, hasta que todo lo que está al alcance quede puesto en juego o incluso pulverizado. Jesús nunca se contenta con defenderse en lo que se le discute, sino que va mucho mas allá, acumulando en cascada las pretensiones crecientes que superan infinitamente lo que al principio estaba en cuestión, y creando así situaciones cada vez más explosivas que exasperan al adversario. Cuando se reprocha a Jesús que tiende demasiado su arco, en lugar de distenderlo, lo tiende aun más. Hace falta un valor que toca constantemente en heroísmo. Los argumentos del adversario se

encuentran así siempre superados; su tiro de defensa siempre es demasiado largo y cae en una posición ya abandonada; nunca consigue reajustar su tiro. Jesús siempre lleva una ventaja de una nueva posición.

Aquí la maniobra es impresionante y deja sin aliento. Se dice a Jesús: tu milagro no es concluyente, el de Moisés con el maná lo era mucho más. Él responde situándose él mismo en un plano muy por encuna de Moisés: él es el Ungido de Dios. El alimento milagroso dado por Moisés no impedía a la gente morir. Él dispone de la resurrección de los muertos y de la vida eterna. £1 mismo es Pan que viene del cielo y que lleva al creyente a la eternidad: "Trabajad, no por el alimento corruptible, sino por el alimento que dura para vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre: pues a éste le ha sellado Dios Padre."

Como siempre, se sitúa en el centro de todas las tradiciones de Israel y reivindica personalmente todos los poderes bienhechores atribuidos hasta él a Yahvé. Aquí hay que citar el Libro de la Sabiduría:

Sí, eres tú quien manda, a la vida y a la, muerte,

Quien haces bajar a las puertas del Infierno y haces subir.

El hombre, en su malicia, puede darte la muerte,

No recobra el aliento una vez partido.

No libera el alma de que se ha apoderado el infierno.

Y luego:

... has dado a tu pueblo un alimento de ángeles,

Incansablemente le has enviado del cielo un pan bien preparado,

Capaz de procurar todas las delicias y de satisfacer todos los gustos.

Y esto, que nos vuelve a llevar a un tema fundamental:

No son las diferentes especies de frutos lo que nutre al hombre,

Es tu palabra lo que conserva a los que creen en ti.

Con esta última cita, en efecto, nos volvemos a hallar en país muy familiar. Es

esencialmente la Palabra de Dios lo que nutre a los creyentes y les conserva en el ser de su vocación espiritual, pues la función primera del alimento es conservar en su ser a los que alimenta.

La dialéctica de la revelación propia del Evangelio es extremadamente consistente en el desarrollo de las metáforas y de las parábolas. Luego, de repente, ya no se trata de metáfora, y el pie se hunde directamente en la realidad.

Esa claudicación de lo metafórico en lo real tiene un ritmo sincopado que hay que percibir bien si queremos no perder nada de esa revelación. Cuando Lucas nos dice "la semilla es la palabra de Dios" —y tomando las palabras en su sentido más fuerte, como ha que hacerlo absolutamente cuando se trata del Evangelio—, comprendemos muy bien que Jesús, que ya se ha proclamado Palabra de Dios, se proclama también Semilla de Dios, como es semilla de Abraham: la manera que tiene Jesús de ser la Palabra de Dios es ser engendrado por t.1, ser su Hijo por excelencia, su Semilla propia. De ahí el sentido preciso y particular, estrictamente personal que toma en boca de Jesús la palabra "Padre" cuando habla de Dios. Todo eso concuerda de modo estrecho y evidente. Pero ya no estamos en la metáfora, estamos en la realidad de las cosas y de las relaciones; o, más bien, estamos al mismo tiempo en la metáfora y en la realidad, en una poesía cargada y llena hasta estallar de lo que sugiere.

Continuando el hilo de esta dialéctica, sabemos muy bien que la semilla llega a ser la cosecha, y que la cosecha llega a ser el pan. No es sorprendente que Jesús, que es la Palabra y la Semilla, sea también el Pan y el alimento del hombre, con una connotación escatológica de triunfo personal sobre la muerte y el tiempo, pues Mateo nos ha dicho también que "la cosecha, es el fin del tiempo".

Los judíos entraban fácilmente en esta dialéctica y seguían perfectamente el hilo del discurso de Jesús, como el pescador sigue las evoluciones de la trucha entre las rocas. Sabían desde siempre que la Palabra y la Sabiduría de Dios eran pan nutricio. Los doctores del Talmud se titularán más tarde "los defensores del Pan". La pretensión de Jesús de ser el pan vivo, bajado del cielo y dado por el Padre, se unía muy bien en sus espíritus a todas sus reivindicaciones antecedentes: ser el Hijo del hombre, ser la Palabra, ser el que perdona los pecados, en resumen, ser de origen celeste e igual a Dios. Se ve hasta qué punto en el Evangelio es imposible separar la metáfora de la realidad: son inextricables. Que Jesús sea, al mismo tiempo que semilla de Abraham, Semilla de Dios, nada más real, pero que la cosecha sea el fin del tiempo, eso quiere decir que Jesucristo, Hijo y Semilla de Dios, es muy realmente el Señor del tiempo y de la eternidad, el dueño de la vida y de la resurrección de los muertos. En ese sentido digo yo que la revelación evangélica obedece a una dialéctica poética: no obedece en cambio a una dialéctica cartesiana.

* * *

Los oyentes de Jesús, sin embargo, no estaban más que en el comienzo de sus sorpresas: iban a oír otras muchas.

Se suele decir que el pueblo judío era demasiado carnal para comprender bien el mensaje y la acción de Jesús. No es esa en absoluto mi opinión. Mas bien creo que los oyentes

de Jesús eran exactamente lo que nosotros, incluso bautizados, incluso llamándonos buenos cristianos: Demasiado carnales, si, para comprender plenamente lo que tenían de espiritual el mensaje y la acción de Jesús; pero también, quizá sobre todo, demasiado "intelectuales", demasiado cultivados", demasiado "civilizados" para captar bien lo que el mensaje y la acción de Jesús tenían de primitivo, de concreto, y, en el caso presente, de carnal y de sanguinario. Citaré aquí el Evangelio de Juan, sin omitir una sola palabra, sin cambiar el orden de las frases4 ". Suplico solamente al lector que no haga el astuto, ni aún menos el sabio, y que lea este texto tremendo como suena, sin recámara, sin reticencia, tomando las palabras en su sentido más concreto, más crudo, más brutal, que es su sentido real. Imagino que muchos lectores ni siquiera podrán hacer ese esfuerzo y comenzaran a cavilar en sus instruidos cerebros. Entonces, que dejen aquí este libro y lo abandonen. ¿Para qué seguir?

—Yo soy el Pan vivo que ha bajado del cielo: el que coma este pan, vivirá para siempre. Y el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo—. Disputaban entonces los judíos entre sí: —¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?—. Entonces Jesús les dijo: —Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Pues mi carne es verdadera comida mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado y yo vivo; del mismo modo, el que me come, vivirá en mí... "

En cualquier dirección en que se le dé vueltas a este texto, en cualquier ángulo en que se le estudie, si se le toma al pie de la letra, como se debe, es una invitación al canibalismo ritual y a la antropofagia religiosa. Muchos, entre los discípulos de Jesús, sin duda la mayor parte, encontraron que tal discurso era imposible de tragar. *Durus est hic sermo, et quis potest eum audire?* "Duro es este lenguaje: ¿quién puede escucharlo?". Seria conocer mal a Jesús pensar que entonces se vertió en retracciones, en excusas, en evasivas, o que retrocedió un solo paso. Al contrario, da otro paso adelante. Persevera, exagera, lleva al colmo la revelación, y sin duda el furor de sus oyentes. Juan escribe: "—¿Esto os escandaliza? ¿Y si veis entonces al Hijo del hombre subiendo a donde estaba antes?—"

Con esa predicción de su ascenso corporal al cielo, Jesús cierra el circulo. Es impresionante que enmarque solidamente la revelación de la eucaristía entre la afirmación de su filiación divina, de su encarnación, de su misión y el anuncio de su ascensión. Sin embargo, también afirma así la incorporación de creyente eucarístico a sí mismo, la constitución real de su Cuerpo místico, es decir, de la Iglesia. Todo está ahí, reunido en unas frases. "El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come, vivirá por mí." Ya había dicho a Nicodemo: "Nadie ha subido al cielo sino el que bajo del cielo, el Hijo del hombre." Pero aquí precisa muy concretamente: bajó como pan para saciar nuestra hambre y ser devorado por nosotros. Con ese "devoramiento", el creyente eucarístico se asimila al cuerpo de Jesús y subirá al cielo con él. Me es difícil, imposible, pensar que no se esté obligado a tomar en el mismo sentido concreto, corporal, carnal ("El Verbo se hizo carne"), el descenso de Cristo del cielo y su encarnación, su manducación eucarística y su ascensión. O si no, Jesús hablaba para no decir nada, y pensar eso es la ofensa más grave que cabe hacerle.

Por lo demás, los oyentes de Jesús no se engañaron, y tomaron sus palabras al píe de la

---

4 El autor advierte que en el original la traducción es la de la sinopsis Lavergne; aquí va por el Leccionario litúrgico español. *(N. del T.)*

letra. Y por eso, surgió entre él y ellos una ruptura decisiva, incomprensible si el discurso de Jesús no tuviera el sentido físico que es el único que puede explicar su indignación. Juan concluye unas líneas después: "Desde ese momento, muchos de sus discípulos se echaron atrás, y no anduvieron más con él..." Fue la desbandada, la dispersión entre los suyos, no un pequeño desorden, sino, como dice el poeta, *la déroute géante a la face effarée*5 1. Las tropas de Jesús se fundieron como se funde una cera al calor de un brasero. Fue el desastre de todo lo que había hecho Jesús en Galilea, y que se había anunciado con tan felices auspicios. Cerca de dos milenios han pasado. Releo esta página y me pregunto: ¿Qué habría hecho yo mismo si hubiera estado allí? No estoy seguro de mí, y no me atrevo a responder.

Claro que otros, mucho más cómodamente, ya han respondido por mí y están dispuestos a sacarme del apuro. Los buenos católicos que van a misa se reirán de mi dificultad y me encontrarán grotesco y chocante por haberme atrevido a escribir la palabra "canibalismo" y me harán observar que el modo sacramental de la eucaristía y las apariencias del pan del vino quitan a este sacramento toda sospecha antropofágica. Y sé tan bien como ellos que el rito eucarístico quita a la manducación de la carne de Jesús todo carácter atroz, pero sé también que es la, carne de Jesús lo que devoramos, y nada más. Sé también que la institución del sacramento y del rito eucarístico tuvo lugar un año después de ese discurso. Después, claro, era más fácil.

También están los partidarios de la alegoría. Dicen que la carne y la sangre de Jesús solo están simbólicamente en la eucaristía. Dicen que lo que comemos en la eucaristía es verdadero pan, pero símbolo del Cuerpo de Cristo que bebemos es verdadero vino, pero símbolo de la sangre de Cristo. Y que así, espiritual pero realmente, participamos en el cuerpo y en la sangre de Cristo. Se apoyan en las explicaciones dadas por el propio Jesús: "El espíritu es el que vivifica; la carne no sirve nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida". Claro, cuando se comulga el Cuerpo y la Sangre de Cristo, hay que saber lo que se hace: es lo que llama san Pablo "discernir"6 el cuerpo y la sangre de Cristo. El general que, en el siglo xvi, en Holanda,— echaba de comer a sus caballos hostias consagradas, no convertía con eso en comulgantes a sus caballos, incapaces de "discernimiento". Pero confieso que no veo en las palabras de Cristo absolutamente nada de simbólico.

Todas las palabras de Cristo son espíritu y son vida. Cuando, tras su resurrección corporal, Jesús manda a Tomás que meta la mano en los agujeros hechos por los clavos, ahí también, y ahí sobre todo, sus palabras son espíritu y vida. Para la solidez de nuestra fe en su resurrección, esas palabras no tienen nada de simbólico.

Es verdad que aquí Jesús dice que la carne no sirve nada y que el espíritu es el que vivifica. Pero, en todo este discurso eucarístico, es muy evidente que Cristo exige de sus discípulos ante todo la fe, una confianza total en su persona y en su palabra; Si propone su carne, su verdadera carne, para comer, y su sangre, su verdadera sangre, para beber, quiere que se coman y se beban, no para engordar el cuerpo, sino para una participación viviente de nuestro espíritu en esa manducación, para reconfortar y nutrir nuestra alma. San Pablo no dirá otra cosa: "El que coma del pan o beba de la copa del Señor, sin darle su valor, tendrá que responder del cuerpo y de la sangre del Señor", y no solo de un símbolo que profane.

---

5 Del poema *Waterloo,* de Víctor Hugo: "La Derrota (o la Dispersión), gigante de rostro espantado”. *(N. del T.)*

6 "Valorar", en la traducción del Leccionario litúrgico español 1ª Cor., 11, 27. *(N. del T.)*

Llegaré al extremo de lo que pienso. Los descubrimientos etnográficos modernos nos han enseñado que, en los clanes más primitivos en que se practicaba, el canibalismo era un rito esencialmente religioso y místico. Se comía la carne de los héroes y se bebía su sangre para apropiarse sus virtudes. En cuanto rito religioso, esa ceremonia bárbara, que juzgamos repugnante, era esencialmente una comunión con el alma y el espíritu del héroe muerto. Y sin embargo, era su carne lo que se comía y su sangre lo que se bebía. Henos aquí llevados otra vez a esa realidad social primitiva del clan, que yo creo que Dios asumió para fundar a Israel primero, y luego a su Iglesia, y para salvar al mundo.

Vamos adelante. En el interior de la religión de Israel, había sacrificios sangrientos y se comía la carne de las víctimas consagradas a Dios. Era una religión rebosante de sangre. Recuerde el lector lo que he escrito a propósito de a Circuncisión y de la Presentación de Jesús en el templo, y comprenderá que todos esos sacrificios de toros, de carneros, de corderos y de tórtolas, eran simbólicos. Ésos sí. Pues no eran esos animales los que habría habido que matar, sino los hombres pecadores: "Si no le rescatas, rómpele la nuca." Pero la religión de Israel no se detenía a medio camino, esperaba otra victima, perfectamente inocente, la única digna de Díos, que rescataría de una vez para todas, por su carne inmolada y su sangre derramada, los pecados de todo el pueblo.

¿Que dice san Pablo, el discípulo de Gamaliel? Que no hay remisión de los pecados sin efusión de sangre. Dice también que es Cristo quien nos ha rescatado con su sangre. La religión cristiana gravita toda entera en torno a un sacrificio humano. Los aztecas pensaban que hacían bien inmolando a la divinidad victimas humanas en las montañas. Se les aniquilo como bárbaros, en parte por causa de esos sacrificios humanos. Más hubiera valido explicarles que hay una sola victima humana redentora por no tener pecados, y es Cristo. Y que su sacrificio, realizado de una vez para todas en la montaña, pero renovado sacramentalmente siempre: y en todas partes en la liturgia eucarística, hacia vanos todos los demás sacrificios. Las tribus primitivas caníbales sentían que, para comulgar con el alma de un héroe, hay que comer con devoción su carne y beber su sangre. Y es cierto que hay que comer la carne de Cristo y beber su sangre para comulgar perfectamente con su alma y su divinidad

Se habrá notado que me gusta referirme a los descubrimientos de la etnografía: la etnografía me fascina. Le he tomado el gusto en Aristóteles y os comentarios de santo Tomás de Aquino. Pero sobre todo el comentario de santo Tomás a la Epístola a los Efesios, en que afirma que la estructura social más profunda de la Iglesia, la que se desprende de su relación única con Dios, es la de ser un, clan (domus), me ha convencido de que podía encontrar análogas preciosas para iluminar la vida de la Iglesia en las rígidas estructuras primitivas del clan. Claro que hay que hacer transposiciones, pero la teología entera transpone del orden natural al orden sobrenatural. Cuando se dice que Dios es Padre, ya se sabe que no lo es al modo humano: se transpone. Pero es Padre, verdaderamente Padre, hasta el punto de que toda otra paternidad toma modelo en la suya y no es más que sombra de la suya.

Empezando por constituir a Israel como su clan propio, y luego su Iglesia como clan propio, Díos, pues, ha asumido esa estructura primitiva y bárbara del clan. Entre sus manos la estructura se ha purificado, ya no tiene nada de bárbaro, porque Dios está por encima, no por debajo, de toda sabiduría y de toda civilización. Pero sigue siendo un clan verdadero. Es eso lo que explica que las sociedades primitivas, aun fetichistas, aun animistas, están más cerca de comprender la realidad profunda del cristianismo que otras sociedades religiosas a las que se cree más evolucionadas porque tienen nociones más abstractas. Lo digo como lo pienso —y sé que algunos etnólogos piensan como yo—, el Islam, con su concepción abstracta de Dios,

representa una regresión de civilización respecto al fetichismo.

La manera que tiene Dios de ser Padre está tan por encima del modo humano de paternidad como el cielo esta por encima de la tierra, pero Dios es Padre verdaderamente. La manera como la carne inmolada de Cristo y su sangre derramada están en el centro de la religión cristiana, es una manera que está por encima de los ritos sangrientos de las sociedades primitivas, pero es la carne inmolada y la sangre derramada de Cristo lo que esta ahí verdaderamente, entre las manos del sacerdote, sobre el altar. Reducir ese rito terrible a un simbolismo es volver atrás, al Antiguo Testamento, cuando un carnero, un cordero o una tórtola simboliza han a la verdadera Victima, la única que, quitaría el pecado del mundo y rescataría a su pueblo. Hoy se querría que fueran el pan y el vino lo que simbolizara a esa victima, pero que la víctima no estuviera ahí realmente presente. "Considerar a Israel según la carne —escribe san Pablo—: los que comen las víctimas, ¿no están en comunión con el altar?" Pero de nosotros, los cristianos, no dice que estemos en comunión con el altar solamente, sino en comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo.

Queda por saber como es posible todo eso. Hay una teología de la eucaristía que se contiene en lo esencial en esta palabra, expresamente forjada: "transustanciación". En virtud de la institución de Cristo en la tarde del jueves santo y por la omnipotencia taumatúrgica de Dios, en el momento en que el sacerdote pronuncia las palabras de la consagración —permaneciendo intactos y aparentes en el altar los accidentes del pan y el vino—, toda la sustancia del pan se convierte en la sustancia del cuerpo de Cristo, y toda la sustancia del vino se convierte en la sustancia de la sangre de Cristo. Entonces, sustancialmente, es solo el cuerpo y solo la sangre de Cristo lo que está presente en el altar en lugar del pan y del vino. Y el sacrificio de la Cruz se renueva así, de manera no sangrienta pero real, por la separación sacramental del cuerpo y la sangre de Jesucristo. El modo sacramental, milagro de poesía y de misericordia, tiene así como efecto abolir el espacio y el tiempo, porque afecta a las sustancias, no a los accidentes y la cantidad. En cualquier lugar y hasta el fin del mundo, comulgamos con el único sacrificio de la Cruz, comiendo realmente—fuera del espacio y fuera del tiempo, la verdadera carne inmolada y bebiendo la verdadera sangre derramada de Jesucristo.

Ahí es, sobre todo, donde Jesús hombre domina el tiempo y se sorprende en el hecho esa retracción de la eternidad en el tiempo, de que hablaba,

* * *

44 Las líneas sucesivas en la historia de Jesucristo son una de las páginas más tristes del Evangelio. Ese hombre tan animoso, tan totalmente generoso, tan heroico, tan consciente de su origen divino, tiende la mano por primera vez y mendiga un poco de amor.

"Desde ese momento, muchos de sus discípulos se echaron atrás, y no anduvieron más con él. Dijo entonces Jesús a los Doce. —¿Acaso también vosotros os queréis marchar?—. Simón Pedro le contesto: —Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y hemos conocido que tú eres el Santo de Dios—. Jesús le contestó: —¿No os he elegido yo a los Doce? Y uno de vosotros es un diablo—." Hablaba de judas, el de Simón Iscariote, pues éste, uno de los Doce, iba a entregarle.

El gran ejército de los partidarios de Jesús se ha dispersado: él se queda con los Doce, uno de los cuales ya le a traicionado en su corazón. Es la atmósfera de los atardeceres de derrota. Pedro, el valiente Pedro, es quien da un poco del consuelo que Jesús necesitaba en ese momento.

Como he dicho, no es porque fueran groseros por lo que abandonaron a Jesús los que le dejaron. Muy al contrario, fueron ellos quienes juzgaron grosero y brutal, bárbaro, el discurso de Jesús, cuya crudeza, en efecto, da estremecimientos. La ceremonia de la eucaristía, tal como la practicamos hoy, es de apariencia apacible, casi abstracta, pero su contenido es terrible, es la participación, a la vez física y espiritual, de los fieles en el sacrificio de la Cruz, la comunión en la carne y la sangre de una víctima humana inmolada. Es también san Pablo quien escribe: "Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva. Por lo tanto, el que coma el pan o beba la copa del Señor, sin darle su valor, tendrá que responder del cuerpo y de la sangre del Señor." No creo, no, que se haya colocado mas grave responsabilidad sobre las espaldas de los hombres.

También es un consuelo. Cuando se sabe quien es Jesús, dan ganas de morir de pena de no haberle visto y tocado de estar separado de él para siempre por el tiempo y el espacio, quiero decir, físicamente separado, pues yo también soy de esos seres groseros para quienes la ausencia física de lo que aman es el mayor de todos los males. Las imágenes y los símbolos no me consuelan.

Es también una esperanza. Basta que yo sepa que el cuerpo de Jesús está ahí, ante mí, inmortal; sé que mi propio cuerpo, si no me separo del suyo, también será inmortal.

Esto es lo evidente en la religión de Jesús: es concreta, física, corporal, por oposición a esas religiones a las que se cree más espirituales cuanto más abstractas son, lo cual es una grave confusión mental. Yo no creo en la remisión de los pecados sin derramamiento de sangre. No creo en una religión que no tenga en su centro una víctima inmolada lo que quiere decir un cuerpo asesinado. El cuerpo que está en el centro de la adoración de los cristianos, ya es un cuerpo glorioso, pero lleva todavía las cicatrices de cinco llagas porque antaño, un día entre los días, atravesó violentamente la muerte para entrar en la gloria. Y el mismo camino queda abierto detrás de él. La tarea de nuestra redención no estará concluida mientras nuestros cuerpos rescatados no participen en su gloria.

El gran teólogo de la eucaristía es santo Tomas d Aquino. Por lo demás, es el gran teólogo de todas las parte de la teología y del conjunto de la teología. Nadie puede re mediarlo. Pero también es el gran poeta de la eucaristía En cuanto poeta, esta en una línea más cercana a la de Mallarmé que a la de Verlaine, es decir, que es absolutamente poeta. Su oficio del Santísimo Sacramento es de una forma y de una musicalidad perfectas, con identidad absoluta entre la armonía de las palabras y la armonía del sentido.

Ante todo, hay un hecho extraño, extremadamente extraño en toda la historia de todas las religiones. Ese poema se escribió para la fiesta del santísimo Cuerpo de Cristo: *In festo Sanctissimi Corporis Christi*. Nosotros, los cristianos adoramos un cuerpo humano; tenemos una fiesta para celebrar ese cuerpo humano, Y. para colmo, en francés le damos a la fiesta de ese cuerpo el nombre de *Fête-Dieu*, "Fiesta de Dios" [Corpus, en España]. Que los profesores de religiones comparadas busquen en sus ficheros y no creo que descubran una sola religión, aun entre las consideradas más sensuales, cuyo centro de culto y adoración sea un cuerpo humano, y que sea venerado y adorado con tanta entrega y esplendor. Hubo fiestas para

Afrodita, para Dionisos, en que los cuerpos se permitían todas las licencias, pero lo que se adoraba era Afrodita o Dionisos, no tanto su cuerpo.

Nosotros, cristianos, celebramos ante todo el cuerpo de Cristo, ¡y en que términos!

—Salve, verdadero Cuerpo, nacido de la Virgen Maria...

—...el misterio del Cuerpo glorioso y de la Sangre preciosa...

—...fruto de entrañas generosas…

—…el Cuerpo señorial...

—...oh Hostia saludable...

—…los misterios sagrados de tu cuerpo y de tu sangre...

—…el banquete sagrado...

Y, en una oración, santo Tomás añade: "Oh dulcísimo Dios, concédeme recibir *el Cuerpo* de tu Hijo único, Nuestro Señor Jesucristo, que *saco* e a Virgen Maria, de tal modo que merezca ser *incorporado a su Cuerpo místico* y contado entre sus miembros. Toda la religión cristiana se expresa en esta Ultima oración en términos tan concretos: en efecto, todo está ahí.

He observado muy a menudo, aun en los libros de teología, aun en los manuales de piedad, cierto cohibimiento de lenguaje en cuanto a la eucaristía. No se osa hablar de ella sin reticencias. Nos parecemos quizá mucho más de lo que creemos a los judíos oyentes y primeros discípulos de Jesús. Evitamos hablar del cuerpo de Cristo en la eucaristía, apenas nos atrevemos a decir que ahí devoramos su carne inmolada y bebemos su sangre. Hablamos de la presencia de Jesucristo en el Sacramento, o incluso simplemente de la Presencia real, casi como si fuera abstracta. De manera completamente abstracta hablamos del "Santísimo Sacramento". En el fondo, no nos gusta deber nuestra salvación más espiritual a un cuerpo de nombre, sacado de las entrañas de una mujer. Hay un celofán de puritanismo que nos separa de las realidades salvadoras, pero físicas, de la eucaristía. ¡Ah, qué civilizados somos, qué delicados! ¡Malditas sean esta civilización y esta delicadeza que me quieren separar del Cuerpo sagrado que es mi salvación!

Los textos conciliares sobre la eucaristía son innumerables. No hay ninguno que prefiera yo al del concilio romano de 1079. Es una profesión de fe impuesta a Berengario, que era el profesor más famoso de su tiempo: Hela aquí: "Yo. Berengario, creo en mi corazón y mis labios confiesan:

—que el pan el vino que se ponen en el altar, por el misterio de la declaración sagrada y de las palabras de nuestro Redentor, se convierten sustancialmente en la carne verdadera, propia y vivificante y en la sangre de Jesucristo, Nuestro Señor;

—que después de la consagración esta el verdadero cuerpo de Cristo, que nació de la Virgen y que fue colgado de la cruz, ofrecido por la salvación del mundo, que está sentado a la derecha del Padre, así como la verdadera sangre de Cristo que salió de su costado;

—que todo eso se hace no sólo en símbolo y en virtud espiritual del Sacramento, sino

en la realidad propia de la naturaleza de las cosas, y en la verdad de su sustancia, como está escrito en esta nota, como os he leído y como lo comprendéis.

—En eso creo, y no daré ninguna enseñanza mas contra esta creencia. A eso me ayuden—Dios y los santos Evangelios de Dios."

* * *

45 Los teólogos buscan en el orden natural analogías que expliquen, no el misterio, sino las condiciones del misterio, que hacen posible el misterio. La eucaristía es una obra maestra poética. El Cuerpo de Cristo está en el sacramento como el poema esta encerrado sobre sí mismo; es imposible cambiar nada en él sin que desaparezcan su presencia y su gracia. Y como la presencia física, casi diría carnal, del poema entero es inmediata y primaria, y el sentido sigue a esa presencia física pero no la precede, así en la eucaristía es la presencia del Cuerpo de Cristo lo que es inmediato y primario: el alma de Cristo y su divinidad siguen, por decirlo así, a esa presencia corporal. Por lo demás, las palabras “seguir” o “preceder” no tienen aquí, como en el poema y su sentido, el significado vulgar. Todo pasa en un espacio y un tiempo sacramentales que son precisamente ausencia de tiempo y de espacio.

Hay que leer las preguntas de santo Tomás de Aquino sobre "la manera como Cristo existe en este sacramento".

—¿Cristo está contenido todo entero en este sacramento? —Sí. —El Cuerpo de Cristo, ¿está en este sacramento como en un lugar? —No.

—El Cuerpo de Cristo, ¿está en este sacramento con sus movimientos propios? —No.

—¿Acaso el ojo puede ver, o al menos el ojo glorificado de un santo en el cielo podría ver la manera como el Cuerpo de Cristo esta contenido en este sacramento? —No.

Se ha notado que los Evangelios, muy claros, por ejemplo, sobre la indisolubilidad del matrimonio, no dicen prácticamente nada sobre la voluptuosidad, mientras que san Pablo fulmina condenas terribles contra las costumbres paganas. En cambio, tanto los cuatro Evangelios como san Pablo ponen en el centro de la revelación cristiana la eucaristía. Ahora bien, me parece imposible que un alma, una vez entrada profundamente en el misterio eucarístico y en el género de adoración que de él se desprende, pueda seguir dando algún valor a la voluptuosidad, no sólo por la obligación de confesarse cuando se está en pecado mortal y antes de recibir el sacramento, sino sobre todo porque la devoción al Cuerpo de Cristo desarraiga y pulveriza los prestigios de todo otro cuerpo. *Fallax gratia, et vana est pulchritudo.*

Todo el mundo distingue entre la sustancia y los accidentes de una cosa. La cera de abejas, por ejemplo, sigue siendo cera y puede cambiar de color, de forma exterior, de peso, de lugar, de cantidad, etc., aun permaneciendo sustancialmente como cera. En este caso, lo que cambia son lo que los filósofos llaman los "accidentes", que afectan a la cantidad y la cualidad superficial de la cera. El voluptuoso está ávido de sensaciones a flor de piel, ávido de ver, de oír, de sentir el cuerpo amado, de estar en su presencia, de medirse con él en el

cuerpo a cuerpo. En eso el voluptuoso —y a veces lo sabe muy bien— no sólo no alcanza el alma del ser amado, sino que ni siquiera alcanza la sustancia del cuerpo. En su lenguaje preciso y feroz, la teología diría que solo alcanza los accidentes.

El poeta dice:

Et l'harmonie est trop exquise,

Qui gouverne tout son beau corps,

Pour que rimpuissante analyse

En note les nombretíx accords.

("Demasiado exquisita es la armonía —que gobierna todo su hermoso cuerpo— para que el impotente análisis —anote sus numerosos acordes"). El teólogo responde: *accidentes.* Lo que ve el ojo, lo que oye el oído, lo que siente el olfato, lo que gustan los labios, las dimensiones, el lugar, el movimiento de un cuerpo, lo que las manos tocan, todo eso, *accidentes.* Cierto que la sustancia no esta en otro sitio, incluso se expresa naturalmente en todo lo que la significa, pero directamente es inaccesible a los sentidos. Y es precisamente esa sustancia lo que quería conquistar Don Juan. Por eso busca menos su placer que la decepción que hay en el fondo. Don Juan es de la misma opinión que el teólogo: ha comprendido la vanidad de las apariencias; sabe que todo lo que pretende saciar su hambre más profunda es solo "accidentes" y que su hambre no quedará saciada. Sí lo quisiera, y Dios se lo concediera, estaría en buena disposición para comprender las exigencias y las realidades eucarísticas.

En la devoción eucarística, lo que se ve, lo que se toca, lo que se gusta, lo que se mide, lo que se localiza o se divide, todo eso es extraño al Cuerpo de Cristo: accidentes del pan y del vino. Pero el cuerpo de Cristo está ahí, sustancial mente presente; es él el que devoramos verdaderamente; es su sangre lo que bebemos. El hombre voluptuoso busca solo los accidentes, y la sustancia se le escapa. El hombre eucarístico desdeña los accidentes, y, los tiene por extraños a lo que desea: la sustancia misma del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Hay así almas eucarísticas, cuyas lágrimas y alegrías no tienen nada en común con las experiencias de la vida. Tales almas se mueven enteramente alrededor de la hostia y del sacramento como una flor hacia la luz. Un silencio fascinado las habita, como un rostro habita un espejo.

Cierto que no hay ninguna sensualidad en el culto eucarístico: el modo sacramental de la presencia corporal de Cristo previene para siempre todo equivoco. Pero este pudor exquisito del sacramento, entre nosotros y este cuerpo divino, no frena, sino que al contrario libera a fondo la adoración apasionada que nos lleva hacia él. Mucho más auténticamente que Narciso, a la imagen de sí mismo que le obsesiona, tenemos derecho de decir al cuerpo eucarístico:

... cher corps,

Je t'aime, unique objet qui me défends des morts.

("…cuerpo querido, Te amo, único objeto que me defiendes de los muertos.") Al citar aquí un poema de Valery, cuyo contexto es opuesto a mi tema, no hago ningún sincretismo. Solamente, es posible —aunque la voluptuosidad este, en efecto, en el extremo opuesto de la devoción eucarística— que no haya mas que un lenguaje para expresar la adoración verdadera a un cuerpo.

Creo que lo que me ha llevado a este desarrollo es una homilía eucarística de san Gregorio Magno, citada en el breviario dominico, en el domingo de la octava del Corpus. Me gusta el lenguaje directo de ese papa: "Esta es la distancia que hay entre las delicias del cuerpo y las del corazón. Las delicias corporales, mientras no se obtienen, inflaman en nosotros un deseo violento; cuando se prueban, la saciedad no tarda en convertirse en hastío. Por el contrario, mientras no obtenemos las delicias espirituales, nos inspiran hastío, y en cuanto las obtenemos, empezarnos a desearlas. Y cuanto más hambre de ellas tenemos, más podemos comerlas. En mas aquéllas, el deseo es fuente de placer, y la experiencia, de disgusto. En éstas, el deseo es tenido por nada, y la experiencia gusta más. Al saciarse, el deseo de las delicias espirituales aumenta en el alma, pues cuanto más se gusta su sabor, más se reconoce que se gusta más de él. Por eso no se pueden amar mientras no se poseen, porque se ignora su sabor. ¿Quién puede amar lo que ignora? Así nos advierte el Salmista: "Gustad, pues, y ved que delicioso es el Señor". Como si nos dijera claramente: "Ya que no sabéis qué gusto exquisito tiene, poned este alimento de vida en el paladar de vuestro corazón; habiendo probado su dulzura, os haréis capaces entonces de amarlo."

* * *

46 En el momento en que estamos de la vida de Jesús, todo eso no es todavía más que un discurso, una profecía, que solo se realizara en la tarde del jueves santo, en el momento de la institución del sacramento eucarístico. Uno podría preguntarse por qué no he remitido este capítulo al libro que seguirá a éste, sobre la doctrina de Jesucristo. Pues no, este capítulo consagrado a la eucaristía tiene perfectamente su lugar en la historia de Jesucristo. Pues la eucaristía es ante todo un hecho, un hecho de lo más concreto. En cuanto a decir que es un hecho histórico, la institución del sacramento es un hecho histórico datado y circunscrito en el tiempo. Pero ¿y la presencia sustancial de Cristo en el Sacramento? Ahí es donde captamos, en su punto extremo de realización, lo que he llamado el fenómeno de refracción propio de Jesús, Dios y hombre, sumergido en el tiempo y dominándolo. En el sacramento de la eucaristía, la ruptura no es solo aparente, es real y total: el cuerpo, el verdadero cuerpo de Jesús, escapa él mismo a las servidumbres del tiempo y del espacio, de la medida y de la sensación. Está libre de todo eso, y, ofreciéndose a nosotros, nos arrastra a esa libertad, de la que no tendríamos ni idea sin él. La presencia corporal y sacramental de Jesús es un hecho en el centro del mundo, pero es un hecho, por decirlo así, transhistórico, porque transciende el tiempo.

Jesús esta ahí, corporalmente presente en el sacramento, pero bajo una apariencia extraña a él, *sub aliena specie.* ¿Que es eso? Las apariencias del pan y del vino persisten y subsisten milagrosamente fuera de todo objeto que las soporte. ¿Cuál es, pues, la función de esos accidentes, de esas apariencias subsistentes entre el Cuerpo de Jesús y nosotros? ¿Un disfraz? ¿Una máscara? Exactamente eso, y aquí la etnográfica puede volvemos a ser útil.

Berengario, el famoso profesor del siglo xi, de quien citaba la profesión de fe que se le impuso, era un espíritu moderno, es decir, un espíritu sumergido en lo profano y que había perdido el sentido de lo sagrado, al menos en as cosas materiales. Y cuando lo sagrado no está concretado en la materia, acaba por desertar este mundo. Berengario pensaba que era indigno de Cristo presentarse a la adoración bajo apariencias extrañas, las del pan y el vino. Pensaba que eso era una mentira insoportable. Y eso es lo que ha llegado a ser la máscara en nuestras sociedades profanas, máscara de carnaval, mascara de criminal, para desorientar a la persecución, desviar la búsqueda, escapar a su propia identidad. Pero la máscara es de naturaleza esencialmente ambigua, y eso es lo que Berengario no comprendió, sin duda. En lugar de desorientar, puede ser también un indicador infalible; en lugar de extraviar, puede ser una puerta abierta hacia el tesoro buscado; en lugar de engañar sobre la identidad, puede confirmar la identidad la persona.

Eso es lo que asa en la eucaristía. Las apariencias son esencialmente ambiguas. El incrédulo no es idiota cuando, fiándose únicamente de lo que ve, dice: aquí hay pan y vino, y nada más. El creyente tampoco es idiota cuando, fiándose de la palabra de Cristo, dice: No, verdaderamente es el cuerpo y la sangre de Cristo, pero bajo apariencias extrañas. El creyente sabe que en el momento de la consagración, el cuerpo de Cristo ha tomado el lugar del pan, sustancialmente y a escondidas, y que la sangre de Cristo ha tomado sustancialmente y a escondidas el lugar del vino. Quedan las apariencias del pan y del vino, una máscara.

Pero esa máscara es verídica, y revela tanto como esconde. Las apariencias no engañan, porque ese cuerpo está ahí para ser comido y esa sangre está ahí para ser bebida. Ese cuerpo está ahí más nutricio, más verdaderamente pan que el pan ordinario, cuyo lugar ha tomado a escondidas. Esa sangre esta ahí, más reconfortante, más embriagadora, más vino que el vino ordinario cuyo lugar ha tomado a escondidas. Es un culto extraño y magnífico, eficaz y sutil, el que rodea a ese hombre mudo y enmascarado, en el centro de la liturgia cristiana, pero cuya máscara no es más que franqueza, sinceridad, pudor, generosidad también, pues así es como puede entregarse sin reticencias y enteramente como un alimento y una bebida, bajo apariencias extrañas y verídicas.

Cierto, le convenía a Dios salvarnos por medio de un cuerpo de nuestra raza, pero sin pecado, pero si ese cuerpo es verdaderamente salvador para la raza humana, nos hace falta algo más que un símbolo: la realidad de ese cuerpo salvador. Para evitar toda ambigüedad sensual, ese cuerpo está ahí bajo la máscara de especies extrañas, pero es el de Dios lo que comemos, es su sangre lo que bebemos; algo que ninguna religión pudo imaginar, pero lo que todas las religiones primitivas, las que tienen sentido de lo sagrado, habrían deseado hasta morir si lo hubieran creído posible.

Nos saltamos así algunas religiones sedicentes espirituales, universales, intelectuales, morales, evolutivas por lo demás de moralidad, humanitarias. Prefiero sentirme en comunidad con salvajes que comían el cuerpo de los héroes para adquirir sus virtudes, antes que con fanáticos austeros tan perfectamente inteligentes que lo comprenden todo, todos a cual más profesor, insoportables. Una religión de salvación para el hombre, si es verdadera, no puede ser más que un asunto divinamente humano y que, de manera divina, no olvide la carne y la sangre.

Si desdeñamos la función moderna, es decir profana, de la máscara, utilitaria, molesta por ser habitualmente embustera en efecto —salvo en el mejor arte—, y nos remontamos a su función primitiva y sagrada, se puede ver hasta qué punto el disfraz eucarístico *(aliena species)* es un maravilloso medio de expresión de lo sagrado. En los clanes religiosos

primitivos, la mascara es esencialmente litúrgica: va asociada a la adoración, a la justicia, a la curación, a la educación, a la iniciación, siempre en función de espíritus o de la divinidad. El antepasado totémico se materializa en su máscara. Las mascaras se inventaron para capturar a los espíritus. Durante tres mil años, los egipcios pusieron sobre el rostro de los héroes muertos máscaras estilizadas "para que el espíritu pudiera hallar su lugar de reposo, al servir la máscara de guía al espíritu para hacerle encontrar su cuerpo". En el museo de Atenas, se ven las máscaras funerarias de oro de los príncipes micénicos. El oro, metal incorruptible, significa evidentemente la inmortalidad, y esas máscaras expresan una expectación y un asombro patéticos. Si, durante milenios, la humanidad buscó a tientas, pero con asombroso sentido de la buena dirección lo que no podía encontrar por si sola, aquello que Jesucristo le dio en plenitud.

¿Qué decir de la manera como la eucaristía colma la esperanza, ésta explícita, de Israel, el pueblo de Dios? Aquí está la obra maestra de la estrategia de Jesús: estar presente, al mismo tiempo, en todas partes a la vez, de manera instantánea y permanente, con una presencia corporal que es un acontecimiento, no aplastante, sino liberador. Él, siempre él, él en todas partes. Su presencia, es lo contrario de una presencia publicitaria, como la presencia que también se pretende universal en el espacio y el tiempo, de la estrella de la pantalla o del producto comercial. Es una presencia que no pretende alienar a nadie, sino solo reconciliar, una presencia inimaginada, solemne, poética, real.

Toda esta larga aventura poética de Israel, de teofanías entre nubes y rayos, de profecías, de enigmas y de "pantomimas", de milagros resonantes, "con mano fuerte y brazo extendido", se hunde aquí en un silencio absoluto, como ciertas sinfonías, las más perfectas, que solo se—desarrollan para crear tras ellas cierta calidad de silencio. Y, para percibir la calidad de ese silencio, hay que tomar la sinfonía en su primer murmullo. Para sentir la plenitud musical del silencio eucarístico, hay que haber percibido desde su comienzo el despliegue sonoro de la historia de Israel. Es un silencio de vértigo que construye en torno a él un sentimiento enteramente nuevo que no debe nada más que a sí mismo.

Jesucristo está ahí, sin embargo, y es la Palabra. En el comienzo existía la Palabra; también esta en el fin de todas las cosas, y el mundo solo se ha creado para expresarse un día plenamente en él. Mientras, se calla, pero desde el fondo de su silencio, sin embargo, gobierna el poema de la eternidad y del tiempo.

Es la Semilla de Dios —y también semilla de Abraham hundida corporalmente en el campo del mundo. La cosecha será la revelación de su cuerpo físico y de su cuerpo en que el tiempo llegará en él a su madurez.

Es la Gloria hundida y escondida en la Presencia muda y activa. Cierra los ojos. Bien. Abstráete de todas las vicisitudes de la historia, y de tu propia historia. Bien. ¿Has olvidado todo lo que hay bajo el cielo? Entonces él esta ahí, ante ti, y su cuerpo se ha hecho trampa para cautivar tu alma.

Es el Hijo del hombre. En él y por él el príncipe de este mundo ya está vencido. Él le ha quitado ya el tiempo de debajo de los pies al príncipe de este mundo, como si se le retira de repente una alfombra a un extraño de debajo de los pies. Y el reino de ese príncipe solo es sobre el tiempo. Pero él en cambio esta sentado, en su cuerpo, junto al Anciano de los días: todo el imperio ya está puesto, y para siempre, sobre sus hombros humanos.

Él es el Cordero pascual, la victima sacramentalmente inmolada, que quita el pecado y

la consume eternamente en un horno de amor.

* * *

47 Querría precisar aquí claramente que la pureza exigida al creyente para comulgar en la carne y la sangre de Cristo va mucho más allá de la simple facultad (ya muy rara) de abstraerse por encima de los accidentes para alcanzar las sustancias. Ahí solo hay una ascesis eucarística. La invitación a la eucaristía no es una invitación a un número de gimnasia interior para transcender los accidentes: es una invitación a un banquete, a una fiesta, a la Fiesta de Dios *(Fête-Dieu).*

En una de las primeras y más conmovedoras teofanías de la larga historia de Israel, teofanía en que, por lo demás, los cristianos ven una vaga prefiguración de la Trinidad, Dios, bajo las encinas de Mambré, se encuentra con Abraham, bajo la apariencia de tres ángeles. Abraham ofrece enseguida una comida, lo mejor que puede ofrecer un pastor, y los tres ángeles la aceptan. Durante toda la comida, Abraham "estaba de pie, a su lado, bajo el árbol, y ellos comían". Esa comida bucólica, esa pequeña fiesta campestre entre Dios y el primer patriarca, se cuenta en el *Génesis,* primer libro de la Biblia. En el *Apocalipsis,* que es el ultimo, también se habla de una comida. Jesucristo, Señor y Dios, dice: "Mira que estoy ante la puerta y llamo. Si alguien oye mi voz y abre la puerta, entraré con él y cenare con él, y él conmigo". Entre esos dos textos, está todo el lento progreso de la revelación divina y de la intimidad del hombre con su Díos.

Este progreso es tan grande que, al final, hay un vuelco completo de la situación. Abraham está de píe ante sus invitados, no come con ellos, les observa corner, guarda reverencia, dispuesto a servirles, y es él quien ha dado el alimento. En el último texto, por el contrario, es Jesucristo, Señor y Dios, quien está de pie ante la puerta v llama suavemente sin entrar. Es él quien ha tomado la actitud de humildad, de espera, del servicio siempre dispuesto. La cena que viene a compartir con su anfitrión es la comida por excelencia de la amistad y de la intimidad amorosa. La muerte llama a la puerta en una forma imperiosa diversa de la del Señor de la vida y de la muerte. ¿Nos escandalizaríamos? ¿Reprocharíamos a Jesucristo haber introducido la cortesía en las relaciones de Dios con el hombre, y haberla llevado al extremo? Evidentemente, mucha gente, cuando se sabe dueña, no quiere llamar a la puerta antes de entrar: ¡estaría bueno que les resistieran! Pero ¿somos de materia tan grosera que lamentemos que la más alta señoría vaya unida la más exquisita cortesía, y que el temor y los motivos de temor sean más decisivos para hacernos creer en Díos que la iniciativa delicada de un amor atento?

A propósito de un pagano, el centurión, cuyas palabras pone la Iglesia en boca de los que comulgan: "Señor, no soy digno de que entres en mi casa...", Jesús se manifestó sobre la fe necesaria para participar en el banquete divino. "Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de os cielos, mientras que los ciudadanos del Reino serán arrojados fuera, a las tinieblas..."

Es uno de esos pasajes del Evangelio en que se complacen los buenos cristianos como nosotros, diciendo: "Anda que esos judíos.. ; Si no supieron reconocer al Mesías, es que no se

lo merecían. Mientras que nosotros..." ¿Nosotros? ¿Estamos tan seguros de tener la fe y la humildad del centurión? Al ver la rapidez con que se descristianizan nuestras sociedades occidentales, ¿no tenemos nunca miedo de estar entre esos "ciudadanos del Reino" que merecerían más bien ser arrojados a las tinieblas exteriores, mientras que negros, patagones o papúes quizá serian mucho más signos que nosotros de sentarse en la misma mesa que Abraham? He visto a los indios mejicanos hacer sus devociones en la basílica de Guadalupe; Sin duda no sabían leer, ni escribir, ni comían todos los días lo necesario, pero ellos sí que tenían la fe del centurión, cuya autenticidad brillaba con resplandor mas fuerte que todas las supersticiones; Ese día yo también me pregunté sobre mí mismo sin atreverme a contestar demasiado.

Quizás ese es el gran escándalo de la eucaristía —aquel de que habla el mismo Jesús—, Nosotros no deseábamos tanto, sin duda, no tanto. La misma grandeza del regalo, su magnificencia, ofusca nuestra avaricia. No nos gusta sentirnos abrumados bajo tal prodigalidad, eso no se hace. La gran celebración de la eucaristía se llama la *Fête-Dieu*, la Fiesta de Dios, la eucaristía es la fiesta por excelencia, y hemos perdido el sentido de la fiesta, de su paroxismo y su despilfarro sublime.

Los profetas habían descrito los tiempos mesiánicos como un inmenso regocijo, un festín abundante, una mesa abierta a todos los de las encrucijadas o de la montaña:

La Sabiduría ha edificado su casa, ha erigido sus siete columnas,

Ha matado sus animales, ha preparado su vino,

Ha puesto también su mesa,

Ha enviado a sus criados y ha proclamado desde las alturas de la ciudad:

¿Quién es sencillo? ¡Qué pase por aquí!

Al hombre insensato, le dice:

Ven, come de mi pan, bebe de mi vino que he preparado.

Y sobre todo Isaías:

Yahvé Sabaot preparará para todos los pueblos sobre esta montaña,

Un festín de manjares sustanciosos, un festín de buenos vinos,

De carnes grasientas y jugosas, de buenos vinos decantados.

Levantará sobre esta montaña

El velo de luto que velaba a todos los pueblos

Y el sudario que sepultaba a todas las naciones.

Hará desaparecer para siempre a la muerte.

El Señor Yahvé secará las lágrimas de todos los rostros

Quitará el oprobio de su pueblo, lo quitará de toda la tierra;

Pues lo ha dicho Yahvé: "Se dirá ese día;

¡Ved! Es nuestro Dios, de quien esperábamos la salvación:

Es Yahvé, en quien esperábamos.

Nos alegramos y nos regocijamos porque nos ha salvado."

Evidentemente, entre la profecía y la realidad siempre hay el sutil desplazamiento que hay entre la sugestión poética y la realidad, pero tras la institución de la eucaristía, ¿cómo no sentirse trastornado al leer esta descripción de festín donde abundan los manjares sustanciosos y los buenos vinos?

En el capítulo siguiente, estudiaré el conflicto que enfrento a Jesús con las autoridades oficiales de su nación, conflicto que llevo por fin a su condena y su muerte. Enseguida anoto, y a propósito de la eucaristía, que una de las raíces importantes de este conflicto me parece ser que los fariseos también habían perdido el sentido de la fiesta y que prácticamente no concebían ya la era mesiánica como un festín y como una fiesta. Prefirieron la ley a la fiesta. Estas ultimas palabras resultaran un tanto oscuras; sin embargo, tienen un sentido muy preciso y muy explicativo.

* * *

48 En su libro El *hombre y lo sagrado,* Roger Caillois da un análisis muy documentado y muy inteligente de lo que es, de lo que significa la fiesta en las sociedades primitivas en los clanes. Es absolutamente apasionante.

Los etnógrafos han observado que las sociedades primitivas, cuyas estructuras están enteramente dominadas por la preocupación de lo sagrado, obedecen a un movimiento alternativo de dispersión y de concentración, de disolución, de renovación y de desgaste, a una diástole y una sístole del corazón social. Esa alternancia coincide a veces con la de las estaciones, o bien incluso con un predominio de lo sagrado sobre lo profano, y viceversa. Pero esa alternancia existe en el interior mismo de lo sagrado.

Roger Caillois escribe: "Lo sagrado, en la vida ordinaria, se manifiesta casi exclusivamente por prohibiciones. Se define como lo "reservado", lo "separado"; queda fuera del uso común, protegido por prohibiciones destinadas a impedir todo ataque al orden del mundo, todo riesgo de desviarlo y de introducir un fermento de agitación. Aparece, pues,

esencialmente, como *negativo…* La eliminación de las escorias que acumula el funcionamiento de todo organismo, la liquidación anual de los pecados, la expulsión del tiempo viejo, no bastan. Sólo sirven para enterrar un pasado caduco y atascado, que ha *cumplido su tiempo* y que debe ceder su lugar a un mundo virgen cuya llegada se pretende forzar con la fiesta. Las prohibiciones se han mostrado impotentes para mantener la integridad de la naturaleza y de la sociedad. Con mayor razón, no podrían contribuir a restaurarlas en su juventud primera. *La regla no posee en sí ningún principio capaz de revigorizarla.* Hay que apelar a la virtud creadora de los dioses y regresar al comienzo del mundo, volverse hacia las fuerzas que entonces transformaron el caos en cosmos... Todo lo que existe debe ser rejuvenecido entonces. *Hay que volver a empezar la creación del mundo."*

Estos textos me impresionan, no porque aludan a un marco social y a ritos bárbaros que el racionalismo moderno ha derribado fácilmente, sino porque definen las perspectivas de la eterna nostalgia humana, que me parece que prolongan y satisfacen de manera sublime la eucaristía y sus ritos, sus ceremonias y sus oraciones. En el ofertorio de la misa romana se hace alusión a la admirable creación del hombre y a la más admirable nueva creación del hombre por la Redención.

La fiesta es una explosión. Corresponde seguramente a una necesidad biológica de distensión. A propósito de las Saturnales, los romanos tenían un axioma que es la sabiduría misma: *Semel in anno licet insanire:* "Una vez al año es lícito enloquecer", es decir, transgredir las reglas mismas de la razón y del contrato social. Eso se vuelve a hallar en el carnaval. Pero sería quedarse muy corto en la reflexión encontrar ahí toda la explicación de la fiesta. En la sociedad primitiva del clan, la fiesta es un rito mágico, que, por un retorno a los orígenes místicos de la vida, deja abolido el tiempo, principio de desgaste y de envejecimiento, y rejuvenece, para una nueva partida, no sólo a la raza humana, sino a la naturaleza entera. Vuelve a dar al mundo virginidad e inocencia, tomadas de la divinidad misma.

¡Que impotente y melancólica nostalgia de un paraíso perdido implican esas fiestas, entre pueblos salvajes y rudos, pero que comprendían perfectamente, y en general mejor que nosotros, que la fuente de la vida es divina, que las profundidades de la naturaleza son místicas, que las realidades más importantes para el hombre son de orden sagrado: inocencia o transgresión, favor de Dios o enojo suyo, victoria decisiva sobre el tiempo, sobre el desgaste y sobre la muerte. Los bienes preciosos que buscan esos pueblos en sus fiestas, los da la eucaristía en sobreabundancia. Es presagio, prenda, arranque de la fiesta eterna del segundo paraíso. A la pregunta: "El efecto propio de este Sacramento, ¿es la toma de posesión de la gloria?", Santo Tomás de Aquino responde sin vacilar: "Sí."

Considero como una gran desgracia, desgracia a escala planetaria, y sin duda irreparable, el fenómeno de la colonización por Occidente de pueblos de mentalidad aun primitiva, cuando esos pueblos llamados salvajes vivían principalmente en el aglomerado del clan, en el interior de estructuras sociales no evolucionadas, pero cuyas tendencias profundas expresaban una sed insaciable de lo místico y de lo sagrado. Justamente, el Occidente se había laicizado, y ya no podía ofrecer más que una civilización casi enteramente profana. A esos pueblos que tenían hambre y sed de Dios, se les llevaron cajas de conservas y de Coca-Cola. No tengo absolutamente nada en contra de las conservas ni de la Coca-Cola, ni, de manera general, contra la civilización material y mecánica, y aun menos contra el esfuerzo necesario que parece perfilarse ahora para salvar a la humanidad de la miseria y del hambre. Solamente digo que eso no basta ni bastará nunca.

Cuando en el siglo XIII, en 1264, hace ya siete siglos, el Papado instituyo la fiesta solemne del Cuerpo de Cristo, hubo una prodigiosa explosión de gozo en toda la cristiandad, particularmente en Francia y en Inglaterra. Roger Caillois tiene razón al subrayar que nuestras sociedades modernas, por desacralizadas que estén, han guardado la nostalgia y la necesidad de la fiesta. Tan extraviadas como los pueblos primitivos más groseros, nuestras sociedades modernas, en su opinión, sacian esa necesidad en la loca y sacrílega prodigalidad de la guerra, y yo añado que de la revolución y de la carrera de armamentos, y quizá mañana en la conquista del espacio. Pero esas sociedades siguen padeciendo visiblemente su hambre.

Hay en el Evangelio de Lucas una frase de Jesús muy extraña que se aplica muy a menudo a la Eucaristía: "Donde esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas"; (Lc. 17,37) algunos traductores dicen "los buitres". Así la eucaristía se nos presenta como la fiesta y el festín de las aves rapaces. No es una comida de hormigas o de insectos; es una comida de águilas.

La verdadera y permanente fiesta de la humanidad, constantemente abierta a todos, es la eucaristía, que arranca al fiel a sus cuidados cotidianos, a sus sensualidades banales, al desgaste y a la decepción del tiempo, que le pone en comunión no solo con Jesucristo sino con todos los adoradores de Jesucristo, vivos o muertos, con los ángeles mismos y con todos los hombres que tienen hambre y sed de este banquete, sin conocer siquiera su existencia. En un rito real de teofagia, la eucaristía incorpora a ese fiel en la inmensa ceremonia que transciende el tiempo y la historia, y que renueva el mundo.

"Y salió una voz del trono diciendo: —Alabad a nuestro Dios, todos sus servidores, los que le teméis, pequeños y grandes—. Y oí como el ruido de una gran multitud y como el ruido de muchas las y como el ruido de grandes truenos, que decían—¡Aleluya! Porque ha tomado posesión de su reino el Señor Dios, el Todopoderoso. Alegrémonos y exaltemos, y démosle la gloria, porque llegó la boda del Cordero, y su esposa se ha embellecido, …Y me dijo: —Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero—." (Ap. 19,5-9)

Con esta bienaventuranza terminaré este capítulo

XVII

EL CONFLICTO

49 En su breve pero muy sabia *Historia del Judaísmo,* desde Abraham a la fundación del Estado de Israel, y a propósito de la ruina de Jerusalén en el año 70 de nuestra era, Isidore Epstein escribe: "De todos los partidos y todas las sectas que existían antes de la destrucción (y según una fuente antigua *había veinticuatro), sólo sobrevivió a ese cataclismo nacional la secta de los fariseos.* Todos los demás partidos fallaron a su pueblo en la hora de la necesidad. Desde los primeros momentos de la guerra, los judeocristianos se retiraron en seguridad a Pella, al otro lado del jordán, mientras que los saduceos, los zelotes, los esenios y todas las demás sectas desaparecían poco a poco de la escena. Sólo los fariseos se quedaron en su sitio y permanecieron para reconstruir la armazón trastornada de la vida espiritual de Israel. En realidad, los fariseos eran el partido más adecuado a las necesidades del momento."

A poco que se conozcan las circunstancias en que el Estado de Israel se hundió entonces, uno se da cuenta de la exactitud de ese resumen. En el tema que nos ocupa, y que es la historia de Jesucristo, tal estado de cosas provoca dos observaciones interesantes. La primera es que resulta casi imposible hacernos una idea exacta de la sociedad religiosa y política judía en la época de Jesucristo, es decir, antes de la ruina de Jerusalén: veinticuatro partidos a la vez políticos y religiosos, de los cuales sólo hemos conservado cinco nombres (los fariseos, los saduceos, los esenios, los zelotes y los sicarios) antes de la catástrofe, y después de la catástrofe, uno solo, los fariseos. Hay ahí una transformación tan radical que es muy difícil imaginar lo que había antes, por lo que queda al final.

Sin dar ningún juicio de valor, propongo dos ejemplos. Francia, entre las dos guerras mundiales, hormigueaba de partidos, de sectas, de disensiones y de discordias. Supongamos que, después de la segunda guerra mundial, no se hubiera encontrado más que con un solo partido, campeón del legalismo y del realismo político, la *Action Française.* ¿Cómo, a través de ése único partido, se podría imaginar lo que era la Francia del Frente Popular? Actualmente, Estados Unidos de América pululan de sectas religiosas. Supongamos que, a través de un cataclismo nacional, sólo subsistiera el catolicismo romano de los irlandeses para representar el espíritu religioso en Estados Unidos. ¿Quién podría darse cuenta de la fermentación religiosa que había antes? Lo mismo ocurre aquí: el partido de los fariseos se halló solo, y marcó tan fuertemente las tradiciones nacionales posteriores, que nos es casi imposible saber lo que era Israel antes de la ruina de Jerusalén

La segunda observación es que el único partido que sobrevivió a la catástrofe para volver a tomar en sus manos a Israel es el partido de los fariseos, y que, de todos los partidos, había sido, por excelencia, el que más se opuso a Jesucristo. Hay ahí quizá una inmensa desgracia, quizá irreparable. El conflicto de Cristo con los fariseos, retrospectivamente, parecería extenderse a toda la nación judía. Ahora bien, tal conclusión me parece absolutamente falsa.

Nada nos impide pensar, y, por el contrario, muchas cosas nos llevan a pensar —incluso en los Evangelios, y sobre todo en los Sinópticos—, que los enemigos e Cristo fueron sólo una minoría en la nación (bien situada socialmente, es cierto), pero que la inmensa mayoría del pueblo judío estaba a favor de Jesucristo.

Pero hay algo más, y mucho más grave. Suplico a mi lector que me crea —pienso aquí particularmente en un lector Judío— al afirmar que hablo con gran sinceridad. Sé muy bien que puedo equivocarme, pero, al hacer ciertas preguntas, me atrevo a suponer que esas preguntas se hacen objetivamente. A todos les importa conocer las preguntas que se plantean realmente, aunque ocurra que yo sea incapaz de dar la respuesta adecuada y eso me tiene que pasar a mí, sin remedio. Creo que la ruina de Jerusalén, el naufragio del Estado de Israel en el año 70, la dispersión de la nación (ya muy iniciada, pero entonces irremediable) fuera de su centro natural y sagrado, el Templo, empobreció singularmente la antigua religión de Israel, y que el hecho sé que volvieran a tomar en su mano los destinos de la nación sólo los fariseos no compensó en absoluto ese empobrecimiento, sino que al contrario, lo solidificó y lo hizo definitivo. Y esta es la cuestión que se me plantea: si la mutación fue tan extensa, tan profunda, tan irreversible, y tantos elementos hasta entonces esenciales fueron tirados por la borda de golpe, ¿acaso el judaísmo sigue siendo reconocible después de tal mutación? Personalmente, creo que no. Para mí, e históricamente, hay dos judaísmos en ruptura uno con otro: el judaísmo desde Abraham hasta la ruina de Jerusalén, y el judaísmo de después de la ruina de Jerusalén. Ahora bien, Cristo vivió y murió bajo el primer judaísmo.

Sé que aquí entro en una discusión sin fin, análoga a la que enfrenta a protestantes y católicos. Los fariseos insistieron en el carácter individual, espiritual (no digo místico), universal, desencarnado, del judaísmo. La santa Thora les hizo de patria, de Tierra prometida, de Templo, de Arca de Alianza; quizás incluso remplazó a la Promesa y concretó entre os la Presencia de Dios y su gloria. Así salvaron lo que podía salvarse, lo cual es la exigencia de todas las derrotas, y así permitieron la supervivencia de la nación. Pero ¿a qué precio? Tuvieron que abandonar:

—la realidad concreta del Templo de Jerusalén, morada de Dios y residencia de su gloria,

—el sacerdocio de Aarón,

—los sacrificios, que son el centro de gravedad de toda religión auténtica,

—el Apocalipsis y su tradición escatológica tan profundamente ligada al mesianismo (de eso hablaré en el capítulo siguiente),

—la Tierra prometida, herencia de Abraham.

Son muchas cosas preciosas abandonadas sin regreso. Tal empobrecimiento de la antigua religión de Israel no puede compararse, en efecto, sino a la crisis luterana que echó

por la borda la autoridad de la sede de Roma, la presencia corporal de Cristo en la eucaristía, el sacerdocio y la jerarquía, la significación profunda de los sacramentos y de la gracia.

¡Inmensa ruina...! La pérdida del Templo, y sobre todo, la profanación de la santa montaña que, desde Salomón, había sido el escabel visible de ' Dios sobre la tierra, debió parecer a muchos judíos la decapitación de su religión. Es cierto que los fariseos tienen el mérito de haber salvado lo que podía salvarse, pero murieron muchos judíos, y por decenas de millares, que no aceptaron nunca que se les arrancara lo que juzgaban tres veces santo e irremplazable. Cuando en 132, Adriano hizo elevar en la montaña de Sión un templo a júpiter Capitolino, los judíos se rebelaron una vez más, sin esperanza, sólo por el honor de Dios, bajo la dirección de Simeón Ben Kochba, que, como dice Epstein, "arrastró a la mayor parte de la población". Rebelión heroica y pura, si las ha habido. Claro que fue vencido, dos veces vencido, porque le mataron y los hechos no le dieron razón.

Ben Kochba, por lo demás, no era más que un jefe de guerra, de quien no tenemos más que algunas cartas, los fariseos, por su parte, eran escribas. Los que escriben acaban por hacerse comprender, sus razones quedan, es decir, que acaban por tener razón. Los que sólo son capaces de verter su sangre, mueren por segunda vez en el corazón de la historia.

Es verdad, el sacrilegio estaba ahí, ineluctable. La horrible barbarie romana había erigido ese ídolo grotesco de júpiter en el mismo lugar donde se había entronizado en su gloria el Díos de Israel. Y allí se quedó. Como los fariseos, pero no por las mismas razones, pienso que el Templo ya no era esencial para la supervivencia del judaísmo. ¿Por qué? Porque la Presencia de Dios ya había emigrado al cuerpo de Jesucristo, ahora inaccesible a los golpes de un destino temporal. Los sacramentos de la Nueva Alianza habían remplazado a los antiguos sacrificios. El sacerdocio de Jesús había remplazado al sacerdocio de Aarón, al darle soberano cumplimiento. La realidad había remplazado a las figuras dándoles su sentido definitivo. La tierra entera había llegado a ser herencia de Abraham, todas las razas se podían injertar en el antiguo linaje de Abraham, y la bendición caía sobre todas las naciones rescatadas por Jesucristo. En Cristo y el cristianismo, se cumplen perfectamente la religión, los ritos, las profecías del antiguo Israel, desde Abraham a la ruina de Jerusalén. Ben Kochba tenía razón: hay que batirse y morir por el Templo, pero el Templo del Dios de Israel no está ya allí donde lo creía. La presencia de Dios y su gloría han emigrado a otra parte, como lo habían hecho ya desde el Tabernáculo al Templo.

Hay así en la historia algunas catástrofes que producen el efecto de amputaciones irreparables. Sin duda, son explicables, llenas de equívocos, ninguno de los dos bandos está puro, y menos aún para el tercer bando que ha permanecido neutral. Tal fue la caída de Constantinopla, tal fue la derrota de Ben Kochba. Nunca me consolaré de eso.

Algunos se reirán de verme atribuir tal importancia a un Ben Kochba, cuyo nombre no han leído nunca en sus estudios. Por eso decía yo que ciertos vencidos mueren dos veces. ¿La causa por la que han muerto es por ello menos importante? Son los romanos quienes mataron a Ben Kochba, pero son los fariseos quienes pudieron con él, imponiendo al judaísmo una amputación que daba horror a ese valiente.

* * *

50 Esa pequeña introducción era lo más útil para mover este capítulo hacia su objetivo, que es explicar el conflicto entre Cristo y sus adversarios, y, ante todo, definir a esos adversarios y localizar exactamente el conflicto. Pues esta materia está llena de equívocos, y ¿para qué escribir si no es ante todo para disipar los equívocos?

Como he dicho, ocurre que, en el interior del Israel de antes de la ruina de Jerusalén, la casta que se opuso principalmente a Cristo fue la de los fariseos, la misma que luego había de asumir y confiscar todo el destino del judaísmo. Pero, en tiempo de Jesús, las cosas eran mucho menos sencillas: El Templo, el gran sacerdote, el sacerdocio de Aarón, los sacrificios sangrientos, el Sanedrín, existían también al lado de la Ley, de la santa Thora. Parece incluso que los fariseos no habían logrado imponer al conjunto de la nación la autoridad de su interpretación oral de la Thora, que seguía discutiéndose libremente. Incluso, sobre ese punto preciso se puso en marcha el conflicto entre ellos y Jesús, ~ quizá antes entre ellos y Juan Bautista. Después de todo, os fariseos no representaban entonces más que un solo partido muy minoritario en el conjunto de la vida nacional. Todavía se podía no estar adherido a su ideal y a sus métodos, aun siendo reconocido como buen judío.

Antes de la guerra, y desde que tengo edad de leen los periódicos, siempre desconfié profundamente de la *Action Française,* sin creerme por ello peor francés. Pero los de la *Action Française* juzgaban mal francés a quien se opusiera a ellos; Quizá pasaba lo mismo con los fariseos.

No creo en absoluto que Cristo rechazara la Ley, pero rechazó violenta y deliberadamente, la interpretación farisea de la Ley. Ahora bien, esta interpretación partidista fue la que, cincuenta años después de Cristo, y gracias al derrumbamiento del Estado, iba a triunfar definitivamente en el seno del judaísmo. El Evangelio de Juan se escribió en el contexto del triunfo de los fariseos, y eso quizá explica en parte que ese evangelio identifique tan fácilmente a "los judíos" con los enemigos de Cristo, lo cual es una extrapolación injuriosa para el conjunto de los judíos contemporáneos de Jesús, e históricamente abusivo. Eso hay que saberlo y decirlo, porque es verdadero.

Los Sinópticos, anteriores a la ruina de Jerusalén,"se guardan bien de identificar al pueblo judío en conjunto con los enemigos de Jesús.

Por el contrario, subrayan constantemente que "la gente, muy numerosa, le oía con gusto". *(Mc. 12,37)* Identificaban cuidadosamente a los adversarios de—Jesús entre una casta intelectual y dirigentes, principalmente los fariseos, los escribas, los doctores de la Ley, y, en grado menor, los saduceos, que ocupaban las más altas funciones del Estado teocrático y sacerdotal. Es desdichadamente importante insistir en este punto: el hecho de que, muy generalmente durante dos milenios, muchos cristianos hayan considerado a todos los judíos, de modo solidario y colectivo, responsables de la Pasión y de la muerte de Jesucristo, es una de las raíces más profundas y vivas del antisemitismo.

Se me dirá que Hitler no puede ser considerado como un cristiano ejemplar. Respondo que es vano condenar a Hitler si no se repudia desde el fondo del corazón, de manera absoluta y universal, el sistema policíaco, la maquinaria asesina de que él fue animador. Pero ese sistema y esa maquinaria no los inventó él. El pogrom existía mucho antes de Hitler, practicado por cristianos contra los judíos; la Inquisición existía mucho antes de Hitler, utilizada por cristianos principalmente contra judíos. Hitler aplicó al sistema del pogrom y de la Inquisición, hasta él artesanal, los siete principios de eficacia que hacen pasar toda actividad transitiva al estadio de la *mass production:* Energía, precisión, economía,

continuidad, sistematización, velocidad y repetición. Él organizó el pogrom y la Inquisición en *assembly line,* en cadena de montaje. El resultado fue la muerte de seis millones de judíos, hermanos de raza de Nuestro Señor Jesucristo. Encuentro de extremada hipocresía condenar a Hitler sin condenar con el mismo horror el pogrom y la Inquisición, que han manchado tanto tiempo la historia de los pueblos cristianos, y cuyo principio Hitler no hizo sino industrializar, igual que Lenin había industrializado la revolución política.

El antisemitismo sólo es tan fácil y tan fuerte entre los cristianos por que tiene una utilidad social conservadora. Nos dispersa de todo examen de conciencia un poco profundo sobre nuestras propias responsabilidades en el asesinato de Dios. Me explicaré.

El asesinato jurídico de Jesucristo es un crimen tan horrible que hace falta encontrarle causas y autores. Ese asesinato está ahí, en el centro de la historia humana, monstruo, aplastante, inevitable. ¿Quién se atreverá a hacerse responsable de él y a decir: "Soy yo quien lo ha hecho"? Nuestra época está tan desorientada que ha asumido con ligereza la responsabilidad de haber matado a Dios: "Dios ha muerto, y somos nosotros quienes le hemos matado..." Pero Jesucristo no es Dios solamente: también es hombre sin pecado, la infancia inocente de la raza. No se asesina a Dios sin matar al mismo tiempo a ese hijo de hombres, al único inocente. No es el menor de los resultados del misterio de la Encarnación el hecho de que ya no nos podamos desembarazar de Dios sin mojamos al mismo tiempo las manos en la única sangre que sea inocente, y eso ni siquiera lo quería Nietzsche7 , pero no depende ni de Nietzsche ni de nadie: es así, y nadie puede remediarlo. Dios está aprisionado en una carne de hombre, la única sin pecado; no se mata a Dios sin inmolar esa carne sagrada. Entonces ¿quién ha matado a Dios? Entonces ¿quién ha matado la infancia inocente de la raza? Esas dos preguntas, eternamente, no son más que una. Ahora bien, la época moderna está dominada intelectualmente por la Inquisición, y se debate en ella como en una trampa envenenada; o bien, para salvar a Dios, sacrificar al inocente, o bien, para salvar al inocente, matar a Dios. Pero son una trampa y un problema falsos, como tantos de nuestros problemas modernos. Hará falta reconocer un día que no hay para el inocente otra salvación que en Dios y en su santo servicio, y que el verdadero servicio de Dios es incompatible con el sacrificio del inocente.

La verdadera pregunta es: entonces ¿quién ha matado a Jesucristo, verdadero Dios y hombre inocente? Todos retroceden con horror, dispuestos a desviar hacia otro, no importa quién con tal que no sea uno mismo ni los suyos, la responsabilidad del crimen atroz. Entonces la respuesta se presenta por sí misma, en toda su cobardía intelectual: son los judíos quienes mataron a Jesucristo. El antisemitismo de los cristianos es una manera de lavarse eternamente las manos de la sangre de ese justo. Con tal que yo no sea judío, estoy seguro de no haber matado a Jesucristo, estoy seguro de no ser siquiera capaz de matarle nunca, ya que ese crimen inexpiable está reservado a una sola raza cuya maldición es indeleble. Desde entonces, esa raza maldita es susceptible de todos los castigos, y no hay un solo inocente en ella. No se puede decir qué extensión de devastación moral entre los cristianos, qué hecatombe de inocentes entre los judíos, ha causado en el curso de la historia la impostura del antisemitismo racista.

Pues es una impostura, tanto histórica como moral, Es una impostura histórica, pues no fue el pueblo judío entero, ni aun los judíos en cuanto judíos quienes se opusieron a Jesucristo y le condenaron al fin. Fueron los propugnadores de cierto fanatismo legalista y—

---

7 Por ser de Nietzsche la frase *Gott ist tot*, "Dios ha muerto". *(N. del T.)*

religioso" los fariseos, aliados, en esa circunstancia, con una clase privilegiada, los saduceos. El antisemitismo racista de los cristianos es también una impostura moral. El asesinato jurídico de Cristo es un crimen de sacerdotes y de doctores de la Ley, es un crimen de beatos. Fue Tartufo quien mató a Jesucristo, y quien, hoy como ayer, sigue siendo capaz de matarle con toda seguridad de conciencia.

Lo más fuerte es que los sacerdotes que juzgaron y condenaron a Jesucristo eran los verdaderos sacerdotes del verdadero Dios, y los doctores de la Ley eran los escolásticos de una Ley de origen divino. En el curso de su proceso y de la larga querella que lo precedió, Jesucristo nunca discutió la legitimidad de la autoridad detentada por sus adversarios. ¿Qué quiere decir eso? Pues que se puede ser pastor legitimo de almas y al mismo tiempo ser capaz de matar a Dios y al inocente. La ordenación sacerdotal, la misión espiritual más auténtica, más legitima, no ponen al abrigo del fariseísmo y de la hipocresía asesina; sería demasiado cómodo.

Todos sabemos muy bien que los sacerdotes y los monjes que juzgaron a Juana de Arco, y el obispo que la condenó, eran verdaderos sacerdotes, verdaderos monjes y un obispo auténtico. No eran monstruos, no se creyeron monstruos; sin duda algunos de ellos creyeron cumplir su deber. Ese asesinato jurídico de una inocente, de una santa, no dañó absolutamente nada a su honorabilidad social, a su carrera; el obispo Cauchon sigue honorablemente sepultado en la catedral de Lisieux, en la hermosa capilla donde Teresa del Niño Jesús comulgaba a menudo. Los jueces de Juana de Arco eran lo que se llamaría "un buen obispo", unos "buenos canónigos", unos monjes un poco fanáticos, algunos cobardes sin duda, pero seguramente todos un poco "fariseos", todos un poco con ribetes de "tartufos"8 1. ¡Dios tenga misericordia de ellos! Para repetir la expresión de Bernanos, ¿quién puede jactarse de no tener en las venas una sola gota de la sangre de esas víboras?

El proceso y la muerte de Juana de Arco siempre han sido para mi la prueba de que el antisemitismo de los cristianos, basado en el reproche colectivo de deicidio, era una monstruosidad insostenible. Cuando leo los documentos y desciendo al fondo de mí mismo, pesando todas las circunstancias de la condena de Cristo, o de Juana de Arco, no estoy seguro de en qué lado me habría encontrado si hubiera estado allí. Es fácil deslizarse al fariseísmo, y del fariseísmo a la sangre inocente.

Montesquieu pretendía que "debemos al código de los visigodos todas las máximas, todos los principios, y todas las opiniones de la Inquisición de hoy". Valdría la pena asegurarse de ello; En cuanto cristiano, nada me impide tener el más profundo desprecio hacia el código de los visigodos, si es inhumano. Leo en un comentarista del siglo xvi, Francisco Peña, teólogo español que se esforzó por justificar la Inquisición: "Si un inocente es condenado injustamente, la de quejarse de la sentencia de la Iglesia, que está fundada en una prueba suficiente, y no puede juzgar de lo que está oculto. Si falsos testigos le han hecho condenar, debe recibir la sentencia con resignación, y alegrarse de morir por la verdad." Por cualquier lado que se olfatee este piadoso comentario, es imposible no oler en él el sutil perfume de Tartufo y de los fariseos.

No creo en absoluto que este desarrollo sobre el antisemitismo de ciertos cristianos está fuera de mi terna. Creo solamente que el conflicto que enfrentó a Jesucristo con los

---

8 Aquí, y en las páginas siguientes, se alude al Tartufo de la homónima obra de Moliere como arquetipo de la hipocresia con apariencias de virtud. *(N. del T.)*

fariseos, y el proceso de Jesús y su condena a muerte, están en el centro de la historia, perpetuamente actuales, perpetuamente renovados, y que, verdaderamente, seria demasiado cómodo pensar que el nombre de cristiano y el sello sagrado del bautismo vacunan infaliblemente a un hombre contra la injusticia y le inmunizan toda posibilidad de mojarse las manos en sangre inocente. Creo, por el contrario, que esa espantable seguridad de conciencia que acoraza el alma de ciertos jueces capaces de condenar al inocente en nombre de una razón que creen superior, es precisamente esa misma seguridad de conciencia que armó el alma de los jueces de Jesucristo

Jesucristo mismo debía denunciar ese género de justicia: "Os he hablado de esto, para que no se tambalee vuestra fe. Os excomulgarán de la Sinagoga; más aún, llegará incluso una hora cuando el que os dé muerte pensará que da culto a Dios." En serio: seria demasiado cómodo creer que sólo en nombre de la sinagoga se han hecho matanzas e inocentes en el mundo. Más allá de la sinagoga y de una breve persecución de los cristianos por los judíos (que los cristianos hicieron pagar después ampliamente), Jesús denunciaba por adelantado el estilo de cierto asesinato jurídico del inocente en nombre de una razón suprema, tanto si era el interés de la Iglesia y de la nación española contra los judíos entregados a la Inquisición, como si era la razón de Estado de Luis XIV contra los hugonotes, o si era la superioridad sagrada de la raza alemana para Hitler, o las necesidades de la Historia y la misión de un proletariado ideal para los comunistas; y se podría alargar indefinidamente la lista: siempre es Tartufo quien condena y mata al inocente.

* * *

51 Se querría rehacer la Historia... ¡Deseo infantil!

Muchas —veces, siendo pequeño, releía el relato de la batalla de Waterloo, y cuando se oía por fin a lo lejos tronar el cañón, siempre esperaba que fuera Grouchy: "De repente, alegre, Napoleón dijo: —¡Grouchy!— Pero era Blucher." Por más que supiera por adelantado que la batalla se perdería, siempre creía que, en el momento decisivo, se iba a producir el milagro y que la esperanza no cambiaria de bando.

En eso estoy con mi libro. No puedo menos de seguir teniendo esperanzas de que los fariseos comprendan y se reconcilien con Cristo, y que griten también ellos: "¡Bendito el que viene en nombre del Señor!" Sé, sin embargo, que no se produjo nada de eso, y que todo se consumó en la maldición.

Es verdad, y todos los historiadores lo reconocen: los fariseos reivindicaban una tradición oral de la Ley, paralela a la Ley escrita de Moisés, en comentario autorizado a esa Ley: esa tradición oral de comentarios que al fin había de ser la fuente de la *Mischna* y de los Talmud. Sin pretender en absoluto que la Ley no tuviera ninguna necesidad de comentarios ni que toda tradición fuera mentirosa, Jesucristo tomó partido con solemne energía contra toda escolástica jurídica que ahogara el texto mismo de la Ley bajo el comentario, que borrara lo principal para poner de relieve lo secundario, que estrangulara el espíritu mismo de la Ley en nombre de la observancia literal. "Anuláis —dice a los fariseos— la palabra de Dios por vuestra tradición." Acusación terrible, en medio de un pueblo nacido de la Palabra y la Promesa de Dios: ¿qué seria Israel, fuera de la Palabra de Dios? El conflicto entre Jesucristo y

los fariseos, pues, es radical: afecta al fondo de las cosas.

Jesús no discute la autoridad de la Ley de Moisés: al contrario, defiende el sentido puro y evidente de la Ley contra los fariseos, y no tolera que se oscurezca. Se proclama más fiel a Moisés que los propios fariseos; en el fondo, se pretende más judío que ellos. "Dejáis —les dice— el mandato de Dios para guardar vuestra tradición. Pues Moisés dijo... Pero vosotros decís... anulando la palabra de Dios con la tradición vuestra que os habéis transmitido."(Mc. 7,9-13) Jesús pronuncia entonces las palabras a cuyo sonido deberían temblar eternamente todos los teólogos, todos los escolásticos, todos los comentadores, y, más—que ningún otro, el autor del presente libro: "Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz. Dejadles a ésos: son ciegos que guían a cielos. Pero si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán a un hoyo." *(Mt. 15,17)*

Si yo fuera judío, me interesaría del modo más alto, incluso en cuanto judío, saber quién fue más judío, si Cristo o los fariseos. La cuestión no está zanjada en absoluto, salvo para aquellos que hacen historia con sus entrañas antes que con una lupa sobre los documentos. De la Ley de Moisés, Jesús proclama su autoridad incontestable e inconmovible: "No creáis que vine a abolir la Ley o los profetas: no vine a abolir, sino a dar plenitud."*(Mt. 15,17)*

Hay sobre la naturaleza misma de la ley un equívoco análogo al que oscurece la naturaleza del conocimiento. La inteligencia, ¿es una función tendencial, que devora la sustancia misma de los seres, sin consumirla, pero asimilándola toda entera, y que, con esa asimilación intencional, nos pone en comunicación con el universo? ¿O bien el conocimiento está para siempre prisionero de su propio espejo, reducido a divinizarse él mismo o a aniquilarse para darse la ilusión de la libertad? Si el único fin del conocimiento es conocerse a sí mismo, en lugar de conocer el universo, y, a través del universo, a Dios, entonces es su propio ídolo, y desde el comienzo conoce la vanidad, el vacío eterno de esa religión de que es a la vez ídolo, sacerdote y víctima. Lo que se ha llamado en filosofía el idealismo, es un fariseísmo del conocimiento: los idealistas son los que no entran e impiden a los demás entrar...

Lo mismo pasa con la ley. ¿Está preñada de intencionalidad, o está eternamente cerrada sobre sí misma? ¿Es un "medio" hacia otra cosa más alta y más preciosa que ella, o se basta a sí misma, alfa y omega de toda justicia? ¿Es "poética", sugeridora de lejanas finalidades, o bien es "prosaica", no expresándose más que a sí misma? ¿Danza o se contenta con andar? El fondo del conflicto entre Cristo y los fariseos es que él tenía de la ley una concepción poética e intencional, y ellos tenían una concepción prosaica y literal. Es impresionante que Jesús sólo hable de la Ley en referencia al Reino de Dios, que para él la Ley sea un organismo vivo y fecundo, y que el fruto de la Ley sea el Reino de Dios, y no se pueda juzgar plenamente al árbol sino por su fruto. El árbol está hecho para el fruto, se cumple en éste. Por el fruto, su calidad y su sabor es por lo que hay que juzgar al árbol, no es el árbol quien juzga al fruto. Cristo no se cansa de insistir en la función primaria de la Ley, paridora del Reino de Dios. La Ley es esencialmente profética y escatológica, poética, sugestiva y preñada del Reino de Dios; en ese Reino de Dios y sólo en él se cumple y se da a luz. Cuando Jesucristo proclama el advenimiento del Reino de Dios en él y por él, proclama al mismo tiempo que la Ley ha llegado a término, pero ese término no es un reniego de la Ley, sino su cumplimiento, como la maternidad es el cumplimiento de una mujer. "Hasta Juan, estaban la Ley y los profetas; después, se proclama el Reino de Dios, y todos quieren entrar a la fuerza."*(Lc. 16,16)* Se nace al Reino de Dios con ayuda de fórceps. Quedarse atrás es querer quedarse en estado de feto.

Jesús reprocha a los fariseos no ver la relación entre la Ley y él mismo, jefe y realizador del Reino de Dios, "Examináis las Escrituras —les dice—, porque vosotros pensáis que tenéis en ellas la vida eterna; estas son también las que dan testimonio sobre mí."*(Jn. 5,39)* Es él quien constituye el fruto de la Ley; ¿cómo no lo ven? La justicia, fruto de la Ley y prometida por ella, es él; ¿cómo no le reconocen? "No creáis que vine a abolir la Ley a los profetas: no vine a abolir, sino a dar plenitud. Pues de veras os digo que mientras no pasen el cielo y la tierra, no pasará ni una jota ni una tilde de la Ley, hasta que ocurra todo... Porque os d e si no abunda la justicia en vosotros más que en los sabios y los fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos."*(Mt. 5,17-21)*

Asombrosa dialéctica: el cielo y la tierra están hechos para la Ley, que está hecha para el Reino de Dios, y todo se consumará a la vez. En el mismo texto, Jesús parece hacer de la observancia de la Ley la condición y la dimensión del lugar que cada cual puede obtener en el Reino de Dios: "El que suprima uno solo de los mandatos más pequeños, y se lo enseñe así a los hombres, será el más pequeño en el Reino de los Cielos: pero quien los cumpla y enseñe, será grande en el Reino de los Cielos."

Imagino que son tales textos los que, después de la Ascensión del Señor, justificaron el establecimiento de una comunidad judeocristiana en que se observaban a la vez las ceremonias de la antigua Ley con los sacramentos y los preceptos de la nueva. El fruto no se desprendió del árbol de un solo golpe, el cordón umbilical no se cortó enseguida. Pero, al fin, los propios judeocristianos reconocían que el Reino de Dios había llegado con Jesús en él, y que en Él la Ley había dado su fruto; eso no lo admitieron nunca los fariseos. De manera general, el Nuevo Testamento nos da, del conflicto entre Jesús y los fariseos, la imagen de un enfrentamiento privilegiado y particularmente cruel entre la fecunda legitimidad y el legalismo estéril.

* * *

52 El conflicto de Cristo y los fariseos se acabó con el proceso más famoso de la historia, en que Jesús fue condenado y ejecutado. Pero ese proceso de Jesús fue precedido por otro proceso, el de los propios fariseos, hecho por Jesucristo a tambor batiente y con elocuencia fulminante. Eso es lo que da a ese conflicto su aspecto inexorable de excomunión mutua. Las dos partes lo echaron todo en la balanza, todo, sus bienes, sus vidas, su prestigio, su autoridad, su responsabilidad, su elocuencia, sus personas. Jesús se encontrará, desnudo como un gusano, colgado en una cruz sobre la montaña. Pero el gran sacerdote se desgarrará las vestiduras. El velo del Templo se desgarrará por la mitad y el santuario se descubrirá desnudo y abandonado. Judas, el traidor, se ahorcará y su vientre reventará por la mitad. La misma tierra se hendirá y vomitará espectros. Pero también los fariseos serán despojados y llevarán eternamente el luto de ese momento. Todos lo habrán echado todo en la balanza; todo se derrumbará en la catástrofe, y la balanza misma se hundirá.

La requisitoria de Jesús contra los fariseos, que nos es referida en el extraordinario capítulo 23 de Mateo, comienza por la constatación de la autoridad, legítima o presumida, de los fariseos, que reivindicaban el derecho de interpretar la Ley: "En la cátedra de Moisés se han sentado lo sabios y los fariseos". De esa posición doctoral y de autoridad es probable que no se dejen desalojar fácilmente.

El poder político es envidiable, la ambición política es una de las pasiones más fuertes del mundo, fuente de muchas injusticias. Para ciertos hombres refinados, el poder sobre las almas es aún más envidiable, más formidable aún, y llega mucho más lejos. Aunque me cueste sentirlo, la historia nos demuestra que a menudo hay gran placer en poder enviar a un enemigo a la prisión o incluso al patíbulo. El placer del gran Inquisidor es mandarle a uno al infierno. Es muy notable que Jesucristo, que nunca discutirá la autoridad del gran sacerdote, reconozca explícitamente cierta autoridad a los fariseos. El proceso que les hace no se refiere en absoluto a esa parte de autoridad que les corresponde, se refiere a la manera como ejercen su autoridad, sobre los abusos de su autoridad que cometen, sobre las contradicciones entre su enseñanza y su conducta, es decir, les acusa de hipocresía, que es la carga natural y viciosa e a autoridad, aun legítima, como la justicia, la misericordia, la lealtad y cierta franqueza heroica son las fuerzas ascensionales y virtuosas de la autoridad.

Nada más tajante que las palabras de Jesús, que se aplican eternamente, no sólo a los fariseos, sino a todos los detentadores de una autoridad, aun legítima, de que se abuse hipócritamente. "Haced, entonces, todo lo que os digan, y observadlo, pero no actuéis según sus obras, porque ellos dicen, pero no hacen." Si Jesucristo no hubiera reconocido una legitimidad cierta a la Ley de Moisés y a la enseñanza de los fariseos, nunca habría dicho eso.

Luego vienen las acusaciones centrales y masivas de la requisitoria:

—dicen y no hacen;

—atan pesadas cargas y las echan sobre las espaldas de los hombres, pero ellos no quieren moverlas ni con el dedo;

—todas sus obras las hacen para ser vistos,

—les gustan los primeros sitios,

—los primeros asientos, los saludos en las calles,

—gustan de hacerse llamar "maestro",

—no entran, pero impiden a los demás entrar,

—filtran el mosquito, pero se tragan el camello...

Cualquiera de nosotros que tuviera una parcela de autoridad sobre las almas, temblaría de merecer semejantes reproches. Y no hablo sólo de los sacerdotes no hablo sólo de los demás. Hablo de todos los que son *letrados*, los escritores, periodistas, filósofos, profesores, hombres políticos, aconsejadores oficiales, distribuidores de la verdad. Señores; ese discurso se dirige a todos nosotros.

Luego el reproche se cambia en invectiva. Nunca ha manejado nadie la invectiva como Jesucristo. Así, agita el conflicto, lo hace subir a su paroxismo y no deja otra posibilidad que un desenlace brutal. Hay que confesar que Jesús, por lo demás como todos los profetas de su raza, tenía un sentido caricaturesco genial: los trazos que componen su retrato del fariseo son inolvidables. Bergson escribió: "El arte del caricaturista es captar ese movimiento a veces imperceptible y hacerlo visible a todos los ojos agrandándolo. Da a sus modelos una mueca como la que harían ellos mismos si fueran hasta el extremo de su mueca." La invectiva y la caricatura no van sin generalización. Sería injusto pensar que todos los

fariseos sin excepción correspondían al retrato que de ellos hace Jesús; los *Hechos de los Apóstoles* nos refieren las nobles palabras de Camaliel, el maestro de san Pablo, pero sin duda era la excepción que confirma la regla.

El discurso se continúa con una serie de maldiciones. Si esas maldiciones no las hubiera pronunciado realmente Jesús, ¿quién se atrevería a habérselas puesto en sus labios? Ese es otro signo de la veracidad de los Evangelios. El sermón de la montaña y las Bienaventuranzas parecen armonizarse naturalmente con la personalidad del que dijo de sí mismo que era “dulce y humilde de corazón". Pero el reverso de las Bienaventuranzas son las maldiciones, tan auténticas y elocuentes como las Bienaventuranzas. El cristiano camina hacia la eternidad entre esas dos altas murallas, las Bienaventuranzas a un lado y las maldiciones a otro. Nada puede remplazar aquí el texto desnudo del Evangelio. "¡Ay de vosotros, sabios y fariseos hipócritas, que cerráis el Reino de los Cielos ante los hombres! Porque ni entráis vosotros ni dejáis entrar a los que van a entrar.

“¡Ay de vosotros, sabios y fariseos hipócritas, porque devoráis las casas de las viudas y fingís rezar mucho! Por eso recibiréis una condena más severa.

"¡Ay de vosotros, sabios y fariseos hipócritas, que cruzáis el mar y la tierra para hacer un prosélito, y cuando se convierte le hacéis hijo del infierno el doble que vosotros!

“¡Ay de vosotros! guías ciegos que decís: "Si uno jura por el Templo, no es nada. Pero el que jura por el oro del Templo, está obligado". ¡Insensatos y ciegos!, ¿qué es más: la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? Así, el que jura por el altar, jura por él y por todo lo que hay sobre él, y el que jura por el Templo jura por él y por Aquel que vive en él, y el que jura por el Cielo, jura por el trono de Díos y por Aquel que se sienta en él.

“¡Ay de vosotros, sabios y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, el anís y del comino, y dejáis lo, que más pesa en la Ley: la justicia, la misericordia y la fe! Esto es lo que hay que practicar, sin dejar aquello. ¡Guías ciegos, que filtráis el mosquito y os bebéis el camello!

“¡Ay de vosotros, sabios y fariseos hipócritas, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de codicia y de avidez! Fariseo ciego, limpia primero lo de dentro del vaso para que lo de fuera se vuelva también limpio.

“¡Ay de vosotros, sabios y fariseos hipócritas, que parecéis sepulcros blanqueados, que por fuera tienen buena apariencia, pero por dentro están llenos de huesos de muertos a suciedad! Así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de injusticia.

"¡Ay de vosotros, sabios y fariseos hipócritas, que construís los sepulcros de los profetas y adornáis las tumbas de los justos, y decís: —Si hubiéramos estado en los días de nuestros padres no nos hubiéramos unido a ellos en la sangre de los profetas.— Así dais testimonio contra vosotros mismos de que sois hijos de los que mataron a los profetas: ¡completad también vosotros la medida de vuestros padres! Serpientes, raza de víboras, ¿cómo huiréis de la condena al infierno?..."

Aunque he leído mil veces estas líneas, me quedo aturdido ahora que las transcribo. ¿No habría podido decir las cosas mas suavemente? No; si se quiere que alcancen, hay que decir rudamente las cosas rudas. Pero ¡qué severidad, qué violencia, qué inexorable condena,

tanto más ensordecedora cuanto que es única en el Evangelio! Parece —y aun más, es seguro— que, para Jesús, no haya más que un pecado inexplicable, y es la hipocresía, pues aquí se apunta a la hipocresía, hasta el punto de que la palabra "fariseísmo" ha llegado a ser sinónimo suyo. La hipocresía es la antítesis de la caridad, forma de todas las virtudes cristianas, hasta el punto de que el amor de Dios por sí solo basta para hacer a un hombre universalmente virtuoso. La hipocresía es la desintegración universal, no sólo de todas las virtudes, sino también de los vicios, que por ella llegan a ser vicios del vicio. habría un análisis que hacer de la esencia farisaica de la moda en las costumbres. ¿Cuántos se dejan arrastrar a tal o cual depravación, sexual o de otro tipo, sólo porque, en el medio en que viven, es la moda? Del mismo modo que he reservado— para otro libro el comentario sobre las Bienaventuranzas o sobre la enseñanza de Cristo a propósito del dinero, también remito a ese libro mi comentario sobre estas famosas y espantosas maldiciones. Lo menos que debo decir de ellas por el momento es que determinaron de manera decisiva el destino temporal de Jesús. Al arrancar su máscara a los hipócritas, Jesús firmaba su propia condena a muerte. Tartufo nunca perdona que se le desenmascare. Jesucristo fue jurídica e hipócritamente asesinado por Tartufo.

Muchos elementos en la requisitoria de Cristo contra los fariseos nos parecen superados, y por eso no nos afectan. ¿Qué nos importan las filacterias, los ropajes lar el impuesto sobre la menta, el comino, la ruda y todas las legumbres? Lo que no está superado es la impecable acusación que opone a Jesucristo a Tartufo. Pascal nos dice que Jesús está en agonía hasta el fin del mundo. Hasta el fin del mundo también; y en cada minuto del tiempo que pasa, y en el interior de cada conciencia, Cristo se yergue con toda su estatura y afronta a Tartufo para desenmascararle. El que nunca ha sido campo cerrado de ese combate, es porque ya está con armas y bagajes en el bando de Tartufo, aunque se pretenda de Jesucristo con los labios. Sólo Tartufo se queda fuera del Reino de los Cielos, fuera de la redención, fuera de la salvación aportada por Jesucristo; un umbral encantado le impedirá siempre entrar, a no ser que abandone su máscara y su manto de hipocresía. Su destino desesperado es impedir también entrar a los demás. Nada estorba tanto una conversión como el temor de un alma leal de encontrarse al lado de Tartufo. Sin embargo, la verdad merece que se supere también ese temor. Somos tan miserables que aun el querer distinguirnos de Tartufo a toda costa no carece de cierta hipocresía. Sólo con la muerte caerán todas las máscaras.

* * *

53 Los mayores errores humanos, los que tienen más poder de seducción y producen las grandes catástrofes, son los que parten de un buen paso pero se detienen a medio camino en la verdad. Es cierto que Jesús y los fariseos hacían juntos la mitad del camino; veneraban juntos la Ley de Moisés y su origen divino. Los fariseos se quedaban ahí, pero Jesús proseguía la ruta. No sólo consideraba el origen, la causa eficiente y la causa formal de la Ley, veía también su finalidad. Venerar la Ley en su origen, su forma y su expresión, y rehusar ir más allá, es convertirla en ídolo, y en ídolo asesino; no hay corazón, no hay tolerancia, no hay misericordia en la Ley: es abstracta y no conoce del hombre más que una abstracción. Es una mantis religiosa que imita agresivamente a su presa.

Jesús tenía de la Ley una concepción liberada; no era para él un ídolo, sino un medie" el instrumento del advenimiento del Reino de Dios, de que él era cabeza. La ley estaba

destinada a inclinarse y fundirse en ese Reino una vez llegado. Fiel a su estrategia y a su táctica, Jesús sabía que la Ley tenía un objetivo y que ese objetivo era él mismo. Jesús era la finalidad misma de la Ley, tenía conciencia de ello, lo proclamó claramente, y en ese sentido se puso por encima de la Ley: él era su madurez y su fruto. Incluso, era su obra maestra. La ley encerraba a todo hombre en la culpabilidad frente a Dios, en el pecado, en la muerte, castigo del pecado, pero daba también la esperanza de que Dios liberaría un día a su pueblo. Esa liberación seria el advenimiento del Reino de Dios. Jesús proclamó ese advenimiento: pretendió liberar a los hombres del pecado y de la muerte y hacerlos pasara de la servidumbre a la libertad de los hijos de Dios, en la herencia de Dios.

Los fariseos, al contrario, tendían a pensar que la sola y estricta aplicación de la Ley podía hacerles "justos". La Ley de Moisés no da tal esperanza, sino que da sólo la lucidez sobre el estado de pecado, la lucidez de las tinieblas. Es la comparación del ojo y de la luz lo que viene al ánimo al leer el Evangelio de Juan. La complicación anatómica del ojo, ciertamente, es fascinante, como lo eran las complicaciones de la Ley de Moisés. Pero el ojo, con todas sus perfecciones orgánicas' no ve nada mientras no encuentra la luz para la que está hecho, su fruto, su gozo, su liberación. Jesús era la luz de ese gran ojo abierto que era la ley de Moisés. Si los fariseos nos explican y nos afirman la admirable anatomía del ojo, nosotros no lo contradecimos, afirmamos que el ojo está hecho para la luz.

A lo largo de los Evangelios, nada se afirma tan clara y constantemente como el propósito de Jesús al venir a este mundo. No sólo para verificar la justeza de un mecanismo legal, sino para dar al ojo su luz, no sólo para estar sometidos a la Ley, sino para dar esa liberación que la Ley pro metía sin darla: liberación del pecado y de la muerte. No sólo para ser súbdito de la Ley, sino para ser hijo y heredero en el Reino de Dios. "No vine para condenar al mundo, sino para salvar al mundo." "Dios no mandó al Hijo al mundo para que condenara al mundo, sino para que el mundo se salvara por él." "El Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo perdido." "Os digo que por un solo pecador que se convierta habrá más alegría en el cielo que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de conversión." El fondo del asunto está ahí: los fariseos encontraban tal seguridad en la Ley, que creían no tener necesidad ni de salvación, ni de penitencia. Y la Ley no da seguridad, ni salvación: está hecha para desearlas violentamente. Es también san Pablo, el fariseo convertido, quien lo expresó mejor: "Es veraz esta palabra y digna de todo crédito: que Jesucristo vino al mundo a salvar a los pecadores, el primero de los cuales soy yo." Maravillosa religión en que, a la luz del sol de justicia, basta verse tal como se es para ser el primero, lo que no quiere decir que hay que gloriarse de ser pecador lo que sería también fariseísmo. No es el pecado lo que salva o lo que da la gloria, sino sólo el Señor Jesucristo, Salvador.

A partir de ahí, todo se explica. El objetivo de la Ley, es la justificación del pecador, pero Jesús perdona los pecados. El objetivo de la Ley es el honor de Dios, pero el Hijo del hombre honra a su Padre como nunca le honró la obediencia más heroica; es, pues, el señor del Sabbat y de todas las observancias. El objetivo de la Ley es la misericordia, y Jesús vino para salvar al mundo. El objetivo de la Ley, es servir a la Promesa hecha por Dios a Abraham, y Jesús, al mismo tiempo hijo de Abraham e Hijo de Dios, es el Mesías de Israel. El objetivo de la Ley, como toda ley, es la felicidad de los hombres que le están sometidos: ¡vergüenza a toda filosofía, a todo derecho, a toda política, a toda autoridad que prescindan de la felicidad de los hombres! Pero Jesús es la bendición prometida a Abraham, y la bienaventuranza final de todo hombre que viene a este mundo, como la luz es el gozo y la finalidad de todo ojo que se abre. El objetivo de la Ley es el bien común del pueblo de Dios, y Jesús es sustancialmente ese bien común, es Dios en persona.

La disputa de Cristo con los fariseos hace pensar en la tragedia de una madre que, bajo el efecto de un encantamiento, se hubiera dormido tras el parto, y que al despertar siguiera esperando aún la venida del niño ya nacido de ella. Finge creer que ese niño que le presentan no es el suyo, rehúsa ver que su vientre ya está vacío. Y sin embargo, si alguna vez Israel ha tenido un hijo legitimo y que le diera gloria, es Jesucristo, nuestro Señor, que el anciano Simeón había reconocido proféticamente en el Te lo: "Mis ojos han visto tu salvación, que has preparado ante la vista de todos los pueblos, *luz* para revelación a las naciones y gloria de tu pueblo Israel". Los fariseos fueron las terribles comadronas que convencieron a la Casa de Israel de que ese Hijo de Dios no era suyo. Ahora bien, para un hijo de hombre, nada más terrible que lanzar una duda sobre la legitimidad de su nacimiento; Jesucristo no es excepción a esta regla.

Por eso sus invectivas contra los fariseos son tan vibrantes. La querella se ahonda en círculos concéntricos, como el infierno. Se cae de torbellino en torbellino. La querella sobre la Ley se convierte en una querella de legitimidad sobre el nacimiento: ¿quién es hijo de quién? Es Juan quien nos refiere ese prodigioso litigio. Los exegetas racionalistas, que sospechan que invento sus discursos, le conceden el honor de una gran imaginación: ¿quién podría inventar con posterioridad tal proceso de familia? Es notable que, en esa querella de legitimidad, los fariseos, tanto como Jesús, se remontan más arriba de Moisés, es decir, antes de la Ley, hasta Abraham (la Promesa hecha a Abraham), y de Abraham a Dios. Sobre ese punto, la inconsecuencia de los fariseos es flagrante, y san Pablo lo mostró muy bien en lo sucesivo. El pueblo judío, en cuanto pueblo de Dios, existía antes de Moisés, con anterioridad— a la Ley. Cumplida la Promesa en Jesús, la Ley, que estaba al servicio de la Promesa, ya no tiene razón de ser, hablando estrictamente.

En la discusión, Cristo, a su manera y una vez más, llega al extremo de esa dialéctica magnética propia de los judíos, en que todo está orientado hacia dos polos opuestos. No es un universo de medias tintas. Cristo llega al extremo de la Promesa hecha a Abraham, de la bendición implicada en la Promesa, de la universalidad de esta bendición, de la filiación implicada en la bendición; en ese contexto es donde se inserta y se comprende la revelación, hecha por Jesús, de su propia filiación divina por completo personal, núcleo de la revelación de la Trinidad de las Personas en la única naturaleza divina. En lo opuesto, salir de la bendición y no reconocer la filiación excepcional de Jesús es salir de la Promesa hecha a Abraham, exilarse del linaje de Abraham, es entrar en la maldición y en la mentira, es ser hijo del Diablo.

Jesús: "Si os quedáis en mi palabra, seréis de veras discípulos míos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres."

Los fariseos: "Somos raza de Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Os haréis libres?"

Jesús: "Os doy mi palabra de que todo el que hace el pecado es esclavo del pecado. Pero el esclavo no se queda en la casa para siempre; el hijo se queda para siempre. Entonces, si el Hijo os libera, seréis de veras libres. Sé que sois raza de Abraham, pero tratáis de matarme, porque mí palabra no entra en vosotros. Yo digo lo que he visto en el Padre y vosotros, entonces, hacéis lo que habéis oído de vuestro padre."

Los fariseos: "Nuestro padre es Abraham."

*Jesús: "*Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. Pero ahora tratáis de

matarme, a mí, al hombre que os ha dicho la verdad, que oí de Dios; eso no lo hizo Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre."

Los Fariseos: "Nosotros no hemos nacido de la prostitución: tenemos un solo padre, Dios."

Jesús: "Si Dios fuera vuestro Padre, me querríais; pues yo salí y vengo de Dios, no vengo de mí mismo, sino que me ha enviado Él. ¿Por qué no comprendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre. Ese fue asesino de hombres desde el principio, y no se quedó en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando ice la mentira, habla de lo suyo, porque es mentiroso, y padre de la mentira. Pero a mí porque digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me demostrará culpable de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis? El que es de Díos, oye las palabras de Dios; por eso vosotros no oís, porque no sois de Dios."

Los fariseos: "¿No decimos bien nosotros, que tú eres un samaritano, y tienes un demonio?"

*Jesús: "*Yo no tengo demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis. Pero no busco mi gloria: hay uno que la busca y juzga. Os doy mi palabra de que quien guarde mi palabra, no verá la muerte eternamente."

Los fariseos: "Ahora sabemos ya que tienes un demonio; Abraham y los profetas murieron, ¿y tú dices: Quien guarde mi palabra, no verá la muerte eternamente? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Abraham, que murió? También murieron los profetas. ¿Quién te haces a ti mismo?"'

Jesús: "Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada; el que me da gloria es mi Padre, el que vosotros decís: Es nuestro Dios. Y no le conocéis, pero yo le conozco. Y sí dijera que no le conozco, seria igual que vosotros, un mentiroso, pero le conozco y guardo su palabra. Vuestro padre Abraham se llenó de gozo porque vería mi día, y lo vio y se alegró."

Los fariseos: "¿No tienes todavía cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?"

Jesús: “Os doy mi palabra de que yo existo desde antes que naciera Abraham.”

"Buscaron entonces piedras para tirárselas, pero él se ocultó y salió del templo."

El lector, ahora acostumbrado a mi libro, ha tenido que reconocer al paso la importancia y la permanencia de ciertas palabras y de ciertas nociones: la Semilla, la Palabra, el clan, la filiación de Abraham y de Dios, el Diablo, el esclavo que no es del clan, y el hijo que forma parte de él para siempre. Mi esperanza es que mi libro ya haya ayudado al lector a comprender mejor lo que es esencialmente una querella de familia, ruidosa y secreta como todas las querellas de familia.

* * *

54 Forma parte de la dialéctica de una querella de familia que todos, aun los extraños, se vean conminados a tomar partido. La neutralidad sobre la cuestión de Jesús se hizo cada vez más imposible, y sigue siendo imposible hoy; la fidelidad a Jesús se hizo cada vez más peligrosa; la persona misma de Jesús cada vez más en riesgo, como se ve aquí, donde estuvo verdaderamente a punto de ser asesinado ritualmente por lapidación. Como siempre que se forman dos partidos en la nación sobre una cuestión crucial —y lo hemos visto muchas veces—, los estandartes se despliegan y cada cual se ve obligado a enrolarse.

Los fariseos no tenían todavía la posición de poder que conquistaron luego. No eran los dueños del Templo ni del poder central oficial. Pero eran los dueños de las sinagogas, y ejercían ya una suerte de control de *chantage* sobre el poder oficial y sobre los sacerdotes. Me gustaría comparar las sinagogas en ese tiempo a los clubs de los jacobinos, extendidos por toda Francia a comienzos de la Revolución, que no tenían ningún poder oficial y que, sin embargo, con sus ímpetus dominaban el poder oficial. Esa inmensa potencia de las sinagogas a través de todo el país tomó partido contra Jesús. Juan nos ha conservado el recuerdo: "Al mismo tiempo, sin embargo, creyeron en él muchos, incluso entre los jefes, pero no lo confesaban por los fariseos, para no ser echados de la sinagoga, pues querían más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.

Entre las veinticuatro sectas que se disputaban la vida pública de Israel en ese tiempo, si había una cuyo espíritu se opusiera a la de los fariseos, era la de los saduceos. Los saduceos se reclutaban sobre todo entre la casta sacerdotal, es decir, que detentaban el poder oficial en un régimen esencialmente teocrático, y que vivían del Templo, centro de gravedad de toda la nación y de la Diáspora. Los saduceos estaban lejos de ser legalistas, como los fariseos. Claro que respetaban la Ley, ¿podía ser de otro modo? Pero despreciaban el espíritu minucioso y el frenesí escolástico de los fariseos. Detentaban el poder y los puestos, los aprovechaban, vivían bien y con holgura, y no tenían que ver con reglas rígidas ni moral meticulosa. Eran ricos, escépticos, liberales hasta el sincretismo, extremadamente tolerantes, con tal que sus privilegios de clase no estuvieran amenazados. La religión de Israel, por otra parte, en aquel tiempo era más tolerante de lo que se piensa. Los saduceos no creían siquiera en la inmortalidad del alma, lo que no impedía que las más altas funciones sacerdotales las tuvieran la mayor parte de ellos.

Los fariseos les odiaban, pero tenían necesidad de ellos. La alianza entre fariseos y saduceos se estableció para perder a Jesús. En aquellas circunstancias, era la alianza más temible que cabía: los fariseos eran dueños de las sinagogas y tomaban actitudes de guardianes intransigentes de la Ley, pero los saduceos eran dueños del Templo, de la religión oficial, del sanedrín, del sacerdocio, de la excomunión, del tribunal supremo. En los momentos de grandes crisis, se ve frecuentemente ese género de alianza entre la extrema-derecha, representada aquí por los fariseos, y el centro conservador, para cerrar el camino a un movimiento revolucionario: es el suicidio del centro. Frente a los fariseos, y a pesar de los privilegios del orden establecido, los saduceos no tenían tanto eso, como se vio por lo sucesivo. Por el momento, esa alianza se iba a mostrar eficaz contra Jesús.

¿Y Jesús? Nunca sus cualidades de profeta y de taumaturgo, de obrero y de poeta de su propio destino, fueron tan deslumbrantes, tan unidas en un solo haz, como en esos últimos meses de su aventura terrestre. Ante ese frente común, tan amenazador para él, y cuya cohesión, por otra parte, formaba él exclusivamente, estaba solo y quería estarlo. No tenía ni organización, ni tropas de choque, ni partido. Tenía solamente doce apóstoles, uno de los cuales se disponía a traicionarle, mientras que los demás no comprendían muy bien lo que querían; por otro lado, él no se cohibía para llamarles idiotas, aunque las fórmulas evangélicas

endulcen el término: "¿También vosotros estáis todavía sin inteligencia?" Pero "idiota" es "desprovisto de inteligencia", entonces ¿por qué buscar una perífrasis? Algunas mujeres eran devotas de él, pero sólo eran mujeres. Tenía la multitud a su favor, la multitud inmensa, móvil, entusiasta, ardiente, pero realmente inútil mientras no está encuadrada y fluye como el torrente.

Él tenía demasiado genio, conocía demasiado bien a los hombres y el arte de sus batallas, para que su soledad no estuviera hecha expresamente. Por otro lado, no era del todo soledad. A medida que, no sin miedo, pero con toda lucidez y con corazón atrevido, sin plegarse nunca, Jesús se sumerge en la lucha a muerte, entonces, igual que un general habla de sus divisiones —y no tenía ejército—, o un jefe de Estado moderno habla de su arsenal nuclear —y no tenía tal cosa—, Jesús habla de su Padre. "Mi Padre y yo… » He ahí su bastión, su invencibilidad, su arsenal, su recurso, su potencia de intervención y de decisión, en cualquier momento, un acontecimiento aplastante. Se le dice la Ley". Se le dice "el Templo", se le dice "Abraham y su Semilla", se le dice el "cabbat", se le tira a la cara, como desafíos prohibiciones, las observaciones: más sagradas de Israel, y responde siempre invariablemente: "Mi Padre y yo…" Una vez más él, siempre él, él en el centro y en la raíz de todo, pivote de Israel y de todo el Universo, su Padre y él. No es que repudie la Ley, el Templo, el "sabbat", Abraham y todas las observancias de Israel, pero sabe y proclama que él es el término eminente y vivo de todas esas dedicatorias y de todas esas esperanzas. Quien no le reconozca, es porque se detiene en camino, y detenerse en camino es romper el movimiento de toda santidad, de toda religión, cuyo término no puede ser más que Dios.

Pero, de modo inmediato, ¿qué quiere? ¿El poder político, el trono de Israel, la revolución? Amigos, enemigos, se rompen la cabeza ante eso y se engañan. El no quiere mas que una cosa, la voluntad de su Padre, y la voluntad de su Padre es que cumpla las profecías y que, para la próxima Pascua, sea el único verdadero Cordero de Dios inmolado por los pecados del mundo. Todas las Pascuas judías, desde la primera, cuando la salida de Egipto, sólo se celebraron para prefigurar ésta. Jesús profetiza solemnemente su muerte y las circunstancias de su muerte: "Es preciso que el Hijo del Hombre padezca mucho, y sea entregado por los ancianos y los sacerdotes y los sabios, y resucite en el tercer día." Cada cual de nosotros avanza por el tiempo como por un laberinto, pero a él la muerte no le sorprenderá, él domina todos los laberintos del tiempo, y va hacia su muerte como un novio hacia su prometida.

Y luego los milagros. Desde el comienzo de su vida pública, Jesús hizo milagros en cantidad, que eran el signo mesiánico del advenimiento del Reino de Dios. Ahora, al fin de esa vida pública, los milagros se vuelven abrumadores, ricos de significaciones escatológicas, jugosos de poesía, signos sensibles de la omnipotencia del Padre en su Hijo Amado. A mi juicio, los milagros de Cristo son inextricables de la revelación trinitaria. Y la acción del Espíritu Santo vendrá a continuar y completar en nosotros la enseñanza de los milagros de Jesús, cumplidos de una vez para todas “en aquel tiempo”. Las palabras de Jesús son impresionantes al vincular su enseñanza y sus milagros a la revelación trinitaria: "Sí no hubiera venido yo y no les hubiera hablado, no tendrían pecado, pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me odia a mí, odia también a mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos las obras que no ha hecho ningún otro, no tendrían pecado. Pero ahora han visto y nos odian a mí y a mi Padre… Cuando venga el Intercesor, que yo mandaré desde el Padre, el espíritu de la verdad que viene del Padre, él dará testimonio de mí."

Al final de esta vida fulgurante, en mitad de esta batalla que iba a costarle la vida, Jesús, pues, acumulaba los milagros, que explotaban como la bomba de Hiroshima, con

lluvias radiactivas que cubrirán hasta el fin del mundo todas las playas del tiempo. Milagros únicos de potencia y de significación, milagros eternamente justificativos de nuestra obediencia racional y de nuestra fe, “esas obras que no ha hecho ningún otro”. Hay que leer en el Evangelio de Juan el relato de la curación del ciego de nacimiento y el de la resurrección de Lázaro. La critica racionalista, toda ella basada en el dogma rígido de que el milagro es imposible, y en la negación de Díos, no vio ahí más que símbolos de Jesús poniéndose como luz del mundo y señor de la muerte y de la vida. Pero si Jesús era verdaderamente el señor de la muerte y de La vida, y la luz del mundo, ¿qué extraño es que hiciera milagros a su imagen? Actuó como todo artista que se proyecta en su obra. En todo caso, nunca se explicará el odio, el miedo, el entusiasmo de que Jesús fue entonces objeto, si esos milagros no tuvieron lugar. Por ellos le admiraba el pueblo, a causa de ellos le temían los fariseos. ¿Cómo acabar con tal hombre? Esa es la pregunta que se hacían todos los enemigos de Cristo.

La razón de Estado fue lo que puso el calderón al conflicto. Juan cuenta: "Los grandes sacerdotes y los fariseos convocaron el Consejo, y dijeron: —¿Qué haremos, que este hombre hace tantos signos? Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán a nosotros, y el Lugar Santo, y la nación—. Uno de ellos, Caifás, que era Sumo Sacerdote ese año, les dijo: —Vosotros no comprendéis nada, ni os dais cuenta de que os conviene que muera un solo hombre por el pueblo y que no sea destruida toda la nación—. Pero eso no lo dijo por si mismo, sino que, siendo Sumo Sacerdote en ese año, *profetizó* que Jesús tenía que morir por la nación, y no sólo por la nación, sino también para juntar en unidad a los hijos de Dios dispersos… Entonces, desde aquel día, decidieron que la matarían. Y Jesús no anduvo ya visiblemente entre los judíos, sino que se retiró de allí hacia la tierra de junto al desierto, a una ciudad llamada Efraím, y se quedó allí con los discípulos. Se acercaba la Pascua de los judíos, y subían muchos de aquella tierra a Jerusalén, antes de la Pascua, para purificarse. Buscaban entonces a Jesús, y se decían unos * otros, reunidos en el Templo: —¿Qué os parece, que viene * no a la fiesta?— Los grandes sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes de que si alguien sabía dónde estaba, los avisara, para que le detuvieran.”

Al término del conflicto, pues, Jesús es solemnemente excomulgado y considerado, en su nación, como un criminal al que hay que echar mano como sea.

XVIII

EL APOCALIPSIS CRISTIANO

55 "Y sin embargo, ¡oía yo decir tantas cosas incontestables contra esas poesías y contra ese poeta! Alguien me agarró un día por el botón de la chaqueta y me repitió, con una especie de dolor y de indignación desesperadas: —Pero en fin, señor mío, yo soy doctor en letras, ¡y no comprendo nada!— Yo no tenía nada que responder, yo, un pobre bachiller… "

Pienso en esta historia de Valéry, al abordar el tema del Apocalipsis cristiano. ¿Cuántos, antes de mí, han perdido ahí su latín y su griego? Yo mismo, he gastado cuarenta y cinco años de mi vida en leer, estudiar y meditar los Evangelios. ¿Qué autoridad puedo tener con eso sobre si los Evangelios se engañan o nos engañan? Hace mucho tiempo que habito esos textos, es la casa de mi juventud. Sin embargo, puedo jurarlo, no es la comodidad de la costumbre lo que me retiene en ellos; dejaría de ser cristiano si no estuviera convencido de que esos textos me cuentan una historia que es cierta. No es porque sean venerables por lo que me apego a esos textos, para mí sólo son venerables por ser verídicos. Mejor cortar toda vinculación y morir solo, de noche, al borde de un camino desconocido, que morir un día fuera de la verdad. Añado que no encuentro en absoluto en los Evangelios la complicidad sentimental que se busca en los horóscopos o en los consultorios sentimentales.

Desde mis catorce años, leía todo lo que me caía en la mano. En esa época, estaba de moda acumular las objeciones contra la historicidad y la autenticidad de los Evangelios. Esas objeciones trastornaban profundamente mi fe católica, como un gran árbol se echa a temblar al primer viento del huracán. Seguramente no fueron ajenas a mi vocación religiosa, y singularmente a mi decisión de entrar en una orden dedicada al estudio y a las largas investigaciones. La vida me parecía que cambiaba enteramente según que la esperanza sobrenatural propuesta por los Evangelios estuviera fundada o no. Quería conocer la verdad, la puesta en juego era tan importante que valía la pena el peligro de perder mi juventud.

En ese tiempo, que de repente me parece tan lejano, la crítica llamada “independiente” —¿independiente de qué?, Sin duda, no de todo dogma— todavía estaba dominada por la triple autoridad de David Friedrich Strauss, Ernest Renan y Adolph Harnack, que cortaron y trincharon la historia de Jesucristo con tan soberbia desenvoltura. La época entera se creía "científica" en todo; en especial, era generalizadora, extrapoladora, sin sentido ninguno de los grados del ser y del saber, cerrada a las posibilidades de excepción. No se creía en el milagro,

no se creía en la profecía, pero se creía, firme como el hierro, con la fe del carbonero, en el determinismo de las leyes físicas y en un universo a la vez definido, evolutivo, progresivo y prácticamente eterno.

En menos de medio siglo, toda aquella quincalla intelectual ha sido arrumbada. Pero la exégesis de esa generación no era mejor que su filosofía de las ciencias, no ha seguido los descubrimientos textuales y arqueológicos mejor que el determinismo los trabajos de laboratorio. Se ha descubierto el emplazamiento de Troya, se ha descubierto que Abraham no era un mito, y, desde Strauss, hemos visto a los sabios subir cada vez más alto, hasta la primera generación cristiana, las fechas de las epístolas paulinas y las de los Sinópticos. El Evangelio de Juan ha servido de referencia y a veces de indicación a muchas búsquedas arqueológicas, y el reciente descubrimiento de los manuscritos del mar Muerto da a sus discursos un tono contemporáneo del de los esenios, es decir, de antes de la ruina de Jerusalén en el 70.

¿Entonces?

Entonces es muy sencillo. Una pseudoexégesis pseudocientífica ha engañado a generaciones de cristianos que querían a toda costa reconciliar su fe con su tiempo, y era su tiempo el que divagaba, no su fe. Muchos perdieron la fe por argumentos que hoy no sólo les harían sonreír, sino enrojecer. La exégesis racionalista del siglo asado, ¿ha fallado con eso su objetivo? Esa pregunta me la he hecho a menudo. Los racionalistas del siglo pasado tenían espíritu misionero, querían convertir a la incredulidad. ¿Qué buscaba un hombre como Renan, al publicar *su Vida de Jesús*, hace ahora un siglo? ¿Quería proclamar algunas verdades que creía históricamente establecidas, o quería hacer perder la fe a algunas conciencias sin defensa? ¿Era historiador o propagandista? ¿Era sabio, o comerciante de slogans sencillos y eficaces, pero inventados?

Durante la última guerra, en el curso de la larga noche nazi extendida sobre Europa y París, me ocurrió a menudo discutir con el querido Albert Camus sobre el Apocalipsis cristiano. Él admitía la autenticidad de los discursos apocalípticos de Cristo referidos en los Sinópticos. Los había estudiado de cerca, por haber preparado una tesis sobre el tema cuando era estudiante. No dudaba que Jesús hubiera pronunciado verdaderamente las famosas palabras sobre la ruina de Jerusalén y el fin del mundo. Incluso lo convertía en argumento, según él irrefutable, de que Cristo se había engañado en su profecía, que había predicho para el mismo tiempo la ruina de Jerusalén y el fin del mundo, esto es, que no había fundado una Iglesia hecha para sobrevivirle. Esas objeciones, viniendo de un hombre a quien yo quería y cuya lealtad intelectual conocía, me obligaron a dar muchas vueltas en la cabeza y en el corazón a esos textos que siguen siendo oscuros. Esa constante rumia tuvo sobre mí exactamente el mismo efecto que la familiaridad prolongada con los poemas de Mallarmé sobre el joven Valéry: "Al repetirme involuntariamente esos versos tan difíciles de comprender, comprobaba que los enigmas se atenuaban y se esbozaba la comprensión. El poeta se justificaba. La repetición hacía tender a mi espíritu hacia un límite, hacia un sentido perfectamente definido."

* * *

Mateo, judío que escribe para judíos, que escribe en Jerusalén en la misma lengua que había hablado Jesús, una docena de años, aproximadamente, tras los acontecimientos que relata, y una treintena de años antes de la ruina de Jerusalén, es también el evangelista que refiere más largamente los discursos apocalípticos de Jesús; le habían impresionado mucho, evidentemente. Sobre todo a su texto me referiré en este capítulo, y ocasionalmente, a los textos paralelos de Lucas y Marcos.

Ahí también, Jesús entraba en una tradición anterior a él. El Apocalipsis es un género literario que los persas ya habían practicado, pero fueron los judíos quienes habían de darle su significación profunda, su largo alcance y sus obras maestras.. Es un género literario muy diferenciado y preciso, que corresponde a una mentalidad particular, a una concepción particular de la condición humana. Igual que no creo que se pueda comprender y definir perfectamente el género literario de la Tragedia griega antigua, sin conocer y definir lo que los griegos llamaban el *Destino,* la Necesidad ciega, irrecusable, irrefutable, irresponsable e inevitable, el Apocalipsis judío tampoco se comprende si no se sabe que Dios es el Señor absoluto y supremo de la historia, que es a la vez su iniciador libre y su finalidad, amorosa y judiciaria; que gobierna, en el interior de la historia, cada destino humano y toda la creación; que sondea las entrañas y los corazones, y que cuenta también las estrellas en el cielo. Al mismo tiempo Dios sabe muy bien lo que hace y no es ciego. También habla, e incluso habla mucho entre los judíos; toda la historia de Israel resuena de su palabra. Le ocurre que entra en discusión con el hombre; es supremo responsable, incluso querelloso, y su amor a la criatura es tal que parece tener los antojos y los arrepentimientos de un enamorado.

En consecuencia, el pasado, el presente y el futuro adquieren una significación por completo diferente de la que tenían entre los griegos. Nietzsche y después Camus vieron bien que la concepción griega de la historia y la concepción judía de la historia eran antagonistas e inconciliables. Como Nietzsche, Camus optaba por la concepción griega: Reprochaba al comunismo haber transpuesto la concepción judía de la historia a un universo puramente material y temporal. Lo cual es cierto. La concepción judía de la historia es lineal, progresiva, en sentido de que tiene un comienzo que es Dios, y un término que es Dios, y el progreso se comprende por creciente aproximación a ese término: hay una maduración creciente de la historia al sol eterno de Dios. El comunismo guarda el estilo del Apocalipsis, pero no suspende ya el tiempo de la eternidad, y remplaza a Dios por una necesidad fabulosa y propiamente mitológica.

La concepción griega de la historia es cíclica: se expresa perfectamente en el famoso mito del Eterno Retorno. A pesar de la elocuencia que gastó sobre el tema, me pregunto aún si incluso Nietzsche creyó nunca en serio en la realidad histórica del Eterno Retorno. Este implica una noción verdaderamente grosera, materialista y “temporal” de la eternidad, que ya no es un tiempo indefinido inagotable, en el curso del cual las combinaciones de la materia —que son de número necesariamente limitado, por muchas que sean— tendrían que renovarse, idénticas a sí mismas, uno se pregunta por qué.

Los judíos, sabiendo que Dios es el polo magnético de la historia, tienen una noción supramaterial y verdaderamente sobrenatural de la eternidad. La eternidad es el corazón vivo de la historia que envía sangre a todas las arterias del tiempo, y a cada instante la absorbe hacia sí por todas las venas. Sí, y si se está atento, se puede sentir el pulso de la eternidad en cada instante del tiempo. Dios está por encima de su creación y del tiempo, también creados, porque Él regula el movimiento de la creación hacia su término. Se conoce la definición de Pascal: "Dios es un círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ningún sitio". Lo mismo pasa con la eternidad: su centro está en cada uno de los momentos que pasan

y su circunferencia no se alcanza nunca. Es muy evidente que el lenguaje de esa "geometría" de la eternidad debe estar lleno de sorpresas y de refracciones, en relación con nuestra geometría euclidiana de la experiencia sensible.

Pero, aun en el orden de la eficacia material, los grandes descubrimientos modernos se han hecho con ayuda de geometrías no—euclidianas. Entonces, ¿nos es tan difícil concebir, que el universo sobrenatural y divino, cuando se expresa en lenguaje humano, lo haga según las leyes de una geometría desconocida, que pueden dar la apariencia de algo incoherente, cuando su expresión refleja en nuestro mundo sublunar una coherencia diversa, que sólo podemos sospechar? Lo contrario seria lo sospechoso. Cuando un bastón derecho se mete en el agua, parece roto, no porque lo esté, sino porque atraviesa dos medios diferentes. El Apocalipsis: judío está todo él construido sobre un fenómeno así de refracción.

Vuelvo aquí, una vez más, sobre la solemne afirmación de Jesús, que marca también que la eternidad es un centro magnético universalmente presente en todas las parcelas del tiempo, dominándolo infinitamente: "Antes de que naciera Abraham, yo existo". Eso, o no quiere decir absolutamente nada, o bien quiere decir que ese hombre de treinta años que decía esas palabras hace dos mil años, era verdaderamente y de cierta manera contemporáneo de Abraham, que, por su parte, ya había muerto y estaba enterrado desde hacía dos mil años en tiempo de Jesús. ¿Cómo era posible? Entonces, los enemigos de Jesús tomaron piedras para tirárselas y matarle: ellos habían entendido perfectamente.

La poesía también, en su esencia superior, es un esfuerzo para dominar el espacio y el tiempo: no se sujeta ya a ellos. Hablo de una poesía que se expresa también en pintura y en música, igual que en las palabras. La poesía considera todas las cosas en una luz inteligible, en que las mismas formas sensibles se hacen incorruptibles y gloriosas, en vecindad sorprendente, y atraviesan como por encanto las murallas materiales del desgaste y de la duración igual que de la distancia. Cierto que algún gran poeta, como Mallarmé, puede dar una primera impresión de oscuridad, y aun de incoherencia. Valéry dijo de él: "Se consumía intentando *componer el tiempo y el momento,* tormento de todos los artistas que piensan profundamente en su arte". Un lector digno de tal poeta debe hacer el mismo difícil camino al revés; entonces las incoherencias se borran para fundirse en una armonía de las correspondencias sobre el suelo.

"La dificultad que se experimentaba para comprenderle al principio —sigue escribiendo Valéry—, provenía de una *contracción extremada de las figuras,* de una *fusión de las metáforas,* de la rápida *transmutación de imágenes* extremadamente apretadas, sometidas a una suerte le *disciplina de densidad,* que se habla impuesto el poeta, y que armonizaba con la intención de mantener el lenguaje de la poesía siempre muy fuertemente diferenciado, casi en absoluto, del lenguaje de la prosa. Se habría dicho que quería que la poesía, que debe esencialmente distinguirse de la prosa por la— forma fonética y la música, *se distinguiera también de ella por la forma del sentido."*

No puedo menos de invitar al lector deseoso de comprender a que medite estas líneas de Valéry. A fuerza de meditar yo mismo los discursos apocalípticos de Jesús y también el *Apocalipsis* de san Juan, he ido a parar a las mismas definiciones de las formas literarias para expresar realidades superpuestas: contracciones de figuras, fusiones de metáforas, transmutaciones de imágenes, y, sobre todo, sobre todo, disciplina de extrema densidad, esa última palabra de *densidad,* entendida en su sentido fuerte y físico*: cociente de la masa por el volumen.* El Apocalipsis condensa en un volumen visionario extremadamente reducido una masa enorme de hechos futuros, históricamente dispares, dispersados inmensamente en el

tiempo; en el caso presente, la ruina de Jerusalén, la Parusía o segunda venida de Cristo como Señor y juez, y, finalmente, el fin del mundo. Esta condensación visionaria de la historia se opera a nivel de la Revelación divina, en un punto de unión de la eternidad con el tiempo, en el punto de irrupción de la Palabra de Dios en la historia. Es decir, muy por encima del suelo, de la prosa, del curso ordinario de las cosas, del discurso trivial del lenguaje humano.

No obstante, entre el Apocalipsis, por una parte, y el poema en sentido mallarmeano, por otra, hay una inversión de valores. En el poema, la palabra es lo primero y arrastra, por decirlo así, el sentido, lo condensa por encima de la prosa. En el Apocalipsis, la visión del profeta es primaria, sacude las palabras y las metáforas, las condensa a una altura vertiginosa, por encima del tiempo real e incluso del tiempo gramatical: "Antes que naciera Abraham, yo existo". El Apocalipsis es el rocío de la historia, condensa en las praderas del lenguaje humano enormes acontecimientos distantes unos de otros, pero expresados en la eternidad.

* * *

56 Es una pregunta de los Apóstoles, siempre un poco tontos, lo que pone en marcha el discurso apocalíptico de Jesús. Hay alguna indicación de que esa pregunta y la respuesta que le siguió tuvieron un círculo de oyentes más amplio que el de los apóstoles, porque la demanda de explicación que sigue se hace más tarde y en confianza, como si los apóstoles se hubieran asustado de las imprudencias de lenguaje de su Maestro. "Salió Jesús del Templo, y ya iba andando, cuando se acercaron sus discípulos para hacerle ad mirar el edificio del Templo. Pero él contestó: —¿No veis todo esto? Pues os doy mi palabra de que no se dejará así piedra sobre piedra que no sea destruida."

No nos podemos apenas imaginar que choque fue, para esos buenos israelitas, el anuncio de la próxima ruina del Templo. Tenían confianza en su Maestro, pero tal profecía les pareció terrible. Entonces, aún en Israel, y por un poco de tiempo, el Templo y la montaña de Sión, residencia visible de Dios y escabel de su gloria, eran el centro mismo de toda religión del verdadero Dios vivo. Jesús no anunciaba nada menos que la destrucción total de ese centro. Ya había predicho del modo más tajante que la verdadera religión se universalizaría, aun en su culto, y que ese culto sería a imagen de Dios, cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna parte. Había hecho esa confidencia al azar de un viaje, al borde de un pozo, a una mujer de costumbres ligeras. Verdaderamente, es muy extraña la manera como Cristo elegía a sus interlocutores y sobre todo a sus interlocutoras. Maria Magdalena, la pecadora, y esta mujer samaritana, recibieron sus confidencias más preciosas. Eso tendría que hacer reflexionar a las viejas beatas, tan perversas como feas, que se pasan el tiempo hablando mal de las jóvenes.

"Él le dijo: —Ve a llamar a tu marido, y ven aquí.

"La mujer contestó: —No tengo marido.

"Jesús le dijo: "Bien dices "no tengo marido": porque has tenido cinco maridos, el que tienes ahora no es tu marido. Eso lo has dicho de verdad.

"La mujer le dijo: —Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres adoraron en esta montaña, y vosotros decís que en Jerusalén está el sitio donde hay que adorar.

"Jesús le dijo: —Créeme, mujer, que viene la hora en que ni en esta montaña ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, y es ahora, en que los verdaderos adoradores adoren al Padre en espíritu y en verdad; porque el Padre busca quienes le adoren así. Dios es Espíritu, y los que le adoran deben adorar en espíritu y en verdad.

"La mujer le dijo: —Sé que viene el Mesías, el llamado Cristo; cuando venga él, nos lo anunciará todo.

"Jesús le dijo. —Soy yo, el que te hablo."

Además de la personalidad de los dos interlocutores, hay muchas cosas sorprendentes en este diálogo relatado por Juan. Jesús se afirma, se mantiene, se proclama en la tradición de Israel, no sólo proclamando su mesianidad personal, sino afirmando solemnemente la legitimidad de Israel y del Templo hasta él, porque la salvación sale de los judíos como de su fuente. Hay también estas palabras extraordinarias: "El Padre busca quienes le adoren así". El hombre está en busca de Dios, pero también Dios busca al hombre: los dos parecen estar en la noche. La eternidad es noche para el hombre, pero el tiempo parece ser para Dios noche de la noche. Sin embargo, es preciso que uno y otro se busquen donde habitan, y, cuando se encuentren como a tientas, es “en una noche oscura”. Para precisar aún, lo que Jesús anuncia a la Samaritana no es una religión desencarnada, ya que se revela como el Mesías y es carne también, sino que es una religión en que Jerusalén y su Templo ya no serán el único centro. Vuelco inmenso, que los fariseos, y el judaísmo bajo su influjo, aceptarán medio siglo más tarde, pero que en la época de Jesús era prematuro ' y sin duda blasfematorio, sólo considerar. Ese punto entrará incluso en el primer apartado de los motivos de la condena de Jesús.

San Pablo no es hombre para detenerse en camino. Se remontará a los orígenes mismos del Templo, desarrollará las últimas consecuencias, para todos nosotros, de la identidad en lo sagrado entre el Templo y el cuerpo de Cristo. En su primer texto a los Hebreos, explica que Jesús es a la vez el gran sacerdote, la ofrenda y también esa tienda, ese Tabernáculo, anterior incluso a la tienda sagrada construida por Moisés, porque Moisés ha construido la tienda *sobre un modelo anterior* que le fue mostrado en la montaña. Para san Pablo, ese modelo anterior a todas las habitaciones terrestres de Dios entre su pueblo, es Jesús: "Antes de que naciera Abraham yo existo". Pero también, antes de la primera tienda y del primer Tabernáculo de Dios en el desierto, *Existe.* He aquí el texto de la epístola a los Hebreos: "Lo principal de lo que hay que decir es que tenemos un gran sacerdote semejante, que está sentado a la derecha del trono de la Majestad en los cielos, *ministro del santuario y de la tienda, verdadera, la que ha levantado el Señor, no un hombre.* Pues todo gran sacerdote está establecido para ofrecer dones y sacrificios, por lo que es necesario tener también algo que ofrecer. Entonces si Jesús estuviera en la tierra, no seria sacerdote, porque los hay que ofrecen los dones conforme a la Ley, y esos aseguran el servicio de *una copia y una sombra de las realidades celestes,* tal como se le advirtió divinamente a Moisés, cuando construyó la tienda: "Mira", se dice, *"harás todo según el modelo que se te ha mostrado en la montaña."*[(Ex. 25,40)]

Siguiendo, como un cazador por la pista, esa migración fantástica de la Presencia de Dios, desde el modelo en la montaña hasta la tienda en el desierto, desde la tienda hasta el Templo de Jerusalén, desde el Templo de Jerusalén hasta el Cuerpo de Cristo, desde el Cuerpo de Cristo hasta su cuerpo místico que es la Iglesia, Pablo concluye triunfalmente, como el acoso concluye la caza: "¿No sabéis que sois un Templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el Templo de Dios, a él destruirá Dios. Pues el

Templo de Díos es sagrado, y ese *Templo sois vosotros"*.

Otra vez, Jesús fue aún más explícito. "Estaba cerca la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el Templo a los que vendían bueyes y ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciéndose un látigo con cuerdas, echó a todos del Templo, con las ovejas y los bueyes y a los cambistas les desparramó las monedas y les volcó las mesas, y dijo a los que vendían palomas: —Quitad esto: no hagáis la casa de mi Padre casa de comercio… Los judíos le replicaron: —¿Qué señal nos muestras para hacer esto?— Jesús contestó: —Destruid este templo, y en tres días le levantaré.— Y los judíos dijeron: —En cuarenta y seis años se construyó este templo, ¿y tú lo levantarás en tres días?— Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y luego, cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron los discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que dijo Jesús..." '

En esa escena, Jesús empieza por actuar como dueño absoluto en el Templo, echando a los mercaderes: en la casa de su Padre, está en su casa. Luego identifica el Templo con su cuerpo, procedimiento atrevido que tiene mucho del arte poética del Apocalipsis. Sus adversarios cuentan los años de la construcción del Templo, ellos se quedan en el plano de la prosa, pero él habla con a extrema a densidad del poeta, con transmutaciones súbitas que expresan y cubren reemplazos y sustituciones reales. En su plano, el lenguaje de Jesús es más preciso, más completo, más exacto que el de sus adversarios. La prosa es pesada y cobarde.

Un exegeta contemporáneo, el P. Louis Bouyer, me parece que ha entrado profundamente en la comprensión del Apocalipsis judeocristiano, en su carácter de conflicto revolucionario sin misericordia, "Hay dos mundos sucesivos, ambos formados de elementos visibles e invisibles mezclados, y uno de estos mundos debe invadir al otro y suplantarlo… Sin embargo, en cuanto se pueda hablar de mística en Israel, el mundo en que se deja ver Dios no aparece tanto como pasado cuanto como futuro. Más exactamente, para reintroducir el elemento de iniciativa personal, tan esencial a Yahvé: es el mundo *que viene*... La Presencia divina que espera Israel es exactamente una presencia que debe hacer una entrada triunfal en este mundo, como sobre un carro de guerra... Así la oposición de los dos mundos sucesivos considerados por la mística de Israel se nos aparece finalmente como algo muy diverso de una sucesión o de una alternancia. Se trata de que uno de esos mundos suplante al otro y ocupe su lugar a viva fuerza. Por eso el día de Yahvé, el día en que empieza su reino, es el día del juicio, de la crisis que ha de desenlazar la historia presente por la irrupción dominadora de la potencia soberana... Ese designio de Dios se realizará de una manera inconcebible para los hombres: el pueblo de Dios será salvado en virtud— de su catástrofe, y e advenimiento del reino divino se realizará en el derrumbamiento de todo imperio terrestre… "

De ahí la ambigüedad y aun la ambivalencia subyacentes a todo el Evangelio, y sin duda a mentalidad judía contemporánea de Jesús. Cuando los apóstoles hubieron oído, horrorizados, el anuncio de la ruina del Templo, se acercaron a su maestro en secreto, para pedirle explicaciones: "—Dinos, ¿cuándo será eso, y cuál la señal de tu venida y del fin del tiempo?—". Para ellos y sin duda para muchos judíos de la época, y después para Ben Kochba, era imposible que el Templo fuera profanado sin que la creación entera se derrumbara y el mundo llegara a su fin. Jesús, sin embargo, había dicho que el Templo sería remplazado por su propio cuerpo, había dicho a la Samaritana que el culto del verdadero Dios tendría ya su centro en todas partes y su circunferencia en ninguna parte, profecía perfectamente compatible con la precedente y realizada a la perfección en la Eucaristía y en la comunión de los santos. En ambos casos, no habló del fin del mundo: fueron los discípulos quienes, en su pregunta, juntan la ruina de Jerusalén, la Parusía y el fin del mundo.

Los israelitas fervientes estaban vueltos por entero hacia el porvenir, hacia el juicio de Dios, al que siempre habían llamado "el gran día de Yahvé"; presentían, e incluso sabían, que su patria terrestre, sus tesoros, su historia, su Templo y su Gloria, eran el arranque y el presagio de grandes cosas futuras, dignas de Dios y de sus promesas. Como Proust se fue "en busca del tiempo perdido", el pueblo de Israel se había movilizado en busca del mundo futuro, del siglo por venir que había que ganar a toda costa" en que todo seria más bello, más feliz, más puro, pues solo Dios reinaría entero en todos, y enjugaría las lágrimas en nuestros rostros. El Diablo seria definitivamente vencido y relegado al abismo. Entrando decididamente en esa tradición y en esa perspectiva, Jesús proclamaba que Israel no era mas que la sombra de lo que iba a venir, sombra proyectada por una realidad radiante erigida delante de él, casi al alcance de la mano. Así son los planetas, mitad día, mitad noche, y la mitad de noche sueña que mañana será de luz.

Hay un Templo de Salomón, que había remplazado a su vez a una tienda, pero habrá un Templo más perfecto, de que el Templo histórico no fue más que su sombra. Hubo un reino de Israel, pero habrá otro reino, el reino que viene, el reino d ' e Dios, el Israel de Dios, de que el reino de David no era mas que sombra y anuncio. Hubo una alianza hecha con Abraham, y una semilla de Abraham portadora de esta alianza, pero habrá otra Alianza, ya no para el tiempo sino para la eternidad, de que la alianza con Abraham era sólo la sombra, y en el interior de esta nueva Alianza, la verdadera semilla de Abraham será espiritual, eterna, universal. Hubo una Jerusalén histórica, ciudad de los reyes, ciudad gloriosa, ciudad de Dios, pero que sólo era la sombra de una Jerusalén venidera, "la Ciudad santa, la Jerusalén nueva, que bajaba del cielo, desde Dios, hermosa como una novia embellecida para su esposo." Hubo el cordero cuya sangre marcó con una *tau* las casas de los hebreos ara protegerlos de los golpes del ángel exterminador, y liberarlos de la servidumbre de Egipto, pero ese cordero no era más que la sombra y la figura de otro Cordero, inmolado sobre la *tau* de la cruz y que borra el pecado del mundo: "Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza. Y toda criatura en el cielo, y sobre la tierra, y bajo la tierra, y en el mar, y en el universo entero, gritaron: —Al que está sentado en el trono, y también al Cordero, la alabanza, el honor, la gloria, el poder por los siglos de los siglos—". Hubo reyes de Israel, "hijos de Dios" e hijos de su pueblo, pero habrá un Mesías, Rey del siglo venidero. El título estrictamente apocalíptico que tomó Jesús, "el Hijo del hombre", confiscará en su beneficio todas las propiedades mesiánicas, todas las prerrogativas pasadas y futuras del antiguo Israel.

Se comprende muy bien que, en lo sucesivo, para inmunizar al judaísmo contra la influencia cristiana, los fariseos dejarán de lado la prodigiosa tradición apocalíptica de Israel, que, desde Ezequiel— Daniel, daba su sentido al mesianismo y al profetismo judíos. Jesús fue infinitamente más judío que los fariseos, que encerraron al judaísmo en la funda de hierro de su legalismo, mientras que antes de ellos se tiene la impresión de que fue muy poético, muy libre, muy místico. Jesús tomó toda la tradición de Israel, hizo salir su sentido poético, y no dejó a un lado más que lo que era humano, demasiado humano, prosaico, y ahogaba la Palabra de Dios; lo cumplió todo soberanamente en un sentido resplandeciente, en una esperanza grandiosa. Y nunca fue más auténticamente judío que en su discurso apocalíptico.

Ese discurso apocalíptico cuenta a su manera el plan de Dios, como el arco iris nos revela a su manera, al otro lado de las montañas, un plano de agua que no se ve. El error estaría en exigir a esa narración los hitos y señales kilométricas que exigimos a los mapas de carreteras. El Apocalipsis no es un mapa de carreteras del porvenir, sino que más bien nos da la imagen que tenemos del cielo estrellado, en que la situación respectiva de los astros es evidente, pero en que las distancias son imposibles de valorar a simple vista. Y han nacido

hace miles de millones de años otros astros cuya luz no nos ha alcanzado todavía.

* * *

57 La pregunta de los apóstoles se refiere a tres acontecimientos, que en su espíritu no formaban más que uno, quizá: la ruina próxima de la Jerusalén terrestre, que acaba de serles revelada, la venida del Hijo del hombre con todo poder y para juzgar —o sea, lo que se llamará la Parusía—, y el fin del mundo. La respuesta de Jesús va de uno a otro de esos acontecimientos, a veces los distingue incluso en el tiempo, a veces parece confundirlos.

Todas esas revelaciones apocalípticas, que no puedo citar aquí por entero, por la sencilla razón de que no puedo citar en mi libro el texto entero del Evangelio, todas esas revelaciones, digo, presuponen una verdad fundamental de que está impregnado el judaísmo, y que expresará perfectamente san Pablo: "Pero os digo esto, hermanos: el *tiempo es corto. Lo* que queda, que los que tienen mujer estén como si no la tuvieran; los que lloran, como si no lloraran; los que están alegres, como si no estuvieran alegres; los que compran, como sí no poseyeran; los que usan del mundo, como si no usaran. Pues *la figura de este mundo pasa. Y quiero que estéis sin cuidados".* Hay un uso cristiano del mundo, 'como no usándolo". Eso no quiere decir absolutamente que haya que abstenerse de todo esperando el mundo venidero, que haga falta no llorar ni estar alegres, sino que hay que estar siempre dispuestos a dejarlo todo, porque todo es capaz de dejarnos en cualquier momento, y que, por otro lado, nuestra pertenencia profunda no es a este mundo: las jerusalenes terrestres pasan como los rostros amados, y aquí abajo no hay nada permanente sino este fluir universal. Los judíos, pueblo primitivamente nómada, nos inocularon su nomadismo metafísico. Podemos defender nuestras ciudades y nuestras civilizaciones, sabemos muy bien que la valentía humana consiste en vivir y morir sobre un bastión, pero sabemos también que la más bella ciudad terrestre no es más que un campamento que también las civilizaciones son mortales. Nuestra época lo sabe más que ninguna otra.

Las palabras de san Pablo son el eco de unas palabras de Cristo: "Tened cuidado de vosotros, no se carguen vuestros corazones con el vicio, la embriaguez y los cuidados de la vida, y caiga de repente sobre vosotros ese día como un lazo; pues vendrá sobre todos los que vivan en toda la faz de la tierra" * Cristo quiere que toda nuestra vida esté en alerta. Dice también: 'El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán". Porque el cielo y la tierra pertenecen al tiempo, son reflejos en un espejo, pero las palabras de Jesús pertenecen al reino inmutable e la eternidad.

Estos pocos textos, y otros muchos que se les parecen, definen, en el orden psicológico y moral del comportamiento humano en este mundo, una revolución tan amplia como la de la relatividad en el dominio físico. Es, en efecto, una especie de relatividad, lo que introdujo el Apocalipsis judeocristiano en la concepción de la vida y del universo. Ahí estaba, me parece, el fondo de la objeción de Camus contra el Apocalipsis cristiano; Para él, este bajo mundo era la única realidad, mientras que, para un cristiano, no es más que el revés del decorado, cuyo anverso glorioso deberíamos aspirar ardientemente a ver. Ocurre, sin embargo, que uno se deja enredar en el revés del decorado; los mismos judíos se dejaron, como escribe Pascal: "Los judíos amaron tanto las cosas figurativas, y las esperaron tanto, que desconocieron la realidad cuando llegó en el tiempo y de la manera predichos". ¿Quién de nosotros no es un

poco judío en eso, sin mucho afán de ver el tiempo borrarse en la eternidad, y la sombra nocturna huir ante el cuerpo de luz?

Es cierto que, así como las geometrías no-euclidianas y la teoría de la relatividad han sacudido la legitimidad científica de un universo de tres dimensiones, el cristianismo ha lanzado una duda sobre un universo moral cerrado sobre el hombre y la vida presente. Ahora todo tiene doble sentido, y la misma muerte no es lo que parece. A propósito de la muerte de Camus, precisamente, William Faulkner dijo: “Todo el mundo cuenta que se ha matado contra un árbol; ha encontrado a Dios”. Las dos cosas son verdad.

Ahora bien, Jesús anunciaba el fin próximo y brutal de Jerusalén y cuarenta años más tarde, eso ocurría como él había dicho. Pero en la visión apocalíptica, esos grandes acontecimientos son polivalentes: el fin de Jerusalén es figurativo del fin del mundo; el propio fin del mundo no es un acontecimiento sencillo y absolutamente aislado. El mundo en que estoy se acabará verdaderamente para mí el día en que muera. El fin del mundo esperaba a Camus al pie de un árbol en Ile-de-France, esperaba a Saint-Exupéry en el cielo del Mediterráneo, y a cada cual le esperaba su fin del mundo. La enseñanza de Jesucristo es que todo fin del mundo, general o particular, coincide con la venida, de él en poder y gloria, con su Parusía de juez irrefutable,

Ya se sabe que los primeros cristianos esperaron por lo general que el fin del mundo entero y el regreso de Cristo en su gloria seguirían de cerca a la ruina de Jerusalén. Se tienen diversos ecos de esa expectación en el Nuevo Testamento. Los pasajes en que Jesús tiene aire de fijar un término son oscuros y parecen contradictorios, los exegetas se rompen la cabeza con ellos. A veces parece que todo eso se producirá antes de la desaparición de la generación contemporánea de Jesús; otras veces, que nadie conoce el tiempo de la catástrofe final, nadie, ni aun el Hijo, sino sólo el Padre. Entrando a mi vez en las temibles asechanzas de esta Revelación, no pretendo evidentemente explicarlo todo, aclararlo todo. Pero tampoco veo por qué se exige al teólogo y al exegeta la solución perfectamente clara y definitiva de todos los problemas. Nunca se osaría formular tal exigencia a un médico sobre los secretos de la biología, a un físico sobre los secretos del universo material. Si se formulara, se recibiría muy mal el biólogo y el físico no dejarían de responder que pretender una claridad absoluta y sin sombra en problemas oscuros por sí, es cortar las alas a la reflexión y a la imaginación, motrices de todo avance en el conocimiento. El biólogo y el físico tendrían mil veces razón; yo tampoco veo por qué un teólogo tendría que tener respuesta para todo. Dejemos, pues, a la teología y a la exégesis su parte legítima de hipótesis. ¿Qué es la hipótesis? En realidad es otra pregunta en respuesta a una pregunta: el conocimiento tiene humor femenino. Las mujeres practican admirablemente ese arte de responder con una pregunta a otra pregunta. El Apocalipsis cristiano resuena de preguntas que se forman eco y se responden en las cuatro esquinas del tiempo.

Pero lo admirable precisamente es que el cristianismo nos haya sumergido, con el bautismo, en el universo de la interrogación. Lo que Jesucristo empezó por enseñarnos, es que forma parte de la dignidad del hombre preguntarse sobre la muerte y sobre el fin del mundo. Eso no es tan obvio. Lo que he encontrado tan deprimente en el Islam, es la falta de interrogación, es un universo de respuestas hechas, y aun de una sola respuesta que se ajusta a todo: *estaba escrito,* es así porque desde siempre debía ser así. En el fondo, es pequeña la diferencia con el Eterno Retorno. Camus, que se creía en la tradición griega, estaba sin duda mucho más en la tradición mora. Cristo, por su parte, ha vuelto a ponerlo todo en cuestión: Jerusalén y su patria terrestre, en nombre de una Jerusalén celeste; la Ley, en nombre de la caridad; el tiempo, en nombre de la eternidad; la muerte, en nombre de la vida y de la

resurrección; el mundo, en nombre del Juicio del mundo, mientras que el diablo pretende jugar de todo y no ser juzgado; el Diablo, en nombre del Paraíso y de la felicidad eterna del hombre. ¡Ah, qué hermoso juego se inauguró ahí! Por mucho que nuestra civilización se llame descristianizada, y afirme que no espera el regreso, con poder y gloria, de nuestro Señor Jesucristo, vive todavía y solamente de las preguntas que suscitó ese hombre y plantó para siempre en el corazón del hombre. Siempre será heroico ser verdaderamente cristiano, pero, ante todo y sobre todo, nunca será idiota.

Me parece que nuestra época, la época de Einstein y de la relatividad, pero también la época de Hiroshima y de los arsenales nucleares, está mejor hecha que ninguna para comprender que "la figura de este mundo pasa." Ya he dicho que en mí infancia, bajo la influencia de una filosofía positivista, determinista, sensualista, boba, idiota y degenerada, tomaba a risa el dogma del fin del mundo y la revelación apocalíptica de los Evangelios. A todo el que reflexiona, Hiroshima debería haberle helado al momento en la cara la mueca irónica. ¿El fin del mundo? Ya lo tenemos al alcance de la mano, tómense la molestia de entrar, porque el almacén está lleno. El fin del mundo pasea por el fondo de los mares en los submarinos atómicos, y se cierne en la estratosfera en los proyectiles portadores. ¿Portadores de qué? Pues precisamente del fin del mundo. Como nuestras sardinas y nuestras mermeladas, hemos encerrado el fin del mundo en latas de conserva. Ahora ya estamos provistos, y no nos faltará fin del mundo. Cuando leo todos los días en un periódico, en cualquier idioma, que la supervivencia del mundo está basada en "un equilibrio de terror", y abro el Evangelio de Mateo en el capítulo 24, encuentro que aquel pequeño contable judío, muerto hace dos mil años, no está tan superado por las eventualidades presentes.

"Enseguida, después de la angustia de esos días, el sol se oscurecerá, la luna no dará claridad, las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos se agitarán. Y entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre, y todas las razas de la tierra se darán golpes de pecho, y verán al Hijo del hombre viniendo sobre las nubes del cielo con mucho poder y gloria. RI mandará a sus ángeles con una gran trompeta, a que reúnan a sus elegidos de los cuatro vientos, desde un extremo a otro de los cielos."

* * *

58 Pues hay otra vertiente de la Revelación. Lo mismo que, en la resurrección de Lázaro y en su propia resurrección, Jesús se presenta como el señor supremo de la muerte y de la vida, aquí se afirma como señor del fin del mundo. Cualesquiera que sean las causas segundas que traigan la catástrofe, sólo serán segundas; el acontecimiento sólo adquirirá su significación definitiva con el retorno de Cristo glorioso como juez, su Parusía. Es verdad que Hiroshima ha dado una verosimilitud inimaginable a la revelación apocalíptica de Cristo. No hay ninguna razón para no tomar más que la mitad de esa revelación, que ha recibido una confirmación casi experimental.

Por mi parte, no tenía necesidad de Hiroshima para creer en la eventualidad segura del fin del mundo, porque en todo momento lo he creído sobre la palabra de Jesucristo.

Yo estaba en la posición de Leverrier cuando predijo la existencia y el emplazamiento del planeta Neptuno: cuando el 23 de septiembre de 1846, J.-G. Galle, en Berlín, confirmó la

existencia y emplazamiento de Neptuno, Leverrier no se quedó abrumado. Hiroshima tampoco me ha aturdido. Soy Cristiano y acepto la palabra de Cristo. Pero esta palabra, la acepto en su integridad. Por eso creo también en la providencia de Cristo sobre los suyos y en la inminencia de su Parusía.

Cuando hablo de inminencia, me guardo de determinar una cierta cantidad de tiempo. Es posible que el fin del mundo y la Parusía justiciera de Cristo estén distantes de nosotros todavía unos millones de años; sin embargo, son inminentes. He dicho que el fin del mundo se pasea por el fondo de los mares y por la estratosfera; no está lejos de nosotros, y esperamos que se quede ahí tranquilo el mayor tiempo posible; pero es inminente. El loco que desencadene el fin del mundo creerá ser su causa, y sólo será su instrumento. El fin del mundo es inminente de otra manera, superior: desde toda la eternidad está contenido en un libre decreto, y ese decreto, como todo lo que es eterno, aborda al tiempo por todas partes, su centro está en todas partes su circunferencia, en ninguna. Por eso, ese día caerá sobre los hombres de improviso, se cerrará sobre ellos como una trampa; en otro lugar Cristo dice que llegará sobre ellos como un ladrón.

Sin embargo, Cristo afirma por otra parte que ha venido ante todo para salvar al mundo, no para juzgarle, remitiendo así a mas tarde su venida justiciera. Mateo inserta aquí la parábola de las diez Vírgenes. Lo más notable de esta parábola es que, en estricta justicia, no hay nada que reprochar a ninguna de las diez Vírgenes: todas son vírgenes, todas están en su sitio y todas se duermen porque el Esposo llega con retraso; ninguna habría sido reprensible si el Esposo hubiera llegado a su hora. No son las vírgenes llamadas necias las que han cometido una falta: es el Esposo quien ha faltado a esa cortesía de los reyes que es la puntualidad. Se comienza a entrar profundamente en la comprensión del cristianismo cuando se entiende que Dios siempre tiene retraso, o, lo que viene a ser lo mismo, que nosotros siempre tenemos demasiada prisa. Las Vírgenes necias eran necias y fueron condenadas, no porque les faltaba aceite para esperar la llegada del Esposo si hubiera estado a la hora prevista, sino porque no habían tomado el suplemento de aceite que les hubiera permitido soportar el retraso sin que se les apagasen las lámparas entre tanto. Como las mujeres bonitas muy cortejadas, Dios no admite que se le acusen sus propios retrasos. En nuestras relaciones con Díos, siempre nos hace falta tener en reserva un suplemento de paciencia, un suplemento de generosidad: las pesas de la balanza están falseadas a su favor. Cuando creemos haberle esperado hasta el extremo limite, todavía tenemos que esperar una hora más; cuando creemos habérselo dado todo, todavía tenemos que rebañar los fondos de cajón y darle un poco más; la piel y también los huesos, para completar el peso, el corazón y la última gota de sangre del corazón, el alma y su último aliento; es el usurero de nuestras vidas. Cuando nos ha arruinado totalmente, entonces se entrega a nosotros y todo queda compensado.

Al comienzo de este libro, cuando no sabia todavía a dónde me arrastraría, escribí esto: "¿Cómo hacer la historia de un hombre que pretende dominar el tiempo? Si la historia de un hombre es la inscripción de su personalidad en su tiempo, ¿qué será la historia de una personalidad que abraza el tiempo entero, porque es anterior y lo crea? Para que esa historia sea verdadera, hará falta que, de cierta manera, esa historia abrace todo el tiempo. La primera confirmación de que el punto de vista de Jesús sobre sí mismo es sin duda verdadero, es que, en efecto, es imposible escribir su historia sin dominar el desarrollo entero del tiempo." Ahora ya lo veo bien: no domino mi libro, sino que es él quien me domina.

El discurso apocalíptico de Jesucristo no se pierde en las nubes, se cierra con la evocación del juicio final. Ahí también, todavía, Jesús se pone en el centro de todo, no sólo porque es el juez supremo, sino sobre todo porque establece en referencia a sí mismo la tabla

de todos los valores sobre los que se pronunciará ese juicio temible. Y entonces pasa una cosa extraordinaria: ese juicio que es el término de la historia, es también inmanente a la historia y a la conciencia de cada cual de nosotros, que puede y debe juzgarse a sí misma en el amor fraternal. San Juan de la Cruz lo ha resumido así: seremos juzgados todos sobre el amor. Jesús, que se pone en el centro del fin del mundo y del juicio final, se identifica también con el más pequeño de entre nosotros; es a la vez Jesucristo y el más humilde de los hombres que ocupa ese centro. Ahí está la Comunión de los santos: el juicio de los mayores por los servicios prestados a los más pequeños.

Vamos, camaradas comunistas, que nos habéis roto los oídos diciendo que la religión es el opio que impide el advenimiento de la Ciudad radiante y fraternal, "en que el libre desarrollo de cada cual es la condición del libre desarrollo de todos", considerad una vez lealmente esta religión, en que no se puede ofender a los pobres, a los débiles, a los pequeños, sin ofender al mismo Dios y a su Cristo; en que el honor y el servicio rendidos a los pobres, a los débiles, a los pequeños, recae sobre Dios mismo. Por nuestra parte, estamos dispuestos a reconocer que ocurre por desgracia que los cristianos practican mal su religión y que muchas veces se preparan un terrible despertar en el día del juicio, pero por vuestro lado tened el valor de reconocer que esa religión no amenaza a nadie. Avergonzadnos de que no nos mostremos dignos de ella, pero no blasfeméis de ella; no la podéis tocar sin amenazar en su vida y en su honor a los pobres, a los débiles y a los pequeños.

Citaré por entero ese texto prodigioso:

"Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria. Y se reunirán delante de él todos los pueblos, y él os separará a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los machos cabrios. Y pondrá a las ovejas a su derecha y a los machos cabrios a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: —Venid, los benditos de mi Padre; tomad en herencia el Reino que os está preparado desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me recibisteis, estaba desnudo y me vestisteis, estaba enfermo y me vinisteis a ver, estaba en la cárcel y me visitasteis—. Entonces los justos le contestarán: —Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te recibimos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a tu lado?—. Y el Rey les contestará: —Os doy mi palabra: en cuanto lo hicisteis a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. Y entonces dirá a los de su izquierda: —Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado por el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me recibisteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel, y no me vinisteis a ver—. Entonces replicarán: —Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te socorrimos?—. Y él replicará: —Os doy mi palabra: en cuanto no lo hicisteis con uno de esos más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo—. Y se irán esos a la condenación eterna, y los justos, a la vida eterna."

El discurso se cierra sobre el Paraíso y el Infierno, temas sobre los cuales hay tanto que decir. Permítaseme remitir esos temas a mi libro sobre la doctrina de Jesucristo, que sin duda escribiré, a condición de que Dios me dé vida y salud y de que yo no me deje dominar por la pereza.

Finalmente, me queda por decir lo que quizá es lo más importante. El universo del Apocalipsis cristiano, cuyo discurso va tan fácilmente desde la creación del mundo hasta la

eternidad de las recompensas y de las penas, no tiene necesidad de justificarse de otro modo. No es un problema: es la solución. Como el universo de la música, en que, desde los primeros compases, de una sinfonía que conocemos bien, sabemos que todas nuestras angustias van al mismo tiempo a ser llevadas a su paroxismo y resueltas de golpe.

TERCERA PARTE

LA PASIÓN DE JESUCRISTO

XIX

LA HORA DE CRISTO HA LLEGADO

59 Estábamos en plena mitad del enfrentamiento entre Jesús y sus enemigos. Nada tan incierto como el desenlace. El *suspense* estaba en su paroxismo. En ocho días, de domingo a domingo, todo iba a jugarse con vuelcos de fortuna y situaciones propiamente inauditas. Pienso que la conducta de Jesús en esos días debería analizarse con tanto cuidado como se ha analizado en las Escuelas de guerra la campaña de Italia de Napoleón. Es una mezcla de prudencia y de audacia, mucha audacia para un poco de prudencia, que puso al alcance de ese hombre la victoria política y el imperio del mundo, hasta el punto de que hubiera podido llegar a ser el émulo de Cesar y de Alejandro. No lo quiso: él apuntaba más alto y más lejos.

Por lo demás, no era tan fácil comprender los objetivos de Jesús, sus intenciones, sus maniobras. Creo que, con muchos otros, judas engañó en eso, y que su traición brotó de una primera reacción: "¡Es demasiada estupidez!". A través de esa terrible semana, los que, en muy pequeño numero, permanecieron fieles a Jesús hasta el final, permanecieron con él sólo por amor. La inteligencia se queda enseguida sin aliento. Más allá de las batallas perdidas, ya no hay camino sino para el amor y el honor. La inteligencia puede seguirlos aún, pero como su cautiva. El milagro ahí es que, la mañana de Pascua, la inteligencia fue también recompensada. Pero judas ya no estaba allí para ver que, después de todo, no era una estupidez tan grande como él había creído. Siempre es honroso seguir a Jesús hasta en sus peores humillaciones, y, en definitiva, nunca es una estupidez.

Se llama "santa" esa semana; también se la podría llamar "la semana terrible" o, "la semana negra", porque, día tras día, se tiene la sensación de hundirse en la noche de la noche.

Ahora se trata, pues, de la muerte de nuestro Señor Jesucristo. Diré que quiso libremente morir de mala muerte; diré por qué quiso morir así. Diré que le quisieron matar, que por fin le mataron, diré que quisieron que muriera con la muerte de los esclavos rebelados, con la muerte de los blasfemos. Diré por qué le quisieron matar así. Diré como se produjo todo eso, y que, en el punto en que estaban las cosas entre sus adversarios y él, era difícil que fuera de otro modo. Todo es anormal en esa historia atroz, y esa misma historia

sólo podía estallar en circunstancias anormales. La tierra temblaba en Israel.

Ante todo, Israel era en esa época una nación militarmente vencida, oprimida, a, y ¿por cuál vencedor? Roma, potencia grosera y brutal si las ha habido. Es verdad que muchas otras naciones se acomodaron al yugo romano, pero el honor de Israel esta en no haberse acomodado nunca. Para un judío piadoso, todo era insoportable en la dominación romana, toso, pero en especial la idolatría, esa idolatría especialmente embrutecedora que siempre a hecho tantos estragos en las conciencias: la adoración de la razón de Estado. Hoy todavía no nos hemos liberado de esa idolatría a que han sucumbido tanto Lenin como Charles Maurras.

Como Hitler a Francia, durante la guerra, los romanos habían tenido la habilidad de dejar a Israel un fantasma de autonomía, una ficción de gobierno nacional. Por naturaleza y por necesidad, ese gobierno colaboraba con el ocupante; su razón de Estado era salvar lo que se pudiera, hacer todo lo posible por evitar la agravación, siempre posible, de la situación. Aunque teocrático y sacerdotal, ese gobierno tenía preocupaciones principalmente políticas: se cuidaba menos de complacer a Dios que de no disgustar a Roma. La potencia de Roma era tan evidente que cualquier rebelión parecía imposible. El mesianismo judío, con su promesa deliberación nacional, podía estropearlo todo. Los que tenían a su cargo conservar lo que quedaba de independencia nacional desconfiaban instintivamente de todo movimiento temerario que pudiera provocar el derrumbamiento del frágil edificio que se empeñaban en mantener en pie. Todo eso, lo hemos visto de cerca y lo hemos conocido muy bien. Un gobierno colaborador no obtiene con ello la estima y la confianza del ocupante, pero, en la medida en que su pueblo ha conservado su orgullo, recibe el desprecio y la desconfianza de ese pueblo. Leyendo entre líneas de los Evangelios, una situación así era la que existía en Israel.

Nunca la esperanza teologal estuvo tan tensa, como cuerda de arco; nunca, tampoco, las promesas de Dios a su pueblo, magníficas y solemnes, chocaron tanto con la humillante realidad. La Promesa era el imperio del mundo. La realidad era la servidumbre. La clase dirigente e intelectual hacía su oficio: dirigía a la nación, día a día, y conservaba sus privilegios. El pueblo, por su parte, creía que Dios, su Dios, liberaría a Israel. Nadie sabía cuándo ni cómo, pero la esperanza se mantenía intacta. El pueblo era sordo a los argumentos del realismo político: la omnipotencia de Roma, la de las armas y de la administración, le parecía despreciable al lado de la fuerza del verdadero Dios. El conflicto en que Jesús hallaría la muerte fue un conflicto entre el realismo político (hay que salvar lo posible) y la esperanza teologal (Dios, aun solo, y sobre todo si está solo, es el único capaz de salvarlo todo).

La esperanza dice "no" igual que "sí", hay un honor en, ejercer la esperanza. Nunca quizá hubo nación, en conjunto, más fiel al honor de la esperanza teologal que el pueblo judío en tiempo de Jesús. Pero, como siempre y en todas partes, la clase dirigente estaba entregada al derrotismo. "Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y nos destruirán a nosotros, y el Lugar Santo, la nación." Es el espíritu de Munich. El derrotismo da lugar a una transferencia del odio: ya no se detesta al enemigo, sino que hay que detestar al hombre de honor y de esperanza que provoca al enemigo. Eso también lo hemos visto y sufrido nosotros.

El bautismo de Juan, signo de la conversión del corazón a Dios, signo también de fe en el próximo advenimiento del Reino, había cortado en dos a la nación: se había vuelto en Israel signo de reunión de la esperanza, el sacramento del honor contra el realismo político y sus prudencias. Exactamente, aunque en otro plano, como el llamamiento del 14 de junio de 1940 cortó en dos a Francia. Hay que decir y repetir que, para Jesús, aunque la partida era

dura, estaba muy lejos de haberse perdido por adelantado; muy al contrario. El asunto se presentaba muy mal para el gobierno. Juzgando las cosas desde un punto de vista humano, el asunto podía desembocar muy bien en una gigantesca noche de San Bartolomé, en que todos los adversarios de Jesús habrían sido exterminados. Jesús se jugaba la vida, es evidente, y los sucesos lo probaron. Pero sus enemigos se jugaban también el pellejo, por las buenas, y lo sabían. Si no se ve eso en el comienzo, hay peligro de comprender mal esa semana terrible y sangrienta.

"Uno de los días que enseñaba al pueblo en el Templo, dando la Buena Noticia, ocurrió que se presentaron los grandes sacerdotes y los sabios, junto con los ancianos, y le dijeron: —Dinos, ¿con qué autoridad haces esto, o quién es el que te dio esta autoridad?—. Él les replicó: —También yo os preguntaré una cosa; decidme: El bautismo de Juan ¿era del cielo o de los hombres?—. Pero ellos calcularon entre sí, diciéndose: —Si decimos "del cielo". preguntará: "¿Por qué no creísteis en *él?"*. Pero si decimos: "De los hombres", el pueblo entero nos matará a pedradas, porque están convencidos de que Juan es un profeta—. Y le contestaron que no sabían de dónde era. Jesús les dijo: —Yo tampoco digo con *qué* autoridad hago esto—."

El circuito queda perfectamente cerrado: en el desenlace de la aventura temporal de Jesús, hay este regreso al punto de partida y al bautismo de Juan. Es hermoso que la cuestión de ese bautismo, de su legitimidad y de su significación religiosa, vuelva tan solemnemente, y cargada de amenazas, en ese comienzo de la semana en que "se llevará a cabo toda justificación".

Hay que leer, en los Evangelios, esos diálogos, cargados de sobreentendidos, minados de explosivos, en que el designio de perder a Jesús está tan claro como el día, pero en que el mismo Jesús aparece fabulosamente irrefutable y amenazador. "Lo oyeron los grandes sacerdotes y los sabios, y buscaban cómo hacerle morir; *pero le temían, porque todo el pueblo estaba admirado de su enseñanza."*

El contexto de las discusiones referidas por los Evangelios está tan alejado de nosotros, que esas mismas discusiones pueden parecernos juegos académicos, cuando eran duelos a muerte, como los pases en una corrida. El miedo está ahí, en el fondo de todas las miradas, dispuesto o transformarse instantáneamente en pánico o en dispersión, para un bando como para el otro, o líen al contrario, a transformarse en implacable crueldad al menor signo de debilidad en el adversario. Nosotros también hemos tenido miedo, y sopeso exactamente la densidad de esos momentos. Esto, al menos, no es académico; el miedo es de todos los tiempos.

Pues del lado de Jesús, también había miedo, y con justa razón. Marcos escribe: "Iban de camino subiendo a Jerusalén, y Jesús se les adelantaba; ellos estaban asombrados, y le *seguían con miedo"*. Juan también anotó que, en la última subida hacia Jerusalén, los apóstoles sabían que arriesgaban la vida: "Vayamos también a morir con él..."

¿Y Jesús? Él no tiene miedo, al menos, todavía no. Sabe por adelantado el resultado fatal, no hace de ello un secreto, sino que habla abiertamente sobre ello a quien quiere oírle. Todas las precauciones ya son fútiles. Mientras que sus enemigos se creen al borde de la derrota y desesperan de la victoria, él les predice esa victoria, aun que acompañada de ciertas consecuencias que ellos no valoran, Ni siquiera se cuida ya de una posible reconciliación, cuanto menos de un compromiso. Concentra su elocuencia, que nunca fue tan hiriente, en poner en claro definitivamente, antes de morir, su situación personal y la de Israel.

Afirma solemnemente el fin del racismo y del nacionalismo religioso. Proclama la ampliación, el estallido de la antigua religión. Volviendo a tomar una metáfora célebre de los profetas, que gustaban de comparar a Israel con una viña, Jesús habla mas generalmente de la heredad de Dios, del Reino de Dios como de una viña entregada en aparcería a unos campesinos en un país lejano. Como el dueño está lejos, los viñadores acaban por considerarse propietarios de la viña y por comportarse como tales. Entonces el dueño envía intendentes para pedir cuentas y percibir su parte de las vendimias. Y pasa esto:

"Había un hombre, propietario, que plantó una viña, la rodeó de vallas, cavó en ella un lagar y edificó una torre; la arrendó a unos campesinos y se marchó lejos. Cuando vino el momento de la vendimia, mandó a sus criados a ver a los campesinos y llevarse su parte. Pero los campesinos agarraron a los criados, golpearon a uno, mataron a otro y a otro le apedrearon. Mandó de nuevo criados, mas que la primera vez, e hicieron lo mismo con ellos. Por fin les mandó a su hijo, diciendo: "Tendrán respeto a mi hijo". Pero los campesinos, al ver al hijo, dijeron entre ellos: "Este es el heredero: vamos a matarle y tendremos su heredad". Y le agarraron, le echaron de la viña y le mataron. Entonces, cuando venga el dueño de la viña, ¿qué hará con esos campesinos? Le dijeron: —Matará de mala manera a esos malhechores y arrendara la viña a otros campesinos que le den su parte a su tiempo... —. Jesús les dijo: —Por eso os digo que se os quitará a vosotros el Reino de los Cielos y se le entregara a un pueblo que dé sus frutos—. (Mt. 21,33-43)

Al oír sólo enunciada esa eventualidad, los adversarios de Jesús exclaman: "—¡No lo quiera Dios... !—"(Lc. 20,16). ¡Admirable protesta, admirable discusión, admirable nación! Aun los que se disponían a asesinar al hijo bien amado no querían renunciar al Reino de Dios y a la más alta vocación de Israel, que era servir de arranque terrestre cabeza de puente de ese Reino. Id ahora a amenazar a los grandes de este mundo, a los dirigentes de América de Rusia, de Francia, de Inglaterra, de China popular, diciéndoles que se les ha quitado el Reino de Dios... Se burlan del Reino de Dios. No se encolerizarán por ello, no matarán a un hombre por ello, aunque ese hombre sea Jesucristo. El Reino de Dios ha dejado de interesar a las naciones; en todo caso, les interesa menos que el petróleo y el uranio, e incluso que la mantequilla y la margarina.

Pero ¿quizá es menos sencillo? Para sentirse vivir, una gran nación tiene necesidad de algo más que de una economía próspera. Se ve en ciertos signos. Id a decir a los ingleses que ya no son la patria del *habeas corpus* y de la Carta magna, a los americanos que ya no son a p la libertad y de la *Declaración de independencia,* a los franceses que ya no son la patria de *los Derechos del Hombre,* a los rusos que ya no son la patria de la *Revolución:* todos lo tomarán muy a mal, pues las naciones son susceptibles. Lo que hay derecho a exigir a todos y a cada uno, individuo o nación, es que la vocación que cada cual ostenta la tome en serio y dé sus frutos.

Predecir que el Reino de Dios le sería quitado a Israel era predecir el fin mismo de la nación, o al menos una mutación tan profunda de la nación que la haría difícil de reconocer. "Vuestra casa quedará abandonada."(Mt. 23,38) "¡No lo quiera Dios!", Responden los jefes de esa nación. Saben muy bien que esa nación sólo está hecha para el Reino de Dios, lo cual es la más alta vocación que haya recibido nunca una nación: la nación al servicio del Reino, no el Reino al servicio de la nación.

Al afirmar: "Se os quitará el Reino y se le dará a una nación que dé sus frutos", Cristo hace una revolución. Separa definitivamente la verdadera religión del nacionalismo y del racismo. Aquí, nos encontramos en terreno muy conocido; el contexto no ha cambiado

mucho. Cristo ha muerto víctima del furor racista y nacionalista. Entra en la lógica de la nación exigir al ciudadano una devoción total y propiamente religiosa. Jesús cayó víctima del nacionalismo lo que hace de él un mártir muy moderno. No es que la nación sea mala en sí, pero darle todo, cuerpo y alma, adorarla y amarla por encima de todas las cosas, es una idolatría como otra, peor que otras, y cuyos estragos hemos visto.

Los apóstoles, los primeros discípulos de Cristo, debieron quedar muy impresionados por esa separación decisiva entre el Reino de Dios, por una parte, y la nación y la raza, por otra parte. Fueron la primera generación de jefes en la Iglesia católica. "Es notable que, al día siguiente de la Ascensión del Señor, todos los miembros, absolutamente todos" sin excepción, de la jerarquía católica (papa, apóstoles, obispos, sacerdotes), todo eran judíos, de raza y de nacionalidad judías. Cincuenta años después, la jerarquía de la misma Iglesia católica estaba enteramente en manos de los no—judíos, de arriba abajo de la escala. Históricamente, eso se explica por muchas razones. Sin embargo, el hecho es que esa primera generación de obispos y de sacerdotes cristianos, todos ellos judíos, dio, para los siglos posteriores, un ejemplo resplandeciente y singular de desinterés racial, de internacionalismo y de universalismo generoso, No se creyeron propietarios del Reino de Dios; Les bastó ser sus primeros servidores, las columnas de la Iglesia. Esos judíos, cuya raza se dice tan avara, tan ávida, observaron, y muy sólidamente, el mandato entero de la Iglesia católica, abrieron sus manos y entregaron liberalmente ese mando a no-judíos.

Digo que es un ejemplo singular, pues en realidad es único en los dos milenios de la historia cristiana. Es verdad que durante mucho tiempo las solidaridades Racionalistas tuvieron poco peso en la elección de los obispos y del papa. Pero, a fines de la Edad Media, Francia rompió esa tradición: cuando dispuso del papado, se lo guardó todo lo que pudo. A su vez, Italia, cuando dispuso del papado, hizo lo mismo, y lo conserva todavía hoy. Y sólo en nuestros días se ve a la raza blanca abandonar una parte de sus privilegios históricos en la jerarquía católica. En el fondo, aun cuando se trate de religión y de Reino de Dios, creemos con naturalidad que el mismo Dios no puede prescindir de nosotros, como si su Espíritu no pudiera soplar donde quisiera.

Los apóstoles y los primeros obispos habían comprendido profundamente la enseñanza de su Maestro. Como él, no eran nacionalistas; sin eso, se las habrían arreglado para que la jerarquía católica siguiera siendo judía el mayor tiempo posible, y aun quizá para siempre. Los apóstoles no creyeron en la superioridad exclusiva de su raza y de su nación; creyeron que el Reino de Dios y la autoridad del Espíritu Santo se transmitían realmente por la imposición de sus manos santas y venerables, que habían tocado al Señor. Entonces, esas manos, las impusieron, sin ninguna consideración de raza o de nación, sobre las cabezas de los que juzgaron dignos de continuar la obra del Reino de Dios. ¡Benditos sean! Gracias a ellos la Iglesia es católica. Y no es por culpa de ellos por lo que la Iglesia no es en realidad tan universal como debería serlo.

* * *

60 En unos meses, Jesús había logrado lo que quizá sea más difícil en toda gran carrera política. Había llegado a ser el punto de mira de toda la nación. No se hablaba más que de él; lo que iba a decir, lo que iba a hacer o no hacer, era a diario el suceso del día.

Al acercarse Pascua, Jerusalén hormigueaba de gente. Estaban no sólo los habitantes que se disponían a las fiestas, sino peregrinos por millares venidos de toda Palestina y de toda la Diáspora. Las calles y los zocos no se vaciaban. Todo el mundo estaba al corriente de la excomunión de Jesús por los sacerdotes, todo el mundo conocía el insolente milagro de Betania, en que Jesús había resucitado a un muerto que llevaba en su tumba cuatro días, y todo el mundo sabia que, después de ese milagro —prudencia o maniobra— Jesús y su grupito habían desaparecido otra vez. Una pregunta volaba de boca en boca: ¿Jesús aprovecharía, o no, la reunión de todo el pueblo en torno a su Templo y su Dios para celebrar en medio del pueblo congregado la mayor fiesta del pueblo elegido, y quién sabe si para hacerse consagrar rey de Israel; y qué haría con su victoria?

Así, a unos días de su muerte, Jesús dominaba enteramente la situación. Era lo contrario de un vencido. El lado extraño de su posición es que parece que fue el único que previó él mismo su próxima muerte ignominiosa. Enemigos, amigos, la multitud, todos creen en su triunfo. Él solo está en el secreto del acontecimiento ya maduro.

No del todo, sin embargo. Cerca de él, una mujer ha adivinado lo que iba a pasar, no por genio político, del que parece desprovista, sino por amor. Ama al Señor. Mucho antes que la lanza del soldado romano, ella traspasó y sacó a la luz ese corazón, rey y centro de todos los corazones; ella leyó en él su destino inexorable. Ella vio en él, fatal, la muerte de amor del que, unas horas más tarde, iba a decir: "No hay amor mayor que este: que uno dé su vida por sus amigos". Mientras todos los demás admiran los milagros y hablan de ellos, esa mujer admira el amor y su corazón se oprime en silencio. Los milagros son una demostración de fuerza, y la ley de la fuerza es imponerse cuando es la más grande. Esa mujer sabe como cualquiera que Jesús es el más fuerte, que es propiamente invencible, pero sabe, y es la única en saberlo, que no se trata de eso, absolutamente no se trata de eso. Esa mujer sabe que la ley suprema del Reino inaugurado por Jesús a fuerza, sino el amor.

Esa mujer ha comprendido por adelantado el destino de Jesús, porque, más que los demás, y en ese momento prácticamente la única, ha comprendido que los milagros sólo tenían utilidad como demostración al servicio del Reino de Dios, pero que el amor era la esencia misma de ese Reino. Y en eso es trágica esa mujer, única, extremada; ha comprendido que la demostración suprema, irrefutable, del amor, es la muerte, la muerte dolorosa, lúcida, ofrecida libremente, dada por nada, sin contrapartida. En medio de los preparativos de fiestas, de los tumultos populares, de los rumores, en medio del conflicto del entusiasmo y del odio, esa mujer, por su parte, sólo piensa en el amor y en su flor maravillosa, la muerte. Más allá del taumaturgo, más allá incluso del poeta, ve en Jesús a un conquistador, si, pero con un modo de conquista única, en que es a la vez sacrificador y víctima; sabe la naturaleza de la victoria para la que ha nacido este conquistador; esa victoria es la muerte de amor en que entrará con paso seguro y con los ojos bien abiertos.

Esa mujer mide por adelantado la enormidad del acontecimiento. El Señor, creador del cielo y de la tierra, dueño absoluto de la eternidad y de la historia, que se ha encarnado por amor para ser un hombre entre los hombres, para no deslumbrarnos con su divinidad, es Rey, pero nunca ha proyectado otra conquista que la conquista de nuestra libertad, y sabe que la libertad humana que ha creado no se inclina más que ante el amor. Sabe que nuestra libertad, inducida por amor a su Reino, es la salvación y la consagración misma de esa libertad. Entonces va a dar el último toque a la obra maestra de su Reino con su muerte amorosa, ejemplo de todo extremo de amor.

Esa mujer que ha ido tan lejos en la comprensión del corazón de Jesús y en la

compasión, esa mujer única, y en ese momento muy por encima de los apóstoles, es María Magdalena, la pecadora del Evangelio de Lucas, liberada por Jesús de siete demonios, la heroína del Evangelio de Juan, hermana de Lázaro, resucitado por Jesús le entre los muertos.

En el umbral de esta negra semana en que se realizaron la redención de nuestros pecados, la derrota de Satán y la salvación del mundo, esa mujer, está ahí, de pie, con, una ánfora de perfume precioso en las manos. Como la Diótima de Platón, aparece en medio de un banquete. Como Juan Bautista bautizó al Señor vertiendo sobre su cabeza el agua del jordán, ella ungirá al Señor con vistas a su sepultura vertiendo sobre su cabeza el aceite perfumado y real. Como Ezequiel, tiene que representar una pantomima muda y elocuente ante el Rey del Paraíso, a la vista de la Casa de Israel, en el centro de la naciente Iglesia católica, pantomima rica en significado hasta el fin del mundo. Ya he citado esa pantomima de Ezequiel, que encuentro tan expresiva del destino de Israel: "Meterás tus cosas en un hatillo de desterrado, en pleno día, ante sus ojos. Y, al caer de la noche, ante sus ojos, saldrás como salen los exilados. Ante sus ojos, haz un agujero en el muro, por donde saldrás. Ante sus ojos, te cargarás el hatillo al hombro, y te escaparas en la oscuridad. Te cubrirás el rostro para no ver más el país. He hecho de ti un símbolo para la casa de Israel". Quien ha robado el exilio, no puede dejar de sentir la amargura de esa trágica pantomima.

Pero quien ha presentido la muerte de un ser amado, no puede tampoco ser insensible a la solemne tristeza de la ceremonia realizada por María Magdalena en víspera de la Semana Santa. Juan cuenta: "María, tomando una libra de precioso perfume de nardo auténtico, ungió con él los pies de Jesús, y le secó los pies con su pelo. (Mateo añade que le vertió perfume sobre la cabeza cuando estaba puesto a la mesa; hizo ambas cosas). Y la casa se llenó del olor del perfume. Pero judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que iba a entregarle, dijo: —¿Por qué este perfume no se ha vendido por trescientos denarios, para dárselos a los pobres?—. Pero eso no lo decía porque le importaran los pobres, sino porque era un ladrón, y, teniendo la bolsa, robaba lo que echaban. Jesús dijo entonces: —Déjala: ¿para el día de mi entierro es para cuando lo había de guardar? A los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no me tenéis siempre — ". Mateo completa estas palabras de Jesús: "Ella, al echar ese perfume sobre mi cuerpo, lo ha hecho para prepararme al entierro. Os doy mi palabra de que dondequiera que se anuncie esta Buena Noticia en todo el mundo, se contará también en su memoria lo que ha hecho ella". Por mi parte, yo, que también he recibido la misión de predicar el Evangelio, me guardo de olvidarlo.

Esta promesa tan extraordinaria y solemne, que vincula para siempre el destino del Evangelio a la memoria de esta mujer, joven y tan bella, esa mujer hecha para el amor y que, en toda su vida, nunca comprendió nada sino en el amor y por el amor, prueba así que basta amar para entrar mas profundamente que nadie en el Reino de Jesús. Cierto que, cuando se leen atentamente los Evangelios, las predicciones de Jesús concernientes a su pasión y su muerte son tan numerosas, tan explícitas, tan detalladas, que uno se sentiría tentado a pensar que María Magdalena no tenía mucho mérito al profetizar así la sepultura de su Señor. Le había bastado escuchar lo que él había dicho y repetido, haberlo retenido y proclamarlo ahora en una solemne pantomima muda, como un buen alumno traduce la lección aprendida del maestro.

Pero precisamente ella parece que fue la única que escuchó, comprendió y retuvo. En cuanto a los demás, fueron a lo más fácil; las predicciones de Jesús referentes á su Pasión y su muerte quedaron recubiertas por el ruido de los milagros, las aclamaciones de las multitudes, la oleada de los triunfos próximos. Él les hablaba como quien habla junto a una cascada: hay

que estar muy cerca sólo para oír. María Magdalena era la más cercana. Su excepcional mérito, de un extremo a otro del Evangelio, su propia fidelidad a sí misma, su profunda coherencia, es haber escuchado, comprendido y retenido de memoria todo lo que había dicho Jesús. El don profético de esa mujer proviene de su calidad de discípula excepcional de Jesucristo. Su profética pantomima recuerda y subraya las profecías del propio Jesús, igual que un contrapunto subraya la melodía principal; ella es profeta igual que un violín se armoniza con un primer violín.

Entre otras muchas predicciones, Jesús había dicho: «Yo soy el buen pastor... y doy mi vida por las ovejas... Por eso me ama el Padre, porque yo doy mi vida para recuperarla. Nadie me la arrebata, sino que yo la doy por mí mismo. Tengo poder para darla y poder para recuperarla: ese es el mandato que recibí de mi Padre". Otros muchos, bajo el impulso de imaginaciones generosas o paranoicas, ofrecen su vida, y mueren tranquilamente en su cama, anos después de esa ofrenda. Para mostrar la sinceridad de sus palabras Jesús murió en una cruz entre cielo y tierra. En la víspera misma de su muerte, y como un recuerdo, dirá: Es para que el mundo sepa que yo amo al Padre y que actuó tal como me ha mandado el Padre". Este mandato iba contra su pecho, como los doce fusiles del pelotón apuntados contra el pecho del que va a ser ejecutado. En esa situación, todo lo que se diga es serio. Sólo María Magdalena había comprendido esa situación.

Entonces, mientras en ese mismo momento todo es alegría, y los apóstoles, y sin duda judas en particular, valoran las probabilidades políticas de su Maestro, viéndolas cada vez más favorables, y apuestan por la revolución, y piensan en el trono de Israel y quizá ya se distribuyen los puestos, los ministerios, las carteras, esa mujer enlutada aparece en medio de ese banquete de fiesta, y, con la unción de un perfume precioso, anuncia que el cuerpo del mas hermoso de los hijos de los hombres no será pronto mas que un cadáver tendido bajo tierra. Después de tantas veces como Jesús había hablado de su hora, le estaba reservado a esa sombría y bella mensajera aparecer y anunciar en solemne silencio que esa hora acababa de dar al fin.

* * *

61 Al comienzo de este libro, he considerado la profecía como una tragedia. En toda la aventura temporal de Jesús, Dios, ya soberanamente fiel a sus promesas, permanece soberanamente fiel a su propio estilo, y ese estilo es el de la tragedia. A partir de la unción fúnebre y real de Jesús por María Magdalena, el desarrollo de la Pasión de Cristo obedece estrictamente a las reglas de la tragedia clásica.

En este relato archiconocido, el *suspense* es del mismo carácter que el *suspense* de una tragedia griega. Claro que sólo se puede tratar de una analogía, pero la teología entera es asunto de analogías. Una analogía así es la que me puede ayudar a que intente a mi vez el relato de esa dolorosa semana, me ayudará a poner el acento aquí o allá; cada director de orquesta "cuenta" a su manera y según su personalidad propia la misma sinfonía.

De todas las tragedias de Shakespeare, *Macbeth* es sin duda, si no la más conmovedora, al menos la más perfecta desde el punto de vista de la arquitectura dramática. Desde las tres primeras escenas, Macbeth sabe que será rey:

All hail, Macbeth, that shalt be King hereafter!

Pero no sabe, y Macbeth tampoco *lo* sabe, cómo será eso. *El suspense* está en la manera del cumplimiento inexorable de la profecía.

Lo mismo, para todos los comensales de ese banquete en casa de Simón el leproso y después que María Magdalena vertió sobre el cuerpo del Señor su perfume, después que Jesús explicó el sentido de su esto, todos deberían saber que Jesús va a morir, que será enterrado, que lo sabe por adelantado y que acepta su suerte por adelantado. Eso se expresó claramente, tan claramente como se dijo a Macbeth que sería rey. Falta por saber cómo llegará a eso Jesús. Por eso la Semana santa comienza verdaderamente en ese banquete, en esa unción de Cristo por María Magdalena. Porque ahí es donde arranca el *suspense* de toda la tragedia ineluctable.

Juan, que ha contado de la manera más precisa la Pasión de Jesús, con la seca objetividad de un atestado, es también el Evangelista al que seguiré más fielmente. Él anotó las reacciones de los asistentes a la unción hecha por María Magdalena, y en especial las reacciones de Judas. Insiste en la avaricia de Judas, a quien —con un sentido de la administración más bien irónico— Jesús había nombrado ecónomo del pequeño grupo, y a quien había confiado los cordones de la bolsa común. En todo lo que Juan dice sobre judas, se adivina un encarnizamiento sentimental contra el traidor. Muchos rasgos de los Evangelios, por lo demás, dan a entender que no era perfecta la armonía en el interior de la comunidad de los apóstoles. Pero entre Juan y judas, quizá hubo una rivalidad particular, por considerarse cada uno de ellos el primero junto a Jesús por algún título.

Habiendo reflexionado mucho, personalmente, sobre judas y los motivos de su traición, imagino que era una especie de Richelieu o de Talleyrand, que se sentía de madera de gran primer ministro, que creía profundamente en el porvenir político de Jesús, mientras que Juan era sencillamente "el discípulo que tanto quería Jesús". Judas soñaba asegurar, contra Roma y sus infames colaboradores, la liberación de Israel, del mismo modo como ya se había realizado una vez contra Faraón, cuyo ejército había, sido devorado por el mar Rojo. Los milagros de Jesús, su omnipotencia de taumaturgo, le parecían justamente a judas un instrumento d prestigio y de eficacia capaces de derribarlo todo, de arrastrarlo todo, de desencadenar la revolución y determinar triunfalmente su resultado.

Personalmente, no puedo creer que la codicia fuera la única causa de la traición de judas. Treinta dineros son una bagatela, un avaro se habría hecho pagar más. Y además, incluso esos treinta dineros, judas no se los quedó. No conservó hasta el final el papel de avaro.

Cuando Bernanos era niño, no podía menos de sentir una gran compasión por el miserable judas. ¿Cómo un hombre que había visto a Cristo de tan cerca, que le había oído y tocado, que lo había amado por un momento tanto como para dejarlo todo y seguirle, cómo había podido ese hombre traicionarle y entregarle al enemigo? El entenebrecimiento de ese alma seguía siendo para Bernanos un misterio espantoso. No podía creer en la condenación de judas, de la cual, por otra parte, no se sabe nada. Así pues, Bernanos, aún niño, llevaba de cuando en cuando sus ahorros al cura de su pueblo para hacer decir misas por judas. Como no se atrevía a pronunciar ese nombre, decía solamente al buen sacerdote: "por un alma en pena". Así, a fines del siglo pasado, en una pequeña aldea de Francia, se celebraron misas por el descanso del alma de aquel de quien dijo Jesús que más le hubiera valido no nacer nunca. Por

tales rasgos no se podía dejar de querer a Bernanos, que se parecía a santo Domingo en que se atrevía extender su caridad hasta los condenados del infierno: *Et usque ad in inferno damnatos extendebat caritatem suam.*

Judas era de este mundo, terriblemente. Sabía que la grandeza en este mundo nace de la fuerza, "último argumento de los reyes", *ultima ratio regum*. Los fantásticos milagros de Jesús le hablan entusiasmado, admiraba el despliegue de ese poder que se extendía hasta sobre la muerte. Había discernido ahí con razón un instrumento de revolución y de denominación políticas, infalible e irresistible, capaz en todo momento de inclinar la Balanza a favor de Jesús. ¿Qué hubiera hecho Lenin si, además de su genio revolucionario, hubiera tenido el don de los milagros? Judas quizá tenía el genio revolucionario de Lenin, y Jesús el don de los milagros: entre los dos, poseerían el mundo. "Venceremos porque somos los más fuertes", es la ley, de la guerra humana, esa era la ley de judas. Sobre todo después de la resurrección de Lázaro, milagro deslumbrante que había sembrado la consternación en el bando enemigo, judas había sentido la victoria al alcance de la mano: ¿por qué no extender la mano y cerrarla sobre ese fruto fabuloso que sueñan los conquistadores? Judas no iba más allá, soñaba con el imperio del mundo para Jesús. Los que conocen las leyes de este mundo, saben que no es sobre el amor sobre lo que se fundan los imperios. Judas había llegado por eso a odiar el amor.

El malentendido entre judas y María Magdalena no se refiere ni al imperio, ni a la conquista, ni a la victoria. Se refiere al contenido de esas palabras y a los medios del imperio. Jesús afirmó siempre que había venido a este mundo para reinar, como el fuego está hecho para quemar. Y, desde su primer encuentro con él, María Magdalena le reconoció como rey de los corazones le consagró como tal. Pero la fuerza curva los cuerpos, el amor inclina las almas, y el único imperio que ambiciona Jesús es el de las almas, y por las almas, de los cuerpos mismos, que participan en la virtud del alma y en su gloria. Eso ya era una ambición muy nueva. Pero lo más nuevo era el camino abierto por Jesús hacía esa conquista y ese imperio, camino puramente heroico y doloroso, en que no se toma, sino que se da todo. Por el amor, y sólo por el amor, es por lo que reina Jesús. El imperio del mundo no es que esté por encima de sus fuerzas, en absoluto; está por debajo de sus ambiciones. Esta claro que Jesús, después de su encuentro con el Diablo en el desierto, siempre apuntó más alto que a los reinos terrestres: ¿de qué le servirían las realezas mortales, a él que dispone de las realezas celestes?

Non eripit mortalia

Qui regna dat coelestia.

Judas no sale de su asombro; cree soñar. Tener al alcance de la mano el imperio del mundo y no quererlo, es demasiado estúpido. A partir de ese momento, en que comprendió por fin, empezó sin duda a odiar a Jesús, y a María Magdalena, que le pareció la cómplice más peligrosa de esa ambición de amor. Para el realismo político, la ambición de amor. Para el realismo político, la ambición sobrenatural traída a este mundo por Jesús es un sueño vano, y por tanto despreciable. Pero para Jesús, el realismo político es una empresa igual de vana y aun más despreciable. Es lo que san Agustín habla de expresar tan elocuentemente: dos amores han hecho dos ciudades. El amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios ha hecho la ciudad del Diablo. El amor de Dios, hasta el desprecio de sí, ha hecho la Ciudad de Dios.

En el fondo, judas era del mismo mundo que los adversarios de Jesús, era, como ellos un realista político. Pero mientras los enemigos de Jesús temían y respetaban la fuerza romana, judas, por su parte pensaba que Jesús, con su poder taumatúrgico, podía barrerlo todo, incluida Roma con sus legiones. No se engañaba. Pero no pudo imaginar que se dispusiera de tal poder sin usarlo para barrer, efectivamente, a Roma y sus espantosos colaboradores. Cuando judas traicionó y pasó al otro campo, no hizo más que unirse a los suyos. Sin embargo, era mucho mayor que sus nuevos amos, y lo comprendió muy bien. Murió por ello: se suicidó. Ellos no.

XX

EL DOMINGO DE RAMOS

62 Políticamente, la jornada decisiva fue la del domingo de Ramos. Esa jornada confirmó a Magdalena en su presentimiento fúnebre, desencadenó la traición de judas, decepcionó y dispersó a sus partidarios y devolvió la esperanza a los enemigos de Jesús. Y, sin embargo, a primera vista, ningún día había comenzado para él con mejores auspicios. Tenía la ofensiva y casi la victoria, tenía a sus enemigos acorralados. Para Jesús, ese día se anunció como Austerlitz acabó como Waterloo. Pero mientras que Napoleón lo hacía todo por ganar las batallas, Jesús lo hizo todo por perder su batalla. Quería demostrar otra cosa que lo que está en cuestión en las batallas de hombres. Todos los acontecimientos de esa semana homicida serán utilizados por Jesús para definir qué era lo que para él estaba en juego, que era la verdad. Cuando Jesús hable de la verdad a Pilatos, éste responderá: "¿Qué es la verdad?". En efecto, la pregunta se plantea, y no es el mérito menor del cristianismo el obligar a todos, escépticos, realistas o sofisticados, a hacerse esa pregunta.

El día empezó lo mejor del mundo, con gritos de alearía, aclamaciones, charangas, banderolas, bailes, flautas y tamboriles, arcos de triunfo improvisados y floridos, los mantos echados ante los pasos graciosos de un asno, las palmas arrancadas de los árboles, conque hacen un techo sobre el triunfador, como las espadas sobre la cabeza del general vencedor. El triunfador era Jesús, la multitud que le concedía ese triunfo era el pueblo de Israel, que nunca se había sentido tan alegre desde su salida de Egipto, y que lo gritaba a todos los ecos de la gloria.

"Al día siguiente, mucha gente que había ido a la fiesta, oyendo que Jesús llegaba a Jerusalén, arrancaron las ramas de las palmeras, y salieron a su encuentro gritando: —¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor, el rey de Israel!—" Jesús encontró un borriquillo y se montó en él según lo que está escrito:

No temas, hija de Sión;

Mira que viene tu Rey

Montado en un pollino de burra.

...Allí daba testimonio la gente que estaba con él cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos. Por eso también iba a su encuentro la gente, por que había sabido que Él había hecho ese signo. Entonces los fariseos se decían entre ellos: —"Ya veis que no sacáis nada: mirad, todo el mundo se ha ido detrás de él".

En Francia hemos visto también algo parecido, y fue inolvidable. Cuando el 26 de agosto de 1944, en el París liberado, en medio de un pueblo en delirio, los jefes de los franceses libres y de la resistencia interior, rodeando a De Gaulle, bajaron por los Champs-Elysées, ¿cuantos de ellos eran parias, condenados a muerte, desterrados, proscritos, rebeldes, excomulgados? Triunfaban, y todo lo demás quedaba barrido ante ellos. Cuando Jesús entró triunfalmente en Jerusalén, él también estaba excomulgado y condenado a muerte, y sus enemigos temblaban de rabia impotente. En ese momento, él lo podía todo, sí hubiera querido...

Juan anota explícitamente que la causa inmediata del triunfo de Jesús fue la resurrección de Lázaro, milagro inmenso, rico de significación si los hubo: antes de morir, Jesús demostró con esplendor que es Señor de la muerte como de la vida, y prefiguró su propia resurrección. Lucas, que no contó la resurrección de Lázaro, asigna al triunfo de Jesús la misma causa, los milagros. Los judíos exigen milagros, están ahí para eso; esa es su función providencial, el Mesías debía hacerse reconocer por ellos con ese signo. Pues bien, ese día, sin ninguna duda posible, los judíos reconocieron en él al Mesías, y el triunfo con que recibieron a Jesús fue propiamente mesiánico.

"...Echando sus mantos encima del burro, hicieron montar a Jesús. Al avanzar éste, extendían sus mantos por el camino. Y cuando se acercaba ya a la bajada del monte de los Olivos, se pusieron todos los discípulos a alabar a Dios con alegría, a grandes voces, por todos milagros que habían visto, diciendo: —¡Bendito sea el que viene, el Rey, en nombre del Señor! ¡Paz en el cielo y gloria en lo más alto!—. Algunos de los fariseos, entre la gente, le dijeron: —Maestro, reprende a tus discípulos—. Él replicó: Os digo que si estos callan, gritarán las piedras."

En comunión con esa multitud judía, llegada de todos los puntos de Palestina y de la Diáspora, que sube las pendientes de su acrópolis, y que acompaña a Jesús hacia el Templo del Dios vivo, nunca, nunca nos cansaremos de proclamar la gloria mesiánica de Jesucristo a través de sus milagros, nunca nos dejaremos intimidar por Tartufo, que siempre encuentra que se hace demasiado ruido, nunca cederemos a los fariseos racionalistas, cientificistas, realistas, oportunistas, a los ojos legañosos que no soportan el resplandor de los milagros, nunca nos dejaremos "reprender". Y si se me pregunta por qué he escrito este libro, yo, tan poco calificado para abordar solo tal tema, responderé con atrevimiento que, un día entre los días, hasta los guijarros del camino recibieron el derecho de gritar.

En el día del domingo de Ramos, el triunfo concedido a Jesús es la prueba que el pueblo judío en su conjunto estaba al lado de Jesús, porque ese día ese pueblo reconoció en él al Mesías. ¿Con qué derecho los fariseos representarían a la nación judía más auténticamente que esa multitud que cantaba y gritaba su entusiasmo?

Hasta ahí, todo es muy comprensible. Jesús se encuentra exactamente en la situación en que ya se encontró en Galilea, tras el milagro de la multiplicación de los panes, cuando la multitud le buscó para hacerle rey. Pero esta vez no escapa, sino que, al contrario, entra en el

juego. Cierto que el triunfo nada tiene de violento. Jesús no entra en Jerusalén en un carro de guerra, rodeado de soldados, seguido de cautivos encadenados, pero sí se presenta como rey, heredero de David. Con sus milagros, ha mostrado al pueblo judío sus cartas credenciales, y ese pueblo le reconoce por lo que es: enviado de Dios, Mesías, rey de Israel. Jesús acepta esos títulos y esas aclamaciones como un derecho. En ese momento, el propio judas debió creer que el día no se acabaría sin que Jesús se sentara en el trono de Israel.

¿Qué iba a hacer Jesús? Sus enemigos estaban desconcertados; la multitud, delirante de obediencia. En tales circunstancias, y si se quiere verdaderamente el poder político, hay que machacar el hierro en caliente; no hay que perder un minuto. El pueblo judío se batió después tan larga y heroicamente contra los romanos, que hay que creer que ese domingo de Ramos, si Jesús hubiera querido, habría podido galvanizar a ese pueblo y lanzarlo a cualquier aventura guerrera. No está dicho en absoluto que no hubiera salido victorioso de ella; después de todo, tenía el don de los milagros, que equivalían al "arma absoluta". Ahora bien, por otra parte las cosas estaban tan avanzadas, tan claras, que Jesús ya no tenía otra elección sino entre el trono o el patíbulo. Si no se apoderaba del primero, no escaparla al segundo. Jesús había pasado el Rubicón.

* * *

63 Entonces pasó una cosa verdaderamente extraordinaria. No pasó nada.

Jesús habló. Habló durante horas, en el enlosado del Templo. Esa elocuencia inagotable tuvo en sus partidarios el efecto de dispersarles, el mismo efecto que la lluvia sobre las tropas de Robespierre, reunidas en la plaza del Hotel-de-Ville, y, después de toda la noche, cansadas de esperar órdenes que no llegaron nunca. Muchos no comprendieron. Los que comprendieron, comprendieron que, con una ambigüedad audaz y casi increíble, Jesús aceptaba por adelantado el patíbulo, pero también pretendía que ese patíbulo era el único verdadero trono a que debía aspirar: "Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí". La realeza universal que reivindica sólo resplandecerá para él en la cruz. He aquí el resumen que nos da Juan de ese sorprendente discurso:

"Jesús les contestó: —Ha llegado la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre. Os doy mi palabra: si el grano de trigo que cae en tierra no muere, queda solo, pero si muere, da mucho fruto. Quien ama su vida, la echará a perder, y el que odia su vida en este mundo, la guardará para vida eterna. Quien me sirve, que me siga, y donde estoy yo, allí estará también mi servidor; a quien me sirva, el Padre le honrará. Ahora mi alma se ha turbado, y ¿qué diré?: "Padre, sálvame de esta hora". Pero para eso he llegado a esta hora. Padre, da gloria a tu nombre—. Entonces salió una voz del cielo: —Le he dado gloria y se la volveré a dar—. La gente que estaba allí y lo oyó, decía que había habido un trueno. Otros decían: —Le ha hablado un ángel—. Explicó Jesús: —Esta voz no ha salido por mí, sino por vosotros. Ahora es el juicio del mundo. Ahora el soberano de este mundo será echado fuera. Y yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí—. Esto lo dijo señalando de qué muerte iba a morir. La gente replicó entonces: —Nosotros hemos sabido por la Ley que el Cristo permanece eternamente, y ¿cómo dices tú que tiene que ser elevado a lo alto el Hijo del hombre? ¿Quién es ese Hijo del hombre?—. Jesús les dijo: —Todavía está la luz por un poco de tiempo entre vosotros. Caminad mientras tenéis la luz, para que no se eche encima la

oscuridad, pues el que camina en la oscuridad, no sabe a dónde va. Mientras tengáis la luz, creed en la luz, para que os hagáis hijos de la luz—. Eso dijo Jesús, y se fue, escondiéndose de ellos." (Jn. 12,23-36)

Se había acabado. Esa jornada de triunfo se acababa, por parte de Jesús, con una evasión. En toda la vida de Jesús, es uno de los acontecimientos que hacen reflexionar mas sobre su conducta y sus verdaderas intenciones. ¿Por qué haber aceptado el triunfo si era al fin para escaparse? Si Cesar, una vez pasado el Rubicón, hubiera desertado de sus propias tropas, tendría para siempre fama de cobarde.

Sabemos que Jesús no era un cobarde; había de probarlo a lo largo de esa semana siniestra. Judas deseaba tan violentamente la victoria carnal, que su juicio apasionado se lanzó sin duda al extremo de considerar ese regreso a Betania como una huida vergonzosa, como lo parecía, en efecto. Jesús era tan valiente que le era indiferente pasar por un cobarde, y esa indiferencia es un extremo de valentía.

Entonces ¿qué? ¿Qué quería Jesús? Es más fácil decir lo que no quería. En la conversación que tendrá la mañana del Viernes santo con Pilatos, queda claro que Jesús no quiere ser Cesar ni Alejandro. Toda esa agitación de los conquistadores de este mundo, con soldados armados y agrupados por secciones, compañías, batallones, regimientos, divisiones, cuerpos de ejército; todos esos hombres y todo ese material con su orden de batalla, todo lo que brilla, se mueve y se detiene en bloque, toda esa quincalla que se llama la guerra con sus instrumentos, Jesús no lo quiso absolutamente. Su respuesta a Pilatos muestra que era capaz de ser Cesar y Alejandro: "Mi reino no es de este mundo, si fuera de este mundo mi reino, mis soldados habrían peleado para que no fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí—. Pilatos le dijo entonces: —Así pues, ¿eres rey?—. Jesús le replicó: —Tú lo dices: soy rey—". (Jn. 18,36-37)

Jesús tiene el aire de decir a ese procónsul: "Si yo estuviera en el mismo plano que tú, con tus legiones, no pesarías mucho y sentiría cierto gusto en hacerte correr. Sólo que tú y yo no somos del mismo mundo. Sé que me va la vida en esto. Sin embargo, no por eso me comprometeré en un mundo que no es absolutamente el mío". Eso es lo que judas no comprendió. Pero nosotros, lector, no hemos de ser insensibles a tal heroísmo, que también es una elegancia. Ahí es donde nació el espíritu de caballería que había de formar una raza de soldados más sensibles a la elegancia de la lealtad que a la embriaguez de la victoria.

Dios me guarde de querer juzgar al que me ha de juzgar. Con todo el respeto de que soy capaz, trato solamente de comprender el carácter de Jesús, su estilo de humanidad. No se puede negar que su actitud en el domingo de Ramos provocaría en nosotros cierto cohibimiento, si, después de aceptar el triunfo mesiánico, su huida a Betania, al caer del día, hubiera producido pérdida de vidas humanas. Un golpe de Estado fracasado produce víctimas: éste no las produjo. Esa semana trágica sólo costará dos vidas, la de Jesús, que estaba ofrecida por adelantado, y la de judas. Pero judas no murió a causa de Jesús. La ley de honor que obliga al capitán a quedarse el último a bordo del barco que naufraga, que vincula al jefe a sus soldados y le hace afrontar los mayores peligros para salvarlos hasta el último, esa ley de honor, Jesús la observó hasta el final. Es vergonzoso para un jefe de conspiración escapar personalmente, mientras sus subordinados pagan con su vida la fidelidad al jefe. Los franceses también hemos visto eso, y que algunos sobreviven muy bien a la vergüenza.

Jesús no era de este mundo, de acuerdo; pero veló para que el honor de este mundo no tuviera nada que reprocharle. En su última oración cuando recapitula su acción terrestre, dice

estas palabras de orgullo, a propósito de sus apóstoles: "Cuando estaba con ellos, yo guardaba en tu nombre a los que me diste, y les custodiaba, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de la perdición, para que se cumpliera la Escritura". (Jn. 17,12)

No obstante, y si se aprecia todo el asunto desde el punto de vista de la política humana, aun después del fracaso del domingo de Ramos, el pueblo todavía no había perdido la confianza en su profeta, lo que prueba qué preparado estaba el pueblo para recibir la enseñanza más heroica, más sobrenatural. Judas, por su parte, había comprendido que, políticamente, el asunto ya no podía sino salir mal, porque Jesús aceptaba por adelantado el horrible suplicio de la cruz; dejó de sentirse solidario de ese hombre, y cambió de campo. Para resumir la acción de Jesús en esos últimos días, los Evangelistas escriben: "Y de día estaba enseñando en el Templo, y las noches salía a pasarlas al descubierto en el monte llamado de los Olivos. Toda la gente madrugaba para ir al Templo a oírle". "Judas, el que le iba a entregar, conocía el sitio, porque muchas veces allí se había reunido Jesús con sus discípulos." (Lc. 21,37-38; Jn. 18,2)

Pero sea cual sea aún el favor de la multitud, el juego está resuelto. Los enemigos de Jesús han recobrado valor. Con gran asombro, han de reconocer que Jesús no quiere emprender con ellos una prueba. Si él mismo ata su fuerza, entonces ellos se sienten poco a poco que se hacen los más fuertes. En el curso de esa semana, un solo milagro, de paso, el de la higuera maldecida, que se seca enseguida; en ese árbol familiar y apacible Jesús deja colgado su poder milagroso, como un músico de pueblo, antes de morir, deja colgada la guitarra que hasta entonces había animado la fiesta. Jesús queda ya como Sansón después que Dalila le cortó el pelo. Sólo recobrará su fuerza cuando lo desee, y sólo lo deseará después de haber probado la muerte.

Judas ha tomado contacto secretamente con los príncipes de los sacerdotes, y busca la ocasión de entregar a su Maestro. Se cierra la red sobre Jesús. A pesar de eso, actúa y habla con maravillosa libertad, tanto más conmovedora cuanto que se sabe traicionado y perdido. Sólo la muerte le cerrará la boca. En esos días es cuando Jesús hace su gran discurso apocalíptico y lleva al paroxismo el conflicto con los fariseos. Él mismo atiza el incendio en que perecerá.

XXI

EL JUEVES SANTO

64 El evangelista Juan nos dice que "Jesús debía morir por su nación, y no sólo por su nación, sino para llevar a la unidad a los hijos de Dios que están dispersos". Tal es el fundamento sobrenatural del ecumenismo, que se esfuerza en reunir a través del mundo todas las buenas voluntades de los cristianos. Así pues, hay que esperar mucho de ésa fermentación universal del ecumenismo. Pero, personalmente, no creo que el ecumenismo pueda dar frutos abundantes sin recurrir de modo común y explícito a las fuentes del cristianismo, es decir, a Israel.

Ningún ejemplo tan claro como el de la última Cena. Desde la Reforma protestante, los cristianos discuten sobre la significación y el alcance de esta última comida. El siglo pasado, la crítica liberal ha discernido en el relato de la institución de la eucaristía la influencia de ritos helenísticos de iniciación. Por otra parte, ha cabido preguntarse cómo el rito, aparentemente complicado, o en todo caso ceremonioso, de la misa, podía pretender continuar y conmemorar esta última reunión de Cristo con sus apóstoles, en vísperas de su muerte. ¿Acaso un hombre que va a morir, y que lo sabe, se preocupa de observancias y de ceremonial? Pues bien, justamente sí, si es un hombre digno de este nombre. Se ocupa más que nunca.

Cuando los delegados de la Convención comunicaron al rey depuesto, en la prisión, que estaba condenado a muerte, Luis XVI dio tres pasos atrás, lo que era señal protocolaria en la corte de Francia para indicar que la audiencia real había terminado; los delegados lo comprendieron, saludaron, se inclinaron profundamente y se retiraron sin volver la espalda, siempre según el ceremonial de la corte de Francia. En realidad, Luis XVI fue más rey en prisión y en el patíbulo que en el trono.

No querría disminuir con tal ejemplo lo que digo, es un ejemplo muy inferior a la conducta de Jesucristo. Pero si pobres hombres corrientes concentran todo su heroísmo en morir de cierta manera, —pues lo esencial no es morir, sino hacerlo bien— ¿cómo pensar que Jesús, hasta el final, no siguiese siendo fiel a sí mismo, en todas sus palabras, en todos sus gestos? Ha nacido "súbdito de la Ley", ha querido morir "súbdito de la Ley". Ahora bien, la Ley era una red cerrada de gestos, de purificaciones, de oraciones, de abluciones, de bendiciones; un ceremonial universal y preciso que no dejaba nada al azar ni a la

improvisación sentimental. Era una puesta en escena, minuciosa, y a veces meticulosa, de la vida entera. Y eso, todos los días, en cada comida, ¿cuánto más para un día de fiesta, cuanto más para la mayor de todas las fiestas, que era la fiesta de Pascua, y para la comida pascual?

Sólo Jesús, "súbdito de la Ley", es también su finalidad: la lleva a su madurez y la da a luz, en un sentido que ella llevaba en sí y que prefiguraba, pero que, una vez realizado y cortado el cordón umbilical, es un ser nuevo como el niño es diferente de la madre. Hay que remontarse muy lejos en el judaísmo para descubrir los rasgos de la estructura de la primitiva Iglesia. El cristianismo es la revelación, el advenimiento del plan de Dios para la salvación de los hombres, y es también el logro y el coronamiento de una sociedad religiosa que le es anterior en dos mil años: la sociedad judía. La cepa del cristianismo viene del cielo, pero se ha plantado en esta tierra, y no en otro sitio, y el vino lleva un fuerte sabor a este terruño.

Cuando Picasso interpreta a su manera un célebre cuadro de Velázquez, todo el mundo reconoce el tema de Velázquez, pero lo que colma de felicidad estética es la sorpresa de ese tema archiconocido tratado por Picasso: nada es más Picasso que ese "a la manera de Velázquez". Pero juzgaríamos mal la cosa, y no tendríamos esa sorpresa si nunca hubiéramos visto el Velázquez en cuestión, o su reproducción.

Aquí pasa algo análogo, y no es la primera vez en el Evangelio. Se entra al principio por las buenas en una estructura social judía, tradicional, en un ceremonial judío tradicional, un ceremonial fijado, fijo, rutinario, descrito con detalle en la Ley o en la *Mischna.* A condición de conocer la Ley y la *Mischna, y las* costumbres judías contemporáneas de Jesús —como se conoce a Velázquez en pintura—, se avanza sobre un terreno sólido, perfectamente medido por los agrimensores; se sabe dónde se está, se sabe dónde se va. O más bien se creía saberlo, pues, de repente, uno nota que está en otro sitio: ya no es Velázquez, es Picasso. El ceremonial se ha desplazado sutilmente con vistas a una significación enteramente nueva, el diseño de la estructura social ha tomado una nueva inflexión y una nueva perspectiva.

Y entonces resulta de importancia extrema dar el punto exacto, notar y subrayar lo que se ha cortado, añadido, cambiado o modificado; el lugar exacto en que la rutina ha perdido píe definitivamente. Pero para percibir la novedad, importa saber lo que eran la costumbre, la tradición, la institución anteriores: sobre ese fondo aparece en su verdadera luz la revelación —o la revolución— cristiana. De ahí, para el estudio de los Evangelios, la importancia del Antiguo Testamento en general, y aun de escritos más tardíos, como la *Mischna,* y ahora, de los manuscritos del mar Muerto. Los grandes pintores justamente saben todo eso mejor que otros. ¿Cómo hablar de Cristo sin definir la relación que tuvo con su medio? Como los artistas muy grandes, Jesucristo rompió un automatismo: en los puntos de esa rotura brota su revelación.

Al estudiar la sociedad judía, contemporánea de Jesús, se ha observado que el grupo que constituía él con los doce apóstoles, y cuyo jefe era, no tenía sin duda ninguna apariencia social muy original. Tales agrupamientos eran numerosos en Israel se les llamaba *chabûrôth* (en singular *chabúrah),* que traduciríamos por "comunidad religiosa", "fraternidad", "congregación", o incluso "club", "peña", si estas últimas denominaciones no tuvieran un sentido demasiado profano. Pues eran esencialmente asociaciones que agrupaban a un pequeño numero de hombres, con un común propósito religioso de caridad, de piedad, de estudio de la Ley, de vida común, a la manera de un monasterio ambulante. Eran asociaciones cerradas sobre sí mismas, centradas en torno a un maestro, cuyo vínculo no solía ser el interés o la ambición, sino esencialmente la amistad y el amor fraternal. La Iglesia católica universal, con su organización y su jerarquía encontró su origen, su simiente, sus caracteres esenciales,

en esa primera *chabûrah* cuyo centro y jefe era Jesús, como siguió siendo el centro y jefe de la Iglesia católica.

Conocemos un poco las costumbres de tales grupos. El grupo se manifestaba como tal principalmente en el curso de una cena semanal: ahí estaba la principal declaración pública de sí mismo. Tales cenas solían tener lugar la víspera del *sabbat*, o la víspera de fiestas. La *chabûrah* de Jesús debía seguir esta regla, y, cualesquiera que fuesen las ocupaciones de los apóstoles, debían arreglárselas para volverse a hallar todos reunidos en torno a su Maestro, para la cena semanal de la *chabûrah.*

También conocemos perfectamente por la *Mischna* la ordenación de esas cenas, particularmente de la cena pascual. No tenían lugar de cualquier manera, como nuestras citas modernas de amigos en un restaurante. Por lo demás, entre los judíos, nada pasaba de cualquier manera: todo era liturgia, sucesión regulada de acciones y de bendiciones. De paso, eso se opone a aquellos liturgistas modernos que piensan volver a hallar el espíritu primitivo de la última Cena avanzando en sentido de descuido: no cabe engañarse más groseramente.

Esa liturgia judía, que conocemos muy bien, sirvió de enmarque a la liturgia católica primitiva. Los sinópticos y san Pablo, que nos cuentan la última Cena, no nos refieren los detalles de esa liturgia judía; ¿para qué? Se conocían en esa época como nosotros conocemos el cuadro de Velázquez que sirvió de motivo a Picasso. Pero sus relatos sólo se leen bien sobre la trama de la tradición litúrgica judía para tal cena. Solamente, los Sinópticos y san Pablo insisten precisamente en lo que, en esa última Cena, rompió de repente el automatismo tradicional.

Y ¿qué ruptura? Donde se funda la Nueva Alianza, que da un sentido y un contorno enteramente nuevos al rito antiguo y a la estructura misma de la *chabûrah* cristiana.

* * *

65 Santo Tomás, con su sentido preciso de la verdad y su concisión de lenguaje, llama a la Eucaristía "el memorial de la muerte del Señor". Eso es exactamente lo que instituyó Jesús, en el interior de una comida fraternal y tradicional de una pequeña *chabûrah* judía, en ocasión de la fiesta de Pascua. Reconozco explícitamente aquí lo que debo a Dom Gregory Dix, el benedictino anglicano autor de *The Shape of the Liturgy.*

En el curso de la última Cena, Jesús modificó profundamente el mismo sentido del ritual judío; introdujo elementos nuevos en el interior de ese ritual. Palabras y actos, él orientó toda esa última cena hacia una significación augural e inaugural, en el interior del rito antiguo, fundó un nuevo rito suyo, más sencillo y más pleno que el antiguo; en una palabra, instituyó el sacramento de la Eucaristía, y esta institución fue tan notable y notada, tan solemne y memorable, precisamente porque rompía deliberadamente con el rito antiguo. Cristo quería insistir precisamente en los puntos de ruptura que él introdujo.

Si se quiere que un gesto, que una palabra sean inolvidables, no hay que echarlos al aire. Un buen medio es desencadenar un automatismo, y luego interrumpir súbitamente ese automatismo, y entonces, solamente entonces, hacer el gesto increíble, lanzar el grito inaudito.

Entonces, sí, todo se hace inolvidable, como aquella vez en que todas las radios del mundo interrumpieron a la vez su ronroneo para, en el silencio, anunciar: *Se ha declarado la guerra.*

Jesús cuidó muy bien su puesta en escena, para grabar profundamente el acontecimiento en el espíritu de los comensales. Utilizó la cena pascual tradicional, vuelta principalmente hacia el pasado y conmemorando la liberación de Israel su salida del país de Egipto, pero cambió el ceremonial tradicional, dando a su *chabûrah* un espíritu y una regla nueva; centrando desde entonces toda la vida de esa *chabûrah*, no ya en una conmemoración de una antigua liberación, sino en la conmemoración eucarística de su sacrificio personal y de su muerte inminente, de que el sacrificio del Cordero pascual era sólo anuncio. ¡Ah Iglesia de Jesucristo, conservas bien tu testimonio, y tus recuerdos están vivos hasta en la presencia real!

Cuando llegó el momento de esa cena pascual, Jesús anunció la solemnidad única de la hora. Juan escribe: "Antes de la fiesta de la Pascua, Jesús, que sabía que había llegado su hora de retirarse de este mundo hacia el Padre, después de haber amado a los suyos de este mundo, los amó hasta el extremo". (Jn. 13,1) Y Lucas: "Cuando llegó la hora, se sentó él con sus discípulos. Y les dijo: —He deseado con ansia comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, porque os digo que no la comeré más hasta que se cumpla en el Reino de Dios". (Lc. 22,14-16)

Entonces, Jesús inaugura la comida judía, a la manera judía, con la ofrenda de una copa que bendice y pasa luego de mano en mano. Pero, al ofrecer esa copa a sus amigos, resume todo su destino temporal: la sombra de la muerte cubre esa comida, pero ilumina también la esperanza, ahora próxima, de la victoria y del Reino.

"Y tomando una copa, dio gracias y dijo: —Tomad esto, repartidlo entre vosotros, porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el Reino de Dios." (Lc. 22,17-18) No es todavía el rito eucarístico, es sencillamente, según el rito antiguo, vino en una copa. Pero es una condescendencia poética, una cortesía por parte de Nuestro Señor, que el vino que ríe en nuestros vasos sea ya, y para todos nosotros, símbolo y recuerdo del Reino de Dios, para el que hemos sido creados y traídos a este bajo mundo.

La comida pascual era una comida de fiesta; cada comensal bebía por lo menos cuatro copas de vino. Se cantaban salmos, los niños preguntaban a los ancianos, que les respondían, se devoraba el cordero pascual, se evocaba lo que, en el pasado, había hecho Dios por el pueblo elegido, y se evocaba el Reino venidero, en que la elección de Israel encontraría su pleno cumplimiento de gloria. Jesús se había puesto muy a tono. Nadie duda de que su última Cena, a pesar de la sombra de la Cruz, fuera una comida alegre, con abundancia de vino y de cantos. El más joven, sin duda san Juan, hizo la pregunta ritual: "¿Por qué esta noche es diferente de las demás noches?", y Jesús respondió:

"Es por lo que me hizo el Señor cuando salí de Egipto. Por eso debemos darle gracias, darle la alabanza, la gloria, el honor, la exaltación, el júbilo, y bendecirlo por todos los milagros que ha hecho por nuestros padres y por nosotros. Nos ha transportado del cautiverio a la libertad, de la tristeza a la alegría, del luto a la fiesta, de las tinieblas al pleno día, de la servidumbre a la redención. Por eso, digamos ante él el Aleluya." Pues, tradicionalmente, y en cada generación, cada judío debe considerarse como escapado personalmente de Egipto: todo lo que hizo Dios por sus padres, se lo ha hecho a él mismo.

¿Por qué esa noche es tan diferente de las demás noches? Cierto que la Pascua cristiana continúa y prolonga la Pascua judía. Cada cristiano se evade también de Egipto y

pasa de las tinieblas a la plena luz, y de la servidumbre a la redención. Pero todo eso es aún más verdadero de la Pascua cristiana que de la Pascua judía. Pues el cordero pascual y la salida de Egipto no eran más que figuraciones proféticas de Jesús que borra el pecado del mundo, proféticas de la salvación que trae. Ahora, ahora solamente estamos en la realidad de la redención. Por eso es única esta noche.

Tras la bendición y la distribución de la primera copa, antes incluso de instituir la Eucaristía, Jesús, que tenía el espíritu claro y decidido, y que hacía siempre precisamente lo que quería hacer, define sin equivoco el espíritu que, tras de Él, debía animar a la jerarquía de su Iglesia, dé su *chabûrah. Los* sinópticos precisan que, hasta ese momento, hubo discusión entre los apóstoles para saber quién era el primero de ellos. Entonces fue cuando Jesús empezó a echar a perder el ceremonial clásico mediante una pantomima muy suya, una parábola en acción.

En las salas de banquetes, siempre había una jofaina y un jarro para purificarse las manos. A veces, era el mismo anfitrión quien lavaba las manos a sus invitados. Jesús, pues, se levanta, se quita la túnica, se ciñe con un lienzo y lava —no las manos, según la costumbre— sino los pies de sus apóstoles. Luego explica el sentido de su gesto:

—¿Comprendéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis El Maestro y El Señor, y decís bien porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis también como yo he hecho con vosotros. Os doy mi palabra: el esclavo no es más que su amo, ni el enviado es más que quien le envía. Sabiendo esto, seréis felices si lo hacéis." (Jn. 13,12-17)

Más explícitamente aún, Marcos subraya no sólo la diferencia, sino la oposición entre el espíritu imperioso de los príncipes de este mundo, y el espíritu que deberá animar a la *chabûrah* de Jesús. "Sabéis que los que se consideran jefes de las naciones, las dominan como dueños, y los grandes les imponen su poder. No sea así entre vosotros; sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros, sea servidor vuestro, y el que quiera ser primero, sea esclavo de todos, pues el Hijo de Dios tampoco ha venido a que le sirvieran, sino a servir, y a dar su vida en rescate por muchos." (Mc. 10,42-45)

No a que le sirvieran, sino a servir, a dar su alma, su vida, en rescate por los demás; tales son los florones de la diadema de Cristo Rey. A mi juicio, el lavado de los pies de los apóstoles es tan importante como la entrada de Jesús en Jerusalén el domingo de Ramos, también es un acontecimiento mesiánico y que le sirve de contrapartida. Jesús define ahí, con una pantomima comentada, la naturaleza y el sentido de la realeza mesiánica que le ha sido reconocida por el pueblo de Israel. Igual que el baño está hecho para lavar, el efecto de esta realeza es purificar las almas. Jesús lava los pies a sus discípulos, y, en efecto, ese es un servicio bajo, reservado a los más bajos esclavos, y también es un servicio maternal: las madres lavan a sus hijitos. La realeza de Jesús es al mismo tiempo una realeza de servicio y una realeza maternal. Y ese servicio maternal es muy exigente, porque llega a dar su vida en rescate para purificar a la multitud. Todo eso está manifestado con un toque afirmativo y ligero, igual que un pintor compone un cuadro yuxtaponiendo los colores, pero evidentemente no de cualquier modo. Pero está claro que, mientras que los sacerdotes paganos se han expresado tantas veces mediante la crueldad, hasta los sacrificios humanos, en cambio, el hombre revestido de una autoridad que viene de Cristo, si quiere seguir en el espíritu de Jesús, debe hacerse servidor de todos, como Jesús mismo se hizo servidor: entró voluntariamente en todas las servidumbres (del sufrimiento, de las lágrimas, de la muerte, de la tumba) para liberarnos de la única esclavitud temible, pues nos separa del Reino de Dios, el del pecado.

En la mañana de Ramos, Jesús asumía públicamente toda una serie de profecías que prometían a Israel un Mesías glorioso. Aquí, ante sus apóstoles, Jesús asume personalmente la realización de toda otra serie de profecías —que hasta él parecían incompatibles con las primeras— de un Mesías Redentor, pero sufriente. Debo citar aquí el cuarto canto del servidor de Yahvé, escrito por Isaías más de medio milenio antes de la Pasión de Jesús. Cito por entero ese asombroso texto, porque da su luz propia a lo que ocurre aquí.

¿Quién creería lo que oímos decir?

Y el brazo de Yahvé, ¿a quién se ha desvelado?

Como un retoño ha crecido ante nosotros,

Como una raíz en tierra árida.

Sin belleza ni esplendor le hemos visto.

Y sin aspecto amable.

Objeto de desprecio, basura de la humanidad,

Hombre de dolores, acostumbrado al sufrimiento,

Como esos ante los que uno se tapa la cara,

Estaba despreciado y desdeñado.

Pero eran nuestros sufrimientos los que soportaba,

Y nuestros dolores los que le abrumaban.

Y nosotros, le considerábamos castigado,

Herido por Dios, humillado.

Le han traspasado a causa de nuestros pecados,

Aplastado a causa de nuestros crímenes.

El castigo que nos da la paz está sobre él.

Y gracias a sus llagas quedamos curados.

Todos, como ovejas, andábamos errantes,

Cada cual por su propio camino.

Y Yahvé hizo caer sobre él los crímenes de todos nosotros.

Horriblemente tratado, se humillaba y no abría la boca.

Como un cordero llevado al matadero,

Como una oveja muda ante los esquiladores, sin abrir la boca.

Por violencia y juicio, le han capturado;

¿Quién se preocupa de su causa?

Sí, le han echado de la tierra de los vivos,

Por nuestros pecados, ha sido herido de muerte.

Han puesto su sepultura en medio de los impíos,

Y su tumba con los ricos,

Cuando nunca hizo daño

Ni su boca pronunció mentira.

Yahvé se ha complacido en aplastarle con el sufrimiento.

Si ofrece su vida en expiación,

Verá una posteridad, prolongará sus días,

Y lo que gusta a Yahvé se cumplirá por él.

Tras las pruebas de su alma, verá la luz y quedara colmado.

Con sus sufrimientos, mi Servidor justificara a las multitudes,

Abrumándose él mismo con sus culpas.

Por eso le daré multitudes

Y compartirá los trofeos con los poderosos,

Porque se ha entregado él mismo a la muerte

Y le han contado entre los criminales,

Cuando sobrellevaba las culpas de las multitudes

E intercedía por los pecadores.

Dejo al lector el cuidado de meditar este texto extraño y sorprendente. Nietzsche se Burló mucho de la dulzura y la humildad cristianas. Es más fácil burlarse de ellas que practicarlas. Aquí, en esta noche del jueves santo, en situación, como dicen en el teatro, frente a judas, esa dulzura y esa humildad de Jesús son frutos de un dominio de sí mismo y de un amor verdaderamente heroicos. Uno de los rasgos sorprendentes de la personalidad de Jesús es que en él no es ciego el amor. Para poder amar Jesús no se cierra los ojos voluntariamente, como lo hacemos tan a menudo. En el mismo momento en que da a judas las pruebas más conmovedoras de su amistad y de su humildad, Jesús denuncia la traición y al traidor. Jesús nos ama a todos, aun los más miserables y más indignos de ese amor, pero nos ama con los

ojos bien abiertos sobre lo que somos y sobre lo que hacemos. Ninguna esperanza mayor se nos ha dado nunca. Quienquiera que seamos, nunca le engañaremos. Estamos descubiertos, y, al mismo tiempo, tenemos cerradas todas las salidas: su corazón es nuestro único refugio. He ahí la verdad de nuestra condición humana. Y los más fanfarrones de nosotros lo saben también, y quién sabe lo que pasa en el corazón de un fanfarrón en el momento ineluctable en que sabe que va a morir.

Dentro de unas horas, Jesús va a morir, y los pies de judas, que él acaba de lavar, colgaran de un árbol, por encima del suelo. Jesús lo sabe. "El Hijo del hombre se marcha, como está escrito de él, pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado el Hijo del Hombre! Más le valía a ese hombre no haber nacido". (Mt. 26,24-25) Entonces habló judas, el que le iba a entregar: —¿Soy yo acaso, Rabí?—. Él le dijo: —Tú lo has dicho—. Y añadió: —Lo que has de hacer, hazlo pronto—. Entonces Jesús tendió a judas un trozo de pan mojado en la salsa, según el uso oriental para honrar el invitado distinguido. Judas, "después de tomar el bocado, salió fuera y era de noche". (Jn. 13,30)

* * *

66 He ahí la primera catacumba. La noche, el odio, la violencia y la traición están fuera. La Iglesia primitiva, apretada toda ella en torno a su fundador y jefe —y, en el Cielo, el Padre inclinado sobre ella—, está dispuesta para la institución del maravilloso sacramento del amor y de la muerte de Jesús, prenda de la vida eterna.

"El azar de una rima hace salir de la sombra un sistema." Pero aquí no hay nada azaroso. Desde la evasión de Egipto, y la primera Pascua de los primeros corderos inmolados, hubo muchas Pascuas en Israel, todas semejantes en un rito inmutable. Pero ¿por qué esta noche y esta comida pascual son tan diferentes de todas las demás? Por dos veces, muy claramente, muy solemnemente, una vez al comienzo de la comida, Para la fracción del pan, una segunda vez al fin de comida, para compartir el vino en la copa, Jesús rompe deliberadamente el antiguo ceremonial de Israel, y, al quebrantarlo a propósito, le da un sentido nuevo y definitivo.

San Pablo cuenta: "Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iban a entregarle, tomó un pan, y pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: —Este es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía—. Lo mismo hizo con la copa después de cenar, diciendo: —Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre, haced esto cada vez que bebáis, en memoria mía—. Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis de la copa, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva". (1Cor. 11,23-26)

Mateo precisa, para la consagración del vino en la sangre del Señor: "—Bebed todos de esto, porque esto es mi sangre de la [Nueva] Alianza, que se derrama por muchos en remedio de los pecados". (Mt. 26,27-28) Así pues, aquí expira la obsesión de la Antigua Alianza y de la Antigua Ley, obsesión que atormenta a ese pueblo desde milenios, el pecado que toda la sangre de los toros y de las terneras, de los corderos y de los machos cabríos, nunca ha podido borrar. Ahí hay una sangre tan pura que borra de golpe el pecado del mundo. Mañana, Pilatos preguntará: "—¿Qué es la verdad?". Lo cual también quiere decir: "—¿Qué es la mentira?".

Otros dicen: "—¿Qué es el pecado?". Lo cual quiere decir también: "—¿Qué es la gracia?". Pero los judíos, por su parte, sabían y siguen sabiendo qué yugo se impuso sobre la nuca del hombre. Es ese yugo implacable lo que Cristo rompe con su muerte y su sangre derramada. Como dijo el evangelista Juan: "La ley se dio a través de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo". (Jn. 1,17) Personalmente, me resulta incomprensible que los judíos no se lanzaran de cabeza a la Redención de los pecados abierta por Jesucristo. Quizás estaban demasiado habituados a la contrición vana, y prefirieron su propia culpabilidad a su liberación.

Los psicoanalistas sabrán que lo que digo aquí es verdad: Una educación puede haber sido tan puritana y rígida que el sujeto, una vez adulto, no se puede evadir ya de las categorías mentales que se le han impuesto, aunque quiera. Una costumbre puede ser tan inveterada que se sacrifique todo por conservarla. En otro lenguaje, es lo que Juan llama "preferir las tinieblas a la luz". En este punto, quizás es vano plantearse la cuestión de las responsabilidades individuales.

La recomendación solemne de Jesús: "Haced esto en memoria mía", no se puede referir ni a la comida de amistad de *la chabûrah*, ni a la comida pascual, que se celebraba desde hacía siglos, y que, de todas maneras, continuará celebrándose, en las comunidades judeocristianas mismas. Esta recomendación sólo se puede referir —o sí no, no tiene sentido— a lo que hay de enteramente nuevo en esa última Cena de Jesús con sus apóstoles, a la ruptura con el rito antiguo, a ese sacrificio en la sangre de la Nueva Alianza y para la remisión de los pecados, a la comunión en ese sacrificio bajo las apariencias del pan y del vino, transubstanciados ellos mismos en el cuerpo y la sangre de Jesús. Jesús, pues, da a sus apóstoles la orden de celebrar indefinidamente el sacrificio eucarístico como lo acaba de celebrar él mismo. Que ese sacrificio eucarístico se haya celebrado una primera vez en ocasión y en el interior de una comida de *chabûrah* y de una comida pascual judía, ya no tiene mas que una importancia relativa y secundaria. Ahora ya sólo cuentan la Nueva Alianza en una sangre más preciosa y la remisión de los pecados, que era el objetivo confesado de la Ley, sin que pudiera jamás alcanzarlo.

Al mismo tiempo y por la misma recomendación, Jesús instituye el sacramento del Orden. Instituye un nuevo sacerdocio, el suyo, cumpliendo de lleno la profecía de jeremías, profecía que, tras la ruina de Jerusalén, el judaísmo renunciará incluso a evocar: "Así habla Yahvé: Nunca le faltará a David un descendiente para ocupar el trono de la casa de Israel. Nunca les faltarán descendientes a los sacerdotes levitas para presentarse ante mí, y hacer subir el holocausto, y hacer humear la oblación, y para celebrar el sacrificio cotidiano". (Jer. 33,17-18) En el día de Ramos, Jesús se hizo reconocer por el pueblo de Israel como Rey—Mesías e hijo de David. Esa noche, asegura para siempre en la Eucaristía la descendencia de David en el trono del verdadero Israel de Dios, y perpetúa al mismo tiempo su propio sacerdocio comunicándole inacabablemente.

Me doy cuenta de que la palabra "institución" ha tomado, en los tiempos modernos, un sentido peyorativo. No se deja de subrayar que toda institución que dura implica rutina, maquinalismo, envejecimiento, inercia, esclerosis. Al "instituir" la Eucaristía, Cristo ha roto un automatismo milenario. ¡Bueno! ¿Y no ha inaugurado otro ahora dos veces milenario?

Santo Tomás de Aquino —siempre él, para renovado escándalo de necios— nos dice que la Iglesia de Cristo "ha sido *fabricada* a partir de los sacramentos, que brotaron del costado traspasado de Cristo colgado en la Cruz". Esencialmente, ¿qué hacia en la Cruz, ese Jesús de Nazaret? ¿Qué hacía ya en esa vela fúnebre desde el jueves al Viernes Santo? Como

un buen artesano, ajustaba y fabricaba su Iglesia. Una fabricación procede del arte. La institución de la Iglesia procede del arte y de la poética. También por eso está al abrigo de todo automatismo, como la Iliada, como un gran poema eterno. No se entra en la Iglesia y en los sacramentos con una brújula, sino mediante el silencio, la oración y la fe.

La enseñanza de la Iglesia sobre la misa insiste mucho en que la misa es un verdadero sacrificio, pero un sacrificio, por decirlo así, "intencional", todo él referido al único sacrificio de la Cruz. Se cree tener dos veces el mismo pensamiento en dos momentos diferentes, pero el orden mismo de la inteligencia transciende el tiempo y el espacio: cada pensamiento auténtico es tan nuevo como un nacimiento, aunque contenga el mismo valor de verdad sobre un mismo objeto al que vuelve a representarse una vez y otra. Igual pasa con la misa, sacrificio único de la Cruz, inagotable y realmente ("sacramentalmente") representado. En esa noche del jueves santo, unas horas antes del acontecimiento histórico, por las palabras creadoras del Cristo Dios, la realidad sacrificial de la muerte de Cristo en la Cruz desciende ya y definitivamente a esas aguas profundas donde escapa definitivamente al tiempo y al espacio, al mundo material y a sus categorías. Esas aguas profundas son el orden sacramental entero. ¿Cómo se "repetiría" el sacrificio de la Cruz en las innumerables misas celebradas, puesto que sólo se renueva en el orden de la realidad sacramental, y esa realidad sacramental escapa esencialmente a las condiciones de la repetición? No hay repetición verdadera sino en el tiempo y el espacio.

Georges Braque decía que ya, ante la tela blanca, sabia que el cuadro estaba presente. Entre él y el cuadro, no había más que la pantalla de esa tela blanca. Hacer el cuadro, "fabricar" el cuadro, consistía, pincelada a pincelada, en borrar poco a poco esa pantalla, y, cuando la tela blanca estaba borrada por entero, el cuadro existía en su presencia irrefutable. Jesucristo muriendo con un gran grito en la separación de su cuerpo y su sangre, esta ahí, está presente detrás de toda misa. Los gestos y las palabras sacramentales del sacerdote borran de repente la pantalla, y tomamos parte realmente en el sacrificio de nuestro Salvador,

Es notable que, en la primitiva Iglesia, el jueves santo se haya conmemorado según dos líneas de celebración absolutamente distintas. Igual que es posible que los discípulos de Sócrates conmemoraran su última reunión en torno a su maestro que iba a morir, los cristianos conmemoraron la última comida de la *chabûrah* de Jesús, esa última velada del Maestro con sus discípulos. Es lo que los cristianos griegos llamaron "agapé" (de donde nuestra palabra "ágape”, pero que ya no tiene nada de sagrado), y esa palabra "ágape" quizá traducía el hebreo *chabúrah.*

Pero los cristianos celebraron la Eucaristía en una línea absolutamente diferente. *Abstrajeron* de la última Cena del Señor (que también era una comida pascual de *chabúrah*) lo que había sido peculiar de Cristo personalmente, y de esa noche entre las noches que fue la de jueves santo. En todas partes los cristianos conmemoraron lo que Cristo les había mandado particularmente conmemorar, es decir, la consagración y la fracción eucarísticas del pan, la consagración y la comunicación eucarísticas de la copa. Esta celebración eucarística la volvemos a hallar en todas partes, desde Siria a España, con cuatro etapas principales (mientras que la cena pascual contaba siete), que son todavía las cuatro etapas esenciales de la misa: el Ofertorio, la oración de acción de gracias, la fracción de pan, la Comunión. (Dom Gregoy Dix, *The Shape of the Liturgy, c*. IV.)

Todo eso para decir que la Iglesia tiene buena memoria, sin falla, y que esa memoria no se mueve.

* * *

67 En ninguna literatura, religiosa o no, hay absolutamente nada comparable al relato de esa noche del jueves santo, en los cuatro Evangelios y especialmente en Juan. Platón, en el *Fedón*, ha contado el fin de Sócrates, y ese relato siempre será hermoso. Es hermoso ver a un hombre que va a morir de muerte violenta, que lo sabe, y verle dominar el acontecimiento, afirmar no sólo la inmortalidad del alma, sino el dominio del alma sobre el cuerpo, e incluso regocijarse de la muerte como de una liberación, por la esperanza de bienes mejores, merecidos ya desde aquí por el ejercicio constante de la filosofía. Sócrates muere rodeado de sus discípulos, que le son fieles todos. Es una muerte apacible, sin combate, sin miedo, sin angustia. Sócrates abandona su cuerpo como quien se deshace de una túnica consumida, antes del baño.

Para Jesucristo, parece que todo comienza igual. Él también está rodeado de sus discípulos, él también habla de la inmortalidad, él también habla de su partida, él también habla del cuerpo. Pero, en la realidad de las cosas, todo, absolutamente todo, es diferente, y aun invertido. Pienso en Simone Weil, que tenía tal amor a Jesucristo que podía pasar horas en adoración ante la hostia eucarística; pienso que si no dio el paso decisivo del bautismo fue debido a una intoxicación intelectual platónica, inconciliable al fin con los datos fundamentales del cristianismo.

Jesús, pues, igual que Sócrates, empieza esa noche rodeado de todos sus apóstoles. Pero lo que impresiona inmediatamente es una diferencia de realidad. El grupo del *Fedón* se mueve tras una pantalla de inteligencia y serenidad, como sombras chinescas; El grupo de la última Cena se revela en la luz cruda de la sagrada tragedia: todo tiene ahí las tres dimensiones de la angustia, de la lucidez y de la muerte. La institución de la Eucaristía está estrechamente enmarcada por dos profecías de Jesús, de una crueldad total, y que se realizarán en las pocas horas sucesivas. Jesús predice que judas le traicionara, y predice que Pedro renegará de él tres veces. Jesús cita también la profecía de Zacarías: "Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas". (Zac. 13,7) Ahí se ve cómo son los discípulos de Jesús; él lo sabe, lo dice, insiste en ello para que todo esté claro por adelantado, los conoce bien: un traidor, un renegado, y todos los demás, fugitivos. Jesús, antes de entrar en la muerte, entra en la soledad: "Viene la hora... de que seáis dispersados, cada cual por su lado, y me dejéis solo". (Jn. 16,32) Sin embargo, hace alusión al refugio que sigue encontrando en su Padre, y es patético, porque, mañana, aun la puerta de ese refugio se le cerrará. Esa noche, aún puede decir con verdad. "Aunque no estoy solo, porque el Padre esta conmigo." Mañana, en la cruz, dirá: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt. 27,46)

Tras haber predicho el reniego de Simón Pedro, Jesús añade sin embargo: "Simón, Simón, mira: Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo". (Lc. 32,31-32) (Os es aquí un plural que alude a todos los apóstoles.) "Pero yo he rogado por ti para que no falte tu fe. Y tú, cuando vuelvas, refuerza a tus hermanos."

De los hechos, gestos y palabras del Señor Jesús, no tenemos mejor testigo que los Evangelios. Para un cristiano, nada cuenta o debe contar más que los hechos, gestos, palabras y voluntades del Señor Jesús. Personalmente, me es imposible, en esa situación, no ver en esas últimas palabras de Jesús dirigidas a Pedro, pronunciadas en momento tan grave, una

investidura especial y un testamento solemne. Temible investidura, marca de Confianza extrema, en el mismo momento en que se predicen el reniego y el canto del gallo. Y para nosotros, que estamos todos llamados un día u otro a pasar por el cedazo de Satán, indicación de un refugio permanente y de una seguridad a toda prueba. El primado de Pedro no es para mí sólo una costumbre de pensar recibida desde la infancia, una comodidad intelectual, una pereza de pensamiento; es ante todo una boya de salvamento en un barco que se agita peligrosamente en una mar desatada; ese barco es la imagen que cabe hacerse de la inteligencia moderna.

A Pedro es a quien Jesús confió la permanencia de la autoridad y la supremacía del consejo, en su *chabûrah*, su Iglesia. Todo eso sólo se explica con vistas a un largo porvenir. Si el mundo hubiera de acabarse pasado mañana, por el regreso triunfal de Cristo, ¿para qué la institución de la Eucaristía y, del primado de Pedro; Para qué, según la expresión de Tomás de Aquino, la "fabricación" de una Iglesia, de un sacerdocio, dé una jerarquía? Todo eso, evidentemente, está hecho para afrontar la duración, y, de cierta manera, para transcender el tiempo.

La costumbre era que la comida de la *chabûrah* se terminara con una larga conversación de la noche. Cuando el jefe de la *chabûrah* era un rabí, se trataba sobre todo de una enseñanza religiosa del maestro a sus discípulos. Esta vez también fue así. Pero esa noche no era como las demás noches, y todas las palabras de Jesús resonaban la inmensa nave de la muerte.

Jesús habló largamente de su Padre, hacia el que regresaba, del Espíritu que enviaría para inspirar y sostener a su Iglesia, de las obras que había hecho él mismo, de sus adversarios cegados, del Diablo que ya estaba vencido; pero sobre todo, tuvo empeño en afirmar que la muerte no le separaría de los suyos, porque ofrecía su muerte al amor, y el amor transciende la vida y la muerte. "No hay amor mayor que éste: que uno dé su vida por sus amigos." (Jn. 15,13) "No se agite vuestro corazón...: Cuando vaya, vendré otra vez y os llevaré conmigo." (Jn. 14,1-3) "No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros." (Jn. 14,18) En su visión profética, el tiempo ya no cuenta, o más bien se vuelve prodigiosamente elástico. "Dentro de poco, ya no me veréis, y dentro de otro poco, me veréis." (Jn. 16,16) Hay para preguntarse, como los apóstoles, qué quiere decir eso. En realidad, ese "otro poco no tiene el mismo sentido, las mismas dimensiones, las mismas medidas que las de nuestro lenguaje cotidiano. Aquí, eso quiere decir tanto los tres días que separan a Jesús de su resurrección, como el "poco" de tiempo que nos separa del fin del mundo y del regreso triunfal de Jesús para juzgar a los vivos y a los muertos. Aunque el mundo en que estamos debiera aún durar unos miles de millones de siglos, todo el desarrollo temporal no es más que "otro poco" desde el punto de vista de nuestra eternidad. Ese es el estilo de nuestra espera y de nuestra esperanza, ese es el estilo de nuestra Iglesia, la de Jesucristo. Lo que nos separa del triunfo final y de la "resurrección de la carne", no es más que "otro poco" de tiempo. Si ese "otro poco" es largo, sólo es a causa de nuestras impaciencias de criatura inmergidas en el tiempo.

¿Quién, pues, liberará para siempre a los cristianos del platonismo, del hinduismo, de todas esas historias absurdas de metempsicosis y del desprecio del cuerpo? El odio al cuerpo es aun más que una herejía; es un desconocimiento del hombre, y si el cuerpo no tiene absolutamente nada que ver con la religión, es que se nos pide amar a Dios con lo que no tenemos. Nuestra alma es la forma de un cuerpo, hay que hacerle esta justicia. Quien odia al cuerpo empieza a dudar de todo.

A Platón es a quien se debe la primera teoría del Estado totalitario. A la influencia

platónica se deben la gnosis y el maniqueísmo, que, a su vez, sirvió de fundamento metafísico al puritanismo de que están infestadas nuestras sociedades modernas, sean cristianas o comunistas. En todo caso, no hay nada como una influencia platónica para debilitar y enervar al cristianismo.

En el *Fedón,* Sócrates dice: "Guardémonos de creer que esté permitido a lo no—Puro entrar en contacto con lo puro". ¿Quién no suscribiría tan hermosa observación? Para Platón, lo no—puro, es el cuerpo, abominable y ridícula confusión. El cuerpo es lo que Platón abruma con los epítetos más despectivos: el cuerpo es una locura, es una infección, el cuerpo es una malignidad que estorba el conocimiento, y que impide también la filosofía y la salvación del alma. Por lo demás, sólo el alma es capaz de conocimiento, de filosofía y de salud. La muerte, pues, es la purificación suprema que libera el alma de su único mal, el cuerpo. Al menos, la muerte salva definitivamente al alma del perfecto filósofo, pues el alma vulgar que no se ha desprendido totalmente del cuerpo, que tiene la desgracia de estar apegada a él, se encuentra amenazada, en cambio, por horribles reencarnaciones. Ninguna autoridad en el mundo puede convencerme de que esa filosofía no sea a la vez falsa, hipócrita, extravagante y perniciosa.

¡Ah! Viva Aristóteles, que nos dijo que el alma es la forma del cuerpo, y que no es posible para el hombre ningún conocimiento que no tenga su origen en los sentidos y en la sensación, e incluso viva Valéry, que escribió:

...cher corps,

Je t'aime, unique objet qui me défends des morts!

("Querido cuerpo, te amo, único objeto que me defiendes de los muertos.")

Pero estamos en la historia de Jesucristo. Pues bien, justamente, en esa noche del jueves santo, igual que Sócrates, en el momento de morir, Jesús habla de lo puro y de lo no—puro. Después de lavar los pies a los apóstoles, Jesús añade: "El que se ha bañado no tiene necesidad sino de lavarse los pies, porque está limpio entero. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos," (Jn. 13,9-11) Y Juan añade: "Porque conocía quién le iba a entregar"; por eso dijo: No todos estáis limpios." En ese lenguaje parabólico, el baño es el símbolo de la pureza total del alma. Pero entre todas esas almas, hay una impura: ¿es la de un leproso? No, es la de un traidor. La traición, esa es, para Jesús, le impureza de las impurezas. Y la traición es ante todo cuestión de juicio, de voluntad, es decir, de alma. La sede de lo puro y de lo impuro, en el cristianismo, es el alma, aun en los pecados de la carne. Y que Platón deje de estorbar el camino...

En cuanto cristiano, estoy dispuesto a admitir que no haya en el mundo más que un solo cuerpo humano que sea puro por su propio mérito, el de Jesucristo, pero es un cuerpo. *Ave verum corpus, natum de María Virgine.* Y Platón no aceptaría que un cuerpo sea puro. Estoy igualmente dispuesto al admitir que haya una sola alma humana pura por su propio mérito, y es la de Jesucristo; eso, tampoco lo aceptaría Platón: para él, un alma es pura en la medida que es ella misma, separada de su cuerpo. Toda esa hermosa. Filosofía platónica es contraria sin duda al último artículo de nuestro *Credo*. Creo resurrección de la carne".

Verdad es que los cristianos sabemos igual que Sócrates y Platón que no hay que mezclar lo impuro con lo puro. Pero para nosotros, el cuerpo puede ser puro; no es forzosamente infección y malignidad. Pero el alma también puede tener sus impurezas, aun el alma enteramente separada del cuerpo y de sus pasiones. Después de todo, el Diablo es

espíritu, nada más que espíritu, y es impuro. Y el cuerpo de Cristo en la Eucaristía es cuerpo, verdadero cuerpo, nacido de una mujer, y es puro, es un bien, es instrumento de salvación aun para el alma. Es exactamente lo que, en el rito romano, decía el sacerdote al dar la Comunión: "Que el *Cuerpo* de Nuestro Señor Jesucristo *guarde tu alma* para la vida eterna". Si Platón tiene razón, somos unos sacrílegos, pero si tenemos razón nosotros, Platón es un insensato.

Cierto que los mayores santos cristianos desearon todos morir, pero no desearon la muerte por la muerte; la desearon como un medio de unirse a Cristo, y todos, mas allá de la muerte, esperaron además la resurrección de la carne. Pero no olvidemos que Cristo transformó y volvió del revés el sentido de la muerte humana: ya no es castigo. Después de su muerte, la muerte es esencialmente un medio de unirse a él y de identificarnos con él en la Cruz. No son especulaciones de teólogo. Uno puede haberse pasado la vida distrayéndose de la muerte, pero siempre llega el momento en que hay que morir. Sé muy bien que es difícil anunciar a un pobre hombre que va a morir, y yo mismo soy muy cobarde en ese punto. Cuando se trata de otro, la majestad de la muerte me quita el aliento. Y sin embargo, otra majestad más alta está detrás de la muerte, y es la de Cristo en la Cruz, que se hace acogedor para el moribundo. Muchos hombres viven sin tener siquiera el privilegio de saber lo que es la comunión eucarística en el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Pero basta ser hombre y morir para que se abra al que muere la comunión en la muerte de Jesucristo,

Pero en ese jueves santo, víspera de su muerte, Jesucristo está solo, nadie anterior a él puede tenderle una mano auxiliadora a través de la muerte. Ve venir la muerte. La ve tal como es, como separación violenta de su alma respecto a su cuerpo, desgracia espantosa. Y, por primera vez desde la caída de Adán, ese cuerpo y esa alma están tan bien hechos para entenderse, y no tienen nada que reprocharse mutuamente; ¡qué injusticia el gesto impío que los va a separar! Sí, qué espantosa desgracia, porque la muerte es una maldición, es el castigo del pecado, y precisamente en Jesús no hay más que inocencia, no hay nada que maldecir, nada que castigar. Ahí esta el único hombre sin pecado, y empieza a temblar al acercarse la muerte.

Ya hace mucho que judas se ha marchado para ocuparse de sus asuntos, Ya hace mucho que la cena ha terminado. Jesús y sus apóstoles han dejado el Cenáculo, han pasado las murallas y han salido de Jerusalén, han bajado y vuelto a subir el barranco del Cedrón, están ahora en el huerto de los Olivos, y ya algunos, envueltos en sus albornoces, se acuestan bajo los árboles venerables para pasar allí una buena noche.

Pero Jesús es invadido por la angustia, Dice a sus apóstoles: "Mi alma esta triste hasta morir: Quedaos y velad conmigo." (Mt. 26,38) Y se aparta para rezar.

Pero lo que había previsto se realiza; está solo, ninguno de los suyos resiste al sueño, Y en esa primera noche tras sus investiduras, sus ordenaciones sacerdotales y sus primeras comuniones, esos primeros obispos de la Iglesia católica se duermen a pierna suelta, y el primer papa hace otro tanto, mientras su Maestro se dispone a agonizar de dolor. Ese jueves santo acaba en el sueño profundo de la Iglesia militante. Entre los apóstoles, judas es el único que no tiene ganas de dormir.

XXII

EL VIERNES SANTO

68 Y ahora, en el interior de esta historia de Jesucristo, he aquí la historia de la Pasión de Jesucristo, que, a través de los siglos, no ha cesado de conmover los corazones y de suscitar imitaciones heroicas. Es la historia de un hombre inocente, traicionado por uno de los suyos, condenado a muerte y ejecutado en suplicio infamante y cruel.

Pero ¿qué? Los hombres de mi edad no tienen más que recordar. En el intervalo de nuestra vida de hombres, ¿no hemos visto traidores y traicionados, inocentes juzgados y condenados, atormentados y tormentos infamantes y crueles?

De acuerdo: Jesucristo murió crucificado, y ese suplicio es particularmente horrible. Pero unos cuarenta años más tarde, tras la ruina de Jerusalén, los romanos crucificaron judíos por millares; ya no había bastantes árboles en el país para hacer cruces.

Veamos las cosas como son. Por cruel que sea su suplicio, la muerte de un hombre de treinta y tres años, aun inocente como Jesús, provoca en nosotros menos rebelión, menos compasión, menos horror, que la muerte de millares de niños metidos en los hornos crematorios. Tras tantas atrocidades cometidas, tras tantos suplicios infligidos y sufridos, tras tantas torturas sobre un número espantoso de víctimas, tras todo lo que hemos visto con nuestros ojos y todo lo que la historia cruel de los hombres nos cuenta, ¿la Pasión de Jesucristo guarda todavía algo absolutamente singular, único y excepcional?

Pero, para captar el sentido y el alcance de la Pasión de Jesucristo, tenemos que tomar perspectiva, incluso por referencia a nuestra experiencia del dolor humano y por referencia a nuestras compasiones más legítimas. Cuando san Pablo quiere explicar a los corintios la significación y las dimensiones exactas de la Pasión de Jesucristo, toma la precaución de decirles: "No están mis entrañas cerradas para vosotros, las vuestras si que lo están para mí: volvedme, pues, amor por amor, ensanchaos *(dilatamini et vos).* [Tomad distancia, mirad en grande.] No os vayáis a uncir en yugo con los que no tienen fe".

Sé muy bien lo que se me puede decir. Si hago apelación a la fe, es que soy incapaz de explicar en el lenguaje de todo el mundo lo que es la Pasión de Jesucristo. Y, sin embargo, ¿qué hacer? Es verdad que, por su aspecto exterior, la Pasión no es más que el relato del

asesinato jurídico de un inocente, historia bastante banal en suma, sobre todo en nuestra época. Pero no es sólo eso, es la manera como Dios reconcilió consigo al universo en la sangre de ese hombre que es su Hijo, y, en el centro del universo, reconcilió consigo al hombre mismo, a todos nosotros, a nosotros quienquiera que seamos.

Pero esos dos aspectos de la Pasión son el anverso y el reverso de una misma medalla, que no existirían el uno sin el otro. Si Cristo no hubiera muerto según la Ley, no habría redención de los pecados, ni reconciliación con Dios. Pero, por otra parte, si no hubiera Dios, no habría ninguna necesidad de redención de los pecados, no habría pecado, pues el pecado es una ofensa hecha por el hombre a Dios. En ese caso, la remisión de los pecados no es más que la tabulación de un hecho diverso, y el asesinato jurídico de Jesucristo no tiene más importancia que la muerte de una mosca. Pero entonces, también, ¿por qué dar a los holocaustos de Auschwitz y de Buchenwald, en que, en efecto, los hombres cayeron como moscas, mas importancia que a la desinsectación de un cuarto? Si Dios no existe, la Pasión de Jesucristo no tiene mas que un interés literario y sentimental, o sea, nulo.

"El hombre no debe caer nunca en el error de creer que es el señor y dueño de la naturaleza... En un universo en que los planetas y los soles siguen trayectorias circulares, en que hay lunas girando alrededor de los planetas, en que *la fuerza reina en todas partes como dueña única de la debilidad, a la que obliga a servirla dócilmente, o a la que destruye, el hombre no puede provenir de leyes especiales."* Cuando Hitler escribía esas frases aplicadas y reflexionadas, en el estilo de los buenos alumnos, en efecto, no era más que un buen alumno. No pensaba de otro modo que los señores Taine, Michelet y Renan, y tantos maestros de pensar, desde los más ilustres a los más primarios, no sólo de la Universidad alemana, sino de todas las grandes Universidades del mundo occidental. En realidad, era el discípulo sincero de tales maestros, y llevaba al extremo su enseñanza. Pero en eso estaba en ruptura total con la tradición judeocristiana y el *Syllabus* que condena solemnemente la siguiente proposición: "No hay que reconocer otras fuerzas en el mundo que las contenidas en la materia" (Proposiciones 58 y 59). El hombre ¿proviene de leyes especiales? Ahí está el problema, en efecto. El orden de la naturaleza es cruel: las películas sobre los animales nos lo revelan de manera intolerable. Si el hombre está totalmente sumergido en el orden de la naturaleza, ¿por qué escandalizarse de la exterminación masiva de los débiles por los más fuertes?

Me parece muy bien que Jean-Paul Sartre escriba gravemente: "La ilusión retrospectiva se ha desmigajado: martirio, salvación, todo se derrumba y el edificio cae en ruinas. He atrapado al Espíritu Santo en las cuevas, y le he expulsado de ellas, el ateísmo es una empresa cruel y de largo aliento, creo haberla llevado hasta su extremo. Veo claro, estoy desengañado..."

¿Ve claro? ¿Qué es lo que ve? Nada; confiesa que no sabe qué hacer ya con su vida". Admirable resultado de una lucidez obstinada. Cuando se ha leído a Sartre desde el comienzo, se sabía muy bien que era preciso que llegara ahí. Desde el comienzo, ha negado toda significación a la esencia del hombre: ha hecho algo más que negarla, la ha odiado. Nosotros, en cambio, decimos que el hombre está creado a imagen de Dios, que es su espejo. Sartre, para empezar, ha roto el espejo. ¿Qué tiene de raro que no conserve en las manos más que el marco vacío de ese espejo pulverizado? Pero entonces ¿para qué sirve el hombre? ¿Y qué diferencia hay entre echar a los hombres por hornadas a los hornos crematorios, o echar cangrejos vivos al agua hirviente de una olla? Si lo uno, ¿por qué no lo otro?

Ahí es donde nuestros intelectuales saben que les aprieta el zapato materialista. ¿Qué diferencia hay entre un hombre y un cangrejo? Me dicen que el hombre se diferencia del

animal porque produce él mismo sus medios de subsistencia y de producción. El hombre, en el curso de la historia, modifica su propia vida, por el trabajo colectivo que supone un modo de vida en sociedad. ¿Es eso todo le hay que decir —una perogrullada lastimosa mucho más entomológica que filosófica— a favor del hombre y de su distinción? ¿Es ese todo el valor del hombre? El uso del horno crematorio es también un modo social, ¿por qué no? Si Marx tiene alguna grandeza y alguna verdad, es por haber mostrado y demostrado con brillantez que lo social está en el interior —y no por encima— del ciclo general de la naturaleza. Hitler pensaba lo mismo. Pero si esa es toda la verdad de las cosas, el hombre no tiene ninguna importancia especial y él mismo está definitivamente enviscado en la naturaleza.

Nuestra época es cruel, pero también estúpida, cruel por estúpida. Hay que situar, reconocer, proclamar, la infinita diferencia del hombre con el animal puro, la superioridad individual del hombre sobre el orden entero de la naturaleza —incluido el orden social—, la unicidad del hombre, la dignidad espiritual de la persona humana, para empezar siquiera a querer respetar al hombre. Lo que se llama "moral" no es algo obvio, no puede ser sino una conclusión cuyas premisas son metafísicos, es decir, están más allá del mundo de la naturaleza. No hay dignidad humana, no hay verdadera solidaridad humana, no hay comunión, cuyo arranque no esté por encima del mundo. Así es; el resto es quimera o reflejo, imitación o ilusión.

* * *

69 Detesto la sentimentalidad moderna, y hay que detestarla aún más en el relato de la Pasión. Sé también que "el Yo es odioso". Si a veces digo "yo" en este libro —sin duda mucho más de lo conveniente—, es porque el tema es tan vasto y pesado que me siento perdido. Este libro, por desgracia, no es más que mi libro. Entonces, igual que un fotógrafo se cuida de hacer entrar en el campo de visión un borriquillo al pie de la pirámide para sugerir sus proporciones, a veces digo yo para que el lector no vaya a creer que, una vez leído Mi libro, habrá "agotado" el tema. El tema es lo que me agota a mí entero. El día que acabe este libro, sé que habré llegado al extremo de mis fuerzas y que todavía faltará todo por decir.

Llegado al Huerto de los Olivos, Jesús deja al grupo de sus apóstoles en su habitual vivaqueo, y se aparta bajo los árboles para rezar. Sólo se lleva consigo a Pedro, a Santiago y a Juan: son esos tres, privilegiados entre todos, los que, en el momento de la Transfiguración, ya vieron la gloria profética de Jesús, su consagración mesiánica entre Moisés y Elías, y que van a asistir a la agonía de su maestro. Ellos le vieron glorioso y transfigurado en la montaña, ellos le van a ver tendido y sudando sangre en angustia. Nada menos "mitológico" que este hombre, nada menos construido, fabricado, "armonizado" que Nuestro Señor Jesucristo.

Lucas cuenta: "Al llegar al sitio, les dijo: —Rezad para no entrar en tentación—. Se alejó de ellos como a un tiro de piedra y, cayendo de rodillas, rezó: —Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya—. Y desde el cielo se le apareció un ángel que le consolaba. Él, lleno de angustia, rezaba más apremiantemente, y su sudor se hizo como cuajarones de sangre que caían por tierra. Al levantarse, fue junto a sus discípulos y les encontró dormidos de tristeza. Y les dijo: —¿Por que dormís? Levantaos y rezad, para que no entréis en la tentación". (Lc. 22,40-46)

El diccionario Littré define "angustia": "Sentimiento de opresión en la región epigástrica, con dificultad de respirar y gran tristeza. Gran aflicción con inquietud". Pero ¿de qué valen los diccionarios? Quien no haya sentido, en el hueco de su propio cuerpo, entre el corazón y el vientre —y, bajo el dominio del miedo, de la humillación, del luto, de la vergüenza, o simplemente de la tristeza de ser—, la inexorable crispación de una mano de hierro, no sabrá tampoco nunca lo que es la angustia.

La medicina moderna, especialmente desde Freud, ha ido muy lejos en el estudio y la terapéutica de la angustia. Se sabe que no hay cosa más capaz de alienar a un hombre de sí mismo; se sabe que en el momento de una crisis aguda de angustia, los razonamientos más convincentes, más sencillos en apariencia, no tienen ningún efecto en el paciente, porque se trata de convencerle de que quiera vivir, y él ya se ha desprendido de la vida misma. Se sabe que la angustia en su paroxismo es, para las almas mejor templadas, la antecámara de la locura y del suicidio.

Jesucristo, en ese negro jardín, conoció la angustia en su paroxismo. No cedió a las tentaciones de la angustia, pero las conoció, hay que decirlo claramente para el consuelo de los miserables que se debaten al borde del abismo. Si hubo un momento en que la empresa de nuestra redención, por la debilidad de una naturaleza humana, estuviera a punto de fracasar, fue en ese momento. Esa empresa está tan por encima de las fuerzas humanas, que, por tres veces, Jesús, sintiéndose desfallecer, suplica a su Padre que aparte de él "su cáliz". No obstante, con una energía prodigiosa, cada vez añadía: "... pero no se haga mi voluntad, sino la tuya". Como un jinete a punto de ser desmontado, tiene aún el valor y la fuerza de poner en la silla a otro más fuerte que él, que espoleará al caballo y lo llevará a la meta. Pues, en efecto, lo que debe hacerse se hará, y el cáliz será bebido hasta las heces.

El Evangelio dice que Dios envió un ángel para reconfortar a Jesucristo. El derrumbamiento interior de ese hombre era tan amenazador que necesitó el socorro de un ángel para salir de él y afrontarlo. Los médicos especialistas saben que, en todo el Evangelio, no hay relato que suene a más verdadero que ese. Los mismos médicos afirmarán que ese momento de la angustia fue sin duda el más duro en toda la vida de Jesucristo, más duro aun que la crucifixión y la muerte. La doctrina católica nos afirma que cada cual de nosotros está asistido por un ángel: en efecto, a la hora de la angustia, es cuando tenemos más necesidad de él, a la hora en que se puede romper la armadura del alma. Que los pobres enfermos, en los hospitales psiquiátricos, sepan que la oración atrae a los ángeles, y que, en los peores momentos, si le llaman en su auxilio, hay un ángel a su cabecera. Nunca estamos del todo solos.

¿Cuáles fueron las causas de ese abatimiento prodigioso de ese hombre tan fuerte, tan heroico, tan dueño de sí? Fuerte, pero no rudo ni tosco. Al contrario, era de una materia extremadamente sensible y delicada, que vibraba al menor toque, como un Stradivarius. Ante la tumba de Lázaro, cuando Jesús había visto a la gran María Magdalena, tan hermosa, llorando, su espíritu se estremeció como un gran árbol en el viento y se entristeció él mismo: *Infremuit spiritu et turbavit semetipsum.* (Jn. 11,33)

El día de Ramos fue también agotador para la sensibilidad de Jesús, por el contraste, que sólo él percibía, entre el triunfo que se le hacia hoy y el patíbulo que se le iba a levantar mañana. Al amanecer, cuando la multitud fue a buscarle a Betania para hacerle rey, y bajó en su asno por la ladera del monte de los Olivos y vio la Ciudad de David, rosa dorada bajo el sol, se deshizo en lágrimas, al pensar en el espantoso asedio que, cuarenta años después, había de destruirla y como desarraigarla del mundo.

En ese mismo día de Ramos, cuando la multitud percibía su encanto y bebía sus palabras, interrumpió su discurso para hacer esta confianza desgarradora que nadie entendió: Ahora mi alma se ha turbado, y ¿qué diré?: "Padre, sálvame de esta hora". (Jn. 12,27-28) El pánico apuntaba, pero ese día la obediencia le dominó con más facilidad, Jesús añadió: "Pero para eso he llegado a esta hora. Padre, da gloria a tu nombre". Así, en pleno triunfo y públicamente, había pedido auxilio, de todos modos. Vuelva cada cual los ojos a su pasado. ¿Cuántas veces, en una vida de hombre normal, ocurre que uno se ve obligado a pedir auxilio, abrir la boca, y, físicamente, pedir auxilio? Dos veces, en esa siniestra semana, Jesús se vio reducido a ello. El domingo de Ramos, vino una voz del cielo para tranquilizarle. En la noche del Huerto de los Olivos, nadie le respondió. La "hora", esa "hora" misteriosa, para la cual había venido, y a la que no escapaba, caía sobre él como una águila que cae sobre un conejillo aturdido. Había querido estar en el tiempo, como uno de nosotros, y estaba en él inexorablemente, caído en la trampa, él, nacido para los libres espacios de la eternidad.

Esa última noche de Jesús es la del condenado a muerte. La noche del condenado a muerte es la misma en todas partes. Nunca el péndulo del alma oscila con más vastas sacudidas entre la loca esperanza y la triste lucidez, entre la valentía luminosa y el pánico ciego. El hombre entero se lanza a los extremos, y a los extremos más contradictorios. Horrorizado, ciertamente, hasta el espanto, y heroico también, hasta la cima de la valentía. Ese hombre tirado por el suelo, sudando sangre y pidiendo auxilio, ¡cómo se nos parece, que cerca está de todos nosotros! Todo eso pasó como está escrito, si, como esta escrito, aun las palabras preferidas antes por Juan, que se nos querría hacer creer que no son más que reminiscencias arregladas, embellecidas, hinchadas, bordadas. Pasan los años; lo digo conforme a mi experiencia: no se embellecen los recuerdos de la última noche del condenado a muerte. Lo que se ha visto y oído en esos momentos deja en la memoria una marca exacta, indeleble, delimitada, profunda, como aquella señal que antaño marcaba el verdugo en el hombro del criminal con un hierro candente. En el texto de los cuatro Evangelios, incluido el de Juan, cuéntese, por ejemplo, el número de veces que en el curso de esa noche, se habla de la hora. La última noche del condenado a muerte se pasa preguntando qué hora es.

En ninguna parte, quizá, en los Evangelios, está tan claro que el testimonio ocular y auricular de Juan completa el de los Sinópticos. Gracias a Juan, se percibe toda la amplitud de la oscilación del alma de Jesús, esa diástole y esa sístole de un destino tan inmenso que encuentra su contracción perfecta, en una sola hora, entre todas las horas, la hora por excelencia, y su dilatación abraza todas las orillas de la eternidad: "antes de que existiese el mundo".

"Mirad, viene la hora (y ya ha llegado)... Esto os lo he dicho para que tengáis paz en mi. En el mundo tendréis sufrimiento, pero sed valientes; yo he vencido al mundo... Padre, llegó la hora: glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique a ti, conforme al poder que le has concedido sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le has dado. Y la vida eterna es esta: que te conozcan a ti como el único Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo... Ahora glorifícame también tú, Padre, contigo mismo, en la gloria que tenía contigo antes de que existiera el mundo... Padre... los que me diste, quiero que también estén ellos conmigo, donde estoy yo, para que vean mi gloria, que me diste porque me quisiste desde la fundación el mundo."

Tras esas palabras soberanas, menos de una hora después, Jesús, invadido de pánico y retorcido de dolor por la angustia, se arrastraba sobre la roca y pedía auxilio sin que nadie le respondiera. Ningún hombre, en su última noche de condenado a muerte, ha llevado más al

extremo la victoria del espíritu y la derrota del cuerpo.

¿Cuál es la causa de esa angustia que se expresa en el sudor de sangre? Mateo dice: "la tristeza y el abatimiento". Marcos añade el espanto: *Pavere et taedere.* Pero la causa proporcionada de ese espanto y esa tristeza, no la dicen. El cristiano que entrase en el secreto de esa angustia no podría jamás salir de ella, "prisionero de la santa Agonía", como decía Bernanos. Quizá fue san Pablo quien avanzó más profundamente en ese secreto, hasta el punto de que uno no se atreve más que a copiar sus palabras, que, si no las hubiera escrito él, nadie se atrevería a inventar.

Pablo explica a los corintios el sentido de la Pasión de Jesucristo. Sus palabras son de una claridad y de una fuerza fulgurantes. La Pasión, era que "Dios, en Cristo, se reconciliaba el mundo, sin contar ya las caídas de los hombres... Os lo pedimos por Cristo, reconciliados con Dios. Al que no había conocido pecado, le hizo *pecado por nosotros,* para que, en él, nos hagamos justificación de Dios." (2Cor. 5,19-21) Por supuesto, san Pablo no quiere decir en absoluto que Jesús cometiera personalmente ningún pecado, sino que se identificó hasta las consecuencias del pecado, y ante todo, la muerte, el sufrimiento, la vergüenza, y se revistió de ese destino como de un manto de ignominia, precisamente para romperlo de modo definitivo, y para que, desvistiéndonos también del pecado y revistiéndonos de Jesucristo, lleguemos a ser en Dios justicia y santidad.

Hay que citar aquí lo que se llama "el Misterio de Jesús", de Blaise Pascal. ¿Cómo ese pequeño burgués auvernés, geómetra y físico, pudo entrar tan profundamente en tal misterio? Simone Weil, *normalienne* y discípula de Alain, y Blaise Pascal, son la prueba de que, decididamente, el Espíritu sopla donde quiere.

"Jesús sufre en su pasión los tormentos que le producen los hombres; pero en la agonía, sufre los tormentos que se produce a sí mismo: *turbare semetipsum.* Es un suplicio de mano no humana, sino todopoderosa, y hay que ser todopoderoso para resistirlo.

"Jesús busca algún consuelo al menos en sus tres amigos más queridos, y duermen; les ruega que resistan un poco con él, y ellos le dejan con negligencia absoluta; poca compasión no podía impedirles dormir un momento. Y así, Jesús queda entregado solo a la cólera de Dios.

"Jesús es el único en la tierra, no solamente que siente y comparte su pena, sino que la sabe: el cielo y él son los únicos que lo saben.

"Jesús está en un jardín, no de delicias como el primer Adán, donde se perdió él, con todo el género humano, sino en un jardín de suplicios, donde se salva él con todo el género humano,

"Sufre esta pena y este abandono en el horror de la noche.

"Creo que Jesús no se quejó nunca más que esta sola vez, pero entonces se queja como si ya no pudiera contener su dolor excesivo: "Mí alma está triste hasta morir".

"Jesús busca compañía y alivio por parte de los hombres. Eso es único en toda su vida, me parece. Pero no lo recibe, pues esos discípulos duermen.

"Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo: no hay que dormirse durante ese tiempo...

"Jesús ha rogado a los hombres, y ellos no le escucharon...

"Pensaba en ti en mi agonía, vertí tales gotas de sangre por ti... ¿Quieres que me cueste siempre sangre de mi humanidad, sin que tú me des lágrimas?

"...Si conocieras tus pecados, te descorazonarías.

"...Te amo más ardientemente de lo que tú has amado tus suciedades: *ut immundus pro luto"*.

* * *

70 Ahora, se desencadena la mecánica de la justicia humana. Todo irá muy deprisa.

Leyendo los Sinópticos solamente, parecería que los fariseos no intervinieron para nada en el proceso y la muerte de Jesús. Incluso eso es lo que afirma Isidore Epstein, en su historia del judaísmo. Pero eso es inverosímil, y la verdad es sin duda muy diversa. Juan, que estaba allí, menciona la presencia de fariseos en los lugares de detención de Jesús. En cuanto a la resolución jurídica del asunto, no pertenecía a los fariseos, *en tanto que tales*, sino al Sanhedrín, compuesto de sacerdotes, de ancianos o notables, y de escribas, muchos de los cuales, en efecto, eran fariseos, por no decir todos. La sentencia de muerte correspondía sólo al procurador romano, pero, en esa circunstancia, se le llevaría la víctima a domicilio. Tal era el procedimiento jurídico, en una nación de juristas y celosamente preocupada de las formas. Pero decir que los fariseos no intervinieron para nada en la muerte de Jesucristo sería como sostener que los jacobinos no intervinieron en la ejecución de Luis XVI, con el pretexto de que, jurídicamente, el club de los jacobinos era distinto de la Convención nacional, única con autoridad para votar la muerte del rey.

La agonía de angustia, de miedo y de sangre ha pasado, ha quedado atrás. Él péndulo se lanza al otro extremo de su carrera, el del heroísmo y el honor que lo arrostra todo hasta el extremo. Ahora, sin doblegarse y hasta el fin, reinará el heroísmo, puro como el diamante. Igual que un cargador que ha tenido un momento de desfallecimiento y se ha tendido al borde del camino, al fin se levanta, asegura en sus hombros la pesada carga y reanuda su camino con paso firme hasta el "finish", como dicen los deportistas, así se levantó Jesús, y afronta desde entonces su destino de muerte con una valentía soberana. Hay que admirar haber estado tan bajo y volver a estar de pie. Los que han inventado la distinción entre la valentía moral y la valentía física son intelectuales que tienen que justificarse de ser cobardes. No hay más que una valentía, que acoraza de acero el cuerpo igual que el alma. "¿Tiemblas, cuerpo? Más temblarías si supieras dónde te llevo." La frase de Turenne es una frase de soldado; se aplica aquí como en un campo de batalla. Ahora Jesús está de pié y su mismo cuerpo ya no tiembla. Su alma valiente abre la marcha, pero su cuerpo sigue, y le seguirá sin fallo, obediente, sumiso, hasta la muerte de la cruz.

Jesús dice a sus apóstoles, y por su rostro yerra una sonrisa vencedora que explica la aparente contradicción entre la primera frase y la última: "Dormid lo que queda y descansad. Basta. Llegó la hora, y veréis que el Hijo del hombre es entregado en manos de los

pecadores... Levantaos, vamos: mirad, se acerca el que me entrega". (Mc. 14,41-42) Los tres Sinópticos han notado que no tuvo tiempo de acabar su frase. Judas estaba ahí, cerca de él. Todas las batallas comienzan así con una frase inacabada. El primer obús que cae, la primera bala que silba en los oídos, interrumpen una frase y la dejan suspendida en el cielo.

Como para el nacimiento de Cristo, todo empieza ahí con el zafarrancho. Pero, mientras que bajo un cielo estrellado, Belén había visto la reunión y la alianza de los magos, de los pastores y de los ángeles, aquí, en ese jardín negro, la Pasión de Jesucristo empieza frente a una coalición muy diferente. Marcos escribe: "En ese momento, cuando todavía hablaba, se presentó judas, uno de los Doce, y con él, gente con espadas y palos, de parte de los grandes sacerdotes y de los sabios y de los ancianos". (Mc. 14,43)

Si Cristo está "en agonía hasta el fin del mundo", también es detenido, traicionado, escarnecido, ejecutado hasta el fin del mundo. Y, cualesquiera que sean las apariencias oficiales, por los mismos. Entre 1940 1945, imagino que, si se quería redescubrir a Cristo en la historia, valía más buscarle entre "los últimos justos", entre aquellos, cristianos o judíos, que sufrían y morían en masa en los campos de la muerte lenta, mejor que, entre aquellos, por lo demás casi todos bautizados, que proporcionaban víctimas a esos campos.

Es verdad, sin embargo, que la gran masa social escapa a la clasificación un poco sumaria: o víctimas, o verdugos. Había una multitud esa noche en el jardín de los Olivos, pero la mayor parte de los habitantes de Jerusalén dormían tranquilamente en sus casas. Cuando se detiene al inocente, la regla general es no estar allí, o callarse en todo caso, y, para callarse mejor, dormir a pierna suelta. Si, aquella noche, en Jerusalén alguien gritó en favor de Jesucristo, no fueron más que gritos en sueños.

Verdaderamente se sabe muy poco sobre los motivos de la traición de judas. Lo poco que se dice excita la curiosidad, más bien que satisfacerla. "El Diablo entró en él". ¿Cómo? ¿Por qué? Y ¿qué le hizo el Diablo para llevarle esa noche, a la cabeza de un tropel, a ese sombrío jardín? ¡Qué extraña y siniestra convención la de señalar a Jesús a los esbirros besándole! Sin embargo, el hecho es que judas estaba ahí. La noche debía ser negra como la tinta. Judas llamó a Jesús: "¡Maestro, Maestro! Soy yo. ¡Salud!" Tanto para hacerse reconocer como para reconocer él mismo a Jesús. Y a tientas, en la sombra, le dio un beso. Jesús dice: "—Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?".(Lc. 22,48) Y Mateo anota que llamó a judas "amigo".

En Oriente se besa mucho, y es probable que el gesto de judas fuera habitual en él. Pero es la única vez que los Evangelios se toman la molestia de anotar que Jesús recibiera un beso en la cara: se ha convertido eternamente en "el beso de Judas". María Magdalena había besado solamente los pies de Jesús. En todo caso, ese beso de judas es el último que recibiera Jesús antes de morir. Tras ese beso fatal, los hombres, sus hermanos, ya no le darán más que bofetadas, escupitajos y golpes.

¡Soledad punzante la de esos dos hombres que se besan en la noche... ! Unas horas después, los dos estarán muertos, y, en suprema irrisión, con muerte análoga, el uno y el otro colgados del palo, frutos del árbol, frutos de maldición. San Pablo repetirá, a propósito de la crucifixión de Jesús la expresión terrible de la Ley, que maldice al que cuelga del palo. (Gál. 3,13; Deut. 21,22-23) Miserable judas, que, después de entregar a su maestro, y ya devorado de remordimientos, tratará sin embargo de unirse a él, pero demasiado tarde, y en la maldición. La ambigüedad del destino de judas es terrible: ¿amaba a Jesús? ¿Le amó hasta el fin a su manera? Sin duda, con amor torcido, impotente y desesperado, estéril para siempre, como

amamos a veces, pues el corazón del hombre esta "hueco y lleno de suciedad", y nos empeñamos en llevar a mal lo que debería salvarnos.

A partir del beso de judas, los esbirros se apoderan de Jesús, Los discípulos iniciaron una débil resistencia. Incluso, Pedro hendió la oreja a Maleo: Jesús tocó y curó esa oreja torpemente herida por el primer papa. Jesús no protestó contra su detención. Subrayó, sin embargo, su aspecto grotesco: ¿por qué tan amplia movilización? ¿Por qué haberse puesto en campaña con palos y espadas, como para un bandido peligroso, cuando hubiera sido tan fácil echar mano de él en pleno día, en el Templo? Ironiza: no era tan fácil. Sus enemigos querían apoderarse de él con toda seguridad, sin exponerse a un motín. Ahora que el peligro está ahí, Jesús no tiene ningún miedo, pero sus enemigos tendrán miedo de él hasta el fin. Nunca saldrán de su asombro por haberse apoderado tan fácilmente de tal hombre. Y más allá de la muerte, seguirán temiéndole, hasta el punto de poner guardias a su tumba.

Al verle detenido, todos sus apóstoles, con el primer papa a la cabeza, le abandonaron, huyeron. Es preciso que ocurra algo asombroso para que esos fugitivos se conviertan en mártires.

* * *

71 Y ahora, ¿qué hacer de ese hombre atado, zarandeado entre los soldados, que, en el tumulto de las armas y a la luz de las antorchas, vuelve a subir, titubeando, las laderas del Cedrón? Y los bastiones del Templo levantan ante él su masa enorme, en la noche que comienza a palidecer. Sin duda un agente de enlace se había adelantado para advertir a todos los enemigos de Jesús, despertándoles si era preciso. Como en el domingo de Ramos, pero de manera muy diversa, Jerusalén espera a Jesucristo. Le llevaron primero a Anás, antiguo sumo sacerdote y suegro de Caifás, que seguía siendo una potencia. Ese episodio breve es lo que llamo yo "una incoherencia verídica" del Evangelio. No había por qué inventarlo, pues, aparentemente, es por completo inútil. Pero tuvo lugar, y, como cronista concienzudo, Juan lo relató.

Isidore Epstein afirma que, en la época de Jesús, había, no un Sanhedrin, sino dos, es decir, dos Tribunales supremos, uno dominado por los fariseos y especializado en procesos religiosos, y el otro más estrictamente criminal, civil y Político. Si esa afirmación es cierta, y se me permite hacer una hipótesis, es posible que Anás presidiera el Sanhedrín estrictamente religioso, que inmediatamente se deshizo de la causa de Jesús, remitiéndola al otro Sanhedrin. ¿Por qué? ¿Por qué el caso de Jesús no interesaba a Anás ni a los fariseos? No lo creo. También es posible que sólo los casos juzgados por el gran Sanhedrin, presidido por el sumo sacerdote, responsable ante Roma, pudieran ser luego presentados ante el procurador. Pues, desde el comienzo, era preciso que el caso de Jesús se presentara ante el procurador, de quien se quería obtener una sentencia de muerte, y que fuera ejecutada.

Es preciso no haber pasado nunca por un proceso, no haber escuchado hablar nunca a un hombre de leyes, para ignorar que, en una situación dada, lo que interesa al hombre de leyes no es tanto encontrar el procedimiento más legítimo, para seguirlo, cuanto descubrir el procedimiento más eficaz, el que lleve con más seguridad hacia el objetivo que se ha propuesto, el que obtenga conclusiones practicas y le de la razón, la razón ante la ley.

Ahora que Jesús está bajo llave, ¿de qué se trata? Evidentemente, la primera idea que se le ocurriría a un asesino vulgar sería matarle y tirar el cadáver al fondo de un pozo. Pero los enemigos de Jesús no eran en absoluto unos asesinos vulgares. Era la minoría intelectual, social, religiosa, política de Israel; era ese tipo de gente que llena las academias, los clubs mundanos, las tribunas oficiales, los salones, en resumen, gente con la que es un honor ser invitado a cenar. Eran, además, gente demasiado inteligente para no estar acostumbrados a sopesar todas las consecuencias virtuales de sus actos. Habían logrado echar mano a Jesús. Ahora no se trataba sólo de matarle: había que mandarle al infierno. No querían sólo desembarazarse de Jesús; era preciso, sobre todo, a los ojos del pueblo, marcarle de infamia, y no de cualquier infamia, sino —en una nación teocrática y religiosa— de infamia ritual y sagrada.

Pablo, educado en las escuelas fariseas más estrictas, es, entre todos los escritores cristianos, quien mejor ha definido el motivo decisivo del proceso, de la condena y de la ejecución de Jesús. Lo que dice sobre eso, proyecta una luz helada sobre la infernal maquinación de los, enemigos de Jesús. Escribe a los gálatas: "Cristo nos ha rescatado de esta *maldición de la Ley, hecho él mismo maldición por nosotros,* pues está escrito: *maldito el que cuelga del palo".* (Gal. 3,13)

Si se acude ahora al texto de la Ley a que alude san Pablo, leemos: "Cuando se dé muerte a un hombre reo de pena capital, y se le haya *colgado de un árbol, su* cadáver no podrá ser dejado por la noche en el árbol: lo enterraras el mismo día, pues *un colgado es una maldición de Dios,* y no has de manchar la tierra que Dios te da en heredad." (Deut. 21,22-23) De ese texto espantoso partieron los enemigos de Cristo; partiendo también nosotros de ese texto podremos remontarnos a sus intenciones y sus actos, de eslabón en eslabón.

Por supuesto, crecidos en nuestras sociedades desacralizadas, nos cuesta imaginar los tabúes de las sociedades primitivas. Más que eso, las nociones mismas de honor, de infamia, de ceremonia, nos son profundamente extrañas; no percibimos más que su corteza. El privilegio del *gentleman* inglés, por ejemplo, de ser ahorcado con un cordón de seda, en vez de con una cuerda de cáñamo, nos hace sonreír: ahorcado por ahorcado, ¿qué importa la cuerda?

Pero la sociedad de Israel estaba lejos de ser tan grosera como nuestras sociedades modernas. Sus tabúes eran rigurosos y terribles, el juez supremo de esa sociedad era el mismo Dios, él es quien, disponía no sólo de la vida de la muerte, sino también del honor y de la infamia, de la pertenencia de cada cual al clan de Israel, o de su expulsión. Los enemigos de Jesucristo quisieron hacer de su asesinato una ceremonia que proclamase a la faz del cielo y de la tierra, no sólo la muerte de ese hombre, sino sobre toda su impureza, su infamia, su expulsión, para el tiempo y la eternidad, fuera de la casa de Israel: que estaba para siempre condenado por Dios, y que estaba maldecido por el mismo Dios.

A partir de ahí, faltaba por imaginar el procedimiento y la liturgia de ese asesinato:

—Para que Jesús fuera considerado por todo Israel como condenado y maldito de Dios, hacia falta que fuera muerto y colgado de un árbol. La Ley no podía engañarse. Si Dios permitía que Jesús fuera colgado de un árbol, es que Jesús era enemigo de Dios, maldecido por Él.

—Era preciso, pues, que Jesús fuera condenado a muerte, y a muerte colgándole.

—Ahora bien, en la situación política de Israel —país ocupado por Roma—, la pena de muerte sólo podía ser declarada por el procurador romano. Contra Jesús no se podía encontrar un motivo de derecho común, Bandidaje o asesinato. Entonces era preciso encontrar contra él una acusación susceptible de tocar a ese procurador, y no podía ser mas que una acusación de orden político.

La situación, por otra parte, tenía alguna ventaja. Los romanos no practicaban el ahorcamiento propiamente dicho, pero ejecutaban a sus criminales públicamente, por decapitación si eran ciudadanos romanos, por crucifixión si eran esclavos o extranjeros. Ahora bien, Jesús no era ciudadano romano. Por tanto, si se conseguía hacerle condenar a muerte, sería crucificado en un patíbulo de madera, lo cual, a los ojos de todos, sería como colgarle del árbol, de modo más cruel, por otra parte.

Una vez elaborado ese plan, todo lo demás no era más que táctica y procedimiento. Se podía confiar en los enemigos de Jesús, sabían lo que hacían.

* * *

72 En el relato de esa atroz jornada en que se cumplieron la inmolación del mejor de los hijos de los hombres y la reconciliación del universo con Dios, sería fácil subrayar solamente los rasgos de la bajeza humana. Hubo bajeza, los Evangelios lo han anotado, y no cabe olvidarlo. También hubo otra cosa.

Hasta el final, los enemigos de Cristo fueron instrumentos de una intención que les superaba, también fueron arrastrados por la gran oleada profética que elevaba definitivamente el destino humano de Jesús a la eternidad, y que, en este destino, cumplía soberanamente el Reino de Dios. Lo que digo ahí tiene el aire de ser un poco literario, un poco enfático, un poco elocuente, es lo más verdadero que hay.

Jesús afirma su personaje y entra en su papel con tanta justeza como heroísmo, pero sus enemigos le dan la réplica: la obra no estaría completa sin ellos. Aun cuando mienten o se burlan, se añade un doble sentido a sus palabras y a sus gestos, como una sombra proyectada. También ellos cumplen las Escrituras, no pueden dejar de cumplirlas, están obligados a entrar en el juego. Por encima de ellos hay un director de escena al que obedecen sin saberlo, pero puntualmente. En la Pasión de Jesucristo, la realización de las profecías es tan evidente como una deslumbrante puesta en escena. Por lo demás, es algo analógico. Se puede rehusar percibir la puesta en escena de una tragedia; sin embargo, existe, y, como decía Claudel, entiende muy mal su arte quien encuentre algún defecto al arte de Dios. Esa puesta en escena, sobre fondo de eternidad y de Antiguo Testamento, es lo que yo querría poner de manifiesto.

Ante todo, hubo proceso. Jesús había nacido "súbdito de la Ley"; moriría "súbdito de la Ley". Ahí es donde Caifás fue grande.

Ojalá todos los inocentes, injustamente acusados, tuvieran un proceso legal, tuvieran siempre la ocasión de hablar por sí mismos; es más fácil morir cuando a uno le han dado ocasión de afirmar solemnemente la causa por la que muere. Caifás era sumo sacerdote, hizo el proceso de Jesús, y quizá lo exigió. No debían faltar esbirros a su alrededor que pensaran

que un asesinato en la prisión, disfrazado de suicidio, hubiera sido más expeditivo y seguro. Jesús tuvo su proceso, y fue juzgado por la Ley de su Dios y de su pueblo.

El Sanhedrin se había reunido en casa del sumo sacerdote, y, enseguida, comenzó la instrucción. Juan, el único que cuenta esos preliminares del proceso, no es del todo claro sobre las idas y venidas entre Anás y Caifás. Quizá los dos sumos sacerdotes, el antiguo y el nuevo, habitaban en las dos alas de un mismo palacio, separadas por un patio interior. Tampoco está del todo claro si fue Caifás o Anás quien comenzó la instrucción.

"El Sumo Sacerdote preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Jesús le contestó:

Jesús. — Yo he hablado abiertamente al mundo, yo he enseñado siempre en la sinagoga y en el Templo, donde se reúnen todos los judíos, y no le dicho nada a escondidas. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me han escuchado, qué les dije, ellos saben lo que he dicho—. Cuando dijo esto, uno de los guardias que estaban allí dio una bofetada a Jesús, diciendo:

Guardia. — ¿Así contestas al Sumo Sacerdote?

Jesús. — Si he hablado mal, señala lo malo, pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?

Aquí, ante un juez y un pontífice de su nación, Jesús, si no fundó —pues, para honor de la humanidad, siempre había existido acá o allá—, si consagró para los cristianos la libertad de palabra. Incluso, le dio una expresión acertada e inolvidable, que podemos oponer a cualquiera: "Si he hablado mal, señala lo malo, pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?" La situación merece que se la analice más adelante. Jesús no es un anarquista, en ningún momento recusa la competencia del tribunal, y, responde al interrogatorio del sumo sacerdote. Jesús no es un conspirador: su enseñanza es pública, dada públicamente, en lugares públicos, donde, tradicionalmente, todos tienen derecho a enseñar, pues la libertad de enseñanza tenía una increíble extensión entre los judíos. Jesús conoce su derecho de ciudadano judío, y no lo abandona, rehúsa todo proceso de tendencia: todo proceso, acusación y defensa, deben estar fundados en testimonios públicos. Se podría obtener de esta escena un código penal cristiano, en que el honor y la libertad de la defensa deben ser respetados porque han sido reivindicados y definidos por Cristo, él también en la tradición de su nación. En el Evangelio de Juan es donde se encontrarían los Principios de ese código penal cristiano, en las tradiciones de los visigodos.

Jesús, eternamente, paga con su ejemplo. En ningún momento discute la legitimidad y la autoridad del sumo sacerdote de su nación. Pero su ejemplo afirma que no hay autoridad en el mundo que pueda eximirse de las leyes de la justicia y del respeto a la defensa, y a la que no se pueda conminar a dar cuentas: "Si he hablado mal, señala lo malo, pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?". Bendito sea Juan que nos ha guardado estas palabras.

Por lo demás, y el detalle tiene su importancia, no fue el sumo sacerdote quien abofeteó a Jesús. Fue un lacayo del sumo sacerdote. Nada peor que un cortesano con celo. Es una raza abominable, en todos los regímenes, en todas las jerarquías, en todas las organizaciones humanas, en todos los países. Jesús es y será abofeteado hasta el fin del mundo; ese género de bofetada, sin explicación, sin justificación, a un hombre indefenso, es una de las acciones más cobardes que hay, y deshonra a quien la comete. Es verdad que Jesús

es paciente, y que, siguiendo su ejemplo, nosotros hemos de serlo también; mira al miserable a la cara y le responde sin temor. Nosotros, también, debemos tener cuidado de no confundir paciencia y cobardía. Jesús no devolvió la bofetada, sino que hizo una pregunta, exigió una respuesta, que, por supuesto, no se dio nunca; los violentos que poseen la fuerza no tienen que ocuparse de responder a los débiles atados.

Esa bofetada de un cortesano, de un "satélite", desencadenó la villanía. Nada más contagioso que las fanfarronadas de la cobardía. Todos los que han estado en manos del enemigo lo saben. "Algunos empezaron a escupirle, y a taparle la cara, y a pegarle, diciendo: —¡Haz el profeta!—. Y los guardias le daban bofetadas."

Durante ese tiempo, en el patio mismo de ese palacio, Pedro renegaba de su maestro tres veces. Y ese triple reniego del príncipe de los apóstoles era peor que una bofetada de lacayo. Jesús no sentía de modo diferente que nosotros. El abandono del que se ama es más duro de soportar que la injuria del que nos odia. Jesús, después de atravesar el patio, en medio de los guardias, miró a Pedro, y enseguida cantó el gallo. Entonces el primer papa estalló en sollozos, y se marchó, en el alba naciente. Esas lágrimas amargas le rescataron a los ojos de Jesús, y le rescatan a los nuestros. Pobre primer papa, tan cerca de todos nosotros... Mientras que, más que su traición, la seca desesperación de judas le aleja definitivamente de nosotros y nos aleja de él. Judas da miedo, Pedro nos conmueve. Encuentro admirable que el primer papa no fuera un héroe estoico, y que supiera llorar de vergüenza.

* * *

73 Extraño proceso, aunque hemos visto otros semejantes, en que la cuestión previa y primordial era que a toda costa hacía falta que el inculpado fuera condenado legalmente a muerte, y después que fuera ejecutado efectivamente, no importa cómo, pero que muriera de mala muerte, en la infamia.

De hecho, por lo demás, hubo dos procesos enteramente distintos, con un atestado diverso —por las conveniencias de la causa, hay que decirlo— para cada uno de los dos procesos. El primer proceso es un asunto anterior a Israel, y se desarrolló según la Ley judía. Acabó en una condena a muerte, pero que, dados los privilegios del procurador romano, no podía ejecutarse. De ahí el segundo proceso, «para la galería", siendo "la galería" el mencionado procurador romano. Este segundo proceso llevó a una condena a muerte, por motivos más en relación con las preocupaciones de un funcionario romano, esta vez la sentencia podía ejecutarse, y se ejecutó, una muerte vil, según el deseo de los acusadores de Jesús.

La unidad de estos dos procesos, en efecto, se encuentra establecida por la persona de Jesús, inculpado y condenado en las dos instancias, pero también por la personalidad de sus acusadores, que son también los mismos en uno y otro tribunal. Lo más extraño es que, en cada uno de los dos procesos, la acusación fue diferente, y que en ambas ocasiones era exacta, aunque no era precisamente en el sentido en que se presentaba. Más extraño aún, en lugar de declararse no culpable, Jesús, en ambas ocasiones, reivindicó y reforzó los títulos que se le reprochaban y que constituían la base de la acusación. Pero precisa cuidadosamente el sentido de estos títulos. En los dos casos, sin embargo, la sentencia fue de una iniquidad suprema.

Colmo de lo extraño, la ejecución de la sentencia confirmó eternamente a Jesús en los dos títulos de Hijo del hombre y de Rey de los judíos, que se le reprochaban, que él había reivindicado hasta el final, y por los cuales, en efecto, fue condenado en tribunal judío y en tribunal pagano.

Vamos, pues, al primer proceso, el del Sanhedrin. Y ante todo, ¿qué era ese Sanhedrín ante el que compareció Jesús? Marcos es muy exacto: "Entonces, al amanecer, los grandes sacerdotes organizaron una reunión con los ancianos y los sabios, y el Sanhedrin entero". Asamblea solemne y venerable, si las hubo: el alto clero, la alta aristocracia, la alta magistratura de Israel, una especie de Estados Generales. No me burlo al afirmar que esa asamblea era lo más venerable que había. No comparto el conformismo actual según el cual todo lo que está establecido socialmente como distinguido, superior, investido de altas funciones y de autoridad, debe estar necesariamente podrido. Por el contrario, creo en la virtud de la tradición social, y aun hereditaria.

Pero sé también que las asambleas humanas son humanas, y que tienen los peligros y las debilidades de todo lo humano. Los privilegios de casta, en lugar de reforzar el sentido de las responsabilidades, también pueden engendrar una incurable frivolidad. Las más altas funciones frívolas y crueles. La crueldad nace de un exceso de frivolidad. La desgracia fue que, en tiempo de Jesús, el pueblo judío, sin duda mas que nunca en su larga historia, era digno de la alta vocación de Israel. Pero las clases dirigentes se habían cuajado en un conservadurismo jurídico minucioso y feroz.

Se comenzó por llamar testigos, pero se contradijeron. Dos de ellos refirieron una parábola de Jesús, que interpretaron groseramente en sentido literal, tan habituados ellos mismos a manejar la parábola, se sintieron desanimados. Jesús, poéticamente, había identificado su propio cuerpo con el Templo, sede de la gloria y de la presencia de Dios, y, al hacerlo, había predicho su propia resurrección. Es hermoso que se recordara esa parábola, en el momento en que sólo se trataba de la muerte de Jesús. Pero era evidente que el interrogatorio se perdía en el balbuceo.

El sumo sacerdote lo tomó. Para salir de ello, se levantó. Marcos y Mateo han notado que el sumo sacerdote se levantó. Un juez supremo que se levanta, es un acontecimiento enorme. La exégesis pierde mucho cuando subraya sólo las palabras, en el Evangelio y en la Sagrada Escritura o en general, desdeñando a menudo los gestos. Entonces, el sumo sacerdote se levantó, para interrogar él mismo al acusado. Momento solemne, en que el primer ministro de la Antigua Alianza se levanta para mirar cara a cara al heredero de esa Antigua Alianza, el fruto de esa Alianza, la semilla de Abraham por excelencia —"Tu Semilla, Tu Semilla"—, en quien serían benditas todas las naciones de la tierra.

Lo que estaba en juego era fatal, ciertamente, mas aún para Israel. Quizá hubo unos segundos de vacilación. El sumo sacerdote se acercó a Jesús, le miró fijamente, le observó y, literalmente, no *le reconoció.* Como el patriarca Isaac, se había quedado ciego, y no supo reconocer a su propio heredero. Situación patética: si en ese momento, por una iluminación súbita que no hubo, la antigua tradición de Israel hubiera reconocido como suyo a su propio retoño último y glorioso, la faz del mundo habría cambiado. Situación más trágica que la de Priamo, a quien le entregaron a su hijo, que reconoció como suyo, pero muerto. Y tras ese padre y ese hijo, ardía la ciudad en manos de los vencedores. Aquí, el hijo esta aún vivo, pero Priamo no le reconoce, y, por no haberle reconocido, va a condenarle a muerte. Y sin embargo, es su hijo. Cuarenta años mas tarde, Jerusalén arderá detrás de ellos.

He dicho —y no me cansaré nunca de repetirlo— que la gran desgracia de Israel fue que su destino cayera en manos de los hombres de leyes en vez de seguir en manos de los poetas. Los poetas perciben los signos y las relaciones. Los juristas se aprisionan en la letra, que se convierte en su tumba. Pero éstos no se sepultan solos, han arrastrado a su sepultura todo un mundo: el glorioso pasado de Israel.

Como Jesús callaba y no respondía, el sumo sacerdote, de Pie, le dice: "Te conjuro, por Dios vivo, a que nos digas si tú eres el Cristo Hijo de Dios". (Mt. 26,63)

A ese conjuro solemne, en nombre del Dios de Israel, hecho por su representante autorizado, ningún hijo de Israel podía evadirse; no podía eximirse de responder según la verdad verdadera. Es inconcebible que, en situación tan solemne, un súbdito de la Ley, como lo era Jesús, pudiera mentir al gran sacerdote. Yo no me considero un súbdito muy bueno, pero sé muy bien que si el papa en persona me conminara solemnemente a decirle la verdad, ni se me ocurriría la idea de mentir al papa. Esa verdad, si la supiera, se la diría, aunque esa verdad me hiciera cortar inmediatamente la cabeza. ¿Qué otra autoridad en el mundo es comparable a la de un soberano Pontífice? Eso era Caifás.

Muchas veces, en el curso de su vida, se le preguntó a Jesús quién era. La mayor parte de las veces, eludió la pregunta o bien sólo respondió en enigmas. Pero aquí, al gran sacerdote, le va a responder clara y directamente. ¿Cuál era, pues, la pregunta de Caifás? La misma que la de Juan Bautista y tantos otros: Jesús ¿era o no el Cristo, hijo de Dios por excelencia, el Mesías prometido a Israel?

Sé muy bien que el judaísmo actual, al menos entre sus intelectuales, ha abandonado prácticamente la esperanza de un Mesías personal, y que el mesianismo judío se confunde hoy con la conciencia de la vocación sacerdotal universal de la raza judía, mediadora entre la humanidad entera y el verdadero Dios, el Dios del clan hebreo. Pero el judaísmo, tras la ruina de Jerusalén, ha abandonado tantas cosas, y las más preciosas, que cuesta bastante reconocer su continuidad. En tiempos de Jesús, lo que esperaban Caifás y todos los demás judíos era un Mesías lo más personal que pueda haber.

A la pregunta solemne del soberano Pontífice, Jesús responde que era el Mesías. Si hubiera detenido ahí su respuesta, el proceso se habría podido eternizar. Tal afirmación no era un delito, porque el Mesías, efectivamente, debía venir y hacerse reconocer con milagros y con el cumplimiento, en él, de las profecías. Una sola vez, antes, pero en diálogo a solas y con una mujer, la samaritana, Jesús había afirmado claramente su mesianidad. Pero aquí, ante el tribunal supremo de Israel, Jesús sólo reivindica tan claramente su mesianidad porque está delante del sumo sacerdote de su pueblo, que le interroga sobre ello. Jesús, pues, reconoce la competencia del tribunal, permanece hasta el final "súbdito de la ley". Pero se ha decidido a hablar claramente sobre el tema, porque ya no hay equivoco posible. Es un hombre en manos del enemigo, prisionero, vencido según el mundo, solo y abandonado por los suyos, traicionado por uno de ellos; entonces su declaración de mesianidad ya no puede provocar confusiones y sugerir por su parte una voluntad de poder temporal, como la de un César. Si es un Mesías glorioso, lo esconde bien. Entonces puede decir que es verdaderamente el Mesías; hay que hacer caso de su palabra, concederle confianza, tener fe. En la situación por parte de ese hombre acusado, esta declaración de mesianidad me impresiona más que todos los milagros, porque en efecto, sitúa esa mesianidad de Jesús en un plano completamente diverso que el de la fuerza y la coerción.

Contrariamente a lo que cabria imaginar, el tribunal no debió sentirse trastornado ante

tal pretensión. Sólo debió aprestarse a un largo procedimiento para verificar los, títulos de ese hombre a lo que decía ser. Hasta ahí, Jesús no era reo de condena capital. El mismo título supremo de "hijo de Dios" seguía siendo ambiguo, y había sido utilizado sin blasfemia por los reyes de Israel. Los testigos de cargo se empantanaban, la acusación se atascaba; fue el propio Jesús quien desencalló el proceso, pues, para su perdición, no se quedó ahí.

En efecto, añadió: "Y además os digo que ya veréis al *Hijo del hombre* sentado a la derecha del Poder y *viniendo sobre las nubes del cielo".* (Mt. 26,64) Un rayo que hubiera caído en medio del tribunal no habría provocado mas estupor. Ahí, en pleno Sanhedrin, ante el tribunal supremo de su nación, en las narices del sumo sacerdote, ese pequeño galileo con el rostro cubierto de escupitajos, acababa de proferir la más extravagante de las pretensiones, reivindicando para él, no sólo la mesianidad, sino la eternidad, el imperio de los siglos, el juicio final, la omnipotencia; en una palabra, la igualdad con Dios mismo. Pues era eso lo que querían decir las palabras de Jesús. Ante el sumo sacerdote, osa llamarse *Hijo del hombre,* y evocar claramente, ante todos aquellos notables, la gran profecía de Daniel:

Miraba en una visión de la noche,

Y allí venia, *sobre las nubes del cielo,*

Como un Hijo de hombre.

Y llegó hasta el Anciano de días

Y fue llevado a su presencia.

A él se le confirieron el poder, el honor y el reino,

Y todos los pueblos, naciones y lenguas le servirán.

Su imperio es imperio para siempre, que no pasará,

Y su reino no será destruido. (Dan. 7,13-14)

Intento comprender lo que pasó. La historia de Jesucristo es ininteligible en nuestro contexto social. Para comprenderla, pues, hay que transcender nuestro contexto social y tratar de imaginar lo que era la sociedad judía contemporánea de Jesús. En uno de nuestros modernos tribunales democráticos, un acusado que se llamase a sí mismo "el Hijo del hombre" y hablara de "las nubes del cielo" sería enviado inmediatamente por el juez al psiquiatra. Pero el Sanhedrin no tenía absolutamente nada de un moderno tribunal democrático.

La declaración de Jesús cayó como una bomba. De repente, todos aquellos enloquecieron de rabia. Su sistema de pensar y de juzgar explotaba. Todos y cada uno sabían de memoria la profecía de Daniel: esas pocas palabras de Jes*ús, Hijo del hombre, nubes del cielo,* habían puesto en marcha todos los mecanismos de la memoria y de la exégesis. Todos sabían muy bien que esa profecía de Daniel no podía designar más que a un ser propiamente divino. Era prodigioso pensar que ese hombre, al que tenían delante, a su merced, pretendía ser ese ser divino.

He insistido demasiado, al comienzo de este libro, sobre esta profecía de Daniel para no sentirme dispensado de extenderme aquí. Así pues, esa declaración monumental de Jesús,

en tan total contradicción con las apariencias, trastornó a la asamblea y todo terminó inmediatamente. Mateo cuenta: "Entonces el Sumo Sacerdote rasgó sus vestiduras diciendo: —Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos todavía de testigos? Ya oísteis ahora la blasfemia. ¿Qué os parece?—. Y ellos contestaron: —Es reo de muerte—."

La ley reservaba su pena más severa e infamante para el blasfemo, el crimen por excelencia de lesa majestad, ya que la sola y única majestad, en esa nación religiosa, era la de Dios. Caifás cree inmolar a Jesús a la Ley. Y sin embargo, como ha notado Juan, por ser sumo sacerdote ese año, al aplicar la Ley, no puede menos de cumplir al mismo tiempo la Profecía. Hasta el final, Jesús sigue siendo "súbdito de la Ley", y en el interior de esa sujeción es donde realiza las profecías, todas las profecías, y las promesas hechas a Israel. Pero Caifás también es súbdito de la Ley, súbdito y primer ministro de esa Ley, y además profeta, por ser sumo sacerdote ese año. Nada más hermoso, nada más grande, nada más trágico en el mundo, en toda la historia de los hombres y todas sus literaturas, que ese enfrentamiento, en Caifás en Jesús, de la Antigua y la Nueva Alianza, de la Ley y de su víctima proféticamente designada y obediente, de la profecía de Israel y de su consumación suprema.

* * *

74 He ahí, pues, a Jesús condenado a muerte, según la Ley de su pueblo, y condenado por el motivo más grave según esa Ley, la blasfemia, la ofensa personal y directa hecha al Dios vivo.

Por supuesto que, en la antigüedad, nada era tan corriente como deificar a los mortales. La misma Roma divinizaba a sus emperadores. Pero justamente, todas esas naciones que multiplicaban los dioses eran idólatras. Sólo Israel, y esa es su gloria, proclamaba la unicidad de Dios. Aun bajo el yugo de Roma, Israel no reconoció ni practicó nunca el culto al emperador. ¡Gran nación insolente! Ahí, ahí sobre todo es donde importa saber y reconocer que Jesús hasta el final, estuvo y permaneció de acuerdo con su nación. Caifás y él tenían exactamente la misma concepción de Dios y de su unidad absoluta. Por eso su encuentro está tan cargado de sentido. En una nación idólatra, la pretensión de Jesús hubiera sido vulgar. En Israel, fue considerada como blasfematoria eso sólo era posible en Israel.

Periódicamente se oye decir que se ha reunido un tribunal de hombres de leyes judíos, en Israel o en otro lugar, para rehacer según la Ley el proceso de Jesús y para pronunciar su absolución. Tales puestas en escena me parecen absolutamente vanas. Por lo que concierne a la Ley de Israel, creo más en la competencia de Caifás que en la de los rabinos modernos. Jesús fue condenado a muerte por blasfemo, no tanto porque se llamara "Hijo de Dios" cuanto porque, al reivindicar solemnemente el título de "Hijo del hombre", consagrado por la profecía de Daniel, pretendía compartir con el Dios único y santísimo el poder, el honor, el imperio, el juicio y la eternidad. Pretendía ser Dios en persona.

Una vez declarada esa pretensión ante el tribunal, no podía ser más que o verdadera o falsa. Si era falsa y mentirosa, Caifás tenía mil veces razón: Jesús había blasfemado, y, según la Ley de Moisés, merecía la muerte que se le reservaba, merecía igualmente la infamia y la maldición. Pero si era verdadera, entonces Jesús no había blasfemado, porque Dios no puede renegar de sí mismo. Pero entonces Jesús, por ser personalmente Dios, estaba por encima de

la Ley de Moisés, por encima del mismo Moisés, la Ley ya no tenía ascendiente sobre él, para él, ya no servia de nada; la Ley expiraba a los pies de ese acusado. La Ley lo podía todo, menos juzgar a Dios. Al estar Dios por encima de la Ley, en Jesucristo y por Jesucristo, todos estábamos liberados de la Ley, no dependiendo ya más que de la complacencia de Dios y de su Hijo amado, complacencia que llamamos "la gracia".

Ese proceso de Jesús, Pablo el fariseo lo rehizo toda su vida. No hay otra manera que la suya de rehacer el proceso de Jesús y de concluirlo en absolución, si no es declarando al mismo tiempo la Ley de Moisés incompetente y caducada para siempre. Eternamente incompetente y caducada, ley asesinada con aquel a quien hizo morir.9

Pero el judaísmo moderno, por el contrario, nacido tras la caída de Jerusalén y bajo la influencia de los fariseos, ha abandonado todo del antiguo judaísmo, todo —sacerdocio, Templo, sacrificios, profecía, mesianidad personal, Apocalipsis, Promesa—, todo menos la Ley y las tradiciones humanas con que, en efecto, los fariseos han sobrecargado la Ley. Esa Ley, hinchada de estas tradiciones, es un yugo terrible que la mayor parte de los judíos evolucionados sacude, pues condena por adelantado toda evolución y extiende sus fanatismos hasta dominios que no tienen nada de religioso, como el arte culinario. Maimónides llegó a colocar a Moisés muy por encima de Abraham y de los Patriarcas. Maimónides era inteligente, comprendió que era la única manera de borrar la Promesa ante la Ley, pero esa sustitución de Abraham por Moisés en la fundación de la religión de Israel es una especie de blasfemia.

Por eso el cristianismo es y sigue siendo más "judío" que el judaísmo moderno. En Jesús, y de manera sacramental y real, hemos guardado el Templo, el sacerdocio de Aarón, el sacrificio, la profecía, el mesianismo personal, el Apocalipsis, y sobre todo la Promesa, e incluso, de manera inefable, pero concreta y carnal, eucarística, nosotros los cristianos salvaguardamos, en un solo cuerpo que adoramos, el racismo judío, un racismo claro, confesado, sin complejo de inferioridad, pues es verdaderamente un cuerpo y una sangre judíos ("Tu semilla, Tu Semilla"), de donde nos viene la salvación. En resumen, lo hemos guardado todo del antiguo judaísmo, lo hemos guardado en una eclosión sacramental (espiritual y corporal) de sí mismo, lo hemos guardado todo, salvo, la Ley, que se ha descalificado eternamente al condenar a aquel para quien estaba hecha, que era su finalidad.

En el solemne juicio de Jesús por el Sanhedrin, y tras la resonante declaración del acusado, me parece notable que la primera exclamación del sumo sacerdote fuera: "¡Ha blasfemado!" No acusó en absoluto a Jesús de querer instaurar un culto idolátrico, sino de haber pronunciado una blasfemia. Por otra parte, aún hoy, los judíos —quiero decir los judíos ortodoxos, únicos que interesan en mi tema— no acusan en absoluto a los cristianos de idolatría, por adorar al cuerpo de Jesucristo, sino de prolongar una blasfemia. Es una reacción más puritana que mística: que Dios se haya encarnado en un cuerpo de hombre, aunque sea de su raza, les resulta inconcebible, es como si Dios mismo se manchara.

En realidad, Jesús simplificaba mucho el problema para el Sanhedrin. Nadie hubiera osado esperar un acusado más complaciente. Su pretensión personal iba mucho más allá de la acusación primera. No dejaba a sus jueces otra alternativa sino condenarle a muerte por

---

9 Sobre este tema de la Ley "maldita y asesinada", véase al final el "arrepentimiento" del autor, rectificando sus conceptos ante las objeciones de Maritain. (N. *del T.)*

blasfemia o arrodillarse ante él y adorarle. ¿Dónde? ¿Cuando? ¿Cómo? ¿Se han visto jueces que se arrodillen ante un acusado? La insolencia de la nación judía era total en su monoteísmo en medio de las naciones, pero, en el interior de ese monoteísmo, la insolencia de Jesús no fue menos completa. Le oponían la Ley de Dios, y él no pretendía nada menos que compartir con Dios la soberanía, el reino, el imperio eterno y la adoración de las naciones. Se puede decir que Jesús dominaba verdaderamente la situación.

"Es reo de muerte", tal fue la sentencia del Sanhedrin. Los exégetas citan varios textos del código mosaico para apoyar esa sentencia. El que me parece tópico es el del Levítico. Había habido una disputa en el campamento entre un hebreo y otro hombre, mestizo de egipcio y de mujer israelita. En el acaloramiento de la discusión, el segundo blasfemó del nombre de Yahvé, que el texto llama por antonomasia *el nombre.* "Metieron al hombre en prisión para no decidir sobre él sino por orden de Yahvé. Yahvé habló a Moisés, y dijo: —Haz salir del campamento al que *ha pronunciado la maldición.* Todos los que la han oído le pondrán las manos en la cabeza, y toda la comunidad le lapidará. Luego hablaras así a los hijos de Israel: Todo hombre que *maldice a su Dios* llevará el peso de su pecado. *Quien blasfema el Nombre de Yahvé, que muera de mala muerte;* toda la comunidad le lapidará. Extranjero o ciudadano, *que muera de mala muerte, sí blasfema el Nombre."* *(Lev. 24,10-17)*

La concepción judía de la *maldición* es tan viva, tan concreta, tan fulminante, que parece de una descarga eléctrica que va y viene entre el blasfemo y Dios. El blasfemo maldice a Dios; que Dios le maldiga a su vez. El signo y la sanción de esa maldición a cambio, es la muerte violenta, la muerte infamante, infligida fuera del campamento por toda la comunidad. Lo esencial es que la blasfemia sea considerada como una maldición contra Dios, que se vuelve como un boomerang contra el que la ha proferido. En ese ir y venir, hay que tomar partido. La comunidad toma el partido de Dios, expulsando de su seno al blasfemo e infligiéndole la muerte violenta. Esa muerte era la lapidación, pero otro texto de la Ley mosaica vendrá a completar ese primer texto. Se trata del texto del Deuteronomio que expresa la maldición de Dios por la suspensión del árbol. (Deut. 21, 22-23)

Es san Pablo quien mejor define esta dialéctica en que trato de entrar aquí. No lo dudemos: Caifás razonaba exactamente como san Pablo. Uno y otro están dentro de una misma dialéctica, pero sacan conclusiones opuestas, y aun inconciliables. Caifás, juez supremo según la Ley de Moisés, considera a Jesús como blasfemo, y, en aplicación de la Ley, le condena a muerte fuera de la ciudad, invocando sobre el culpable la maldición de Dios colgándole del palo. San Pablo afirma que Jesús no blasfemó, porque era Dios, como decía; es, pues, la ley quien blasfemó al condenarle. Con un golpe de devolución, san Pablo recoge la maldición —igual que un soldado recoge una granada que todavía no a estallado para devolvérsela a quien le lanzó— y la lanza enteramente sobre la Ley, en nombre, no ya de la Ley que ha blasfemado del Señor, sino en nombre de Abraham y de la Promesa.

No invento nada; es el sentido explícito y claro de la vocación de Abraham. Dios le dice: "Haré de ti una gran nación, y te bendeciré, y haré de tu nombre un gran nombre, y serás bendito.

Bendeciré a los que te bendigan,

Y maldeciré a los que te maldigan.

Y en ti serán benditos todos los clanes de la tierra." (Gen. 12,2-3)

Por boca de Caifás, la Ley ha tenido la desgracia de maldecir al que es por excelencia la Semilla de Abraham y Semilla de Dios. En virtud de la Promesa hecha a Abraham, Dios debe maldecir la Ley. La maldijo. Esa maldición afecta a la Ley, no, evidentemente, al pueblo judío. Los judíos pueden, como todas las demás naciones, entrar en la bendición prometida a Abraham, concretada en Jesús y extendida por él a todos los clanes de la tierra. Pero les hace falta despojarse de la Ley que, al asesinar al Santo de Dios, incurrió en la maldición. Habría podido ser de otro modo. Pero así es, y lo que se hizo, está hecho.

Para san Pablo, pues, Jesús no blasfemó, era lo que decía ser, Hijo de Dios en un sentido único y personal, Hijo del hombre según la profecía de Daniel, y a la luz de ésta. Y si la Ley le condenó, es que la Ley entonces es condenable, porque, en Jesús, condenó y entregó a la maldición a la Semilla misma de Abraham y a la Semilla de Dios, a quien se prometieron, de manera solemne e inalienable, todas las bendiciones. Sea maldita la Ley a su vez. La Ley y su legitimidad se terminan en Caifás. A través de su muerte, la Promesa y su bendición se perpetúan en Jesús, y son transmitidas por él a todas las naciones. Ahí también, los cristianos somos más "judíos" que los judíos modernos. Razonamos exactamente como Caifás. Al condenar a Jesús, la Ley *ha blasfemado el Nombre.* ¡Sea echada fuera del campamento, herida de maldición y de infamia, y muera de muerte violenta!

Mientras se permanece en el interior de la Ley, se está enredado en la maldición. Hay que salir de ella. Igual que un pararrayos atrae, recoge y dispersa el rayo, Jesús ha concentrado en él toda la maldición de la Ley para sacarnos de ella de una vez para todas, y para que, a través de él, colgado del palo, emerjamos todos a la bendición universal, anterior a la Ley, prometida a Abraham bendecida para siempre y ese árbol de la Cruz donde está colgado Jesús. Todo es continuo, sin ruptura, entre el Antiguo Testamento, los cuatro Evangelios y Pablo.

Hay que citar aquí con cierta longitud la epístola de Pablo a los Gálatas: "En efecto, *por la Ley, he muerto a la Ley,* para vivir para Dios: *estoy crucificado con Cristo.* Y si vivo, ya no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí. Mi vida presente en la carne, la vivo en la fe en el Hijo de Dios, que me ha amado y que se ha entregado por mí. *No anulo el don de Dios, pues si la justificación viene de la Ley, Cristo ha muerto para nada...* Así Abraham creyó en Dios, y se le contó como justificación. Comprendedlo: los que apelan a la fe son los verdaderos hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que Dios justificaría a los paganos por la fe, anunció por adelantado a Abraham esta buena noticia: "En ti serán benditas todas las naciones". Así, los que apelan a la fe, son benditos con Abraham el creyente. (Gál. 2,19; 4,7)

"Todos los que siguen la práctica de la Ley incurren en *una maldición.* Pues está escrito: "Maldito el que no se atenga a todos los preceptos escritos en el libro de la Ley para practicarlos". Por lo demás, que la Ley no puede justificar a nadie ante Dios, es evidente, porque— "el justo vivirá por la fe". Ahora bien, la Ley, por su parte, no procede de la fe, sino que "cumpliendo sus preceptos es como el hombre vivirá por ellos". *Cristo nos ha rescatado de esta maldición, hecho él mismo maldición por nosotros, pues está escrito: "Maldito el que cuelga del palo",* para que pase a los paganos, en Jesucristo, la bendición de Abraham, y que recibamos por la fe el espíritu de la Promesa.

" ... Pues todos vosotros sois hijos de Dios por la fe en Jesucristo. Todos vosotros, en

efecto, bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay judío, ni griego, ni esclavo, ni hombre libre, no hay hombre ni mujer, pues todos no hacéis más que una sola cosa en Cristo Jesús. *Pero si pertenecéis a Cristo, sois la Semilla de Abraham, herederos según la Promesa...* Cuando vino la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, *nacido súbdito de la Ley, para rescatar a los súbditos de la Ley,* para que recibiéramos el ser hijos por adopción. Como sois hijos, Dios envió a vuestros corazones al Espíritu de su Hijo que clama ¡Abba! (Padre). Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios... "

Sé muy bien que para nuestros espíritus occidentales, o peor, cartesianos, esta dialéctica puede parecer frívola, o en todo caso, no obligatoria, ¿Obligatoria? Seguro que no en el sentido en que dos y dos son cuatro. Pero entre los instrumentos dialécticos que nos pueden ayudar en la búsqueda de la verdad, la aritmética es el más bajo. Estamos aquí en un orden de realidades infinitamente superior al de los números, de los cuerpos y aun de los espíritus. Es el orden de la profecía y de la Revelación divina, de la caridad, diría también Pascal. Es un orden de realidades sagradas, propiamente sobrenaturales, en que no se puede entrar sin iluminación por una parte, sin elección libre por nuestra parte.

Sin embargo, aquí estamos por encima de la dialéctica jurídica de lo tuyo y lo mío, e incluso por encima de la dialéctica moral. Es más bien una dialéctica poética lo que ofrecería alguna analogía, con sutiles necesidades de paralelismo e identificaciones, con sus ecos de rimas y alusiones. Quizá una dialéctica aún más humilde, una dialéctica de hechos, la de la química por ejemplo, nos daría alguna analogía: se ponen en presencia dos cuerpos, y se espera de esa confrontación decisiva un resultado desproporcionado e irrefutable.

Ahí, en Jerusalén, hace dos milenios, en el amanecer, y en medio del Sanhedrin, tiene lugar la confrontación decisiva de Cristo con la Ley de su nación. Esa confrontación tiene un efecto de catálisis explosiva. Literalmente, se produce aquí una "catástrofe", tal como llama Racine al desenlace de la tragedia. En esa catástrofe es donde naufragó la legitimidad de la Ley, y esa catástrofe es lo que nos libera eternamente tanto de la Ley como del pecado que era su ocasión sin que ella pudiera ser su remedio.

Hablo del desenlace poético de una tragedia. Pero como dice Edgar Poe, en *La génesis de un poema:10* 1 "Si hay una cosa evidente, es que un plan cualquiera, digno del nombre de plan, debe haberse *elaborado cuidadosamente con vistas al desenlace, antes que la pluma ataque el papel".* Que Dios haya elaborado su plan desde antes de la Promesa, desde antes de la existencia del pueblo judío, desde antes de Abraham, y, con más razón, mucho antes de Moisés y de la Ley, con vistas a ese desenlace preciso y particular, con vistas a esa "catástrofe" que nos salva a todos, en que Jesús es inmolado como víctima de expiación en la montaña, lo vemos en el Génesis, en su prueba y su signo poéticos:

"Y Dios puso a prueba a Abraham y le dijo:

Dios. — ¡Abraham, Abraham!

Abraham. — ¡Aquí estoy!

---

10 El título de este ensayo de Poe está citado según el que le dio Baudelaire en su famosa traducción. En el original, se titula *The Philosophy of Composition. (N. del T.)*

Dios. — Toma a tu querido hijo único, Isaac, y ve al país de Moria, y allí lo ofrecerás en holocausto en la montaña que te indicaré.

"Abraham se levantó pronto, ensilló su asno y tomó consigo a dos servidores y a su hijo Isaac. Partió la leña del holocausto y se puso en camino hacia el lugar que le había dicho Dios. El tercer día, Abraham, levantando los ojos, vio desde lejos el lugar. Abraham dijo a sus servidores:

Abraham. — Quedaos aquí con el asno. El muchacho y yo iremos hasta allá, adoraremos y regresaremos con vosotros.

"Abraham tomó *la madera del holocausto y se la cargó a su hijo Isaac.* Él mismo tomó en sus manos el fuego y el cuchillo, y se fueron los dos juntos. Isaac dijo a su padre Abraham:

Isaac. — ¡Padre!

Abraham. — ¿Hijo mío?

Isaac. — Aquí está el fuego y la madera... Pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?

Abraham. — Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío.

"Y se fueron los dos juntos.

"Cuando llegaron al lugar que Dios le había indicado, Abraham levantó el altar y *colocó la leña,* luego ató *a su hijo Isaac y le puso en el altar, sobre la madera.* Abraham extendió la mano y tomó el cuchillo *para inmolar a su hijo.*

"Pero el Ángel de Yahvé le llamó desde el cielo:

El Ángel de Yahvé. — ¡Abraham, Abraham!

Abraham. — ¡Aquí estoy!

El Ángel de Yahvé. — No extiendas la mano contra el muchacho, no le hagas daño. Ahora sé que temes a Dios: no me has rehusado a tu hijo único.

"Abraham levantó los ojos y vio un carnero que se había enredado por los cuernos en una mata, y fue a tomar al carnero y *le ofreció en holocausto en lugar de su hijo...*

"El Ángel de Yahvé llamó por segunda vez desde el cielo a Abraham:

El Ángel de Yahvé. — Juro por mí mismo, palabra de Yahvé: porque has hecho eso, y no me has rehusado tu hijo único, te colmaré de bendiciones, haré tu descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo y la arena a la orilla del mar, y tu *semilla conquistará las puertas de tus enemigos. Por tu semilla, serán benditas todas las naciones de la tierra, en recompensa a tu obediencia." (Gen. 22)*

Todo eso es admirable, pero se hace punzante cuando se mira por transparencia esta escena sobre la del calvario; es su espejo poético. Y el mismo calvario es ya el espejo poético

de todo holocausto heroico, exigido por Dios, de un alma obediente y llena de buena voluntad. Aquí es un carnero el que ocupa el lugar del hijo bienamado. En el calvario, es el hijo bienamado quien toma el lugar de los machos cabríos y las ovejas, los pobres pecadores. Y, en el destino de cada cual de nosotros, ocurre también que falta a veces el carnero, y el holocausto ha de proseguirse hasta el fin. Pero en un espejo también, vemos que la imagen está vuelta del revés, y por eso hablo de espejo poético.

Se puede discutir la historicidad del sacrificio de Isaac. Me parece difícil que se haya inventado. Y aunque se hubiera inventado, lo innegable es que el *Génesis* se escribió siglos antes de la muerte de Jesús en el calvario. No hay en el mundo un dramaturgo digno de ese nombre que pueda discutir la relación poética del sacrificio de Isaac con el sacrificio de Jesucristo. Claro que hay diferencias, y, como he dicho, la imagen invertida del espejo poético. Pero cualquier poeta ve la necesidad de las diferencias para la verdad del paralelismo. Es lo que se llama sorprender al lector o al espectador con lo que espera, con lo que se le ha hecho esperar. El sacrificio de Cristo *no copia* el de Isaac. Pero si hubiera copia servil, entonces se podría dudar de la veracidad del relato de la Pasión. El que no haya copia, sino analogía, prueba la autenticidad de la relación. Caifás no pensaba seguramente en el sacrificio de Isaac al enviar a Jesucristo a la muerte, y por eso era "profeta" infalible, pero ciego. Alguien por encima de él pensaba por él. Hay que ser dueño del tiempo histórico, como Shakespeare era dueño del tiempo teatral, para establecer en verdad del desarrollo histórico del tiempo un paralelismo tan prodigioso.

Al explicar la profecía del sacrificio de Isaac, los exegetas cristianos piensan comúnmente que Isaac, y luego el carnero, ocuparon el lugar de Cristo; que Abraham ocupó el lugar de Dios Padre, cuyo Cristo cumplía su mandato en la Pasión. Como dirá san Pablo: "Cristo se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz". Y, evidentemente, tienen mucha razón.

Pero creo que se puede decir también que, en el cumplimiento de la profecía, Caifás, sumo sacerdote ese año y profeta del pueblo de Dios, cumplía la función de Abraham. Jesús, hasta el final, hijo de ese pueblo, súbdito de la Ley, Semilla por excelencia de Abraham, se dejó atar e inmolar sobre la madera por el sumo sacerdote, el patriarca sacrificador, y esta vez no hay carnero para ocupar su lugar, no podía haber ya carnero, porque, lo mismo que había venido para asumir sobre sí la maldición de la Ley, Jesús había venido también para remplazar eternamente, con su sacrificio, y hacerlos eternamente inútiles, a los toros, los carneros, los corderos y las palomas, cuyo sacrificio sólo era figura profética de su sacrificio.

Y todavía Jesús, con su obediencia ejemplar para siempre, en el mismo momento en que era condenado, tomaba "proféticamente" el lugar del sumo sacerdote y de todos los sacerdotes que habían precedido a Caifás hasta Aarón y Melquisedec, como mediador único entre Dios y los hombres, y como sacrificador eterno y único. Ahí es donde el Antiguo Testamento, no sólo la Ley, sino también la Promesa, el sacerdocio, la profecía, la Tienda y el Templo, todo el culto de la Antigua Alianza, encuentran su cumplimiento y su logro, su "catástrofe" apropiada y real.

Todo gira, el revés se vuelve el derecho, como en un espejo. Caifás acusa a Jesús de haber blasfemado *el Nombre* y le condena a muerte por blasfemia. Al entrar voluntariamente en esa muerte sacrificial y de maldición sobre la madera, Jesús reconquista con su sangre ese *Nombre* que es el suyo desde el origen.

Es también san Pablo quien lo dice, en una especie de cántico, que quizá cantaban los

primerísimos cristianos, antes incluso de que Pablo tuviera cuidado de transcribirlo:

Él, a pesar de su condición divina,

no hizo alarde de su categoría de Dios;

al contrario, se despojó de su rango,

y tomó la condición de esclavo,

pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,

se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,

y una muerte de cruz.

Por eso Dios le levantó sobre todo,

y le concedió el "Nombre—sobre—todo—nombre";

de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble

—en el Cielo, en la Tierra, en el Abismo—,

y toda lengua proclame:

"¡Jesucristo es Señor!"

para gloria de Dios Padre.

* * *

75 Es verdad que leyendo el relato de la Pasión de Jesucristo, los niños cristianos se vuelven antisemitas, igual que los pequeños franceses se vuelven antiingleses leyendo el relato de la muerte de Juana de Arco. Claro que hay mucha comodidad sociológica en todo eso, ese género de comodidad que los psicoanalistas llaman una "transferencia". Mentalmente, azotamos a los judíos por el asesinato de Cristo, como Jerjes azotaba el Helesponto; el Helesponto era el chivo emisario de Jerjes. En esa atroz historia del asesinato de Jesucristo, hace falta un culpable, lo esencial es que no seamos nosotros. Cuidado sintomático: en efecto, es revelador respecto a nosotros mismos que esta historia, de dos mil años de antigüedad, nos concierna aún tanto que a cada cual se le plantee la cuestión de saber si no está personalmente implicado. La Pasión de Jesucristo es espantosamente interrogativa, indiscreta y molesta; nos pone en cuestión a todos y a cada cual. Para no sentirnos personalmente responsables, estamos dispuestos a asignar a ese crimen de los crímenes cualquier culpable que nos quede a mano. E históricamente es indudable que son los judíos quienes nos han quedado a mano.

En vano. El antisemitismo no hará más que añadir una culpabilidad a otra, no nos aliviara de nuestra responsabilidad primera e inalienable. Caifás, los fariseos, los implacables sacerdotes, Herodes el mundano, Pilatos que se lava las manos, judas que cuenta su dinero, Pedro que reniega antes del canto del gallo, los soldados que juegan a los dados al pie de la Cruz; somos nosotros, todos nosotros, cristianos o judíos, creyentes o incrédulos. Esa historia es la nuestra. Una vez que se pone el pie en ella, se cierra la puerta detrás de nosotros queramos o no, estamos embarcados en el frenético tobogán de la responsabilidad individual, y peor para nosotros si eso nos angustia el corazón. Si Jesucristo murió como murió, yo entro en ello de algún modo. Tengo su sangre en las manos. No hay apelación posible, ni a los perfumes de Arabia.

No es menos sintomático que en este asunto los historiadores judíos y los historiadores cristianos se parezcan tanto que son intercambiables, como hermanos gemelos: se devuelven mutuamente la pelota. Es verdad que los historiadores cristianos, y Juan el primero, abrumaron a "los judíos" sin aplicar todo el discernimiento necesario. Pero también hay que ver cómo los historiadores judíos abruman a los romanos, y sobre todo a Pilatos, que, como el obispo Cauchon, ya no esta ahí para defenderse.

En cuanto a las películas llamadas "bíblicas" producidas por Hollywood, bajo el imperio de necesidades comerciales, su objetivo no es contar en imágenes la auténtica Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, sino, ante todo, llenar las salas, molestando lo menos posible a nadie; no molestando a los judíos ni molestando a los cristianos. Tales películas son deshonrosas, blasfeman desvergonzadamente de la santa verdad histórica, y corrompen hasta un punto increíble la sensibilidad de los cristianos y la comprensión de los hechos. Para los fieros guardianes de la moral cristiana, parecería que hay algo más urgente que hacer calibrar los sostenes y evaluar el espesor de los tules que velan a las fáciles Venus hollywoodianas, y sería repudiar y denunciar esas mistificaciones cinematográficas, que son unos atentados a la verdad y al pudor de la historia mil veces más escandalosos que cualquier adulterio. Es consternador comprobar que, en un dominio tan importante como el del que, el puritanismo hace sus estragos desviando la atención del pueblo cristiano de los valores más importantes y que hay que mantener a toda costa.

En la Pasión de Jesucristo, el valor supremo y que lo domina todo, son los hechos, los hechos irrefutables, inalterables, irreversibles, los hechos sagrados, los hechos salvadores. Pero sólo son salvadores sino en cuanto nos devuelven nuestra propia imagen, nuestra propia responsabilidad; no la culpa de los demás. Esos hechos no se han escrito y descrito para asegurarnos a todos una buena conciencia, sino para despertar nuestras conciencias antes de comparecer ante el tribunal de Dios.

* * *

76 La condena a muerte de Jesús, recibida ante el Sanhedrin, faltaba que fuera respaldada por el del procurador romano, el único que disponía del derecho de ejecución. Caifás, pues, envió a Jesús al tribunal de Pilatos. En principio, era una gran ocasión para Cristo; muchas veces, en tiempos de la colonización en África del Norte, he visto a indígenas preferir la justicia de Francia a la de sus cadies. No es que los jueces franceses fueran por fuerza más justos, pero no estaban mezclados en las disputas locales.

Tal parecía ser la posición de Pilatos, los enemigos de Jesús no se engañaron sobre ello. Para ellos, la partida estaba muy lejos de haberse ganado. Siguieron, pues, a Jesús, pero ante Pilatos cambiaron de música. En realidad, emprendían un nuevo proceso más difícil que el primero.

Evidentemente, no se podía tener la ejecución de Jesús si se mantenía ante el procurador el mismo motivo de acusación que ante el Sanhedrín. "Hijo del hombre", ¿qué podía entender en esa denominación un alto funcionario romano? Pilatos no había leído a Daniel, y sin duda no le importaba. Las costumbres y la religión judías, las ceremonias y las prohibiciones judías, hasta la palabra "blasfemia", entendida en su estricto sentido judío, todo eso le debía parecer a Pilatos tan extraño, tan lejano, tan frívolo, cruel y fanático, como a nosotros las costumbres de los aztecas. Pilatos quizá tenía la elegancia y la indolencia, con momentos de exasperación, la indiferencia y la altanería de un gobernador inglés en Zanzíbar bajo la reina Victoria. No debía estar perfectamente contento ni de su puesto, ni de sí mismo, y aún menos de sus administrados, a quienes conocía como querellosos, hábiles, intrigantes a alto nivel y hasta, ante el Emperador, obstinados, formalistas. Por lo demás, aquella provincia de Judea, la más turbulenta de todo el Imperio, era también una de las más pobres. Para un lato funcionario romano, el puesto de procurador de Judea era a la vez una trampa y una semidesgracia.

Apenas había amanecido cuando el tropel de gente invadió las inmediaciones del pretorio. Digo las inmediaciones, pues esa gente increíble mezclaba en todo las reglamentaciones, incluso en sus pasiones y en su odio. Aceptaban al procurador romano como juez de un hijo de Israel, ya que le llevaban a Jesús, pero por nada del mundo hubieran puesto ese, día el pie en los límites de un pretorio pagano, para no contraer impureza en víspera de la Pascua. En eso estaban; en las observancias religiosas hay una cierta lógica, desviada de su objetivo, que lleva precisamente al fariseísmo.

No se les ocurre a los enemigos de Jesús que, al exigir que se vierta la sangre inocente, incurren en impureza mayor que si violaran con el pie una línea ideal. Sin embargo, empujan adelante hasta el pretorio a Jesús, a pesar de que era, como ellos, "súbdito de la Ley". En ese espacio que se había hecho sagrado, entre su juez y sus acusadores, Jesús está solo intocable. Es curioso que ningún pintor haya intentado representar a esa turba de acusadores, apretada, y a la vez, sin ningún obstáculo real, quieta en esa línea ideal de la pureza legal. Jesús ya está del otro lado, "entregado a los paganos", como había predicho. En la historia, lo creo firmemente, los crímenes más crueles, más injustos, los han cometido puritanos. Es significativo que las hecatombes totalitarias llevaran el nombre de "depuraciones".

El diálogo que tiene lugar entonces rezuma veracidad. A Pilatos le saca de la cama el ruido. Tiene aire de dormir todavía, lo que le indispone aún más contra sus interlocutores. ¡A quién se le ocurre despertar a nadie tan pronto para pedir que se mate a uno!

"Los sanhedritas. — Hemos encontrado a éste sublevando a nuestro pueblo, impidiendo dar los tributos al Emperador, y diciendo que él es Cristo y Rey.

Pilatos, prestando oído. — ¿Qué es esta acusación que traéis contra este hombre?

Los sanhedritas. — Si no fuera un malhechor, no te le habríamos traído...

Pilatos. — Entonces, tomadle vosotros mismos y juzgadle según vuestra ley.

Los sanhedritas. — Nosotros no podemos dar muerte a nadie." (Lc. 23,2; Jn. 18,29-31)

Eso sí que es hablar. En cinco frases, está emprendido el proceso criminal. Por supuesto, solo se conservan contra Jesús las acusaciones, mezcla de verdad y de falsedad, capaces de afectar a un alto funcionario, cuya ambición es hacer reinar el orden, y cuya divisa es: "¡Nada de historias!" Está claro que si el Sanhedrin hubiera tenido poder para ejecutar a un condenado, no habría molestado a Pilatos. A partir de ese momento, todo será bueno para llevar al procurador a que dé esa orden de ejecución que sólo él tiene poder para autorizar. Pero Pilatos, por su parte, hará todo lo posible para escaparse de ese avispero,

"Entró otra vez Pilatos en el Palacio, llamo a Jesús, y le dijo:

Pilatos. — ¿Eres tú el rey de los judíos?

Jesús. — ¿Dices eso por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?

Pilatos. — ¿Acaso soy yo judío? Tu pueblo y los sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?

Jesús. — Mi reino no es de este mundo, si fuera de este mundo mi reino, mis soldados habrían peleado para que no fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí.

Pilatos. — Pero entonces, ¿eres rey?

Jesús. — Tú lo dices, soy rey. Yo nací y vine al mundo para esto, para atestiguar sobre la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz.

Pilatos. — ¿Qué es la verdad?

"Y dicho esto, salió otra vez a ver a los judíos y les dijo: —Yo no encuentro en éste ninguna culpa." (Jn 18,33-38)

Visiblemente, Pilatos permanece en guardia y cuida de no ir más allá de sus funciones. ¿Adónde iríamos sí los jueces trataran de comprender la intimidad de sus acusados? Jesús había dicho él mismo: "Yo soy la verdad". Y ahí está, ante Pilatos que se encoge de hombres, y pregunta en voz alta: "¿Qué es la verdad?" Se sienten ganas de decirle: "Cuidado, fíjese un poco más de cerca". Pero el diálogo es un diálogo de sordos. Al menos Pilatos es sordo, y ciego también. Su función le limita. El hombre no es malo, pero obedece al funcionario. El cual a su vez obedece... ¿a qué, a quién? A César, claro, pero sobre todo al miedo.

Cuando Caifás, reivindicando solemnemente su dignidad de gran sacerdote y apelando a Dios, le interrogó solemnemente, Jesús respondió. Aquí también, cuando Pilatos le interroga ejerciendo su autoridad de gobernador, Jesús responde todavía. Sin embargo, Jesús afirma la ambigüedad y la subordinación de los poderes. Para Pilatos como para Caifás, él juzga su judicatura, reivindica una judicatura más alta y una instancia más decisiva que la de ellos, subordina la justicia a la verdad, se afirma rey por encima de este mundo; todo eso es extraordinario y propiamente prodigioso, en un tono infinitamente sencillo, natural, desprovisto de toda insolencia.

En un momento de ese proceso, que duró toda la mañana, se acusa a Jesús de haberse hecho "hijo de Dios". Pilatos, que debía ser a la vez escéptico y supersticioso, como suele pasar a las almas de bajo nivel religioso, se asusta:

"*Pilatos*. — ¿De dónde eres tú?

Pero Jesús no le dio respuesta.

Pilatos. — ¿No me hablas? ¿No sabes que tengo poder para soltarte y tengo poder para crucificarte?

Jesús. — No tendrías ningún poder sobre mí si no se te hubiera dado desde arriba.

Pilatos pensó quizá en Cesar, pero Jesús hablaba de Dios. Lo cual hará decir a san Pablo que toda autoridad deriva de Dios. Se usara y se abusará de esta afirmación de Pablo. Aquí, Jesús afirma a este funcionario —no cabe distanciarse mas de su propio proceso— que toda autoridad procede más o menos directamente de Dios, así que toda autoridad tendrá cuentas que dar al mismo Dios, cualesquiera que sean por lo demás las cuentas que se tenga que ver obligada a dar en este mundo. Es muy consolador para los sencillos ciudadanos, pues la justicia de este mundo tiene muchos fracasos; después de todo, ¿qué cuentas, en vida, han rendido Hitler y Stalin, y a quien?

Jesús eleva sin cesar el debate. Lo que es terrible es que sus adversarios lo rebajen sin cesar. Esa apelación a Pilatos había sido para ellos terriblemente degradante. ¿Cómo? Esos grandes sacerdotes, esos notables, esos escribas, envueltos en su ciencia y en sus dignidades, pretenden representar no sólo al pueblo elegido de Dios, sino al propio Dios, el Dios único, su Dios, el de la Ley y de la Alianza. Y luego, ante ese pagano, ese procónsul a quien desprecian, pero de quien dependen, descienden de escalón en escalón a la abyección, hasta renegar ante él de todo lo que podía ser el honor y el orgullo de su nación. Aceptan todas las afrentas, tragan toda la quina necesaria con tal de que no se les escape su presa. A lo largo de todo el relato de los Evangelios, se tiene vergüenza por ellos. El diablo ha tocado al acoso, y los perros esperan la rebatiña.

Pilatos vacila, tergiversa, gana tiempo, toma las escapatorias. Al saber que Jesús es galileo, le envía al tribunal de Herodes. ¿Quién era este? Si hubiera nacido en nuestro siglo —pues ese tipo de hombre existe siempre, igual que Pilatos, igual que Caifás, igual que los fariseos— juraría que Herodes nació en un baile de máscaras y en un gorro e Pierrot, por lo bien que encarna la frivolidad de cierta clase capaz de bailar sobre los volcanes y bajo un cielo negro de nubes atómicas. Proust se ha hecho el cronista de esa corte.

* * *

77 Josefo nos ha hablado de Herodes. Era hijo de Herodes el Grande, pero estaba lejos de tener su envergadura. Era astuto, y, cuando estaba bebido, era cruel. Se ve bien cuando, bajo el imperio de la lujuria y de la embriaguez, para dar gusto a su mujer, Herodíades, y a su hijastra, y también por puntillo de honor, pues había dado imprudentemente su palabra, hizo dar la muerte a Juan Bautista. A sus ojos todo eso no había tenido mucha importancia, sin duda. Lo que tenía más importancia es que, hijo de rey, no era más que tetrarca de Galilea y de Perea, triste jirón del dominio paterno. No era rey, y sufría por ello, aunque le llamaran rey para darle gusto. Aun lo poco que tenía, y que había obtenido del favor de Tiberio, y que sin duda consideraba por debajo de sus méritos, ese poco, se lo quitará Calígula. Herodes acabará sus días, acompañado de Herodíades, en exilio, suplantado

en su propio reino por su cuñado, el hermano de Herodiades, más elegante y más hábil que él. ¡Qué vejez, en serio, tuvo que pasar ese príncipe oriental, con su gastada compañera, en un pequeño lugar de las Galias que se llamaría más tarde Saint-Bertrand-de-Commínges! El exilio es duro ara cualquiera, pero más duro aún para una bestia mundana que sólo vive para estar en el lugar de honor, y sobre todo para que la vean.

Por el momento, estaba todavía en su sitio de honor, y lo aprovechaba, príncipe real y reinante, rodeado de una corte, en peregrinación a Jerusalén, donde conservaba un palacio. Y en esto le traen a Jesús de Nazaret, un profeta que había hecho estragos en su territorio, y al que deseaba conocer porque había oído hablar mucho de él.

Si Jesús hubiera querido verdaderamente escaparse de la cuestión, ahí tenía la ocasión, al alcance de a mano. Herodes también se había levantado pronto, pero, en ese caso, era algo más duro para él que para Pilatos: levantarse al amanecer es un acontecimiento más extraordinario, casi diría que más heroico, para un príncipe que para un administrador. ¡No importa! Herodes se había levantado con buen pie. Le encantó recibir a Jesús, Lucas cuenta:

"Pilatos dijo a los grandes sacerdotes y a la gente: —No encuentro ninguna culpa en este hombre—. Pero ellos insistían diciendo: —Subleva al pueblo, enseñando por toda Judea, desde Galilea, donde empezó, hasta aquí—. Pilatos, al oírlo, preguntó si el hombre era galileo, y al saber que era de la jurisdicción de Herodes, le mandó ante Herodes, que estaba también en Jerusalén en esos días. Herodes, al ver a Jesús, se alegró mucho, pues desde hacía bastante tiempo deseaba verle por lo que oía de él, y tenía esperanza de verle hacer algún milagro. Le interrogó entonces, con muchas palabras, pero Jesús no le contestó nada. Se presentaron luego allí los grandes sacerdotes y los sabios, acusándole con empeño. Herodes, entonces, le trató con desprecio y se burló de él, junto con los de su escolta, y se lo volvió a mandar a Pilatos, vistiéndole un manto esplendoroso. Y en ese día, se hicieron amigos Herodes y Pilatos, pues antes estaban enemistados entre sí." (Lc, 23,4-12)

He hablado de Proust; entre los evangelistas, Lucas es Proust, tiene su agudeza de observación y su exactitud en la anotación, aunque no su modo de sacarles partido, claro está. Por razones que no puedo sino adivinar, le fascinaba todo lo referente a la corte de Herodes, como a Proust todo lo que se refería al *hôtel* de Guermantes. Yo mismo bien quisiera tener la comprensión de Proust sobre el carnaval mundano para captar todas las implicaciones de esa asombrosa confrontación entre el rey Herodes y Jesús.

Primera observación. Cuando Caifás, gran sacerdote, interroga a Jesús, éste le responde claramente, proclamando su origen divino y su eterna judicatura. Cuando Pilatos, gobernador, le interroga, él responde no menos claramente afirmando su realeza sobrenatural y de verdad. Pero Herodes no conseguirá sacarle a Jesús una palabra, ni una sola.

Ahora bien, Jesús había hablado mucho en su vida, y lo menos que se puede decir es que no era muy exigente sobre la calidad social de sus interlocutores; verdaderamente, hablaba con cualquiera. Habló con los pobres, habló con los ricos, habló sobre todo con los judíos, pero también con los paganos cuando se presentó la ocasión, y con los samaritanos, los hermanos enemigos de los judíos, habló con los hombres, habló con las mujeres, habló con su madre, que no tenía pecado, y habló, con la misma cortesía, con pecadoras públicas; habló sobre todo con los ignorantes, pero a veces habló con sabios; habló con pescadores del lago y con soldados, habló con Juan Bautista, el profeta, pero también habló con los fariseos, dijo pestes contra ellos, pero les habló, habló con judas, y hasta el último momento le llamó su amigo. Incluso habló con el Diablo. En la cruz, hablará con un bandido. Sólo a Herodes no

tiene nada que decirle. A los que se llaman "gentes de mundo", Jesús no tiene nada que decirles.

Lo que se llama "el mundo", ¿está condenado desde aquí abajo? Ni siquiera Jesús puede comunicar con él. ¡Ah! desconfío de las geografías sociales de fronteras muy marcadas. Es cierto que una verdadera duquesa está naturalmente dotada para la frivolidad. Puede ocurrir también que una cierta apariencia de frivolidad sea la forma de su pudor y a veces de su heroísmo. Aquí se trata de una frivolidad, que, aun siendo mas corriente en cierta clase social, no es exclusiva suya; se trata de cierta frivolidad que borra en el hombre el sentido de la responsabilidad—. En ese sentido, la respuesta de Caín a Dios: "¿Acaso soy el guardián de mi hermano?" Es una respuesta frívola, una réplica a lo Proust. Conozco graves eclesiásticos, militares llenos de medallas, académicos galoneados, aún más frívolos que viejas cotorras mundanas absolutamente curtidas.

La frivolidad es una ceguera del alma y un ensordecimiento del corazón, cuyo primer efecto es suprimir la existencia del prójimo. Si Jesús no dice nada a Herodes, es que Herodes no podía oír nada. En ese día largo y atroz, se nota que algo ha pasado entre Jesús y Caifás, entre Jesús y Pilatos, pero entre Jesús y Herodes, nada, no ha pasado absolutamente nada. Ni siquiera ha habido contacto. La mundanidad aprisiona el espíritu en un circulo extremadamente estrecho de referencias a intereses extremadamente limitados y superficiales. La *cualidad* de Jesús estaba por fuerza fuera de ese circulo mágico: ¿cómo habría podido tener Herodes incluso una vaga idea, una vaga sospecha de lo que era Jesús? En realidad, y hablando muy estrictamente, Jesús no fue para Herodes más que una ocasión de divertirse, si bien excepcional.

Lucas escribe que Herodes esperaba ver a Jesús hacer algún milagro. Pero ¿qué idea podía hacerse del milagro ese príncipe mundano? La mundanidad degrada el corazón, pero también envilece la inteligencia. Para Herodes, un milagro era una acción deslumbrante, capaz de distraerle unos instantes, y nada más que eso. Pues el único mal, el único pecado que reconocen las gentes mundanas es el aburrimiento: son los puritanos del aburrimiento. Todo, o sea cualquier cosa, aun el fin del mundo, pero no hay que aburrirse a ninguna costa. Pero entonces, para no aburrirse, son capaces de remover cielo y tierra; no hay que desconocer la prodigiosa energía de la gente de mundo, su indomable corazón de toro.

Es verdad que, a lo largo de esa mañana interminable, nunca estuvo Jesús tan cerca de obtener su gracia (¿su "gracia"?) y escapar a la muerte. Si hubiera consentido en convertirse en el bufón de Herodes, en su taumaturgo diplomado, todos los cortesanos se habrían coaligado a su favor y alrededor de él. La gente del mundo es incapaz de plantearse siquiera la cuestión de la inocencia y de la culpabilidad de un hombre, pero uno que divierte es sagrado para ellos y nunca le dejarán caer. Los mismos feroces fariseos, esos perros en el acoso, se hubieran visto obligados a soltar su presa sólo con que Jesús hubiera consentido en volverse un histrión.

¿Y Jesús, en todo eso? Continuaba callando. El Evangelio nos dice que el rey le hizo numerosas preguntas, él no se tomó la molestia de responder a ninguna. Quizá ni siquiera las oyó. Su silencio es un doble silencio, un silencio por ausencia de respuesta, pero un silencio también sobre la pregunta que no le llegaba hasta él. En toda su vida terrestre, ésa es la única vez en que se siente a Jesús ausente. Ese hombre tan intensamente presente en su tiempo, en su pueblo, en la conciencia de cada uno de sus interlocutores (y nosotros lo somos), en toda la historia del mundo y en la eternidad, aquí ante Herodes, está ausente es prodigioso; ya no hay hombre. ¿De quién es la culpa? Hay que ser dos para que haya ausencia. Aunque basta muy

poco para que Jesús se haga presente, ese poco no lo tenía Herodes, no daba el peso. Imagino la mirada de Jesús posada en ese rey de pacotilla, atravesándole de parte a parte y no viendo del personaje más que el respaldo del trono en que estaba sentado.

Los cortesanos debieron murmurar y hablar de insolencia inaudita. Alguno salvó a Jesús de un inminente acceso de cólera sugiriendo que quizás estaba loco. Entonces todo se acabó enseguida. En burla, revistieron a Jesús con un ropaje espléndido, se lo volvieron a mandar a Pilatos y pasaron a otras diversiones.

Me he entretenido en este episodio, quizás es que me fascina como advertencia personal. Yo también, a mi vez, me encamino poco a poco a la vejez, edad elegida de la frivolidad, yo también me sorprendo tomando aires graves. Aunque no sea propenso al miedo, tengo ese miedo, que Jesucristo se me vuelva ausente, que ni siquiera oiga mis preguntas y que un día su mirada me atraviese sin verme.

No se da todo su valor a la frivolidad: consume cuanto toca. Puede llevar a la blasfemia más sórdida. El rey Herodes comparte con los parientes de Jesús —pero ¿acaso no es también la frivolidad una propensión de las familias?— el horrible privilegio de haber tratado de loco al que es la Sabiduría. Es la Sabiduría y se le trata de loca. Es la Palabra, y se calla. Es taumaturgo también; bien sabe Dios si, a lo largo de toda su vida pública, no han llovido a chaparrones los milagros a su alrededor. Aquí, seguía total, cielo de bronce. Cuidado con la manera como pidamos milagros, cosa que le pasa a todo el mundo, aun a los incrédulos. Un milagro nunca se concede a la frivolidad. ¡Hay que decirlo! Ese rechazo de Jesús a Herodes da una idea singular y preciosa de lo que entendía Jesús por milagro. El milagro es el sello del rey. No se confía a manos impertinentes y fútiles los sellos del reino.

* * *

78 He ahí otra vez a Jesús delante de Pilatos. El juego se aprieta y Pilatos ya no puede eludirlo. Antes de entrar en él, sin embargo, se debate lamentablemente, Lucas cuenta: "Pilatos, entonces, llamando a los grandes sacerdotes y a los jefes y al pueblo, les dijo: —Me habéis presentado a este hombre porque sublevaba al pueblo, y, mirad: yo, después de examinarlo delante de vosotros, no he encontrado en este hombre la culpa de que le acusáis. Y Herodes tampoco, porque nos lo ha vuelto a mandar. Ya veis, no ha hecho nada que merezca la muerte..." Hasta este punto, no hay nada que decir: Pilatos habla el lenguaje de un juez honrado, escrupuloso, de un hombre de deber. ¿Por qué no se quedaría ahí? Pero ya viene el primer resbalón. En efecto, añade: "Así que, después de darle una lección, le soltaré".

¿Por qué le va a castigar si es inocente, y por qué le va a soltar si es culpable? A partir de esa primera concesión a la injusticia, todo se hará posible. Como un hombre que ha perdido pie definitivamente, Pilatos rodara al abismo.

Francamente, una especie de *gauleiter* cínico, un bruto político, simplista y sin escrúpulos, que, por razón de Estado y para seguir en paz, hubiera ido del primer golpe hasta la extrema injusticia, que hubiera hecho ejecutar a Jesús sin vacilación ni rodeos, por decreto arbitrario, habría sido menos despreciable que este Pilatos, que a cada vez comete una injusticia menor para evitar una mayor, por salvar, cree todavía, lo que se puede salvar, y que

finalmente, de abandono en abandono, sanciona y comete la injusticia de las injusticias, y se lava las manos. Conocemos demasiado bien a Pilatos, lo hemos practicado un tanto en exceso, sabemos demasiado bien que, bajo pretexto de salvar lo que se pueda, se pierde todo, y lo primero el honor, y no podemos guardar todavía ninguna indulgencia hacia ese inmundo buen hombre.

Si Pilatos hubiera cedido cobardemente a la primera, por completo y de golpe, Jesús habría sido crucificado, pero, a lo largo de esa mañana atroz, se le hubieran ahorrado la flagelación y la coronación de espinas, el paralelo con Barrabás y todos los ultrajes, todas las afrentas de la soldadesca y del populacho, todo lo que hay que contar ahora y que, en toda la Pasión del Señor, es lo que da más vergüenza y más remordimiento.

Así, pues, Pilatos había dicho: "Después de darle una lección, le soltare". ¿Por qué ese castigo? Al mismo Pilatos no le hubiera gustado que le preguntaran la razón, a la autoridad no le gusta dar sus razones; parece que sólo el pedírselas sea poner en duda su legitimidad. ¿Por qué Pilatos va a castigar a Jesús? Pues para enseñarle que él, Pilatos, es el más fuerte, que es procónsul de Roma, que no se despierta tan pronto a un procónsul para una tontería, que es preciso que él, Pilatos, descargue sus nervios en alguien, que todo ese asunto le fastidia, que no soporta el desorden ni el ruido, y que, como dicen los imbéciles, el ruido no hace bien y el bien no hace ruido. Es verdad que Jesús había hecho bastante ruido en su corta vida. Y esa mañana, decididamente, hay demasiada agitación en torno al procónsul. Es una razón suficiente para azotar a ese obre desgraciado, centro de todo ese estrépito; así aprenderá... ¿Qué va a aprender? A no empezar otra vez, a meterse en un agujero, a hacerse olvidar. Y él, Pilatos, tendrá paz, una paz justa y soberana, pues los poderosos no se pueden imaginar fácilmente que la justicia no coincida con su tranquilidad.

En ese caso, la lección fue dura. Pilatos no se andaba con contemplaciones. La autoridad, cuando se trata de su propia tranquilidad, nunca se anda con contemplaciones. Ese suplicio hace estremecer, aun después de nuestras invenciones de torturas más modernas. Se desnudaba al paciente, se le ataban las manos por delante a un poste bajo y se le azotaba a golpes redoblados y a compás con tiras de cuero, a veces reforzadas con cuchillas y bolas de metal. A mentido ocurría que un hombre de constitución mediocre sucumbiera y muriera rápidamente; no era más que un accidente. Pero Jesús era especialmente robusto. En mi juventud, una buena monja de cierta celebridad, y que, naturalmente, se decía siempre enferma, gustaba de repetir que "la gracia no habita en los cuerpos sanos". ¿Qué sabia ella? En Jesús, la gracia habitaba en un cuerpo excepcionalmente vigoroso y sano. Jesús resistió al suplicio de la flagelación, pero no por ello resultó menos lastimoso: un hombre chorreando sangre y cuyas carnes están profundamente heridas no es nada hermoso de ver.

Jesús se convirtió en un objeto; más que un objeto, un juguete con el que uno se divierte; más que un juguete, un pobre animal sin defensa torturado por niños sádicos. Su cuerpo pasa de mano en mano, sin que él pueda hacer nada, sin que nadie imagine que pueda tener nada que decir. Y, en efecto, no dice nada. El que creó con su palabra el cielo y la tierra está absolutamente pasivo. Se deja hacer. Los que han estado en manos del enemigo saben que, en ciertos momentos, la única ambición fisiológica del hombre es aguantar, amortiguar los golpes, durar. Jesús aguanta y dura. Poco a poco se crea, entre ese cuerpo atormentado y sus verdugos, esa espantosa complicidad, que es la imagen inversa de la voluptuosidad, y que ha quedado como el horror extremo de los campos de concentración y de las cámaras de tortura. Cierto que el alma y la voluntad de Cristo dominaban su tormento, pero su cuerpo entraba en el juego, al estar dominado enteramente por la violencia.

Nunca las palabras "abnegación" y "martirio" tuvieron más sentido que ahí. Quien nunca ha puesto el pie en ese universo de pesadilla, aunque sea doctor en teología, ¿cómo va a tener alguna idea? Escribo todo esto a propósito de Jesucristo y del suplicio de la flagelación, porque es preciso que se diga. O bien los campos de concentración y las cámaras de tortura volverán, y entonces es preciso que los que entren allí sepan que entran con Jesucristo —porque Jesucristo será flagelado hasta el fin del mundo, y no hemos de estar del lado de los verdugos—, o bien todo eso no volverá jamás, y entonces es preciso que se sepa hasta dónde llegó el tormento de nuestro Señor. Por lo demás, es una falsa alternativa: siendo los hombres lo que son, eso volverá, y peor, visto "el progreso".

Pilatos es personalmente responsable de la flagelación de Jesús, fue él quien tuvo la idea y quien dio la orden. Lo peor es que no lo hizo por maldad. Es esencialmente un crimen de superior cobarde. "Después de darle una lección..." Pilatos mete así el dedo en el engranaje de la injusticia, y se meterá entero. La sociedad y los hombres son tales que el mecanismo "crimen—castigo" se vuelve del revés fácilmente. Es verdad que, en buena justicia, todo crimen merece castigo, pero no es menos verdad que, en el espíritu de los mediocres, el castigo acaba por crear la presunción del crimen. No es fácil pensar que un castigo sea inmerecido. "Calumnia, que algo queda", decía el otro. "Castiga —se podría decir—, que el hombre castigado acabará por hacerse culpable, aun a sus propios ojos". He aquí como los reproches, las injurias, el exilio, los golpes, las condenas, acaban por no tener ninguna necesidad de justificación: el castigo paga por sí mismo. Kafka nos lo ha dicho todo sobre este tema, y también Freud: es el drama de muchos hijos con sus padres, de muchos inferiores con sus superiores.

Entonces, Jesucristo acepta todo y no protesta. Sin embargo, no se obtuvo nunca de él este último abandono, que acabará por confesarle culpable. En eso, su valentía fue grande. A ejemplo suyo, cuando la injusticia nos abruma, podemos aguantar y callarnos, pero nada en el mundo debe hacernos confundir lo injusto con lo justo. ¿Culpables? Siempre lo somos de algún modo ante Dios, aunque no tengamos conciencia de ello: *ab occultis meis munda me!* Pero, ante los hombres, confesarnos culpables de lo que no hemos hecho, simplemente para que nos dejen en paz y satisfacer su tiranía, no es humildad, sino mentira y cobardía. Ese ejemplo no nos lo dio nunca nuestro Maestro.

* * *

79 Entonces hubo una inmensa agitación, algo nuevo acababa de producirse. Toda la atención —y también la de los evangelistas— afluyó hacia otro polo de atracción. La historia abandona por un momento a Jesús en manos de sus atormentadores, para atender a un nuevo héroe, que, en lo demás, sólo nos es conocido por el papel antagónico que desempeñó ese día: Barrabas. Mateo escribe: "Por la Fiesta [de la Pascua] el gobernador solía soltar a la gente un preso que le pidieran. Tenía entonces un preso famoso, llamado Barrabás". (Mt. 27,15-16)

¿Quién era ese Barrabás, a quien Mateo da también el sobrenombre de Jesús? Juan no se anda con rodeos: era un bandido. (Jn. 18,40) Lucas precisa que había cometido un asesinato durante una sedición en la ciudad. (Lc.23,19) Esas cosas no son incompatibles. Cuando se ha tenido el honor de ser metido en prisión política por los alemanes, bajo la ocupación, se sabe

qué curiosa mezcla de lo mejor y lo peor era ese revoltijo que, confusamente, decía ser de la resistencia. Una ocupación del territorio confunde todos los valores porque lo justifica todo: el asesinato, el robo, el incendio, el atentado, coexisten con el heroísmo más puro y los sacrificios más desinteresados. Así pues, Barrabás era un bandido y su detención estaba perfectamente justificada. Se concibe, sin embargo que, para la multitud judía, hubiera podido convertirse en el símbolo de la resistencia al invasor.

Esa graciosa liberación de un prisionero era un rito que se encuentra en otros puntos del Imperio. Según la manera judía de calcular el paso del día, la fiesta de Pascua comenzaría ese día a la caída de la noche. Era normal, pues, que al amanecer, la multitud acudiera al palacio a reclamar su deuda. Pilatos y los sanhedritas tuvieron la misma idea: ¿Por qué Jesús no iba a beneficiarse de esa liberalidad? Pero Pilatos vio ahí la ocasión de escapar a sus deberes de juez, y los sanhedritas, por el contrario, vieron la amenaza de que su presa se les iba a escapar sin duda definitivamente. Se acaloraron mucho. Entonces, igual que unas hormigas se apresuran a sostener la a arquitectura amenazada de su hormiguero, se les vio extenderse por la multitud para sugerir el nombre de Barrabás, en vez del de Jesús. En un momento así hace falta imaginación y una acción rápida.

En esa multitud, Jesús, en cambio, no tenía amigos. Imagino muy bien que María Magdalena, que era una gran señora, José de Arimatea y Nicodemo, actuaron entre bastidores e intervinieron, quizás incluso ante la mujer de Pilatos. Pero la partida se jugaba en la multitud, y en esa multitud no estaban ni los Apóstoles, ni los que habían recibido milagros de Jesús. ¿Cómo es posible que un hombre como él se encontrara pronto tan solo? Cuando se tiene experiencia de la vida, se sabe que esas cosas pasan. Los amigos de Jesús, pues, no estaban allí; los enemigos tenían el campo libre, y lo aprovecharon. Las multitudes son maleables, y, aplicándose bien, se les hace decir lo que se quiere. En resumen, en unos momentos, Barrabás se convirtió en el héroe nacional que importaba por encima de todo que estuviera libre, y que estuviera libre en seguida.

No diré nada malo de Barrabás, no era un cualquiera, no está al alcance de cualquiera ser un bandido. Además, verdaderamente, si, en ese instante, le ponían en la misma balanza que Jesús y si el índice se inclinaba a su favor, Barrabás no tenía nada que ver con ello. En el fondo de su mazmorra, incluso ignoraba que su suerte se juzgase en el tribunal de Pilatos. Toda su oportunidad estuvo en que Jesús era tan eficazmente odiado, que Barrabás, en cambio, se hacía supremamente amable. La escena en que Pilatos trata de salvar a Jesús y los sanhedritas se aferran desesperadamente a la persona de Barrabás, es una escena de histeria. Uno se frota los ojos para saber si no sueña, pero me parece imposible también que tal escena pudiera inventarse: la locura de los hombres no se inventa. "La gente subió a pedir lo que les solía conceder. Pilatos les contestó: —¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos?— Pues comprendía que los grandes sacerdotes se lo habían entregado por envidia. Pero los grandes sacerdotes incitaron a la gente para que les soltase en cambio a Barrabás. Pilatos volvió a decir: —Pues ¿qué haré con el que llamáis el Rey de los judíos?—. Ellos gritaron a su vez: —¡Crucifícale!—" (Mc. 15,8-14)

Es cierto, la locura de los hombres no se inventa; existe. ¿No hemos visto a antiguos pueblos cristianos volver la espalda a sus tradiciones para aclamar... a quien? A bandidos, con cara y costumbres de bandidos; los soberbios dictadores de nuestro siglo de luces. Hasta el fin del mundo también ocurrirá que se prefiera Barrabás a Cristo, y entre esas multitudes que aclaman a Barrabás, siempre habrá grandes sacerdotes y escribas.

Mientras, los soldados, juzgando sin duda que la lección que habían dado a Jesús, si

no había sido entendida, al menos era suficiente, dejaron de azotarle, y, como oían decir que el motivo de tanto tormento era que ese pobre desgraciado era el rey de los judíos, parodiaron la ceremonia de la consagración de un rey. Mateo cuenta: "Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús dentro del palacio, y reunieron alrededor de él a toda la tropa romana, le quitaron sus ropas, le vistieron de un manto de color púrpura, y, trenzándole una corona de espinas, se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y doblando la rodilla delante de él, se le burlaban diciendo: —Salve, Rey de los judíos—. Luego le escupieron, le quitaron la caña, y le golpearon en la cabeza". (Mt. 27,27-30) En Oriente hay grandes espinas, más largas que la mano, y cañas gruesas como garrotes. Esto para decir que el juego fue en serio. Así, a la "lección" se añadió la burla. Y me vienen a la mente las palabras que se atribuyen a Clodoveo, cuando escuchaba por primera vez el relato de la Pasión: "¡Si hubiera estado yo allí con mis francos!".

Sin embargo, sobre esta escena atroz flota una ironía superior, una ironía a lo Kafka, hasta el punto de que uno se pregunta ahí también quién lleva el juego, pues, en definitiva, rey de los judíos, Jesús lo era y sigue siéndolo eternamente. Jesús no hace nada, se deja hacer. Evidentemente, no es más que un juguete en manos de los soldados romanos. Llega, no obstante, un momento en que uno se pregunta si los mismos soldados no son juguetes de una voluntad superior que les obliga a realizar los gestos de una significación triunfal. Al ejército correspondía el derecho de hacer emperadores: *Ave Caesar*, *Imperator*. Y fueron soldados romanos los que proclamaron rey a Jesús. Hay ahí como una imagen invertida de lo que pasó en Belén: después del homenaje de los pastores judíos, vino el de los magos Paganos. Aquí, tras las injurias en el patio del sumo sacerdote y de la burla en el patio de Herodes, es el ejército romano quien se burla. San Atanasio vio muy bien la ambigüedad de esa situación, nos la explica en un texto citado en el breviario dominico para el Miércoles Santo: "Se le condena a muerte en cuanto hombre, y, ahora que va a morir, se le adora como un Dios. Se le reduce a menos que nada, y luego se le proclama rey. Se le quita su ropa vulgar para imponerle la púrpura. Ignoran quién es el que abruman a ultrajes, pero, a pesar de ellos mismos, le llaman profeta. Y mientras se burlan de él, le conceden, sin embargo, los trofeos de la victoria: la clámide de púrpura, la corona trenzada de espinas, un cetro de caña. Es verdad que todo eso lo hacían por burla, pero sin que lo supieran y a pesar de ellos mismos, él no hacía más que recibir lo que le era debido".

Evidentemente, si se rehúsa comprender lo que trato de explicar aquí, todo este paralelismo no prueba nada, excepto desde el punto de vista de una puesta en escena sutil y superior, que es precisamente el plano en que se mueve la profecía.

Juan nos ha relatado la escena, de violencia y vehemencia asombrosas, entre Pilatos y los sanhedritas:

"Pilatos volvió a salir fuera y les dijo:

Pilatos. —Mirad, os lo saco fuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa.

"Entonces salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y él les dijo:

Pilatos. — Mirad al hombre.

"Cuando le vieron los sacerdotes y los guardias, gritaron:

Los sanhedritas. — ¡Crucifícale, crucifícale!

Pilatos. — Tomadle vosotros y crucificadle, porque yo no encuentro culpa en él.

Los sanhedritas. — Nosotros tenemos una ley, y según esa ley es reo de muerte, porque se ha hecho Hijo de Dios.

"Cuando Pilatos oyó esas palabras, se amedrentó más, y entró otra vez en el Palacio, y dijo a Jesús:

Pilatos. — ¿De dónde eres tú?

"Pero Jesús no dio respuesta. Pilatos le dijo entonces:

Pilatos. — ¿No me hablas? ¿No sabes que tengo poder para soltarte y tengo poder para crucificarte?

Jesús. — No tendrías ningún poder sobre mí si no se te hubiera dado desde arriba. Por eso el que me ha entregado a ti, tiene mayor pecado.

"Desde ese momento, Pilatos trató de soltarle, pero los judíos gritaban:

Los sanhedritas. — Si sueltas a ése, no eres amigo del emperador. Todo el que se hace rey, no es amigo del emperador.

"Pilatos, entonces, al oír estas palabras, sacó fuera a Jesús y se sentó en su tribunal11', en el sitio llamado Enlosado, en hebreo Gabbtha. Era el día de la preparación de la Pascua, a eso de la sexta hora. Y dijo a los judíos:

Pilatos. — mirad, vuestro rey.

Los sanhedritas. — ¡Quita, quita, crucifícale!

Pilatos. — ¿A vuestro rey voy a crucificar?

Los sanhedritas. — No tenemos más rey que el emperador.

"Entonces él lo entregó" para que fuera crucificado. Tomaron a Jesús, que, cargándose la cruz, salió al sitio llamado "de la calavera", que se dice en hebreo "Gólgota"... (Jn. 19,4-16)

¡Cómo querríamos que esa página no se hubiera escrito nunca, mejor dicho, que los hechos que consignan no hubieran tenido lugar nunca, que las palabras que refiere nunca hubieran sido pronunciadas... ! Aun en el proceso de Juana de Arco, el odio de los sacerdotes nunca fue tan lejos, su villanía no descendió nunca tan bajo. Con su propia vocación, éstos

---

11 El autor, como es costumbre, sigue el texto de la Vulgata, traduciendo "se sentó pero recientemente se ha advertido que el original gríego no dice eso, sino "le sentó..." Es decir, Pilatos hace sentarse a jesucristo en su propio asiento oficial, para probar la reacción de los judíos al verle así entronizado, señalándole inconscientemente como lo que era: *Mirad, vuestro rey. (N. del T.)*

renegaron la vocación más antigua y gloriosa de Israel. Una vez más, no comprometían a nadie más que a ellos mismos en el deicidio. No creo que la Europa católica en cuanto tal se comprometiera en la crueldad del juicio de Juana de Arco o en la estupidez del juicio de Galileo; ¿Por qué querríamos comprometer más al pueblo judío en el espantoso encarnizamiento de sus grandes sacerdotes contra su víctima inocente?

Sí, su encarnizamiento fue horrible. Descendieron de reniego en reniego, hasta la apostasía. Mateo añade este trozo de dialogó que hace estremecer:

"Pilatos. — Soy inocente de esta sangre, vosotros veréis.

El pueblo. — ¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" (Mt. 27,24-25)

Visiblemente, toda esa gente ha perdido la cabeza. El odio en su paroxismo es una singular embriaguez, una extraña ceguera. Ha pasado ahí algo que, al cabo de dos milenios, suscita, en el corazón de todo hombre bien nacido, vergüenza y dolor. Y sin embargo, desde el momento en que nosotros —tú, lector; yo, escritor— nos hemos comprometido en esta historia, hay que llegar a su extremo, señalar los detalles y repasarlos uno a uno.

He aquí, ante todo, la solemne aparición de Cristo, vestido de púrpura, coronado de espinas, con una cana a modo de cetro, con el rostro cubierto de escupitajos y de sangre. Pilatos dice: —Mirad el hombre. — *Ecce Homo*. Los sacerdotes y sus acólitos responden: "¡Crucifícale!" Sí, he ahí al hombre, titubeante, aturdido, tal como le hemos visto salir tantas veces de las manos de los atormentadores, en el umbral de los campos de concentración, de las cámaras de tortura, de las prisiones; mirad al hombre cuya imagen nos obsesionará hasta nuestra agonía; mirad al hombre que, de víctima, pasa a ser acusador de nuestra sedicente civilización, materialista y desespiritualizada. Aunque fuera un criminal, ese hombre está revestido para nosotros de toda la majestad del dolor humano, de la infinita paciencia de los pobres. Desde ese día entre los días, en que Jesucristo fue ofrecido como espectáculo en la humillación de su sufrimiento y su irrisión, Dios y el hombre comulgan en el dolor, como un sacramento ofrecido a todos, creyentes o incrédulos, bautizados o paganos, pecadores o inocentes. ¿Qué hombre no está expuesto a sufrir y recibir burlas? Ahí estamos en el corazón secreto del cristianismo, un cristianismo sin fronteras, un cristianismo conocido por Dios solamente, ese Dios que sondea las entrañas y los corazones. "La desdicha del hombre —escribe Bernanos— es la maravilla del universo."

El dolor, la paciencia, el despojamiento, la muerte, abren ya a los miserables una puerta secreta a la comunión de los santos en Jesucristo, entran así a un cierto nocturno en que gravitan constelaciones desconocidas en torno a ese sol negro del dolor humano que Pilatos descubrió un día a una multitud delirante de odio:

—¡Mirad al hombre!

—¡Crucifícale!

No están saciados con su dolor y su humillación; quieren su sangre hasta la última gota, quieren verle morir, levantado de la tierra, clavado contra el cielo, como un ave de rapiña clavada en la puerta de una iglesia.

* * *

80 Todas las religiones tienen sus morales; la mayor parte de ellas tienen sus revelaciones y sus dogmas, sólo el cristianismo va más allá, hasta el punto de divinizar el dolor humano. En Jesús, Dios mismo se ha sentado a nuestro lado para partir con nosotros ese pan vulgar y universal del sufrimiento. Hemos visto y conocido ateos, pululan por las calles; hemos oído negar la posibilidad misma de una revelación y la legitimidad de toda religión; se han burlado mucho de nuestros milagros y de las profecías, pero para renegar de todo cristianismo habría que ir aún más lejos, hasta renegar de ese signo sagrado puesto para siempre sobre los miserables, hasta blasfemar de la majestad suprema del dolor. Pues el dolor humano —no la rebelión, sino el dolor—, la paciencia de los poderes, su despojamiento, su muerte, tienen ya para siempre la majestad de Cristo ultrajado.

No pretendo explicar esta escena, no pretendo siquiera comprenderla; su imagen, al cabo de dos milenios, se me impone, como se ha impuesto a tantos pintores que la han sufrido antes de representarla. Querría que todo eso no hubiera tenido lugar, y a la vez me sofoca la gratitud de que todo eso haya ocurrido. Es verdad que los enemigos de Cristo bajaron al fondo de la degradación, pero él bajó al fondo del dolor y de la humillación humana. Y como no podía tocarle nada sin hacerse sagrado, he ahí que esta pena de los hombres ya queda izada sobre un pavés de gloria. No hay más que una desdicha, es no ser santos, pero es incontestable también que nunca habrá santidad que no esté marcada con el sello del dolor. Ahora, gracias a Jesucristo, hay una revelación de Dios en el sencillo dolor humano, hay una presencia de Dios en el sencillo dolor humano, hasta en sus tormentos y sus contorsiones. Ese secreto se descubre muy bien al fondo de un escondrijo o en una cama de hospital. Rouault se pasó la vida reuniendo en un mismo rostro dos expresiones que parecen contradictorias a quien nunca haya meditado sobre el Cristo ultrajado: la expresión del payaso burlado, la expresión del que sufre el suplicio, y consiguió reconstituir ese rostro santo y radiante de divinidad, en que la irrisión el sufrimiento resplandecen con incomparable majestad.

Ya sé, ya sé que hemos atravesado el romanticismo y muchos movimientos literarios en que los poetas eran más o menos malditos. Hay desdichas estúpidas, penas estériles, desesperanzas sacrílegas, que son la antesala del infierno; el infierno mismo es dolor sin rescate. La ambigüedad de todo lo humano afecta también a la desdicha del hombre. Pues bien, justamente ahí, en un pretorio pagano, a los pies de ese hombre, rey de los judíos e Hijo e Dios, es donde el dolor y la humillación del hombre llevan al extremo su ambigüedad, saliendo definitivamente de la neutralidad: o positivas o negativas, como la electricidad; o redentoras o condenadoras, no hay término medio. La desgracia del hombre ya no es sino sagrada o sacrílega. Pero, fuera de Dios mismo, ¿quién puede juzgarlo? El miserable que muere, con la blasfemia en la boca, nos espanta, pero ¿quién de nosotros conoce todos los caminos de la comunión con Cristo ultrajado?

No soy tampoco especialista en mitologías antiguas. Pero sé bastante de ellas como para saber que, siglos antes del cristianismo, se comulgaba en la muerte de los dioses. Sin embargo, guardémonos de analogías demasiado rápidas que ya indignaban a los Padres de la Iglesia. Es verdad, nada más bello, nada más apacible y en cierto sentido más conmovedor que las estelas funerarias conservadas en el museo de Atenas. Nada más opuesto también a la imagen del *Ecce Homo:* Hay ahí dos concepciones de la vida y de la muerte en completa contradicción. En las "religiones mistéricas", esta claro que el iniciado sólo llega a la divinidad después de haber salido "volando del circulo de pena y de desgracia" que es la vida

presente, y que como Platón con su cuerpo, debe despojarse de la morada para hacerse divino". Pero en el cristianismo ya se comulga en el interior de la pena, del dolor y de la mortalidad, con la vida eterna y la Divinidad misma, en Jesucristo y por él.

Cierto que no hay que abandonar nada de lo que nos dejó Jesucristo en depósito, y no abandonamos nada: ni la revelación, ni los dogmas, ni los sacramentos, ni el papado, ni el carácter visible de la Iglesia, ni los ritos, ni las disciplinas, ni los milagros, ni las profecías, no abandonamos nada, lo mantenemos todo, pero en lo más exterior es donde se pueden señalar analogías engañosas con las demás religiones. En cambio, cuando se va más hondo, se observa que es imposible toda analogía. Más aún que una religión de pecado perdonado, el cristianismo es la religión de la gracia y del amor, es, pues, la religión de la libertad, pues la gracia es la libertad de Dios y el hombre mismo sólo puede amar libremente. Luego, al contemplar a Cristo ultrajado, uno observa que, más aún que la religión de la libertad, el cristianismo es la religión del dolor santificado y santificante. Cuanto más libremente se entra en el dolor y en la muerte, mayor y más valeroso es el amor del cristiano. Las religiones antiguas se incorporaron el terror del hombre, y hasta su sensualidad; ninguna, antes o después del cristianismo, se ha incorporado la desdicha del hombre, que, en efecto, ha llegado a ser la maravilla del universo.

Pilatos va a hacer un último e inmenso esfuerzo para salvar a Jesús. Esfuerzo vano, pues falla. Hacía falta desde el comienzo proclamar la inocencia del acusado, actuar en consecuencia, y no apartarse una pulgada de tal posición. Tras la injusta flagelación, Pilatos tenía que resbalar a la injusticia. Pero era terco. No deja de repetir: "Yo no encuentro en éste ninguna culpa". (Jn. 19,1) Entonces ¿por qué haberle hecho azotar? Pero los enemigos de Cristo eran aún más tercos. ¡Señor Dios! ¡Qué implacables son las guerras de religión, y qué inflexible se hace la crueldad cuando se presenta como celo y piedad! Pues resulta muy claro que todos esos son gente piadosa, gente devota; gente de sacristía, diríamos hoy. "Nosotros tenemos una Ley, es reo de muerte, porque se ha hecho Hijo de Dios." (Jn. 19,7)

Ante esas palabras, Pilatos se amedrentó más, no sólo porque era supersticioso, y, para un pagano, no resultaba demasiado asombroso que un hijo de Dios se paseara entre los hombres (pero, si era ese el caso con Jesús ¡qué "plancha" hacerle azotar!); sino también porque, como nombre de Estado, Pilatos juzgó que Jesús había suscitado el odio de los beatos, y conocía bastante a su gente como para saber que tal odio se cree permitido todo y no se desarma nunca. Pilatos, pues, quedó espantado. Pero insistió en querer soltar a Jesús. Sin embargo, el asedio de los acusadores no se aflojaba. Querían el pellejo del acusado, lo querían de veras, era gente de carácter. Entonces llegó a los oídos de Pilatos la insinuación que debía temer desde el comienzo, el argumento último que hacía plegarse a todo funcionario romano, la amenaza clara de una denuncia ante César, un Cesar que entonces era Tiberio, tirano suspicaz y celoso. "Si sueltas a ése, no eres amigo del César —le dicen los sanhedritas—. Todo el que se hace rey, está contra el César." (Jn. 19,12) A buen entendedor, pocas palabras bastan.

Pilatos recibió de lleno la amenaza. Era buen entendedor. Debió palidecer. Entonces su corazón se inflamó de cólera contra esos sacerdotes y esos fariseos, cuya hipocresía le sublevaba. ¿Cómo? Durante años, día tras día, esa gente le ha opuesto a él, a Pilatos, representante de César, la autonomía de su nación, las franquías de su religión que les impedía reconocer la divinidad de Cesar, los privilegios de su culto, que le obligaban a él, a Pilatos, a depositar fuera del Templo las águilas imperiales, y hoy esos mismos celosos defensores de las tradiciones de Israel toman a pechos los derechos de César y le acusan a él, a Pilatos, de no

ser amigo de César porque, por algún motivo oscuro e inconfesable, quieren el pellejo de uno de sus conciudadanos y él no se lo quiere dar. Todo eso es muy fuerte y ya verán. Ahora la suerte de Jesús está decidida, ya no se trata de él: esta entre los dos campos como una pelota de tenis. Han dicho: "Todo el que se hace rey..."; pues bien, Pilatos les va a tomar la palabra.

Pilatos lleva a Jesús fuera y se lo presenta otra vez, disfrazado como está de rey de Carnaval.

"*Pilatos*. — Mirad, *vuestro rey*.

Ellos. — ¡Quita, quita! ¡Crucifícale!

Pilatos. — ¿A vuestro rey voy a crucificar?

Ellos. — No tenemos más rey que César."

Ahí es a donde Pilatos quería llegar, a esa confesión de los grandes sacerdotes. "París bien vale una misa", como dicen los jefes de Estado. Para Pilatos, nadie duda de que tal reniego de las pretensiones nacionales de Israel bien valía la ejecución de un inocente. "Entonces se lo entregó para que fuera crucificado. Tomaron a Jesús, que, cargándose la cruz, salió de la ciudad..."

Los grandes sacerdotes habían renegado de todo: del Reino de Dios, de la dinastía de David, del honor del culto al Dios único, pues sabían muy bien que reconocer a César como rey suyo era adorarle; de su propia Ley, de todo lo que constituía la gloria de su nación y su predestinación. Pero su odio estaba satisfecho: Jesús salía de la ciudad como excomulgado, iba a ser colgado del palo. ¡Ah! Cuando el odio entra en el corazón y lo gobierna enteramente, mejor callar, huir, esconderse, desaparecer, hacerse el muerto, o bien aceptar por adelantado renegar de lo más querido, y ante todo del honor.

* * *

81 Hace casi treinta años que no he vuelto a Viena. Una de las más poderosas razones que me impulsan a volver es ir a ver el gran cuadro de Brueghel el Viejo llamado *Jesús con la cruz a cuestas.* Por lo que recuerdo, se diría de lejos un inmenso ramillete de flores. Al acercarse, uno descubre que cada una de esas "flores" es un medallón tratado como miniatura que representa una escena diferente. Entonces se va de descubrimiento en descubrimiento. No recuerdo los detalles, o más bien he vivido tanto con ese cuadro en mi corazón y me ha acompañado tanto, que seguramente he inventado detalles: hay un hombre asaltado por ladrones, una mujer abandonada, un hombre asesinado por la espalda, una madre que tiene en sus rodillas el cadáver de su niñito, un leproso con sus sonajas, una mujer que pare con dolor, un agonizante en su lecho de muerte, un acusado ante sus jueces, un condenado al que van a ahorcar, y prescindo de tantos como invento, pero del significado del cuadro me acuerdo muy bien: es un inventario del dolor humano. Ahora bien, entre todos los medallones, tratado como cualquiera de ellos, ni siquiera en el centro del cuadro, sino perdido entre la masa al azar, está Jesús con la cruz a cuestas.

Brueghel había comprendido que no hay ya angustia, que no hay ya apuro en el

mundo en que no pueda tener parte Jesucristo: es uno de nosotros en la miseria común, pero ninguno de nosotros tiene poder para impedir que Jesucristo sea nuestro compañero de miseria. Ha entrado en la miseria del hombre, hasta el punto de que ya no hay, en verdad, ningún dolor humano en este mundo que sea del todo solitario. Ha roto la soledad de nuestra desgracia. En Jesucristo con la cruz a cuestas, Dios ha entrado por refracción en todas nuestras penas. Los antiguos judíos habían adivinado muy bien que no hay Dios más cercano a los hombres que nuestro Dios, pero no habían adivinado hasta qué punto era posible, ni cómo se haría. Las antiguas mitologías también habían adivinado que la divinidad busca la familiaridad de los hombres, y habían inventado esa familiaridad por medio de las pasiones humanas, sensualidades o cóleras. Pero que Dios comulgue con los hombres en el dolor y en la muerte, no puede ser más que una invención divina, y para mí es el sello supremo de la verdadera religión, el signo de un amor propiamente divino; el sacramento de la libertad y de la invención divinas en su amor por nosotros.

Así el plan de Dios, con vistas al establecimiento de su Reino universal, se cumplía, pero también se cumplía el plan de los enemigos de Jesús. Ahí me obsesiona el cuadro de Brueghel. Excomulgado, Jesús sale de Jerusalén para morir, pero funda definitivamente y hasta la eternidad una nueva Jerusalén, que antes de ser una Jerusalén de gloria es una Jerusalén del dolor, una nueva y solemne comunión de Dios con los hombres, la comunión de los miserables, por y a través de la comunión interminable de su santa Pasión.

Los Evangelios refieren que, en esta vía dolorosa, Jesús iba acompañado por dos malhechores, igualmente condenados a muerte, y que, como él, llevaban cada cual su cruz. Las cruces eran pesadas. Estando Jesús extenuado por la angustia de la noche precedente, y los ultrajes de su proceso y el suplicio de la flagelación, tuvieron miedo de que no llegara al extremo y requirieron por el camino los servicios de un hombre que volvía del campo. Así fue cómo Simón el Cirineo ayudó a Jesús a llevar su cruz; este humilde campesino, requisado por la policía, a causa de su vigor físico y de la bajeza de su condición social, se ha convertido en la imagen de todos los místicos cristianos. Pues la Pasión de Jesucristo tiene dos sentidos: es cierto que, por ella, Dios entra por refracción en nuestra pena humana, pero también nos es posible, por amor, entrar en la Pasión de Jesucristo, compartirla con nuestra compasión. La santidad cristiana es ante todo esa compasión experimentada hacia Jesús sufriendo y muriendo. El gesto elemental de la santidad cristiana será siempre el de Simón Cireneo: ayudar a Jesús a llevar su cruz.

Cierto que esta comunión de los miserables, que gravita en torno de Cristo ultrajado, no quiero decir que sea una segunda Iglesia católica que doble a la primera. Solamente afirmo que la significación y la gracia de la Pasión de Jesucristo se extienden, sin acepción de personas, a la humanidad entera: ese asunto sangriento que es la muerte de Jesús resulta asunto de todo hombre nacido de mujer. ¿Qué sería la misma Iglesia católica sin la Pasión y la muerte de Jesús, de que ella ha nacido? Quiero decir solamente lo que sabe cualquier niño de catecismo, que la misma catolicidad de la Iglesia está agujereada de puertas escondidas, que ningún destino se hace plenamente cristiano sino remontándose a la fuente de la Iglesia que es Cristo en la cruz. Por ejemplo, ¿quién puede medir lo que la agonía, larga, dolorosa, heroica, de Juan XXIII, ha añadido al Pontificado de Juan XXIII? Desde el punto de vista jurídico, nada, absolutamente nada: estaba bautizado, era sacerdote, obispo de Roma, papa, como cualquier otro de sus predecesores. Y sin embargo, cuando, en su lecho de muerte, invocaba a grandes gritos el Concilio ecuménico y la unidad de la Iglesia, esa oración, en ese momento y en esos labios, llegaba mucho más lejos que una encíclica.

Por lo demás, en ese momento en que Jesús condenado a muerte sube las laderas del Calvario, ¿quién es ese hombre a su lado que le ayuda a llevar la cruz? No es ni el papa ni un obispo. El primer papa y los primeros obispos, salvo Juan, no están allí. ¿Dónde están? Los Evangelios no lo dicen, pero el hecho es que no están allí.

Unos años después, cuando el propio primer papa también sea condenado a ser crucificado, y, efectivamente, sea ejecutado cabeza abajo, esa muerte no añadirá nada a su jurisdicción pastoral, a su poder de orden, a su autoridad de papa. No es en cuanto a papa, ni aun en cuanto bautizado, cómo sufre y se muere. Es en cuanto hombre, en el aspecto más común, más universal, casi diría más bajo de la naturaleza humana, pues, en definitiva, también los animales sufren y mueren. Pero el martirio de san Pedro, primer papa, le hizo gloriosamente entrar, en buen sitio en la profunda comunión de la desgracia y de los miserables, consagrada por la Pasión de Jesucristo. El primer papa no estaba en el Gólgota, no perdía nada con esperar. La dignidad suprema e íntima del hombre está en comulgar con Cristo crucificado. Así, Simón el Cireneo no era papa, ni obispo, pero estaba en el Calvario, y en el lado bueno, por otra parte, debido a un azar y quizás a su pesar. No puedo menos de creer que es el jefe y el representante de una multitud innumerable, a través de los siglos, que ayuda y asiste a Jesús en su Pasión, sin saber siquiera quién es. Es fácil dar la lista de todos los obispos del mundo y aun de todos los sacerdotes: Simón el Cireneo no está inscrito en ningún registro. Se contenta con ayudar a Jesús a llevar la cruz. Ese privilegio abierto a todos es lo que me ha hecho comprender el cuadro de Brueghel el Viejo.

Lucas cuenta: "Y cuando se le llevaban, echaron mano de un tal Simón Cireneo, que volvía del campo, y le cargaron con la cruz para que la llevara detrás de Jesús. Le seguía una gran muchedumbre del pueblo, y mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él. Pero Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: —Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más Bien por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque veréis que vendrán días en que diréis: 'Felices las estériles y los vientres que no tuvieron hijos y los pechos que no criaron.' Entonces empezarán a decir a las montañas: 'Caed sobre nosotros'; y a los cerros: 'Ocultadnos'. Porque si con el tronco verde hacen esto, ¿qué ocurrirá con el seco? —. Llevaban también otros dos criminales para ser ejecutados con él". (Lc. 23,26-32)

¿Quiénes eran esas "mujeres de Jerusalén"? ¿Discípulas de Jesús? Tal vez, Tal vez también simples mujeres conmovidas por la desgracia de ese hombre. Más verosímilmente aún, una cofradía de plañideras que acostumbraban a acompañar los siniestros cortejos de los condenados. En tales circunstancias, parece que todo el honor de la humanidad esté entre las manos de las mujeres. Pues, en definitiva, aparte de Simón el Cireneo, aparte de san Juan, aparte, enseguida, del buen ladrón, uno, de los dos malhechores condenados con él, los hombres sólo están ahí en cuanto verdugos o en cuanto curiosos; los grandes sacerdotes y los escribas, están ahí para disfrutar de la derrota de Jesucristo, para recoger triunfalmente el último soplo de su adversario vencido.

Esas mujeres, en cambio, están ahí por compasión, para llorar. Tras su breve conversación con Pilatos, Jesús ha callado. Sale del silencio para hablar. Les advierte la catástrofe que va a caer sobre Jerusalén, y añade, de tan natural como era para él el genio de la parábola: "Si con el tronco verde hacen esto, ¿qué ocurrirá con el seco?" Lo que quiere decir lo mismo que la madera viva y llena de savia no está hecha para quemar, tampoco el inocente merece castigo. Sólo a la madera seca se la destina al fuego, igual que el culpable es enviado al castigo. Pero si se llega a castigar al inocente y a quemar la madera verde, ¿qué será de la madera seca y de los pecadores? Evidentemente, se trata ante todo de Jerusalén, pero más allá de Jerusalén, se trata de todos nosotros. Jesús no vino en absoluto para eliminar del destino

humano la desgracia, el sufrimiento y la muerte, sino sólo para dar el sentido de una comunión suprema cuyo centro de gravitación es él. Él, inocente, soportó voluntariamente la desdicha, el sufrimiento y la muerte, aunque no merecía nada de eso. ¿Por qué asombrarnos de tener que sufrirlo, si somos pecadores? Lo asombroso es que después del Gólgota le podemos dar un sentido.

Jesús dice a las mujeres: "Llorad por vuestros hijos." Comprendo muy bien que la muerte de un, niñito subleve el alma. No hay ningún razonamiento. Sin embargo, un niño, por inocente que sea, lo es menos que Jesucristo: es madera menos verde. Pero no se trata de explicar y de "justificar" la muerte de los niños inocentes. Jesucristo no explica tampoco su propia muerte: ¿acaso se rebela tampoco? Sin embargo, nos damos cuenta de que si hay un secreto perdido que, sin traicionar a la justicia, sin renegar del honor de la solidaridad humana, pueda hacernos, no ya comprender, que es imposible, sino hacemos aceptar sin blasfemia la muerte de un niñito, es en el camino de la Cruz donde se debe hallar, precisamente tal vez porque Jesús no se contentó con trazar esa vía dolorosa en el plano y señalar sus hitos, sino que la abrió y la holló él mismo con su pesada carga; se metió en ella con paso firme, y la recorrió hasta el final.

Para el espíritu que se plantea todo el problema del mal con ocasión de la muerte de un niño, no hay respuesta adecuada, porque en este mundo no hay consuelo adecuado a tal desgracia. Sólo hay ese hombre cuyo camino se cruza con el nuestro y que lleva su cruz. Tampoco responde a nuestra ansiedad: no nos prohíbe llorar, y más bien nos lo recomienda: "Llorad por vuestros hijos", dice. Pero por lo menos, lo que se llama el problema del mal, se ha convertido en su cruz, y él morirá encima. El cristianismo no es una panoplia armoniosa y completa de, respuestas prefabricadas; es un acoso de preguntas plantadas en plena carne. Es verdad que la cruz de cada cual de nosotros tiene forma de interrogación. Quizá no se nos pide encontrar la respuesta, sino aguantar honrosamente la pregunta hasta nuestro último aliento. La respuesta está más allá del mundo.

Ahí está, pues, Jesús, en el camino del Calvario. Ese hombre que tanto ha hablado, ya casi no habla. Su hora ha llegado definitivamente. Va a sellar con su desdicha sagrada y personal el más alto mensaje de heroísmo y de paciencia que los hombres hayan oído nunca. ¿Ha tenido razón? ¿No ha tenido razón? Al menos, paga con su persona. Y eso es lo que, más allá de nuestro espíritu razonador, inclina al menos nuestro corazón a desear que haya tenido razón.

* * *

82 El largo cortejo había llegado al término y la multitud cubría la colina. Comenzó la ejecución. En nuestras sociedades modernas, el proceso es más largo, pero generalmente la ejecución es breve: Guillotina, garrote, silla eléctrica, horca, bala en la nuca o fusilamiento en el poste, todo eso es rápido como un sueño. Pero la ejecución por crucifixión no se acababa. Ésta durará tres horas y será considerada como excepcionalmente corta: Es la muerte de un hombre dada como espectáculo, y el espectáculo debe ser largo.

La cruz es patíbulo, es también picota; la prueba es que se elevaba en lo alto de la cruz un letrero explicando el motivo de la condena. "Escribió también Pilatos un letrero, y lo puso

encima de la cruz: decía: *Jesús de Nazaret, el rey de los judíos.* Leyeron entonces el letrero muchos judíos, porque el lugar donde crucificaron a Jesús era cercano; y estaba escrito en hebreo, latín y griego. Le dijeron entonces a Pilatos los grandes sacerdotes de los judíos: —No escribas *El rey de los judíos*, sino que él dijo *Soy rey de los judíos*—. Pilatos contestó: —Lo escrito, escrito está." (Jn. 19,19-21)

Pilatos está desbordado. No porque le han forzado la mano y ha condenado a un inocente; después de todo, es hombre de Estado, y para él una injusticia vale más que el desorden. Lo que no perdona a los grandes sacerdotes es la amenaza de apelar contra él a César. Han llegado a decir: "No tenemos más rey que César." Así esa vieja historia de un reino judío que también, fuera Reino de Dios, esa historia que acosa la imaginación judía desde hace un milenio, ahí se ha acabado, liquidada, con la muerte de ese irrisorio pretendiente. Que pongan, pues, al *Rey de los ju*díos en la picota, que todos y cada uno, al entrar en Jerusalén o a salir, sepan que el Rey de los judíos ha muerto de mala manera, y que en lo sucesivo, en ese pequeño rincón de la tierra, sólo reina César.

Sé que, cuando se explica el otro lado de la historia, los incrédulos nos acusan de novelar. Pero no es novela que Jesús quisiera morir crucificado, que fundara su Imperio universal en la crucifixión ("Yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí")(Jn. 12,32), que, en el domingo de Ramos y hasta ante Pilatos, reivindicara el titulo de Rey de los judíos, y que siempre pretendiera instaurar en la tierra ese Reino de Dios prometido efectivamente a los judíos hacía dos milenios. El hecho de que Pilatos, desde el rastrero punto de vista de un administrador vengativo, subrayara con su rótulo la pretensión de Jesús, y más que su pretensión, su afirmación, es un hallazgo inexplicable si no por la intervención directa del Dueño de la historia, en el plano de una puesta en escena de la historia que domina a la historia y al desarrollo del tiempo.

A la luz de las profecías judías, vamos a verlo cada vez más, la crucifixión cumple la Realeza de Jesús; es su consagración. El letrero clavado en lo alto de la cruz por orden de Pilatos lo dice a su manera. Sin saberlo, Pilatos *profetiza* como Caifás profetizó "que Jesús tenía que morir por la nación, y no sólo por la nación, sino también para juntar en unidad a los hijos de Dios dispersos". (Jn. 11,51-52)

No, todo eso, aunque con doble sentido, no es en absoluto un cuento, y, por el momento, el sentido literal es espantoso. Jesucristo fue crucificado realmente. Aquí, mi valentía no va más allá que para copiar lo que escribe un honrado exégeta, el P. Lagrange: "Los prímeros cristianos tenían horror de representar a Cristo en la cruz, pues habían visto con sus propios ojos esos pobres cuerpos completamente desnudos, sujetos a una tosca peana coronada por una barra transversal en T, con las manos clavadas a ese patíbulo, y los pies también sujetos con clavos, el cuerpo desplomándose por su propio peso, con la cabeza desplomada; perros atraídos por el olor de la sangre devoraban los pies, buitres se cernían sobre esa carniceria, y el paciente, agotado por las torturas, abrasándose de sed, llamaba a la muerte con gritos inarticulados. Era el suplicio de los esclavos y de los bandidos. Fue el que soportó Jesús... Le crucificaron, pues, clavándole primero las manos al patíbulo, que levantaron luego sobre la peana, sacudiendo su cuerpo dolorido sin preocuparse. Los Padres no se han escandalizado por una desnudez completa. Sin embargo, como los indios preservaban de ella incluso a los sometidos a suplicio, es de creer que los romanos respetaron su costumbre12. Cuando empezaron a crucificar a Jesús, era poco más de mediodía...

---

12 Más adelante, el P. Bruckberger se muestra de opinión diversa que el P. Lagrange, en este

Entonces crucificaron también a los dos bandidos, uno a la derecha, otro a la izquierda. Fue la última burla de los soldados al Rey de los judíos: unos salteadores de caminos tenían los puestos de honor junto a él. Isaías había anunciado que se le contaría entre los malhechores."

Así continúa el doble sentido. La profecía a que se ha aludido es el final de *Canto del Servidor de Yahvé,* canto que he citado en ocasión del lavatorio de los pies de los apóstoles por Jesús. Nadie duda que ese canto mesiánico tenga a la vez el sentido de una redención universal de los pecados, de una suprema humillación del Mesías en sufrimiento, pero también de su triunfo final y supremo: la cruz de Jesús es su trono. "Con sus sufrimientos, mi Servidor justificará a muchedumbres, abrumándose él mismo bajo sus pecados. Por eso le daré esas multitudes, y compartirá los trofeos con los héroes, porque se entregó él mismo a la muerte y se le contó entre los malhechores, al sobrellevar los pecados de la multitud e interceder por los pecadores." (Is- 53,11-12)

He ahí, pues, plantado en medio del mundo, el árbol de la Cruz, con su fruto llegado a madurez. Ahí es donde hay que ver la culminación de toda la vida y aun de todas las palabras de Jesucristo, en primer lugar, la culminación de sus parábolas sobre la Semilla. Ahí hay que ver también la culminación de toda la tradición de Israel, que se remonta a la promesa hecha a la semilla de Abraham, y sin duda hasta la historia del Paraíso terrestre, donde el Árbol de la Vida estaba plantado en medio del jardín, donde, tras la caída, se declaró enemistad entre la semilla de la Serpiente y la semilla del hombre. La semilla de Abraham es ahora el Árbol de Vida plantado en el nuevo jardín, es el desarrollo normal del Reino de Dios: "¿A que se parece el Reino de Dios, y a qué lo compararé? Se parece a un grano de mostaza, que un hombre tomó y echó en su jardín (la Semilla, el jardín), y creció, haciéndose un árbol, y los pájaros del cielo se cobijaron en sus ramas". (Lc. 13,18-19)

Olvidemos que somos cartesianos o aritméticos, olvidemos nuestra lógica a flor de realidad, entremos en una dialéctica más profunda y más verdadera, la de la vida. Es verdad que la encina adulta esta virtualmente contenida en la bellota, y que la encina más majestuosa no es sino la bellota, más todo el cielo y toda la tierra; la bellota más la aventura de esa semilla viva. La encina no puede renegar de sus orígenes, pero tampoco puede renegar de la tierra que la sostiene y del cielo al que abraza. Tal es Jesús en la cruz, plantado en la tierra de Israel y abrazando el cielo. El jardín, la Semilla, el Árbol, son símbolos reales que acosan toda la historia de Israel, desde el primer jardín donde pecó Adán, hasta este otro jardín donde va a morir el segundo Adán, rescatando por nueva generación a toda la raza humana, por la Cruz que se ha plantado en él y se hace eje del universo.

Et ce songe était tel que Booz vit un chêne

Qui, sorti de son ventre, allait jusqu'au ciel bleu;

Une race y montait, comme une longue chaîne,

Un roi chantait en bas, en haut mourait un Dieu. *(Victor Hugo)*

("Y ese sueño era que Booz vio una encina — que, salida de su vientre, llegaba al

---

punto. (N. del T.)

cielo azul; — una raza subia por ella como una larga cadena, — un rey cantaba abajo, un Dios moría en lo alto.")

La identidad poética y mística de Israel con un árbol, como con la Semilla milagrosa (divina) de Abraham, siempre fue proclamada por los judíos, incluso en la Edad Media por los grandes rabinos, al menos por los que no racionalizaron demasiado (como Maimónides) su religión. Yehudá Haleví, el príncipe de los poetas judíos en el siglo XI, explica así la Diáspora, sin que parezca darse cuenta de cuánto se aplica su texto a la reunión de la humanidad en torno a la Cruz: "Es un secreto y sabio designio de Dios: así, de la Sabiduría escondída en la *Semilla* hundida en el suelo, donde, invisible a la mirada, parece fundirse con la tierra y el agua; pero, al final, la Semilla transforma tierra y agua en su propia sustancia, purifíca los elementos y da *fruto*... Así las naciones alfombran el camino al Mesías esperado, que es el *Fruto,* pues todos sirven a su *Fruto.* Y si lo reconocen todas, no serán más que *un solo Árbol."13*

Nunca he leído una definición más bella de la catolicidad ideal de la Iglesia: es el Árbol de la Cruz identificándose a las naciones y rescatándolas con *su Fruto.*

El odio, la envidia, los celos, están sumergidos en el tiempo; Viven, no ya a la semana, sino al día. El genio poético y la profecía transcienden el tiempo y sus peripecias. Los enemigos de Jesucristo creen triunfar: su plan miserable y mezquino, su plan de juristas maliciosos, les ha salido bien; ya tienen a Jesús colgado del palo según la maldición de la Ley. Y sin embargo, en la misma realidad, exactamente la misma, se cumplen al mismo tiempo la Profecía y la Promesa. La *Semilla* de Abraham, en quien son benditas eternamente todas las naciones, ahí está, convertida en *Árbol* en la montaña, dando *Fruto,* según la famosa antífona del tiempo de Adviento: "Oh raíz de jessé, plantada como bandera para los pueblos, los reyes te miran y se llevan la mano a los labios, y las naciones vienen a suplicarte". Sí, el Árbol de Israel, a quien, según el poema de Yehudá Haleví, deben incorporarse todas las naciones para participar en la bendición de su Fruto, es Jesucristo en la cruz. Es lo que sabemos y confesamos nosotros los cristianos: Dios ha cumplido su palabra dada a Abraham, y todos nosotros, cristianos, judíos, hombres, mujeres, somos benditos, si lo queremos, en Jesús crucificado.

Es lo que, en su lenguaje admirablemente preciso, llama Pablo "el Israel de Dios": "Para mí, nada de gloriarse sino sólo en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo también para el mundo. Pues [en Jesucristo] ¿qué es la circuncisión ni la no—circuncisión, sino la nueva creación? Y a cuantos sigan esta regla, paz y misericordia, y al Israel de Dios. Por lo demás, que nadie me moleste: llevo en mi cuerpo los estigmas de Jesús".

Puesto que, en este apartado de mi libro, he decidido entregarme a las citas, he aquí también la invocación de Claudel al Árbol, donde escucho mil resonancias de la antigua profecía:

¡Oh Árbol, acógeme! He salido solo de la protección de tus ramas, y ahora vuelvo solo hacia ti, ¡oh padre mío inmóvil!

Vuelve a recibirme bajo tu sombra, ¡oh hijo de la Tierra! ¡Oh madera, en esta hora de angustia! ¡Oh tú, murmullo, hazme parte!

---

13 Citado por Léon Poliakov: *De mahomet aux, Marranes,* pag.101)

¡De esa palabra que soy, y cuyo horrible esfuerzo siento en mí!

Tú, no eres más que un esfuerzo continuo, el tirón asiduo de tu cuerpo saliéndose de la materia inanimada.

¡Cómo manas la tierra, anciano,

Hundiendo, extendiendo por todas partes tus raíces fuertes y sutiles! Y el cielo, ¡cómo te agarras a él, cómo te ciñes entero

A su aspiración en una hoja inmensa, Forma de Fuego!

La tierra inagotable en el abrazo de todas las raíces de tu ser.

Y el cielo infinito con el sol, con los astros en el movimiento del Año, A que te aferras con esta boca hecha de todos tus brazos, con el ramillete de tu cuerpo, agarrándolo con cuanto respira en ti.

¡La tierra y el cielo enteros hacen falta para que te yergas derecho!

Igual, ¡siga yo en pie! ¡No pierda mi alma!

Esta savia esencial, esta humedad interior de mí mismo, esta efervescencia

Que tienen debajo a la persona que soy yo, ¡no la pierda en un vano matorral de hierba y de flores! ¡Crezca yo en mi unidad! ...

Aquí el poeta se extravía y su Árbol es aún pagano. Ya no hay en el mundo más que una sola manera de erguirse derecho sin orgullo y sin rigidez, y es estar clavado en la misma cruz que Jesús crucificado. Es la Ley quien muere por haber clavado a Dios en la madera. Dios no muere. "Yo, por la Ley, he muerto a la Ley para vivir en Dios. Estoy crucificado con Cristo. Ya no vivo yo, sino que vive en mí Cristo. Lo que vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios que me ha amado y se ha entregado por mí. No renegaré de la gracia de Dios, pues si la justificación es por la Ley, entonces Cristo murió por nada." (Gal. 2,19-21)

¿Cristo murió por nada? A esa pregunta, en la medida en que se la hacen, el judaísmo tradicional y el mundo moderno responden que, en efecto, murió por nada. Bajo la influencia de los fariseos, el judaísmo de después de la ruina de Jerusalén se aferró celosamente a una Ley que había asesinado al Mesías–Dios. Prefirió la servidumbre y la culpabilidad de la Ley a la liberación del pecado y a la gracia aportadas por Jesús en la cruz, El mundo moderno también prefiere el Antiguo Testamento al Nuevo: la literatura moderna esta llena de confesiones de culpabilidad del hombre. Pero no se reniega de la gracia de Dios. En el fondo, los hombres pierden fácilmente el gusto mismo de su libertad: he conocido hombres que, en el fondo de espantosas mazmorras, y teniendo una vez la posibilidad de evadirse, han rehusado hacerlo. "¿Para qué?", decían. Y también por miedo al riesgo. Pues una liberación siempre es un riesgo a correr, y la liberación del pecado por y a través la Cruz de Jesucristo, es el riesgo supremo del hombre. Quien no lo ve, no comprende nada del cristianismo.

Jesús, clavado en la cruz, habla a la faz del cielo. Habló a judas, habló a Caifás, habló a Pilatos, acaba de hablar a las hijas de Jerusalén, y ahora, levantado de la tierra, sus primeras

palabras son para Dios: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen". (Lc. 23,24) Las primeras palabras de Jesús en la cruz, en efecto, son para liberar al hombre de la carga de su culpabilidad. No se puede dejar de admirar la grandeza y la generosidad de esta oración. Mientras se trataba sólo de él, la oración de Cristo era condicional: "¡Padre, sí es posible, que se aparte de mí este cáliz!". Ahora que se trata de sus enemigos y sus verdugos, la oración de Cristo se hace imperativa: "¡Padre, perdona!". Nunca sabremos —porque habitualmente no estamos muy interesados en enterarnos— del bien que podemos hacer a nuestros enemigos, sencillamente con una oración de orden a Dios. Cristo añade este juicio, que no es sólo de misericordia sino de verdad, pues expresa muy bien la tristeza de la condición humana: "No saben lo que hacen".

Es cierto a la letra: esa gente no sabe lo que hace. San Pedro lo subrayará de nuevo después de la Resurrección: "Hermanos, sé que lo hicisteis así por ignorancia, y lo mismo vuestros jefes. Pero Dios cumplió así lo que anunció antes por boca de todos los profetas, que su Cristo sufriría". (Hch. 3,17-18) Siempre el sentido redoblado. Así el plan malicioso de los hombres ha coincidido exactamente con el designio misericordioso de Dios. Los enemigos de Cristo eran criminales, pero creían vulgar su crimen, ignoraban la sublime correspondencia que les elevaba al plano de la instrumentación profética. Ciegos, ciertamente, no sabían, tampoco querían saber, que Jesús fue el Señor de la gloria. Esa inconsciencia y esa ambigüedad son trágicas: hasta en su crimen, son instrumentos de una profecía necesaria e infalible, que les supera. No les excusa, con todo, como tampoco quedan excusados los que persiguen a los santos, a los pobres, a los desgraciados sin defensa.

En cuanto a Dios, que perdone a esos criminales, tal es la primera súplica de Jesús en la cruz. ¿Por qué prodigiosa aberración, en clara contradicción con esas solemnes palabras, a lo largo de los siglos posteriores, habrá cristianos que se encarnicen con el pueblo judío, bajo el pretexto de vengar el asesinato de Jesucristo? ¡Bendita sea esa imperiosa súplica de Jesús a su Padre, bendita sea para los judíos, bendita sea para todos nosotros, incluso y sobre todo si preferimos nuestra culpabilidad a nuestra liberación! No sabemos bien lo que hacemos y tenemos mucha necesidad de perdón. Los reyes miran a Cristo en la cruz, levantado en la montaña como una bandera, los reyes se llevan la mano a la boca, pero Dios también mira a su Hijo ahorcado en el Árbol de Israel. En el nombre de la Ley, se exige que le maldiga, pero él no puede maldecir a su Hijo amado: la Ley es la que está deshonrada, y ahora todos los que apelan a Cristo son los que pueden sobrevivir fuera de la Ley.

Pero él, Dios, tampoco maldecirá a Israel, es su Semilla elegida, su Viña mimada; él juzgara al Árbol por su fruto, y, por doloroso que sea, ese Fruto es Jesucristo. Dios mismo es quien ha sembrado el Árbol de Israel, nunca lo olvidará, aunque continúe su querella secular con la raza de Abraham; ante la Cruz cargada del peso de su Hijo que también es hijo de Israel, se podrían poner en labios de Dios estas palabras trágicas:

Al fin creció y creció, y dio fruto, dio fruto,

Hasta que con el tiempo

Se volvió una horca, y tuvo a nuestro hijo,

Tuvo tu fruto y el mío...

At last it grew and grew, and bore and bore,

Till at the length,

It grew a gallows, and did bear our son,

It bore thy fruit and mine...

Esta desgarradora queja de un padre en *The spanish tragedy* termina en imprecación: *O wicked, wicked plant!* Pero la Cruz, por el contrario, vuelve del revés todas las maldiciones. Ese árbol es bendito para siempre por su fruto.

* * *

83 Juan prosigue su relato: "Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, tomaron sus ropas e hicieron cuatro partes, cada una para un soldado, la túnica. Pero era una túnica sin costura, tejida entera de una pieza de arriba a abajo. Se dijeron entonces: —No la rompamos, sino echemos a suertes de quién será... —".(Jn. 19,23-24) Eso es lo que hicieron los soldados.

Los Evangelios no hablan más que del reparto y sorteo de las ropas entre los soldados lo que implica evidentemente que Jesús fue antes desnudado. La piedad cristiana se ha conmovido mucho por ese momento en que Jesús fue públicamente desnudado lo ha convertido en una estación del Vía Crucis. En realidad, se daba por supuesto. Se desnudaba al condenado antes de crucificarle.

Así, igual que había nacido en Belén, es como iba Jesús a morir: desnudo. El desnudo puede ser ocasión de sensualidad y de placer, y estamos tan obsesionados de erotismo que es en lo primero en que pensamos. Pensándolo bien, la desnudez es más bien el signo de una solemne eficacia: los atletas luchaban desnudos en el estadio, desnudo se pone al paciente en la mesa de operaciones como la victima en el altar, desnudos se metían amontonados a los desgraciados en las cámaras de gas de las ciudades concentracionarias; y si la procreación de un hombre se hace en la desnudez de un cuerpo a cuerpo, es, sin embargo, una cosa bella, grande y solemne esa plantación de un germen de hombre y esa transmisión de la vida. La misma naturaleza se desnuda antes de la pujanza vital de la primavera. Jesús está desnudo como un luchador que afronta a Satán en un combate último, y el aceite que unge su cuerpo es su propia sangre. Abraza la Cruz, y procrea una nueva raza, "una nueva creación", dice san Pablo: remodela y recrea el universo. Es cierto que la Pasión de Jesús y su crucifixión, ese terrible abrazo en desnudez de Jesús con su Cruz, son el instrumento de reconciliación del universo con Dios por la recreación de ese mismo universo.

El desnudamiento de Jesús tiene otra analogía predicha por el mismo Jesús. En la era, el mayal desnuda al grano de su tamo y de su espiga. Desnudo es como su muele el grano para hacer pan, desnudo es echado en tierra para morir en ella, y para dar nacimiento a las

nuevas mieses. Lo mismo pasa con Jesucristo, ahí es donde la paja se separa definitivamente del grano.

Los despojos del supliciado, tradicionalmente, correspondían a sus verdugos. Como la túnica de Jesús era sin costura, y sin duda por ellos particularmente preciosa, los soldados la echaron a suertes, no queriendo partirla. Ese era, pues, el traje acostumbrado de Jesús, su traje de todos los días: un traje excepcionalmente precioso y que les daba envidia a unos soldados y les imponía respeto. En su vida corriente, Jesús, pues, no iba vestido de harapos, como un pobre desgraciado; conviene decirlo porque es verdad.

Los primitivos y los bizantinos representaron a Cristo en la cruz entre el sol y la luna, gobernando todo el cielo y sus constelaciones. Es cierto que, hasta el final, sigue siendo lo que es, señor del universo, dominando infinitamente el tiempo con su eternidad, y hasta el final se cuidará de manifestar esa soberanía; Sobre eso he de volver. Jesús, pues, domina las necesidades de las revoluciones astrales, pero al mismo tiempo, al pie de la Cruz, los soldados juegan a los dados; es extraño verle dominar también el azar y sus juegos. Los Padres de la Iglesia consideraron que la túnica sin costura simbolizaba la unidad de la Iglesia, que no había de desgarrarse bajo ningún pretexto. ¿Llevaban más lejos la analogía, hasta pensar que esa unidad de la Iglesia podía estar entregada al azar? No lo pienso. Pero creo que, para guardar la unidad de la Iglesia o recobrarla, hace falta amarla respetarla, como los soldados apreciaron y respetaron la túnica sin costura lo bastante como para no desgarrarla. Prefirieron la suerte a la estricta justicia. La ley de "a cada uno lo suyo" hubiera exigido la partición. Y esa partición fue lo que no quisieron.

Juan continúa: "junto a la cruz de Jesús estaban su madre, María la de Cleofás y María la Magdalena. Jesús, viendo a su madre, y a su lado al discípulo que tanto quería, dijo a su madre: —¡Mujer, ahí tienes a tu hijo!— Luego dijo al discípulo: —¡Ahí tienes a tu madre!— Y desde esa hora, el discípulo la recibió en su casa". (Jn. 19,25-27)

Aparte del milagro de Caná, tres años antes, y de una breve aparición en que parece que hizo, más que su propia voluntad, el juego de una familia turbulenta y estúpida, no se ha visto mucho a la madre de Jesús, desde que éste se hizo una personalidad publica. Ahí está ahora al pie de la Cruz. Solo entre los Apóstoles, solo entre los obispos de la primitiva Iglesia, completamente solo, Juan se ha recuperado y esta también ahí. En cuanto a María Magdalena, levantaría las montañas por permanecer con su Señor. María, madre de Jesús, va acompañada de una pariente, hermana o prima, llamada también María y mujer de Cleofás. Eso es todo. El pequeño grupo de los fieles sin miedo se aprieta al pie de la Cruz.

Sí, verdaderamente, se puede decir que la Virgen María no estorbó la carrera de su hijo. Ni siquiera estaba allí en Ramos, pero ahí está, intrépida y erguida, dolorosa, al pie del patíbulo.

Stabat Mater dolorosa,

Juxta Crucem lacrymosa,

Dum pendebat Filius.

El nacimiento de Jesús y su muerte en la Cruz, esos son los dos acontecimientos en que el Evangelio asigna a María un lugar de primerísimo plano. Para el nacimiento, es natural, no podía prescindir de una madre. Pero la presencia de María al pie de la Cruz toma más relieve que en el curso de la vida pública, por el hecho de que María apenas está presente si no allí. La piedad cristiana ha meditado profunda y asiduamente el destino de esa mujer: ha buscado todas las implicaciones de gozo y de dolor, de heroísmo y de gloria. Se puede decir que al pie de la Cruz la maternidad espiritual y propiamente divina de María triunfa definitivamente del peso biológico.

Me explicaré.

Lo que veneran los cristianos en la madre de Jesús, es, ciertamente, el hecho físico y natural de su maternidad, con término en la Persona misma del Verbo encarnado. Es verdaderamente madre de Dios, de maternidad física y natural. Ha llevado en sus entrañas la Semilla de Dios, ha estado preñada de Dios, ha traído al mundo a Dios. Pero esa maternidad no se ha limitado a su función física: se ha extendido a ser maternidad espiritual, y en eso merece María ser aún más admirada y honrada. En efecto, una maternidad que permanece puramente en lo biológico toma enseguida el carácter posesivo y tiránico de todo lo biológico. No hay nada honroso en esto. Todos los días vemos esas maternidades destructivas y deshonrosas, que son las plagas de los "hijos de mamá", más despreciables aún que los "hijos de papá". La propia medicina moderna constata los espantosos resultados de esas maternidades abusivas. En la revista americana *Time* de 1 de mayo de 1963 se cuenta una historia muy significativa que he conservado cuidadosamente. hela aquí:

En una clínica de Minnesota, especializada en tratamiento de reeducación de enfermos de polio, llevan un día a un pobre desgraciado en un carrito. Tiene treinta y siete años. Desde los quince años está paralizado en la misma postura, acurrucado sobre sí mismo, con la barbilla en las rodillas. Durante veintidós años no ha cambiado de postura. Su madre, que le ha cuidado con infatigable entrega durante todo ese tiempo, pretende que esa parálisis es consecuencia de una poliomielitis. Entonces, examen de los médicos. Tratamiento, masajes, baños terapéuticos; resultados nulos. La historia del ataque de poliomielitis parece sospechosa. Un día, un médico hace observar que ese hombre de treinta y siete años, por lo demás vigoroso, esta exactamente en la postura del feto desarrollado en el seno de la madre. No se había pensado, pero en cuanto se piensa, es luminoso. Se somete al paciente a sesiones de hipnotismo. Estupor: en la medida en que lo permite una costumbre muscular de veintidós años, los miembros comienzan a flexibilizarse y distenderse. Furor de la madre.

Explicación: a los quince años, el niño, separado por primera vez de su madre, tuvo una bronquitis nerviosa, y luego, de pronto, se encogió y se quedó rígido en una postura de feto en el saco maternal. No menos instintivamente, la madre entró en el juego, y empleó su vida en cuidarle, por lo demás con una devoción que provocó la admiración a su alrededor. "Le quiero tal como esta" (I *like him just the way he is),* repetía de su hijo. Hasta el último momento, se opuso al tratamiento médico, por supuesto que en nombre de su amor maternal absoluto. En efecto, era una madre, no era más que eso. Sin embargo, gracias a la autoridad de un sacerdote, por cierto católico, los médicos lograron curar al viejo bebé de treinta y siete años. No conozco historia que deshinche mejor la literatura del amor maternal. Cierto que la maternidad biológica tiene una función nutricia y por tanto necesaria, en la Primera edad de la vida, pero si luego no se transforma en amor desinteresado, se vuelve pura y simplemente monstruosa.

Ahí es donde volvemos a hallar a la Virgen María, madre de Jesucristo, y donde

descubrimos toda su incomparable grandeza. Nos sentiríamos tentados a deplorar la extrema discreción de los Evangelios sobre ese tema. Para mí, es la prueba deslumbrante del infinito respeto que tuvo ella hacia su hijo, hacia la libertad de su hijo, hacía la misión de su hijo hacia la manera como pensaba cumplir esa misión. Ella fue la primera en comprender quién era él. Supo que el vinculo biológico no le confería ninguna autoridad definitiva sobre él, y que la orden de su Padre celeste sería siempre más fuerte para él que todos los vínculos de la naturaleza humana. Lo admirable fue que los vínculos que unían a Jesucristo a la naturaleza humana (el primero de los cuales, en efecto, fue el cordón umbilical), se convirtieron en los canales mismos de la gracia divina y de nuestra Redención. Por su madre es como está unido en primer lugar Cristo a esa naturaleza humana que vino a purificar, sanear, santificar y salvar.

Prácticamente, durante toda la vida pública de Cristo, su madre desaparece de escena. Sólo reaparece en el Calvario: allí es donde se acabará y cumplirá su misión propia, de maternidad divina. No es un hijo acurrucado sobre sí mismo, en la postura encogida de un feto en el calor y la protección del seno maternal, el que María dio al mundo, es un hombre de pie, plantado bien derecho, con los brazos extendidos, identificado con el Árbol que abraza el cielo. Es tan raro que una madre transcienda voluntariamente la biología, que cabe preguntarse si la Virgen María no es más valiosa aquí que en su dignidad original de Virgen Madre. Ha superado el instinto maternal de la posesión biológica, ha entrado en el don y la generosidad que son de Cristo.

Da a su Hijo liberalmente, como un hermoso fruto; la Cruz le ha reemplazado en su obra maternal de soporte de ese fruto. Se ha desasido de toda propiedad biológica sobre su Hijo para entrar en la pobreza del Reino de Dios. A nadie mejor que a ella se aplica por excelencia la primera Bienaventuranza: "Felices los pobres, porque es vuestro el Reino de Dios". (Lc. 6,20) Se ha empobrecido de su Hijo, y por eso el Reino de Dios es suyo hasta el punto de que guarda sus sellos y es su tornera.

Por supuesto, ¿cómo admitirían los incrédulos la maternidad virginal de María? Y sin embargo, ¿qué tienen que objetar a esa maternidad milagrosa? Nada, sino que la costumbre tiene fuerza de ley y que la ley no puede ser violada. Hay una manera de hacer niños secular, milenaria, universal, y no se debe derogar. Es una actitud jurídica, y lo más bajamente jurídica, casi policíaca, en absoluto filosófica. Pues, mirándolo de cerca, la estructura anatómica del ojo, o incluso una concepción natural, no son menos maravillosas que una concepción virginal; el azar no hace esas cosas. Es notable que los espíritus más refractarios al milagro sean los más rutinarios, los menos poéticos, los menos sensibles también a las maravillas de la naturaleza, a su renovación perpetua, pues, en definitiva, cada día es el primer día del mundo. La nada ¿no asedia todas las cosas hoy como ayer? ¿Acaso todas las cosas son más explicables hoy que ayer?

La Virgen María, por el milagro de su maternidad, había comprendido que ese niño que era suyo no le pertenecía sin embargo, y que el destino de ese hombre la superaría infinitamente. Hela ahí ahora al pie de la Cruz, donde, en efecto, se cumple el destino de ese niño milagroso. "Jesús, viendo a su madre, le dijo: —Mujer..."(Jn. 19,25-27) Es uno de los pasajes de los Evangelios donde se sienten más cohibidos los comentaristas piadosos. Es verdad que el vocativo "¡Mujer!" No tiene entre los semitas nada que no sea normal y cortés, y aun quizás en ese caso es demasiado respetuoso. ¿Qué madre, asistiendo a su hijo moribundo, no querría oírse llamar por él "Madre", por última vez? Y, por otra parte, quien ha vivido en los campos de batalla y en los hospitales de guerra sabe muy bien que el grito que sale naturalmente a los labios de un joven acosado por la muerte es precisamente "¡Madre!". Pues bien, Jesucristo no

murió gritando "¡Madre!", lo que ocurrió fue incluso lo contrario.

Pues lo que siguió fue aún más duro. Jesús elige un sustituto junto a su madre. Elige a aquel de sus discípulos a quien más quería, en realidad, al único de sus discípulos que se encontraba allí. "Mujer, ahí tienes a tu hijo." Cualesquiera que fueran las cualidades de san Juan, cuando se es madre de Jesucristo, de todos modos, es caer desde muy alto. Jesús seguramente habría podido decir las cosas más suavemente; ha elegido decirlas así. Es un duro testamento. Verdaderamente, quiso morir libre de todo vinculo puramente biológico. Eso representa un heroísmo inaudito y, para mí, la expresión más sublime de la virginidad. Por lo demás, para María Magdalena, que según la costumbre, sigue prosternada a los pies de su Maestro, Jesucristo no tiene ni una palabra. No le quedan más que unos minutos que vivir y esos minutos supremos no los entregara a la ternura de las mujeres.

Por duro que fuera, no se puede dudar que la Virgen María aceptó plenamente el testamento de su hijo. Comprendió su sentido. No quiso acaparar o retener a su hijo, volverlo a llevar al seno materno; por el contrario, aceptó contemplarle adulto, en toda su estatura de hombre hecho, desplegado en la cruz (sí, verdaderamente lo contrario de la posición uterina), de pie, crucificado, tendido como la flecha en el arco y ya aspirado por el cielo. Aquí la Virgen María sale definitivamente de toda dialéctica biológica para entrar a su vez en el corazón de la misión de su hijo. Aquí, más aún que en Belén, es modelo de toda maternidad cristiana, su maternidad se hace heroica.

Aceptando de todo corazón el duro testamento que le da su hijo, María entra más profundamente que hasta entonces en su función propia de maternidad divina. Acepta en su propio corazón lo que más cuenta en el corazón de su hijo. Al adoptar como su propio hijo al discípulo al que amaba Jesús, María, en cooperación con Jesús, engendra la obra misma de nuestra redención. Es madre de Dios, llega a serlo aún mas, si puede decirse, al adoptar en su vasta maternidad a la pobre humanidad pecadora. Ve morir a su Hijo, pero comprende lo que pasa en la Cruz: la reconciliación del Universo con Dios, por la purificación y la nueva creación de ese mismo universo.

Su maternidad se ensancha y toma las dimensiones mismas de la obra suprema de su Hijo, la Redención de los pecados. Es verdad que su Hijo no la llamó al morir; la dejó deliberadamente disponible para cada uno de nosotros. Por eso nosotros podemos llamarla con toda confianza: "Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora *y en la hora de nuestra muerte.* Amén".

* * *

84 Jesús habla. El pequeño grupo fiel, bajo el patíbulo, no habla. Ni un sonido sale de los labios de aquel hombre joven y de las tres mujeres. Según la maldición de, la Ley(Deut. 28,34), el espanto les corta el aliento al ver lo que contemplan sus ojos. Juan, que morirá muy viejo, guardara hasta el fin esos recuerdos trágicos. En él, tendrán la precisión que tienen para los ancianos los recuerdos de infancia. Por eso su Evangelio tiene la precisión de un atestado.

Alrededor de la Cruz, los enemigos de Jesús no tienen los mismos motivos para

callarse. Triunfan, no salen de su asombro por triunfar de ese hombre. No pueden contener su satisfacción, sus sarcasmos y su alegría. Es raro, pero es posible, porque lo hemos visto también con nuestros propios ojos, insultar a condenados a muerte en el momento mismo de su ejecución. En realidad, la ejecución de Jesús siguió de tan cerca a su condena que tuvo casi la forma violenta, histérica y demencial, del linchamiento. Hay obligación de percibir hasta qué punto Jesús había trastornado la sociedad a su alrededor, contrariado los intereses, amenazado los privilegios, insultado al fanatismo, para que le odiaran tanto y tan constantemente hasta su patíbulo, hasta ese momento de la muerte en que, habitualmente, el odio depone las armas.

Marcos cuenta: "Y los que andaban por allí le insultaban moviendo la cabeza y diciendo: —¡Eh! Tú que destruías el Templo y lo construías en tres días, sálvate a ti mismo, bajando de la cruz—. (Mc. 15,29-31) Igualmente, los grandes sacerdotes se burlaban de él, diciendo entre ellos, con los sabios: —Ha salvado a otros, y no puede salvarse a sí mismo... Que baje ahora de la cruz el Cristo, el Rey de Israel, para que veamos y creamos—". Es verdaderamente la ilustración del antiguo "¡Ay de los vencidos!". Por desgracia, es muy humano.

Lo que me impresiona es que en ese momento supremo, vuelva aún, y espontáneamente —esta vez como burla—, el recuerdo de la parábola profética en que Jesús identificaba simbólicamente su propio cuerpo con el Templo, sede tradicional de la Gloria de Dios y morada sacra de su Presencia. Los enemigos de Jesús creen burlarse de él y nunca han tenido más razón. El doble sentido continúa. Sí, precisamente es esa parábola la que vuelve aquí, al pie de la Cruz, para intentar convencer a Jesús de impostura. Eso prueba al menos hasta qué punto se había entendido, y cómo se sabía muy bien la pretensión de intimidad personal con Dios que esa analogía de su Cuerpo con el Templo implicaba por parte de Jesús. Pero ¿qué fuerza superior obliga a esos escribas y esos sacerdotes a recordar de Jesús precisamente esa profecía que está a punto de realizarse? ¿Acaso la prudencia más elemental no habría debido incitarles a esperar que hubieran pasado, en efecto, esos "tres días" de que hablan? No pueden menos de presentir la inmensa sorpresa que les espera. Igual que sobre los tormentos que le han sido infligidos, sobre esa injuria contra Jesús se cierne una ironía irrefutable, y precisamente en el día de su muerte.

Añaden: "Que baje ahora de la Cruz ese Cristo, rey de Israel, para que podamos ver y creer". Jesús había hecho bastantes milagros en su vida para que tuviera que hacer todavía éste; sus enemigos no habrían creído tampoco en él. Además, ya no se trata para él de hacer milagros ni de probar su poder. Sólo hizo tantos milagros para que creyeran en él cuando ya no los hiciera, y ha llegado el momento de no hacer más. Ahora se trata para Jesús de dar un sentido a su muerte y de probar por ella, no su poder, sino su amor. Cristo y Rey de Israel, sí que lo es. Su Reino es de amor. El gran pórtico de ese Reino, es el sufrimiento y es la muerte. La cruz de Jesús es su trono; si ahora bajara de él, entonces abdicarla, no sólo de su propia misión, sino del Reino de Dios que es suyo.

El Evangelio sigue anotando el episodio de los dos ladrones crucificados con Jesús: "Uno de los criminales colgados le insultaba: —¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti y a nosotros—. Pero el otro le replicó, regañándole: —¿No temes a Dios, tú que estás en la misma pena? Con nosotros, es justicia, porque recibimos el merecido por lo que hicimos, pero éste no ha hecho nada malo—. Y dijo: —Jesús, acuérdate de mí cuando vayas a tu reino—. Él le dijo: —Te doy mi palabra de que hoy estarás conmigo en el paraíso—".

He ahí, durante la vida mortal de Jesús, la última conversión que hizo, el último

testimonio que se dio a su majestad divina, la última profesión de fe en su calidad de Rey de un Reino que transciende la muerte. Y ¿quién es ese hombre que rinde a nuestro Señor ese último y sublime homenaje? ¿El papa? No; san Pedro llora su reniego, se abruma y se calla. ¿Los Apóstoles? No; aparte de san Juan, ellos tampoco están allí, y luego se verá que los primeros obispos se habían desanimado. Ese último homenaje, claro y público, le llega a Jesús de un hombre a quien no había visto hasta hace tres horas. ¿Qué hombre? Un bandido, crucificado con él, que recibe el pago de sus crímenes, y que, al mismo tiempo confiesa sus crímenes, la justicia de su castigo y la divinidad real de Jesucristo. Es el que la piedad cristiana llama con ternura "el buen ladrón".

No se ve, en los Evangelios, que Jesús haya tratado mucho a los bandidos, no tuvo ocasión. Y he aquí que, en medio día, el último de su vida mortal, su destino se encuentra íntimamente mezclado con el destino de tres bandidos: Barrabás y los dos ladrones crucificados al mismo tiempo que Jesús. Es mucho en unas horas. Jesús ha tomado el lugar de Barrabás en la cruz, o bien Barrabas ha tomado el lugar de Jesús en la libertad. El caso es que Jesús está ahí, crucificado como un bandido, con otros dos bandidos. Otro habría protestado contra tal compañía; Jesús la acepta, y su última conversación es con uno de esos dos miserables. Con su madre o con san Juan, no ha habido conversación, sólo él ha hablado, ellos han callado. Pero con el buen ladrón, en efecto, hay intercambio, ¿y qué intercambio? Algo para dar esperanza a los más caídos de nosotros.

Qui Mariam absolvisti,

Et latronem exaudisti,

Mili quoque spem dedisti.

Ese bandido curtido, de repente, ha visto iluminársele el corazón. Ha visto claro. Desde lo alto de su cruz, todo le apareció de repente, como tras una larga noche el inmenso ensanchamiento del alba. Veía el otro lado de las cosas. Su propio suplicio, el de Jesús, la irrisión suprema de esta ejecución y de esa picota, la derrota evidente de toda gloria temporal, la infamia de ese patíbulo, nada de eso impidió al buen ladrón discernir en su compañero al Mesías-Rey prometido desde hacía dos mil años a Israel, como lo proclamaba, verídicamente por ironía, el letrero de Pilatos.

Hay una familiaridad privilegiada en el hecho de compartir el mismo suplicio. Ni unos amantes en la misma cama, ni unos amigos en la misma mesa, estarán más cerca entre sí que dos soldados en el mismo peligro o dos condenados a muerte ejecutados a la vez. Evidentemente, aun esta triste comunión, cabe rehusarla, y es lo que hace el mal ladrón, que fanfarronea hasta en la cruz. Pero el buen ladrón, que debía conocerle bien, le llama al orden. En una iluminación sobrenatural —tales iluminaciones son más frecuentes de lo que se cree—, el buen ladrón percibe que su oportunidad, la oportunidad de toda su vida, está ahí, en ese lugar de suplicio que se llama Calvario, en hebreo Gólgota. Ve, claro como el día, que sólo ha sido creado, echado al mundo, nacido y vivido, para lo que pasa entonces, para ser, en la suprema agonía, en el suplicio, el deshonor y la muerte, el compañero de Dios y rendir testimonio.

Comprende que su inesperado y sublime compañerismo transforma en gloria la vergüenza de su condición. Ese compañerismo hace de él un profeta; es verdad, el buen ladrón habla como Daniel de ese "hijo de hombre" que muere en la cruz de al lado, habla como el ángel Gabriel mismo habló a María en el momento de la Anunciación: "El Señor

Dios le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob por la eternidad, y su reino no tendrá fin". (Lc. 1,32-33) Si, entre el Ángel que habló a María en la casita de Nazaret y este bandido que tutea a Jesucristo en la cruz como, en el fuego de la batalla, un soldado tutea a otro soldado, la continuidad es perfecta. En ese tono a la vez tierno e imperioso que, en efecto, tienen los soldados bajo el fuego, el bandido dice: "¡Jesús, acuérdate de mí cuando vayas a tu reino!". No suplica, manda. Ese derecho imperial le viene de su compañerismo con Jesús en la Cruz. Al fin y al cabo, nunca será sino el único que use de tal derecho.

Así es como los últimos serán los primeros. Ese bandido comprendió lo que ni Caifás ni Pilatos habían comprendido: que Jesús es verdaderamente Rey, que su Reino no es de este mundo, que el arranque de ese Reino es el sufrimiento y la muerte, que la Cruz de Jesús es su trono, y que ese mismo Jesús, según lo que han dicho los profetas, volverá sobre las nubes del cielo para juzgar a vivos y muertos.

Es de notar que ese negro bandido no elige el momento de los milagros y las aclamaciones populares para confesar la realeza de nuestro Señor. Se burla de la opinión de los grandes sacerdotes, de los escribas y de los pedantes de todas las épocas, que, con los pies bien puestos en la tierra, blasfeman de Jesucristo. No, él eligió el momento de la más extrema humillación y del más total abandono de nuestro Señor. ¡Qué cerca de nuestro corazón está este bandido! Tampoco es por causa de los milagros por lo que queremos creer nosotros en la realeza divina de Jesús. En realidad, el buen ladrón es el único, absolutamente el único que en tal momento confiese públicamente la realeza de Jesús. Hay ahí tal inversión de los valores aparentes, que ese bandido me parece el ejemplo del inconformismo y del espíritu revolucionario. Jesús es Rey por su Cruz, signo de su entrega de amor, más que por sus milagros, signo de su poder.

Sobre el tema de ese bandido, tengo algo que decir. Tras dos mil años de cristianismo y de ciclo litúrgico, me parece que se le podría haber dado un día de fiesta al buen ladrón. La Virgen María, evidentemente, tiene sus fiestas. María Magdalena tiene también la suya, bien merecida, aunque esté perseguida por los exégetas que la han cortado en trozos. San Juan tiene también la suya. Pero hasta los demás apóstoles y el primer papa que, en ese momento, se esconden ahí como topos, tienen sus fiestas en el calendario, y, justamente, porque son las columnas de la Iglesia. Pero para el buen ladrón, nada, el año no tiene bastantes días para él. Debe inquietar a los curas y dar miedo a los panegiristas. No es un feligrés modelo el que sólo entra en la parroquia para su última hora. Evidentemente, no es el tipo de hombre a quien guste encontrar a solas en un bosque. Los romanos le suprimieron, y es probable que nuestras sociedades modernas harían lo mismo. Lo más fuerte es que él es de esa opinión y estima justo su propio castigo. En resumen, es intratable, nada de fiesta para él.

Él, por supuesto, se burla de eso: Le basta ser el compañero de miseria de Jesucristo, su primer mártir, el primero en recibir el bautismo de sangre y de deseo. Ese bandido conservó bastante sentido de la justicia como para indignarse, no de su propio suplicio, que acepta, sino del suplicio infligido a Jesucristo. Con todo, le encuentro ejemplar. No representa nada social junto a Jesús, absolutamente nada, ni la familia, ni la amistad, ni la misión apostólica o sacerdotal, ni la autoridad papal, nada, absolutamente nada, sino el compañerismo por azar en esa crucifixión, y luego esa profesión de fe de los miserables en su Señor, la redención de los pecados concedida a esa profesión de fe, y, finalmente, la promesa del Paraíso hecha por el que es Rey del Paraíso.

En las largas confidencias que hizo la noche anterior, Jesús, dirigiéndose a Dios Padre, dice: "La vida eterna es esta: que te conozcan a ti como el único Dios verdadero, y el que

enviaste, Jesucristo". (Jn. 17,3) Pues bien, el buen ladrón en su cruz, reconoció verdaderamente a Jesucristo como quien es. Su gloria eterna es haberlo confesado en ese momento. Inmediatamente es recompensado: "Hoy estarás conmigo en el paraíso". Entró en el Paraíso el día de Viernes santo, antes que todos los demás santos; su fiesta, evidentemente, es el Viernes santo, y no cabe celebrarla ese día. Pero en el Paraíso está y sigue como único santo canonizado por Jesucristo mismo, aunque no esté en el calendario. Pensándolo bien, ni siquiera se sabe el nombre de ese hombre, ni siquiera nos lo han presentado; ¿cómo podría dar su nombre a un niño como nombre de bautismo? Es un contrabandista del Paraíso.14 1

Y sin embargo, ¿qué cristiano digno de tal nombre no daría todas las realezas de la tierra y su gloria por recibir de Jesús en la cruz la promesa del Paraíso que recibió él? E incluso ¿qué miserable bandido, rechazado por todos, no daría su vida por estar en el lugar de ese buen bandido, y hacer como él su profesión de fe en Jesús Príncipe de los suplicios y Rey del paraíso? María Magdalena, que también había recibido de la misma boca el perdón de los pecados, estaba ahí al pie de la Cruz de su Señor. Oyó la confesión del buen ladrón y la promesa de Jesús; si alguna vez envidió a alguien en el mundo, fue a ese bandido en su cruz y en ese momento.

Un día, en el tiempo de la gran gloria de Jesús, en medio de los milagros, cuando todo el pueblo gritaba: "¡Hosanna!" Una mujer se había acercado a él y le había hecho, para sus dos hijos, la misma súplica que el buen ladrón en su cruz: "Entonces se le acercó la madre de los hijos del Zebedeo, con sus hijos, y se prosternó para pedirle algo. Él le dijo: —¿Qué quieres?—. Ella le dijo: —Di que, en tu reino, estos dos hijos míos se sienten el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda—. Pero Jesús contestó: —No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber?—. Ellos le dijeron: —Podemos—". ¡Ah, presuntuosos! (Mt. 20,20-22)

Otra vez, una madre abusiva, que no ha entendido, una madre impertinente, como lo son casi todas las madres cuando se trata de sus hijos. "Di que, en tu Reino, estos dos hijos míos se sienten el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda." ¡Pero no! Pobre tonta, el sitio de la derecha ya esta reservado a un salteador de caminos.

* * *

85 Evidentemente, la guillotina o una bala en la nuca es algo más expeditivo. Jesús no terminaba de morir. Pero eso era lo que se había querido: sus enemigos disfrutaban con su lenta agonía. En cuanto al grupito de los que le amaban, todo se hacía intolerable para ellos. Para comprenderles, hay que haber visto con los propios ojos una de esas agonías terribles en que los presentes en sus corazones y el agonizante mismo a gritos, acaban por pedir socorro a la muerte. Igual que en ciertos momentos toda la ambición fisiológica del hombre es durar, en otros se trata de acabar cuanto antes. A pesar de todas nuestras diversiones y de la comedia que nos hacemos, somos muy frágiles y miserables... Es

---

14 En España, al menos, tradicionalmente se identifica al Buen Ladrón como San Dimas. *(N. del T.)*

duro, la muerte, en realidad es escandalosa; por mucho que pensemos en ella, sigue siendo imprevisible; por mucho que nos distraigamos de ella, sigue siendo fatal. Admiro a Jesucristo y a cuantos no se desalientan ante la muerte. Con todos sus milagros, con toda su inocencia, todas sus virtudes, con su Divinidad misma, para mí no sería nada si hubiera encontrado el medio de escapar a la muerte. Claro, me quedarían, hacia él, todos los deberes de la religión natural, pero soy poco dado a ellos. Mientras que con Jesucristo la religión no es tanto deber cuanto pasión *(pati divina),* como la amistad o el amor, como la fidelidad del soldado, como el gusto de la justicia, como el honor y todas las cosas que forman la levadura de la vida.

Mientras que, aunque sea mi peor enemigo, el hombre que muere, en el momento en que muere, ya no es más que mi hermano, y estoy desarmado ante él. Con más razón si, como aquí, ese hombre que no he conocido, muerto hace dos mil años, ha muerto libremente, y por mí, y aún más que por mí, en mi lugar. En la guerra pasa a veces que alguien se interpone entre uno y la muerte, y si pasa, uno no lo olvida.

Marcos cuenta: "Al llegar la hora sexta (mediodía), se hizo una tiniebla sobre todo el país hasta la hora novena (las tres). Y a la hora novena, Jesús gritó con una gran voz: —*Eloí, Eloí, lamá sabajtaní?* (Que quiere decir: —Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?—. Algunos de los presentes, al oírlo, dijeron: —Mira, llama a Elías—. Corrió entonces uno a mojar una esponja en vinagre, dándole de beber con una caña, y dijo: —Dejad, veamos si viene Elías a bajarle—". (Mc. 15,33-36)

Hacia mediodía, se había levantado el siroco. El viento que viene del desierto levanta torbellinos negros que se elevan como columnas fúnebres por el cielo, y sostienen encima de todo un pabellón de noche. Los Evangelios anotaron la intensidad el fenómeno como un signo de luto en la naturaleza entera. Es cierto que resulta espantable. Paseándome alrededor de la pequeña ermita que habitaba yo en el Sahara, me ocurrió en pleno día y en unas decenas de segundos verme envuelto por el gran lienzo negro, y, para no, perderme, tuve cuidado de ir palpando a tientas la pista, de vuelta a casa.

Esa noche augural impresionó a los asistentes. Se siente que baja el tono de las voces y que los mismos burlones ya sólo ríen para darse ánimos, como un niño que silba en lo negro. Ese viento es ardiente. Los desgraciados atormentados, ya vacíos de sangre por todas sus heridas, tenían una sed espantosa. Jesús tuvo la humildad de confesarlo: "¡Tengo sed!" dijo. Un soldado tomó la esponja que tapaba el gollete del odre lleno de un vino acre y amargo. Puso la esponja empapada en el extremo de una jabalina y la llevó al alcance de los labios de Jesús. Juan anota que era también una profecía lo que se cumplía así: "Han apagado mi sed con vinagre". (Sal. 48,22) Todo el salmo merece ser leído comparado con el relato de la Pasión, es un lamento que presagia el abandono y los dolores del Servidor de Yahvé.

Pero hay otro salmo que es preciso citar aquí por entero, el salmo 21, cuyo primer versículo entona Jesús: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?". Marcos anota que Jesús gritó eso con voz fuerte en la tiniebla. Cuando se ha oído rezar a moribundos, se sabe muy bien con qué voz atacan muy alto una oración conocida, para continuarla, con los labios cerrados, en la intimidad de sus almas. Es lo que pasó aquí. El populacho no comprendió nada y no retuvo más que la analogía del sonido de la invocación a Dios en arameo y el nombre del profeta Elías, que todos pensaban que volvería para preparar el advenimiento del Mesías. Entonces se burlaron del sueño mesiánico de Jesús, y ese sueño estaba precisamente realizándose. Es verdad que Jesús fundaba con su muerte el Reino de Dios.

Pero los escribas y los sacerdotes debieron palidecer en lo negro. Ellos conocían bien las Escrituras y sabían de memoria el salmo entonado por Jesús. Si uno de ellos continuó mentalmente el recitado con Jesús, debió comprender los asombrosos paralelismos con lo que pasaba ante sus ojos. Personalmente, traduzco por la Vulgata, que sugiere en francés un ritmo más poético de cualquier otra traducción15. Debo decir que, de una traducción a otra, hay diferencias, por lo demás secundarias. Pero aquí no se trata de comparar detalle con detalle, lo que ay que comparar es la puesta en escena de un poema profético con la puesta en escena de una acción trágica, pero real.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

a pesar de mis gritos, mi oración no te alcanza.

Dios mío, de día te grito, y no respondes,

de noche, y no haces caso:

aunque tú habitas en el santuario,

esperanza de Israel.

En ti confiaban nuestros padres,

confiaban y los ponías a salvo;

a ti gritaban, y quedaban libres,

en ti confiaban y no los defraudaste.

Pero yo soy un gusano, no un hombre,

vergüenza de la gente, desprecio del pueblo;

al verme se burlan de mí,

hacen visajes, menean la cabeza:

"Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;

que lo libre si tanto lo quiere".

Tú eres quien me sacó del vientre,

me tenías confiado en los pechos de mi madre;

desde el seno pasé a tus manos,

---

15 Aquí damos la traducción española, sobre el original hebreo, del P. Luis Alonso Schökel, y un equipo de auxiliares. (N. del T.)

desde el vientre materno tú eres mi Dios.

No te quedes lejos, que el peligro está cerca

y nadie me socorre,

Me acorrala una manada de novillos,

me cercan toros de Basán;

abren contra mí las fauces

leones que descuartizan y rugen.

Estoy como agua derramada,

tengo los huesos descoyuntados;

mi corazón, como cera,

se derrite en mis entrañas;

mi garganta está seca como una teja,

la lengua se me pega al paladar;

me aprietas contra el polvo de la muerte.

Me acorrala una jauría de mastines,

me cerca una banda de malhechores:

me taladran las manos y los pies,

puedo contar mis huesos.

Ellos me miran triunfantes,

se reparten mi ropa,

echan a suerte mi túnica.

Pero tú, Señor, no te quedes lejos,

fuerza mía, ven corriendo a ayudarme.

Líbrame de la espada,

a mi única vida, de la garra del mastín;

sálvame de las fauces del león,

a este pobre, de los cuernos del búfalo.

Contaré tu fama a mis hermanos,

en medio de la asamblea, te alabaré.

Fieles del Señor, alabadlo,

linaje de Jacob, glorificadlo,

temedle, linaje de Israel.

Porque no ha sentido desprecio ni repugnancia

ante el pobre desgraciado;

no le ha escondido su rostro,

cuando pidió auxilio, lo escuchó.

Él es mi alabanza en la gran asamblea,

cumpliré mis votos delante de sus fieles.

Los desvalidos comerán hasta saciarse,

alabarán al Señor los que lo buscan,

viva su corazón por siempre.

Lo recordarán y volverán al Señor

hasta de los confines del orbe;

en su presencia se postrarán

las familias de los pueblos.

Porque del Señor es el reino,

él gobierna a los pueblos;

ante él se postraran los que duermen en la tumba,

ante él se inclinarán los que bajan al polvo.

Me hará vivir para él, mi descendencia la servirá,

hablarán del Señor a la generación futura,

contarán su justicia al pueblo que ha de nacer

todo lo que hizo el Señor.

Por muchas razones, en la traducción francesa, he repetido a lo largo del poema su invocación inicial: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Para subrayar las estrofas del poema y reforzar su cadencia. Pero también, por estar aquí en el Evangelio y ya no en el Antiguo Testamento, para recordar las palabras gritadas en alta voz por Jesús. Pues esas palabras escandalizan. Pero por más que se repitan esas palabras, que se dirían desesperadas, no llegan a borrar el sentido triunfal y mesiánico del poema. Está claro que toda la Pasión de Jesucristo desemboca en la gloria de Dios, el homenaje universal de las naciones a Dios, su reconciliación en la alabanza.

Así Jesús, entonando bien alto y con voz fuerte este admirable salmo, permanece hasta el final en el interior de esa puesta en escena, en que la eternidad domina y administra el tiempo, y en que la realidad forma eco a su anunciación. Continua el doble sentido. Pero la realización de la profecía no quita nada a la espantosa realidad del sentido literal. Es verdad que Jesús, al morir y de la manera que muere, cumple las preciosas profecías de Israel. Eso no le impide morir, y sentirse abandonado verdaderamente por Dios, porque lo dice.

Permítaseme citar aquí el comentario del querido P. Lagrange. Me parece que no se puede ser más honrado que él. Y la primera cualidad de toda esta historia de Jesucristo, debe ser la honradez. No hay salvación fuera de la estricta verdad. (Lagrange, *L'Evangile de Jesús-Christ,* comentario sobre la Pasión, págs. 630—631.)

"...Sufría. Rechazado por los jefes de la nación como un blasfemo y entregado a extranjeros, tratado por los romanos como un malhechor, escupido por el populacho, escarnecido como un bandido, abandonado por los suyos, ya no le quedaba más que una pena que soportar en su alma, la más cruel de todas: el abandono de su Padre. Debemos creerlo, porque lo han dicho dos Evangelistas. Lo han dicho, esa es sin duda la prueba indiscutible de su veracidad. Los enemigos de Jesús acababan de insultarle en su confianza en su Dios: "¡No, que se desengañe: Dios le ha abandonado!" Los cristianos deberían tener ese insulto por blasfemia hacia el objeto de su culto, Jesucristo, Hijo de Dios. Entonces, *¿por qué confesar que era verdad? ¿Por qué hacérselo confesar al mismo Jesús gritando en su angustia: "Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?" ¿No era para invitar a sus lectores y a todos los siglos a menear la cabeza con los doctores de Israel en signo de incredulidad? Ellos se atrevieron a decirlo, sin atenuante, sin explicación de ningún género. En este caso, como en los demás, han dicho lo que sabían.* Y esa es también la manifestación más evidente de las buenas razones que tenían para creer en Jesús. Conocían esta palabra, pero no podía quebrantar una convicción firmemente asentada. Era misteriosa; no era una razón para rechazar la evidencia de los milagros y de la resurrección."

"El misterio subsiste para nosotros. Aun en el momento en que el alma de Jesús iba a abandonar su cuerpo, no debemos suponer una especie de desdoblamiento de su personalidad. Siempre es el Hijo de Dios quien habla. Pero la voz humana expresa el sentimiento de su humanidad, de su alma desolada como si Dios se retirara de ella...

"Sólo san Pablo ha tenido autoridad para decir sobre Jesús una palabra que parecía aun más fuerte, y que explica en parte el grito lanzado en el patíbulo. Cargado e n su patíbulo de todos los pecados del mundo, Jesús se había vuelto maldición. Pero nos libraba de la maldición tomándola sobre sí, y la desolación estallaba en gozo en los últimos versículos del salmo cuyas primeras palabras pronunciaba. Las aflicciones del justo, el verdadero Mesías, van a parar a la gloria de Dios. El salmo reproducía por adelantado el desafío irónico de los doctores: "¡Que se abandone a Yahvé y que Él le salve!" Y en efecto, el abandonado se abandona. Sabe que, a costa de eso, todos los confines de la tierra se volverán hacia Dios, y

todas las familias de las naciones se prosternarán ante su rostro".

Evidentemente, es san Pablo quien tiene razón. El abandono por arte de Dios que ha sentido Jesús en la Cruz surgía de la misma maldición de que era objeto por parte Dios. Pues en definitiva, no era por él mismo por lo que moría con la vergonzosa muerte de los esclavos, sino que moría por nosotros y en lugar nuestro, para liberarnos de todas nuestras esclavitudes, y de la misma muerte. Eso se paga, se paga muy caro, el interesarse por la suerte de los demás, y con más razón por la suerte de todos. O el dogma de la redención universal en Jesús crucificado no tiene ningún sentido, o bien tiene ése.

Cuando el vino está hecho, ¿cómo distinguir una uva entre todas las que han contribuido a hacer el vino? Cuando el pan está hecho, ¿cómo distinguir todavía un grano de trigo entre todos los granos de trigo que se han molido juntos, para contribuir a hacer el pan? Ahí sobre el Calvario es donde están el lagar y la muela. Una uva, una sola, salvará toda la vendimia, que estaba amarga y perdida, y purificará todo el vino; pero hace falta que esa uva se mezcle primero con toda la vendimia y sea pisada con ella. Un grano de trigo, uno solo, salvará toda la mies, que estaba perdida y podrida, y purificará el pan, pero antes hace falta que ese grano de trigo se mezcle en toda la cosecha, que no se pueda distinguir de ella, y que sea trillado y molido con ella.

¿Comprenderemos por fin? No es tan difícil comprender, es tan sencillo como la vida y la muerte. Esta maldición de la Ley, sobre la que tanto insiste san Pablo, que cayó sobre Jesús colgado de la madera, y que él percibió como el abandono de Dios mismo, es la primera vuelta de la muela que se pone a mezclar el grano y a aplastarlo. Es el primer pisotón en el lagar, que pisa toda la vendimia. En efecto, toda la humanidad (todos los hombres que haya) es la vendimia y la mies. Cuando esté hecho el vino, cuando esté cocido el pan, todo el vino será puro, todo el pan estará purificado, al salir de ese lagar y ese molino. Pues sólo se harán vino y pan los que, a su vez, hayan entrado libremente en el mismo lagar y bajo la misma muela, que empiezan a funcionar ahí, en esa era homicida.

Ahí es donde se inaugura la comunión de los santos. Se inaugura en atroces sufrimientos, en la maldición de la Ley, en el abandono sentido, de Dios y de todas las criaturas, en la agonía y en la muerte del más hermoso hijo de los hombres. —El buen vino y el buen pan comienzan en ese lagar y en esa muela. Así empiezan la redención y la salvación de la humanidad. Jesús está en el momento en que nadie puede distinguirle de toda la masa de la humanidad pecadora, y por eso se siente tan abandonado.

Por supuesto, es Dios, la segunda Persona de la Trinidad, aun en la Cruz; sigue siendo el Rey del Paraíso, acaba de afirmarlo solemnemente al buen ladrón. Sí, es el mismo hombre, el mismo, agonizando en una cruz como un malhechor, que promete a su compañero de miseria el Paraíso, y para esa tarde mismo, y que ahora reprocha a Dios haberle abandonado.

Aceptamos las contradicciones en los que amamos, e incluso afirmamos que sus contradicciones revelan mejor sus personalidades. Nos es preciso aceptar las contradicciones de Jesús: aquí revelan admirablemente una sola y única personalidad subsistente en dos naturalezas, en efecto, contradictorias. Una de esas dos naturalezas es divina y eterna, y el Paraíso le pertenece por derecho; la otra, humana, es oscura y mortal, sujeta a todos los abandonos.

Lo que se puede y se debe decir, es que Jesús ha jugado el juego de su naturaleza humana sin trampa ninguna y hasta el final. Se ha identificado esa naturaleza humana que era

la suya hasta tal punto que ciertos momentos —como aquí— parece que, para quedarse con nosotros, para estar por completo de nuestro lado de la aventura, ha cortado los puentes detrás de sí. Ese hombre, visiblemente, tiene el carácter de los jefes que se hunden con sus barcos, y no el de esos oficiales de plana mayor que, al sentir hundirse el barco, escapan a nado, como ratas.

No hay angustia, casi diría desesperación, de las que nos acechan, en que no podamos sentir en nuestro hombro su mano fraternal.

* * *

86 Ahora, verdaderamente, es el fin. Desde el seno de su madre, Jesús no ha tenido otro blanco que Dios. Como la flecha aún vibrante, hele ahí clavado en su blanco. Casi ha pasado la hora para la que había venido. Por todas partes a la vez, la muerte se levanta a su alrededor. Sabe que su madre se ha quedado a sus pies, pero no la ve ya. Está bien que ella esté allí, al pie de la Cruz; ella es el punto de partida, y la Cruz es el término del destino mortal de Jesús. El encuentro de María con la Cruz recapitula de manera elíptica todo ese destino. En la luz serena, abstracta y pálida de la muerte, Jesús ve ese destino todo entero, con los ojos del espíritu, y puede seguir la trayectoria infalible. Ese destino es tal como debía ser: no hay nada en exceso, y nada falta tampoco. Como dicen los soldados: *Misión cumplida.*

Ése es el sentido, estoy, seguro de que ese es el sentido de las palabras pronunciadas entonces por Jesús, *Consummatum est!* ante las cuales los traductores vacilan.16 Es una palabra de soldado que ha hecho lo que debía. Es preciso que lo escriba antes de que se haya olvidado por completo lo que es un soldado, y lo que fue David al volver al campamento después de haber derribado, al monstruoso Goliat. Sí, Jesús vuelve a entrar en la eternidad como el joven David en el campamento de Israel. Ha vencido a Satanás, ha liberado a la humanidad del pecado, del miedo y de la vergüenza. *Misión cumplida*, nunca habrá un triunfo de general vencedor mejor merecido que por él.

Entonces Jesús lanzó un gran grito: grito de guerra, grito de victoria, rugido de león ante su presa, pues los vencidos no gritan así. Ese grito atraviesa los siglos, derrumba todas las murallas. Es también una llamada, un grito de reunión, el grito del primer hombre que planta la bandera en la ciudadela tomada al asalto, o en "el techo del mundo". Me he pasado toda la vida estudiando y discutiendo sobre religión, sé todo lo que se puede decir a favor o en contra, pero, en fin de cuentas, el más hermoso razonamiento nunca pondrá de pie a un hombre. El grito lanzado en la cruz hace erguirse y marchar, como al cañón, las inmensas multitudes que siempre seguirán a ese jefe que expira con un gran clamor abrazando el cielo.

Entonces Jesús dice: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". (Lc. 23,46; Sal.30,6) Luego inclinó la cabeza. Había muerto.

Atrevámonos a levantar los ojos hacia él. En efecto, es el estandarte de Dios, plantado en medio del mundo. También es el Hijo de Dios en un sentido personal y único. Igual que Juana de Arco morirá afirmando: "¡Mis voces no me han engañado!" Sus últimas palabras son

---

16 En griego tetélestai, que significa a la vez "está cumplido" y "se acabó". *(N. del T.)*

para afirmar que Dios es su Padre. No hay ninguna ostentación en esa afirmación, pero sus ultimas palabras son para su Padre y sólo para él. Muere libremente. Abandona su cuerpo a la tierra, de donde viene ese cuerpo. Pero su alma la entrega a quien corresponde, a Dios. Tras de él, cada uno de nosotros puede, al morir, hacer suyas esas últimas palabras de Jesús, pues ha abierto a todos la paternidad divina que hasta entonces sólo llegaba a él. La comunicación entre Dios y el hombre, rota por el Diablo y el pecado, está restablecida. Podéis llamar, ahora Dios esta en la línea. Lo que Jesús entrega en el hueco de la mano tendida de Dios, es la primera alma humana absolutamente obediente y filial.

Los antiguos griegos ponían un óbolo en la boca del muerto, para que pusiera pagar a Caronte el paso de la laguna Estigia. El alma de Jesucristo es el precioso óbolo que ha pagado de una vez para todas, y por todos, el pasaje. Y el mismo Jesús ha llegado a ser el Barquero a través de todas las Estigias, ya no hacia Campos Elíseos umbrosos, sino hacia el claro Reino en que es el primero en entrar como vencedor y soberano.

La analogía llega más lejos aún. El óbolo para la gran travesía se llama "viático"; el sacerdote lo pone entre los dientes del cristiano moribundo, y es el cuerpo eucarístico de Jesucristo, ahora glorioso y sustancialmente reunido con el alma de Jesucristo, igual que está unido a su Divinidad. Jesús es el Barquero y el óbolo.

Jesús acaba de morir. Mateo anota que la tierra tembló, que se abrieron tumbas, y que, en los días siguientes, hubo resucitados por Jerusalén. Aunque yo no he encontrado nunca ninguno, no tengo nada contra los resucitados. Tras de tantos milagros, ¿por qué no ese? Lo que parece claro, es que la muerte de Jesús dio miedo. Los tres Sinópticos anotan que el inmenso velo que, desde lo alto de la bóveda hasta el suelo del Templo, cerraba el Santuario, se desgarró, signo terrible, como si el Dios de Israel abandonase su morada. Son también los Sinópticos, escritos antes de la ruina de Jerusalén, los que anotan las profecías de Jesús sobre la próxima ruina del Templo. Este desgarramiento del velo sagrado era su signo precursor.

Sobre el Calvario, tos últimos asistentes quedaron abrumados de consternación, como los soldados que quemaron a Juana de Arco. El centurión reconoció públicamente la santidad de Jesús, y la gente se marchó golpeándose el pecho. El grupito de fieles mujeres, con san Juan, se había apartado un poco en señal de duelo. Salvo el centurión, parece que nadie habló ni un grito, ni un sollozo, el silencio y el estupor.

Quien ha visto de cerca una ejecución capital, sabe qué pesada capa de culpabilidad muda cae sobre los hombros de todos los asistentes en el momento de la muerte del condenado, aunque ese condenado sea un asesino. Aquí, al cabo de dos mil años, no se puede evocar ese momento en que murió Jesús sin que el corazón se oprima de angustia por nuestra propia responsabilidad. En esta ósmosis en que la eternidad aspira hacía el interior de sí misma la entera sucesión del tiempo, ¿y si fuera cierto que cada uno de nosotros está personalmente implicado de alguna manera precisa en el asesinato de Jesucristo?

Hasta el final, siempre hay en torno a Jesucristo esa alternancia de calma y de agitación. La mañana de ese día pasó en ir y venir y en griterías; luego, cuando le crucificaron, durante tres horas, todo siguió en su sitio. Ahora todo vuelve a agitarse. Hay alguna razón para esta prisa. Jesús ha muerto hacía las tres de la tarde. La Pascua empieza a la caída del sol, y ya queda prohibido hacer nada. Y además está también el mandato del Deuteronomio que ordena sepultar antes de la noche todo cadáver colgado de árbol, "para no manchar la tierra amada del Señor".

Entonces todo se pone a hervir como un hormiguero. José de Arimatea era un hombre rico y poderoso, formaba parte del Sanhedrín, pero los Evangelios anotan que se mantuvo aparte del proceso de Jesús. Era, pues, un notable, que seguramente no brillaba por su valentía. Pero en una situación urgente y dramática como la de la muerte y la sepultura de Jesús antes de la noche, los cercanos al muerto no andan con escrúpulos y lo aprovechan todo. Solo él podía hacer algo eficaz y rápido. ¿Quién le avisó? Quizá se inquietó él mismo, pues, en secreto, era discípulo de Jesús. Él y Nicodemo, otro notable, otro rico, otro discípulo secreto, aseguraron la sepultura de Jesús con decencia.

José de Arimatea fue a ver a Pilatos y le reclamó el cuerpo de Jesús. Pilatos no iba a rehusar ese favor a un hombre de la importancia de José de Arimatea. ¿Por qué ese José de Arimatea no había intervenido antes? Así es. Hay gentes así, que hacen cosas por los amigos sólo cuando esos amigos han muerto. Un muerto es cómodo. Los riesgos siempre son limitados. Pero si José de Arimatea hizo ese razonamiento, con aquel muerto el razonamiento era falso. En todo caso, hay que desconfiar del luto de la gente. Los que llevan el luto más ostentoso no son los que más han querido al difunto.

Pilatos se extrañó de que Jesús ya hubiera muerto. De todas maneras, envió a un centurión y a unos soldados para verificar el fallecimiento y rematar a los otros dos atormentados. Los soldados llegaron, les rompieron las piernas a los dos ladrones, y, en efecto, les remataron. El alma del buen ladrón se fue al Paraíso. Los soldados comprobaron que Jesús estaba muerto. Para mayor seguridad, un soldado le dio lo que se llama "el golpe de gracia": con la lanza, le atravesó el corazón. Y enseguida salió sangre y agua. Ese acontecimiento —el golpe de gracia seguido del brote de un poco de sangre y de agua— impresionó de modo extraordinario la sensibilidad y la imaginación de Juan, que fue su testigo y que nos lo refiere con una solemnidad que no le es habitual. Incluso apela, para la veracidad de su relato, al testimonio del Señor Jesús en el cielo. Y, en efecto, esa herida en el costado tendrá un papel en la supervivencia de Jesús. Tras su resurrección, la utilizara para hacerse identificar en su cuerpo por sus discípulos. Todavía sigue teniendo hoy un papel.

Que saliera sangre y agua de la herida, Juan no pretende que fuera un milagro, y no lo fue sin duda, pues Jesús acababa apenas de morir. Lo que impresionó a Juan con estupor fue un conjunto de circunstancias que no nos impresionarían a nosotros, porque no estamos intrigados por los mismos signos que él. Lo que conmovió a Juan, como último testamento de Jesús, como última expresión su voluntad y de su amor, fue la conjunción casi simultánea del último aliento en que Jesús entregó el espíritu, y ese brote de agua y de sangre saliendo del costado atravesado. Hasta el final de su vida, Juan meditara sobre esa conjunción de circunstancias, le parece que ahí ha captado de golpe y definitivamente la esencia del cristianismo. Aún hablará de eso en su primera epístola, donde recapitula en Jesús todo el Antiguo Testamento, desde el relato de la creación, en que el Espíritu se cernía sobre las aguas para fecundarlas, desde el sacrificio de Abel asesinado por su hermano, desde la alianza con Abraham, hasta el sacrificio de Jesús en la Cruz, que es la culminación y la madurez de esa larga historia.

Voy a citar con cierta extensión esa primera epístola de Juan, pues vuelve a tomar en armonía dulce y sutil los temas principales de esta historia de Jesucristo: "Ved cuanto amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados *hijos de Dios,* y lo seamos... (3,1) Todo el que *nace de Dios* no comete pecado, porque permanece en él su semilla. Y ya no puede pecar, porque *nace de Dios.* En esto hemos conocido el amor, en que él dio su vida por nosotros; nosotros también debemos dar la vida por los hermanos... (3,9;3,16) Si nos condena nuestro corazón, Dios es mayor que nuestro corazón y lo sabe todo... (3,20) Y envió a su Hijo como propiciación por

nuestros pecados... [3,10] Todo el que crea que Jesús es el Cristo, ha nacido de Dios; y todo el que ame a *Aquel que engendra,* ama al *Engendrado* por él. [5,1]"

Y, finalmente, ahí es donde Juan aborda el recuerdo de lo que ha visto con sus ojos en el Calvario. "Todo lo que *ha nacido de Dios* vence al mundo y la victoria que vence al mundo es nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el *Hijo de Dios? Ese es el que vino mediante el agua y la sangre, Jesucristo; no sólo mediante el agua, sino mediante el agua y la sangre,* y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. Y así los testigos en el cielo son tres: el Padre, la Palabra y el Espíritu Santo, y estos tres son uno. Y tres son los testigos en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y los tres están de acuerdo... El que cree en el hijo de Dios tiene dentro el testimonio de Dios."[5,4-10]

Siempre vacilo antes de utilizar la palabra "misterio", palabra que sirve a menudo de coartada a la pereza de los teólogos. "¡Es un misterio!" Cierran el libro, bajan de la cátedra y se van dando un portazo. Aunque no pretenda comprenderlo todo, ni menos explicarlo, trato al menos de seguir y de describir desde el exterior un proceso biológico, como el del huevo que se hace pollo. Se trata del proceso evolutivo de la vida misma de Dios en el interior de la humanidad. La verdadera religión, la del Dios único y santísimo, empezó por ser racista, transportada y transmitida de generación en generación por una raza de carne y sangre, el clan de Israel. A esa raza carnal, Dios le hizo una Promesa, una promesa de imperio universal y eterno, el Reino de Dios. Pero desde el origen de esa promesa, estaba claro y explícito que todas las naciones, todas las razas, absolutamente todas, serían benditas en esa Promesa, entrarían en ese Reino, y participarían de alguna manera en esa Semilla, a la vez Semilla de Abraham y Semilla de Dios. La manera como se haría todo eso, particularmente el paso desde una sola raza, vehículo de la Bendición, a todas las razas participantes de esa Bendición, no estaba dicho y faltaba por ver.

En Jesús, Semilla de Abraham y Semilla de Dios por excelencia, es donde se operó la transmutación decisiva. Eso se hizo por la muerte sacrificial de Jesús en la Cruz. De ese Árbol y del Fruto de ese Árbol, ha nacido el Israel de Dios. Todo el vocabulario racista permanece en el interior del cristianismo, y lo vemos muy bien en esa epístola de san Juan. Pero ese racismo ya no tiene nada de material ni de carnal en el sentido estricto de un clan que se perpetúa. Esta "raza" de la nueva Alianza, que ahora transporta la Promesa hecha a Abraham, nació del Agua, de la Sangre y del Espíritu, y está propagada desde entonces por el Agua, la Sangre y el Espíritu, y puede incorporarse a todas las naciones.

¿Cómo se hace eso? Por la fe en Jesús, Cristo e Hijo de Dios. Esta fe es la verdadera *Semilla de Dios,* (Semilla también de Abraham el Creyente, como por otra parte lo afirma san Pablo). La Iglesia sigue siendo tan "racista" como lo era el clan de Israel, pero los medios y los instrumentos de ese racismo son la fe en Jesucristo y los sacramentos. Del costado herido del Señor es de donde nació verdaderamente la Iglesia, igual que Eva fue sacada de un costado de Adán. La Iglesia es la esposa fecunda de Jesucristo crucificado. Lleva en sus entrañas generosas a todos los hijos de Dios que estaban dispersos hasta entonces en la multitud de las razas y de las naciones. Desde entonces hay un bautismo del Agua, hay un bautismo de la Sangre, hay un bautismo de Deseo, en que el Espíritu de Jesús toma posesión de los creyentes y los engendra de nuevo en la Semilla de bendición; tal es la esencia del Reino universal y eterno de Dios. En efecto, en el Cristo crucificado y traspasado es donde se concretan de una vez para todas las bendiciones prometidas a todas las naciones, a través de Abraham y su Semilla.

Si Juan quedó tan impresionado por ese brote de agua y de sangre saliendo del costado

traspasado de Jesús, juntamente con el último aliento que expresó el espíritu de Jesús, es que vio en ello el brote mismo de la Semilla de Abraham y de la Promesa hecha a Abraham, transmitidas ya a todas las naciones por medio del bautismo.

Al contar lo que pasó enseguida, después de la muerte de Jesús, Juan evoca dos profecías cuya realización encuentra ahí. ¿Cómo es que hubo que romper los huesos a los otros dos crucificados, y que no hubiera que rompérselos a Jesús?(Ex. 12,46; Num. 9,12) Ahora bien, la Ley, al descubrir el rito exacto de la inmolación del cordero pascual, ordena no romperle los huesos al cordero. Lo mismo pasó con Jesús, verdadero Cordero pascual, de que todos los demás corderos inmolados desde la salida de Egipto por el pueblo de Israel habían sido sólo imágenes y anuncios.

Pero la herida de la lanza en el costado de Jesús recuerda a Juan otra profecía, de tipo escatológico y apocalíptico, hecha por el profeta Zacarías. (Zac. 11 y 12) Es un poema absolutamente extraordinario, lleno de contradicciones fulgurantes, más impresionante que cualquier poema surrealista, presurrealista o possurrealista. Se trata a la vez de la desdicha de Jerusalén y de su triunfo definitivo, del fin de la institución profética y del cumplimiento de las profecías, de la eternidad de Israel como pueblo de Dios, y, sin embargo, en el interior de cada tribu de Israel, de la separación definitiva de todos, hombres y mujeres. Es un poema desatado, lleno de antorchas que siembran el incendio por la noche, y de jinetes locos que montan en caballos ciegos.

En el curso de ese poema se encuentran versículos impresionantes, si se leen en el contexto de la Pasión de Jesucristo:

Me mirarán a mí, a quien traspasaron,

harán llanto como llanto por el hijo único,

y llorarán como se llora al primogénito. *(12,10)*

Y estos:

Le dirán: ¿Qué son esas heridas entre tus brazos?

Y él responderá: Me hirieron en casa de mis amantes. *(13, 5-6)*

* * *

87 El cuerpo de Jesús fue desprendido de la cruz, con cierta prisa, pero con respeto. Por suerte, José de Arimatea tenía un jardín cerca del Calvario. En ese jardín, había hecho construir para él una soberbia tumba, tallada en la roca y que todavía no había servido nunca. Nicodemo llegó también con una mixtura de mirra y áloe que pesaba unas cincuenta libras. José había traído una magnífica sábana. Todo estaba lo mejor, si se puede decir; ese

muerto no haría perder demasiado tiempo, pues la hora era decididamente avanzada y todos debían haber vuelto a casa para celebrar la Pascua.

Sepultaron a Jesús, pues, a la manera, judía, le depositaron en la tumba. En Judea como en Grecia, las tumbas buenas tenían dos cámaras, un gran vestíbulo vacío un cuartito muy pequeño en el interior de la roca, donde se dejaba el cadáver en un banco de piedra, como en Grecia la tumba de Agamenón, aunque la tumba de José de Arimatea seguramente era más pequeña que la tumba del rey de Micenas. Se hacía rodar una pesada piedra contra la puerta exterior para cerrar la tumba.

En la ansiedad de que esa tarea estuviera acabada lo antes posible, esa sepultura sólo era provisional para todos ellos. Las mujeres contaban con regresar al día siguiente de la Pascua, con aromas, para completar la sepultura. Pero por el momento, el mínimo estaba hecho y bien hecho. Los hombres rodaron la piedra y todo el mundo se fue.

No todo el mundo. En esa historia de sangre y muerte, las mujeres siempre están un poco aparte. María Magdalena y María, madre de José, se quedaron aun sentadas frente al sepulcro, no pudiendo separar sus miradas de esa piedra que aprisionaba a su bien amado; no podían decidirse a abandonar ese lugar terrible.

Anoto de paso, porque me importa mucho, que Mateo dice a propósito de esas dos mujeres: "María la Magdalena y la *otra, María".* *(Mt. 27,61)* No dice en absoluto: "María la Magdalena y *otra María".* Aparte de la Virgen María, siempre distinguida claramente en los Evangelios, y de María la Magdalena, nunca hubo en torno a Jesús más que "la otra María", de la que sabemos que es la madre de José y de Santiago, hermana o prima de la Santa Virgen. Y ninguna otra María, absolutamente ninguna más. La "María de Betania" —apelación que nunca emplean los Evangelios—, que sería diferente de la María Magdalena, es una invención pura y simple de los exégetas, desconcertados por la grandeza del personaje de María Magdalena y su papel enorme junto a Jesús.

En el mismo momento en que aparecía la primera estrella en el cielo, las trompetas del Templo lanzaron la primera llamada, anunciando que la Pascua iba a comenzar. María Magdalena y su compañera abandonaron por fin la tumba y volvieron a su casa para celebrar la Pascua judía. Pero la verdadera Pascua ya estaba celebrada: el Cristo, nuestra Pascua, había sido inmolado: *Pascha nostrum, immolatus est Christus.*

Sin embargo, no todo había acabado. Mateo escribe: "Al día siguiente, esto es, después de la Preparación, se presentaron reunidos ante Pilatos los sacerdotes y los fariseos, y le dijeron: —Señor, nos hemos acordado que aquel impostor dijo cuando vivía: "A los tres días resucitare"'. Manda, pues, vigilar el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan los discípulos y le roben, y digan al pueblo: "Ha resucitado de entre los muertos"; y el último engaño sea peor que el primero—. Pilatos les dijo: —Tomad una guardia e id a poner la vigilancia como os parezca—". (Mt. 27,62-66)

Mateo escribía en arameo, sobre los lugares mismos, y una docena de años después de los acontecimientos. Su testimonio hubiera sido insostenible si no hubiera sido verídico. Si me dicen, como ya se ha dicho, que es inverosímil mandar guardar un cadáver, responderé que yo he visto, tras la Liberación de Francia, y en el momento de los grandes procesos de depuración, en 1945, piquetes de guardias, voluntarios, pero muy asiduos, instalados en los cementerios para guardar la tierra de los fusilados y prohibir el acceso. Y eso duró más de tres días.

A lo largo de la Pasión, los enemigos de Jesús habían recordado la identificación simbólica, hecha por el propio Jesús, entre el Templo su propio cuerpo. Había Profetizado, y todo el mundo lo recordaba, que volvería a levantar el templo en tres días. Otra vez había sido aún más explícito: "Entonces se le presentaron algunos fariseos y sabios, diciendo: —Maestro, queremos ver alguna señal hecha por ti—. Él les contestó: —Esta raza mala y adúltera quiere una señal, y no se le dará señal, sino la señal de Jonás el profeta. Pues, como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días con tres noches, así el Hijo del hombre estará en la entraña de la tierra tres días con tres noches—". (Mt. 12,38-40)

En el fondo, los enemigos de Jesús sólo se habían tranquilizado a medias con su muerte. Entonces, desde su punto de vista, cuanto más precauciones, mejor.

XXIII

EL SÁBADO SANTO

88 Por supuesto que, a lo largo de toda mi vida, pero sobre todo a lo largo de este libro, me he planteado la cuestión del porvenir del cristianismo en el interior de nuestra civilización moderna, de su actualidad, de su eficacia, de su utilidad. Para una juventud que las encuestas recientes nos pintan como fascinada por la comodidad, el dinero, la seguridad, el ahorro, el coche, la televisión, la nevera y la lavadora, para esa juventud que confiesa no creer en el amor ni en la política (apenas cree en el placer, y seguramente que no en la pasión), para quien la ciencia conserva aún un prestigio idolátrico, y para quien la indiferencia en materia de religión se impone generalmente como una buena higiene del espíritu y una economía del corazón, ¿qué puede representar todavía la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo?

Una religión que enseña que la desgracia es en un hombre un signo sagrado de predestinación, que la muerte puede hacerse instrumento de redención, ¿tiene todavía sentido en una sociedad que ha perdido hasta la noción de pecado, bien decidida por lo demás a eliminar el sufrimiento, y que no considera la muerte sino como una consecuencia natural de la materialidad de un hombre, su desgaste definitivo, su arrumbamiento por vicio de funcionamiento? Por lo demás, es más fácil poner a un hombre en el lugar de otro que cambiar de auto. El valor individual, presuntamente infinito, de la persona humana, tiene algo de irrisorio en el interior de una humanidad mucho más amenazada por una demografía galopante que por cualquier otra catástrofe, aparte, quizá, de la catástrofe nuclear.

En nuestra sociedad de tranquilizantes, de somníferos, de alcohol, de eutanasia más o menos confesada, de seguros de todas clases, el sufrimiento y la muerte son incidentes verdaderamente fuera de propósito, quizá aún inevitables, en todo caso indecentes. Sufrir ya no está de moda. En cuanto a morir, es un acto social, enojosamente inútil y desagradable para todo el mundo. No estamos muy lejos de esas sociedades primitivas en que se llevaba a los agonizantes fuera de a tribu para que la muerte no manchase el interior del campamento.

Nuestra puesta en escena de la muerte, del entierro, de las exequias, es pura mentira. Esa puesta en escena está tan parasitada de reticencias, de alusiones, de litotes, de pretensiones, de grandilocuencias, de puritanismo y de fealdad, que uno acaba por preguntarse qué es en realidad. De hecho, se trata de distraerse de la muerte, de distraerse de ella hasta el

final, de tal suerte que su llegada para cada cual de nosotros sea lo más discreta que se pueda, que sea como una última distracción a que se cede maquinalmente, igual que uno se equivoca de abrigo en el vestuario. Hemos vaciado a la muerte de su grande y solemne interrogación, evitamos su fría mirada posada sobre nosotros.

En esas condiciones, la religión cristiana ya no tiene más que ese único sitio que parece reivindicar todavía, y que se le deja de buena gana, entre las demás empresas de pompas fúnebres; es un seguro, por lo demás gratuito como es natural, sobre la muerte y el más allá, un más allá hipotético. Sus sacerdotes van tan tristemente vestidos que parecen haber querido ellos mismos colocarse en la categoría social de los sepultureros.

Eso en nuestras sociedades occidentales, que aun apelan vagamente al cristianismo. ¿Qué decir de las sociedades comunistas, cuya religión de Estado es el ateísmo? Se queda uno con la boca abierta al leer las declaraciones de los excelentes cosmonautas rusos, que, muy tranquilos por no haber encontrado a Dios en sus paseos espaciales, deducen, con la mejor fe del mundo, que no existe.

En esas condiciones, ¿cuál puede ser el sentido de la Pasión de Cristo, cuyo objetivo era reconciliar al universo con Dios? No negamos que el universo deba ser reconciliado, pero sólo ha de reconciliarse con el hombre, y la ciencia es la que realiza ante nuestros ojos esa reconciliación, da al hombre el imperio de la naturaleza: *Imperium Naturae*. Esa conquista reconcilia el universo con el hombre, pero, en esa fiesta de familia, no se ve el sitio de Dios. Cierto que la pregunta más actual de toda la Biblia es la de san Pablo: Cristo ¿ha muerto para nada?

He insistido bastante, y en este libro mismo, sobre la ambigüedad de la ciencia, sobre sus limitaciones, sobre el bajo nivel de su estiaje intelectual, para volver ahora largamente sobre ello. La verdad es que la ciencia no reconcilia a nadie ni a nada. El imperio de la naturaleza puede caer en cualquier mano, deberíamos saberlo. ¿A quién reconcilió la bomba de Hiroshima, y con quién? Es verdad que los japoneses se han reconciliado con los americanos, pero a pesar de la bomba de Hiroshima, sin duda que no a causa de ella. Si Hitler hubiera tenido la bomba atómica, no hubiera vacilado en lanzarla sobre Londres y París; ¿qué reconciliación hubiera obtenido así? La de los cementerios. La ciencia puede hacer mucho bien, y lo ha hecho a su nivel. Puede hacer mucho mal, pues, al revés que la religión, sólo es útil y no se ocupa de los fines últimos. El imperio de la naturaleza que nos da provoca tanto terror como adoración. ¿Cuándo conseguiremos escapar igualmente de ese terror y de esa adoración; cuándo lograremos mirar a la ciencia cara a cara sin parpadear? No es ni salvación, ni Apocalipsis; no es más que un animal domesticado (apenas), al que en todo caso hay que tener la rienda muy sujeta.

Una vez más, el cristianismo no formula ninguna condena contra el imperio sobre la naturaleza, prometido al hombre, por otra parte, en el Génesis, sino que proclama que el imperio sobre la naturaleza no es un fin en sí, que falta por definir el uso que hay que hacer de ese dominio. Todo lo que digo aquí debería abrir los ojos y el entendimiento a nuestros contemporáneos, pues, desde comienzos de este siglo, si se pudieran sumar las ruinas debidas a todas las catástrofes naturales (inundaciones, temblores de tierra, erupciones volcánicas, tempestades y naufragios, rayos), la suma de esos daños no sería absolutamente nada al lado de las asolaciones causadas por la malicia de los hombres, al utilizar unos contra otros ese famoso imperio de la naturaleza, para su ruina mutua, su destrucción mutua, su exterminación mutua. Tal experiencia, irrefutable pues es de mi edad, lanza grandes dudas sobre la ciencia, empresa de reconciliación universal.

Por lo demás, ¿qué sabemos realmente, aun en nuestros laboratorios, de la naturaleza de la gravitación, de la naturaleza de las diversas ondulaciones, de la naturaleza de la electricidad? Sabemos utilizarlas, calcular aproximadamente sus costumbres, sus orientaciones, su intensidad, pero no conocemos su verdadera naturaleza. Entonces, ¿con qué derecho el menor licenciado habla en nombre de la ciencia para permitirse sonreír ante el relato de los Evangelios? Pedantes, ¿qué certidumbre dais a cambio, y que esperanza?

La enseñanza de los apóstoles y de la Iglesia sobre la Pasión de Jesucristo es de una audacia intelectual fantástica. ¿Cómo? El error judicial que produjo la ejecución infamante de ese pequeño judío, hace ahora dos milenios, ¿estaría en el centro del universo, principio de su renovación e instrumento de su reconciliación con Dios? ¿Sería verdad que el patíbulo en que murió ese hombre es el eje central de todas las constelaciones, el corazón vivo en el centro de todas las pulsaciones de la historia? Avancemos despacio, honradamente. La más profunda revelación que nos da la Pasión de Jesucristo es quizá que el ritmo esencial del Universo, el que le pone en movimiento y le lleva a su término, es el amor. San Agustín lo había presentido en la equivalencia que estableció entre el amor y la gravitación, amor = pondus. Físicos y matemáticos se interrogan sobre la naturaleza de la gravitación. ¿Y si fuera el amor?

Tal afirmación sin duda es imposible de probar directamente, de adivinar, ni aun con los medios electrónicos más exactos. Pero no pretendamos que tal afirmación procede de la prueba de laboratorio. Procede de la revelación. En todo caso, es un modo de ver las cosas que tampoco se puede refutar, y que, si fuera verdadera, daría la clave del hombre y del universo.

Sí, ¿y cómo no sentirlo? Si la naturaleza de la gravitación es el amor, entonces la naturaleza del universo, su ley, su destino más profundo, son también su amor. Todo se transfigura, todo se hace maravilloso. ¡Ah, por supuesto, hay amores muy diferentes! El amor que sujeta un planeta al sol es diferente del que sujeta a un animalito a la ubre nutricia, y a un santo a Dios. Pero en todos los órdenes y según grados, el amor es lo que vincula el universo a sí mismo, lo que le hace marchar, lo que le suspende entero de Dios, como un lactante del seno maternal. La visión cristiana del mundo es que esa circulación intima del universo y esa sujeción del universo a Dios habían quedado rotas por el pecado, y que la Pasión de Jesucristo las restauró, reparó, rehizo, hasta el punto más vital y más secreto, en el punto de tangencia del universo con Dios. En lo más íntimo de sí mismo, el universo ha recuperado su equilibrio, porque ha centrado su gravitación en Dios, y ello gracias a la Cruz de Jesucristo, eje y pivote del universo: *Stat Crux dum volvitur orbis*. Hay, pues, una llave que se había perdido y se ha vuelto a hallar; nos abre el verdadero secreto del universo, y es una llave de oro, una llave de amor, es la Cruz de Jesucristo.

Pero entonces, las palabras de Jesús en la víspera de su muerte toman una resonancia singular, la de una ley de gravitación universal: "Este es mí mandato: que os queráis unos a otros como yo os he querido. No hay mayor amor que éste: que uno dé su vida por sus amigos". (Jn. 15,12)

La muerte por apego, la muerte de amor, la muerte sacrificial, la muerte de holocausto, se identifican con la mayor gravitación. A la muerte de Jesucristo, el mundo se ha inclinado del lado que, de repente, se había hecho más pesado. Hasta entonces, la muerte era la gran separadora, la gran devoradora, la gran desatadora. Por el peso de amor que es capaz de reintroducir en el mundo, se convierte en la gran reconciliadora, la gran pacificadora, la gran reunificadora y comunicadora. Reconcilia al universo con Dios en el amor, reconcilia al hombre con Dios en el amor, reconcilia al hombre consigo mismo y a los hombres entre sí en

el amor.

Que esa es la visión cristiana del universo, desde el origen mismo del cristianismo, —y a eso va a parar también la revelación del libro del *Génesis* y del libro de la *Sabiduría*—, lo vemos probado elocuentemente en las epístolas de san Pablo. San Pablo, al dirigirse a los paganos, les dice. "No teníais esperanza ni Dios en el mundo. Pero ahora, en Cristo Jesús, los que estabais lejos, ahora estáis cerca en la sangre de Cristo. Pues él es nuestra paz, el que hizo ambas cosas una sola, el que derribó el muro separación, deshaciendo en su carne la enemistad... Toma a ambos en sí mismos y los funde en un solo hombre, nuevo pacificador, en Dios, por la cruz, matando las enemistades en sí mismo. Y al venir os ha dado la buena noticia de la paz a los que estabais lejos, y la paz a los de cerca. Pues por él tenemos acceso unos y otros en un solo Espíritu al Padre. Así pues, ya no, sois huéspedes y forasteros, sino que sois ciudadanos de los santos, y familiares de Dios: sobreedificados sobre el cimiento de los apóstoles y de los profetas, con el mismo Jesucristo por suprema piedra angular, en quien toda la edificación está construida crece como templo santo para el Señor, en quien también vosotros entráis como santuario de Dios en el Espíritu". (Ef. 2,12-22)

Tal página, evidentemente, no es una página de literatura, en el sentido moderno de la palabra. Es una prosa difícil de traducir, golpeada, forjada a grandes martillazos en el yunque, con insistencias, repeticiones, y oposiciones subrayadas y acentuadas. La unidad del género humano, en Jesucristo solo, se proclama en una victoria conquistada con gran lucha, como una paz concluida y alegre; hay, en algún sitio del universo, un "muro de la vergüenza" que se ha derrumbado definitivamente, porque lo han hundido a la fuerza, porque el amor es la fuerza de las fuerzas, y, con las piedras dispersadas de ese muro de la vergüenza, se construye el inmenso edificio de un Templo para gloria de Dios, en el cuerpo y el espíritu de Jesús sirve a ese Templo de piedra de fundación. El universo es la inmensa cantera del amor. El verdadero Templo de Jerusalén, es ya el cuerpo de Jesucristo, y el género humano entero, que se incorpora a él por el amor en el mismo espíritu. Esa misma doctrina arquitectónica del universo se vuelve a hallar en el *Apocalipsis* y en las Epístolas de los demás apóstoles, en plena continuidad con los Evangelios y el Antiguo Testamento. No hay más que leerlas para verlo.

* * *

89 Personalmente, me impresiona mucho ver que los paganos a los qué se dirigía san Pablo estaban en la misma situación espiritual, o más bien desespiritualizada, que nosotros: *Spem non habentes et sine Deo in hoc mundo,* "No teniendo esperanza y sin Dios en este mundo". Esa es nuestra situación.

Para los hombres de nuestro tiempo perciban siquiera en los oídos del corazón la noticia de la salvación, les falta Dios y una esperanza verdadera. A quienes se creen "despistados", como dicen ellos, o sea, que no encuentran en la vida ningún absoluto, ningún punto fijo donde amarrar su destino, se les puede responder, en estricta filosofía que, si no hay absoluto, tampoco hay relativo, todo es absurdo, o sea, todo al azar: la flor que respiro, su estructura y su perfume, es puro azar, pero mi ojo y mi sistema olfativo también son azar, y yo soy azar—, y el peso de mi cuerpo es un azar que me retiene en un lugar azaroso. En realidad, no se puede dar su parte al azar, como tampoco se le puede dar a Dios. Haría falta sin duda ir

más lejos y decir que el universo ya no es absolutamente neutro, que oscila entre el amor y el odio; quien rehúsa el amor, va a parar, antes o después, al odio universal. Se me puede responder que divago. Desde Hiroshima, sabemos muy bien que el género humano tiene ya el poder de hacerse perecer. El fin del mundo será el engendro necesario de una horrible copulación entre el imperio de la naturaleza y el odio universal, se empieza a adivinar muy bien la atracción que esos dos monstruos ejercen uno sobre otro. Estamos condenados a amar para sobrevivir solamente. Tanto vale amar, no por sentencia, sino libremente, como hombres libres. Si el cristianismo da un sentido al hombre y al universo, es ése. Estoy muy orgulloso verdaderamente de que la tradición de mis antepasados me hiciera escuchar tales verdades cuando todavía era muy pequeño. He crecido, y todo eso me parece cada vez más verdadero.

Es inaudito que sensibles pueden ser los católicos al *bluff* intelectual. Siempre tienen miedo de no estar al día. Nunca se les ocurriría que sus libros santos son más interesantes y tienen más cosas verdaderas que decir que el último filósofo de moda. Tienen el gusto de los equívocos, de los compromisos entre el agua y el fuego, de las "tierras de nadie" de la inteligencia. Buena suerte... Muchas veces les he visto inclinarse con respeto ante los más absurdos slogans, retener el aliento ante las blasfemias más irrisorias y hacer como si Dios fuera en todo caso una hipótesis conveniente que tendría que conservar su lugar en la panoplia de las ideas recibidas.

¿Qué importan las ideas recibidas? La verdad es que nada en el mundo se justifica, absolutamente nada, o bien que todo debe hallar su justificación final en Dios, dado que llamamos precisamente Dios al centro universal de gravedad de toda justificación inteligible. Hace falta añadir que el azar universal plantea infinitamente más problemas a la inteligencia que Dios, siendo lo contrario de un problema: es la solución necesaria e inevitable, el centro más allá del mundo, en que se reúnen todas las perspectivas inteligibles del universo. En el límite de la búsqueda, a condición de que esa búsqueda sea a la vez metódica, honrada, encarnizada, la inteligencia sabe que va hacia Dios, aunque descubra al mismo tiempo su natural impotencia para alcanzarle y disfrutarle.

Pero al mismo tiempo que descubre a Dios como inevitable, la inteligencia reconoce la obligación que tiene de adorarle y darle gracias por todo lo que existe. Y eso es lo que rehúsa absolutamente la inteligencia moderna, y por tanto, rehará todo el camino para evitar hallarse otra vez ante esa necesidad que repugna a su orgullo, preferirá encomendarse al azar de todo, es decir, renegar de sí misma darse por vencida. ¿Cómo se quiere que yo respete tal huida ante las responsabilidades más elementales del espíritu?

Pues, es verdad, si la inteligencia quiere emanciparse de Dios y hacer como si no existiera, no le quedan más que los azares del azar; ni siquiera la aventura, pues la aventura guarda siempre un sentido, y no hay aventura sin naturaleza: no es lo mismo la aventura de una lombriz que la de un ser creado a la imagen de Dios. El aumento de crecimiento de la aventura en una naturaleza es lo que se llama historia. ¿Qué historia? No la de los fenómenos, sino la de la vocación del universo, su obediencia por encima de él, o de su desobediencia.

Cuando digo que la Pasión de Jesucristo está en el centro de gravedad del universo, eso quiere decir ante todo que es el eje de la historia universal, que toda obediencia y toda desobediencia serán medidas por su metro. Si el cristianismo es verdadero, eso es fácil de comprender. No hay en toda la historia del mundo acontecimiento más considerable y de resonancia más universal que la Encarnación redentora. Que el Creador del cielo y de la tierra, el fundador de todo el ser y el Dueño de la historia, se hunda personalmente en el interior de su creación, que se haga personalmente un ser humano entre todas las demás criaturas, que

tome parte desde el interior en la historia del mundo como el grano que se echa a la tierra, y que la suprema eclosión de esa aventura única en el interior de la aventura universal sea el árbol de la Cruz en que expira Dios mismo en un gran grito de amor por toda su creación, esto quiere decir entonces que la sangre de Dios brota eternamente sobre toda esa creación transfigurada.

Lo que explico ahí es la fe cristiana. Nadie puede estar obligado a creer en ello. Pero, como dice san Pablo, si nunca se explica y se proclama, ¿cómo se va a creer? Personalmente, hago lo que puedo por anunciar y explicar a la gente de mí época y en su lenguaje la buena noticia extraordinaria de Jesús crucificado. También es san Pablo quien ha expresado mejor la significación y el alcance de la Encarnación redentora. Habla de Dios Padre, y dice:

"Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. Él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque por medio de él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades; todo fue creado por él y para él.

Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo, de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz. Y vosotros que antes estabais alienados y enemigos de la razón en las obras del mal, ahora estáis reconciliados en el cuerpo de su carne, por medio de la muerte, para presentaros, santos, inmaculados, irreprochables ante él, si permanecéis en la fe, firmes e inconmovibles, por la esperanza de la Buena Noticia que oísteis, que se predicó en toda la creación bajo el cielo, y de que yo, Pablo, me he hecho servidor." (Col. 1,13-23)

Eso es hablar. Hay, pues, una reconciliación, una armonización, una comunicación, una circulación familiar, ordenada y apacible, que se establece a través de todo el Universo (angélico, humano o material), por la fuente de sangre que mana de la Cruz.

Evidentemente, tal visión del universo no tiene nada que ver con una visión científica, o incluso metafísica; no entran siquiera en competencia, aunque la visión cristiana del universo presuponga una visión metafísica del mismo universo. Hace falta saber que Dios es creador del cielo y de la tierra para dar alguna importancia a la manera como vuelve el universo al Dios de que procede. Pues de eso se trata aquí. La visión cristiana es una visión histórica, apocalíptica y escatológica del universo. El Verbo de Dios, —su Palabra— por cuyo medio se creó el universo, se hace su pastor mediante su cruento sacrificio, reúne a todo el universo bajo el cayado de su cruz, todas las cosas forman parte de su rebaño purificado, los ángeles y los hombres, los planetas que nadan en el cielo y los peces que están en el agua, los pájaros y los gusanos, relucientes o no; él reúne y junta todo el rebaño en el redil paternal.

¿Qué probabilidades tiene tal visión de conquistar el alma y la imaginación de nuestros contemporáneos? El marxismo ha conquistado a muchos de nosotros y es también una "teología" de la historia, una Apocalipsis y una escatología, aunque, ciertamente, amputadas de todo origen y de toda finalidad metafísica. Es un Apocalipsis cuya credibilidad

se funda, no en milagros, sino en dogmas que se pretenden científicos, y que forman parte de las antiguallas pretéritas del siglo XIX —también fundadas en el mito del progreso que se sigue infaliblemente, del mismo modo, según decía Bernanos, que un perro reventado sigue el río bajando a flote en el agua—; fundada, en definitiva, como el Apocalipsis cristiano, en profecías, pero que, desde hace cien años, se han visto desmentidas por los hechos. ¡No importa! Esa caricatura ha conquistado centenares de millones de corazones, y los nombres de Marx y Lenin son hoy día conocidos, celebrados y venerados por más hombres, mujeres y niños en el mundo, que el nombre de Jesucristo.

Nunca, en toda la historia del cristianismo, ha sido más oportuno meditar sobre la sepultura de Nuestro Señor Jesucristo. Hemos visto morir a Dios, le hemos visto llevar a la tierra, hemos visto la gran piedra rodar contra su tumba, hemos visto los sellos que los legistas suspicaces han puesto en el sepulcro. Y ¿en ese cadáver dolorido y cubierto de aromas es en lo que se nos pide que conservemos la fe? Una vez traduje letanías medievales dominicanas en que hay esta sorprendente invocación a la Virgen: "¡Por ese Sábado Santo en que guardasteis la fe!". Estamos en el Sábado santo del mundo.

¿Por qué negarlo, por qué no ver las cosas como son? Tenemos en contra de nosotros las apariencias, los prejuicios, los mitos, las propagandas, las concupiscencias de este mundo; el tiempo parece trabajar contra nosotros, Y las fiestas que se celebran a cielo abierto ya no son las nuestras. Hemos recogido todas nuestras banderas, unas tras otras. Las leyes y las costumbres ya no son cristianas. El arte y la literatura ya no son cristianos. Las excepciones confirman la regla, y muy a menudo nos ruborizamos al ver lo que lleva oficialmente el nombre de cristiano. La arquitectura de nuestras iglesias modernas es lo más feo que hay en el mundo. Para nosotros el luto, la soledad, el desprecio, la vergüenza, el miedo. Pero también para nosotros, si tenemos el valor y la gracia, la oración, la fe, el amor dirigidos a través de la roca al cadáver herido del más hermoso de los hijos de los hombres.

* * *

90 Sí, Jesucristo, nuestro Señor, está muerto, bien muerto y enterrado. Y he ahí a los soldados que montan la guardia ante su tumba. Los escasos seres que le aman en el mundo ahora están en sus casas, que les parecen vacías e inmensas. Lloran y meditan en su corazón sobre esa ausencia que les deja estupefactos, y que les hace daño, como hacen daño las alambradas cuando se pretende atravesarlas. Esa ausencia les desgarra por todas partes, no se pueden escapar de ella, cuando más se mueven, mayor daño se hacen.

El que san Pablo llama soberbiamente "la imagen visible del Dios invisible" está tendido en la tierra invisible él también en la noche de la tumba. ¿Cómo creer en él en esa noche? ¿Se cree en la presencia de un espejo en un cuarto oscuro? Él era entre nosotros el espejo de Dios, y Dios parece haber desaparecido del mundo desde que él no está ahí para reflejarle en la luz del día. Eso es, en efecto, lo que se llevó a tierra: la imagen visible del Dios invisible. Fue y sigue siendo entre nosotros el ejemplar sublime de todo el género humano y de todo el universo.

El hombre ha sido creado y fabricado a imagen de Dios. El mismo universo material lleva el vestigio de Dios y una vaga semejanza con él. En esa ejemplaridad, más que en las

leyes físicas y en la gravitación universal, es donde el universo encuentra y prueba su unidad. ¿Quién sabe, incluso, si las leyes físicas y la gravitación no son un vago reflejo de esa semejanza original que da a todo ser su forma y la tierra de su destino? Por eso Jesucristo, Palabra de Dios encarnada, está en el centro del universo: en él, todo el universo y el hombre sobre todo, se reconoce en su limpidez original, y reconoce la imagen de su natividad metafísica.

Sí, el hombre no se creó y fabricó según los cánones abstractos de la belleza griega o japonesa, o alguna otra; no fue fabricado a imagen de una ley moral abstracta, ni siquiera fue fabricado según la ley de Moisés, que es muy posterior. Ha sido creado y fabricado a imagen de Dios, que le es eternamente anterior, y para dominar el universo, que no es más que vestigio de Dios, mientras que él, el hombre, es su imagen.

La misión esencial de Jesucristo, Hijo de Dios por excelencia y por naturaleza, ha sido restaurar al hombre y al universo conforme a su ejemplaridad original. Que ese retorno prodigioso a la ejemplaridad original del hombre y del universo debiera hacerse por el sufrimiento, la muerte y la sepultura, por la inmolación sacrificial de Jesucristo, Hijo de Dios, es un hecho, y si se ven las cosas en ese espejo, ese hecho aparece como el hecho central y determinante de la historia universal. Ahí esta la verdad de Dios, es la ocasión de decirlo.

Cuando se resume, la enseñanza de Jesucristo en el hecho de que reveló al mundo la paternidad de Dios, se tiene razón, por supuesto. Pero esa revelación es muy anterior a Jesucristo, está escrita en el *Génesis*, es la tradición más antigua del pueblo judío. Pues Dios, habiendo creado al hombre a su imagen, es su padre por creación, y el mismo universo material, vestigio de Dios, participa de esa filiación.

Pero esa vaga filiación del universo, más precisa en el hombre, de repente se iluminó, resplandeció con fulgor único y sublime, en Jesucristo, Hijo bien amado y único, y hombre a la vez. Por su sangre, la sangre de la Cruz, lavó a imagen de Dios ensuciada por el pecado, purificó hasta el vestigio de Dios difundido en la creación. Igual que las flores se vuelven hacia la luz, todo lo que hay en el universo es divino, todo lo que lleva el sello de ese sublime origen, se vuelve instintivamente hacia Jesucristo, y reconoce en él el logro de su esplendor inicial.

Lamento que estas palabras tengan una resonancia elocuente; ¿cómo podría yo hablar de otro modo de ese milagro de luz que fue la aparición de Jesucristo en este mundo? Evidentemente, siempre se pueden preferir las tinieblas a la luz.

Pues si la luz nos atrae naturalmente, también hay un poder de las tinieblas que nos tiene sometidos. Como hemos sido fabricados a imagen de Dios, y no a imagen de los moralistas, legistas, sociólogos, psicólogos, ayudantes o periodistas, el enemigo de Dios es nuestro enemigo personal, es el Diablo. Hay alguien en el universo que trata de manchar, dondequiera que los encuentra, las imágenes y los vestigios de Dios. Eso también lo hemos visto muy bien: ha odios del hombre que parecen atravesar al hombre e ir infinitamente más lejos que él. Se los reconoce por el hecho de que esos odios no sólo desean destruir al hombre —lo cual ya es extraño—, sino sobre todo envilecerlo.

No lo dudemos, la antigua Serpiente estaba allí también en el hueco de la roca, inquieta, fría, pero atenta al solemne silencio que llenaba esa tumba.

Así, la Pasión de Jesucristo reconcilió al universo, y en el universo, al hombre, a Dios,

igual que se reconcilia un espejo con la luz abriendo de par en par las ventanas y limpiando el espejo de toda impureza. Esa es la redención de los pecados, esa es la restauración, la recreación del universo en la sangre de Jesús. Gracias a su sangre purificadora, el universo vuelve a hallar en él la huella de los pasos divinos, y el hombre, al mirarse, reconoce su más profunda filiación.

Cuando yo era joven, tenía un maestro de novicios, hombre muy bueno y muy violento, de dulce recuerdo para mí, que nos hacía aprender de memoria, y en latín, las Epístolas de san Pablo. Yo encontraba fastidioso ese esfuerzo. A pesar de la elocuencia de mí maestro de novicios, no comprendía a san Pablo, pero era sensible sin embargo a su oleada poética. Hoy día, en cambio, va mi gratitud, a través de la muerte, a ese maestro de mi juventud, el poco de comprensión que tengo del Reino de Dios, es él quien la sembró.

He aquí, pues, a san Pablo que explica a los cristianos de Roma cómo la Pasión de Jesús absorbe por si sola todas las gravitaciones, todos los deseos oscuros del universo hacia la revelación de la filiación divina que es la verdad profunda de ese universo.

"Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, ésos son hijos de Dios. Habéis recibido no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor; sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: ¡Abba! (Padre). Ese Espíritu y nuestro espíritu dan un testimonio concorde: que somos hijos de Dios; y si somos hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo. La Pasión la compartimos con el sufrimiento para que compartamos la gloria. Considero que los trabados de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos descubrirá. Porque la creación, expectante, está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios; ella fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por uno que la sometió; pero fue con la esperanza de que la creación misma se vería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso: también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro Cuerpo: en Cristo Jesús, Señor Nuestro."

Con tal esperanza conviene cerrar este capítulo sobre el Sábado santo. El universo entero, los astros y los ángeles, las montañas y los ríos, están en expectación ante esa tumba que se hunde en la noche. Nuestros físicos tampoco saben la naturaleza de la energía. Es quizá una espera, una esperanza inarticulada y oscura. El universo tiene dolores, está en el parto de una transfiguración prodigiosa. Nosotros los cristianos sabemos qué es. Por nuestros sufrimientos, aceptados por la muerte en unión a la Pasión de Jesucristo, estamos en vigía en la proa, escrutando el negro océano para percibir los primeros fulgores del alba sobre el mar.

CUARTA PARTE

LA GLORIA DE JESUCRISTO

XXIV

LA RESURRECCIÓN

91 Cada vez que he abordado un capítulo importante de este libro, me he dicho que era el más difícil, y que, pasado ese capítulo, el libro proseguiría solo su caminito. Ahora bien, el capítulo sucesivo siempre era más difícil que el precedente, y ahora que llego al final de este libro tremendo, tengo delante el más difícil de todos los capítulos difíciles de mi libro. No hay más que un recurso: lanzarse al río desde lo alto de la ladera, y nadar o ahogarse. Por supuesto, siempre se puede dar la impresión de que se llega a la otra orilla, y sé muy bien que mi capítulo tendrá un numero de páginas preciso. Otra cosa es saber si habré tratado el tema sin hacer trampas. Es muy fácil hacerlas en un libro.

Sumerjámonos, pues, en este temible capítulo. Todo el mundo sabe de qué se trata. Habiendo sufrido bajo Poncio Pilatos, Jesucristo murió, fue sepultado, y, he aquí el tema del presente capítulo: el tercer día, resucitó de entre los muertos. ¿La resurrección de los muertos es una idea que se nos ocurre de modo natural? Suponiendo que nos venga tal idea, ¿qué crédito real le damos? Es difícil que en tal materia no se deje responder a cada cual por su lado. Pues bien, séame permitido interrogarme en este libro, y responder por mí, únicamente por mí.

Siempre he visto morir mucho a mi alrededor. Cuando era joven, la muerte me asombraba y me escandalizaba. Ahora, es la vida lo que me sorprende y deslumbra. Nada me parecería más natural que morir antes de acabar esta página. Sé muy bien que la vida es un don revocable en cada momento. Estoy enchufado en una fuente de energía, y el enchufe no depende de mí. Por lo demás, me parece imposible que ese enchufe sólo dependa del azar. El azar no es una explicación para una cosa tan consistente como mi vida. Y no obstante tan frágil. El azar no hace cosas frágiles, hace cosas groseras y brutales. Nunca se ha visto al azar hacer una porcelana china.

No es tanto de la muerte de lo que tengo miedo, cuando de las circunstancias de la muerte: las avenidas de la muerte son a menudo humillantes y sucias. Siempre he considerado que la muerte más elegante era la del soldado en el campo de batalla, sobre la tierra y bajo el cielo. Pero uno no se elige su muerte, como tampoco las circunstancias de su muerte.

Más temible aún que la muerte es la vejez, la decrepitud. Sé que cuanto más se

envejece, más se estima la vida; ese apego feroz de una ruina humana a un resto de vida me parece lo más repugnante de todo. La religión cristiana nos enseña que, en el origen, la muerte fue un castigo, pero el castigo de los castigos sería no morir del todo, en el estado presente de nuestra existencia. Suplicio horrible que sobrepasa a la imaginación, el sobrevivir a todo, el sobrevivirse indefinidamente. ¿Se piensa en lo que serían Luis XIV, y aun Napoleón, si vivieran todavía?

La muerte es también una liberación de esta vida presente. Puede interrumpir estúpidamente una empresa grandiosa, romper una esperanza, destruir un gran amor; también pone un término a lo que se hubiera degradado infaliblemente durando. Es decir, que la vida presente, por preciosa y honrosa que sea, es un bien muy relativo, y que no vale la pena encarnizarse por él.

Queda el más allá de la muerte, "los quince primeros días después", como decía modestamente Valéry. Ya es extraño que se plantee la cuestión. ¿Por qué se plantea? Soy incapaz de responder, pero el hecho es que se plantea. ¿Qué hay más allá de la muerte? ¿Hay algo, siquiera? La cuestión también es estrictamente personal. Cuando yo haya muerto, ¿todo habrá acabado para mí? ¿Seguiré existiendo aún en algún sitio de una cierta manera, sin embargo sustancialmente idéntico a mí mismo? ¿Tendré un vínculo con mi pasado de hombre terrestre, una memoria, una responsabilidad del pasado, una capacidad de sufrir y de gozar? ¿O bien habré cesado totalmente de existir? La cuestión se le plantea a todo hombre. Quizá define la condición humana, pues no parece que el animal se la plantee. Ahora bien, no hay respuesta adecuada, pues hace falta morir para responder con autoridad. Las certidumbres sobre el tema están por encima de nuestros medios naturales. Son exteriores al hombre terrestre, exteriores a su experiencia, exteriores a su razón. No importa qué certidumbre, por lo demás. Los que afirman que el hombre sobrevive a su muerte lo saben por otro sitio. Pero los que afirman que no hay nada mas allá de la muerte, ¿de dónde lo sacan? En realidad, los afirmativos no están tan seguros, y los negadores tampoco. Cuando se trata del más allá, se acaba por dudar de la duda misma, el escepticismo se hace dogmático, pero la certidumbre se tiñe de hipótesis.

Rehaciendo camino, me planteo otra cuestión. Por lo que me concierne, ¿deseo yo una vida futura, o no; una supervivencia más allá de la Muerte? Al oír la palabra *deseo* en el sentido ordinario, ni siquiera estoy seguro de desear una vida futura. No estoy tan contento de mí que la perspectiva de tener que ver conmigo mismo indefinidamente pueda encantarme y maravillarme de entusiasmo. En todo caso, sí hay deseo, es mezclado de temor. Hay momentos en que también desearía que todo se acabara, y para siempre. Pero, siempre poniéndome en un plano no religioso, en el plano natural de mi carácter y de la experiencia que de él tengo, sé sin embargo que si me dieran a elegir entre una supervivencia más allá de la muerte y la nada, en el último instante elegiría la supervivencia. Hay en mí algo de que estoy seguro, y es mi insaciable curiosidad. Por muchos riesgos que eso implique, querría ver. En el fondo, pues, es que deseo sobrevivir y perseverar en el ser.

Si sigo preguntándome así, emerge otra certidumbre a mi nivel, es que la imaginación no tiene ningún dominio sobre el más allá. Es verdad que, en las conversaciones corrientes, las nociones mismas de supervivencia, de más allá, a menudo son proyecciones puramente imaginativas. Si hay una cosa de que habría que despojarse cuando se habla del más allá de la muerte y de la nada, es de la imaginación. La imaginación ahí sólo posee error, y es un terrible estorbo. Lo aplasta todo. Las anticipaciones de la imaginación no valen nada para el más allá, ni a favor de la nada, ni a favor de la inmortalidad, de eso estoy seguro. La imaginación está demasiado ligada a las categorías del espacio y del tiempo, y si la muerte

significa algo, es que esas categorías quedan definitivamente transgredidas y periclitadas.

La imaginación es incapaz de concebir el más allá. Todas las imágenes que nos ofrecen, sí, todas sus imágenes horribles o tranquilizadoras, en cuanto son, en efecto, un puro producto de nuestra imaginación, no quieren decir estrictamente nada, no tienen sentido. No hay un lugar de reflexión y de discusión en que la imaginación nos traicione más que en el de la muerte y el más allá. La imaginación, hija de la angustia, engendra angustia o fantasmas de seguridad igualmente vanos. La manera como la mayor parte de la gente habla del más allá me hace creer que la imagen que tienen es una manera de darse por vencidos antes de dormirse.

Hasta aquí, sólo he hablado de mi muerte y de mi más allá. Estoy en una edad en que se ha tenido cien veces la experiencia de la muerte de los demás, del luto cruel, de la espantosa separación respecto a seres amados. Por mucho que se renueve, esa experiencia sigue siendo espantosa para ciertos seres, no para todos, ¡ay! Más que mi propia muerte ineluctable, la de los demás me ha planteado cuestiones. ¿Qué pienso yo sobre ese tema? ¿Es que un ser muy amado y muerto sigue viviendo con una vida suya en algún sitio? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Puedo reunirme con él? ¿Le volveré a ver? Y si le vuelvo a ver, ¿me reconocerá? ¿De qué hablaremos? Pero, ¿hablaremos? Y todas estas preguntas que me hago en multitud, ¿son razonables o delirantes? ¿Soy un hombre cuerdo o un loco por hacérmelas? ¿Tengo realmente el deseo de volver a ver a los que tanto he querido? ¿Ese mismo deseo no está mezclado de temor? ¿Los volveré a ver o no? ¿No han cambiado tanto de identidad que el volverles a ver será una decepción terrible?

En realidad, me doy cuenta, sobre cada uno de ellos, lo que deseo no es tanto una vida común futura cuanto volver atrás, volver a subir por el tiempo, comenzar de nuevo la historia, volver su curso, poner del revés la fatalidad, revivir un pasado muy dulce para siempre terminado. La muerte de los demás es precisamente esa impotencia absoluta en que se está de revivir el pasado y volverlo a amasar. "Habría podido, habría debido", ¡palabras espantosas!

Pero la idea de que tal amigo que ha muerto vuelva a estar de repente otra vez ante mí, en su plena identidad espiritual y corporal, y que me hable como antes, es una idea que no se me ocurre nunca. Tal hipótesis me cohíbe y hasta me asusta. Sé muy bien que hay mujeres que no tienen horror a tal hipótesis. Pero, personalmente, tengo horror a los fantasmas, y aunque lo viera no lo creería. En todo eso, la parte imaginativa me parece demasiado grande para no ser sospechosa.

¿Qué concluir de todo ello? Poca cosa. Sólo lo que decía al comienzo del capítulo: el hecho brutal e ineluctable de la muerte, para los demás como para uno, deja al hombre inerme, porque ese hecho desborda por todas partes su experiencia y su imaginación. Al menos, no era inútil hacerse todas esas preguntas, para apartar toda imaginación de una discusión en que no haría más que enredar las cosas.

* * *

92 En el cine, cuando se va a "rodar" una escena, lo más largo no es el rodaje propiamente dicho, sino iluminar antes el *plateau*. Lo mismo, antes de ir a los relatos

mismos de los Evangelios, querría empezar por disipar todos los equívocos posibles sobre el tema de la Resurrección de Jesucristo. Lo que explico aquí es la fe católica, tal como me la han enseñado, tal como la entiendo. Bajo esa iluminación leo los textos del Evangelio. Muchas objeciones caerían por sí solas si se hiciera convenientemente la iluminación.

En lo que concierne a la resurrección de Jesucristo, hay un equivoco de base, de que no están exentos muchos sermones y discursos católicos, y que conviene disipar. Es más peligroso por ir vinculado a las palabras mismas "resurrección de entre los muertos". El primer medio de disipar un equivoco es definirlo.

Pues bien, las palabras "resucitar de entre los muertos" tienen dos sentidos diferentes, no digo que completamente opuestos, pero muy diferentes; por ser uno superior al otro, el sentido que viene al espíritu en primer lugar es un sentido terrestre; entonces "resucitar de entre los muertos" quiere decir volver a la vida que se había perdido, como uno vuelve a su casa después de haberla dejado durante algún tiempo. En ese sentido terrestre, la resurrección es una manera de dar cuerda al tiempo igual que quien da cuerda al reloj. Es un retroceso sorprendente: se da hacia atrás en la vida el paso que se había dado hacia adelante en la muerte. Se había pasado el umbral de la muerte, se vuelve a pasar el umbral en sentido inverso y se toman otra vez las cosas donde estaban, tornándose a sí mismo donde se estaba. Tal fue, en el evangelio, el caso de Lázaro resucitado por Jesús entre los muertos: no se hizo inmortal por eso. La muerte, para él, era sólo una partida aplazada.

No es inútil comprobar que ese tipo de resurrecciones evoca los sueños encantados de los cuentos infantiles, en que la bella Princesa se duerme profundamente y se despierta al cabo de cien años, por el contacto del Príncipe encantador. Ningún problema se ha resuelto con eso, ni el de la vida, ni el de la muerte, ni el de ese sueño mágico. A nuestra sensibilidad moderna le repugnan esos cuentos infantiles, y ya he dicho que sobra cuánto le repugna el milagro. Pero no hablo aquí de la resurrección de Lázaro, hablo de la resurrección de Cristo.

Pues hay otro sentido para las palabras "resucitar de entre los muertos", un sentido "celeste", si se quiere: es el único sentido aplicable a la resurrección de Jesucristo. No se trató para él de dar un paso atrás, sino, cuando había pasado el umbral de la muerte terrestre, sin retroceder una pulgada, franquear más lejos un nuevo umbral, y dar un salto prodigioso hacía delante; no ya volver a subir tiempo atrás, sino, por refracción victoriosa, penetrar en la eternidad que está más allá del tiempo y de la muerte. Cristo no ha vuelto a poner los pies en su casa terrestre: entró todo entero, cuerpo y alma, en su casa de eternidad. Su resurrección no es absolutamente un retroceso, sino una prodigiosa promoción enteramente nueva, al menos para su cuerpo. Su resurrección no es un regreso a nuestra vida terrestre, es un avance triunfal más allá de la vida terrestre, más allá de la muerte terrestre, más allá de la tumba; no vuelve, escapa, se evade por una puerta que hasta entonces nos estaba oculta, se evade definitivamente tanto de la vida presente como de la muerte. Está en el más allá, está libre, salta alegremente por las praderas eternas de su patria de origen.

¡Esa sí que es la maravilla de las maravillas! Un prisionero se ha evadido, un hombre ha escapado a la condición terrestre, va esta fuera del alcance del verdugo y del juez, del legislador y del recaudador de impuestos, del clan familiar y de las crueles patrias, de este mundo, del médico, de la nodriza y del sepulturero, fuera del alcance de lo tuyo y lo mío, del comercio y del dinero, del muro medianero, de los sindicatos, de la gendarmería, de las compañías de seguros, de la calumnia y la angustia, en resumen, de la vida cotidiana y de la muerte, como su punto final ineluctable; la muerte sólo ha sido para él una puerta que franquear, libre con una libertad inconcebible antes de él, y ha dejado detrás de él el camino

luminoso que, a través de la muerte, permite alcanzarlo. En él y por él, ya está asegurada nuestra propia evasión. ¡Para nosotros esa libertad, suya y nuestra! Cuando el Ángel removió la piedra, toda la prisión de los hombres tembló sobre sus cimientos, la grieta ya es tan ancha y tan profunda que no se reparará jamás.

Pues esa alegre y victoriosa resurrección de Jesucristo cambia definitivamente el sentido de la vida y de la muerte, de nuestra vida, de nuestra muerte, para cada cual de nosotros. Jesucristo abrió la brecha, hizo saltar el dique, derribó el bastión: quien le ame, que le siga; después de él, y por él, la ciudad es nuestra. ¿Qué ciudad? La Jerusalén celeste, la vida eterna para nuestras almas y para nuestros cuerpos. Las tumbas no están cerradas ya, el caparazón de acero que encerraba en la muerte el destino del hombre ha saltado de un estallido. Eso es lo que quiere decir la resurrección de Jesucristo, o bien no quiere decir nada.

Sí, cuerpo y alma, todo entero, Jesucristo ha pasado a la eternidad, al otro lado del mundo. O más bien, ha ganado la eternidad al asalto, la ha conquistado con alta dicha, y eso por nosotros como por él, por nuestras pobres almas, por nuestros pobres cuerpos también. Se quema el cuerpo de Gandhi o el de Nehru, se dispersan sus cenizas en el río sagrado, se les felicita por haberse liberado al fin del cuerpo... ¡Pobres hindúes, pobre Platón! Prefiero a Jesucristo, El hombre sólo será perfectamente libre si coincide con su cuerpo y su cuerpo es también libre:

... cuerpo querido,

Te amo, único objeto que me defiende de los muertos!

¡Qué grande y maravillosa religión la que nos asegura que nuestro cuerpo mismo participará en la vida eterna, en la hermosa inocencia incorruptible! "Creo en la resurrección de la carne y en la vida eterna. ¡Amén!"

Por supuesto, sería inconcebible que ese paso desde el tiempo hasta la eternidad, ese cambio radical de estado, no implicara alguna modificación en el alma y en el cuerpo también. Para el alma humana, el acceso a la eternidad implica una verdadera inmutabilidad, es la liquidación de los enigmas, de los espejos, de las verdades parcelarias, del tanteo. Se baña en la verdad y lo conoce todo como es conocida.

¿Para el cuerpo? Ahí es donde se capta el profundo optimismo del cristianismo, en comparación con el pesimismo platónico o hindú. La revelación propia de la resurrección de Jesucristo es que el cuerpo humano, humilde y necesario instrumento del alma, puede seguirla hasta la eternidad y participar en la eternidad. Lo que se hizo una vez para uno solo puede hacerse para todos. Nosotros los cristianos esperamos la "resurrección de la carne", su promoción a la eternidad. ¡Prodigiosa aventura!

También es eso lo que nos escandaliza, a nosotros los modernos: es demasiado bello. Queremos ceder a nuestro cuerpo, abandonarnos a él, pasarle sus antojos, sus placeres, sus golosinas, sus voluptuosidades, pero le cedemos vergonzosamente. Nos volvemos obesos, decrépitos, horribles. Pero, en el fondo, no amamos nuestro cuerpo, no lo respetamos" desesperamos de él, lo despreciamos: ¿cómo podríamos creerlo digno de llegar a ser el templo

del Espíritu Santo? Le creemos, no sólo indigno, sino incapaz de beber la copa de la vida eterna, y de gozar él también de Dios, sí, de gozar de Dios, ¿cómo habría que decirlo? Eso es lo que nos está prometido. La vida eterna es el abrazo de Dios.

Claro que Dios es espíritu, y se apodera directamente de nuestra inteligencia, de nuestra voluntad, de nuestra alma, las aspira y las abraza en un transporte de amor irresistible. ¿Cómo se querría que el cuerpo reunido al alma pudiera resistir a tal abrazo? Bajo ese abrazo todopoderoso, el cuerpo también se sentirá colmado, exultará desde el pelo a la punta del pie, temblará de gozo. Eso es lo que pasó con Cristo en la mañana de su resurrección.

Y si creemos que es imposible, es que nos hemos educado a ras de tierra, en la más absoluta timidez, fuera de toda ambición y de todo orgullo. Razonamos como mendigos. Todo eso es demasiado para nosotros, demasiado grande. Por falta total de heroísmo de espíritu, preferimos creer que estamos hechos para corrompernos y pudrirnos para siempre en el barro de que fuimos sacados antaño. Cuando deberíamos caer de rodillas y gritar: "¡No soy digno!", El demonio nos apunta al oído estas palabras vulgares: "¡No es verdad! ¡No puede ser verdad!"

La resurrección de nuestro Señor Jesucristo barre al viento esa miserable filosofía de rampantes: estamos hechos para penetrar en cuerpo y alma en la eternidad, para gozar de Dios, para devorarle como hermoso fruto de nuestro destino adecuado.

* * *

93 Marcos, el evangelista, discípulo de Pedro, era un hombre sencillo, ciertamente. Su evangelio revela el sentido de lo concreto, un cuidado por el hecho en bruto, sin floreos, sin interpretaciones, sin adornos, sin bordados; la honradez de un cronista cuya frialdad haría creer que los hechos que cuenta no le conciernen en absoluto. En su relato de la Pasión, no hay una palabra, ni un acento, que expresen su propio sentir. De cuando en cuando, se sabe lo que piensa Tácito, lo que siente, lo que juzga, lo que le indigna. Marcos cuenta los hechos, nombra los actores, precisa quiénes son, lo que hacen, lo que dicen, yendo siempre a lo más corto; no sale de ahí. Es el escritor menos literario que haya.

Apenas merece el nombre de escritor. Ha recogido testimonios, seguramente los ha confrontado y criticado, pues está muy lejos de ser tonto, pero, en definitiva, dice lo que sabe con la mayor sencillez del mundo, sin el menor cuidado apologético, cuidado tan evidente en Mateo. Marcos cuenta los hechos y les deja el cuidado de hablar por sí mismos. Es exactamente el género de testigo que, cuando aparece ante un tribunal y en un proceso apasionado, impone respeto al público y a la acusación, e impresiona a jueces hartos de defensivas, pues no hace más que abrir ventanas y dejar entrar la luz, para que cada cual pueda ver las cosas como son.

El propio Marcos no está en causa, no se apunta a nada, declara; cada cual ha de ver con sus propios ojos y juzgar con su propio entendimiento. Evidentemente, los hechos que cuenta son a veces asombrosos, ¿qué puede hacerle él? ¿Es asunto suyo que sean asombrosos? Su asunto es decir lo que ha pasado. Sobre todo, no le pidáis una teoría sobre ese tema, os quedaríais como estabais, ni la menor migaja de ideología a que echar el diente.

Los hechos contados por Marcos son de hace cerca de dos milenios; el relato de Marcos no ha envejecido. Lo que nos estorba para leerle tal como es, son los dos milenios de discusión, de controversias, de victorias y de derrotas del cristianismo. ¿Somos capaces todavía de olvidar lo que sabemos, de aprender la ignorancia, y de leer a Marcos tan cándidamente como escribía él? Seguro que no. Estamos en nuestro siglo como peces en el agua: el pez que quisiera salir del agua no comprendería mejor el mundo, si no que moriría. La ignorancia no se aprende, el espíritu crítico tampoco se desaprende. Pues bien, ¡tanto mejor! Pero ¿por qué hemos de reservar el ejercicio de nuestro espíritu crítico para los textos del Evangelio, y no hemos de criticar bien a nuestro siglo, con su saber y hasta su escepticismo? Escepticismo sin espíritu crítico, sigue siendo incredulidad.

Es cierto que no creemos de modo natural en la resurrección de la carne y en la inmortalidad. ¿Estamos tan seguros de tener razón? Hubo en la historia una secta llamada "docetismo"; los docetas no creían en la realidad de la Pasión y de la muerte de Jesucristo, para ellos, sólo habría sufrido y muerto en apariencia. ¿Eran más o menos absurdos que nosotros? Nosotros, al contrario, nos sentimos tranquilizados con la Pasión de Jesucristo, su muerte y su sepultura; hasta ahí, ese destino no escapa a la suerte común, no se nos escapa, no estorba a nuestras costumbres de pensamiento y de experiencia. ¿Y si precisamente la esencia de ese destino de Jesucristo fuera escapar a la regla universal y "normal"?

Antes de ser el primero en todo, Jesucristo es seguramente un original. Y tenemos horror, no sólo a toda primacía, sino también a toda originalidad, ¿es razonable? Resucitar de entre los muertos, prolongar el destino humano hasta la eternidad, ¡qué extravagancia, y quizá qué escándalo! Sin duda es impropio, esa clase de cosas no se hacen. Si se produjera eso, ¿a dónde iríamos? Pero esa es exactamente la pregunta que hace Jesucristo: ¿dónde vamos? ¿Por qué hemos de impedir a toda costa que se haga esa pregunta?

Marcos cuenta: "Pasado el sábado, María la Magdalena y María la de Santiago, y Salomé, compraron perfumes para ir a embalsamarle. Y en la madrugada del día después del sábado, fueron a la tumba, al salir el sol. Y se decían unas a otras: —¿Quién nos apartará la piedra del sepulcro?—. Al mirar, vieron que la piedra estaba apartada, y eso que era muy grande. Entrando al sepulcro, vieron un muchacho sentado a la derecha, vestido con un traje blanco, y se asustaron. Él les dijo: —No os asustéis. Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado; resucitó, no está aquí. Mirad el sitio donde le pusieron. Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro: Él va por delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis, como os dijo—. Ellas, al salir, huyeron del sepulcro, porque temblaban y estaban fuera de sí. Y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo". (Mc. 16,1-8)

Los exégetas, incluso el prudente P. Lagrange, admiten que la primera versión del evangelio de Marcos se detiene ahí. Lo que sigue es un apéndice, hecho más tarde, sea por el mismo Marcos, sea por otro, y, además, no hace más que resumir a los otros evangelios.

Al leer este relato sencillo y cándido de Marcos, descubrimos que quizá nos parecemos como hermanos a los primeros testigos del acontecimiento. Esas mujeres, que fueron al amanecer a la tumba de José de Arimatea, si había algo inverosímil para ellas y en que no pensaran absolutamente, es que Jesús estuviera vivo otra vez. Por mucho amor que tuvieran a su Maestro, para ellas está muerto y enterrado, bien muerto, definitivamente muerto; pero mal enterrado: no ha habido tiempo de cumplir los ritos de una sepultura honrosa. Se trata sólo de dar a ese cadáver traspasado los deberes del embalsamamiento, la unción y la sepultura, que no habían tenido tiempo de acabar en la prisa de la antevíspera.

Si se lee ese texto, como cualquier otro, ¿en qué consiste el relato de Marcos? En eso: en que buenas mujeres que aman a Jesús van al cementerio para acabar de embalsamar su cuerpo sepultado precipitadamente. Su única preocupación es hacerse abrir el acceso a la tumba, pues la piedra de entrada es demasiado pesada para ellas. Llegan, la tumba ya está abierta. Pongámonos en su lugar. Varias hipótesis acosan su espíritu: ¿ha habido quizá profanación de sepultura? ¿Quizá algunos de los Apóstoles han venido antes que ellas a rendir al cadáver los mismos deberes que ellas se aprestan a rendirle? ¿Quizá los enemigos de Jesús han arrebatado su cuerpo? De todas maneras, su sorpresa y su inquietud son grandes, Pero ni por un momento les cruza por la imaginación la idea de una resurrección.

Esas mujeres, sin embargo, quieren saber qué pasa, entran. Tropiezan con un muchacho completamente desconocido para ellas, vestido de blanco, que trata de tranquilizarlas y les hace notar que Jesús ya no está ahí, y les afirma que ha resucitado y que da cita a sus discípulos en Galilea. Ese muchacho les habla con naturalidad extraordinaria, con el mismo tono con que un ayuda de cámara anuncia a un visitante que el señor ha tenido que ausentarse, y da una nueva cita.

Efecto producido sobre esas buenas mujeres por el anuncio de la resurrección de Jesús: ¿Alegría? ¿Llantos de gozo? ¿Elocuencia? ¿Entusiasmo? ¡No!, ¡Absolutamente no!, sino todo lo contrario: estupor, consternación, espanto, terror, huida y silencio. Ahí están esas mujeres silenciosas, y no hablarán tan pronto, y cuando se decidan a hablar, será para que los apóstoles las traten de locas. Por el momento, tienen miedo, se palpan, se frotan los ojos, no salen de su asombro, se trastornan del susto. ¿Son esas las reacciones de la credulidad? A mí me parece todo lo contrario.

Lo que me gusta en los relatos evangélicos —no sólo en el de Marcos, sino en todos— es que marcan con claridad cegadora que la primera reacción, la reacción repetida, la reacción constante, al *oír hablar* de la resurrección de Jesús, fue la incredulidad, y eso entre los discípulos que amaban más a Jesús, los que mañana, por la experiencia de sus sentidos y por una experiencia renovada, crítica, se transformarían en testigos del hecho de su resurrección. Las mujeres no creen al ángel, los apóstoles no creen a María Magdalena, no creen los dos discípulos de Emaús, y esa cadena de incredulidades no se ha acabado. Tomás no creerá a los demás apóstoles unánimes.

El escepticismo del hombre moderno puede reivindicar también a la primerísima tradición apostólica. Pero ese escepticismo no puede apelar a los enemigos de Jesús, que, como veremos, creyeron en la resurrección de Cristo antes que sus amigos. Es verdad que, con los sellos puestos sobre la tumba y la guardia que habían hecho poner, estaban más directamente en condiciones de comprobar los hechos que los apóstoles.

Por lo menos, está claro que el escepticismo de los apóstoles, y su incapacidad incluso para imaginar el hecho de la resurrección de su Maestro, fueron tan sólidas como ese escepticismo esa incapacidad en cualquier hombre moderno. Sus cabezas estaban hechas de una madera tan dura como la madera de que están hechas nuestras cabezas. Sólo se rindieron al bombardeo, al machaqueo de las apariciones irrefutables, sensorialmente irrefutables. Lo prefiero. Yo también tengo horror de que me engañen, y no me convencen fácilmente. Pero una cosa es tener horror de ser engañado, y otra cosa es quedar impermeable a los hechos bajo el pretexto de que lo excepcional no puede ser verdad.

Por el momento, lo que me interesa es el relato de Marcos. Escribía antes de la guerra Judeo-romana que había de provocar la ruina de Jerusalén; escribía sin duda en Roma,

tomando los relatos de Pedro y la enseñanza de Pablo. Se había informado concienzudamente. Por otra parte, es incapaz de puesta en escena; quiere contar, no quiere probar nada. Su relato es el de un hombre que ha tomado notas, y que las entrega sin modificar, sin arreglarlas siquiera.

En un lenguaje de cineastas, diríamos que su relato de la resurrección del Señor es una "sinopsis" de los hechos, apenas suficiente a fuerza de concisa y elíptica. Si no tuviéramos más que ese relato, apenas sabríamos lo que pasó, es decir, sólo sabríamos lo estrictamente esencial; el descubrimiento de la tumba vacía y la afirmación, por el ángel, de la resurrección del Señor.

He aquí, sin embargo, la continuación del evangelio de Marcos: "[Jesús], resucitado en la madrugada del día después del sábado, se dejó ver primero a María la Magdalena, a la que había sacado siete Demonios. Ésta fue a avisárselo a los que habían estado con él, que estaban en duelo y llantos. Éstos, al oír que vivía y que ella le había visto, no creyeron. Después de eso, a dos de ellos que andaban de camino, se les apareció en otra forma, cuando iban al campo; éstos fueron a avisar a los demás, tampoco éstos creyeron. Por último, se presentó él a los Once cuando estaban a la mesa, y les reprendió su incredulidad y su dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado". (Mc. 16,9-14)

Si el hecho de la resurrección de Jesucristo ha sido inventado desde la base, y si los Evangelios se han escrito para hacer tragar esa superchería más o menos consciente, hay que confesar que no hay relato más torpe que el evangelio de Marcos. No se puede subrayar más que él, en tan poco espacio, la incredulidad de los amigos de Jesús, haciendo alusión a la aparición a los discípulos de Emaús, que Lucas cuenta en otro lugar con más detalle, y, aunque siempre tiene prisa, tiene tiempo de subrayar que Jesús fue visto bajo una apariencia diversa de su apariencia ordinaria, circunstancia que no parece inquietarle en absoluto. Luego prosigue su relato a toda marcha, encajando los sucesos uno en otro, imperturbablemente. Si no tuviéramos los demás Evangelios, no seríamos capaces de evaluar los intervalos de tiempo entre la Resurrección y la Ascensión, y se podría creer que todo pasó en una breve jornada. Marcos tiene prisa de llegar a la afirmación final: Jesús en el cielo, sentado a la derecha del Padre, y los apóstoles en tierra, predicando por todas partes la Palabra con su asistencia milagrosa.

Pienso que no hay nada paradójico en sostener que una torpeza tan evidente revela la buena fe. Todos aquellos cuya responsabilidad es reconstituir hechos ocurridos —policías, detectives, jueces, historiadores— saben que, en torno al mismo hecho, el concierto de las circunstancias no carece de disonancias. El mejor testimonio rara vez es el más "armonioso". Muy al contrario, cierta "armonización" demasiado perfecta lanza dudas sobre la veracidad del testimonio. Conviene citar aquí la sentencia de Heráclito que gustaba de citar el P. Lagrange: "Más vale la armonía oculta que la manifiesta". Quiero decir que, cuando se inventa y cuando se presenta una invención, se hace mejor que Marcos, mejor que los cuatro Evangelios. Si hay confabulación, es una confabulación lamentable. Pero si es verdad, entonces se comprenden las disonancias.

En mi opinión, hay otra causa en el aparente desorden de los diferentes relatos de la resurrección. Esta causa es la confusión causada por el carácter extraordinario, único, prodigioso y profundamente alegre del acontecimiento. Los grandes acontecimientos alegres de la historia de los hombres estallan y por ello mismo crean confusión. Yo viví en muy buen lugar la liberación de París, hace ya más de veinte años. Estoy seguro de ciertos hechos capitales. Hoy día, me costaría mucho escribir la cronología exacta de los detalles, su marcha.

Era algo que trastornaba, pero también era algo trastornado. No creo que pudiéramos ser cuatro los testigos que contáramos las cosas exactamente lo mismo. Eso no querría decir que esa liberación de París no tuvo lugar, o que el general Leclerc era un mito.

* * *

94 Sin embargo, el primer testimonio escrito sobre la resurrección de Jesucristo no es un Evangelio, sino las epístolas de san Pablo. Sobre todo, la Primera a los Corintios, cuya autenticidad nadie discute. Cito íntegro ese pasaje: "Lo primero que yo os transmití, tal como lo había recibido, fue esto: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día según las Escrituras; que se le apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales viven todavía, otros han muerto; después se le apareció a Santiago, después a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí". (1Cor. 15,3-8)

Tomo del P. Braun el comentario crítico al texto: "La autenticidad de ese trozo esta fuera de duda. Cuando Pablo escribía lo que precede, se encontraba en Éfeso hacia el año 55. La exposición de los hechos recordada a los Corintios reproduce la enseñanza oral que les había dado durante su estancia en su ciudad, en 51—52. Esa misma enseñanza se presenta en nombre de la *paradosis* ("transmisión", según la versión que damos). Ese término, de inspiración rabínica (no podemos olvidar que Pablo, antes de su conversión, pertenecía al partido de los fariseos) significaba la comunicación de una doctrina inmutable, por vía de simple repetición.

"Al resumir la historia de las apariciones, Pablo tenía conciencia de repetir lo que había aprendido él mismo en Jerusalén, en el curso de sus viajes escalonados entre los años 36 y 50. Se puede afirmar con seguridad que reproduce uno de los elementos mayores de la catequesis apostólica, en el estadio más antiguo. Por mediación de Pablo, pues, nos remontamos a los primeros apóstoles, en un momento muy cercano al acontecimiento en cuestión. San Pablo no experimenta la necesidad de probar nada. El objeto de su testimonio ya había sido recibido en todas las comunidades. Se limita a evocarlo, para resolver una dificultad particular que se relacionaba con la resurrección de los muertos en general."

Así san Pablo, cuando escribía eso, tenía conciencia de transmitir, sin cambiar una jota, la fe cristiana, la tradición apostólica, basadas en tres hechos históricos, considerados ya como indiscutibles: la muerte de Jesús, la sepultura de Jesús, la resurrección de Jesús de entre los muertos. Una veintena de años le separaba de los acontecimientos, estaba, en relación con ellos, como yo, en el momento de escribir este libro, con los acontecimientos de la resistencia interior francesa y la liberación de París.

Y ya esos tres hechos históricos —muerte, sepultura, resurrección de Jesús— habían tomado una significación que desbordaba singularmente el marco temporal y espacial de su acontecer. Pablo anota dos veces que se cumplieron conforme a las Escrituras, vinculando así explícitamente el destino de Jesús a todo el Antiguo Testamento que preparaba ese destino. ¿A quién habla Pablo de esos hechos ya históricos, y por lo demás conocidos y aceptados por sus corresponsales?

No a judíos de Judea, sino a habitantes de Corinto en Grecia, gran puerto de mar, enlazado con toda la cuenca mediterránea. El triple hecho de la muerte, de la sepultura, de la resurrección del Señor, ya enlazado por las Escrituras judías con el más antiguo y venerable pasado religioso de la humanidad, había llegado a ser un acontecimiento internacional; más que internacional, universal. Quiero decir que afectaba al destino de todo hombre en este mundo. Así la cuestión se les planteaba a Pablo y sus corresponsales, a mi juicio, exactamente igual que como se nos plantea a nosotros.

Deberíamos sorprendernos menos que otras generaciones de esa explosión significativa, extendida súbitamente hasta los confines del mundo conocido, de un acontecimiento histórico muy localizado. Relativamente muy pocos hombres han sido agentes o testigos de la bomba de Hiroshima; la significación del suceso, sin embargo, fue súbita y universal. Cada hombre, en todas partes del mundo, se sintió afectado. Desde entonces, el hombre *sabe* que el fin del mundo y el fin de la humanidad son posibles, la víspera de Hiroshima no lo sabia. Ahora el hombre ha de vivir con esa amenaza personal. Y, en fin de cuentas, la bomba lanzada sobre Hiroshima no es más que un hecho estrechamente localizado en el tiempo y el espacio. Pero su significación fue enseguida universal y aun metafísica.

Lo mismo pasa con la resurrección de Jesucristo. Es un hecho histórico localizado en el tiempo y el espacio, pero su significación se ha revelado inmediatamente como universal. Desde entonces, todo hombre sabía que la resurrección de los muertos era posible y que el acceso a la eternidad estaba abierto a todo hombre, en cuerpo y alma. Todo hombre, desde entonces ha de vivir con esa esperanza.

Cosa incomprensible e infinitamente triste: tras el apasionamiento puesto en el intento de destruir la autoridad histórica del hecho de la resurrección de Jesús, se siente menos la honradez científica que el odio a la esperanza, a esa esperanza.

Si, la resurrección de Jesucristo estalló en el mundo y para la salvación de todos, como la bomba de Hiroshima explotó en el mundo como amenaza para todos. Es difícil comprender lo que pasó, si no se percibe el carácter único y excepcional, pero también profético y universal del acontecimiento.

Pablo prosigue: "Así predicamos así habéis creído. Pero si se predica que Cristo resucitó le entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de vosotros que no hay resurrección de entre los muertos? Si no hay resurrección de entre los muertos, tampoco ha resucitado Cristo. Pero si Cristo no ha resucitado, entonces nuestra predicación es vacía, y vacía vuestra fe. Y resultamos también falsos testigos de Dios, porque dimos testimonio según Dios de que él resucitó a Cristo, al que no resucitó si es que los muertos no resucitan. Y si Cristo no ha resucitado, entonces vuestra fe es vana, y os estáis en vuestros pecados. Y también los que han perecido en Cristo, se han perdido. Si tenemos esperanza en Cristo, solamente para esta vida, somos los más miserables de todos los hombres. Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicia de los que murieron. Pues como la muerte llegó por un hombre, también por un hombre hay resurrección de los muertos". (1Cor. 15,11-21)

Me gusta mucho la manera rabínica que tiene Pablo de poner delante, machacar y definir las cuestiones. No se puede decir más claramente que el cristianismo es una impostura si el pretendido hecho de la resurrección de Jesús no es histórico; si no ocurrió un día entre los días en el jardín de José de Arimatea. No se puede decir más claramente que, si ese hecho de la resurrección de Jesús no está históricamente establecido, el cristianismo, todo él basado en la realidad objetiva e histórica de ese hecho, añade a la impostura la maldición y el ultraje a la

felicidad del hombre. "Si Cristo no ha resucitado de entre los muertos, somos los más miserables de todos los hombres", y también somos unos terribles imbéciles por sacrificar el goce desenfrenado de la vida presente a una vida eterna que no existe. Así está de claro, y conviene decirlo claramente.

Si, las cosas están claras, las fronteras están trazadas: el hecho de la resurrección de Jesús de entre los muertos, prenda de la resurrección general de los muertos, es lo que, según se acepte o se rehúse, constituye la línea de demarcación. Esos primeros cristianos de Corinto se parecen mucho a nosotros, incoherentes y frívolos como nosotros. Eran cristianos, bautizados, evangelizados por el más elocuente de los apóstoles, no negaban explícitamente nada de su catecismo, pero no creían en la resurrección de los muertos, *no podían creer.* Aceptaban ya, sin embargo, la resurrección de Jesucristo, sin duda como un acontecimiento mitológico, poético, religioso incluso y místico, pues amaban a Jesucristo su nueva religión, pero no se les ocurría que cada uno ellos, sí, cada uno e ellos y cada uno de nosotros, cada uno de los que habían conocido, cada uno de nosotros, tú, lector que me lees, yo que escribo, cada uno resucitará, idéntico a sí mismo en su propio cuerpo, como en su alma y en su espíritu. Eso les superaba, como nos supera cuando no nos situamos firmemente en el interior de la fortaleza de nuestra fe cristiana.

Y hay que decirlo. Desde hace tres siglos, hay una insensata tentativa para desmantelar nuestra fortaleza y arrancarnos nuestra fe.

* * *

95 Para la buena comprensión de los hechos y de los Evangelios que los cuentan, han de subrayarse varias circunstancias sobre la muerte, la sepultura y la resurrección de Jesucristo.

—Los relatos evangélicos concuerdan perfectamente con la arqueología y los descubrimientos modernos. Por ejemplo, la estructura de la tumba de José de Arimatea, tal como se esboza en los Evangelios, corresponde exactamente a la, estructura y disposición de numerosas sepulturas de esa época en la misma región.

—Los datos evangélicos corresponden a las costumbres y a las leyes judías de la época de Cristo, como a las costumbres y a las leyes romanas de la misma época. Por ejemplo, la sentencia de muerte reservada al procurador romano la gracia a un condenado, concedida en un día de fiesta, el suplicio de la crucifixión, el hecho de rematar a los condenados para que se les enterrara antes de la noche, el hecho de conceder el cadáver a un amigo poderoso que lo reclama, la necesidad de una sepultura apresurada, por la proximidad de la fiesta de la Pascua, etc. Conocemos esa época mucho mejor que Strauss y Renan, ellos son los que han envejecido y han quedado superados por los descubrimientos recientes, y no el Evangelio.

—Ya he anotado que, en el espacio de una vida humana, hemos visto que los descubrimientos arqueológicos y la critica textual más científica volvían a llevar a los Sinópticos a su fecha tradicional, es decir, antes de la ruina de Jerusalén, menos de cuarenta años después de la muerte de Jesucristo. He anotado también que los manuscritos del mar

Muerto revelan tal parentesco literario con Juan, que ese Evangelio, reputado él mismo como el más reciente, sin duda es mucho más antiguo de lo que se creía, y no es inverosímil que lo escribiera un testigo ocular de los acontecimientos. Incluso, ese Evangelio ha servido de base para preciosos descubrimientos arqueológicos.

—Los apóstoles no intervinieron para nada en el entierro de Jesús, salvo san Juan, que era joven, y sin duda no tenía ningún poder. Los demás apóstoles no estaban allí; se escondían, porque tenían miedo. Sin embargo, el deber de los apóstoles era estar allí. En realidad, su actitud fue lamentable. Los evangelistas han anotado esas circunstancias. Hubiera parecido que el interés "apologético" de los apóstoles, el interés de la Iglesia naciente, gobernada por los mismos apóstoles, hubiera sido esconder esas circunstancias, u omitirlas, o atenuarlas. Pero no, los Evangelios dijeron eso como dijeron todo lo demás, porque era verdad. ¿Por qué darles crédito en eso y no en el resto? Los Evangelios no están construidos en absoluto a la manera de un alegato o de un informe de abogado, sino a la manera de crónicas objetivas, concienzudas y —se percibe muchas veces— desinteresadas.

—Los apóstoles no asistían al entierro de Jesús. En cambio, se habla de dos personajes en los Evangelios sinópticos y en Juan: José de Arimatea, propietario de la tumba, y que obtuvo de Pilatos el cuerpo de Jesús, y Nicodemo. Eran dos notables: Marcos dice expresamente que José de Arimatea formaba parte del Sanhedrin. En la época en que se constituyó la primera catequesis cristiana, la que señala Marcos y no hace más que consignar, José de Arimatea vivía aún sin duda, y en todo caso su nombre era socialmente conocido e importante. Una circunstancia de tal gravedad, que ponía en primer plano de la escena a un notable judío en relación con Pilatos, perteneciente al Sanhedrin, propietario de un jardín y de una tumba a las puertas de Jerusalén, no es circunstancia que pueda ser inventada, por la evidente razón de que se puede desmentir con demasiada facilidad si es falsa, y desmentirse no sólo por el interesado, sino por cualquiera.

—La critica racionalista hizo una distinción entre el Cristo de la fe y el Cristo de la historia. El objetivo de esta distinción era evidentemente dejar a los cristianos y a los Evangelios la responsabilidad del Cristo de la fe, discutiendo la historicidad del Cristo de la historia. Se dice también así el "Cristo histórico" y el "Cristo místico", que viene a ser lo mismo. Así la resurrección de Jesucristo sería un hecho religioso, místico, completamente fuera de la órbita de la historia. Esa distinción impresiona mucho a los novicios. En realidad, es una superchería y una falsa dicotomía, como hay muchas que se arrastran por los libros. La historia en su naturaleza propia es el establecimiento de un hecho pasado, por el sólo medio de testimonios y documentos. Por el hecho de que la historia reposa en testimonios (que, por lo demás, tiene la función de criticar), es un asunto de fe. Ninguno de nuestros contemporáneos ha visto, con sus propios ojos, a Alejandro, a Cesar, o incluso a Napoleón: *creemos* que han existido por la *fe* de documentos. El Alejandro, el Cesar, el Napoleón de la historia, son también y adecuadamente un Cesar de la fe, un Napoleón de la fe, no podría ser de otro modo, ya que la historia apela necesariamente al testimonio. Un hecho de historia es necesariamente un hecho de fe, pero la reciproca no es verdadera: un hecho de fe no es por fuerza un hecho de historia. Pero los apóstoles y los evangelistas pretendían testimoniar sobre un hecho histórico, al testimoniar de la resurrección de Jesucristo, y la historicidad de ese hecho es lo que sigue fundamentando nuestra fe, que no es sólo una fe religiosa, sino, en su base, una fe de historiador. Creemos en Jesucristo Hijo de Dios, pero creemos también y en primer lugar en Jesús, en su muerte, en su sepultura, en su resurrección, como cualquier especialista cree en la existencia pasada de Alejandro, de Cesar y de Napoleón.

—La Iglesia no nació en el vacío, o en una retorta de laboratorio. Nació al aire, sobre los lugares mismos donde Jesús nació, vivió, fue juzgado, murió, fue sepultado, resucitó de entre los muertos y fue visto y tocado después de su resurrección. La Iglesia nació del hecho histórico de la resurrección de Jesús de entre los muertos. ¿Cómo imaginar que tal hecho pudiera ser afirmado públicamente, y sobre los lugares mismos, y poco después del suceso, sin recibir contradicción, cuando molestaba a tantos intereses, costumbres y pasiones? ¡Qué regalo para los enemigos de Jesús y de la Iglesia naciente poder convencer a los apóstoles de impostura o de locura, simplemente confrontando sus relatos con los hechos! Esa confrontación contradictoria no se hizo nunca, simplemente porque los dos bandos estaban demasiado cerca de los hechos para que estos hechos fueran discutibles por ninguno de los dos bandos. Inmediatamente, lo que se discutió fue la significación de los hechos, pero no los hechos. Lo mismo, hoy, el expresidente Truman, los pacifistas y las propias víctimas de Hiroshima seguramente no estarán de acuerdo sobre la interpretación a dar al hecho de la bomba de Hiroshima, pero al menos están de acuerdo en el hecho de que esa fatídica bomba fue lanzada en efecto sobre Hiroshima.

Como ciertos grandes acontecimientos súbitos en la historia, la resurrección de Jesucristo tuvo una significación liberadora para unos, abrumadora para otros. Es evidente que, para los enemigos de Cristo, fue algo abrumador, y más que abrumador, embarazoso y molesto. Esa gente tenía poder político, y el suceso no encajaba ni con sus intereses ni con sus previsiones. En semejantes circunstancias, la tendencia de todo gobierno es a disimular los hechos, o a callarlos, o al menos a minimizarlos. Incluso, ocurre a veces que se imponga una verdad oficial a toda una opinión pública.

Nuestra generación tiene una experiencia extraordinaria de un hecho particular, localizado, y, además, público. El 22 de noviembre de 1963, el presidente Kennedy fue asesinado en Dallas. Al cabo de más de un año, ¿qué más sabemos? ¿Qué sabremos exactamente de ello en un porvenir cercano, e incluso en un porvenir lejano? Esa muerte brutal ha trastornado tantas cosas, y quizá ha arreglado tantas cosas, que quizá más vale que no se sepa nada.

¿Cómo no creer que el hecho histórico de la resurrección de Jesucristo no trastornaba a un gobierno responsable de su muerte? El que no sepamos muy bien cómo reaccionó no prueba nada contra la veracidad del hecho, más bien probaría a favor de esa veracidad.

Al cabo de dos mil años casi, ya es un poco tarde para poner en duda la existencia de Jesús (como se ha tenido la cara de hacer.) o su muerte en la cruz, o su sepultura en la tumba de José de Arimatea, o bien la existencia misma de José de Arimatea y de su tumba, o bien la guardia de la tumba, o bien la tumba abierta y vacía al tercer día, y las apariciones consecutivas. La crítica racionalista no es razonable, lo aprovecha todo, y todo le parece bien. Con aire imperturbable, ha formado las hipótesis más extravagantes.

Ha visto a los apóstoles como rayos de la guerra, como conspiradores astutos, llenos de valentía y de imaginación, que arrebataron el cadáver de Jesús para inventar mejor el hecho de su resurrección. Por el contrario, en aquellos días negros, los apóstoles fueron unos cobardes: no eran absolutamente fanáticos y exaltados, sino pobre gente que se aferraba vehementemente a su pellejo y no pensaba más que en esconderse.

Hable por voz de Renan o por la de ilustres profesores, la critica racionalista no escapa a su época ideal y tiene todas las torpezas del Romanticismo. "La expectación, ordinariamente, crea su objeto", escribe gravemente Renan. "El esfuerzo interior de sus almas

entusiastas les podía sugerir la visión de lo que deseaban", escribe Loisy17. "En condiciones exteriores que hay que renunciar a precisar —escribe prudentemente Goguel—, la fe mesiánica de los apóstoles fue, no sólo restaurada, sino exaltada. Esa resurrección de su fe se confundió para ellos con la del Señor mismo." Y Ch. Guignebert: "Tal tensión de deseo y de fe, en el espíritu y en el corazón de hombres a la vez rudos y místicos, exaltados por el sufrimiento moral, en la espera ansiosa, sólo tiene una conclusión lógica, y es la visión".

Lamento faltar al respeto a tantas autoridades universitarias y académicas, pero su concepción de los hombres su experiencia de la vida me parecen lo más pueril que hay. Yo he hecho la Resistencia, y, curiosamente, con el hijo del profesor Guignebert, he estado en la cárcel, he pertenecido a grupos "a la vez rudos y místicos", como dice el otro. Cierto que abundaban las falsas noticias, fruto de nuestros deseos más que de la realidad. También las profecías. Deseábamos apasionadamente la liberación del territorio, la esperábamos con fervor o con desesperación, según los días, pero todo ese clima de exaltación no adelantó en un solo día la liberación del territorio.

Todos los combatientes de la resistencia, todos, cuerdos y locos, están de acuerdo sobre la fecha y el hecho de la liberación de París en agosto de 1944. Si esa liberación de París nunca hubiera tenido lugar, muy probablemente también lo habríamos sabido, y, a pesar de nuestras discusiones internas y de nuestra exaltación —y esperando perecer en un campo de concentración o ser fusilados una madrugada contra una pared—, habríamos seguido de acuerdo en que París no había sido liberado. ¿A quién de los aprisionados se le habría ocurrido decir: "La expectación, ordinariamente, crea su objeto"? Prefiero a los fariseos que, no teniendo nada mejor que decir que esas pamplinas, no tuvieron ánimo para escribirlas, y, en efecto, no dijeron nada. Si no se tiene más que tales tonterías contra la historicidad de los Evangelios, entonces es mejor cerrar las bocas sentenciosas.

* * *

96 Antes de llegar al desarrollo de los hechos y al análisis más detallado de los textos del Evangelio, séame permitido hacer aquí una breve pausa, y concentrar en un manojo las conclusiones generales a que me ha llevado personalmente la lenta y saboreada meditación de los Evangelios, sobre el importante tema de la resurrección de Jesucristo.

—Ante todo, la resurrección de Jesucristo es un hecho histórico. No es un hecho legendario o mitológico, o sólo "místico y religioso", como se insinúa para negar su realidad histórica. Es un hecho histórico, cuya autenticidad, como la de todo hecho histórico, procede del testimonio y de la crítica del testimonio.

—Hecho histórico, irrefutablemente establecido a tal título, no por ello la resurrección de Jesucristo deja de ser un hecho milagroso, absolutamente inexplicable por el solo juego de las fuerzas naturales.

---

17 Véase, al final del libro, el comentario a una carta sobre Loisy, publicada en *Le Monde* en relación con este libro. *(N. del T.)*

—No sólo hecho milagroso, sino hecho absolutamente único hasta entonces (dejando aparte, según la fe católica, la resurrección de la Virgen, que es posterior y consecuente). Hubo otras resurrecciones milagrosas, contadas en la Biblia y en el propio Evangelio. La de Jesús es de otro carácter. Es un cambio de estado y de condición. Con su resurrección, Jesús no regresó a nuestro tiempo y a nuestra condición terrestre; entró corporalmente en la eternidad y abrió definitivamente el acceso a la eternidad para el hombre, cuerpo y alma. Su resurrección no es un retroceso, es una promoción hacia delante, esta vez irreversible: el Cristo resucitado ya no muere.

—Hecho único, de significación y de alcance irreversibles y universales. Como la creación del mundo, como la caída de Adán, como la invención del fuego o de la rueda, como la liberación de la energía atómica. Esta resurrección compromete a la humanidad entera en una solidaridad de hecho universal; es un nuevo centro de gravitación en el campo del universo humano, que trastorna y vuelve a arreglar los movimientos de todos los destinos humanos, queramos o no.

* * *

97 Mi tarea, ahora, es abordar el relato más circunstanciado de la Resurrección, basándome principalmente en Mateo, Lucas y Juan, que se completan. Está claro que los evangelistas, aquí más que en cualquier otro punto, se preocupan menos de la armonización de los detalles que de establecer bien sus testimonios sobre el hecho esencial. Ocurre que un evangelista habla de un ángel donde otro menciona dos; Mateo habla de las mujeres discípulas de Jesús, en general, mientras que Juan sólo menciona a María Magdalena; uno pone el acento en las apariciones en Galilea, otro en las de Judea. Por su arte, Pablo no habla de la tumba hallada vacía, pero no disocia la sepultura de Cristo y su resurrección. En lo esencial están de acuerdo todos, *Hechos de los Apóstoles*, Pablo, *Evangelios*. ¿Qué es esencial? La sepultura de Jesucristo, prueba de su muerte, sus apariciones corporales, prueba de su resurrección de entre los muertos. Es el mismo hombre cuyo cadáver fue sepultado en la tumba de José de Arimatea, y que apareció a sus discípulos tres días después, haciéndoles tocar su cuerpo, ya vivo y glorioso. Sobre ese hecho prodigioso gira esencialmente testimonio apostólico.

No por ello es menos cierto que, en torno al hecho esencial, los diversos relatos de las circunstancias siguen siendo desordenados, difíciles de armonizar. Lo mismo pasa con todo acontecimiento excepcional, sorprendente, súbito, brutal. Aun en nuestra época, los testimonios inmediatos sobre el asesinato público del presidente Kennedy no concuerdan, salvo en el hecho mismo de que murió asesinado en Dallas (Texas) en noviembre de 1963. Es decir, que toda reconstitución de los hechos secundarios implica un margen de hipótesis y de elecciones personales entre varias posibilidades.

Mateo, que escribía en arameo, en la propia Jerusalén, y poco tiempo después del suceso, es el único que menciona el episodio de la guardia de la tumba. Ese episodio acaba en la payasada. A menudo he observado que en todo gran acontecimiento se mezcla un elemento burlón; parece que sea una marca de la autenticidad. Además, estamos acostumbrados a considerar con mucha gravedad las cosas de nuestra religión. Pero al mismo Jesucristo, que ese día había pasado desde el otro lado del mundo, ¿por qué se le iba a prohibir divertirse un

poco precisamente ese día? Divertirse a expensas de los que fueron sus enemigos, a expensas, quizás, incluso de los que fueron sus amigos. Después de todo, había resucitado de entre los muertos, veía ya las cosas de otra manera, su estilo ya no es el mismo. ¿Qué tiene de extraño? El comportamiento de todo hombre es diferente en medio de la batalla y una vez ganada la victoria. ¡Y qué victoria para Jesús! Esa jornada es suya. En los días de su mayor gloria, los mayores capitanes guardan una punta de humor. Resucitado de entre los muertos, Jesucristo no deja de ser un hombre, un gran hombre y un gran capitán.

No desdeñó, pues, lanzar la púrpura del ridículo sobre los que le habían llevado a la muerte. Sin embargo, ellos habían creído retenerle bien; al fin y por primera vez estaban tranquilos; Jesús estaba muerto, bien muerto, prudente y definitivamente tendido en un banco de piedra, en la cámara oscura de una tumba. ¡Que pongan en esa tumba los sellos del gran sacerdote, y que para más seguridad pongan una guardia y centinelas ante esa tumba!

Mateo cuenta: "Y entonces hubo un gran terremoto: un ángel del Señor bajó del cielo, y se acercó a remover la piedra, sentándose encima. Su aspecto era como de relámpago, y su manto blanco como la nieve. Los centinelas se estremecieron de miedo ante él y quedaron como muertos...". (Mt. 28,2-3) Los que han vivido la última guerra saben lo que es la onda de expansión de una bomba de gran calibre, para no hablar de la bomba atómica. Evidentemente, allí pasó algo semejante. Los soldados quedaron derribados, y luego se palparon para comprobar que todavía estaban vivos, contaron sus miembros, recogieron a tientas sus armas y sus equipos, miraron quizá con prudencia el interior de la tumba, pues al fin y al cabo el deber es antes que todo, descubrieron con espanto que la tumba estaba vacía, no comprendieron absolutamente nada, y, aparte, celebraron consejo para saber qué habría que hacer. Como no había otra cosa que hacer, con las orejas gachas, y en columna de dos, se volvieron a Jerusalén, para dar cuenta a los príncipes de los sacerdotes. Habían quedado bien, dejando escapar a un muerto. Seguro que no escaparían del consejo de guerra... ¡Qué historial...

La acogida de los grandes sacerdotes fue sorprendente. No se encolerizaron, no denunciaron a Pilatos a la guardia por deserción del puesto, tomaron con asombrosa facilidad su parte en el asunto. En realidad —y eso es lo que me sorprende—, cuando fueron a verles los guardias, aturdidos y confusos, y les contaron que un ángel les había derribado, que la tumba estaba abierta y el cuerpo había desaparecido, los príncipes de los sacerdotes no dudaron un momento de que se encontraban ante un nuevo prodigio del que llamaban "el Impostor". Ellos, los enemigos de Jesús, en ese momento creyeron en el poder milagroso persistente de Jesús, creyeron más prontamente que la mayor parte de sus amigos. El odio tiene esas clarividencias... Ese hombre sería siempre para ellos como una serpiente, a la que habían creído aplastar la cabeza y que, de repente, la levantaba con más insolencia que nunca.

¿Qué hacer? Los grandes sacerdotes reflexionaron y resolvieron comprar el testimonio de los soldados. Mateo acaba su relato: "Ellos, reunidos con los ancianos, tomaron el acuerdo de dar a los soldados muchas monedas de plata, diciéndoles: —Decid: "Sus discípulos vinieron por la noche y le robaron mientras dormíamos". Y si se sabe algo de esto delante del gobernador, nosotros le convenceremos y os sacaremos salvos. Y esta historia se extendió entre los judíos hasta el día de hoy". (Mt.28, 12-15)

La terquedad del odio no retrocede ante nada y teme añadir absurdo al absurdo. En el momento en que los discípulos, consternados por el hundimiento de todas sus esperanzas, muertos de miedo de ser detenidos también, se encierran en una casa y no se atreven a sacar la nariz, se les acusa de haber dado un golpe de mano de un atrevimiento inverosímil. Eso se

parece a las historias de caza en que la desgraciada liebre, cansada al fin de tener miedo, se pone a perseguir al cazador. Para colmo, en lugar de meter a los guardias en la cárcel por negligencia y abandono de puesto, les pagan de beber para que cuenten en todas partes la historia de su imperdonable debilidad. Se pagaron ronda tras ronda, a la salud del sumo sacerdote, y también de ese muerto fabuloso que atravesaba las paredes...

Muchas veces he observado que las mujeres no tienen el mismo comportamiento que los hombres ante un cadáver. Para ellas, el cadáver de un ser amado, es todavía el ser amado: le abrazan, lo lavan, lo visten con lo más precioso que tengan, lo cubren de perfumes y de flores, querrían retenerlo todo el tiempo posible antes de confiarlo a la tierra. Y luego, las mujeres son las visitadoras por excelencia de los cementerios. A menos que a veces tal visita esté por encima de sus fuerzas.

Para los hombres, todo es diferente. Los mejores son capaces de los mayores sacrificios, de la vida incluso, por la salvación de un amigo, pero una vez sobrevenida la muerte, el cadáver les estorba; que se le den los últimos honores y se acabe el asunto. Nada más sencillo, nada más expeditivo, nada más honorable también que la sepultura de un camarada en un campo de batalla. Y la vida continúa.

Esta vez también fue así. Se adivina entre líneas en el Evangelio. Entre los discípulos de Jesús, las mujeres y los hombres tienen comportamientos opuestos. Para los hombres, se acabó, su esperanza ha quedado destruida, están aturdidos por el golpe, lo acusan, pero finalmente tornan su partido. ¿Qué hacer, por lo demás? La vida continúa: mañana, cada cual volverá a su oficio de antes, el pescador a su barca, el campesino a su arado. Los que se llaman los dos discípulos de Emaús expresan bien la situación. Hablando de Jesús de Nazaret, explican: " ...Lo de Jesús el Nazareno, que llegó a ser profeta poderoso en obra y palabra ante Dios y todo el pueblo: cómo le entregaron nuestros sacerdotes a la pena de muerte y le crucificaron. Nos*otros, teníamos la esperanza* de que éste fuera el que iba a liberar a Israel..."(Lc. 24,19-20) Pero ¿qué? Ha muerto, y esa esperanza yace a sus pies, como una herramienta rota, para tirar a la basura. Entonces, entran otra vez en sus casas para reanudar la tarea cotidiana, licenciados de un gran sueño y de una gran conquista, soldados desmovilizados de una revolución bien iniciada, y ya fracasada.

Pero ¿las mujeres? ¡Ah!, Las mujeres, es muy diferente. No toman su partido por nada. Saben que Jesús ha muerto, le han visto enterrar, ellas estaban allí. Pero aun más que su esperanza, Jesús era su amor, más allá la muerte sigue siéndolo. Ese amor no está roto, la muerte del amado no ha hecho más que endurecer ese amor como el diamante. Esas muchachas judías, acunadas desde la niñez con las asombrosas estrofas del *Cantar de los cantares*, han reconocido intuitivamente en Jesús al Príncipe de este cántico. Saben de memoria los versos admirables:

Ponme como un sello en tu corazón,

Como un sello en tu brazo,

Pues el amor es tan fuerte como la muerte,

Los celos, fuertes como el infierno.

Sus lámparas son lámparas de fuego y llamas,

Las muchas aguas no pudieron apagar el amor,

Y los ríos no lo sumergirán...

No tenemos idea de la importancia de los perfumes en las civilizaciones antiguas. En el *Cantar de los Cantares,* se habla tanto de perfumes como de belleza y de amor. No hay, en toda la historia humana, cosa tan conmovedora como los preparativos de esas pocas mujeres que, en cuanto acaba el Sabbat, al despuntar el día, no se ocupan absolutamente más que de perfumes, pero que serían absolutamente capaces de remover cielo y tierra por perfumes; en cuanto suenan las trompetas del Templo, al final de la noche, para anunciar que ha terminado el Gran Sabbat, salen de sus casas y echan a correr por las callejuelas, van a las tiendas de los perfumistas, llaman para que las abran, y, cargadas de preciosas ánforas, se dirigen, en el alba naciente, hacia el jardín de José de Arimatea. Quizás era el primer buen día de primavera que empezaba, los pájaros se despertaban, había mucha alegría en toda la naturaleza, y todas esas mujeres corrían por los caminos, calzadas con sus sandalias.

No se sabe si llegaron todas juntas. Es probable que María Magdalena, más joven, más deportiva, más amorosa también que todas las demás, fuera la más rápida. Los guardias ya se habían ido cuando llegó a la tumba. Fue grande su desesperación al encontrarla abierta y vacía. Como una gacela infatigable, volvió a echar a correr, volvió derecha a Jerusalén, a la casa donde estaban Juan y Simón Pedro, entró, les sacudió, les despertó, y, sin aliento, les aulló en los oídos. "¡Han quitado al Señor del sepulcro, no sabemos dónde le han puesto!"(Jn. 20,2) Tampoco a ella se le ha ocurrido la idea de que Jesús haya resucitado. Pero no dice "el cuerpo" ni "el cadáver", sino "el Señor", y esta personalización es admirable.

Luego, al amanecer, hay una serie de idas y venidas innumerables por caminos diversos, en que ellos se encuentran, dejan de encontrarse más aún, ven ángeles, no los ven, y todo el mundo parece jugar al escondite con todo el mundo. Es la atmósfera de un golpe de escena, inverosímil, increíble, pero verdadero, ineluctablemente verdadero y real. Admirable táctica de Jesús, que sigue siendo el poeta que ha sido siempre. Hacía falta ante todo sacar a sus discípulos de su aturdimiento, de su postración, de su desesperanza, de su duelo, y sumergirles hasta las orejas en la inquietud y la interrogación.

Pues, en definitiva, al comienzo de esa mañana fantástica, hubo un momento, que duró quizá varías horas, en que cada cual se preguntó qué había ocurrido realmente. Digo cada cual, amigos, enemigos, y tanto los grandes sacerdotes como los apóstoles. Durante ese largo momento, en las pocas casas de Jerusalén en que ya se sabía que la tumba de Jesús estaba abierta y vacía, hubo la inquietud solemne que reina en un país, que sabe que en su frontera se desarrolla en ese día mismo la batalla decisiva de que depende su destino, y que no conoce aun su resultado. ¡Qué espera agonizante y pesada! ¿Qué era de ese cuerpo desaparecido como por encanto?

Mientras que, por su parte, María Magdalena galopaba enloquecida por los caminos, las demás mujeres llegaban a la tumba. Allí observaban un ángel (Lucas menciona dos), que les afirmaba que Jesús había resucitado. Marcos y Lucas hablan de los ángeles como hombres desconocidos, vestidos solamente de túnicas deslumbrantes, y que fueron por delante de esas pobres muchachas ya más que intimidadas. Los dos evangelistas hacen decir a los ángeles que Jesús *precederá* a sus discípulos a Galilea. Ahora bien, después, Jesús apareció en Judea antes de aparecer en Galilea. Quizás aquí la Vulgata ha orientado mal a los traductores: pues la

palabra griega correspondiente quiere decir no sólo "preceder", sino también a veces "conducir", "llevar consigo".

Por mi parte, pienso también en otra explicación. Tratamos de introducir nuestras coherencias racionales en el espíritu de Jesucristo. Según esas coherencias racionales, Jesús no pudo hacer decir a sus ángeles que precedería a sus discípulos a Galilea, cuando tenía la intención de aparecérseles antes en Judea. Pero ¿por qué no atribuir a ese hombre que es Jesús también los movimientos de un corazón de hombre? ¿Por qué no iba a cambiar de opinión? La prisa por volver a ver a los suyos y hacerse reconocer por ellos —tras la terrible separación de la muerte— pudo alterar su plan original. La precipitación de su corazón le impidió esperar y dejar para más tarde el encuentro con los que amaba y por los cuales había muerto. Entre Jesús y los ángeles, habría habido entonces falta de enlace, ¿qué importaban los ángeles? En la mañana de Pascua, no eran más que domésticos; los discípulos seguían siendo los amigos bien amados. De los hombres era de quien se preocupaba principalmente Jesús en esa mañana, no de los ángeles; y el peso de su corazón le arrastraba irresistiblemente hacia los hombres. Pues aun la omnipotencia de Dios parece incapaz de resistir al amor.

Las mujeres vuelven a Jerusalén, aterrorizadas. Pedro y Juan, advertidos por María Magdalena, corren a la tumba. Juan, más joven, llega el primero. Por respeto al más anciano, le espera para dejarle entrar antes. Es hermosa esa espera de Juan, en que el respeto a la autoridad embrida la impaciencia del amor. Uno y otro están ahora completamente despiertos. Como hombres responsables, quieren saber y darse cuenta de los menores detalles. En efecto, un detalle les impresiona: las vendas que envolvían el cadáver están tiradas por el suelo, y el sudario que le cubría está cuidadosamente doblado y arrollado en un rincón. Si el cuerpo hubiera sido robado, se lo habrían llevado tal como estaba, con sus vendas, y no se habrían tomado luego el trabajo de arreglar las cosas. Entonces, Juan pensó que estaba ante un nuevo milagro de su Maestro, y *creyó*. (Jn. 20,3-10)

Testimonio importante éste. No se inventa tal puesta en escena. Hombres capaces de inventar que Jesús había resucitado —y los discípulos eran incapaces— no se habrían cuidado a la vez de las vendas y del sudario, no habrían pensado en darles un destino. Eso podría pasar en Conan Doyle, pero para crímenes premeditados con mucha anticipación. La muerte de su Maestro sobrevino para los apóstoles como el rayo, sin dejarles tiempo para ninguna premeditación. Un detective que llega al lugar donde se acaba de cometer un crimen —exactamente como llegaron a la tumba Pedro y Juan— sabe que en ese primerísimo momento en que todo está todavía en su sitio, cada detalle puede abrir una pista sobre la verdad.

Un Strauss, un Renan, un Loisy, no tienen nada de detectives. Son intelectuales que hacen teorías, mientras haría falta abrir los ojos y observar minuciosamente.

* * *

98 Pedro y Juan vuelven a su casa. Oprimida por la angustia, María Magdalena regresa tristemente a los lugares donde ha perdido —definitivamente, según cree ella— las huellas de su amado. Lo que sigue tiene aroma de amor, como un jardín, en el crepúsculo de un cálido día de verano, tiene aroma de flores. Aquí hay que citar a Juan:

"María se quedó junto al sepulcro, llorando fuera. Mientras lloraba, se acercó al sepulcro, y vio dos ángeles, de blanco, sentados, uno hacia la cabecera y otro hacía los píes de donde había estado el cuerpo. Ellos le dijeron: —Mujer, ¿por qué lloras?—. Ella les dijo: —Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto—. Después de decir esto, miró atrás y vio a Jesús, que estaba allí, pero no conoció que era Jesús. Jesús le dijo: —Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?—. Ella creyendo que era el jardinero, le dijo: —Señor, si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto, y yo iré a llevármelo—. Jesús le dijo: —María—. Entonces ella le reconoció y le dijo: —*¡Rabbuní!*— lo que, en hebreo, significa Maestro". (Pero con un matiz de familiaridad y de afecto que no tiene la palabra *Rabbi.)*

"Jesús le dijo. — No me toques, pues todavía no he subido al Padre. Ve a ver a los míos, y diles: Subo a mi Padre, también Padre vuestro; a mi Dios, también Dios vuestro—. Fue María la Magdalena a anunciar a los discípulos: —He visto al Señor, y me ha dicho esto—."(Jn. 20,11-18)

Visitando Vézelay, tuve ocasión de oír hablar a un buen benedictino que hacía los honores del lugar. Me ruborizaba por él. En esa maravillosa basílica, edificada en honor de María Magdalena, el pobre hombre se empeñaba en explicar la arquitectura y la historia de esa iglesia, como si María Magdalena nunca, hubiera existido. Pero así es: esa mujer siempre ha exasperado a ciertas categorías de gentes. Hoy exaspera a los puritanos, a los intelectuales y los exégetas, como antaño exasperó a los fariseos, y, entre los apóstoles, a judas. Es demasiado grande, esta demasiado cerca de Cristo, lo comprende todo demasiado bien, ama demasiado, pero no dice nada o casi nada, y en cambio deslumbra, escandaliza. Por lo demás, no escandaliza sólo a los fariseos y a los traidores, sino que sobre todo pone nerviosos a los mediocres. Ve en grande, ama en grande, sólo llama a las puertas que tienen la aldaba a la altura de un jinete. Sólo por su belleza, por su estilo, por el atrevimiento y la justeza de sus gestos, es demasiado espectacular. Es provocativa. Provoca la admiración, y, por el lado de la sombra, la cólera.

El testimonio apostólico que funda la Iglesia se refiere esencialmente a la sepultura y la resurrección de Jesucristo. Ahora bien, María Magdalena es la primera implicada en ese doble acontecimiento. Por su unción en Betania, predijo, ella sola, la próxima muerte y la sepultura del Hijo del hombre. Con la madre de Jesús y con Juan, estaba al pie de la Cruz. También estaba en la tumba, y se quedó allí después de todos los demás. Y he aquí que, en la mañana de Pascua, es la primera en volver a la tumba, y ella es la primera que cuenta la primera aparición de Cristo que se narra en los Evangelios. Entonces, Jesús, antes que a nadie, le hace la confidencia de su ascensión junto al Padre. Parece que no quiso disfrutar de su plena gloria sin introducirla en el secreto.

He insistido tanto como he podido en la distinción entre una resurrección que no fuera más que un retroceso a la vida presente y una resurrección que es promoción hacía delante y acceso a la vida eterna: María Magdalena está fijada, y por el mismo Jesús, en el modo de su resurrección. Desde el momento de que se trata para él de volver hacia su Padre, ya no pertenece a nuestro bajo mundo sino por su solidaridad humana con nosotros: "Mi Padre, también Padre vuestro; mi Dios, también Dios vuestro". A María Magdalena, Jesús le revela todas las dimensiones de su Iglesia católica, es decir, universal. Su asentamiento junto al Padre es la prenda y garantía de la Comunión de los Santos, ahí es donde debemos unirnos todos a él, ahí es donde nos da a todos una cita a través de María Magdalena, ahí está el término último de nuestro destino humano. ¡Qué gran santa la que fue juzgada digna de ser incorporada enseguida y tan profundamente al Misterio de nuestra salvación! La liturgia que,

con atrevimiento púdico, entra tan profundamente en el secreto de las Escrituras, aplica a María Magdalena los elogios destinados a la Amada del *Cantar de los Cantares;* verdadera y poéticamente, ella es esa Amada.

Cierto, la más alta es la Virgen María, puerta por donde el Verbo entró a habitar entre nosotros. La Virgen María está en el interior del "orden hipostático", como dicen los teólogos, porque su maternidad halla su término en la personalidad misma del Hijo de Dios.

Es la Madre de Dios, la *Theotokos* aclamada en los Concilios. Nada humano se ha asociado tan estrechamente como ella a la aventura de la Encarnación redentora. A tal título, bien merece junto a Jesucristo, segundo Adán, el titulo de segunda Eva que se le ha dado, segunda Eva por quien nos vino la salvación, como la primera fue aquella por quien nos vine el naufragio.

Pero, de otra manera, María Magdalena merece también este título de segunda Eva. No soy yo quien lo digo. Voy a traducir aquí íntegramente una objeción y una respuesta de la *Summa teológica.* Tomas de Aquino se pregunta si convenía que la resurrección de Jesucristo se manifestara sólo a algunos más bien que a todos. La tercera objeción es típicamente misógina: a todos o no a todos, si había alguien que no debía entrar en la confidencia de la resurrección, eran las mujeres. Y he aquí:

"La resurrección de Cristo ha sido manifestada a los que debían convertirse en sus testigos: presentarían ese testimonio mediante la predicación pública. Ahora bien, es una misión que no conviene a las mujeres. San Pablo ordena formalmente: "En las reuniones, callen las mujeres". Y luego: "No permito que la mujer enseñe". Parece, pues, que no era el buen procedimiento para el Cristo resucitado, aparecer primero a las mujeres antes que a los hombres en reunión.

"Tomás de Aquino responde: "Es verdad que la mujer no esta autorizada a enseñar públicamente en la Iglesia. Pero se le permite dar instrucción y consejo en privado y a familiares. Es lo que dice Ambrosio: "La mujer recibe misión para los que pertenecen a la casa". No recibe misión de llevar a todo el pueblo el testimonio de la resurrección.

"Sin embargo, Cristo se apareció primero a mujeres para que la mujer, que había sido la primera en dar al hombre un mensaje de muerte, fuera también la primera en anunciar la vida en la gloria de Cristo resucitado. Por eso explica Cirilo: "La mujer fue antaño ministro de la muerte, también es ella la primera que percibe y anuncia el venerable misterio de la resurrección. Ahí el sexo femenino ha obtenido la absolución de la ignominia y el rechazo de la maldición."

Pienso que ese Cirilo complacientemente citado por Tomás de Aquino es san Cirilo de Alejandría, el ardiente campeón del Concilio de Éfeso, que proclamó la maternidad divina de María. Es importante anotar que las líneas citadas por Tomás de Aquino están extraídas de un comentario de Cirilo sobre el pasaje del evangelio de Juan que explico en este momento, y que cuenta la aparición de Cristo a María Magdalena. El paralelo Eva-María Magdalena se remonta muy lejos por la tradición, no hay que dejarse extraviar.

Tomás de Aquino concluye: "Se ve al mismo tiempo con eso que, en lo que concierne al estado de gloria, no hay ningún inconveniente en ser mujer. Si ellas están animadas de caridad más grande, gozarán de gloria más grande, obtenida con la visión divina.

"Es evidente que las mujeres amaron al Señor de manera más estrecha y más de cerca *(arctius amaverunt),* porque, cuando los mismos discípulos se retiraban de la tumba, ellas no se separaron, y ellas fueron las primeras en ver al Señor *resucitado* en su gloria *(in gloria resurgentem)."* Sí, ellas le sorprendieron en el acto mismo de su gloriosa resurrección.

Tomás de Aquino, como Mateo, habla de las santas mujeres en general, mientras que Juan no habla más que de María Magdalena. Es posible, en efecto, que Jesús se apareciera dos veces, a María Magdalena y a las otras mujeres, por separado. Pero Marcos es taxativo: "Se dejó ver primero a María la Magdalena, a la que había sacado siete demonios". (Mc. 16,9) ¡Qué camino el recorrido por esta mujer, desde el día en que, prosternada a los pies de Jesús, y lavándolos con sus lágrimas, obtenía el perdón de sus pecados, a causa de la intensidad y la cualidad de su amor, hasta ese jardín, donde vuelve otra vez a abrazar los pies de su Salvador, cubriéndolos de besos! Para expresar esa ternura y esa alegría conviene citar aquí el *Cántico:* "Mi amado es mío y yo soy suya, apacienta su rebaño entre los lirios".

Sé los pensamientos ocultos que vienen al espíritu. Esos pensamientos son sucios y son falsos: suben de las regiones más tenebrosas y más apestadas de nuestro ser. ¿Por qué van a dar miedo? No podrían manchar el impulso y la ternura de ese encuentro en el jardín luminoso de José de Arimatea. Cierto que esa mujer fue una cortesana, "pecadora en la ciudad", pero no es su pasado, abolido y perdonado, lo que inclina a Jesús hacia ella. Es ella la que se ve aspirada toda entera por violencia de amor hacia la gloria del cuerpo resucitado del Señor. Y en esa aspiración, hasta su cuerpo comienza a ser transfigurado en una fiebre de amor por encima de este mundo. No hay ahí nada que no sea puro y santo: a través de la muerte, el cuerpo de Cristo resucita, glorioso, pero a través del horno ardiente de caridad, el cuerpo de María Magdalena también se ha vuelto un tierno metal precioso y puro.

También es san Pablo quien dice aquí las cosas más tajantemente: "Voy a emplear un lenguaje corriente en atención a vuestra debilidad natural; así como pusisteis vuestros cuerpos al servicio de la impiedad y el desenfreno total, así ahora poned vuestros cuerpos al servicio de la justicia, hasta la santidad". (Rom. 6,19; 1Cor. 6,16-17) El texto de Pablo es así de crudo: María Magdalena, esa mujer de placer, ya sólo es mujer para la alegría divina.

Sé muy bien de dónde brotan nuestros oscuros pensamientos insinuados y el miedo que nos causa María Magdalena. La vergüenza es toda para nosotros. Nuestra época es abominablemente puritana: en cuanto pensamos en el cuerpo, pensamos para mal. Creemos que el cuerpo está condenado por adelantado, que pertenece de derecho al Diablo, que le es imposible ser puro, y que todo lo que viene de él no puede ser sino malo. Pues bien, no es verdad. El cuerpo también puede ser purificado, puede ser transfigurado por la gracia de Jesucristo, es digno también de entrar en la gloria. Si ese conmovedor encuentro entre Jesús resucitado y disfrazado de jardinero, y María Magdalena, loca de amor, si ese encuentro, digo, significa algo, es esto lo que significa. Supliquémosla que nos lave de nuestro puritanismo y de las manchas con que salpica nuestro juicio, que sólo es temerario en el mal. En el bien, nuestro juicio es muy tímido.

Hablaré un lenguaje aún más claro, pues toda esa ambigüedad que reina en torno a María Magdalena y sus relaciones con Jesucristo es propiamente exasperante, y no ofrece ninguna clase de interés. Personalmente, trato de ser fiel a la enseñanza de la Iglesia, y trato de desprenderme de todo puritanismo, al menos en mis juicios. La relación natural entre los sexos masculino y femenino no me escandaliza absolutamente. Como ocurre que esa relación es el instrumento de la transmisión de la vida, la encuentro, por el contrario, un carácter naturalmente sagrado, que sólo produce respeto. Pero, en definitiva, a pesar del ridículo en

que ha caído la castidad, en nuestra civilización moderna, nadie me obligará a depreciarla. El valor también, y el heroísmo, han caído en el ridículo. Menos que la castidad, pero un poco, lo cual ya es demasiado.

Evidentemente, como todo lo que va unido al cuerpo, la castidad es ambigua. Todo lo que es materialmente casto, no por ello es virtuoso: existe la castidad de las piedras, la de los corazones secos, la de los avaros de sí mismos y la de los impotentes, la de los cobardes beatos que tienen miedo al infierno. Todas esas castidades están podridas.

Pero digo que hay una castidad heroica, que es la consumación del amor, pues es la consagración mas sublime de la generosidad moral y física de un ser humano a Dios, sí, fariseos, incluso de su belleza y de su generosidad físicas. Jesús y María Magdalena, qué buena pareja para el cine, se piensa... Pues bien, no era lo que pensáis, en absoluto; ciertamente, no por falta de amor y de inclinación mutua, sino, al contrario, por tal exceso de amor que no podía expresarse sino por la castidad, como ciertas admiraciones o ciertos dolores sólo pueden expresarse por el silencio. Y si no sentís que es posible, es que os falta totalmente imaginación poética.

Entre las relaciones ordinarias de un hombre y una mujer que se aman, y ese tipo de castidad heroica de que hablo, hay la diferencia que existe entre una amistad que se expresa por la conversación, el trato asiduo, los servicios que se hacen entre amigos, y, por otra parte, en una circunstancia ineluctable, la muerte aceptada de buena gana para salvar a su amigo. ¿Diréis que tal muerte es la ruptura o la negación de esa amistad? Muy al contrario, es su sello y su consumación. Tal es la castidad de María Magdalena: esa mujer tan bella estuvo tan bien hecha para el amor que el amor la arrastró al total holocausto de sí misma: "¡No me toques!", Le dice Jesús, y eso quiero decir: "¡Suéltame, déjame de retener!" María Magdalena deja alejarse a su Amado, y, en esa privación esta el más hermoso homenaje de amor que una mujer haya hecho a un hombre.

Si no veis eso, no comprenderéis eternamente nada de la grandeza de este personaje, pero tampoco sabréis hasta qué punto es amable el Señor Jesús, hasta qué punto exige ser amado, hasta qué punto es dulce y duro a la vez amar, hasta qué punto está celoso de nuestros cuerpos como de nuestras almas. A costa de ese amor precioso es como nuestros mismos cuerpos, según las expresiones de san Pablo, pueden llegar a ser los templos del Espíritu Santo. Tal ambición ¿podría germinar en el desprecio del cuerpo, en el desprecio del amor, en el puritanismo? Al contrario, sólo puede germinar en el respeto al cuerpo y en el amor.

María Magdalena tiene muchas cosas que enseñarnos. Simplemente meditando su ejemplo. Fue la patrona de los Cruzados y de la caballería franca, a causa de su predicción de la sepultura de Cristo, a causa de su fidelidad a la tumba de Cristo, y quizás a causa también, *avant la lettre*, de su concepción cortés del amor. Fue la gran patrona de la Orden dominicana, la Orden de Predicadores, que la llamaban *Apostola Apostolorum* —"Apóstola de los Apóstoles"—, pues ella fue la primera en anunciar a los mismos apóstoles esa noticia que, por boca de ellos, iba a dar la vuelta al mundo: Cristo ha resucitado.

¿Qué pasó? Los apóstoles no la creyeron. Pensaron que deliraba, que la violencia de su duelo la había vuelto loca. Socialmente, nunca está bien visto amar hasta la locura, y ese era el caso de María Magdalena. Lucas lo anota: "al volver del sepulcro, avisaron de todo esto a los Once y a los demás. Eran María Magdalena y Juana y María, la madre de Santiago, y las demás que estaban con ellas, las que dijeron esto a los apóstoles. A ellos estas palabras les parecieron como *una tontería, y no las creyeron"*. La santa Iglesia empezaba bien. No se

puede decir que la jerarquía católica haya sufrido desde el origen una excesiva propensión a la credulidad. Y eso continúa: nadie más duro de convencer que un superior eclesiástico. Espontáneamente, prefiere creeros loco antes que creeros bajo palabra. Es lo que le pasó al pobre Max Jacob; cuando, tembloroso, fue a ver a su párroco para decirle que tenía visiones, el buen cura le respondió: "¡No se inquiete, amigo mío! ¡Eso se cuida y se cura!"

¡Que María Magdalena nos enseñe también la paciencia y la humildad! Pero los apóstoles no perdían nada con esperar. Jesucristo nunca dejó pasar, sin señalarlo severamente, una falta de consideración a María Magdalena: es una de las constantes de su comportamiento, de un extremo a otro del Evangelio. Al benedictino de Vézelay, ¿qué le pasaría... ?

Marcos anota que, a una hora posterior del día, cuando Jesús "se presentó a los Once cuando estaban a la mesa, les reprendió su incredulidad y su dureza de corazón, *porque no habían creído a los que le habían visto resucitado".* (Mc. 16,14) Mientras que el encuentro en el jardín entre Jesús resucitado y María Magdalena está todo impregnado de ternura, en cuanto ve al fin a sus apóstoles, Jesús empieza por regañarles ásperamente. ¡Les estaba bien empleado!

* * *

99 Tras la aparición a María Magdalena, se sitúa una aparición a Simón Pedro, de la que no se sabe nada sino que tuvo lugar. Luego estuvo la aparición en el camino de Emaús, ilustrada por Rembrandt con tan, púdica piedad.

Lucas cuenta: "Y en esto dos de ellos, ese día, iban de camino a una aldea que está a sesenta estadios de Jerusalén, llamada Emaús, y conversaban entre ellos sobre todo lo sucedido. Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó a caminar con ellos, pero sus ojos fueron incapaces de reconocerle. Él les dijo: —¿Qué asuntos son esos que discutís entre vosotros caminando?—. Ellos se detuvieron, con la cara ensombrecida. Y le contestó uno, llamado Cleofás: —¿Tú eres el único que vives en Jerusalén y no sabes lo que ha pasado allí en estos días?—. Él les dijo: —¿Qué?—. Y le dijeron: —Lo de Jesús el Nazareno, que llegó a ser profeta poderoso en obra y palabra ante Dios y todo el pueblo: cómo le entregaron nuestros sacerdotes y nuestros jefes a la pena de muerte y le crucificaron. Nosotros teníamos esperanza de que éste fuera el que iba a liberar a Israel, pero, con todo, ya hace tres días desde que pasó eso. Cierto es que algunas mujeres de las nuestras nos han asustado, porque han ido de madrugada al sepulcro, y, sin encontrar su cuerpo, han venido diciendo que han visto una aparición de ángeles que les dijeron que él vive. Y algunos de los nuestros han ido al sepulcro y lo han encontrado como dijeron las mujeres, pero a él no le han visto—. Entonces él les dijo: —¡Ah tontos y lentos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar en su gloria?—. Y, empezando por Moisés y por todos los profetas, les explicó en todas las Escrituras lo que había sobre él. Y al acercarse a la aldea a donde iban, él pareció que seguía adelante. Pero ellos le apremiaron, diciendo: —Quédate con nosotros, porque atardece y ya ha terminado el día—. Él entró a quedarse con ellos. Y al sentarse juntos, tomó el pan, dijo la bendición, lo partió y se lo dio. Y a ellos se les abrieron los ojos, y le reconocieron; y él había desaparecido. Y se dijeron uno a otro: —¿No estaba ardiendo nuestro corazón en nosotros cuando hablaba

por el camino, explicándonos las Escrituras?—."[(Lc. 24,13-32)]

Ahí está Jesús resucitado, en busca de los suyos, por los caminos. Visiblemente, les reconoce, pero a él no se le reconoce, al menos no enseguida. Quiere ante todo calentarles el corazón, conquistar el espíritu, antes de desvelarse por completo. Es gran cortesía por su parte. Son también juegos de amor. En todos los tiempos, los enamorados han practicado entre ellos los disfraces y las sorpresas. Sobre todo, en las circunstancias felices. Tras una terrible lucha, Jesús ha ganado, recobra a los suyos, y no puede menos de asombrarles y sorprenderles; no es mentira, es poesía del amor. Quizá se apareció a otros muchos que, no teniendo el corazón y el espíritu ocupados con él, no fueron dignos de que él se hiciera reconocer. Es oportuno citar aquí las palabras de Pascal: "No me buscarías, si no me hubieras encontrado ya".

Es verdad, caminamos por esta tierra, y sólo encontramos verdaderamente los compañeros de camino que corresponden a nuestras preocupaciones. Si reflexionáramos un poco sobre eso, dejaríamos caer muchas "relaciones" que conservamos sólo por frivolidad. Aquellos dos, dos sencillos campesinos que se volvían a su casa, a caballo sin duda, tras la terrible semana, no hablaban entre sí de sus asuntos, ni de sus placeres, ni de dinero, ni de sus familias. Hablaban de Jesús, de su cruel muerte, de la esperanza que había despertado en ellos de que su país sería liberado, de su espantosa decepción al saberle muerto, de la tristeza de sus corazones... ¡Ah, qué buena gente!

Jesús les alcanza, a caballo también, se mete suavemente en su conversación, ante todo porque es una conversación donde está muy en su casa. ¿Qué verdadera probabilidad tenemos de encontrar alguna vez a Jesús, si no habita ya nuestra preocupación? Y luego, muy pronto, habla con autoridad. ¿De qué habla? Cita y explica las Escrituras invoca el argumento profético, resume las profecías en una frase que es el resumen de su destino temporal, al mismo tiempo que la regla de oro de toda vida cristiana: ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso para entrar en su gloria?" Ahí está el núcleo de la revelación cristiana: sí, la desgracia del hombre es la maravilla del universo, porque le abre la vida eterna.

Así, nos guste o no, no hay otro medio de entrar también nosotros en la gloria y en la compañía de Jesucristo sino por el camino del sufrimiento y por la puerta de la Cruz. Como dice una oración muy antigua: "Por su Pasión y su Cruz, seamos llevados a la gloria de la resurrección": *Per Passionem ejus et Crucem, ad resurrectionis gloriam perducamur.* El sufrimiento, tal es el precio obligatorio del compañerismo de Jesucristo: y, como le decía sin equívocos santa Teresa de Jesús: "Por la manera como tratáis a vuestros amigos, se comprende que tengáis tan pocos"

¿Qué Escrituras citó por el camino? Sin duda las que están en la tradición de la Iglesia y en su oración litúrgica. Las mismas que he citado, acá y allá, en este libro. Por mediocres que seamos los cristianos, cuando hablamos con respeto y con cierta comprensión sobre nuestra religión, no hacemos más que reanudar y prolongar esa apacible conversación que calentaba el corazón a esos tres hombres a caballo, en un camino de Judea donde se extendían ya las sombras del crepúsculo.

Llegados a su destino, los dos viajeros invitaron cordialmente al desconocido a pasar la noche. Y como ni el luto ni la teología impiden a los hombres tener hambre, se sentaron a la mesa con muy buen apetito. Entonces reconocieron a Jesús en la bendición y la fracción del Pan. Y enseguida, Jesús desapareció.

Pero la alegría, al contrario, templa el hambre, y les impidió continuar su comida. Inmediatamente, se levantan de la mesa, vuelven a cabalgar, con estupefacción de los sirvientes que ya no ven más que dos comensales donde hace un momento había tres.

Con el corazón lleno de alegría por la gran noticia, de noche, galopan hacia Jerusalén, donde les dicen que Jesús se ha aparecido a Pedro. Entonces, como ni siquiera habían comido, se vuelven a sentar a la mesa con los apóstoles, que eran sólo diez, muerto judas y ausente Tomás.

Lucas continúa: "Estaban diciendo esto, cuando Él mismo se presentó en medio de ellos y les dijo: —Paz a vosotros—. Asombrados y aterrados, ellos creían ver un espíritu. Y él les dijo: —¿Por qué estáis turbados y por qué surgen las dudas en vuestro corazón? Ved mis manos y mis pies, porque soy yo mismo; tocadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que tengo yo—. Y al decir esto les enseñaba las manos y los pies. Pero como ellos todavía se resistían a creerlo, de alegría, y seguían asombrados, les dijo: —¿Tenéis aquí algo de comer?—. Y ellos le dieron un trozo de pescado asado, él lo tomó ante su vista y se lo comió". (Lc. 24,36-23)

Hay que detenerse aquí un momento sobre el modo de esas apariciones. Por una parte, Jesús quiere probar su identidad ("¡Soy yo!") y la realidad de su cuerpo: muestra las cicatrices de los clavos en las manos y los pies, se hace tocar, palpar, como se palpa un animal, o como un médico palpa a un enfermo, come realmente un trozo de pescado no menos palpable y real, protesta que no es un fantasma, un espectro, y administra las pruebas materiales y tangibles. Por otra parte... sí, por otra parte su cuerpo se comporta de manera extraña, de ningún modo como nuestros cuerpos. Pasa a través de las puertas cerradas con doble llave como pasó a través de la roca del sepulcro, cambia de aspecto a voluntad; María Magdalena misma y los discípulos de Emaús no le reconocieron enseguida. Ella le reconoció al oír llamar por su nombre, que él pronunció de cierta manera, y ellos le reconocieron en la fracción del pan. Aparece y desaparece igualmente a voluntad.

Por supuesto, la crítica racionalista no ve en esto más que incoherencias. Me parece, sin embargo, que nuestra experiencia de hombres modernos debería incitarnos a mayor prudencia en nuestros juicios sobre las posibles transmutaciones de la materia.

Hace sólo cincuenta años, nadie podía sospechar que un kilo de uranio en bruto, "ese elemento metálico, denso, duro y de color blancuzco como el níquel", contenía y podía producir y liberar la energía correspondiente a la contenida en tres mil toneladas de hulla; o sea, la que transportan dos trenes de sesenta vagones cada uno. ¿Se percibe la agilidad fantástica del fenómeno? ¡Qué economía de espacio y de tiempo y de energía de transporte! ¡Qué prodigiosa fuente de energía, de tan asombrosa movilidad! Eso no lo podía adivinar la generación que me precedió. Puedo tomar un avión en Orly, con un kilo de uranio en bruto en un rincón de mi maleta, y hallarme al día siguiente en Tokio como si hubiera transportado en unas horas de París al Japón una fuente de energía equivalente a dos trenes de hulla. Es propiamente fabuloso. No discutimos esos hechos, los creemos con toda firmeza; digo que los creemos simplemente por haberlo oído decir, pues los sabios capaces de comprender esas cosas y ponerlas en práctica son poco numerosos. Por mi parte, he leído eso en la *Enciclopedia británica,* obra honrada por excelencia en tales materias. Pero ¿por qué voy a creer a la *Enciclopedia británica* por su palabra y no voy a creer a los Evangelios?

Se me dirá que, para que libere su energía, el uranio debe sufrir un tratamiento que consiste esencialmente en la fisión del átomo bajo un bombardeo intenso de neutrones. Cierto

que ese tratamiento es difícil, excepcional y muy costoso. Pero la resurrección de Cristo, el paso de un cuerpo humano desde el estado de cadáver al estado de participación en la vida eterna, ¿no es también un choque asombroso, un "tratamiento" excepcionalmente vigoroso y eficaz, una transmutación sorprendente de ese cuerpo? Nunca se había visto eso antes de Jesucristo, y, por lo demás, los mismos apóstoles no salían de su asombro. Pero, antes que, en 1938, Otto Hahn y Fritz Strassman lograran su experiencia de fisión nuclear en el uranio, no se sospechaban los recursos del uranio. Renan tenía todavía excusas para mostrarse escéptico sobre las transmutaciones posibles de la materia, pero ¿y nosotros? En serio, no. Después que un mineral bruto como el uranio ha reservado tales sorpresas, ¿por qué asombramos de que un cuerpo humano, tanto más evolucionado que un mineral, espiritualizado además por su forma misma, tenga un comportamiento imprevisto bajo el choque y el "bombardeo" de la vida eterna? Francamente, rehúso absolutamente encontrar incoherente eso.

Lo contrario es lo que hubiera sido incoherente. Nuestra pereza de espíritu es tal, aun ante los fenómenos de la naturaleza, que si los relatos de las apariciones hubieran sido fabricados desde su base, sin duda serían muy diferentes: se hubiera tenido mucho cuidado de mostrar que el cuerpo de Cristo no era diferente en nada de lo que era antes de su muerte, con las cicatrices además. Se le hubiera atribuido el mismo peso, las mismas necesidades, la misma densidad, las mismas servidumbres. No habría atravesado las paredes, habría subido por la escalera habría llamado a la puerta, como todo el mundo. El milagro no es esa agilidad, esa sutileza, esa ligereza de que parece dotado el cuerpo de Cristo después de su resurrección; el milagro es la resurrección de ese cuerpo y su acceso a la vida eterna. Admitido eso, no me extraña nada; todos esos fenómenos que nos asombran me parecen normales. Somos los últimos en poder discutir las virtudes sorprendentes metidas en la materia, y que un choque prodigioso puede despertar de golpe.

No me sorprende menos ver cómo insiste Jesús en que se comprueben con los sentidos la materialidad y la solidez de su cuerpo. Es de carne y hueso, de carne viva, de huesos duros; todo eso es palpable, sólido. Puede comer si quiere, y verdadero alimento. Insiste en que es él, él mismo, en su propia identidad, espiritual y corporal. No ha olvidado nada, reconoce a los suyos, sabe hacerse reconocer; no es brusco, sigue siendo poeta, pero no sueña, disipa todo sueño, insiste en que no le tomen por otro, y sobre todo, por un fantasma. Las apariciones de Cristo responden muy bien a las preguntas que me hacia al comienzo de este capítulo. Nosotros también seremos un día como él, y Dios mismo secará las lágrimas de nuestros ojos.

Me doy cuenta de que incluso algunos escritores católicos se sienten cohibidos ante las palabras, tan concretas, de los Evangelios. Esos prudentes escritores preferirían que todo eso hubiera tenido lugar en la vaguedad. Pero no, a Jesucristo le horroriza la vaguedad. Esta ahí en plena luz, ofrecido a las manos y a los ojos inquisitivos de esos hombres que van a ser sus testigos. Importa que la experiencia de su realidad física se haga lealmente. En el fondo, los cerebros académicos de esos escritores tienen miedo a admitir una doble evidencia: primero, la omnipotencia de Dios desplegada en Jesús resucitado, en segundo lugar, las admirables sorpresas de la materia. Platón y el puritanismo han metido ahí su veneno. Para mí, al contrario, lo más extraordinario habría sido que ese cuerpo, ya participante de la vida eterna, hubiera seguido tan torpe como cualquier otro cuerpo sublunar. Ya no es torpe, pero es tan real como cualquier otro cuerpo sublunar.

Todos los evangelistas están muy de acuerdo. Juan ha añadido el relato de una escena maravillosamente convincente: "Pero Tomás, uno de los Doce, el llamado Mellizo, no estaba con ellos cuando llegó Jesús. Luego le contaron los demás discípulos: —Hemos visto al Señor—. Pero él les dijo: —Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto el dedo

en el sitio de los clavos, y no meto la mano en su costado, no creeré—. Y ocho días después, otra vez estaban reunidos los discípulos, y Tomás con ellos: llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio, y dijo: —Paz a vosotros—. Luego dijo a Tomás: —Trae tu dedo acá, y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente—. Contestó Tomás: —¡Mi Señor y mi Dios!—. Jesús le dijo: —¿Porque me has visto has creído? Felices lo que no ven y creerán—". (Jn. 20,24-29)

Ese es nuestro caso: creemos sin haber visto. Pero nuestra fe sería menos segura si no hubiera sido por el obstinado escepticismo del buen Tomás. Y a Tomás debemos también la mejor profesión de fe en Jesucristo— "¡Mi Señor y mi Dios!"

* * *

100 Sigue siendo difícil hacerse una idea del ambiente que reinó entre los discípulos, durante esos cuarenta días que median entre la Resurrección y la Ascensión de Jesucristo. Jesús estaba vivo, se le había visto una y otra vez, se le había tocado, palpado, se estaba bien seguro de su identidad personal y de su realidad física. Por enorme que sea eso, estaba vivo otra vez, cuando había estado muerto y enterrado.

Sin embargo, él se guardaba muy bien de reanudar el curso de la vida cotidiana con sus apóstoles. Aparecía, y a cada vez era una gran alegría, luego desaparecía dejándolo siempre todo en suspenso, los espíritus y los corazones. Más que nunca, actuaba como poeta, creando la espera, y luego sorprendiendo a sus amigos con lo que no hacían más que esperar. Pienso que se puede decir que era una atmósfera amorosa, en que la presencia colma el corazón, en que la ausencia lo oprime, en que la presencia del ser amado deja casi mudo, en que la ausencia atiza el dolor de no haber dicho y hecho lo que se debía.

Cuarenta días, es bastante tiempo. Amigos, enemigos, tenían tiempo de hacerse preguntas. Me parece imposible que los grandes sacerdotes, cuya policía funcionaba bien, no oyeran hablar de esas apariciones. Pero ¿qué podían hacer? Esas apariciones no turbaban el orden público, se limitaban a ese grupito de hombres que parecían más bien quererse hacer olvidar. Lo mejor, sin duda, era hacer como si no pasara nada. Siempre habría tiempo para avisar. Esos cuarenta días, pues, parecían una tregua; son los apóstoles quienes, el día de Pentecostés, romperán la tregua con el testimonio público que proclamen de la resurrección de su Maestro. Pentecostés fue un trueno en un cielo que se había esperado que estuviera ya tranquilo. El intermedio fue un momento privilegiado, único en la historia del mundo, como el silencio y la limpidez de una mañana de verano, antes del primer cañonazo de la batalla.

Para los apóstoles, fue un retiro. ¿Quién sabe si su gran tentación en ese momento no fue contentarse con aquello, y volver a su vida diaria con el consuelo de los acontecimientos que habían vivido? Su relación con su Maestro había cambiado profundamente: todo estaba ya más claro, retrospectivamente, todo lo que había pasado antes se hacía más claro. En esos días fue cuando los apóstoles supieron por fin sin ninguna duda posible, que su Maestro no era sólo su jefe, un taumaturgo, un profeta mayor que los demás, el mismo Mesías, sino también Dios en persona: "Mi Señor y mi Dios", como había dicho Tomás. Esa revelación era tan enorme que les hacía falta algún tiempo para incorporársela, digerirla, hacerla suya.

El hecho de la resurrección de Jesús era para sus apóstoles un prodigioso consuelo. Pero el acontecimiento limitaba su alcance al grupito de los que va estaban unidos a Jesús por el afecto y la fidelidad. Es muy posible que los apóstoles, al principio, no lo tomaran de otro modo. Jesús estaba vivo otra vez, había superado la muerte, por extraordinario que ello fuera, era verdad, y se sentían aligerados de todo el peso de su tristeza y su duelo. La historia era lo más conmovedora que cabía, con un *happy ending*, como si en la *Ilíada*, al final, se restituyera a Príamo, no el cadáver de Héctor, sino su hijo viviente. Como piadosos israelitas que eran, los apóstoles guardaban en su corazón la certidumbre de que Dios les había visitado, y guardaban en sus ojos el esplendor de esa iluminación. Era una experiencia objetiva y real, ciertamente, pero también una experiencia mística absolutamente inaudita: ni Moisés, ni Elías, ni el mismo Abraham habían tenido tanta familiaridad con Dios como ellos. Su vida se hallaba transfigurada por la certidumbre de esa familiaridad.

¡Cuántos grandes santos han sido visitados por Dios, y han muerto desconocidos! Han muerto llevándose en su corazón la dulzura de esa visita y el secreto de su paz: "¿Querías mi paz? —exclama el santo—, ven a tomarla". Tales son las últimas palabras de *Bajo el sol de Satán*, lanzadas en desafío por el cura de Lumbres al "hombre ilustre que le ha venido a buscar desde tan lejos".

Pero visiblemente, Jesús no pensaba quedarse en eso con sus apóstoles. No era sólo para ellos para lo que el Verbo se había hecho carne, y había habitado entre nosotros, y había sufrido bajo Poncio Pilatos, y había muerto, y había resucitado al tercer día, y le habían tocado sus manos, y ellos habían visto su gloria, gloria de Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Y Juan añade: "A Dios nadie le ha visto nunca: el Hijo único que está en el seno del Padre, es quien nos le ha manifestado"(Jn. 1,14-18).

Como siempre, con sus apóstoles, Jesús se esfuerza en ensanchar su campo de visión. Ahora el tiempo apremia. Todavía están bajo el golpe de los extraordinarios acontecimientos de la semana pasada, hace falta que comprendan el alcance de esos acontecimientos, y que es universal, en el espacio y en el tiempo. Sí, no es solo para ellos, sino para todos los hombres, para toda la raza humana, para todas sus generaciones, para lo que murió Jesucristo, y fue sepultado, y resucitó en el tercer día de entre los muertos, antes de volver a subir a Dios, Padre suyo y Padre nuestro, Dios suyo y Dios nuestro. Precisamente en esta extensión universal de la significación de sucesos históricos estrictamente localizados es donde se sitúa la misión de los Apóstoles. Jesús no les había elegido sino para ser sus testigos privilegiados, y en especial, los testigos de su resurrección. Eso es lo que hace falta que comprendan definitivamente y muy deprisa. Cada uno de ellos había sido, como dirá san Pablo, *segregatus in Evangelium Dei*, "calificado especialmente con vistas al Evangelio de Dios".

Él, Jesucristo, había cumplido plenamente la misión de que le había encargado su Padre: el Reino de Dios estaba fundado, los pecados estaban perdonados, el universo se había reconciliado con Dios, Jesús dejaba detrás de sí, abierta de par en par para todos, la puerta de la gloria y de la vida eterna. Faltaba por establecer sólidamente el último eslabón entre esa salvación lograda y en potencia universal, y cada uno de los que deberían beneficiarse de ella y entrar en ella. Ese eslabón se llama tradicionalmente la institución de la Iglesia. "Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras, y les dijo: —Así estaba escrito que sufriera el Cristo y resucitara de entre los muertos el tercer día, y que se predicara en su nombre la conversión, para el perdón de los pecados, a todos los pueblos, empezando por Jerusalén. *Vosotros sois testigos de esto—".*(Lc. 24,45-47)

Está claro que el fundamento de la Iglesia es el testimonio apostólico. Los mismos

apóstoles lo comprendieron así. Cuando, unas semanas más tarde, se trata de elegir a otro apóstol para tomar el lugar que dejó vacío judas y completar el número *doce,* Pedro dirá: "Es preciso que, entre los que nos han acompañado en todo el tiempo que el Señor Jesús vivió en medio de nosotros, empezando por el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado hacia lo alto, haya uno que se haga con nosotros *testigo de su resurrección".* (hch. 1,21-22) La misión del apostolado cristiano es ante todo, y aun esencialmente, el testimonio de la resurrección de Jesucristo. Ese testimonio funda nuestra fe cristiana. No es inútil notar que esa fe, cristiana depende de nuestro juicio, que se inclina ante un testimonio bien establecido *(rationabile obsequium);* esa fe no es esencialmente asunto emocional. Al contrario, la emoción en este asunto nos es tan sospechosa como a cualquiera, y no estamos dispuestos a dejar nuestro juicio a merced de nuestras emociones. Ya lo he dicho: si Cristo no resucitó verdaderamente de entre los muertos, me considero, con san Pablo, como el más miserable de los hombres, pero además como un imbécil. Nuestra fe está basada en un testimonio histórico y auténtico, y no tiene nada que ver con la credulidad.

Por la fe de antiguos documentos, admitimos muy bien (creemos) que Alejandro conquistó Susa y Ecbatana. Pero en el fondo eso no nos da frío ni calor. Que Jesucristo resucitara y entrara corporalmente en la vida eterna, Plantea una cuestión personal a cada uno de nosotros: la cuestión misma de nuestro destino personal de cada uno de nosotros, la cuestión misma de nuestro destino personal definitivo, la cuestión de la salvación. Pascal sostenía que si las verdades de la matemática elemental tuvieran que ver con la cuestión de la salvación, no dejarían también de ser puestas en duda. Es posible. Pero sé también que la fe cristiana sólo es pura cuando empieza por despojarse de toda credulidad. Léase a san Juan de la Cruz, y se vera cuánto debe superar también todas las emociones humanas, demasiado humanas.

La Iglesia es la que sirve de vehículo al testimonio apostólico. El problema era simple; era, en efecto, un problema de transporte y de comunicación, como cuando se trata de hacer un canal para transportar agua, o una *pipe-line* para transportar petróleo, o una línea de alta tensión para transportar energía eléctrica, o mejor, una red de radio o de televisión para transportar los sonidos y las imágenes. La Iglesia es eso, un canal, una *pipe-line,* una línea de alta tensión, una red para transportar la buena noticia de la salvación, o mejor quizá, un cordón umbilical por donde pasan el alimento, la sangre, la vida, el conocimiento del Reino de Dios.

Estamos en el seno de la Iglesia como el niño que va a nacer en el seno materno. Ella nos lleva hasta la eternidad a donde nos, ha precedido Jesús.

Como dice Bossuet, la Iglesia no es otra cosa que Jesucristo difundido y comunicado. De manera más concreta, diría que la Iglesia es Jesucristo mismo que sigue incorporándose el universo absuelto y reconciliado. Se puede decir incluso que la Iglesia es el misterio de Pascua, difundido y comunicado, porque la evidencia repetida y física de ese cuerpo vivo y glorioso deslumbró a los Apóstoles, concretó su fe, su esperanza y su amor; porque ese misterio de un cuerpo resucitado resume e implica todos los demás misterios de nuestra religión, y resulta ser el fundamento mismo de la Iglesia.

Hay algo aún más preciso quizá. La Iglesia es la transmisión del Evangelio a todos los hombres. ¿Qué es el Evangelio? Una gran confusión se ha establecido en nuestros espíritus por el hecho (muy legítimo, por otra parte) de que los cuatro libros que cuentan la historia de Jesucristo se llamen Evangelios. La palabra "Evangelio" va unida en nuestro ánimo a un libro escrito. Pero en el Nuevo Testamento, la palabra griega *evangelion* no designa tanto un

escrito, cuanto, esencialmente, *"la Buena Noticia"*[(Mc. 1,1)] de la salvación, traída por Jesucristo, y de que él es el centro. Es el advenimiento del Reino de Dios, esperado por los judíos desde Abraham, y llegado por, con y en Jesucristo. El arranque de ese Reino de Dios es la Encarnación, el cumplimiento de ese Reino de Dios, es la resurrección de Jesucristo de entre los muertos y su regreso corporal a la gloria de su Padre. La extensión total de ese Reino de Dios, la Iglesia, es el anuncio de esa extraordinaria noticia a todos los hombres por la predicación del testimonio apostólico. El logro será, al fin del mundo, cuando Jesucristo, definitivamente triunfante, entregue el Reino a su Padre y Dios lo sea todo en todos.

Recordemos el extraordinario poema épico que ya he citado, y que vuelve a hallar lugar aquí:

"El que siembra la buena semilla, es el Hijo del Hombre; el campo es el mundo;

la buena semilla, son los hijos del Reino;

la cizaña son los hijos del Malo,

y el enemigo que la siembra es el diablo;

la cosecha es el fin del tiempo,

y los cosechadores, los ángeles...

Entonces los justos resplandecerán como el sol

en el Reino de su Padre.

¡El que tenga oídos, que escuche!"[(Mt, 13,37-43)]

Ahora bien, el trigo que comienza a surgir, es Cristo resucitado. Cristo ha hecho él mismo la equivalencia analógica entre, por una parte, el grano que muere para crecer en la cosecha, y, por otra parte, su propia muerte, su propia sepultura y su propia resurrección. San Pablo explicará que, para el cristiano, el bautismo es una sepultura con Cristo, en que el neófito, sepultado con Cristo, resucita con él. Sí, el trigo surge en ese campo que es el mundo: esa es la grande y buena noticia de la mañana de Pascua, cuyo testimonio llevan los Apóstoles a todas las generaciones, La Iglesia no es otra cosa que la proclamación, en todas las encrucijadas de la historia, y por medio de todos los altavoces de la predicación, de esa gran buena noticia: el trigo surge, porque Cristo ha resucitado. Cristo, primicia de toda la cosecha universal.

La Iglesia continúa la tarea de Jesucristo. También ella es el Sembrador. Por el bautismo, sumerge al neófito con Jesucristo para que resucite con él. Por todas las generaciones, y en el campo entero del mundo, y gracias a la Iglesia de Jesucristo, continúan haciéndose las siembras, el trigo se esfuerza por crecer en la noche de la fe hacia la luz, y la gran buena noticia continúa siendo anunciada: ¡Cristo ha resucitado!

¿A quién, pues, sino a Jesucristo, puede hacer alusión la solemne promesa hecha a Abraham? "Te colmaré de bendiciones. Haré *tu semilla* tan numerosa como las estrellas del cielo y la arena de las playas del mar. Y *tu semilla* conquistará la puerta de tus enemigos. Por

tu semilla serán benditas todas las naciones de la tierra en premio a tu obediencia."(Gen. 22,17-18) Eso se le dijo a Abraham tras el "sacrificio de Isaac" en la montaña, imagen profética del sacrificio de Cristo en el Calvario. Pues bien, esa Semilla de Abraham (y también Semilla de Dios) estuvo en tierra, en plena obediencia, en el momento de la sepultura de Jesucristo, y esa semilla ha brotado, para bendición de todas las naciones: Cristo ha resucitado. Y si ha brotado el primer grano, es que brotará toda la cosecha. Jesucristo no es más que la primicia, en él y por él, sabemos que el trigo brota, esa es la buena noticia, Eso define las dos funciones de la Iglesia: como el Hijo del hombre, es una Sembradora por el Bautismo y los sacramentos, pero también es la anunciadora de la buena noticia por la "predicación".

La "predicación", esa es una palabra que también suena mal, porque nos hemos dormido demasiadas veces en el sermón. ¿De quién es la culpa? Evidentemente, tiene culpa el que se duerme, pero quizá también tiene culpa el que habla. Puesto que la predicación evangélica se reduce al anuncio de la buena Noticia, hoy, cuando los medios de comunicación son tan numerosos, tan variados, tan perfeccionados, tan poderosos, es imperdonable que el anuncio de la Buena Noticia no los utilice todos, y a la perfección. No es el mensaje lo que hay que modernizar, pues siempre es de actualidad, sino su expresión y los medios de transmisión.

"¡Cristo ha resucitado!", Esa buena noticia que interesa a todo hombre que viene a este mundo, habría que decirla incesantemente con la palabra y la pluma, con el telégrafo, el teléfono y la radio, con el libro y en el teatro, desde lo alto de las cátedras y en los micrófonos de las reuniones populares, en las ciudades y en los caminos, en la televisión y en las oscuras salas de los cines, en los cinco continentes y en todas las lenguas, en verso y, en prosa, con enseñanza didáctica o con los medios sugestivos de la poesía, en todos los géneros literarios, y en todas las expresiones artísticas, para que ni un hombre escape al rumor enorme de esa noticia: ¡Cristo ha resucitado!

Después de todo, es posible, porque ha ocurrido así. En los tiempos de la catedral de Chartres, los vidrieros, los tapiceros, los pintores, los escultores, los arquitectos, tanto como los predicadores y los teólogos, los poetas también, repetían cada cual en su lenguaje la buena noticia. ¿Qué ha pasado? Pues bien, mis queridos amigos, lo diré: no tenemos talento, y las excepciones que no dejarán de nombrarme confirman la regla general. ¿Y por qué no tenemos talento? No sé, hablamos del cristianismo como si fuera verdad, pero ¿creemos en él verdaderamente, quiero decir, con esa fe que levanta las montañas? ¿O quizá también tenemos miedo a pasar por imbéciles? Somos los depositarios del más alto mensaje de esperanza dirigido a los hombres. ¡No hay verdaderamente por qué derribar las paredes!

Entonces volvamos a san Pablo, que, por lo menos él, no envejece ni ha hecho dormir nunca a su gente. No es que sea un escritor propiamente hablando, eso se le da por añadidura. Se diría el lenguaje de un químico en su laboratorio, de un cirujano en su anfiteatro, de un arquitecto en su obra, de un jardinero en su jardín, hablando de injertos y esquejes.

Si confiesas con tu boca al Señor Jesucristo, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvado.

Pues se cree con el corazón para la justificación, Y se confiesa con los labios para la salvación...

Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará. Pero ¿cómo creerán si no oyeron de él?

¿Y cómo oirán sin quien predique?

¿Y cómo predicarán si no son enviados?...

Así, la fe es por el oído, y el oído por la palabra de Cristo. (Rom. 10,9-17)

Recordaré la equivalencia hecha en el Evangelio entre la Palabra y la Semilla. "La semilla es la Palabra de Dios." Los mismos temas vuelven siempre; todo va reunido en el cristianismo. Sembradora y mensajera, tal es la Iglesia.

De cierta manera, el Cristo y la Iglesia, es todo uno. En otro lugar habla san Pablo de la Iglesia como del "cuerpo de Cristo". Y continúa:

"Me he hecho servidor [de la Iglesia], conforme al cargo que me ha dado Dios, de llevar a cabo en vosotros la palabra de Dios, el misterio escondido desde los siglos y desde las generaciones, pero que ahora se ha manifestado a sus santos... que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria." (Col. 1,24-28)

"En él habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, y habéis llegado a plenitud en él... Sepultados con él en el bautismo, con él también habéis resucitado, por la fe en el poder de Dios que le resucitó de entre los muertos... os ha dado vida junto con él, perdonándonos todas las faltas... "(Col. 2,9-13)

Hablando de los peligros que amenazan a la fe de los fieles, peligros siempre actuales —falso ascetismo, fascinación de la Ley, falsas ideologías, extrapolaciones sedicentes científicas, horóscopos y magias— concluye jugando con la palabra "sombra" como contrapuesta a "realidad": "Eso es sombra de lo que ha de venir [la realidad es] el cuerpo de Cristo". No hay palabra que confirme mejor el lugar eminente y central de la Eucaristía en la religión cristiana.

Y, finalmente, saca la conclusión de ese magnetismo sobrenatural, cuyo campo es el mundo, y que polariza a los hombres hacía Jesús resucitado:

"Ya que habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Por que habéis muerto y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida nuestra, entonces también vosotros apareceréis, juntamente con él, en gloria."(Col.3,1-4)

Es, en todo caso, extraordinario que el más alto mensaje de esperanza que haya recibido nunca la humanidad se resuma en decirnos: "Habéis muerto" y "Escondeos". Hacerse el muerto y esconderse podría ser cobardía: eso quiere decir solamente que la verdadera vida está en otro sitio. Y lo sentimos muy bien.

Pero habría que citar a san Pablo entero. No citaré a san Pablo entero, pues hace falta que termine este libro abrumador. Me alegraría si inclinara a algunos lectores a leer y meditar

a san Pablo. San Pablo es hermoso, es honrado es fuerte como un vino de sol, dice lo que quiere decir. Cuanto más se le lee, menos complicado se le encuentra. ¿Cómo se puede perder el tiempo en libros cosmético-teológicos, tan hinchados en el pensamiento como en el estilo cuando está san Pablo a la disposición de todos?

* * *

101 La imprudencia más grave que se puede cometer leyendo los Evangelios sería separarlos de resto de la Biblia y de la Revelación, y de la tradición de Israel. Es imposible imaginar hasta qué punto la tradición de Israel era —y es aun en los medios ortodoxos— fiel al pasado, inflexible en esa fidelidad. Nosotros, por el contrario, nos gloriamos de ser unos desarraigados. Nuestras palabras son cobardes, nuestras definiciones de palabras son extremadamente, vagas. La ruina a que el romanticismo ha arrastrado a nuestro lenguaje lo ha erosionado; la inflación constante de las palabras que reina en los periódicos, en la radio, en la televisión, en las conversaciones, ha desvalorizado profundamente el lenguaje moderno. No tenemos idea de la riqueza de las palabras en los Evangelios, ni de su precisión. Las palabras empleadas por los escritores del Nuevo Testamento eran una moneda fuerte, la más alta del mundo, en relación con nuestras divisas.

Así, ¿qué quieren decir para nosotros las palabras "gloria", "cuerpo glorioso", "cuerpo glorificado"? Suenan bien, no pedimos más. Y pasamos. Es decir, pasamos al lado de verdades religiosas capitales. Cuando Juan dice de Jesús: "Hemos visto tu gloria" pensamos que habla como un mariscal del Imperio hablaba de Napoleón, o como un general de Alejandro podía hablar del mayor capitán de todos los tiempos.

Pero en labios de un israelita ortodoxo, hablar de "la gloria" de Jesucristo sería propiamente confesar que Jesucristo es Dios. En la tradición judía, la palabra "gloria" (en hebreo *kabôd)* está estrictamente reservada a Dios. Mí tarea, aquí, es tratar de comprender lo que está escrito, y mi responsabilidad, ¡ay!, no desvalorar su sentido. Digo ¡ay! porque sé que mi comprensión es muy limitada.

Como la palabra *Palabra,* como la palabra *Presencia,* como las palabras *Tienda y Templo,* como las palabras Hijo *del hombre,* y en mi opinión también como la palabra *Semilla y la* palabra *Reino,* la palabra *Gloria* es uno de los pilares esenciales de todas las Escrituras, una de las palabras capitales de toda la revelación divina al pueblo hebreo. En cuanto se oye, hay que aguzar las orejas y prestar mucha atención, pues nunca se emplea al azar. En los tres planos, teológico, metafísico y físico, esa palabra Gloria tiene un sentido muy preciso. En el plano teológico, la Gloria es un atributo esencial, y que manifiesta su Presencia privilegiada. En el plano metafísico, la Gloria designa una manifestación de trascendencia absoluta, un fenómeno sagrado en el más alto punto. En el plano físico, la Gloria va acompañada de ciertos signos casi constantes: un fuego incandescente, un resplandor de luz deslumbrante, una energía peligrosa y aun mortal para ella misma, una nube o una columna de humo radiante, y también a veces la presencia de Serafines y de Querubines, esos monstruos ardientes que sirven de trono a la Majestad divina. A lo largo de milenios, tal es el estilo de las manifestaciones de Dios a Israel. La gloria es un elemento esencial de la teofanía.

Una vez más, es preciso que este libro acabe, y me es imposible citarlo todo. Citaré

por lo menos algunas de las más célebres teofanías y en primer lugar la del monte Sinaí. "Moisés subió a la montaña y la *nube* cubrió la montaña. La *gloria*, de Yahvé reposó sobre la montaña de Sinaí y la *nube* cubrió la montaña durante seis días. El séptimo día, Yahvé llamó a Moisés desde en medio de la *nube.* El aspecto de la *Gloria* de Yahvé, a los ojos de los hijos de Israel, era como un *fuego devorador* en la cima de la montaña. Moisés entró en medio de la *nube y s*ubió a la montaña. Y Moisés se quedó en la montaña cuarenta días con cuarenta noches. Y Yahvé habló a Moisés..."(Ex. 24,15-18)

Y después: "Entonces la *nube* cubrió la *tienda* de la cita, y la *Gloria* de Yahvé llenó la morada. Y Moisés ya no podía entrar en la *tienda* de la cita, porque la *nube* estaba encima y la *Gloria* de Yahvé llenaba la morada. Mientras duraron sus marchas, los hijos de Israel se ponían en camino cuando la *nube* se levantaba de encima de la morada, y si la nube no se elevaba, no partían hasta el día en que se elevaba. Pues la *nube* de Yahvé reposaba durante el día sobre su morada, y durante la noche había *fuego en la nube*, a los ojos de toda la casa de Israel, mientras duraron sus marchas". (Ex. 40,34-38)

Seis siglos después, el libro del profeta Ezequiel es la epopeya de la Gloria de Yahvé. Léase ese libro asombroso que inaugura el estilo del Apocalipsis judío: "Los *querubines* estaban a la derecha del Templo cuando entró el hombre, y la *nube* llenaba el espacio interior. La *Gloria* de Yahvé se elevó sobre el *querubín, hacia* el umbral del *Templo*, el *Templo se llenó de la nube, y el* espacio se llenó del *esplendor de la gloria de Yahvé...* (Ez. 10,3-4) La *Gloria* de Yahvé salió de sobre el umbral del *Templo* y se detuvo sobre los *querubines. Los querubines* desplegaron sus alas y se elevaron de tierra ante mis ojos, al partir, y las ruedas con ellos. (Ez. 10,18-19) Y se detuvieron a la entrada del pórtico oriental del *Templo* de Yahvé, y la *Gloria* del Dios de Israel estaba sobre ellos, encima. Y la *Gloria* de Yahvé se elevó para salir de la ciudad, y se detuvo sobre la montaña que se encuentra al oriente de la ciudad". (Ez 11,22-23) Lo asombroso de esa profecía es que la montaña al oriente de la ciudad es la del monte de los Olivos, desde la cual Jesús, resucitado y glorioso, se elevará al cielo en una nube.

Esas citas, que se podrían multiplicar sin esfuerzo, prueban al menos lo que he tratado de mostrar a lo largo de todo este libro; que Jesús nació, vivió, murió, fue sepultado y resucitó, en un contexto preciso y milenario. La resurrección de Jesús y la fundación apostólica de la Iglesia se insertan especialmente en la tradición de las teofanías del Antiguo Testamento. Durante esos cuarenta días, en que su Maestro, ya corporalmente presente en la eternidad, aparecía y les hablaba, los apóstoles tuvieron por sí mismos la experiencia vívida antaño por Moisés en el monte Sinaí, cuando, durante cuarenta días, fue envuelto en la Gloria de Yahvé y Dios le hablaba. En esa familiaridad vivida de su Maestro fue como los apóstoles se vieron confirmados en su vocación de mensajeros de Dios y de la Buena Noticia. Antes de ellos, Isaías había tenido una experiencia semejante:

"El año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor Yahvé, sentado en un elevado trono; su manto llenaba el santuario; unos *serafines* estaban sobre él, cada uno con seis alas; dos para cubrirse la cara, dos para cubrirse los pies, dos para volar. Y se gritaban uno a otro estas palabras:

¡Santo, santo, santo es Yahvé de las Huestes!

¡Su *Gloria* llena toda la tierra!

"Los goznes del umbral vibraban a la voz del que gritaba y el *Templo* se llenaba de humo. Dije:

Desgraciado de mí,

Estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros,

Habito en medio de un pueblo de labios impuros,

Y mis ojos han visto al Rey, Yahvé de las Huestes.

"Uno de los *serafines* voló hacia mí, teniendo en la mano un ascua que había tomado con pinzas en el altar. Me tocó con ella la boca y dijo:

Mira: esto ha tocado tus labios

Tu pecado está borrado,

Tu iniquidad está expiada.

"Entonces oí la voz del Señor, diciendo:

¿A quién mandaré?

"Respondí: ¡Aquí estoy! ¡Envíame!

"Él me dijo: —Ve..."

La diferencia, y grande, era que la Gloria de Dios ya no era cegadora, espantosa o brutal. *Apparuit benignitas...* Ahora la Gloria de Yahvé reside en la dulzura y la belleza de una humanidad perfecta.

En esa experiencia pascual de la Gloria de Dios en un cuerpo de hombre, el de su Maestro, habla para los apóstoles —al menos para tres de ellos—, otro contexto más próximo, más personal, que las teofanías antiguas. Era, para Pedro, Santiago y Juan, la experiencia de la Transfiguración de Jesús. No soy yo quien inventa esa relación entre la transfiguración y la resurrección, es el mismo Jesucristo quien lo hizo explícitamente.

"Cuando bajaron de la montaña, él les prohibió que contaran a nadie lo que habían visto, hasta cuando el Hijo del hombre resucitara de entre los muertos. Ellos observaron estas palabras, preguntándose entre sí qué era "resucitar de entre los muertos". (Mc. 9,1-10)

Contando la misma escena de la Transfiguración de Jesús, Lucas precisa: "Pedro y los

que iban con él estaban cargados de sueño, pero, manteniéndose despiertos, vieron *su gloria*, con los dos hombres que estaban a su lado". (Lc. 9,32) Se trata, en efecto, de una teofanía.

Así, los tres apóstoles se preguntaban lo que significaban las palabras "resucitar de entre los muertos". Solo aprenderían verdaderamente el sentido de esas palabras con el hecho de la resurrección de Jesucristo; así pasa con toda profecía, que sólo se la entiende bien cuando ha ocurrido el hecho que anuncia. Pero ahí, en la Transfiguración, los tres apóstoles aprenden de manera experimental y concreta que su Maestro es mayor que Moisés y Elías, y que la *Gloria* de Yahvé está sobre él. La Transfiguración es una prefiguración y una profecía de la resurrección; por eso hablo de ella aquí.

También hablo de ella por otra razón. El relato de la Transfiguración, en los tres Sinópticos, se inaugura con uno de los versículos que más controversias han provocado:

Mateo: "Os doy mi palabra de que hay algunos de los que están aquí, que no probarán la muerte antes de ver al Hijo del hombre viniendo en su Reino."(Mt. 16,28)

Lucas: "Os digo de veras que hay algunos de los que están aquí que no probarán la muerte antes que vean el Reino de Dios."(Lc. 9,27)

Marcos: "Os doy mi palabra de que algunos de los que están aquí no probarán la muerte antes que vean el Reino de Dios viniendo con poder."(Mc. 9,1)

Esas palabras, seguramente, las dijo Jesús. Es raro, en efecto, encontrar un acuerdo tan preciso entre los Sinópticos. Y se dijeron con solemnidad indudable, puesto que se han recordado exactamente. Esas palabras constituyen una de las principales bases de la famosa teoría de la "escatología consistente", lanzada por Johannes von Weiss y popularizada por Albert Schweitzer. Según esa teoría, Jesús creía en el fin del mundo inminente, creía que debía ocurrir durante el periodo que le era contemporáneo. En consecuencia, seguramente no quiso instituir una Iglesia destinada a durar, y su moral es "interina", preparando a los hombres únicamente a la agonía del mundo, que sería breve y no podría tardar. Ahora bien, el mundo ha durado. La Iglesia ha nacido de esa duración, que no estaba prevista en el programa, y se comprende por lo mismo las exigencias de la moral cristiana, impracticable en lo cotidiano de la vida. Sé que tal teoría puede tener sugestión sobre los espíritus, aun los familiarizados con los textos de la Escritura.

Creo comprender muy bien por qué tales incrédulos se irritan con lo que llaman "la mala fe de los apologetas católicos", que, de una vez para todas, han decidido tener siempre razón. Bien decididos igualmente, y de una vez para todas, a ignorar las dificultades, a no encontrar en el texto de los Evangelios más que claridad, armonía, asonancias y acordes finales. No es ese mi caso. Encuentro difíciles los textos de los Evangelios, e incluso he emprendido un grueso libro para explicarme sobre ellos.

Pero permítaseme a mi vez enervarme ante la actitud, que creo sistemática y *a priori*, de tales incrédulos, muy dispuestos a hablar de contradicciones irreductibles en el interior de los textos evangélicos. Les recordaré a ellos también que esos textos son difíciles, que las dificultades que ellos plantean, si se quieren resolver sin quedarse en la superficie, exigen largos estudios y una meditación asidua, y que no es sorprendente que se llegue a la incoherencia si en el arranque no se ve en Jesucristo más que a un hombre como los demás, y si se rehúsa, no sólo la existencia, sino la posibilidad misma del milagro y de lo sobrenatural. En mi opinión, la coherencia de los textos que presentan más dificultades tiene su clave en la

doble naturaleza, divina y humana, de Jesucristo, o, si se quiere, sólo encuentran su coherencia en la altura excepcional de esa Personalidad. El prisma descompone la luz; para una personalidad que emerge naturalmente en la eternidad, el tiempo también "descompone" ciertas afirmaciones. Dicho eso, no presento ninguna resistencia a admitir que, si Jesucristo no es Dios en persona, todos esos relatos que le conciernen se hunden en el caos. El que dijo "Antes que naciera Abraham, Yo existo", no puede tener de la sucesión temporal la misma noción que nosotros, que estamos sumergidos en esa sucesión.

No se tiene absolutamente derecho a fingir ignorar que el famoso versículo escatológico en discusión, es introductorio, en los tres Sinópticos, del relato de la teofanía que fue la Transfiguración. En Marcos, es el primer versículo del capítulo. En Lucas, precede también al relato de la Transfiguración inmediatamente, pero cierra el capítulo precedente. Pero todos saben que las divisiones de los Evangelios en capítulos y versículos no son originales, y no tienen importancia más que para la comodidad del lector, y no para el sentido en absoluto.

Hay varias teofanías en los Evangelios, todas ellas en relación directa con la persona de Jesús. Se puede decir incluso que la revelación de la divinidad personal de Jesús se hizo por niveles sucesivos, de teofanía en teofanía. La primera teofanía evangélica tuvo lugar en el Bautismo de Jesús por Juan Bautista; es notable que san Pedro haga proceder de ahí el testimonio apostólico. La segunda fue la de la Transfiguración, profética a su vez, según Jesús, de la teofanía de la resurrección. La tercera es la más importante, en ella culmina la revelación de la divinidad personal de Jesús, y es la teofanía de la resurrección completada en la Ascensión. Habrá una última teofanía de Jesús, la que predijo él mismo a Caifás, cuando vuelva sobre las nubes el cielo, para juzgar a vivos y muertos. Es lo que se llama "el Segundo Advenimiento", en el fin del mundo, la *Parusía*.

Los defensores de la "escatología consistente" identifican la última teofanía, la del Segundo Advenimiento y el fin del mundo, con el advenimiento del Reino de Dios. Esa identificación es gratuita; es un juego de pasarse las cosas de mano a otra. No hay ninguna razón en los textos para limitar el advenimiento del Reino de Dios al Segundo Advenimiento. Es posible que algunos de los primeros cristianos se engañaran, y que esperaran el fin del mundo en lo inmediato. Pero el mismo Jesús no se engañó, y no nos indujo a error sobre ese punto, como sobre ningún otro. Cuando dijo: "Algunos de los que están aquí no probarán la muerte antes que vean el Reino de Dios viniendo en poder", ¿por qué limitar eso a una sola teofanía cristológica, y la última? Ese advenimiento del Reino puede indicar también la teofanía de la Transfiguración, que se va a contar enseguida; pero sobre todo, debe indicar la resurrección y la ascensión, que son la teofanía de las teofanías, en que se concreta completa y definitivamente el Reino de Dios, y de que el Segundo Advenimiento es sólo una lejana consecuencia. Entonces es cierto que, entre los oyentes de Jesús, había al menos tres que no probarían la muerte sin haber visto la Gloria de Jesús en su Transfiguración, y había otros muchos que serían testigos de su resurrección.

Dicho eso, todas esas teofanías se encadenan, son signos y garantías unas de otras. La Transfiguración profetiza y garantiza la próxima resurrección. Ya veremos que la Ascensión de Cristo profetiza y garantiza el Segundo Advenimiento. Igualmente, las teofanías del Antiguo Testamento, sobre todo aquella de que fue testigo Moisés, en que se prometía un profeta que habría que "escuchar" en nombre de Dios, profetizan y garantizan las teofanías del bautismo de Jesús y de la Transfiguración, en que la voz de Dios en la nube manda solemnemente escuchar a Jesús. Pero el Reino de Dios está plenamente inaugurado por la

resurrección del Señor. La proximidad de ese Reino era también el sentido de la predicación de Juan Bautista, y de las primerísimas predicaciones de Jesús en Galilea, sin ninguna referencia al fin del mundo. ¿Por qué, entonces, introducir tal referencia que no está en los textos?

* * *

102 El Ángel había dado una cita en Galilea. Al cabo de ocho o diez días pasados en Jerusalén, tras la famosa mañana de la resurrección de su Maestro, los apóstoles fueron allá. Se volvían a encontrar así en los mismos lugares en que había empezado todo para ellos. Volvían a encontrar también las cosas idénticas a como antes. ¿Habían soñado?

El lago, su lago, estaba siempre alegre como un Mediterráneo. El ritmo de la vida en las aldeas era el mismo. Dos años y medio, tres años, ¿eso qué es? La gente ni siquiera había tenido tiempo de envejecer. Seguía habiendo las mismas conversaciones a la orilla del agua, el mismo bullicio de mujeres alrededor de las fuentes.

Los apóstoles se habían mezclado en una aventura extraordinaria, de acuerdo, pero aquí todo les llevaba a olvidar, a volver a poner cuerdamente sus pasos en las viejas costumbres establecidas por los antepasados. Encuentro admirable que Cristo quisiera, antes de su desarraigo total, enfrentar a los apóstoles por última vez con la tentación de la vida cotidiana, de los caminos bien trazados, de la mediocre seguridad material, y, en esas orillas, de la dulzura de vivir. ¿Para qué, ir al fin del mundo, cuando hace tan buen tiempo en casa? Lejos de la ciudad Santa, de sus intrigas de sus pasiones, tendrían así la oportunidad de frotarse los ojos y de poner las cosas a punto, al contacto con todo lo que era para ellos la humilde realidad que no miente.

Y en efecto, parece que la vida cotidiana recuperará inmediatamente su poder sobre ellos. Estaban ahí, solos, entregados a sí mismos, sin trabajo, ¿qué hacer? Una tarde, Simón Pedro, cansado de la espera y del ocio, fascinado todavía sin duda por el oficio de su vida, dice: "¡Voy a pescar!". Los demás le dicen "¡Vamos contigo!.". Y ahí están otra vez alegres atareados, calafateando la barca, preparando la comida y el jarro de vino, el faro, las redes, y luego, caída la noche, otra vez parten por el lago. Ese momento siempre es de silencio: la barca llena de hombres, que se aleja de la orilla a medianoche para pescar, no hace más ruido que el sonido mate y regular de los remos que tocan el mar en cadencia. La noche pasa deprisa bajo las estrellas, la barca lanza la red al mar en una amplia curva, y luego, al cabo de un tiempo, vuelve para sacarla, con los peces.

Si los hay. Esa vez, no los hubo. Pedro debió entristecerse; así, su oficio, el oficio de su juventud, su modo de ganarse el pan, le traicionaba. El regreso fue aún más silencioso que la partida. Los amaneceres son aún frescos en esa época, pero nadie se preocupaba, mientras que una luz dorada subrayaba el horizonte y disipaba la temblorosa neblina sobre el lago. Se acercaban a la playa. Además de los gatos, pacientemente sentados, separados unos de otros como si no se conocieran, aguardando siempre el regreso de los pescadores, en la espera de los desperdicios que les echen, había un hombre en la orilla.

Desde lejos el hombre gritó:

—Muchachos, ¿tenéis pescado que comer?

Y su voz resonaba sobre el mar. Ellos le contestaron en el mismo tono, pero con el laconismo de los descontentos de sí mismos: "¡No!". El hombre volvió a gritarles:

—Echad la red a la derecha de la barca, y encontraréis.

Como el jugador, tras una noche en que no ha dejado de perder, siempre está dispuesto a una última apuesta, creyendo volver del revés la suerte, el verdadero pescador siempre cree que un último golpe de red le será propicio. Echaron, pues, la red, lo cual requirió bastante tiempo. Pero cuando la recogieron, no podían sacarla, de la abundancia de peces, y sin embargo no se rompió. El honor profesional de Pedro estaba a salvo.

Juan miró al desconocido de la orilla, y de repente le volvió al espíritu el recuerdo de las pescas milagrosas de antaño. Pedro miró también a ese hombre que tan bien conocía las costumbres de los peces. Juan se inclinó hacia Pedro y le dijo—

—¡Es el Señor!

La reacción de Pedro fue inmediata. "Se Puso la ropa, porque estaba desnudo, y se echó al agua." Es fiel a sí mismo: primero se echa al agua, y sólo después reflexiona. Llegó, pues, muy pronto junto a Jesús, y no encontró nada que decirle. Estaba helado del agua fría y de la timidez. "Los demás discípulos fueron en la Barca, pues no estaban más que a doscientos codos de tierra (unos cien metros), remolcando la red de los pescadores."

Juan, que cuenta esta escena, continúa: "Cuando bajaron a tierra, vieron una hoguera de brasas, con pescado puesto, encima, y pan. Jesús les dijo: —Traed pescado del que habéis sacado ahora—. Simón Pedro salió sacando la red a tierra, llena de peces grandes, ciento cincuenta y tres; y, con ser tantos, no se rompió la red. Jesús les dijo: —Venid a almorzar—. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: "¿Quién eres tú?", Sabiendo que era el Señor. Fue Jesús y tomó el pan y se lo dio, y lo mismo el pescado".

En toda la literatura humana, no conozco una escena en que la magia de amor esté tan presente, tan fatal y como opresiva. Reduce a los apóstoles al silencio, el exceso de la alegría tiene aquí los mismos efectos que un dolor excesivo. ¿Cómo concebir, tras una larga y cruel separación, el nuevo hallazgo del amor? Sólo los gestos y las palabras más sencillas, desprovistas de toda elocuencia, pueden expresar la violencia interior de la alegría. Cada cual puede sentir en el interior de su pecho los latidos de su corazón, y cada cual se calla. Sólo Jesús habla, apenas. ¿Qué dice? "Traed pescado del que habéis sacado ahora." "¡Ea, vamos, hay que almorzar!" Todo lo demás son gestos. ¿Y qué gestos? Sopla las brasas, asa con cuidado su modesta pero sabrosa comida de pescado fresco en la playa, parte el pan, da de comer a todos. El cristianismo ha tomado ahí su estilo de santidad más auténtico, desprovisto de toda ostentación, compatible con la banalidad cotidiana de los gestos y de las palabras. Pues la santidad es el amor a Jesús.

Ahí, en esa playa desconocida, en esa luz alegre, Jesús vela bien su gloria, se guarda de deslumbrar, está lejos de querer asustar; allí habríamos querido estar, ¡qué hombre digno de amor debió ser! Todos saben muy bien quién es. El contraste entre su majestad real, triunfante del pecado y de la muerte, y la modestia servicial de su apariencia, provoca una emoción tan sutil y aguda que nos sube la humedad del corazón a los ojos, y todos nos sentimos traspasados por una profunda herida. Aún más que de las costumbres de los peces,

cómo entiende Jesús de conmover los corazones de los hombres...

El sol ya está alto en el cielo, ilumina el apacible paisaje de esas orillas del lago, la barca se mece apenas en el agua. En torno, los gatos respetan esa solemnidad familiar. Jesús fija sus ojos en Pedro:

Jesús. — Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?

Pedro. — Sí, Señor, tú sabes que te amo.

Jesús. — Apacienta mis corderos... Simón, hijo de Juan, ¿me amas?

Pedro. Si, Señor, tú sabes que te amo.

Jesús. Pastorea mis ovejas... Simón, hijo de Juan,

¿Me quieres?

"Se entristeció Pedro de que le dijera por tercera vez ¿me quieres?", y le dijo: — Señor, tú lo sabes todo, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero..."

Jesús. — Apacienta mis ovejas... Te doy mi palabra: cuando eras joven, te ponías tú mismo el cinturón e ibas a donde querías, pero cuando envejezcas extenderás las manos, y otro te atará la cintura y te llevará a donde no quieras.

"Esto dijo significando con qué muerte iba Pedro a dar gloria a Dios."

Ya está: la tentación. de la vida cotidiana ha quedado abolida. La aventura se vuelve a poner en marcha y no se detendrá. Y para Pedro, se yergue la cruz en el horizonte, ¿Cómo escapar a la mirada de Jesucristo?

En otro sentido muy diverso, esa aparición me parece tan convincente como aquella en que Jesús hizo tocar sus llagas a Tomas. Aquí es un nuevo hallazgo en el espacio preciso de la memoria y del amor. Tiene cuidado de hacerse reconocer por el tacto infalible de la intuición. Sí, es él, es efectivamente él, no puede ser más que él, el Jesús de las pescas milagrosas de antaño, el compañero de camino de orillas del lago, el mismo Jesús, también, que Pedro renegó tres veces antes del canto del gallo, en el alba macilenta; cierto es que perdonó, pero no olvidó, y le agradece a Pedro que tampoco haya olvidado y se haya entristecido a la tercera pregunta. No es que Jesús quiera remover el cuchillo en la llaga, no es un atormentador, pero, entre nosotros, es preciso que el jefe de la Iglesia sepa sin ninguna duda que el que le habla y acaba de compartir una comida con él es el Señor, el mismo, aquel de quien él renegó, el que mataron, y que ha resucitado de entre los muertos. ¡Honradez de Jesucristo! Es preciso que las cosas estén bien claras. En el mismo momento en que hace alusión al triple y terrible fallo personal de Pedro, Jesús le confirma en su cargo pastoral universal. Es preciso que se sepa muy bien que la autoridad del papa no depende de su santidad personal, sino únicamente de la investidura de Jesucristo. Fiel a la enseñanza que he recibido, y sin que quepa poner en duda la inmensa gratitud y veneración que siento hacia la persona de Juan XXIII, en cuyo pontificado escribo, también habría reconocido con la misma firmeza en Alejandro VI de Borja la autoridad pastoral del sucesor de Pedro, si hubiera vivido en su época. Eso es también el catolicismo, no hay que mezclar las formas.

Entonces Jesús se levantó y dijo a Pedro que le siguiera. Juan se levantó para ir con

ellos. Pedro, al verle, "dijo a Jesús: —Señor, y éste, ¿qué?—. Jesús le dijo: —Si quiero que este se quede hasta que venga yo, ¿a ti qué? Tú sígueme—. Entonces se empezó a decir entre los hermanos que ese discípulo no moriría, pero no le dijo Jesús que no moriría, sino: "Si quiero que éste se quede hasta que venga yo, ¿a ti qué?".

La estancia en Galilea había dado su fruto. La realidad corporal y la identidad de Jesús consigo mismo tras su resurrección resistían a las viejas costumbres, a la vida cotidiana, a la intensidad de un paisaje luminoso. ¡Qué digo!, Esa realidad y esa identidad se confirmaban hasta convertirse en la más inconmovible de las certidumbres en esos hombres sencillos que nunca habían confundido las cosas.

Todavía en Galilea hubo una nueva aparición a un círculo amplio de discípulos, con los Once en primera fila, por supuesto. Pero esta vez, ya no se trata para Jesús de hacerse reconocer, eso está hecho y bien hecho, sino de definir su propia dignidad y la misión de su Iglesia. Mateo cuenta y vuelve a hallar otra vez más el estilo de epopeya, que, por lo demás, será el estilo de las grandes conquistas apostólicas:

"Los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús les había citado. Y cuando le vieron, se Postraron ante él; los mismos que habían dudado. Jesús se acercó y les habló:

—Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Andad a adoctrinar a todos los pueblos,

Bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo,

Y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he encomendado.

Y mirad: yo estoy con vosotros todos los días.

hasta el fin del tiempo."

XXV

LA ASCENSIÓN

103 Como siempre, el evangelio de Marcos es de apresurada concisión: "El Señor Jesús, después de hablarles, ascendió al cielo y se sentó a la derecha de Dios". (Mc. 16,19) Y yo, de estas dos líneas, voy a hacer un capítulo. ¡Miseria!

Felizmente, tenemos un relato más detallado de la Ascensión del Señor. Es el de Lucas, en los *Hechos de los Apóstoles*: "En mi primer libro, querido Teófilo, escribí todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el comienzo hasta el día en que, dando instrucciones, por medio del Espíritu Santo, a los Apóstoles que había escogido, ascendió a los cielos. A esos hombres se les presentó vivo después de su Pasión, dándoles numerosas pruebas de ello apareciéndoseles a lo largo de cuarenta días y hablándoles el Reino de Dios."(Hch. 1,1-11)

"Mientras estaba comiendo con ellos les recomendó: —No os alejéis de Jerusalén. Aguardad la Promesa de mi Padre, de la que me habéis oído hablar. Juan bautizó con agua, vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo, dentro de pocos días.

Ellos, rodeándole, le preguntaban: ...Señor, ¿es ahora cuando vas a restituirle a Israel la soberanía?—. Él les respondió: —A vosotros no os toca conocer los *tiempos y las fechas* que el Padre ha puesto bajo su propio dominio. Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros; y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaría, y hasta los confines de la tierra—.

"Dicho esto, a la vista de ellos, se elevó, y una nube se lo quitó de los ojos. Y miraban fijos al cielo viéndole irse; se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que es dijeron: —Hombres de Galilea, ¿qué hacéis ahí plantados, mirando al cielo? Este Jesús, que ha ascendido de aquí al cielo, vendrá así, como le habéis visto marcharse al cielo."

Estamos, pues, de regreso en Jerusalén, tras las apariciones en Galilea. Hay una última comida en común. Jesús debía tener de la amistad la misma idea que Aristóteles: para ser amigos hay que haberse tomado juntos medio almud de sal, lo que representa muchos alimentos que salar y muchas comidas tomadas en común. El número de comidas mencionadas en los Evangelios es realmente sorprendente. Jesús quiso de veras que no se pudiera dudar de su amistad hacia los hombres.

He aquí, pues, esa última comida de Jesús con sus apóstoles. Es la breve colación de las mañanas de batalla. El tiempo ya no está para expansiones y largas confidencias, sino para órdenes breves y consignas. La última imagen que dejará Jesús es la de un jefe: no explica, sino que resume, manda.

Entonces les promete el Espíritu Santo, ¿Qué Espíritu? Lo ha dicho en otro lugar: que recuerden sólo todo lo que pasó desde hace tres años, todo lo que se dijo también, lo que decía el propio Juan Bautista: "Yo os bautizo con agua para la conversión, pero el que viene detrás de mí es más poderoso que yo; yo no soy digno ni de llevarle las sandalias. Él bautizará con el Espíritu Santo y el fuego". (Mc. 3,11)

Tras la comida, se agrupan alrededor de él y le apremian a preguntas: ¿se va a decidir por fin a reivindicar y restablecer la realeza en Israel? Esas cabezas de leño no han abandonado toda ambición política, se aferran a su trono de David y a su desquite sobre las naciones. Jesús ya no tiene valor para reprenderles, sino que corta, aunque siempre coherente consigo mismo: desde el comienzo de su vida pública, ha reivindicado para sí el titulo de "Hijo del hombre", según la profecía de Daniel. Aquí vuelve a hacer alusión a esa misma profecía cuando habla de "los tiempos y las fechas" reservados a la autoridad del Padre. Entre paréntesis, tal texto deja bastante mal parada la teoría llamada de la "escatología consistente". Jesús no quiere pronunciarse sobre las fechas. Y esta claro que no aprueba nuestras preguntas indiscretas sobre lo que no es lo esencial. He aquí el texto de Daniel a que se alude:

Sea bendito el nombre de Dios

Por los siglos de los siglos,

Pues suyas son la fuerza y la sabiduría.

Él quien muda los tiempos y las edades,

Cambia y establece los reinos...

Jesús renueva la promesa del Espíritu, como de una fuerza que les pondrá en condiciones de cumplir la misión que les deja y de que les inviste. ¿Qué misión? Muy sencilla, la más sencilla posible, para que no le olviden, para que no se distraigan nunca de ella, y vivan y mueran bajo la carga de esa misión pesada, honrosa, necesaria, salvadora. "¡Seréis mis testigos!" Eso es todo, nada más. Pero como importa ser claro, que se acuerden bien de que el viejo nacionalismo estrecho está roto. Les guste o no, su misión de testimonio no tiene fronteras: desde Jerusalén, habrá que proseguirla hacia Judea, desde Judea, hacia el país de los hermanos enemigos, Samaría; desde Samaría, a los confines del mundo. ¡Vergüenza a quien se detenga en el camino! Ellos, por otra parte, no se detendrán nunca, y morirán efectivamente en todos los caminos, en marcha hacia los confines del mundo, aplastados bajo el fardo.

Pero hoy día, los que tenemos a nuestra vez el cargo del testimonio, ¿estamos siempre por los caminos del mundo? ¿Qué fronteras pasamos? ¿Qué Sumarías convertimos? ¿Estamos siempre en los bordes del mundo conocido para clamar el testimonio? Sí, algunos... Juan

XXIII... Entonces, siempre es posible; entonces, siempre es preciso emprender y perseverar.

Hablando, habían llegado al monte de los Olivos, rehaciendo el mismo camino que habían hecho en la siniestra noche de la traición. Pero aquel día era el del triunfo definitivo. Entonces Jesús fue llevado suavemente al cielo. Y una nube le escondió a la vista de ellos.

* * *

104 Hagámonos ante todo algunas Preguntas idiotas. El tipo de preguntas que hacen los niños, y a las que veces resulta tan difícil a los mayores contestar.

Cristo resucito de entre los muertos. Es un fenómeno milagroso, místico, pero también físico, del que no tenemos ninguna experiencia, y que, por lo tanto, nos es imposible apreciar en el plano físico. Los que creemos en el hecho físico de esa resurrección, creemos por el testimonio históricamente válido de los apóstoles, testigos de esa resurrección. Esos mismos testigos subrayaron fenómenos extraños que afectaban a ese cuerpo resucitado: podía cambiar de aspecto, atravesaba las paredes, aparecía o desaparecía a voluntad, y a aquí vemos que estaba libre de todo peso, y que podía incluso elevarse al cielo.

El testimonio apostólico, y por consiguiente nuestra fe, no se refieren tanto a esos diversos fenómenos, que son secundarios y derivados, cuanto al hecho, capital en efecto, de, la resurrección corporal de Jesús y de su entrada corporal en la vida eterna. He dicho —y no creo que sea absurdo, sostenerlo— que la promoción de un cuerpo humano a la participación en la eternidad debe, ser un choque, tan formidable para ese cuerpo, que no es extraño que, bajo el efecto de tal transmutación, ese cuerpo quede dotado de virtudes que nos parecen muy extrañas, según nuestra experiencia sublunar. Menos extrañas, sin embargo, para nosotros, habituados como estamos a las deslumbrantes realizaciones de la física, de la química, de la astronáutica. Personalmente, lo que me parece propiamente milagroso, es el acceso de un cuerpo a la inmortalidad; milagroso, pero no increíble, dada la omnipotencia de Dios. Admitido ese último hecho, lo que me parecería sospechoso es que tan prodigioso cambio de estado no hubiera tenido en ese cuerpo el efecto de dotarle de virtudes excepcionales.

Prosiguiendo nuestra averiguación, policíaca si se quiere, pues se trata también de comprobar coartadas, ¿donde estaba Jesús cuando no estaba con sus apóstoles, durante esos cuarenta días que separan su resurrección de su Ascensión? ¿Dónde está ahora, quiero decir, físicamente? ¿Dónde está su cuerpo?

Una primera indicación nos viene por las palabras de Jesús a María Magdalena: "Todavía no he subido al Padre... ", lo que parece indicar que subió junto al Padre después de ese encuentro. La Ascensión rea de Cristo con su cuerpo resucitado tuvo lugar el día de Pascua mismo. De "junto a su Padre" venia cuando se aparecía a sus discípulos.

Entonces, lo que se llama su Ascensión no fue sino una ascensión visible, más solemne, manifestación decisiva de su Gloria divina que asumía el cuerpo en el cielo, y acompañada de una *nube,* en la tradición de las teofanías en Israel. Esa ascensión era, por decirlo así', la "Ascensión oficial", que afirmaba pública y cósmicamente la glorificación divina del cuerpo del hijo más hermoso de los hombres. Además, los apóstoles, ya testigos de la resurrección, debían serlo también de la Ascensión. Esa Ascensión "oficial", sin embargo,

no limita la libertad de movimientos de Jesucristo, puesto que pronto se aparecerá corporalmente a Saulo de tarso en el camino de Damasco.

En el plano de nuestra investigación, no hemos avanzado mucho. ¿Dónde está eso de “junto a su Padre” de que habla Jesús? La tradición designa ese, lugar como “el cielo", el "Paraíso", de que Jesús es ya Rey. Pero, por—desgracia, aquí la imaginación no puede sino extraviamos, más que en ningún otro momento. Para un cuerpo totalmente bajo el imperio formal de un alma glorificada y que participa en la vida eterna, las categorías del espacio y del tiempo no pueden ser las mismas que para nosotros. No creo que no podamos hacer una idea exacta de la “localización" de un cuerpo glorioso, como tampoco tenemos una imagen precisa de lo que representan las hipótesis del "universo en expansión". Pero esa franja donde la imaginación pierde pie, y que concedemos tan fácilmente a la ciencia, ¿por qué no concedérsela a los datos de la revelación?

Pero en verdad lo esencial de esa revelación no está ahí, lo esencial sigue siendo que los pecados se perdonan; que el universo, y el hombre en el interior del universo, están reconciliados con Dios; que se recobra la pureza; que Jesucristo domina toda creación en su misma naturaleza humana, y que ya queda abierto el acceso a la vida eterna para el hombre, alma y cuerpo. El Apocalipsis, último libro de la Biblia, nos lo dice más largo: la resurrección general de todos los muertos, su juicio, la recompensa de los elegidos, el castigo de los condenados, nada de eso se concibe sin una transmutación del universo entero, de sus leves, de sus categorías, y sin la instauración de una nueva física, concedida al nuevo destino del hombre. (Ap. 20,11-15; 21,1-7)

"Y vi un gran trono blanco, y el que se sentaba encima, ante cuyo rostro *huyeron la tierra y el cielo, y no se les halló lugar. Y* vi a los muertos, grandes y pequeños, en pie ante el trono, y se abrieron unos libros, y se abrió otro libro, que es el de la vida. Y fueron juzgados los muertos según lo escrito en los libros, conforme a sus obras.

“Y entregó el mar los muertos que había en él, y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos, y fue juzgado cada cual según sus obras. Y la muerte y el Hades fueron lanzados al estanque del fuego. Esta es la segunda muerte, el estanque del fuego. Y el que no fue hallado escrito en el libro de la vida, fue lanzado al estanque del fuego.

"Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, pues el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y ya no hay más mar. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, embellecida como novia para su esposo. Y oí un gran sonido que salía del trono diciendo: Mirad la Morada de Dios con los hombres, y acampará con ellos, y ellos serán su pueblo, y él será el Dios-con-ellos, y secará todas las lágrimas de sus ojos, y ya no habrá más y secara muerte, ni llanto, ni quejas ni pena, porque *pasó lo de antes.*

"Y dijo el que se sienta en el trono: —Mirad, *todo lo hago nuevo—. Y* dijo: —Escribe, porque estas son las palabras ciertas y verdaderas. Yo soy la Alfa y la Omega, el principio y el fin. Yo, al que tenga sed, le daré de regalo la fuente del agua de vida. Esto re tocara al vencedor... —"

Una vez más, la física moderna nos ha habituado tanto a la relatividad y a considerar el universo bajo aspectos muy diferentes de sus aspectos clásicos, que la idea de su transmutación total, para que se convierta en la morada adecuada de Dios con sus elegidos

glorificados incluso en sus cuerpos, no tiene nada que sorprenda profundamente. Es la experiencia primera lo que nos falta para juzgar, la experiencia de la Gloria repercutida en un cuerpo resucitado. No creo que un lector que haya meditado sobre estos problemas, y que reflexione sobre lo que escribo aquí, pueda pensar que esquivo la dificultad. En el límite de nuestros medios presentes de investigación, es de impaciencia desmesurada y sin duda frívolo el querer juzgar sobre un estado de que no tenemos ninguna experiencia directa y de base.

¿Por qué no nos habría dicho más Dios? Desconfiemos de la curiosidad por las cosas secundarias. Lo que Dios ha querido, en esa aventura terrestre de Cristo que encuentra en la Ascensión un primer punto de suspensión, es reconciliar consigo al universo, y al hombre en el centro del universo. Está hecho: *La especie está salvada.* Cierto que no se podía soñar tal obra maestra de salvación para una naturaleza que ya está asociada personalmente a la gloria misma de Dios. En Cristo, la aventura está soberbiamente concluida, la especie humana está triunfante, se ha salvado, esa salvación ya no puede quedar comprometida. Subiendo una vez al cielo, este hombre que es Jesucristo ha conquistado las llaves de la morada celeste, que es nuestra patria definitiva, y la abre a quien quiere. Habla nuestro lenguaje y nosotros podemos hablar el suyo.

Es posible que la especie humana no sea la única que esté compuesta de materia y de espíritu. Quizá otros planetas están habitados. Es posible... Quizá... ¿Por qué —no? Por lo que toca a la fe católica, esperamos a ver. De todas maneras siempre será bien venido cualquier descubrimiento que trastorne nuestra comodidad intelectual. Una vez que la ciencia y la técnica se han calzado sus botas de siete leguas, veo muy bien qué es lo que pierde el aliento siguiéndolas: es nuestra imaginación, no es, sin duda, la fe católica. Ésta y aquéllas no tienen la misma geografía y no corren por los mismos caminos.

Hoy como ayer, el hombre tiene necesidad de ser reconciliado, y no sólo consigo mismo, en el imperio de la naturaleza, sino con la fuente, r encima del mundo, de toda pureza y de toda santidad. Ahí es donde el cristianismo tiene su lugar, que nunca se le quitará, no porque sea el mejor según el mundo, sino porque es el lugar más humilde, al servicio paciente e inflexible del hombre y de su miseria original.

Permítaseme citar aquí a un novelista que me parece haber ido más lejos que cualquier otro escritor en la comprensión sobrenatural del mundo moderno y de su radical indigencia: "No se puede negar que Dios se haya hecho pequeño desde hace tiempo, muy pequeño. De ahí se deduce que se hará pequeño mañana como ayer, más pequeño, cada vez más pequeño. Sin embargo, nada nos obliga a creerlo... Llegará la hora en que, en un mundo organizado para la desesperanza, predicar la esperanza equivaldrá exactamente a lanzar un ascua en un barril de pólvora. Entonces... Hemos dejado al miserable entre vuestras manos bastante tiempo..." Cuando Bernanos habla de un "mundo organizado para la desesperanza”, se refiere a un mundo que no deje lugar a una sola esperanza con las dimensiones del hombre y de su profunda nostalgia. Sí, de eso se trata; es posible que la expansión económica, el lujo, los altos salarios, las comodidades de la vida corriente, los seguros sociales o como sean, la misma voluptuosidad y el diario leído, escuchado o televisado, es posible que todo eso no baste para saciar una sed espiritual que, de un día a otro, puede hacerse más atroz que la sed del viajero extraviado en el desierto y que agoniza junto a su último bidón seco.

Por eso he escrito este libro, tomando mi turno de guardia como el último de los soldados en torno a ese testimonio salvador de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. He pensado en los que —conscientemente o no— buscan más allá del mundo una fuente de pureza y de reconciliación, que nuestra civilización moderna ha demostrado con

evidencia que no es de este mundo. Los que buscan más allá de este mundo están en el buen camino, “caliente", como suele decirse. Pues bien, ¡que se calienten hasta consumirse! Llegará un momento en que el hombre tome conciencia de su verdadera estatura y que busque más allá, siempre más allá. La hora de la verdad llega siempre. Es la hora en que sentimos que no somos de este mundo, que no pertenecemos verdaderamente a este mundo. Esa hora le llega a todo hombre con la muerte. Para algunos llega mucho antes. Algunos piensan que cuanto antes, mejor.

Creo, en efecto, que lo cuerdo es confiar en Dios sobre las circunstancias de nuestra resurrección. Lo que es absolutamente verdadero, lo que hay que creer, es que resucitaremos, y nuestras almas recobrarán sus cuerpos, para aparecer ante el tribunal de Jesucristo, donde seremos juzgados sobre el amor. En cuanto a los que nos han precedido, y que querríamos volver a ver, la manera como Cristo se encontró otra vez con los suyos, tras su resurrección (en especial, su encuentro con María Magdalena en el jardín y el encuentro a orillas del lago de Tiberíades), esa manera sencilla, franca, cortés, pero llena de ternura, es para nosotros una prenda de lo que será nuestro encuentro con los que hemos amado, a quienes volveremos a hallar despojaos de egoísmo y de vanidad, como estaremos nosotros mismos, en la verdad de la Gloria.

Las ansiedades del luto trastornan nuestras imaginaciones, siempre dispuestas a la credulidad. Guardémonos, sin embargo, de la facilidad: la religión cristiana no es adivinadora, cartomántica, no dice la buenaventura: " ... gran viaje..., encuentro feliz..., ligera contrariedad..., retraso... un amigo que llega de lejos…, hay junto a usted alguien que le quiere mal, pero hay otra persona que le quiere bien..., finalmente todo irá bien...", ¡puaf!

La fe católica es que cada cual resucitara en su propio cuerpo, para ser juzgado con él en la confrontación general del segundo advenimiento, al sonido de la trompeta. Se han hecho las más pueriles suposiciones sobre ese tema en los arrabales de la teología. No ofrecen ningún interés. Hoy sabemos que la materia entera de nuestro cuerpo se renueva en unos meses, y que, a través de ese perpetuo renuevo de materia, nuestro cuerpo sigue siendo nuestro cuerpo. No es materia lo que faltara a ese principio voraz de asimilación y de vida que es el alma inmortal, ávida de recobrar un cuerpo que la exprese.

* * *

105 He dicho que nos falta experiencia de base, directa, necesaria para juzgar sobre el acontecimiento de la Ascensión. Pero podemos hallarle analogías que ayudan a comprender. La Ascensión del Señor es por excelencia un acontecimiento poético. El Verbo de Dios descendió de junto a Dios, se hizo carne, para reconciliar al universo con Dios. Una vez hecha esta reconciliación, a través del sufrimiento, la muerte y la resurrección, vuelve a subir a su lugar natural. Si, pero arrastra consigo la naturaleza humana, que asumió personalmente, y la arrastra liberada para siempre del mal y de la muerte. Jesús, por lo demás, había trazado por adelantado la parábola completa de su destino, cuando dijo a Nicodemo: "Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre".

La Ascensión corporal de Cristo al cielo es la recapitulación elíptica de su misterio propio de toda su enseñanza sobre sí misma. Él mismo tenía perfecta conciencia de que su

ascensión visible pondría el colmo al asombro, o, como decía él, al escándalo que había venido a provocar al mundo. Tras el gran sermón eucarístico, que marca una fractura en su destino temporal, Jesús hace una profecía explícita de su ascensión, como si la ascensión debiera confirmar la realidad misma de la Eucaristía. Juan escribe: "Muchos discípulos suyos dijeron: —Duro es este lenguaje: ¿quién puede escucharlo?—. Sabiendo Jesús dentro de sí que sus discípulos murmuraban sobre esto, les dijo: —¿Esto os escandaliza? ¿Y si veis entonces al Hijo del hombre subiendo a donde estaba antes?"

No es sólo una naturaleza humana, un cuerpo humano que sube al cielo y alcanza así el lugar que le está destinado, sino que es ese cuerpo precioso y particular de Jesucristo, morada privilegiada de la gloria de Dios, templo del Espíritu Santo, verdadero Templo de Jerusalén, que sube al cielo para consumar allí y perpetuar en la eternidad la verdadera religión, el verdadero sacerdocio, el eterno perdón, cosas todas ellas de que la Tienda, el Templo, el sacerdocio de Aarón y la religión de Israel no eran sino figuras proféticas.

Aquí hay que citar la epístola a los Hebreos: "No entró Cristo en un santuario hecho por mano de hombre, copia del verdadero, sino en el mismo cielo, presentándose ahora a la vista de Dios por nosotros, no para ofrecerse más de una vez a sí mismo, como el sumo sacerdote entra en el santuario todos los años con sangre ajena, pues entonces Cristo hubiera tenido que padecer más de una vez desde la fundación del mundo. No, ahora se ha manifestado de una vez para todas, hasta el fin de los tiempos, para remisión de los pecados por su sacrificio. Y como los hombres mueren una sola vez, y tras de eso es el juicio, así también Cristo, habiéndose ofrecido una sola vez para quitar los pecados de muchos, se dejará ver por segunda vez, sin pecado, para darles la salvación."

La Ascensión es un fenómeno gratuito y que sólo encuentra su justificación en sí mismo. Me haré entender con un ejemplo. Voy a citar tres estrofas de un poema de Mallarmé, poema que me gusta mucho, pero cualquiera puede hacer la misma experiencia con cualquier poema, con tal que sea un verdadero poema.

Vertige! Voici que frissonne

L'espace comme un grand *baiser*

Qui, fou de naître pour personne

Ne peut jaillir ni s'apaiser.

Sens-tu le paradis favouche

Aínsí qúun rire ensevelí

Se couler du, coín de ta bouche

Au fond de l'unanime pli!

Le sceptre des rívages roses

Stagnants sur les soirs d'or, ce l'est,

Ce vol blanc fermé que tu poses

Contre le feu d'un bracelet.

Es imposible analizar o poner en fórmulas el encanto de tal poema18. Se puede tomar por separado cada una de las palabras engastadas en el poema: cada una de ellas está en el diccionario, y más que en el diccionario, en el lenguaje corriente; es usual, trivial, utilitaria, provista de un significado rastrero. Pero una vez asumida por el poeta, engastada por él en el poema, cada una de esas palabras, sin perder su significado propio, empieza a resplandecer con un esplendor y una gloria nueva. Ya no se trata de utilidad, sino de gracia.

Jesús resucitado y glorioso reconstituyó el poema entero de la creación. Su cuerpo sube al cielo, como la palabra recobra su inocencia nativa en el poema. Pues la palabra, no importa qué palabra, es más verdadera, más significativa, más ella misma, en el poema que en la conversación utilitaria. La Ascensión es Ya ascensión de una naturaleza humana al nivel original de su creación divina. No se puede concebir más alta gloria para esta naturaleza. De todas las criaturas, el Cristo hombre es ya la más feliz que hay. Siento un inmenso gozo al saber que por lo menos él es feliz, sin sombras, sin temor, sin reproche, y que esa felicidad no es debida sino a una pura victoria generosa, sin que le haya quitado nada a nadie, sino que, al contrario, lo da todo.

Así, el Verbo que está en el comienzo de todo, está también en el fin de todo. Todo el universo ha sido creado sólo para ser expresado finalmente por él, en él, en un largo poema agraciado. La Ascensión del Señor es el primer grito de alegría de ese largo poema. Ese grito queda suspendido en el cielo, como una llamada que se nos dirige. Sólo es cuestión nuestra entrar en el poema, a poco que perdamos nuestra avaricia utilitaria y volvamos a recuperar el espejo de nuestra natividad.

El Verbo está en el comienzo y en el fin de todo, igual que en la obra de arte el arte del artista está en el comienzo de la obra para concebirla, y es también él quien la ejecuta, y esta al final para juzgarla. Ese cuerpo que se eleva graciosamente en el cielo, bajo el imperio de una armonía universal restaurada, es la expresión y la garantía de que la música del mundo ha quedado liberada para siempre. Creo poder adivinar los sentimientos de admiración, de alegría, de respeto, de gratitud, y, en efecto, de liberación interior, que animaban el corazón de los Apóstoles ante tal logro de perfección.

La Semilla de Abraham, que es también Semilla de Dios, ha llegado a término. Se ha hecho un gran árbol, pero cuyo crecimiento se ha invertido, el ramaje llena el cielo, pero la raíz también está en el cielo:

---

18 A pesar de que sea aún más imposible traducirlo que analizarlo, es obligado dar una versión aproximada del poema: "¡Vértigo! He aquí que se estremece / el espacio como un gran beso / que, loco de nacer para nadie, / no puede brotar ni apaciguarse. / ¡Siente el paraíso bravío / igual que una risa sepultada / manar desde la comisura de tu boca / al fondo del unánime pliegue! / El cetro de las riberas rosas / estancadas bajo los ocasos de oro, lo es, / ese vuelo blanco cerrado que pones / contra el fuego de una pulsera." *(N. del T.)*

O chestnut, tree, great rooted blossomer,

Are you the leaf, the blossom or the bole?

O body swayed to music, o brightening glance,

How can we know the dancer from the dance?19

El poema tiene su arranque en Jesucristo. La historia de Jesucristo se confunde ya con la historia del mundo, de su redención, de su salvación y luego de su juicio. Jesús mismo, habiendo rozado por un momento la historia, ha pasado al otro lado de la historia y del tiempo. Pero ha puesto en marcha el poema. Y en ese poema, cada cual de nosotros tiene su lugar predestinado. Toda nuestra vocación es, sin perder nada de nuestra significación inmediata y natural, cumpliendo día tras día nuestra tarea temporal, tender el oído a la armonía eterna que nos llama, y hallarnos un día izados a la gloria incorruptible del poema divino enteramente reconstituido.

A lo largo de este libro me he cuidado de permanecer en contacto por un lado con la antigua profecía de Israel, y por otra parte con las preocupaciones y el lenguaje de mi época. Con una profecía, hecha siglos antes del nacimiento de Jesucristo, pero que él cumple soberanamente, y que no ha perdido nada de su acuidad de advertencia solemne, es como terminaré este libro, escrito en testimonio de la fe católica.

Estableceré con vosotros una alianza eterna:

Las misericordias prometidas a David.

Mirad, le puse como testigo para los pueblos,

Como jefe y maestro para las naciones.

Llamarás a una nación que no conocías,

Y correrán hacia ti naciones que no te conocen,

Por el Señor tu Dios,

El Santo de Israel, que te dio la *Gloria.*

Buscad a Yahvé mientras se le puede hallar,

Invocadle mientras está cerca.

---

19 Aunque de modo muy vago, ofrecemos una versión: "Oh castaño, gran floración enraizada, / ¿eres la hoja, el brote o el tronco? / Oh cuerpo inclinado a la música, oh visión iluminadora, / ¿cómo podemos distinguir al danzarín de la danza?» *(N. del T.)*

Abandone el impío su camino

Y el hombre inicuo sus pensamientos,

Y vuélvase al Señor, y hallará misericordia;

A nuestro Dios, rico en perdón.

Mis pensamientos no son vuestros pensamientos,

Ni vuestros caminos son mis caminos, dice el Señor.

Los cielos están muy por encima de la tierra:

Así mis caminos están muy por encima de vuestros caminos,

Y mis pensamientos por encima de los vuestros.

Y, como *bajan de los cielos* la lluvia y la nieve

Y no vuelven a subir allá

Sin embriagar la tierra, sin empaparla,

Y la hacen germinar,

Y dar la semilla al sembrador,

Y el pan al que lo come,

Así será la palabra que sale de mi boca:

No volverá a mí de vacío,

Sino que hará lo que quise,

Y le irá bien en su misión. (Is. 55,3-11)

Eso es el cristianismo. La Palabra de Dios ha venido a compartir nuestra suerte y ha vuelto a subir hacia Dios, arrastrándonos en su estela de Gloria. Y, como dice san Pablo, antes la muerte que dejarnos arrancar la Gloria, esta Gloria. (1Cor. 9,15) El honor cristiano está en mantener la infancia sagrada de la humanidad, la esperanza de la gloría debido a los hijos de Dios:

Gloriamur in spe gloriae

filiorum Dei. *(Rom. 5,2)*

Junio 1964

ANOTACIONES, PUESTAS A PUNTO, ARREPENTIMIENTOS...

El lector habrá notado quizá que, en el margen izquierdo, corre a lo largo de todo el libro una numeración de 1 a 105, que marca los apartados en el interior mismo de los diferentes capítulos. Esa numeración tiene un objetivo practico, el de servir de referencia a las notas, que, en el curso de las diversas ediciones, me proponía añadir como apéndice al libro.

Cuando se ha escrito un libro tan grueso sobre semejante tema, en efecto, hay que esperar que no se estará de acuerdo en todo con todo el mundo; hay que estar dispuesto a la discusión, a la defensa, a la explicación y aun a los arrepentimientos. En otros tiempos, los escritores podían modificar el texto de una edición a otra. Con la mecanización de la imprenta, eso resultaría muy caro, lo que quiere decir que es imposible: los editores prohíben a los autores los arrepentimientos y los perfeccionamientos.

Por eso he previsto arrepentimiento y correcciones en apéndice al libro. Cuando haya lugar, y a lo largo de las diferentes ediciones, me contentaré, en este apéndice, con poner en evidencia un número marginal, e imprimir a continuación una nota que confirme, justifique o corrija mi posición expresada en el apartado del libro correspondiente a ese numero.

Por esta vez, el lector puede comprobar que esas notas adicionales son muy breves, este libro no esta sino al comienzo de su examen de conciencia y de su confesión pública.

En referencia a los apartados 35 y 74, comenzaré por citar, con su permiso, una carta de Jacques Maritain, carta que me honra mucho, pero que también presenta dos críticas que me obligan a explicarme:

Toulouse, 10 de abril de 1965.

« Querido Bruck, es un hermoso y gran libro, un libro de fe y de amor, y de valentía, en que se ha comprometido entero, con esa violencia que arrebata el Reino de los cielos.

"Y más preciosa aún que esa violencia, es la ternura sin límites hacia el Bendito que se hizo maldición por nosotros. Usted también vierte sobre sus píes sus perfumes y sus lágrimas.

"Creo que este libro conseguirá su objetivo; renovará, trastornándola a veces, la visión de muchos cristianos, y hará dudar de su duda a los incrédulos. Es un libro singularmente marcado con el signo de la gran vocación dominica.

"Supongo que a algunos lectores les cohibirá su insistencia sobre el clan, a mi no me cohíbe. Otros encontrarán sin duda que hay mucho Bruck y muchas convicciones, pasiones, opiniones y conjeturas de Bruck en esta Historia de Jesucristo. *Pero justamente su libro nos muestra que, para tratar de adquirir alguna comprensión de esa insondable Historia, hay que lanzarse uno mismo entero, con todo lo que se tiene, hasta el fondo del alma; y que hay más humildad en lanzar así toda su subjetividad en la devoradora verdad de tal misterio, que en pretender apoderarse de esta por medio de una objetividad "científica que en realidad no cabe alcanzar.*

"En dos puntos me siento en desacuerdo con usted. Esa idea que tan cara le es y que une a Marta Magdalena con la sabiduría griega, no digo que sea falsa —no sé nada de eso—, pero me parece arbitraria, y sí puedo decirlo, viene demasiado bien *al cuadro.*

"Y sobre todo (esto es más grave) usted interpreta a san Pablo de una manera exagerada al decir (págs. 387—388) que, por haber condenado la Ley a Jesús, Dios maldijo a la ley, y que al asesinar al Santo de Dios, la Ley incurrió en la maldición. No fue la Ley quien condenó y asesino a Jesús: fue Caifás, en nombre de la Ley (como hace todo mal juez), Caifás, cuyo crimen fue no reconocer *a Aquel que consumaba la Ley. San Pablo dice que la Ley es* santa *y trae la muerte. (Si le va unida una maldición, es en un sentido muy diverso del de usted, en sentido de que es maldito quien no practica todos sus preceptos.) Jesús dice que no vino a abolir la Ley, sino a consumarla. Es imposible que la Ley sea maldita.*

"Aparte de eso, lo que querría decirle, por el contrario es mi admiración y mí alegría por el modo como ha insistido constantemente en el Antiguo Testamento, poniendo las cosas bajo su luz. Me parece que esa es la novedad fundamental de su Historia de Jesucristo; y me *alegra la manera siempre verdadera y justa como ha hablado de los judíos (eso es también una novedad grande y bendita). Por lo que puedo juzgar, me parece también que hay mucho de verdad en lo que dice sobre la diferencia entre el judaísmo de antes y el judaísmo de después de la Cruz.*

"Acepte, pues, mi querido Bruck, la felicitación conmovida de su viejo amigo, que se ha emocionado profundamente con sus líneas de dedicatoria y que le agradece haber mencionado su nombre en la nota preliminar..."

(Firmado:) JACQUES MARITAIN

Interrumpo aquí la cita. El final de la carta no se refiere al libro.

Sobre las dos disensiones expresadas por Maritain, he aquí lo que tengo que decir:

En ese apartado de mi libro, expongo una hipótesis —que ya he desarrollado más largamente en mi libro sobre *María Magdalena*— en que identifico a esta heroína del Evangelio con la búsqueda griega de la Sabiduría. Y establezco el paralelo con Juan Bautista que por su parte, personifica la exigencia mesiánica judía de los milagros. Sobre todo, la construcción del Evangelio de Lucas —en efecto, un tanto sistemática— y también una cierta tradición que hace de la pecadora de Lucas la embajadora ante Jesús del mundo pagano (como los Reyes Magos), son lo que me ha llevado a esa hipótesis. Sin duda he hecho mal en no subrayar bastante que sólo es una hipótesis y que es personalmente mía.

En cambio, cuanto más me pongo a escrutar los textos, más débiles y pueriles me parecen los esfuerzos hechos por los exégetas para disociar a la pecadora de Lucas y la persona de María Magdalena. A todos los argumentos que ya he presentado en mi libro sobre *María Magdalena* a favor de la identidad de los dos personajes, en el presente libro añado algunos otros. Eso sin duda no servirá para nada. Sobre este punto, la ortodoxia de los exégetas está muy bien fijada y nada la trastornará nunca. Esa ortodoxia fanática les lleva a juegos de manos asombrosos, como los de la *Bible de Jérusalem,* que, en el capítulo VII de Lucas, escamotea la traducción, hasta el punto de que los "pies" del Señor no se mencionan en la traducción tantas veces como en el original, y la nota técnica sobre la expresión "estar a los pies de alguien", que también vendría a propósito de María Magdalena, se aplica a otro personaje en el capítulo VIII. Digo, en la página 198 de mi libro, por qué esa mención de los "pies" y el número de veces que se repite esa mención me parecen importantes.

Como dice el propio Maritain, la segunda objeción que hace a mi libro es infinitamente más grave. Ahí, evidentemente, es Maritain quien tiene razón; me he dejado llevar por una analogía apresurada y me he equivocado de lleno. Lo lamento de veras y es un verdadero alivio decirlo muy alto. Es un riesgo inmenso publicar un libro en especial, sobre tal tema; el riesgo de extraviar a un solo lector en un solo punto es una responsabilidad terrible.

En ese apartado 74, lo que digo de la Ley de Moisés está incluso en contradicción con lo que digo sobre ella en otras secciones de mi libro, en especial en el capítulo "Súbdito de la Ley". Por otra parte, ¿cómo pude olvidar aquellas palabras famosas —creo que son de san Agustín—: "La Ley queda abolida como ley, permanece eternamente como Profecía"? Me parece que se puede decir que Jesús crucificado cumple soberanamente la Ley—Profecía, y nos dispensa de ella definitivamente en cuanto ley.

Al menos, tengo el consuelo de que un pensador cristiano tan eminente como Maritain encuentre que he hablado convenientemente de los judíos. Para la historia de este libro menciono aquí que se empezó en *1953* en Winona, Minesota, que luego abandoné su proyecto por largo tiempo, que firmé un contrato con el editor francés para reanudar y acabar este libro en otoño de *1962,* bajo el pontificado de Juan XXIII; y que la Declaración sobre los judíos sólo acaba de ser votada en el Vaticano II en estos días, en octubre de *1965;* y, finalmente, que mi libro estaba enteramente terminado en junio de *1964* y que se publicó en marzo de *1965. Hoy,* evidentemente, es menos original hablar de los judíos con el respeto que se les debe,

A raíz de un articulo sobre Loisy, aparecido en *Le Monde* del 2 de septiembre de *1965,* escrito por la señora Denise Dumont-Dressy, publiqué en *Le Monde* del *19-20* de septiembre de *1965* la carta siguiente:

"Conviene ante todo distinguir la actitud que se tuvo hacia la persona misma de Loisy

y la validez de las objeciones que se han hecho a su sistema de critica histórica de los Evangelios y de los orígenes cristianos. El segundo punto es el que me interesa.

"En resumen, D. Dumont-Dressy resume bien la posición de Loisy al escribir: "Los libros del Nuevo Testamento no son libros de historia, son catequesis y nos informan sobre la fe de las primeras generaciones cristianas, más que sobre la existencia histórica de Cristo, de donde surgen las dificultades. ¿Las respuestas de Loisy están superadas? Tal vez, pero que nos lo prueben.

"Cabe invertir la interrogación, preguntándose si Loisy y los modernistas han llegado alguna vez a probar que los Evangelios no sean testimonios auténticos de la existencia histórica y de los hechos y actos de Jesucristo. La historia también tiene sus sofistas. Aplicando ciertos métodos históricos llamados "modernos", me comprometo a "probar" que el presidente Kennedy nunca fue asesinado, que por lo demás quizá no vivió históricamente, que el mito Kennedy creó la historia, y no al revés. Lo mismo se puede hacer con Hiroshima.

"La "doctrina auténtica" de la Iglesia católica, de que hablaba Juan XXIII, es que la Iglesia y la tradición apostólica están fundadas en el carácter verídico y objetivamente histórico de los relatos evangélicos. De donde, evidentemente, las "dificultades como diría D. Dumont Dressy."

En una carta de réplica en un periódico hay obligación de ir lo más rápido de ser breve. Esa carta me valió una respuesta extravagante de cierta persona que no conozco, que me hace observar que no se puede comparar el asesinato de Kennedy (hecho público, contemporáneo, sometido a todos los controles de la publicidad) con la muerte y resurrección del Señor Jesús. Pero precisamente, quien puede lo más, puede lo menos; si yo puedo, usando ciertos métodos muy en honor entre los modernistas, lograr "probar" que Kennedy era un mito, con mayor razón será fácil, usando los mismos métodos, "probar" que Jesús era un mito. Son esos métodos lo que me parece poco honrado y absurdo, y cuya validez discuto.

En una carta a *Le Monde,* la señora Dumont—Dressy es más sutil: afirma que Loisy nunca quiso “probar" nada sobre las Escrituras. Me alegro de saberlo. Pero entonces ¿de dónde viene esa afirmación perentoria de que "los Evangelios... no fueron escritos para ser biografías... y que considerarlos como tales sería un anacronismo"? Cuando se trata de hechos, de historia, de existencia y de testimonios, los postulados que se califican pomposamente como "científicos" no valen más que los “postulados teológicos". Hay que recusar tanto unos como otros, no porque sean “científicos" o "teológicos", sino porque son *postulados.*

Nunca se pondrá bastante en guardia a los espíritus honrados contra el uso abusivo de la palabra "ciencia" y sus derivados, tal como se ha practicado terriblemente desde el siglo XVIII. No hay oscurantismo y fanatismo, por no decir tontería pura y simple, que no haya desplegado por las buenas o por las malas alguna bandera “científica”.

Loisy nació en la época de las crinolitas, y se nota, Dios mío, cómo se nota. Frente a los recientes descubrimientos de la arqueología, de la etnografía y otras muchas disciplinas en conexión con la historia, no resultan anacrónicas las enseñanzas tradicionales de la Iglesia sobre la historicidad de los Evangelios y su valor de biografía verídica y objetiva de Jesucristo, sino los disfraces "científicos" de la historia y la exégesis, tan de moda hace sesenta años.

Octubre de 1965